

# *El imperio de la luna de agosto*

*Auge y caída de los comanches*

**S. C. GWYNNE**

**T**

**TURNER NOEMA**



**Lectulandia**

Quizá al lector le sea más familiar el nombre de los apaches o el de los sioux, pero la gran tribu guerrera india, la última que resistió al hombre blanco, fue la de los comanches. Extraordinarios jinetes, enemigos terribles y de impresionante capacidad estratégica, los comanches fueron los últimos en vender sus tierras, los últimos en aceptar la vida en las reservas, los últimos en defender un país que moría con ellos.

Este libro, una obra maestra de la narración histórica y épica, relata dos historias paralelas: la de una tribu que simbolizó la cultura autóctona americana; y la de su último jefe, Quanah Parker, hijo de un comanche y una prisionera blanca, el hombre que, al mando de solo tres mil comanches en su última época, plantó cara a todo el ejército estadounidense. Como telón de fondo, la guerra de Secesión y cuatro décadas de intensa historia, bajo el ataque de los colonos que trataban de conquistar Tejas, los españoles que llegaban desde México y los franceses que presionaban desde Luisiana.

**Lectulandia**

S. C. Gwynne

# **El imperio de la luna de agosto**

**Auge y caída de los comanches**

ePub r1.1

Titivillus 29.12.2014

Título original: *Empire of the Summer Moon*

S. C. Gwynne, 2010

Traducción: Víctor Vicente Úbeda

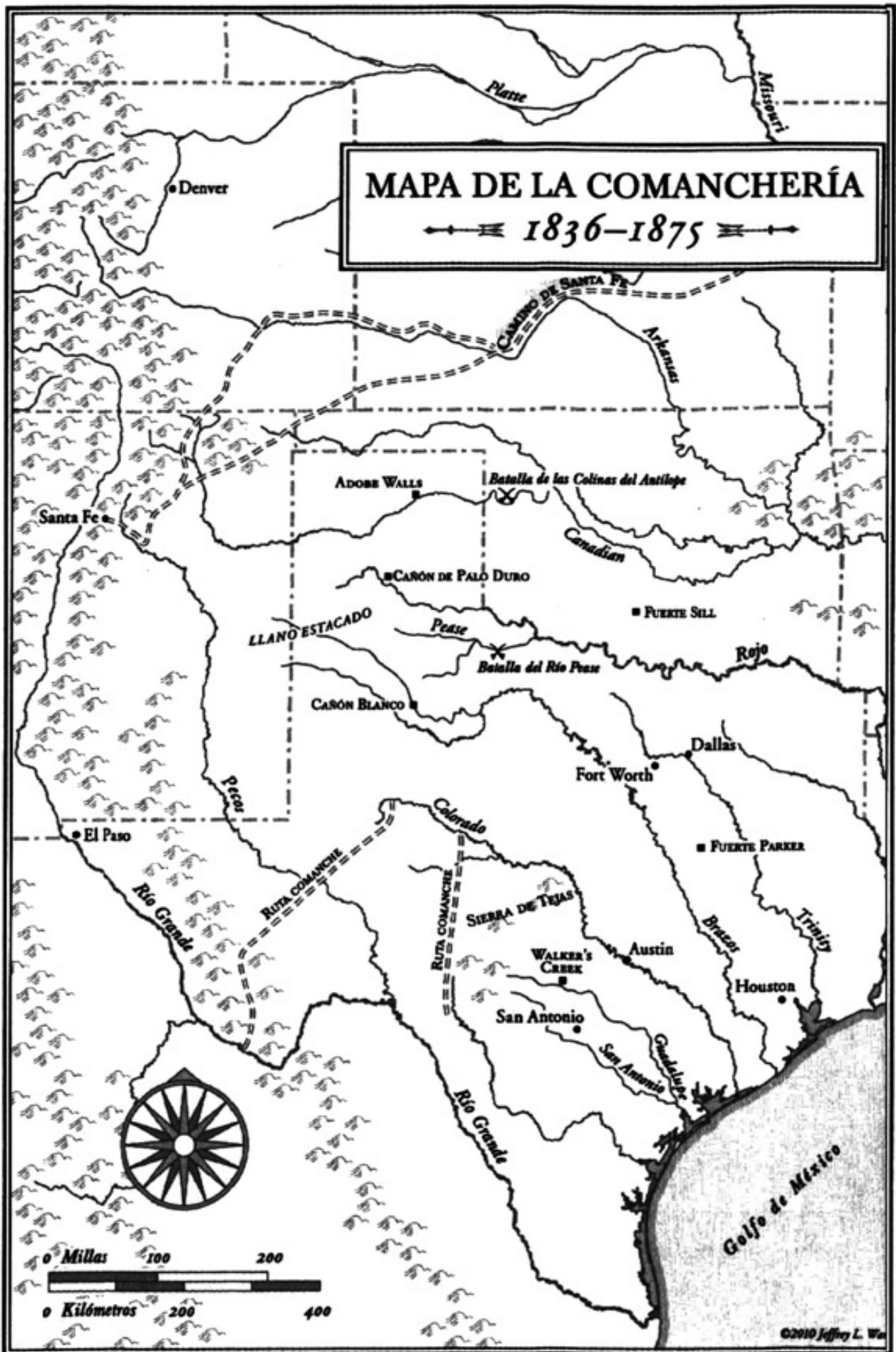
Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# I

## UN NUEVO ESTILO DE GUERRA

**T**odo soldado de caballería recordaba momentos como esos: el polvo arremolinado al paso de las mulas de carga, las cornetas del regimiento rasgando el aire, los bufidos de los caballos, el traqueteo de los arreos entre las filas de jinetes, y la vieja canción de la compañía resonando al viento: «¡Vuelve a casa, John! No tardes. ¡Vuelve a casa con tu amorcito!»<sup>[1]</sup>. Era el 3 de octubre de 1871. Seiscientos soldados y veinte exploradores tonkawa habían vivaqueado en un bello meandro del Clear Fork, un ramal del río Brazos, en una pradera ondulada y agreste, salpicada de robles enanos, salvia y matorral, a unos doscientos cincuenta kilómetros al oeste de la localidad tejana de Fort Worth. Al amanecer, tras levantar el campamento, reemprendieron la marcha formando una larga columna que serpenteaba entre los profundos ribazos y los arroyos cenagosos. Aunque en ese momento no lo sabían —la simple idea les habría parecido absurda—, el eco de las caballerías en aquella mañana de otoño señalaba el comienzo del fin de las llamadas Guerras Indias de Estados Unidos, una sangrienta contienda que venía librándose desde hacía dos siglos y medio, prácticamente desde que el primer barco europeo recalase por primera vez en las fatídicas costas de Virginia. Pero aún habría que esperar unos años para la derrota definitiva de la última de las tribus hostiles. Aún se necesitaría un poco más de tiempo para acorralarlas a todas; para destruir sus medios de subsistencia y que el hambre las obligase a rendirse; para dar con sus escondrijos en el fondo de los cañones, o para aniquilarlas sin más. Por el momento se trataba de una cuestión de voluntad pura y dura. Aunque ya se habían producido breves episodios de venganza y represalia oficiales —por ejemplo, las brutales matanzas de cheyennes perpetradas por J. M. Chivington y George Armstrong Custer en 1864 y 1868, respectivamente—, por aquel entonces no existía un plan a gran escala para acabar con las tribus, ni el ánimo para acometerlo. Pero las cosas habían cambiado, y la nueva tesitura se materializó en la orden que aquel 3 de octubre se transmitió a gritos a lo largo de la cadena de mando hasta llegar a los soldados del Cuarto Regimiento de Caballería y del Undécimo de Infantería: ir en busca de los comanches y matarlos. Concluir así cualquier forma de tolerancia y daba comienzo la solución final.

Los hombres de raza blanca eran soldados de infantería, caballería y dragones, en su mayoría veteranos de la Guerra de Secesión, que ahora se encontraban transitando por los confines del universo conocido, iniciando la ascensión a las paredes almenadas de roca que daban paso al célebre Llano Estacado, el nombre con el que Vázquez de Coronado designó esa región del oeste de Tejas, habitada exclusivamente por los indios más hostiles del continente, y que pocos soldados estadounidenses

habían hollado. El llano era un lugar de desolación extrema, un inmenso y monótono océano de hierba, sin caminos ni puntos de referencia, donde los rostros pálidos se desorientaban, se extraviaban y morían de sed; un lugar sobre el que en su día los soldados del imperio español habían marchado confiados a la caza de comanches, para terminar descubriendo que eran ellos los cazados y masacrados. En 1864, el coronel Kit Carson, que había partido de Santa Fe al frente de un nutrido contingente de soldados federales, atacó a una banda de comanches en un remoto establecimiento comercial llamado Adobe Walls, al norte de la actual ciudad de Amarillo. Carson vivió para contarlo, pero estuvo a punto de presenciar la aniquilación completa de sus tres compañías de caballería e infantería.<sup>[2]</sup>

Ese otoño de 1871, las tropas federales estaban de vuelta en la zona porque todo tenía un límite; porque la tan cacareada «política de paz» con los indios que quedaban vivos, encomendada por el presidente Grant a sus amables misioneros cuáqueros, había sido un fracaso estrepitoso en términos de pacificación; y, por último, porque el exasperado general en jefe del ejército, William Tecumseh Sherman, así lo había dictado. El azote escogido por Sherman era un héroe de guerra llamado Ranald Slidell Mackenzie, un joven difícil, arisco e implacable que, tras graduarse en West Point como primero de la promoción de 1862, había terminado la Guerra de Secesión habilitado como general de brigada, un hecho de lo más insólito. Debido al horripilante aspecto de su mano derecha, desfigurada por una herida de guerra, los indios lo llamaban Jefe Sin Dedos, o Mano Mala. A Mackenzie le aguardaba un destino complejo. En cuestión de cuatro años se revelaría el combatiente más brutal y eficaz de cuantos lucharon contra los indios en toda la historia de Estados Unidos. Más o menos en el mismo espacio de tiempo, mientras el general George Armstrong Custer se hacía mundialmente famoso en materia de fracasos catastróficos, Mackenzie caía en un victorioso anonimato. Y, sin embargo, fue Mackenzie y no Custer quien enseñó al ejército estadounidense a combatir contra los indios. Mientras guiaba a sus tropas a través de aquellos parajes abruptos y surcados de arroyos, entre inmensas manadas de bisontes y colonias de perrillos de las praderas que se extendían hasta el horizonte, Mackenzie no tenía muy claro qué estaba haciendo, adonde se dirigía exactamente, ni cómo debía enfrentarse a los indios de las llanuras en su hábitat natural. Asimismo, tampoco sospechaba, ni por lo más remoto, que sería el máximo responsable de la derrota de la última de las tribus hostiles. El coronel carecía de experiencia en esa clase de guerra contra los indios, y a lo largo de las semanas siguientes cometió múltiples errores. Pero aprendería de ellos.

De momento, Mackenzie era un instrumento de represalia. Lo habían enviado a matar comanches en las Grandes Llanuras porque, seis años después del fin de la Guerra de Secesión, la frontera occidental era una herida abierta y sangrante, una ruina humeante sembrada de cadáveres y chimeneas calcinadas, un lugar donde la anarquía y los asesinatos con torturas habían sustituido al imperio de la ley, y donde los indios, y en especial los comanches, atacaban y saqueaban como y cuando les

placía. Los Estados de la Unión habían ganado una guerra y ejercían sobre la América del Norte un dominio que, por primera vez en su historia, no les disputaba ningún enemigo extranjero; pero se veían incapaces de lidiar con el puñado de tribus indias que aún no habían sido exterminadas, asimiladas u obligadas a retirarse sumisamente a unas reservas donde no tardaban en aprender el significado de la subyugación más abyecta y de la inanición. Todas las tribus hostiles habitaban en las Grandes Llanuras; todas montaban a caballo, estaban bien armadas y actuaban movidas por una mezcla de sed de venganza y desesperación política. Eran los comanches, los kiowas, los arapahoes, los cheyennes y los sioux occidentales. Para Mackenzie, en las llanuras del sur, los comanches eran el objetivo más lógico: en la historia de las ocupaciones española, francesa, mexicana, tejana y estadounidense de esos territorios, ninguna otra tribu había causado tantos estragos y muertes. Ni de lejos.

Un síntoma de la crítica situación que se vivía en 1871 a lo largo de esta estrecha orilla de la civilización era la enorme cantidad de colonos que habían abandonado sus tierras. La frontera que con tanta sangre, sudor y ahínco se había extendido hacia el oeste estaba a la sazón replegándose, cediendo el terreno conquistado. El coronel Randolph Marcy, que esa primavera había acompañado a Sherman en una gira por el oeste y conocía a fondo la región desde hacía décadas, se quedó horrorizado al descubrir que muchos lugares estaban menos poblados que dieciocho años antes. «Si no castigamos a los indios saqueadores», escribió Marcy, «la región entera parece abocada a despoblarse por completo».<sup>[3]</sup> El fenómeno no era algo inaudito en la historia del Nuevo Mundo. En el siglo XVIII, los comanches también habían frenado en seco el avance hacia el norte del Imperio español (un imperio que hasta entonces no había tenido mayores dificultades en someter y asesinar a millones de indios en México, y cuyas tropas se movían a sus anchas por el continente). En la década de 1860, los comanches estaban repeliendo de nuevo los embates de la civilización y haciéndola retroceder después de más de un siglo de avance implacable hacia el oeste, solo que a una escala mucho mayor. Franjas enteras de los territorios fronterizos estaban quedando lisa y llanamente vacías, conforme sus pobladores reculaban hacia el este para asentarse en los bosques por motivos de seguridad. Un condado, Wise, vio reducirse su población de 3160 habitantes en el año 1860 a 1450 en 1870. En algunos sitios, la línea de asentamientos retrocedió más de ciento cincuenta kilómetros.<sup>[4]</sup> Si el general Sherman se preguntaba cuál era la causa —y en su día se lo había preguntado—, la gira con Marcy lo sacó de dudas. Esa primavera ellos mismos estuvieron a punto de morir asesinados a manos de una partida de indios en plena incursión de saqueo. Los indios, kiowas en su mayoría, pasaron de largo por el recelo supersticioso de un chamán, y en su lugar atacaron a la caravana de diligencias que marchaba a continuación. El episodio es un ejemplo típico de los feroces ataques de desquite que lanzaban los comanches y kiowas de Tejas en los años posteriores a la Guerra de Secesión. Lo que no era tan típico es la proximidad de

Sherman y la personalísima sensación que tuvo el general de que él también podría haber sido una de las víctimas. A esa coincidencia debe su fama el asalto a la caravana, que pasó a la historia con el nombre de la Masacre de Salt Creek.<sup>[5]</sup>

Siete hombres murieron en el ataque, aunque la cifra no refleja ni por asomo el horror de lo que Mackenzie encontró en el lugar de los hechos. Según el capitán Robert G. Cáster, un subordinado de Mackenzie que contempló en persona las consecuencias de la escabechina, las víctimas estaban desnudas, con la cabellera arrancada y mutiladas. A algunas las habían decapitado y a otras les habían vaciado los sesos. «Les habían cortado los dedos de pies y manos y las partes íntimas, y se los habían metido en la boca», escribió Cáster, «y los cadáveres, tendidos en un palmo de agua y tan abotargados y tumefactos que se hacía imposible identificarlos, parecían puercoespines de tantas flechas como tenían clavadas». Saltaba a la vista que también los habían torturado. «Sobre cada uno de los abdómenes desnudos habían colocado un montón de carbones encendidos [...]. A un tal Samuel Elliott, que a todas luces había quedado malherido tras batirse con bravura hasta el último momento, lo encontraron encadenado entre dos ruedas de una diligencia y “achicharrado como una pavesa”: los indios habían encendido un fuego en el eje y el pobre desdichado se abrasó lentamente hasta morir».<sup>[6]</sup>

De ahí la huida precipitada de los colonos hacia el este, sobre todo los de la frontera de Tejas, donde el problema de las incursiones indias era más acusado. Después de tantas guerras triunfales de conquista y dominio, parecía imposible que el fulgurante avance hacia el oeste de la civilización europea pudiese estancarse en las praderas del centro de Tejas. Hasta entonces, ninguna tribu había sido capaz de resistir mucho tiempo el empuje de la naciente civilización estadounidense, con sus trabucos, arcabuces, mosquetes y, más adelante, mortíferas armas de repetición, sus reservas inagotables de colonos entusiastas y ávidos de tierras, su elegante dualidad moral, y su indiferencia olímpica hacia los intereses de los nativos. En un proceso que se inició con el sometimiento de las tribus atlánticas —pequot, penobscot, pamunkey, wampanoag, etcétera—, cientos de tribus y comunidades se vieron ora exterminadas, ora empujadas hacia los territorios occidentales, o asimiladas a la fuerza. Entre ellas destacaban la enorme y belicosa confederación iroquesa, que imperaba en lo que hoy es el estado de Nueva York, y los poderosos delawarees, que se vieron desplazados al oeste, hacia los territorios de sus rivales; los iroqueses también hubieron de trasladarse al oeste y vérselas con sus enemigos de las llanuras, aún más encarnizados. Los shawnees de Ohio habían emprendido un último ataque a la desesperada en la década de 1750. Las grandes naciones indias del sur de América del Norte —los chikasaw, los cheroquis, los seminolas, los creek y los choctaw—, tras ver expropiadas sus reservas pese a toda una serie de tratados, fueron conminadas a retirarse hacia el oeste para asentarse en territorios que se les concedieron en virtud de nuevos tratados que antes incluso de firmarse ya se habían vulnerado, y tuvieron que recorrer la tristemente célebre «senda de las lágrimas» hasta el llamado

«territorio indio» —el actual estado de Oklahoma—, una región controlada por comanches, kiowas, arapahoes y cheyennes.

Más extraña si cabe era la coexistencia del éxito espectacular de los comanches con la extraordinaria oleada de cambios sociales y tecnológicos que a la sazón tenían lugar en el oeste del país. En 1869 se completó el tendido del primer ferrocarril transcontinental, que conectó el Este, ya industrializado, con el Oeste, aún en vías de desarrollo, con lo cual los viejos caminos —el de Oregón, el de Santa Fe, y sus ramificaciones— quedaron obsoletos en el acto. Con el ferrocarril llegaron los rebaños de ganado vacuno que los tejanos conducían en marchas colosales hacia el norte, rumbo a las cabeceras de línea, y que podían reportarles una fortuna en los mercados de Chicago. Con el ferrocarril llegaron también los cazadores de bisontes, unos oportunistas huraños y violentos que, armados con sus mortíferos rifles Sharps de calibre 50 —12,7 milímetros—, un arma de gran precisión capaz de matar a gran distancia, se vieron de pronto favorecidos por partida doble: además de un mercado para las pieles de bisonte en el Este, ahora disponían también de un medio de transporte para llevarlas hasta allí. En 1871, los bisontes aún pastaban libres en las praderas. A principios de ese año se había avistado una manada de cuatro millones de ejemplares cerca del río Arkansas, en el sur del actual estado de Kansas. El grupo principal medía setenta y cinco kilómetros de largo y veinticinco de ancho.<sup>[7]</sup> Pero la masacre ya había comenzado, y no tardaría en convertirse en la mayor destrucción masiva de animales de sangre caliente de la historia humana. Entre 1868 y 1881, solo en Kansas, se vendieron como fertilizante los huesos de treinta y un millones de bisontes.<sup>[8]</sup> Todos estos cambios tan profundos se sucedían mientras los soldados de Mackenzie levantaban el campamento de Clear Fork. La nación estaba en auge, y por fin existía una vía férrea que la aglutinaba. El único obstáculo que quedaba eran las belicosas y refractarias tribus indias que habitaban las inmensas extensiones de las Grandes Llanuras.

De estas, la más remota, primitiva e irremediamente hostil era una banda de comanches conocida como los quahadi. Como todos los indios de las praderas, los quahadi eran nómadas. Cazaban fundamentalmente en los territorios más meridionales de las llanuras, una región a la que los españoles, antes de verse expulsados miserablemente de allí, dieron el nombre de Comanchería. El Llano Estacado, situado dentro de la Comanchería, era una altiplanicie más extensa que Nueva Inglaterra que, en su punto más alto, alcanzaba los mil quinientos metros. Para los europeos, el lugar semejava una alucinación de pesadilla. «Aunque caminé por ellos más de trescientas leguas», escribió Coronado al rey de España en una carta del 20 de octubre de 1541, «[los llanos son] tan sin seña como si estuviéramos engolfados en la mar [...] no hay piedra, ni cuesta, ni árbol, ni mata, ni nada que se le parezca».<sup>[9]</sup> El río Canadian, llamado Buenaventura o Magdalena por los exploradores españoles, constituía el límite septentrional. Al este se levantaba la escarpadura de Caprock, una pared vertical de origen pérmico y de entre treinta y

trescientos metros de altura que señala el límite entre las llanuras altas y las bajas, y que brindaba a los quahadi una especie de fortaleza gigantesca casi inexpugnable. A diferencia de casi todas las demás bandas tribales de las llanuras, los quahadi siempre habían evitado todo contacto con los anglosajones, con los cuales, por principio, ni siquiera comerciaban, pues preferían hacerlo con los llamados comancheros, nombre que recibían los tratantes mexicanos de Santa Fe. Los quahadi eran tan esquivos que, en las numerosas etnografías indias que empiezan a compilarse en 1758 y que registran las diversas bandas de comanches —había hasta trece distintas—, no se los menciona hasta 1872.<sup>[10]</sup> Por este motivo se libraron de las plagas de cólera que en 1816 y 1849 hicieron estragos en las tribus del oeste y acabaron con la mitad de todos los comanches. Los quahadi fueron los únicos indios norteamericanos que jamás firmaron un tratado. Eran la facción más aguerrida, feroz e intransigente de una tribu que, desde hacía mucho tiempo, tenía fama de ser la más violenta y belicosa de todo el continente; cuando se quedaban sin agua se bebían el contenido del estómago de los caballos muertos, algo que no se atrevería a hacer ni el más bragado de los *rangers* de Tejas. De todas las bandas de las llanuras, los quahadi eran la más rica en caballos, la unidad de medida de la riqueza entre los indios: en los años posteriores a la Guerra de Secesión lograron juntar cerca de quince mil cabezas. Además, poseían «una cantidad innumerable de reses tejanas».<sup>[11]</sup>

Aquella mañana despejada de otoño de 1871, los soldados de Mackenzie andaban a la caza de quahadis. Al tratarse de una banda nómada resultaba imposible localizar su posición exacta. Solo se conocía aproximadamente la región por la que deambulaban, sus terrenos de caza y, tal vez, la ubicación de algún antiguo campamento. Se sabía que cazaban en el Llano Estacado; que les gustaba acampar en las profundidades del Cañón de Palo Duro, el segundo más grande de América del Norte detrás del Gran Cañón del Colorado; y que frecuentaban las inmediaciones de las cabeceras del río Pease y del arroyo McClellan, y el Cañón Blanco, todo ello en un radio de unos ciento cincuenta kilómetros de distancia desde la actual Amarillo, en el norte de Tejas. Cuando se trataba de perseguirlos, como estaba haciendo Mackenzie, se enviaba muy por delante de la columna principal a los exploradores tonkawa. Los tonks, como se les conocía habitualmente, eran miembros de una tribu india que de vez en cuando practicaba el canibalismo y que había sido prácticamente exterminada por los comanches. Sus supervivientes, que estaban sedientos de venganza, buscaban indicios, trataban de encontrar rastros y, en última instancia, seguían esos rastros hasta los poblados. Sin su concurso, el ejército estadounidense jamás habría tenido la menor posibilidad de derrotar a los comanches ni a cualquier otra tribu india de las llanuras.

Al atardecer del segundo día, los tonks encontraron un sendero e informaron a Mackenzie de que estaban siguiendo a una banda de quahadis cuyo cabecilla era un joven y brillante jefe llamado Quanah, una palabra comanche que significaba «aroma» o «fragancia». La idea era encontrar y destruir el poblado de Quanah.

Mackenzie contaba con cierta ventaja por cuanto ningún hombre blanco había osado jamás intentar algo así; no en las llanuras del extremo septentrional de Tejas, y no contra los quahadis.

Mackenzie y sus hombres no sabían gran cosa de Quanah. Ni ellos ni nadie. Aunque en la frontera circulaba un cierto volumen de información —los bandos adversarios, pese a las enormes distancias físicas que los separaban y al hecho de que estaban tratando de matarse, solían poseer un conocimiento mutuo sorprendente por lo detallado—, Quanah era simplemente demasiado joven para que nadie supiese mucho de él; ni de su paradero ni de sus correrías. Aunque pasarían muchos años hasta que alguien fuese capaz de calcular, siquiera aproximadamente, la fecha de su nacimiento, lo más probable es que hubiese venido al mundo en 1848, con lo cual por aquel entonces contaría veintitrés abriles, o sea, ocho menos que Mackenzie, quien también era tan joven que en Tejas poca gente, tanto indios como blancos, sabía a la sazón gran cosa de él. Ninguno de los dos se hizo famoso hasta las últimas y brutales Guerras Indias de mediados de la década de 1870. Quanah era extraordinariamente joven para ser jefe y tenía fama de astuto, despiadado y audaz en el combate.

Pero Quanah era algo más. Era un mestizo, el hijo de un jefe comanche y de una mujer blanca. Los habitantes de la frontera tejana no tardarían en enterarse de ese dato, en parte por su carácter excepcional. Los guerreros comanches llevaban siglos capturando hembras —indias, francesas, españolas, mexicanas y estadounidenses— y haciéndoles hijos a los que luego criaban como comanches. Pero no hay constancia de ningún mestizo de comanche y blanca que llegase a jefe guerrero. En 1871, la época en que Mackenzie andaba a la caza de Quanah, la madre del joven guerrero ya era sobradamente conocida desde hacía mucho tiempo. Era la más célebre de todas las cautivas blancas de entonces, y en los salones de Nueva York y Londres se la conocía como «la *squaw* blanca» porque se había negado a volver con los de su raza en repetidas ocasiones, poniendo así en tela de juicio uno de los supuestos eurocéntricos fundamentales acerca de los indios, a saber: que pudiendo escoger entre la cultura cristiana, industrializada y refinada de los europeos y las costumbres salvajes, sanguinarias y moralmente atrasadas de los indios, nadie en su sano juicio se decantaría por las segundas. De hecho, aparte de la madre de Quanah, eran pocos los que las elegían. La mujer se llamaba Cynthia Ann Parker. Había nacido en el seno de una de las familias más ilustres del incipiente estado de Tejas, entre cuyos miembros figuraban capitanes de los *rangers*, políticos y los renombrados bautistas que fundaron la primera iglesia protestante del estado. En 1836, a los nueve años de edad, Cynthia Ann fue raptada por unos comanches en el fuerte Parker, a ciento cuarenta kilómetros al sur de la actual Dallas. La cautiva no tardó en olvidar su lengua materna, asimiló las costumbres indias y se convirtió en miembro de pleno derecho de la tribu, hasta el punto de que se casó con Peta Nocona, un destacado jefe, con el que tuvo tres hijos, el mayor de los cuales era Quanah. En 1860, cuando su primogénito tenía doce años, Cynthia Ann fue capturada por los *rangers* durante un

ataque a su poblado en el que murieron asesinados todos los comanches menos ella y su hija, Flor de la Pradera. Lo más probable es que Mackenzie y sus soldados conociesen la historia de «la *squaw* blanca» —como casi todo el mundo en la frontera—, pero no tenían ni idea de que Quanah fuese sangre de su sangre, y no se enterarían hasta 1875. Por el momento, lo único que sabían es que el joven jefe era el objetivo de la mayor expedición que se había organizado contra los indios desde 1865, y una de las mayores de la historia.

Bajo el mando de Mackenzie, el Cuarto Regimiento de Caballería no tardó en convertirse en una fuerza de asalto móvil de implacable eficacia, pero de momento seguía compuesto por oportunistas que no estaban preparados para hacer frente a contrincantes como Quanah y sus curtidos guerreros de las llanuras. Los soldados estaban operando mucho más allá de los límites de la civilización, lejos de cualquier sendero que pudiesen seguir o de cualquier punto de referencia que pudiese orientarlos. Habían descubierto, consternados, que sus principales puntos de aguada eran revolcaderos de bisontes donde, según Cárter, «el líquido elemento, estancado y caliente, resultaba apestoso y nauseabundo, y estaba recubierto de un verdín viscoso que había que retirar antes de llevárselo a la boca».<sup>[12]</sup> La inexperiencia de la tropa se puso de manifiesto en la primera noche de la expedición. Alrededor de la medianoche, sobre el estruendoso fondo sonoro de una tormenta típica del oeste de Tejas, los soldados oyeron «un tremendo pisoteo y un fragor inconfundible de bufidos y mugidos».<sup>[13]</sup> El estruendo, como no tardaron en descubrir, se debía a una estampida de bisontes. Los hombres de Mackenzie habían cometido el terrible error de asentar los reales entre una enorme manada de bisontes y su abrevadero. Presos del pánico, salieron de las tiendas a oscuras, gritando y agitando las mantas desesperadamente para intentar desviar a los bisontes en desbandada. Lo lograron, pero por un estrechísimo margen. «Las inmensas manadas de monstruos pardos», escribió Cárter, «viraron y pasaron a nuestra izquierda, corriendo a velocidad de vértigo y entre empellones, pero rozando apenas el borde de una de nuestras yeguas [...] Daban escalofríos de imaginar los posibles resultados de aquella visita nocturna, pues si bien es verdad que teníamos los caballos fuertemente atados con lazos o amarrados a estacas y árboles, nada podría haberles salvado del terror que semejante embestida inevitablemente habría sembrado, de no ser porque la oímos aproximarse justo a tiempo de desviar a los rebaños que la encabezaban».<sup>[14]</sup>

Tras salvarse de milagro de las consecuencias de su propia ignorancia, los casacas azules reunieron los caballos descarriados, alzaron los reales al amanecer y pasaron el día siguiente cabalgando hacia el oeste por una extensión ondulada y tachonada de mezquites y colonias de perrillos de la pradera. Estas últimas, habituales en la franja septentrional de Tejas, representaban un peligro enorme para los caballos y las mulas: imagínese el lector una serie de hormigueros gigantescos poblados por roedores de gran tamaño, que se extendían por kilómetros y kilómetros. Los jinetes dejaron atrás más manadas de bisontes, inmensas y acres, vadearon ríos cuyas aguas cargadas de

yeso resultaban imposibles de beber, y pasaron por curiosos establecimientos comerciales, ya abandonados, que consistían en unas cuevas excavadas en las paredes de los barrancos y reforzadas con postes que parecían los barrotes de una celda.

El segundo día sufrieron nuevos percances. Mackenzie ordenó una marcha nocturna con la esperanza de sorprender al enemigo en sus campamentos. Sus hombres avanzaban trabajosamente por terrenos escabrosos, matorrales espesos, barrancos y torrenteras. Al cabo de varias horas de lo que Cárter describió como «penas y desventuras, y mucha queja subida de tono y rayana en la blasfemia», entreveradas de «numerosas escenas bastante cómicas», los soldados fueron a parar, maltrechos y magullados, al fondo de un pequeño cañón cortado, donde hubieron de esperar a que amaneciese para encontrar una salida. Unas pocas horas después llegaron a la confluencia del río Brazos y el Freshwater, uno de sus ramales, situada en lo más profundo del territorio indio, dentro de un amplio aunque somero valle de unos cincuenta kilómetros de largo por unos quinientos metros de ancho, y atravesado por pequeños cañones laterales. El lugar, conocido como Cañón Blanco y situado justo al este de la actual Lubbock, era uno de los emplazamientos favoritos de los quahadis.

La sorpresa que Mackenzie planeaba dar a los comanches, fuese cual fuese, se había esfumado. Al tercer día de marcha, los exploradores tonkawa se dieron cuenta de que los seguía de cerca un cuarteto de guerreros comanches que habían estado observando todos y cada uno de sus movimientos, incluidos, es de suponer, los desatinos de la marcha nocturna, que debían de haberles parecido de lo más cómico. Los tonks fueron tras ellos, pero «los enemigos, dotados de mejores caballerías, no tardaron en distanciarse de sus perseguidores y desaparecer en las colinas». El hecho no tenía nada de sorprendente: en los doscientos años que duraba ya su enemistad, los tonkawas jamás se habían acercado a los comanches en materia de destreza ecuestre: siempre salían perdiendo. Así pues, mientras que ni los soldados de caballería ni los dragones tenían ni idea de dónde estaban acampados los comanches, Quannah sabía exactamente dónde estaba Mackenzie y qué hacía. Esa noche, el general empeoró las cosas al permitir que sus hombres se diesen el lujo de encender hogueras, lo que equivalía a pintar en el cañón una flecha enorme que apuntase a su campamento. Algunas de las compañías volvieron a meter la pata al no emplazar grupos de vigilancia entre los caballos.

Alrededor de la medianoche, el regimiento se despertó al oír una serie de agudos alaridos sobrenaturales. A continuación se oyeron disparos, más gritos y, en un abrir y cerrar de ojos, el campamento se convirtió en un hervidero de comanches al galope. El plan de los indios no tardó en hacerse evidente: entremezclado con los chillidos, los disparos y el alboroto general del campamento se percibía otro sonido, casi inaudible en un primer momento, pero que fue aumentando rápidamente hasta convertirse en un estrépito atronador. Los soldados enseguida se dieron cuenta, horrorizados, de cuál era el origen del ruido: una estampida de caballos. De sus

caballos. Entre gritos de «¡jinetes a sus monturas!», seiscientos caballos, presos del pánico, irrumpieron en el campamento en desbandada, encabritándose, saltando y cargando a toda velocidad. Los lazos y ronzales se rompían restallando como disparos de pistola; las estacas de hierro, que escasos minutos antes servían para sujetar a las caballerías, giraban y se entrechocaban como sables voladores alrededor de los cuellos de los brutos. Los soldados trataban de agarrarlas, pero caían al suelo y se veían arrastrados entre los caballos, con las manos laceradas y manando sangre.

Cuanto todo hubo terminado, los soldados descubrieron que Quanah y sus guerreros se habían llevado setenta de sus mejores caballos y mulas, entre ellos el magnífico corcel tordo de Mackenzie. En la Tejas occidental de 1871, dejar a alguien sin caballo equivalía a condenarlo a muerte. Los indios, sobre todo los de las altas llanuras, acostumbraban desde muy antiguo a robarles los caballos a los blancos y dejarlos morir de hambre o sed. A comienzos del siglo XVIII, los comanches ya habían utilizado esa táctica contra los españoles, con mortíferos resultados. Sea como fuere, un soldado sin montura lo tenía bastante difícil frente a un comanche a caballo.

Esa incursión de medianoche fue la tarjeta de visita de Quanah Parker, un mensaje inequívoco de que la tarea de darles caza a él y a sus guerreros comanches en su propio territorio iba a ser ardua y peligrosa. Fue así como comenzó lo que pasaría a la historia como la Batalla del Cañón Blanco, que a su vez representaría el primer aldabonazo de la guerra sangrienta que durante cuatro años se libraría en las altiplanicies del oeste de Tejas y que se saldaría con la destrucción definitiva de la nación comanche. La Batalla del Cañón Blanco también iba a brindar al ejército estadounidense la primera oportunidad de ver a Quanah en persona. El capitán Cáster, que obtendría la Medalla de Honor del Congreso —la máxima condecoración entregada en las fuerzas armadas estadounidenses— por el valor demostrado en el Cañón Blanco, describió en los siguientes términos el aspecto y proceder del joven jefe guerrero en la batalla que tuvo lugar al día siguiente de la estampida nocturna:

Dirigía la cuadrilla un jefe fornido y corpulento a lomos de un caballo negro como el carbón. Inclinado sobre las crines fusil en ristre, y espoleando nerviosamente los flancos de la bestia, parecía la encarnación de una alegría salvaje y brutal. Llevaba el rostro embadurnado con pinturas de guerra de color negro que conferían a sus facciones un aspecto demoníaco [...] Un largo tocado de plumas de águila, que, bajándole desde la frente, le cubría la cabeza y la espalda y llegaba hasta la cola de su caballo, se desplegaba al aire mientras cabalgaba, y al detenerse casi barría el suelo. Colgaban de sus orejas unos grandes aros de latón; iba desnudo hasta la cintura, vestido únicamente con polainas, mocasines y un taparrabos. Llevaba un collar de garras de oso [...] Unas campanillas tintineaban cuando galopaba a toda velocidad, seguido de sus principales guerreros, ansiosos todos ellos por rebasarlo. Era Quanah, caudillo supremo de los Qua-ha-das.<sup>[15]</sup>

Momentos después, Quanah viró su caballo en dirección a un desdichado soldado raso llamado Seander Gregg y, bajo la atenta mirada de Cáster y sus hombres, le voló los sesos.

## II

### UN PARAÍSO LETAL

**F**ue así como Quanah Parker, el hijo de una mujer blanca procedente de una civilización invasora, empezó a cumplir su enrevesado destino. El jefe de los quahadis no tardó en convertirse en uno de los principales objetivos de cuarenta y seis compañías de infantería y caballería del ejército estadounidense —un total de tres mil hombres—, el mayor contingente que jamás se había enviado a perseguir y aniquilar indios. Quanah estaba a punto de convertirse en el último jefe de la tribu más dominante e influyente de la historia de Estados Unidos. Lo que sigue es, en el más amplio sentido, la historia de Quanah y su familia, una historia que hunde sus raíces tanto en el antiquísimo legado tribal de los comanches como en el malaventurado e indomable clan Parker, que para muchos estadounidenses del siglo XIX simbolizaba los horrores y esperanzas de la frontera. Estas dos líneas confluyen en la madre de Quanah, Cynthia Ann, cuya vida entre los comanches y aciago regreso a la civilización blanca conforman uno de los grandes relatos del Viejo Oeste. El telón de fondo de toda esta peripecia es la historia del auge y caída de los comanches. Ninguna tribu de la historia de Estados Unidos ejerció mayor influencia en el destino del país. Quanah no fue sino el resultado de todo cuanto los comanches habían creído y soñado, y por lo que habían luchado, a lo largo de doscientos cincuenta años. El secuestro en 1836 de una niña de ojos azules y nueve años de edad, Cynthia Ann Parker, señaló el comienzo de la guerra que el hombre blanco libraría durante cuarenta años contra los comanches, y en la que Quanah desempeñaría el papel protagonista. En cierto sentido, los Parker representan el comienzo y el final de los comanches en la historia de Estados Unidos.

El relato comienza en Tejas, como debe ser, durante el tumultuoso y revolucionario año de 1836, doce años antes de que Cynthia Ann diese a luz a Quanah en una pradera cubierta de flores a orillas de Elk Creek, cerca de las montañas Wichita, en el sudoeste de Oklahoma.<sup>[1]</sup>

Ese año, el general Antonio López de Santa Anna cometió un error garrafal que cambió el destino de Tejas y, en consecuencia, de todo el continente norteamericano. El 6 de marzo, bajo una bandera de color sangre que significaba «guerra a muerte y sin cuartel», cerca de dos mil de sus soldados mexicanos aniquilaron a varios cientos de tejanos en una pequeña misión llamada El Álamo, situada en la ciudad de San Antonio de Béxar. En su momento pareció una gran victoria, pero fue un error catastrófico. Tres semanas más tarde, en la cercana localidad de Goliad, Santa Anna

agravó el desaguizado al ordenar la ejecución de unos trescientos cincuenta soldados tejanos que ya se habían rendido. Los mexicanos obligaron a los prisioneros a marchar en fila, los mataron y quemaron sus cadáveres. A los heridos los arrastraron por las calles del presidio para rematarlos. Estos actos generaron mártires y engendraron leyendas. La ferocidad asesina de los combatientes de El Álamo fue un mero prelude de lo que ocurriría después. El 21 de abril, en la Batalla de San Jacinto, un contingente de tejanos bajo el mando del general Sam Houston superó a base de estrategia al ejército de Santa Anna, lo acorraló contra un arroyo pantanoso y, gozando de una superioridad manifiesta, lo destruyó. La victoria supuso el fin del dominio mexicano al norte del río Grande y el nacimiento de una nación soberana llamada la República de Tejas.<sup>[2]</sup>

La noticia fue recibida con alborozo por los colonos, y en la primavera de 1836, ningún ciudadano de la nueva república tenía más motivos de celebración que una numerosa familia de emigrantes piadosos y emprendedores oriundos del este del país y conocidos entre los vecinos como el clan Parker. En 1833, atraídos por la promesa de tierra gratis, los Parker habían viajado a Tejas desde Illinois en una caravana de treinta diligencias. El trato que les ofrecieron parecía demasiado bueno para ser verdad. A cambio de una promesa hueca de lealtad a México —país del que Tejas aún formaba parte—, varios cabezas de familia del clan recibieron mil ochocientas hectáreas de tierra cada uno en el centro de Tejas, cerca de la actual ciudad de Mexia. A perpetuidad. Libres de impuestos y aranceles durante diez años. Sumando todas las concesiones, los Parker poseían un total de seis mil quinientas hectáreas —sesenta y cinco kilómetros cuadrados— de terrenos adyacentes, un auténtico reino para lo que se estilaba en su Virginia natal. (Los colonos, además, completaron las concesiones con otras novecientas treinta hectáreas que compraron por dos mil dólares).<sup>[3]</sup> Las tierras en sí, localizadas en el límite de las llamadas «llanuras de tierra negra» del noreste de Tejas, eran magníficas, de una fertilidad prodigiosa, salpicadas de bosques de roble colorado, fresno, castaño y ocozol, y tapizadas de vastas y ondulantes praderas. Comprendían un burbujeante manantial —«un venero efervescente»,<sup>[4]</sup> según una descripción—, varios arroyos, y el cercano río Navasota. La pesca y caza eran abundantes. En 1835, cerca de dos docenas de personas en representación de seis familias Parker y algunos parientes construyeron en su propiedad un fuerte de cuatro mil metros cuadrados que contenía cuatro blocaos, seis cabañas de troncos y un portón principal a prueba de balas, todo ello cercado por una empalizada de cuatro metros y medio de altura, hecha de postes puntiagudos de cedro. Había aspilleras por todas partes, hasta en el suelo del segundo piso de los blocaos, y bancos para los tiradores. El fuerte Parker era una pequeña utopía bucólica, e increíblemente fortificada. Era el arquetipo exacto del lugar soñado por casi todos los colonos norteamericanos.

El fuerte se distinguía por otra peculiaridad: en el año de la independencia tejana, estaba situado en el límite mismo de la frontera india. Más al oeste ya no había

ningún otro asentamiento anglosajón, ni ciudades, ni casas, ni estructuras permanentes de ninguna clase, salvo las chozas de hierba de los wichitas o las casetas improvisadas de los comancheros y otros mercaderes indios. (Entre el fuerte Parker y la California mexicana se encontraban Santa Fe y los pequeños asentamientos dispersos de Nuevo México). Y el fuerte estaba tan por delante de la línea habitual de poblados colonos que «detrás» tampoco había apenas nadie. En 1835, Tejas tenía menos de cuarenta mil habitantes.<sup>[5]</sup> Aunque unas pocas ciudades como Nacogdoches y San Antonio contaban con una historia y cultura vigorosas, casi todos los tejanos residían en granjas, plantaciones y pequeños asentamientos levantados junto al lecho de algún río. La mayoría eran campesinos que producían lo justo para subsistir y carecían de protección gubernamental de ningún tipo. Los ejércitos mexicanos, pequeños e irresponsables, que en su día patrullaran la región, ya habían desaparecido, y la frágil República de Tejas tenía mejores cosas que hacer que proteger a los lunáticos granjeros blancos que insistían en afincarse más allá de los últimos enclaves de la civilización. Los Parker, junto con un puñado de vecinos desperdigados por una extensa comarca, tuvieron que arreglárselas por su cuenta y riesgo en un paraje verdaderamente anárquico y dominado en exclusiva por los indios.

La situación de los Parker en la frontera era aún más solitaria de lo que se deduce de esa descripción. La afirmación de que su fuerte estaba situado en las inmediaciones de la actual ciudad de Dallas podría hacer creer que toda la frontera india de Norteamérica se extendía a la sazón hacia el norte, hasta Canadá, a lo largo de esa línea de longitud. Pero, en 1836, la única zona fronteriza donde la civilización blanca se enfrentaba con indios hostiles de las llanuras estaba en Tejas. Oklahoma era un territorio puramente indio, el lugar al que se veían trasladadas a la fuerza las tribus derrotadas de los estados del sur y de la costa atlántica central, las cuales solían quedar realojadas en los dominios de tribus belicosas de las llanuras. Las planicies que se extendían al norte de Oklahoma —parte de los futuros estados de Kansas, Nebraska y las dos Dakotas— seguían dominadas por los indios, completamente intactas y fuera del alcance de la civilización. El primer enfrentamiento entre el ejército estadounidense y la nación lakota de las llanuras septentrionales no tendría lugar hasta 1854.<sup>[6]</sup> Aún no existía el célebre camino de Oregón. Todas las ciudades de la frontera hostil estaban en Tejas. Cabe visualizar la tierra de los Parker como la punta roma del ariete de civilización angloeuropea que penetraba en el último bastión de indios indómitos de América del Norte. A la mayoría de habitantes del civilizado este del país le resultaba poco menos que inconcebible que alguien en su sano juicio, no digamos ya familias con bebés y niños pequeños, quisiese establecerse en semejante paraje. En 1836, la frontera tejana era un lugar sumamente peligroso.

De ahí que cueste entender por qué, en la cálida y fragante mañana de primavera del 19 de mayo, menos de un mes después de que la Batalla de San Jacinto hubiese erradicado de la región casi todo vestigio de autoridad federal, los miembros del clan

Parker se comportaran como si estuviesen viviendo en una granja de cien años de antigüedad situada al oeste de Filadelfia. Diez de los dieciséis varones sanos estaban trabajando en los maizales. Las ocho mujeres y nueve niños estaban dentro del fuerte, pero, por alguna razón, el enorme portón reforzado se había dejado abierto de par en par. Los hombres que se habían quedado en el fuerte estaban desarmados. Aunque los Parker habían sido los principales impulsores de la formación de las primeras compañías de *rangers* de Tejas<sup>[7]</sup> —concebidas expresamente para hacer frente a la amenaza comanche<sup>[8]</sup>—, el comandante del lugar, James Parker, acababa, según sus propias palabras, de «disolver las tropas bajo [su] mando»<sup>[9]</sup> porque no percibía mayor peligro. Posteriormente admitió que el motivo podría haber sido otro, a saber: que «el Gobierno no estaba en condiciones de costear la manutención de los efectivos»<sup>[10]</sup>, es decir, que él mismo se quedaría sin cobrar. No está claro cómo James Parker y su hermano Silas, asimismo capitán de los *rangers*, pudieron llegar a la conclusión de que su asentamiento era seguro, ni siquiera temporalmente, pues casi con toda certeza estaban al corriente de las recientes incursiones comanches en la zona. A mediados de abril, una caravana de colonos había sufrido un ataque y el raptó de dos de sus mujeres. El primero de mayo, una familia llamada Hibbon había sido atacada en el río Guadalupe: dos hombres habían muerto y la señora Hibbon y sus dos niños habían sido capturados. La mujer, no se sabe cómo, logró escapar y llegar en plena noche maltrecha, sangrando y casi desnuda, a un campamento de atónitos *rangers*, los cuales encontraron después a sus hijos en un campamento comanche y consiguieron rescatarlos.<sup>[11]</sup> En circunstancias normales, un pequeño grupo de hombres podría haber repelido un asalto directo al fuerte Parker por parte de una nutrida cuadrilla de indios.<sup>[12]</sup> Tal y como sucedieron las cosas, fueron presa fácil.

A las diez en punto de la mañana, una numerosa partida de indios llegó a caballo hasta el fuerte y se detuvo frente a la puerta principal.

Los cálculos del número de guerreros oscilan entre cien y seiscientos, aunque la cifra inferior es la más probable. También había mujeres, montadas como los hombres. Los jinetes portaban una bandera blanca, lo que tal vez tranquilizó a los colonos más ingenuos. Los Parker llevaban poco tiempo en la frontera occidental como para saber quiénes eran exactamente esos individuos decorados con pinturas de guerra —Rachel Parker Plummer, una joven de diecisiete años, supuso errónea, y tal vez ilusamente, que se trataba de «tawakonis, caddoanos, keechis, wacos» y otras bandas sedentarias del centro de Tejas—,<sup>[13]</sup> pero ya se habían topado con indios antes, y enseguida se dieron cuenta del error catastrófico que habían cometido al quedarse tan desprotegidos. De haber sabido a ciencia cierta a quiénes tenían delante —una mayoría de comanches, pero también algunos kiowas, sus habituales compañeros de correrías—, los Parker podrían haber previsto los horrores que estaban a punto de padecer. En semejante tesitura, lo único que podían hacer era intentar una negociación, de modo que Benjamin Parker, de cuarenta y ocho años de

edad, uno de los seis hombres que se habían quedado en el fuerte, salió a recibir a los guerreros.

Lo que ocurrió a continuación es uno de los acontecimientos más famosos en la historia de la frontera del Oeste de Estados Unidos, entre otras cosas porque los historiadores darían en considerarlo el comienzo de la más larga y brutal de las guerras que los estadounidenses libraron contra una sola tribu india.<sup>[14]</sup> La mayoría de las guerras contra nativos norteamericanos en el este, sur y medio oeste del país apenas había durado unos pocos años. Las tribus hostiles causaban problemas durante un tiempo, pero enseguida se les seguía la pista hasta descubrir sus poblados, y una vez allí se les quemaban las tiendas y cosechas, y se exterminaba a sus habitantes o se les obligaba a rendirse. Las «guerras» más dilatadas, por ejemplo la de los shawnees, no fueron en puridad más que una serie de derrotas indias que se sucedieron a lo largo de muchos años (y se vieron complicadas por las alianzas británico-francesas). Las guerras contra los indios de las llanuras del norte, como los sioux, empezaron mucho después y no duraron tanto ni mucho menos.

Cuando Benjamin Parker, solo y desarmado, llegó a pie adonde estaban reunidos los indios, estos le dijeron que querían una vaca y le preguntaron dónde había un abrevadero. Parker les respondió que no podía darles la vaca pero les ofreció otros alimentos. Volvió a entrar al fuerte por el portón abierto de par en par y le contó a su hermano Silas, de treinta y ocho años, lo que le habían pedido los indios, señaló lo absurda que era la petición de indicaciones para llegar al abrevadero cuando sus caballos estaban aún chorreando agua y, tras reunir unos pocos víveres, volvió a salir con gran coraje, pese a que Silas le aconsejó que no lo hiciese. Mientras tanto, John Parker, que a sus setenta y ocho años era el patriarca de la familia, su anciana esposa Sallie y Sarah Parker Nixon, la hermana de Rachel Plummer, escapaban por la salida trasera, una pequeña puerta —demasiado baja para que entrase un caballo— que daba al manantial.<sup>[15]</sup> Otro pariente político de los Parker, G. E. Dwight, hizo lo propio con su familia, provocando el comentario desdeñoso de Silas: «Por el amor de Dios, Dwight, ¿no irás a salir corriendo? Quédate y pelea como un hombre, y si hemos de morir, venderemos nuestras vidas lo más caras que podamos». Era un mal consejo y Dwight no le hizo caso. A pesar de sus bravatas, Silas se había olvidado en su cabaña el cebador de la pólvora. Y aún cometió otro error al no decirle a su sobrina Rachel que se uniese a los demás y huyese con su hijo de catorce meses, James Pratt Plummer. «Quédate aquí», le dijo a la joven, «y vigila a los indios mientras voy corriendo a casa a por mi cebador».

Pero los acontecimientos se sucedieron mucho más rápido de lo que Silas Parker había previsto. Bajo la horrorizada mirada de Rachel, los indios rodearon a su tío Benjamin y, tras atravesarlo con las lanzas, lo aporrearon, lo acribillaron a flechazos disparados a quemarropa y, por último, cuando probablemente aún estaba vivo, le arrancaron la cabellera. Todo ocurrió muy deprisa. Tras ocuparse de Benjamin, los indios se giraron y cargaron contra el fuerte. Rachel ya había salido corriendo hacia la

puerta trasera con su hijo en brazos. La atraparon enseguida. Según su propio y minucioso relato, «un indio ceñudo y corpulento cogió una azada del suelo y me derribó de un golpazo».<sup>[16]</sup> La joven perdió el conocimiento y, al volver en sí, vio que estaban arrastrándola de su larga melena pelirroja, mientras sangraba a borbotones por la herida de la cabeza. «Hice varias tentativas infructuosas de ponerme en pie antes de conseguirlo», escribió. La llevaron al grupo principal de indios, donde pudo ver de cerca el rostro y el cadáver mutilado de su tío. También vio a su hijo en brazos de un jinete indio. Dos mujeres comanches empezaron a golpearla con un látigo. «Supongo», recordaría posteriormente Rachel, «que era para que dejase de llorar».<sup>[17]</sup>

Mientras tanto, los indios atacaron a los hombres que se habían quedado en el fuerte. Mataron a Silas y a sus parientes Samuel y Robert Frost y les arrancaron la cabellera. A continuación, se aplicaron a una tarea para la que los indios de las llanuras estaban especialmente preparados: perseguir a caballo a las víctimas que escapaban gritando despavoridas. El anciano John Parker, su mujer Sallie, y su hija Elizabeth Kellogg, una joven viuda, habían conseguido recorrer más de un kilómetro cuando los indios les dieron alcance. Los rodearon y les arrancaron toda la ropa; no es difícil imaginar el espanto que sentirían al verse completamente desnudos delante de sus perseguidores, en mitad de la pradera. Acto seguido, los indios la emprendieron con ellos, atacando al anciano con los *tomahawks*, y obligando a la abuela Parker, que trataba de apartar la vista, a mirar lo que le hacían a su marido.<sup>[18]</sup> Le arrancaron la cabellera, le cortaron los genitales y lo asesinaron, nadie sabrá jamás en qué orden. A continuación dirigieron su atención a la abuela: tras clavarla al suelo con las lanzas, la violaron, le hundieron un cuchillo en uno de los senos y la dieron por muerta.<sup>[19]</sup> A Elizabeth Kellogg la subieron a un caballo y se la llevaron.

En medio de la confusión, Lucy Parker, la mujer de Silas, y sus cuatro hijos también habían salido corriendo por la puerta trasera del fuerte en dirección a los maizales. Los indios los atraparon, obligaron a Lucy a entregarles dos de sus hijos y se la llevaron a rastras junto con los otros dos niños y uno de los hombres —L. D. Nixon— de vuelta al fuerte, donde, no se sabe cómo, fueron rescatados por tres hombres armados con rifles que habían llegado desde los maizales. Los dos niños que permanecieron en cautividad no tardaron en convertirse en nombres conocidísimos en la frontera del Oeste: Cynthia Ann, una niña de ojos azules, hija de Silas y Lucy Parker, de nueve años de edad, y su hermano John Richard, de siete.

Así concluyó la batalla principal. Había durado media hora escasa y se había saldado con cinco hombres muertos: Benjamin Parker, Silas Parker, Samuel y Robert Frost y el anciano John Parker. Dos mujeres habían resultado heridas, Lucy, la madre de Cynthia Ann, y la abuela Parker, que había sobrevivido milagrosamente. Los asaltantes se habían llevado a dos mujeres y a tres niños: Rachel Parker Plummer y su bebé —el primer niño nacido en el fuerte Parker—,<sup>[20]</sup> Elizabeth Kellogg, y los dos pequeños Parker. Antes de marcharse, los indios mataron unas cuantas reses, saquearon el lugar y prendieron fuego a algunas de las casas. Rompieron botellas,

rajaron los colchones y esparcieron las plumas por el aire y, en palabras de Rachel, se llevaron «una gran cantidad de libros y medicinas de [su] padre». La joven describió lo que les ocurrió a algunos de los saqueadores:

Entre las medicinas de mi padre había un frasco de arsénico en polvo, que los indios, tomándolo por una especie de pintura blanca, procedieron a aplicarse en rostros y torsos, disolviéndolo en su propia saliva. Me trajeron el frasco para que les dijese qué era. Les dije que lo ignoraba, aunque yo sabía cuál era el contenido puesto que el frasco estaba etiquetado.<sup>[21]</sup>

Cuatro de los indios se pintaron la cara con arsénico. Según Rachel, murieron los cuatro, es de suponer que lenta y dolorosamente.

La incursión dejó dos grupos distintos de supervivientes, ninguno de los cuales tenía conocimiento del otro. El padre de Rachel, James Parker, condujo a un grupo de dieciocho personas —seis adultos y doce niños— aterrorizadas ante la posibilidad de que los indios diesen con ellos a través de una espesura de árboles, matorrales y zarzas, a lo largo del río Navasota. Parker escribió: «Cada pocos pasos veía cómo las zarzas arañaban las piernas de los niños pequeños, y temía que el rastro de la sangre que caía al suelo nos delatara».<sup>[22]</sup> Cada vez que llegaban a un tramo arenoso del cauce del río, Parker los hacía caminar de espaldas para despistar a los perseguidores. Esta treta, por desgracia, también confundió al otro grupo de supervivientes, que nunca llegaron a encontrarlos, pese a que ambos se dirigían al mismo lugar: el fuerte Houston, cerca de la actual ciudad de Palestine, a unos cien kilómetros de distancia.<sup>[23]</sup> El grupo de James llegó a pasar treinta y seis horas sin probar bocado hasta que, finalmente, el propio líder del grupo logró atrapar una mofeta y ahogarla en el río. Caminaron durante cinco días hasta que, incapaces de continuar por el agotamiento, se dieron por vencidos. James prosiguió a solas en busca de ayuda y, por increíble que parezca, recorrió los últimos sesenta kilómetros que quedaban hasta el fuerte Houston en una sola jomada. Cuatro días después, el segundo grupo de refugiados llegó al mismo lugar. Los supervivientes no regresarían a enterrar a sus muertos hasta el 19 de julio, justo un mes después del asalto.

El relato anterior puede parecer innecesariamente rico en detalles truculentos, pero ilustra a la perfección lo que eran las razias comanches en una época caracterizada por ataques de esa naturaleza. Esa era la auténtica, y con frecuencia hartamente cruda, realidad de la frontera. Resulta imposible maquillarla, aunque, en su momento, casi todos los cronistas de las «depredaciones indias» —por usar el eufemismo predilecto de los periódicos de la época— se negaban a mencionar siquiera que las mujeres habían sido víctimas de abusos. Pero todo el mundo lo sabía. Cualquier colono

afincado en la frontera era consciente de que podía correr la misma suerte que los Parker, y así lo temía. El asalto al fuerte Parker era exactamente lo que los españoles y sus sucesores, los mexicanos, habían soportado en el sur de Tejas, Nuevo México y el norte de México desde finales del siglo XVII, y lo que los apaches, osages y tonkawas y otras tribus habían padecido durante varios siglos. Las primeras incursiones que tuvieron lugar en Tejas obedecían en su mayoría al deseo de caballos o de cualquier otro botín susceptible de pillaje. Posteriormente, sobre todo hacia el final de las Guerras Indias, la venganza se convirtió en el móvil principal (como, por ejemplo, en la Masacre de Salt Creek, de 1871). Comparada con la brutalidad de estos ataques, la violencia del asalto al fuerte Parker parece insípida y falta de imaginación.

La lógica de las incursiones comanches era muy simple: se mataba a todos los hombres, y a los que se capturaba vivos se los torturaba hasta la muerte por sistema, a algunos más lentamente que a otros. A las mujeres cautivas se las violaba en grupo. Algunas eran asesinadas, otras torturadas; pero a una fracción, sobre todo si eran jóvenes, se las dejaba con vida (aunque la venganza siempre podía ser un motivo para ajusticiar rehenes). Los bebés se mataban por norma, mientras que los niños solían ser adoptados por comanches u otras tribus. Este tratamiento no se reservaba en exclusiva a los blancos o mexicanos, sino que se aplicaba con idéntico fervor a las tribus indias enemigas. Aunque capturaron pocos caballos, los comanches debieron de tomarse el asalto al fuerte Parker como un éxito: no habían sufrido ni una sola baja y se habían hecho con cinco cautivos por los que podrían exigir a los blancos un rescate en caballos, armas o comida.

La brutalidad de la incursión también pone de relieve la audacia de la propia familia Parker. Aunque se habían construido un fuerte sólido y resistente, es evidente que los Parker no cultivaban la tierra ni cazaban animales ni recogían agua en su interior, sino que se veían obligados a permanecer fuera del recinto con frecuencia, arriesgándose constantemente a sufrir un ataque y sin hacerse ilusiones al respecto de la presencia de indios belicosos ni del tratamiento que estos daban a sus prisioneros. No se engañaban y, aun así, porfiaban en su propósito, se multiplicaban, criaban a sus hijos, cultivaban sus campos y rendían culto a Dios, todo ello en un lugar donde cada momento encerraba una amenaza mortal.

El clan Parker era completamente ajeno a la experiencia que los europeos habían tenido de los indios de las llanuras. Cuando en los siglos XVII y XVIII el Imperio español emprendió su implacable avance desde Ciudad de México, derrotando, asesinando y sometiendo a las tribus nativas que encontraba en su camino hacia el norte, lo logró de una manera sumamente organizada y centralizada. Primero se construían presidios militares y misiones católicas, y se dotaban de personal; a continuación se enviaban las tropas; por último llegaban los colonos, que no se apartaban demasiado de las faldas maternas. El avance hacia el oeste de los estadounidenses fue un proceso radicalmente distinto.

Su punta de lanza no la integraban soldados federales ni fortificaciones militares, sino simples granjeros imbuidos de una ferviente ética calvinista del trabajo, un optimismo a prueba de bombas, y una tozudez imperturbable que les impedía hincar la rodilla por extremo que fuese el peligro que afrontasen. De ellos se decía que eran tan temerosas de Dios que no les quedaba temor que sentir por nada ni nadie más.<sup>[24]</sup> Por lo general, convencidos como estaban de que la tierra les pertenecía, se negaban a cumplir los tratados que el Gobierno firmaba con los nativos. Odiaban a los indios con especial saña: consideraban que no eran del todo humanos y que, en consecuencia, les asistía el derecho inalienable a no poseer absolutamente nada. El gobierno, en cualquiera de sus formas, siempre iba a la zaga de estos pobladores de la frontera, y cuando por fin hacía acto de presencia, solía ser con retraso y de mala gana. Los Parker eran gente de esa laya. John el Viejo y sus hijos se habían trasladado a trancas y barrancas desde los húmedos y exuberantes bosques del Este hasta las abrasadoras planicies sin árboles del corazón del país. Eran baptistas militantes, de la rama de los «predestinados de las dos semillas en el espíritu», estrictos en la práctica de su fe e intolerantes con quienes no compartían sus creencias. Daniel Parker, el hijo mayor de John y alma del clan, fue uno de los principales predicadores baptistas de su generación y se pasó la vida enzarzado en disputas doctrinales con sus colegas clérigos; la primera iglesia protestante de Tejas la fundó él. Los Parker también tenían mano en la política: tanto James como Daniel asistieron como diputados a la llamada «consulta», la asamblea política que se celebró en 1835 con el objeto de constituir un gobierno provisional para Tejas. Aunque sus tierras quedaron temporalmente abandonadas tras el ataque comanche, algunas facciones del extenso clan Parker volvieron pronto a avanzar sin pausa hacia el oeste. Fueron ellos, más que las polvorientas columnas de casacas azules, quienes sometieron a los indios. En este sentido, el legado genético de Quannah contenía las semillas de la ulterior destrucción de su tribu. La familia de su madre representa un ejemplo casi perfecto de esa gente de campo, honrada y testaruda, que vivía en cabañas de troncos selladas con barro y suelo de tierra, tocaba viejas canciones al violín, salía a labrar los campos armada con sus rifles de Kentucky, y avanzaba inexorable hacia el oeste con la civilización estadounidense a cuestas.

Mientras los supervivientes del ataque al fuerte Parker se arrastraban por la lacerante maleza del cauce del río Navasota, los indios a los que temían se dirigían con determinación hacia el norte, lo más rápido posible, con sus cinco cautivos. Forzando a sus monturas al máximo, cabalgaron sin parar hasta la medianoche; solo entonces se detuvieron y acamparon en mitad de la pradera. Ese tipo de huida era una práctica ancestral en las llanuras. Era justamente lo que siempre hacían los comanches después de una incursión en los poblados pawnee, ute u osage: la persecución se daba por descontada, lo único que podía garantizar la seguridad era la distancia. El ataque

había comenzado a las diez de la mañana; si los indios cabalgaron durante doce horas sin apenas pausas, bien pudieron cubrir cien kilómetros, lo que los habría situado justo al sur de la actual Fort Worth, mucho más allá de los últimos asentamientos blancos.

En circunstancias normales habría sido imposible conocer el destino que corrieron los rehenes tras esfumarse en las líquidas tinieblas de la noche fronteriza. Pero da la casualidad de que sabemos lo que ocurrió esa noche y los días siguientes. El motivo es que Rachel Parker Plummer lo registró todo por escrito: en dos versiones más o menos similares, la joven madre describió sus trece meses de cautiverio con todo lujo de detalles. Los relatos se leyeron muchísimo en su momento, en parte por su asombrosa sinceridad y su minuciosidad brutal, y en parte porque todo el país estaba ansioso por saber qué había sido de las primeras mujeres estadounidenses que caían en poder de los comanches. Las crónicas de Rachel constituyen una pieza clave del canon Parker y son uno de los motivos principales de la celebridad que adquirió el asalto de 1836.

Rachel es un personaje interesante y cautivador. En el momento de la incursión contaba diecisiete años. Tenía un hijo de catorce meses, lo que invita a pensar que era una quinceañera cuando se casó con su marido, L. T. M. Plummer, algo perfectamente normal en la frontera.

Como se aprecia en su relato, era una joven inteligente, perspicaz y, al igual que muchos de los miembros del clan Parker, bastante culta. Era sensata, obstinada y extraordinariamente sufrida, teniendo en cuenta lo que hubo de padecer. Aunque no da detalles de los abusos sexuales de que fue objeto, deja dolorosamente claro que eso fue lo que ocurrió. («Acometer la narración del bárbaro tratamiento que me dispensaron», escribió, «no haría sino agravar la angustia que siento, pues solo de recordarlo, no digamos ya hablar de ello o escribirlo, siento una vergüenza insoportable...»).<sup>[25]</sup>

Tras detenerse para pasar la noche, los indios amarraron los caballos, encendieron una hoguera y, enarbolando las cabelleras ensangrentadas de sus cinco víctimas, ejecutaron una danza de la victoria que recreaba los acontecimientos de la jomada, e incluía golpes con los arcos y patadas a los cautivos. Rachel, a la que habían desnudado por completo junto con Elizabeth Kellogg, describe así la experiencia: «Me ataron las manos a la espalda con una correa trenzada, tan apretada que aún hoy se me distinguen las cicatrices. Después me amarraron los tobillos con una correa parecida, y me ataron los pies a las manos. Acto seguido me giraron boca abajo [...] y empezaron a golpearme en la cabeza con los arcos, y a duras penas conseguí no ahogarme con mi propia sangre...». <sup>[26]</sup> Al igual que las mujeres, Cynthia Ann y John también recibieron patadas, pisotones y porrazos. Y otro tanto hicieron con el bebé de catorce meses, James Plummer. «Los niños lloraban con frecuencia», escribió Rachel, «pero los hacían callar al instante con golpes que no sé cómo no terminaban con su vida». <sup>[27]</sup> Las dos mujeres cautivas fueron violadas repetidamente delante de los

niños, que estaban atados. Es imposible saber qué pensaría de todo aquello, a sus nueve años, la pequeña Cynthia Ann, salvajemente golpeada, llena de cortes y rozaduras tras el largo viaje y, por último, obligada a presenciar el ultraje degradante de sus primas adultas. Rachel no se entretiene en conjeturas: se limita a dar por sentado el sufrimiento y congoja de la niña.

Al día siguiente, los indios y sus cautivos reanudaron el viaje hacia el norte, al mismo ritmo brutal de la víspera.

### III

## MUNDOS ENFRENTADOS

**E**l asalto al fuerte Parker marca el momento histórico en el que los tentáculos más occidentales del incipiente imperio estadounidense tocaron la punta más oriental de otro imperio, vasto, primitivo e igual de mortífero, dominado por los indios comanches. En su momento, nadie supo verlo así. Los Parker, desde luego, desconocían por completo a qué se enfrentaban. Ni los estadounidenses ni los indios con los que se disputaban esa frontera salvaje tenían la más remota idea del tamaño geográfico del adversario, ni de su poder militar. Durante los dos siglos previos, ambos imperios se habían empeñado con ahínco en la conquista y virtual exterminio de tribus de nativos norteamericanos. Y los dos habían conseguido una expansión enorme de las tierras bajo su control. La diferencia era que los comanches se contentaban con lo que habían obtenido, pero los angloamericanos, hijos de la doctrina del «destino manifiesto», no. De pronto, en aquel paraje solitario a orillas del río Navasota, el incesante avance hacia el oeste de los estadounidenses había provocado que por fin entrasen en contacto. El significado de su encuentro, y del momento en sí, solo resulta evidente a posteriori.

Aunque la idea habría dejado estupefactos a los colonos tejanos de la época, los jinetes comanches que aquella mañana de mayo de 1836 se presentaron en la puerta principal del fuerte Parker eran representantes de un imperio militar y comercial que abarcaba seiscientos veinte mil kilómetros cuadrados<sup>[1]</sup>, más o menos la totalidad de las Grandes Llanuras meridionales. Su territorio comprendía amplias porciones de cinco estados actuales —Tejas, Nuevo México, Colorado, Kansas y Oklahoma—, y lo surcaban nueve grandes ríos, escalonados de norte a sur a través de casi mil kilómetros de llanuras y praderas sin apenas elevaciones: de arriba abajo, el Arkansas, el Cimarrón, el Canadian, el Washita, el Rojo, el Pease, el Brazos, el Colorado y el Pecos. Contando todo el ámbito de correrías de los comanches, que se adentraban en el interior de México y por el norte llegaban hasta Nebraska, su territorio era mucho más extenso si cabe. No se trataba de un imperio en el sentido tradicional, y los comanches no sabían nada de las estructuras políticas que mantenían unidos los imperios europeos. Pero su dominio de la región era absoluto. Tenían subyugadas a unas veinte tribus diferentes a las que habían derrotado, expulsado o reducido a la condición de vasallos. En toda América del Norte, la única tribu que podía equipararseles en términos de superficie bajo control era la de los sioux occidentales, que dominaban las llanuras septentrionales.

Esta hegemonía imperial no era un mero accidente geográfico, sino el resultado de más de ciento cincuenta años de combate constante y deliberado contra una serie

de enemigos, por el dominio de una porción concreta de territorio que albergaba las mayores manadas de bisonte de todo el país. Entre esos adversarios habían figurado los españoles —que, en su avance hacia el norte, habían llegado hasta Nuevo México en 1598 y posteriormente se habían adentrado en territorio tejano— y sus sucesores, los mexicanos. Y también figuraba una plétora de pueblos nativos, más concretamente, una docena de tribus que se disputaban la supremacía en las tierras de los bisontes, entre ellas los apaches, los utes, los osages, los pawnees, los tonkawas, los navajos, los cheyennes y los arapahoes. El imperio no se basaba exclusivamente en la superioridad militar. Los comanches también brillaban en el terreno diplomático, pues no dudaban en suscribir tratados de conveniencia cuando les interesaba y siempre con la vista puesta en la obtención de ventajas comerciales, sobre todo en lo tocante a la mercancía que más salidas tenía en las llanuras, los caballos, de la que poseían más que nadie. Una señal de su dominio era que su idioma, un dialecto del shoshón, se convirtió en la lingua franca de las llanuras meridionales, de manera análoga a como el latín sirvió de idioma comercial en el Imperio romano.

Dicho lo cual, resulta poco menos que increíble que los angloamericanos, en el año 1836, supiesen tan poco de los comanches. Los españoles, que lucharon contra ellos durante más de un siglo<sup>[2]</sup>, los conocían muy bien, aunque ni siquiera ellos llegaron a sospechar las verdaderas dimensiones de su imperio. En 1786, el gobernador español de Nuevo México todavía estaba convencido de que el bastión de los comanches estaba en Colorado, cuando lo cierto era que ya habían establecido su supremacía en un punto tan meridional como el condado tejano de San Saba, a unos ochocientos kilómetros de distancia.<sup>[3]</sup> El motivo, en parte, era que la mente europea era sencillamente incapaz de concebir las distancias que podía llegar a recorrer un comanche medio. El radio de acción de las bandas nómadas era de unos mil doscientos kilómetros; el radio de sus ataques, de unos seiscientos.<sup>[4]</sup> Esto suponía que un colono o soldado español destacado en San Antonio corría serio peligro de sufrir un ataque casi inmediato por parte de un guerrero comanche que estuviese sentado al calor de una hoguera en las inmediaciones de la actual Oklahoma City. Hubieron de pasar años antes de que alguien entendiese que la tribu que expoliaba las llanuras de Durango, en México, era la misma que deambulaba al norte del río Arkansas, en la actual Kansas. Pero en 1836 ya hacía mucho tiempo que se habían marchado los españoles. Sus sustitutos, los mexicanos, aún tuvieron menos éxito en sus tratos con los comanches, que se referían a ellos con desprecio como «nuestros pastores».<sup>[5]</sup> Una de las grandes paradojas de la historia es que entre los motivos principales por los que el gobierno mexicano animó a los estadounidenses a afincarse en Tejas en las décadas de 1820 y 1830 figuraba el deseo de establecer un parapeto contra los comanches, una especie de barrera preventiva en sus fronteras. En ese sentido, El Álamo, Goliad, San Jacinto y el nacimiento de la República de Tejas fueron fruto de un plan descabellado para frenar a los comanches. En su momento

tampoco hubo nadie que se percatase de ello. Desde luego no los colonos como los Parker que, en realidad, fueron ofrecidos como carnaza para los saqueos comanches.

No obstante, hasta entonces, los encuentros entre blancos y comanches habían sido sumamente escasos. Los expedicionarios Lewis y Clark solo conocían la tribu de oídas. Lewis aludió en sus escritos a la «gran nación paduca» —en aquella época se creía que paduca era sinónimo de comanche— que «ocupaba la región comprendida entre el curso superior del río Platte [actual Nebraska] y el río Kanzas». El explorador añade que «de los paducas ya no queda ni el nombre».<sup>[6]</sup> La tribu no era a la sazón más que un rumor, y puede que ni eso. En 1724, el tratante francés Étienne Véniard de Bourgmont visitó a los paducas y los describió como «no del todo nómadas; son un tanto sedentarios, pues viven en aldeas con casas grandes y practican algunas labores agrícolas».<sup>[7]</sup> Dado que jamás existió un solo comanche sedentario que residiese en una aldea, es probable que los paducas fuesen otra tribu completamente distinta (muy posiblemente apaches de las llanuras, aunque el dato es imposible de demostrar).

En la década de 1820, Stephen F. Austin y su primer contingente de colonos anglo-tejanos se toparon con los comanches, los cuales llegaron incluso a tener prisionero a Austin durante un corto periodo. Por lo demás se mostraron bastante amistosos y la cosa no fue a mayores. Las primeras caravanas enfilaron el camino de Santa Fe en 1821, enlazando Missouri con Nuevo México en una ruta que atravesaba Kansas, Colorado y Oklahoma. El tráfico total, no obstante, apenas alcanzaba un promedio de unas ochenta diligencias al año. Algunas sufrían ataques a manos de los indios, pero no hay que confundir a los blancos que a la sazón transitaban por los caminos de caravanas con los colonos que pretendían poseer tierras en propiedad. El camino no era más que una estrecha arteria comercial que no atentaba ni contra los terrenos de caza ni contra las tierras tradicionales de los indígenas, y lo más probable es que las noticias de los ataques comanches se exagerasen.<sup>[8]</sup> Los contactos fueron mínimos y, además, los comerciantes tenían dificultades para distinguir una tribu de otra.

En 1832, Sam Houston, que por entonces se dedicaba a comerciar con los cheroquis, viajó a Tejas para negociar un tratado de paz con los comanches, los osages y los pawnees, aunque no tuvo éxito.<sup>[9]</sup> En 1834, un batallón de doscientos cincuenta dragones montados bajo el mando del coronel Richard Dodge contactó con los comanches al norte del río Rojo. Según la descripción de George Catlin, un célebre pintor y cronista del Oeste que acompañaba a Dodge, los estadounidenses quedaron deslumbrados por la pericia ecuestre de los comanches, la destreza de los jinetes con el arco y las flechas, y la habilidad para la doma de mustangs salvajes. Catlin llegó a formular alguna conjetura que, leída a posteriori, resulta risible: «Probablemente», afirmó, «los dejemos para el arrastre en cuestión de días».<sup>[10]</sup> El hombre no sabía lo que decía. Los comanches, con toda seguridad, habrían hecho trizas a esos dragones de pesadas monturas y armados con mosquetes (W. S. Nye

escribió que los soldados de Dodge «iban ataviados con una indumentaria más propia de una ópera bufa que de una campaña de verano en Oklahoma».<sup>[11]</sup> Pero estos encuentros brindaban poca o ninguna información acerca de la verdadera naturaleza de la tribu. «Su historia, su número y sus límites geográficos», escribió Catlin en aquellos días, «siguen sumidos en la oscuridad. Aún no se sabe nada concreto de ellos».<sup>[12]</sup> Una prueba de lo poco que aún se sabía de ellos casi veinte años después de la observación de Catlin es la crónica de la expedición que llevó a cabo el capitán Randolph Marcy a la cabecera del río Rojo, publicada en 1853. Marcy describe la región —que por aquel entonces, dieciséis años después del ataque al fuerte Parker, era el corazón del imperio comanche— como un lugar completamente inexplorado «que ningún hombre blanco [había] hollado jamás»,<sup>[13]</sup> y tan desconocido para los estadounidenses como las regiones más recónditas de África.

Conviene señalar que los comanches y kiowas que asaltaron el fuerte Parker iban a caballo. El concepto de unos indios montados puede parecer de lo más normal, pero para los estadounidenses del siglo XIX el fenómeno era bastante novedoso. Pese a la imagen indeleble de unos salvajes emplumados que aúllan a lomos de sus caballos, la mayoría de los indios americanos se desplazaba a pie. En todo el continente no hubo un solo caballo hasta que los españoles los introdujeron en el siglo XVI. Su dispersión y transformación en manadas de mustangs salvajes fue un fenómeno exclusivamente norteamericano que se circunscribió a las Grandes Llanuras y a las regiones del sudoeste, y del que solo se beneficiaron los pobladores originales de esas zonas. Es decir, que ningún soldado ni colono al este del Mississippi, desde los albores de la conquista del país, había visto jamás a un guerrero indio montado. Sencillamente no había ninguno. Con el tiempo, naturalmente, los indios del este aprendieron a montar a caballo, pero eso fue mucho después de que se hubiesen rendido a los blancos, y ninguna tribu indígena del este, medio oeste o sur del país combatió jamás a caballo.

Los primeros colonos que vieron auténticos jinetes indios fueron los tejanos, pues fue en Tejas donde se establecieron los primeros asentamientos colindantes con las Grandes Llanuras. Los indios que encontraron esos primeros colonos eran nómadas primitivos y soberbios jinetes, totalmente distintos de las tribus del este, relativamente civilizadas y en gran medida agrarias, que vivían en poblados y se desplazaban y combatían a pie, por lo que constituían un blanco bastante fácil para las milicias y ejércitos blancos. Los indios montados vivían más allá de los bosques, en una extensión infinita de pastizales ondulantes, sin caminos y en su mayor parte sin agua, que ya de por sí resultaba aterradora al hombre blanco. Estos indios se parecían menos a los algonquinos o a los choctaw que a los grandes y legendarios arqueros montados de la historia: los mongoles, los partos y los magiares.

Los comanches eran originarios de las montañas del actual Wyoming, al norte de la

cabecera del río Arkansas. Se llamaban a sí mismos «nermernuh», palabra que en su idioma shoshón significaba, simplemente, «el pueblo» o «la gente». Eran montañeses típicos: bajos, fornidos y de piel oscura. Descendían de los primitivos cazadores que cruzaron el puente terrestre de Asia a América en migraciones sucesivas entre 11000 y 5000 a. de C., y en los milenios siguientes apenas habían avanzado. Subsistían escarbando la tierra y cazando con armas y herramientas de piedra, matando roedores y otras piezas de poco porte a golpe de lanza, y sacrificando bisontes a base de incendiar las praderas para provocar estampidas en las que se despeñaban por barrancos o caían en fosos. Usaban perros como animales de tiro: les ataban unas angarillas y sobre ellas colocaban sus tipis de cuero. En total serían unos cinco mil individuos, repartidos en bandas dispersas. Se sentaban en cuclillas alrededor de las hogueras y se atiborraban de carne sanguinolenta y achicharrada. Luchaban, se reproducían, sufrían y morían.

En general, eran los típicos cazadores-recolectores. Pero incluso para lo que era habitual en esos pueblos, los comanches tenían una cultura extraordinariamente simple. No practicaban la agricultura y nunca talaban árboles ni tejían cestos ni fabricaban vasijas de cerámica ni construían casas. Su organización social, aparte de la partida de caza, era escasa o inexistente.<sup>[14]</sup> La cultura comanche no tenía una casta guerrera, ni una clase sacerdotal permanente. Los comanches no tenían una «danza del sol». En términos de desarrollo social, estaban a eones de distancia de la deslumbrante cultura urbana de los aztecas, o de la sociedad iroquesa, estratificada, sumamente organizada y basada en los clanes; en todos los sentidos, los comanches eran completamente distintos de las tribus del sudeste, que, entre los siglos VIII y XVIII de nuestra era, desarrollaron unas culturas de notable complejidad en torno al cultivo del maíz, con ciudades populosas, jefes-sacerdotes, clanes y sistemas matrilineales de parentesco.<sup>[15]</sup> Al este del territorio comanche residían tribus —como los misuris, los omahas, los pawnees y los wichitas— que destacaban por su cestería y alfarería, hilaban y tejían, practicaban la agricultura extensiva y construían casas semipermanentes cubiertas de hierba, barro o corteza de árbol.<sup>[16]</sup> Los nermernuh, en cambio, no conocían ninguna de estas actividades. A tenor de los pocos datos existentes, se les consideraba una tribu de poca o ninguna importancia.<sup>[17]</sup> Se habían visto expulsados por otras tribus a aquellas tierras difíciles e inhóspitas de la vertiente oriental de las Rocosas, lo que indica que, además de todas esas prácticas que no se les daban bien, tampoco eran muy buenos guerreros.

El cambio que experimentó la tribu entre, más o menos, 1625 y 1750 es una de las grandes transformaciones sociales y militares de la historia. Pocos pueblos han progresado jamás a una velocidad tan asombrosa desde la condición de parias en la sombra a la de dominadores hegemónicos. El cambio fue total e irrevocable, y llevó aparejado un reordenamiento radical del equilibrio de fuerzas en las llanuras norteamericanas. Las tribus que en su día habían empujado a los comanches a las montañas de Wyoming pronto no fueron más que un recuerdo borroso —los kansas,

los omahas, los misuris— o bien, como los apaches, los utes y los osages, se retiraron para evitar su exterminio. Los nermernuh eran como el niño pequeño que, tras sufrir el acoso de los matones del colegio, crece hasta convertirse en el bachiller corpulento y vengativo que tiene aterrorizado al instituto entero. En la venganza sí eran duchos, y atesoraban recuerdos antiquísimos de los agravios que habían sufrido. Cabe señalar que el niño torpe también se volvió muy astuto, y pasó de ser el más tonto de la clase al más listo.

El agente de este cambio fabuloso fue el caballo. O, más concretamente, el uso que está atrasada tribu de cazadores de la Edad de Piedra hizo del caballo, una asombrosa tecnología transformadora que ejerció en las Grandes Llanuras el mismo efecto que el vapor y la electricidad en el resto del mundo civilizado.<sup>[18]</sup>

La historia del inverosímil ascenso de los comanches empieza a principios del siglo XVI con la llegada a México de los primeros conquistadores. Los invasores llevaban consigo caballos traídos de España. Los animales aterrorizaban a los nativos, otorgaban una superioridad militar manifiesta y proporcionaban a los españoles una especie de movilidad desahogada que los pobladores del Nuevo Mundo no habían visto jamás. Además, por una feliz casualidad, los caballos españoles se adecuaban a la perfección a las planicies áridas y semiáridas de México y el oeste de América del Norte. El mustang, o mesteño ibérico, era un animal muy diferente a su primo del norte de Europa, más grande y alimentado con cereales; era un caballo del desierto cuyos antepasados remotos habían medrado en las estepas secas y llanas del Asia central. Con el correr de las eras, la raza había emigrado al norte de África por la ruta de Oriente Próximo, mezclándose por el camino con otros híbridos del desierto. Cuando la invasión árabe lo introdujo en España<sup>[19]</sup> ya se había convertido, más o menos, en el caballo que llegaría a las Américas: un animal pequeño, ligero y fuerte, de apenas catorce palmos menores de alzada, con la típica cara cóncava de los caballos árabes y el hocico afilado. No parecía gran cosa, pero era listo, rápido, dócil, acostumbrado a vivir de las hierbas de la ardiente meseta española y a recorrer grandes distancias de un abrevadero a otro. Dotado de una gran resistencia, podía sobrevivir alimentándose por su cuenta incluso en invierno.<sup>[20]</sup>

En consecuencia, el mustang proliferó inmediatamente en México y permitió que los españoles afincados alrededor de Ciudad de México se convirtiesen en criadores de caballos a gran escala. Tan solo veinte años después del desembarco de Hernán Cortés, Francisco Vázquez de Coronado pudo reunir mil quinientos caballos y mulas para su gran expedición hacia el norte.<sup>[21]</sup> A medida que se expandía la conquista española, también lo hacían sus caballos. Dado que los conquistadores eran plenamente conscientes de lo que ocurriría si los indígenas aprendían a montar a caballo, uno de los primeros decretos que dictaron fue para prohibir a los nativos tomar montura. Naturalmente, resultaba imposible hacer cumplir semejante ley; los

invasores, en última instancia, necesitaban que los indios y mestizos trabajasen en sus ranchos. Así pues, el conocimiento de cómo almohazar, ensillar, embridar y domar a las caballerías fue pasando paulatinamente de los españoles a los indígenas. Esta transmisión de la cultura ecuestre española se inició en México en el siglo XVI y siguió produciéndose de manera constante durante el siglo siguiente conforme los conquistadores avanzaban hacia Nuevo México.

Hasta ahí la primera parte de la revolución equina. La segunda fue la dispersión de los caballos propiamente dichos. En un primer momento, esta fase se desarrolló con mucha lentitud. La primera yeguada auténtica se introdujo en el actual territorio estadounidense en 1598, con la expedición a Nuevo México de Juan de Oñate, que llevó consigo setecientos caballos. Los españoles derrotaron, convirtieron al cristianismo y posteriormente esclavizaron a los indios pueblo, que construyeron fuertes y misiones para los colonizadores. Los indios también cuidaban de los caballos, aunque nunca mostraron ningún interés en utilizarlos más que como alimento.

Pero los pueblo no eran los únicos indios de Nuevo México. Al prestarles ayuda y protección, los españoles se granjearon la animadversión de algunas bandas autóctonas de athapaskan —apaches—, que lanzaron ataques contra los asentamientos casi desde un primer momento. Entonces ocurrió algo de lo más interesante y sin precedentes en la historia de los españoles en las Américas, y fue que los apaches empezaron a adoptar el caballo por su cuenta. Nadie sabe cómo sucedió exactamente, ni cómo se apropiaron de los complejos conocimientos hípicos de los españoles; pero el caso es que se produjo una transmisión increíblemente rápida de tecnología. Los indios primero robaron los caballos y, después, aprendieron a montarlos, copiando por completo la cultura ecuestre de los españoles: los indios se subían a la montura por la derecha, una práctica que los españoles habían adoptado de los árabes, y usaban toscas réplicas de los bocados, bridas y sillas de los colonizadores.<sup>[22]</sup>

El caballo proporcionó a los nativos unas ventajas increíbles a la hora de cazar. Y también redoblaba la eficacia de sus incursiones, sobre todo porque les brindaba una escapatoria rápida e inmediata. Según los archivos españoles, en la década de 1650 los apaches ya llevaban a cabo asaltos a caballo contra los asentamientos de Nuevo México. A pesar de unos inicios tan halagüeños, los apaches nunca llegarían a ser una gran tribu caballera. Aparte de no combatir a caballo, nunca aprendieron el arte de la cría, ni se preocuparon especialmente por aprenderlo. Usaban los mesteños españoles principalmente como medio de transporte, y mostraban una afición desmedida por la carne de caballo, hasta el punto de que se comían la mayor parte de sus recuas y solo perdonaban la vida a los ejemplares más aptos para la monta.<sup>[23]</sup> Los apaches, además, siempre fueron una tribu semiagrícola, con lo cual su uso del caballo se vio siempre limitado, algo que posteriormente redundaría en beneficio de sus mayores enemigos, los comanches. Pero por el momento poseían algo que ninguna otra tribu

americana tenía.

Los apaches también se las arreglaron para causar enormes problemas. Para empezar, emprendieron una serie implacable y mortífera de incursiones contra los pacíficos indios pueblo, que habitaban en asentamientos desperdigados desde Taos hasta Santa Fe y a lo largo de las márgenes meridionales del río Grande. Los apaches lanzaban sus ataques y después desaparecían rápidamente hacia el oeste, donde los españoles no podían detenerlos ni seguirles la pista. Asimismo, con cada algarada aumentaban su cabaña equina: en una sola incursión, realizada en 1659, se llevaron trescientos caballos.<sup>[24]</sup> Con el tiempo, a los pueblo se les hizo evidente que los españoles no eran capaces de protegerlos. Ese fue probablemente el motivo principal de la llamada Gran Revuelta que estalló en 1680, aunque también pesaron otros factores, como los trabajos forzados, la imposición del catolicismo y la supresión de la cultura y la tradición vernáculas. Sea cual fuere el detonante, los pueblo se alzaron en armas y, tras una insurrección espeluznante y sangrienta, expulsaron a los españoles de Nuevo México durante diez años. Una vez libres de su Némesis imperial, los indios retomaron sus viejas costumbres, que incluían la alfarería y las labores agrícolas, pero no la cría y cuidado de caballos, que no les interesaban. Abandonados por los españoles, miles de mustangs asilvestrados corrieron hacia las vastas praderas que tanto se parecían a las tierras ibéricas de sus antepasados. Al estar tan perfectamente adaptados al nuevo hábitat, crecieron y se multiplicaron, convirtiéndose en el germen de las grandes manadas de caballos salvajes del sudoeste norteamericano. Este acontecimiento se conoce como la «gran dispersión equina». La difusión de tantos caballos por los territorios de treinta tribus alteró de forma permanente la estructura de poder del centro del continente norteamericano. Los apaches fueron los primeros indios de América del Norte en vislumbrar las enormes posibilidades que ofrecían los caballos a la hora de cazar o realizar incursiones, y las demás tribus no tardarían en imitarlos.

El caballo y la técnica ecuestre se propagaron con asombrosa rapidez por todo el centro del continente. En 1630 no existía ninguna tribu montada.<sup>[25]</sup> Setenta años después, todas las tribus de las llanuras tejanas tenían yeguas; en 1750, las tribus de las praderas canadienses ya cazaban bisontes a caballo. El cuadrúpedo les brindaba una movilidad que debió de resultarles asombrosa. Les permitió, por primera vez, dominar por completo al bisonte: de repente podían emigrar a la par que las grandes manadas y desplazarse más rápido que un bisonte al galope, y enseguida aprendieron a cazar a los enormes herbívoros en campo abierto, clavándoles las lanzas de cuatro metros entre las costillas o cosiéndolos a flechazos a la carrera. La pericia cinegética pronto devino pericia bélica. Las tribus que aprendieron a cazar a caballo cobraron una primacía militar casi instantánea sobre las tribus pedestres y, durante un tiempo, sobre cualquiera que osase hacerles frente. Por último, el caballo las convirtió en ambiciosos comerciantes, pues les proporcionaba tanto el género con el que mercadear como el medio de transporte para acceder a nuevos mercados.

Lo que no hizo el caballo fue modificar la naturaleza primordial de los indígenas. Estamos hablando de pueblos cuyas vidas, antes de la llegada del noble bruto, dependían casi por completo del bisonte. Esta peculiaridad no cambió con el caballo; simplemente pasaron a desarrollar su actividad tradicional con mucha más destreza. Ninguna tribu de las llanuras pescaba ni cultivaba la tierra antes del caballo, y ninguna empezó a hacerlo después. Ni siquiera el uso tan limitado que hacían de bayas y raíces cambió lo más mínimo.<sup>[26]</sup> Los indios montados siguieron siendo cazadores belicosos y relativamente primitivos; el caballo prácticamente garantizó que no se convirtiesen en sociedades agrarias más civilizadas. Con todo, las mejoras eran impresionantes. Ahora la guerra se podía librar a lo largo y ancho de distancias descomunales. Y los caballos —la principal forma de riqueza en las llanuras— podían reunirse y pastorearse en gran número. Además, estaba el simple poder espiritual del animal propiamente dicho, que había transformado a esos pobres indios de a pie en rutilantes soldados de caballería. La nueva tecnología convirtió en fuerzas dominantes a tribus que hasta entonces habían ido a la zaga de sus semejantes en cuanto a cultura y organización social. Sus nombres no tardaron en hacerse famosos por todo el país: sioux, cheyennes, kiowas, arapahoes, pies negros, crows y comanches.

Nadie sabe exactamente cómo ni cuándo las bandas de comanches del este de Wyoming entraron por primera vez en contacto con el caballo, pero probablemente fuese a mediados del siglo xvii. Teniendo en cuenta que los pawnees, que habitaban la región hoy conocida como Nebraska, ya montaban caballerías en el año 1680, es casi seguro que los comanches hiciesen lo propio por aquella época. No hubo testigos del trascendental encuentro entre cazadores de la Edad de Piedra y cuadrúpedos, nadie que registrase lo que ocurrió entonces ni cuál fue el ingrediente secreto del alma comanche que les facilitó un conocimiento del caballo tan superior al de todos los demás indígenas. Sea cual fuere ese elemento, esa especie de chispa accidental, ese vínculo específico y subliminal que asoció a guerreros y caballos, es innegable que debió de entusiasmar a aquellos parias cobrizos de la cuenca del río Wind. Los comanches se adaptaron al caballo antes que las demás tribus de las Grandes Llanuras, y de un modo más cabal. No en vano se les considera, sin demasiada discusión, la tribu ecuestre norteamericana por antonomasia. Nadie cabalgaba ni disparaba mejor a caballo que ellos. De las demás tribus montadas, tan solo los kiowas combatían exclusivamente a caballo, como los comanches. Los pawnees, los crows, e incluso los dakotas, usaban el animal más que nada como medio de transporte: se dirigían al campo de batalla a caballo, se apeaban y luchaban (los apaches solo lanzaban ataques a caballo en las películas).<sup>[27]</sup> Ninguna tribu aparte de los comanches aprendió jamás a criarlos, una actividad tremendamente exigente y basada en el conocimiento acumulado que reportó enormes riquezas a la tribu. Ponían mucho cuidado en la castración de la manada; casi todos los ejemplares de monta eran capones. Pocas tribus se tomaban esa molestia. No era raro que un guerrero

comanche tuviese de cien a doscientas monturas, ni que un jefe poseyese mil quinientas. (En comparación, un jefe sioux podía tener cuarenta caballos).<sup>[28]</sup> Los comanches no solo eran la más rica de todas las tribus en cuanto a cabezas de ganado equino, sino que sus yeguas fueron el medio principal a través del cual las demás tribus también se hicieron caballerías.<sup>[29]</sup>

El detalle no pasó inadvertido a los primeros europeos y estadounidenses que vieron jinetes comanches. Así los describió Athanase de Mézières, un agente de origen francés contratado por los españoles para negociar con los indios:

Son un pueblo tan numeroso y altanero que, cuando se les pregunta cuántos son, no muestran empacho en comparar su número con el de las estrellas. Son jinetes sin parangón; tan audaces que jamás piden ni conceden treguas; y poseen un territorio tan abundante en pasto para sus caballos, con una cantidad tan increíble de bisontes, fuente de todo su sustento, que están a pique de poseer todas las comodidades de la tierra.<sup>[30]</sup>

Otros observadores vieron lo mismo. El coronel Richard Dodge, cuya expedición fue de las primeras en contactar con los comanches, los consideraba la mejor caballería ligera del mundo, superiores a cualesquiera soldados montados de Europa o América. Catlin también los tenía por jinetes incomparables. Según su testimonio, los soldados estadounidenses se quedaron atónitos al verlos. «A pie», escribió el pintor y cronista, «son una de las razas indígenas menos atractivas y más desgarbadas que he visto en mi vida, pero en cuanto suben a sus monturas, parecen transformarse en el acto. Estoy dispuesto a declarar, sin reservas, que los comanches son los jinetes más extraordinarios que he visto en todos mis viajes». Y añadió:

Entre sus proezas ecuestres hay una que me ha dejado más asombrado que ninguna otra cosa parecida que haya visto, ni espere llegar a ver, en toda mi vida; una artimaña bélica, aprendida y practicada por todos los jóvenes de la tribu, mediante la cual son capaces de descolgarse por un flanco del caballo en el preciso instante en que pasan por delante de sus enemigos para guarecerse efectivamente de las armas de estos, quedando en posición horizontal tras el cuerpo del caballo, con el talón enganchado a la grupa... Mediante esta maravillosa maniobra, el jinete se mantiene suspendido mientras su montura galopa a toda velocidad, sin desprenderse por un instante de su arco, su escudo y su lanza de cuatro metros de largo.<sup>[31]</sup>

En semejante posición, un guerrero comanche era capaz de disparar veinte flechas en el mismo tiempo que un soldado empleaba para cargar y disparar una sola bala de mosquete, y cada una de esas flechas podía matar a un hombre situado a treinta metros. Otros observadores se quedaron pasmados ante la técnica de doma de la tribu.

Un comanche echaba el lazo a un caballo salvaje y apretaba el nudo para asfixiarlo y tirarlo al suelo. Cuando el animal parecía medio muerto, el indio aflojaba el lazo. El caballo, tembloroso y empapado de sudor, se levantaba a duras penas, momento que aprovechaba el domador para acariciarle con delicadeza el morro, la frente y las orejas y, colocando los labios encima de los ollares, soplarle aire dentro de la nariz. Acto seguido, el indio pasaba una correa por el bello del animal —ya amansado—, lo montaba y se alejaba al trote.<sup>[32]</sup> Los comanches resultaron ser unos genios en todo lo relativo a los caballos: la cría, la doma, la monta y la venta. Hasta en el robo de caballos eran expertos. El coronel Dodge escribió que un comanche podía entrar en «un campamento en el que hubiese una docena de hombres dormidos, cada uno con su caballo atado a la muñeca, cortar el lazo a dos metros escasos del durmiente, y largarse con el bruto sin despertar a nadie».<sup>[33]</sup>

Ninguna otra tribu, con la posible excepción de los kiowas, vivía tan unida a sus monturas. Los niños recibían un caballo a los cuatro o cinco años de edad y se esperaba que no tardasen en aprender determinadas maniobras, como recoger objetos del suelo al galope. Los jóvenes jinetes empezaban con objetos livianos e iban practicando con cosas cada vez más pesadas hasta finalmente ser capaces de coger del suelo, sin ayuda y a pleno galope, a un hombre adulto. El rescate de un compañero derribado se consideraba uno de los deberes fundamentales de todo guerrero comanche. Todos aprendían el truco de la correa de cuero a temprana edad. Muchas mujeres eran tan buenas amazonas como los hombres. Un observador vio a dos mujeres comanches salir a todo galope, cada una con un lazo, y atrapar sendos antílopes a la carrera de un solo lanzamiento.<sup>[34]</sup> Las mujeres tenían sus propias monturas, así como mulas y caballos más mansos para carga.

Cuando no estaban robando caballos o criándolos, los comanches se dedicaban a capturarlos en estado salvaje. El general Thomas James contaba que así lo presencié él en 1823, cuando visitó a los comanches como tratante de caballos. James vio a muchos jinetes arrear manadas de caballos salvajes al interior de una garganta muy honda donde los esperaban otros cien indios montados, cada uno con un lazo enrollado. Cuando los «aterrados caballos salvajes cayeron en la emboscada», la confusión fue considerable y se levantó una enorme polvareda mientras los indios les echaban el lazo al cuello o a las patas delanteras. Pero todos los jinetes atraparon un caballo cada uno. Tan solo se escapó un cimarrón. Los comanches echaron a correr tras él, y al cabo de dos horas regresaron con el animal «domado y manso». En cuestión de veinticuatro horas habían capturado, «en medio de un frenético entusiasmo», un centenar o más de caballos salvajes que parecían «tan sometidos a sus nuevos amos como caballos de granja».<sup>[35]</sup> Los comanches perseguían a una manada de mustangs durante varios días hasta agotarlos y que resultasen más fáciles de capturar. O esperaban junto a los abrevaderos a que los caballos sedientos se atiborrasen de agua, con lo cual, prácticamente incapaces de correr, se convertían en presa fácil. Pese a que el vocabulario comanche era bastante limitado en general —

una característica habitual entre los pueblos primitivos—, su léxico equino era amplísimo y minuciosamente descriptivo. Solo en materia de color, los comanches tenían términos específicos para el zaino, canelo, castaño, negro, blanco, azulejo, pardo, alazán, ruano, colorado, bayo, bayo con crines y cola negra; y pintos con manchas rojas, castañas o negras. Incluso existían vocablos para designar a los caballos de orejas rojas, amarillas y negras.<sup>[36]</sup>

La destreza ecuestre también constituía un factor primordial en otro pasatiempo favorito de la tribu: el juego. Son innumerables las anécdotas de las apuestas hípicas de los comanches. Una de las más famosas procedía de la frontera tejana. Una pequeña cuadrilla de comanches se presentó en el fuerte Chadbourne, donde los oficiales allí destacados los desafiaron a una carrera. El jefe indio no parecía muy interesado, pero los oficiales insistieron tanto que el hombre terminó aceptando el reto. Se dispuso que la distancia de la carrera serían cuatrocientos metros. No tardó en aparecer un piel roja alto y corpulento a lomos de «un jamelgo lamentable que más parecía un borrego». El guerrero empuñaba un garrote, con el que atizaba al caballo. Los oficiales, escasamente impresionados, sacaron al tercero de la lista de sus mejores ejemplares, y se apostaron sacos de harina, azúcar y café contra pieles de bisonte. El indio, blandiendo «ostentosamente» el garrote, cruzó la meta en primer lugar. Para la revancha, los estadounidenses echaron mano de su segundo mejor caballo. Y volvieron a perder. No contentos con eso, insistieron en una tercera carrera y por fin recurrieron a su número uno, una espléndida yegua de Kentucky. Las apuestas se doblaron y triplicaron. Los comanches igualaban todos los envites de los soldados. Al oír el pistoletazo de salida, el guerrero comanche dio un alarido, tiró el garrote y «salió disparado como una exhalación». A cincuenta metros de la meta, se dio la vuelta en la silla y, con «unas muecas espantosas», se puso a meter prisa a su adversario. Posteriormente, los estadounidenses se enteraron de que los comanches acababan de usar el mismo penco para robarles seiscientos caballos a los indios kikapúes.<sup>[37]</sup>

A finales del siglo XVII, la maestría hípica de los comanches los llevó a emigrar desde las frías e inhóspitas tierras de la cuenca del río Wind a latitudes meridionales de clima más benigno. El motivo de la migración era muy simple: los comanches se disputaban con otras tribus la primacía sobre el botín de caza más valioso del continente: los rebaños de bisontes de las llanuras del sur.

En 1706, los comanches entraron por primera vez en la historia escrita. En julio de ese año, un sargento español llamado Juan de Ulibarri, que se dirigía al norte de Nuevo México para convertir indios pueblo, informó de que los comanches, en compañía de los utes, se preparaban para lanzar una ofensiva contra el pueblo de Taos.<sup>[38]</sup> Posteriormente, Ulibarri oyó hablar de otros ataques a cargo de comanches.<sup>[39]</sup> Era la primera vez que un hombre blanco tenía noticias de esos indios que recibían tantos nombres. Uno en concreto, el que les daban los utes, era *koh-mats*, a veces transcrito como komantcia, y significaba «el que está siempre en mi contra».

Las autoridades de Nuevo México lo tradujeron de diversas formas —«cumanche», «commanche»—, pero la que terminó imponiéndose fue «comanche».<sup>[40]</sup> Habrían de pasar bastantes años antes de que los españoles averiguasen quiénes eran exactamente esos nuevos invasores.

## IV

### EL LLANO SOLITARIO

*Tras estas observaciones, someto las siguientes páginas  
al examen del generoso público, en la seguridad de que,  
antes de que salgan a la luz,  
la mano que las redactó estará muerta<sup>[1]</sup>*

**S**on palabras de Rachel Parker Plummer, escritas probablemente a comienzos de 1839. La joven, que por entonces contaba veinte años, se refería al relato de su cautiverio, y la muerte que vaticinaba era la suya. No se equivocaba: murió el 19 de marzo de ese año. Los comanches la habían arrastrado, a veces literalmente, por la mitad de las Grandes Llanuras en calidad de esclava abyecta, y luego había recorrido otros tres mil kilómetros por su cuenta en lo que constituyó una de las fugas más extenuantes jamás realizadas por un cautivo de una tribu india. Las memorias de Rachel dejaron boquiabiertos a los lectores de la época, y aún hoy siguen resultando pasmosas. Como crónica en estado puro de una aventura espeluznante y teñida de sangre en la frontera del Oeste decimonónico, son pocos los documentos que puedan comparársele.

La mañana siguiente a aquella primera noche infernal, los cinco cautivos Parker —Rachel y su hijo de catorce meses, James, su tía Elizabeth Kellogg (probablemente en la treintena), Cynthia Ann Parker, de nueve años, y su hermano John, de siete— volvieron a verse amarrados a la grupa de un caballo, detrás de un jinete comanche, y trasladados al norte. Durante los cinco días siguientes, los indios forzaron la marcha y dejaron atrás Cross Timbers, un bosque de más de sesenta kilómetros de ancho situado en la llanura, por lo demás despejada, que se extiende al oeste de la actual Dallas, «un hermoso paraje», en palabras de Rachel, con «numerosos y excelentes manantiales», aunque no le dejaron saciar su sed en ninguno de ellos. Durante el trayecto, los comanches no dieron absolutamente nada de comer a sus prisioneros, y de beber tan solo una ración pequeña de agua. Por las noches los ataban con correas de cuero tan apretadas que les sangraban las muñecas y los tobillos; al igual que en la primera noche, les juntaban los pies y las manos y los tumbaban en el suelo boca abajo.

Rachel no cuenta gran cosa de lo que ocurrió con Cynthia Ann —aparte de los golpes, la sangre y las ataduras de la primera noche—, pero cabe imaginarlo. Aunque los comanches eran impredecibles y volubles en estas cuestiones, lo normal es que el tratamiento dispensado a una niña de nueve años fuese distinto del que dieron a las mujeres adultas. No cabe duda de que los primeros días y noches de cautiverio de la

pequeña debieron de ser espantosos. Había vivido el pánico espeluznante del ataque indio, el horror incomprensible del momento en que su madre, Lucy, la subió al caballo del guerrero, la virulenta muerte de su propio padre, la imagen pasmosa de su prima y su tía violadas y maltratadas. (Como hija de granjeros que era, y a pesar de su rigurosa educación baptista, algo debía de saber Cynthia Ann sobre el sexo y la reproducción; pero esas nociones no debieron de arrojar demasiada luz sobre lo que presenció). Había padecido el penoso viaje a caballo a través de las praderas entre tinieblas del norte de Tejas, hasta llegar al campamento donde la ataron y aporrearon, y después los cinco días seguidos de marcha sin probar bocado.

Teniendo en cuenta lo que le sucedió posteriormente, es probable que las palizas y el maltrato cesasen. Aunque existen muchos casos registrados de niños asesinados por los comanches y de niñas violadas, los infantes, en general, corrían mucha mejor suerte que los adultos. Para empezar eran lo bastante jóvenes como para adaptarse a una sociedad que adolecía de unas tasas de fertilidad bajísimas —debido, en parte, a la vida ecuestre, que provocaba abortos en las primeras semanas de embarazo— y que necesitaba cautivos para mantener constante su población.<sup>[2]</sup> Por otro lado, los prisioneros también eran valiosos por el rescate que pudiesen generar. En varios ataques igual de violentos, los comanches habían perdonado la vida a las cautivas jóvenes y las habían incorporado rápidamente a la vida de la tribu. Sea como fuere, las niñas tenían bastantes posibilidades de vivir para contarlo. Sobre todo comparadas con los varones adultos, a los que se asesinaba en el acto o tras largas torturas. La explicación más convincente para el humano tratamiento que recibió Cynthia Ann es la presencia en el asalto al fuerte Parker del hombre que con el tiempo se convirtió en su marido y en caudillo comanche: Peta Nocona. De hecho, bien pudo ser Peta el cabecilla de la incursión, y suyo el caballo en el que Lucy Parker colocó, entre gritos y protestas, a la pequeña.<sup>[3]</sup> El sexto día, los indios separaron a los cautivos: Elizabeth Kellogg fue entregada, como obsequio u objeto de trueque, a una banda de indios kichai, una tribu sedentaria del centro-norte de Tejas que cultivaba la tierra y mantenía con los comanches una especie de relación de vasallaje; Cynthia Ann y John fueron a parar a una banda de los llamados «comanches del medio», probablemente los nokonis; Rachel y James se quedaron con otra banda comanche. Rachel suponía que le dejarían quedarse con su hijo, que, no se sabe cómo, magullado y lleno de heridas, seguía con vida. Pero se equivocaba. «En cuanto se enteraron de que lo había destetado», escribió, «me lo arrancaron de los brazos pese a todos mis esfuerzos por impedirlo. El pobre extendió hacía mí los bracitos, todos cubiertos de sangre, y gritó: “¡Madre, madre, oh, madre!”. Me quedé mirándolo mientras se lo llevaban de mi lado y rompí a llorar a lágrima viva. Fue la última vez que vi a mi pequeño Pratt».<sup>[4]</sup>

La banda de Rachel prosiguió el viaje hacia las mesetas más frías del norte, probablemente adentrándose en lo que hoy es el este de Colorado. Las altas y áridas llanuras no pasaron inadvertidas para la joven. «Después perdimos de vista los

bosques», escribió. «Viajábamos semanas enteras sin ver un palo. El único combustible era el estiércol de bison. Lo apilan en un montón redondeado, y una vez en llamas, se presta muy bien para cocinar y mantiene el fuego encendido durante varios días».<sup>[5]</sup> Estaban en el corazón de la Comanchería, una región completamente desconocida que los cartógrafos de la época denominaban el «gran desierto americano». Para cualquier persona acostumbrada a las tierras arboladas —vale decir, casi todos los habitantes de la América del Norte anterior a 1840— el paisaje de las llanuras no era simplemente distinto a cuanto habían visto hasta entonces, sino que, a cierto nivel fundamental, resultaba directamente incomprensible, como la primera imagen del mar para quien ha vivido toda la vida en las montañas. «Al este del Mississippi», escribió el historiador Walter Prescott Webb en su clásico *Las Grandes Llanuras*, «la civilización se sostenía sobre tres pilares: la tierra, el agua y la madera. Al oeste del Mississippi faltaba no solo uno sino dos de esos pilares —el agua y la madera—, y la civilización se apoyaba únicamente en la tierra. No es de extrañar que se viniese abajo y fracasase temporalmente».<sup>[6]</sup> Si bien es verdad que los españoles, franceses y estadounidenses, en su avance colonizador, chocaron con una barrera humana implacablemente hostil en forma de indios de las llanuras, no es menos cierto que también se toparon literalmente con una barrera física. Es algo difícil de imaginar para quienes vivimos en el siglo XXI, por la sencilla razón de que en la actualidad la tierra no es como hace doscientos años: hoy por hoy, casi todo el territorio estadounidense se ha labrado, talado, convertido en ranchos o explotado de un modo u otro, y en muchas partes del país se ha esfumado la distinción radical entre bosque y pradera. En su estado primigenio, sin embargo, casi todo el continente norteamericano, desde la costa atlántica hasta el meridiano 98 —una línea imaginaria que más o menos atraviesa las actuales ciudades de San Antonio, Oklahoma City y Wichita—, estaba cubierto de densos bosques, y el contraste entre los frondosos territorios arbolados del este y las vastas planicies desnudas del oeste debía de ser brutal. El viajero que se dirigiese hacia el oeste no encontraría nada semejante a la llanura hasta llegar al meridiano 98, momento en el cual, en muchos lugares, saldría de un espeso bosque, digno de un cuento de los hermanos Grimm, y vería extenderse ante sus ojos una pradera sin un solo árbol. El panorama le habría parecido un vacío inmenso. Llegado a ese punto, todas las nociones de supervivencia que atesorase ese pionero acostumbrado a la vida forestal —cosas como construir cabañas, encender fuego y conseguir agua— le habrían resultado inservibles. He ahí porque las llanuras fueron la última parte del país en colonizarse.

El motivo principal eran las precipitaciones. O su ausencia, mejor dicho. Justo al oeste del meridiano 98, el índice de pluviosidad descendía hasta los cincuenta centímetros anuales; cuando eso ocurre, los árboles tienen grandes dificultades para sobrevivir, y los ríos y arroyos escasean. Además, la ecología de las praderas era propensa al fuego: los incendios constantes provocados por rayos o por los indios arrasaban enormes franjas de pradera y acababan con la mayoría de árboles jóvenes

que no crecían en los lechos de ríos o arroyos. El viajero procedente de la húmeda y pantanosa Louisiana, una región lluviosa cubierta de pinares y cuajada de ríos, se habría topado con la primera pradera en algún lugar al sur de la actual Dallas, no muy lejos del fuerte Parker. De hecho, una de las razones por las que el fuerte, en 1836, constituía el límite de los asentamientos era que estaba muy cerca del comienzo de las Grandes Llanuras. El territorio consistía en planicies ondulantes y agrietadas, salpicadas de árboles desperdigados; en el valle del río Navasota crecían arboledas más espesas. (Para los Parker fue una elección bastante deliberada; al fin y al cabo, la empalizada del fuerte la construyeron con cedro). Pero ciento cincuenta kilómetros más al oeste, el viajero ya no habría encontrado un solo bosquecillo, y al llegar a las actuales Lubbock y Amarillo, no habría visto más que un llano desnudo y una extensión interminable de grama y otras hierbas por la que apenas discurrían unos pocos ríos cargados de yeso, y en la que se distinguían pocos puntos de referencia, por no decir ninguno. Los viajeros de la época describen la región como «océánica», un término que no denotaba hermosura, pues les resultaba desolada y aterradora. También aluden a la absoluta ausencia de caminos o senderos, lo cual era cierto: el rastro de las caravanas que surcaban las praderas desaparecía por completo en cuestión de días, como las pisadas en la playa al subir la marea.

Las altiplanicies no solo carecían, en general, de árboles y agua, sino que también estaban sometidas a uno de los climas más inhóspitos de América del Norte. En el verano, el calor era brutal y el viento abrasador, a menudo de cuarenta grados o más, y podía destruir cosechas enteras en cuestión de días. Con el viento escocían los ojos, se agrietaban los labios y el cuerpo se deshidratava a una velocidad alarmante. En otoño e invierno solía soplar el *norther*, un viento repentino procedente del norte, a menudo tan fuerte como un vendaval, que llegaba acompañado de un frente macizo de nubarrones y de enormes tolvaneras de arena del desierto. El *norther* podía hacer que las temperaturas bajasen diez grados en menos de una hora. El «*norther* azul» tenía la peculiaridad añadida de arrastrar lluvia helada. Ese era el clima habitual en las llanuras.

Lo peor de todo era la ventisca. Algunos habitantes de las costas este u oeste del país creían haber presenciado una ventisca, pero lo más probable es que se engañasen. El fenómeno es casi exclusivo de las llanuras —fue allí donde se acuñó su nombre en inglés: *blizzard*— y consiste en una tempestad de nieve tan intensa, y con temperaturas tan bajas, que cualquiera que se viese sorprendido por una de ellas en mitad del llano podía darse por muerto. En los años posteriores a la colonización de las llanuras no era raro que la gente se extraviase en el trayecto del granero a casa y muriese congelada. Los vientos huracanados soplaban sin parar durante días. La nieve acumulada solía alcanzar los doce y quince metros de altura, y en muchas tempestades resultaba imposible distinguir el suelo del cielo. Los *blizzards* de las llanuras se tragaban unidades enteras del ejército, asentamientos y poblados indios. Todo esto era, también, la Comanchería, la hermosa e implacablemente hostil región

escogida por los comanches, el hábitat más meridional y populoso del bisonte americano, el último rincón del continente que el ejército de Estados Unidos logró conquistar y controlar, la zona que nadie quería, el último lugar por civilizar. Solo el territorio, ya de por sí, tenía bastantes probabilidades de acabar con la vida de los colonos. El hecho de que, para colmo, estuviese habitado por comanches y otras tribus montadas hacía de la muerte poco menos que una certeza.

Allí era donde se encontraba Rachel Plummer, muy probablemente a unos ochocientos kilómetros de distancia del asentamiento más cercano, en un lugar que solo habían pisado unos pocos blancos. Desde el punto de vista de un colono, se trataba de un territorio desierto, propiedad de Estados Unidos en virtud de la Compra de la Louisiana (1803), pero sin fuertes ni destacamentos, ni tan siquiera seres humanos, salvo algún que otro trampero o explorador, o alguna caravana de mulas que transitase por el cercano camino de Santa Fe. Aún faltaban cuatro años para que las primeras diligencias circularan por el camino de Oregón. La región era territorio indio; los indios la habitaban, los indios cazaban en ella y los indios se la disputaban. Según su testimonio, Rachel pasó buena parte de sus trece meses de cautiverio en las altiplanicies, aunque también relata un viaje por las Montañas Rocosas en el que pasó «más frío del que había sentido en toda [su] vida». «Rara vez tenía algo con que calzarme los pies», recordaba, «y muy poco con lo que cubrirme el cuerpo».<sup>[7]</sup>

Era una esclava, y como tal la trataban. Su tarea era cuidar los caballos durante la noche y adobar pieles de búfalo durante el día, hasta cumplir con una cantidad fija que tenía que tener lista cada luna llena. El proceso consistía en raspar a conciencia las pieles con un hueso afilado para arrancarles toda la carne, aplicarles cal para absorber la grasa y, por último, restregarlas con seso de bisonte hasta que se ablandasen.<sup>[8]</sup> Para completar la cuota y evitarse una paliza, Rachel solía llevar consigo las pieles mientras cuidaba de los caballos. La habían entregado en propiedad a un anciano, con lo cual se había convertido en la sirvienta de su mujer y su hija, y era objeto de malos tratos por parte de ambas.

El secuestro de Rachel puede parecer el fruto casual de una incursión fortuita en un asentamiento tejano. Lo cierto, sin embargo, es que existían importantes motivos para lo que le ocurrió a la joven, todos ellos relacionados con la economía de las llanuras, basada en el bisonte y sumamente especializada. El cuero y la ropa siempre fueron productos comerciales de gran utilidad (el comercio comanche se basaba en los caballos, las pieles y los cautivos). El precio de las pieles iba en aumento, hasta el punto de que, si bien un comanche solo consumía seis bisontes al año como alimento, en el mismo periodo cazaba una media de cuarenta y cuatro ejemplares, cantidad que aumentaba de un año para otro. Las mujeres, naturalmente, aportaban con su labor todo el valor añadido: el curtido de las pieles y la decoración de la ropa. Los hombres de las llanuras no tardaron en percatarse de que, cuantas más mujeres tuviesen, mayor sería su producción de cuero y más productos manufacturados podrían obtener mediante trueque.<sup>[9]</sup> Este axioma comercial tan simple tuvo dos importantes efectos:

el primero, un aumento de la poligamia entre los indios; el segundo, el deseo de capturar y retener más prisioneras. Puede que estos cambios fuesen más instintivos que conscientes y deliberados por parte de los comanches, pero, en cualquier caso, la consecuencia fue que las jornadas de Rachel fueron siempre largas y penosas, y que tuvo que cumplir indefectiblemente con las cuotas que le imponían.

La cautiva, por desgracia, también estaba encinta. En el momento del asalto al fuerte llevaba cuatro meses embarazada, y hubo de sobrellevar todo el calvario posterior en un estado de gestación cada vez más avanzado. En octubre de 1836 dio a luz a su segundo hijo, y de inmediato supo que el niño corría peligro. Rachel hablaba el idioma comanche lo bastante bien para, según sus palabras, «exigir consejo a [su] dueña sobre qué hacer para salvar al recién nacido».<sup>[10]</sup> Fue en vano. Su ama consideró que el bebé suponía demasiado engorro y que si Rachel le daba de mamar no estaría en condiciones de trabajar sin descanso. Una mañana, cuando el bebé tenía siete semanas de vida, aparecieron seis hombres. Mientras varios de ellos sujetaban a Rachel, otro estranguló al bebé y, acto seguido, se lo devolvió a la madre. En vista de que el niño aún mostraba señales de vida, volvieron a arrebatárselo, le amarraron una soga al cuello y lo arrastraron, primero por unas chumberas y, después, atado a un caballo, por un circuito de cien metros. «Mi pobre niño inocente no solo estaba muerto», escribió Rachel, «sino literalmente despedazado».<sup>[11]</sup>

La tribu siguió su camino. A pesar de todo lo padecido, Rachel continuaba con sus rutinas cotidianas. Se las arreglaba para tomar nota de la flora, la fauna y la geografía de los lugares por los que pasaba, escribía sobre los zorros de las praderas, los espejismos de lagos azules de agua fresca que aparecían por arte de magia ante sus ojos y las conchas fosilizadas que descubría en mitad de la llanura y, en lo que constituye la primera etnografía de la tribu, registraba detalles de la sociedad comanche. El grupo se movía cada tres o cuatro días; los hombres danzaban todas las noches; algunos adoraban a cuervos que llevaban de mascota, o a pieles de ciervo; antes de entrar en batalla, los hombres bebían agua por la mañana hasta vomitar; entre sus tabúes destacaba el de no permitir jamás que una sombra humana cayese sobre la comida que estaba cocinándose. Cuando Rachel tenía tiempo libre, trepaba a la cima de las montañas, y llegó incluso a explorar una cueva. Gracias a su conocimiento recién adquirido del idioma, fue capaz de escuchar disimuladamente una gran asamblea india que se celebró cerca de la cabecera del río Arkansas. Dado que no se permitía la asistencia de las mujeres a los consejos tribales, la «expulsaron a golpes varias veces», escribió Rachel, «pero [me sometí] de buen grado a los malos tratos y [porfié] en escuchar sus sesiones».<sup>[12]</sup> Rachel oyó hablar de un plan para una invasión a gran escala de Tejas mediante una alianza de muchas tribus. Tras apoderarse de Tejas y expulsar a sus habitantes, los indios atacarían México. La ofensiva debía lanzarse en 1838 o en 1839.

Pese a su extraordinaria fortaleza y resistencia, Rachel empezó a desmoralizarse. Pensaba que su hijo, James, a buen seguro habría muerto, y que su marido y sus

padres probablemente no habían sobrevivido al ataque al fuerte Parker. No tenía prácticamente ninguna esperanza de huir ni de llegar jamás a cambiar de estatus dentro de la tribu. Descorazonada, con el ánimo por los suelos pero incapaz de quitarse la vida, Rachel decidió provocar a sus captores para que fuesen ellos quienes le hiciesen el favor de matarla. Cuando la hija de su amo —«mi joven dueña»— la mandó a la tienda a por una herramienta de escarbar raíces, ella se negó. La joven india empezó a gritarle y se abalanzó sobre ella. Rachel la derribó, la sujetó contra el suelo «gritando y forcejeando», y se puso a atizarle en la cabeza con un hueso de bisonte, contando con recibir «de un momento a otro una lanzada en el corazón por parte de uno de los indios».<sup>[13]</sup> Ya que iban a matarla, estaba decidida al menos a dejar inválida a su ama. Mientras se sucedía la pelea, la cautiva se dio cuenta de que a su alrededor se había formado un gran corro de comanches. Todos daban gritos pero ninguno la tocó. Rachel ganó la pelea. «Incapaz ya de hacerme daño», escribió, «y casi hasta de respirar, me suplicó piedad a gritos». Dejó libre a su adversaria, que sangraba a borbotones, la cogió en brazos y, tras llevarla de vuelta al campamento, le lavó la cara. Por primera vez, la chica se mostró amigable.

No así la madre, que le dijo a Rachel que tenía intención de achicharrarla viva (en una ocasión anterior ya había quemado a Rachel con fuego y ascuas ardientes). La cautiva y su ama se enzarzaron junto a la hoguera. Las dos se quemaron de gravedad; Rachel tiró a la mujer al fuego dos veces y la sostuvo entre las llamas. Durante la reyerta rompieron el lateral de un tipi. De nuevo se congregó un grupo de hombres para mirarlas, de nuevo no intervino nadie, y de nuevo Rachel salió vencedora. A la mañana siguiente, doce jefes se reunieron en la «casa de la asamblea» para estudiar el caso. Las tres mujeres prestaron declaración. El veredicto: se condenó a Rachel a sustituir el poste roto de la tienda. La cautiva aceptó con la condición de que la joven la ayudase. A partir de ahí, escribe Rachel, «las aguas volvieron a su cauce».

Es imposible leer las memorias de Rachel Plummer sin enjuiciar moralmente a los comanches. Desde la perspectiva actual, el asesinato mediante torturas de un niño indefenso de siete semanas, ni más ni menos que por decisión de una asamblea, es un acto de una inmoralidad casi diabólica. La violación en grupo y por sistema de las prisioneras parece rayana en la perversión criminal, cuando no una forma muy avanzada de maldad. La inmensa mayoría de los colonos anglo-europeos del Oeste norteamericano habría coincidido en estas valoraciones. A sus ojos, los comanches eran matones y asesinos, salvajes desprovistos de la más mínima decencia, compasión o misericordia. No solo infligían atroces tormentos, sino que a todas luces disfrutaban haciéndolo. Eso tal vez era lo peor, y desde luego lo más espeluznante. Los gritos de dolor de sus víctimas les resultaban divertidos y gratificantes, de la misma manera que algunos niños de hoy encuentran divertido y gratificante torturar ranas o arrancarles las patas a los saltamontes. Es de suponer que esos niños, al

madurar, deponen esas actividades; para los indios, en cambio, representaban una parte importante de su cultura adulta y la aceptaban sin cuestionarla.

Una historia de comienzos de la década de 1870 ilustra la cuestión de fondo. Según el relato de Herman Lehmann, un niño cautivo que con el tiempo se convertiría en un guerrero en toda regla, un grupo de comanches atacó un campamento de indios tonkawas, matando a unos cuantos y ahuyentando a los demás. En el campamento abandonado encontraron un trozo de carne que se chamuscaba en la hoguera. Era la pierna de un comanche: los tonkawas, renombrados caníbales, habían estado preparando un banquete. Los comanches reaccionaron al hallazgo abandonándose a un frenesí de venganza y lanzándose en pos de los tonkawas. Sobrevino una encarnizada batalla en la que murieron siete comanches y cuarenta resultaron heridos, pero aun así se alzaron con la victoria. Entonces, como colofón de la contienda, pasaron a ocuparse de los enemigos heridos y moribundos. «Muchos pedían agua entre jadeos», escribió Lehmann, que se encontraba en el lugar de los hechos,

pero no les hicimos caso. Les arrancamos la cabellera, les amputamos brazos y piernas, les cortamos la lengua, y arrojamos sus cuerpos mutilados y sus miembros a la hoguera. Echamos más leña y amontonamos a los tonkawas vivos, moribundos y muertos en el fuego. Algunos se estremecían y retorcían como gusanos; otros hablaban y nos suplicaban piedad. Los apilamos, echamos más leña y nos pusimos a bailar alrededor de la lumbre, locos de alegría al observar la grasa y la sangre que rezumaban de los cuerpos, y entusiasmados al verlos hincharse y oír el chisporroteo de la piel que estallaba entre las llamas.<sup>[14]</sup>

Estos episodios de crueldad representan un problema en cualquier historia de los indios norteamericanos, porque a los estadounidenses les agrada pensar que los pobladores nativos de su país, en cierto sentido, eran heroicos y nobles. Los indios, efectivamente, eran heroicos y nobles en muchos sentidos, sobre todo a la hora de defender a sus familias. Sin embargo, en el universo moral occidental —pese a nuestra rica tradición en materia de tortura, que incluye los suplicios decretados oficialmente en la Europa de la Contrarreforma y en regímenes soberanos como el de Pedro el Grande en Rusia—, una persona que tortura o viola a otra, o que rapta a un niño pequeño y luego lo vende, no puede hacerse acreedora a esos adjetivos. No cabe duda de que Caballo Loco era un combatiente valeroso y un individuo extraordinariamente caritativo en su vida diaria, pero como sioux oglala también llevaba a cabo asaltos e incursiones que implicaban actos muy específicos, entre ellos el maltrato de los cautivos. Su enorme popularidad —en el momento de escribir estas líneas está esculpiéndose en una montaña de Dakota del Sur una efigie gigantesca de su persona— puede deberse, en gran medida, a lo poco que se conoce de su juventud.

[15] Este desconocimiento nos permite convertirlo en el héroe que se nos antoje.

Así, algunos cronistas pasan completamente por alto la faceta brutal de la vida india; otros, en particular los historiadores que insinúan que antes de la llegada de los europeos las guerras entre indios eran un asunto relativamente incruento en el que se derramaba un mínimo de sangre, la niegan de plano.<sup>[16]</sup> Pero algunos hechos son indiscutibles. Los indios americanos eran belicosos por naturaleza, y lo habían sido durante siglos antes de que Colón se tropezase con ellos. Se disputaban los terrenos de caza, cierto, pero una parte considerable de su frecuente actividad bélica era completamente innecesaria. El acoso incesante e implacable de los comanches a los desdichados tonkawas es un buen ejemplo de ese fenómeno, así como su hostigamiento a los apaches, que se prolongó hasta mucho tiempo después de que los hubiesen expulsado de los territorios del bisonte.

Este comportamiento era común a todos los indígenas norteamericanos. De hecho, las tribus agrarias del este, más civilizadas, eran mucho más expertas que los comanches u otras tribus de las llanuras a la hora de idear métodos de tortura más prolongados y dolorosos.<sup>[17]</sup> La diferencia estribaba en el tratamiento que las segundas dispensaban a las víctimas y prisioneras. La violación y los malos tratos a las mujeres, incluida la mutilación, habían existido entre las tribus del este en los siglos XVII y XVIII, una época en la que aún se dedicaban a la venta de esclavos cautivos, pero esas prácticas se habían abandonado hacía mucho tiempo. Algunas tribus, entre ellas la gigantesca federación iroquesa, nunca trataron así a sus prisioneras.<sup>[18]</sup> Podían matar mujeres o arrancarles la cabellera, pero no las violaban en grupo. Lo que les ocurrió a las cautivas del clan Parker solo podía haberse dado al oeste del Mississippi. Si los comanches tenían fama de crueles y violentos era porque, al ser uno de los grandes pueblos guerreros de la historia, estaban en condiciones de infligir mucho más daño del que recibían.

Lo más importante de todo es que, a ojos de los indios, esos actos no tenían absolutamente nada de malo. Esta concepción les resultaba poco menos que incomprendible a los colonos del Oeste, la gran mayoría de los cuales creía en la idea del bien y el mal absolutos y, por consiguiente, en la existencia de unos criterios universales de conducta moral. La diferencia, en parte, tenía que ver con la teoría comanche de la naturaleza del universo, sumamente distinta de la del occidente civilizado. Los nermernuh no tenían una religión dominante y unificada, ni nada parecido a un Dios único. Aunque en las entrevistas realizadas tras su derrota los comanches solían aceptar la idea de un «espíritu supremo», los etnógrafos Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, especialistas en la cultura nermernuh, eran tremendamente reacios a creer que tuvieran cualquier mito cosmogónico que comportase un único espíritu o un espíritu «maligno».<sup>[19]</sup> «Nunca dimos demasiada importancia a la creación», afirmó un anciano comanche llamado Jim Roble Colorado en una entrevista realizada en la década de 1930. «Sabíamos que estábamos aquí y punto. Dirigíamos nuestros pensamientos más que nada a comprender a los

espíritus».<sup>[20]</sup>

Los comanches vivían en un mundo plagado de magia y tabúes; los espíritus estaban por todas partes: en las piedras, en los árboles y en los animales. La idea fundamental de su religión era la necesidad de dar con la forma de encauzar y aprovechar los poderes de esos espíritus. De ese modo, dichos poderes se convertían en *puha*, o «magia». No había un dogma, ni una clase sacerdotal que impusiese una religión sistemática, ni una tendencia a ver el mundo como algo más que una serie de episodios aislados sin un significado más profundo. Naturalmente, existían códigos de conducta; por ejemplo, un hombre no podía robarle la mujer a otro sin pagar una multa. Pero no existía el bien o el mal absolutos, sino actos justos y consecuencias; perjuicios y castigos.

Los enemigos, mientras tanto, eran enemigos, y las reglas del enfrentamiento con ellos eran las mismas desde hacía mil años. Un guerrero comanche que capturase a un ute vivo lo torturaría hasta matarlo sin contemplaciones. Era lo que siempre se había hecho, lo que los sioux hacían con los asiniboinés, lo que los crows hacían con los pies negros. Un comanche capturado por un ute contaba con recibir el mismo tratamiento —de ahí que aplicase con grotesca coherencia el «principio de reciprocidad»— y por eso los indios, para asombro de europeos y estadounidenses, siempre luchaban hasta el último suspiro. No había excepciones. Ni que decir tiene que esos mismos indios también creían, con idéntico fervor, en la venganza sangrienta. La vida de un guerrero torturado hasta la muerte debía pagarse, en la medida de lo posible, con otro asesinato con torturas, preferiblemente más atroces si cabe que las primeras. Este ajuste de cuentas también era considerado justo por todos los indios norteamericanos.

¿A qué se debe una diferencia tan radical entre los sistemas morales de los comanches y los de sus adversarios blancos? La respuesta, en parte, tiene que ver con el grado de progreso de las civilizaciones americanas en relación al del resto del mundo. El descubrimiento de la agricultura, que tuvo lugar en Asia y Oriente Próximo, de forma más o menos simultánea, alrededor de 6500 a. de C., propició la transición de las sociedades nómadas de cazadores-recolectores a las civilizaciones más desarrolladas que las siguieron. En América, sin embargo, la agricultura no se descubrió hasta 2500 a. de C., cuatro milenios más tarde y mucho después de que en Egipto y Mesopotamia hubiesen surgido culturas avanzadas. La brecha era enorme. En cuanto los indios averiguaron cómo plantar semillas y cultivar los campos, las civilizaciones progresaron en las dos Américas más o menos al mismo ritmo al que lo habían hecho en el Viejo Mundo. Se construyeron ciudades. Se desarrollaron estructuras sociales sumamente organizadas. Se diseñaron pirámides. Se fundaron imperios, los últimos de los cuales fueron el azteca y el inca. (Al igual que en el Viejo Mundo, el nomadismo y las culturas cazadoras-recolectoras persistieron junto a las civilizaciones más avanzadas). Pero los indígenas americanos, aislados y sin la ventaja del caballo ni del buey, nunca pudieron enjugar la distancia temporal. Estaban

de tres a cuatro milenios por detrás de los europeos y los asiáticos, y la llegada de Colón en 1492 garantizó que nunca los alcanzaran. Naturalmente, los indios de las Grandes Llanuras, que no practicaban la agricultura, estaban si cabe mucho más rezagados.

Por consiguiente, el fatídico enfrentamiento entre los colonos de la cultura de Aristóteles, san Pablo, Leonardo Da Vinci, Lutero y Newton, y los jinetes aborígenes de las llanuras del bison tuvo lugar en una especie de túnel del tiempo, como si los primeros se hubiesen remontado miles de años atrás y estuviesen contemplando la versión premoral, precristiana y bárbara de sí mismos. Los pueblos celtas, antepasados de muchísimos de los emigrantes que llegaron a América del Norte en el siglo XIX, ofrecen un paralelismo aproximado. Según Herodoto, los celtas del siglo V a. de C. eran «guerreros feroces que luchaban con aparente desprecio por su propia vida».<sup>[21]</sup> Al igual que los comanches, eran salvajes, sucios, llevaban el pelo largo y proferían un espantoso y penetrante grito de batalla. Eran excelsos jinetes, mostraban una afición desmesurada por el alcohol, y cometían actos terribles contra sus enemigos y prisioneros, entre ellos la decapitación, una práctica que horrorizaba a los civilizados griegos y romanos.<sup>[22]</sup> Los antiguos celtas, antepasados de los irlandeses y escoceses que formaban la vanguardia de la emigración norteamericana al Oeste, no habrían tenido problemas «morales» con la afición comanche a la tortura.

Para sus enemigos, los comanches eran asesinos implacables con cuernos de bison, torvos apóstoles de las tinieblas y la devastación. Sin embargo, en el seno de sus campamentos, donde de pronto se vieron retenidos Rachel Parker Plummer, Cynthia Ann Parker y el resto, eran algo completamente diferente. Allí, escribió el coronel Richard Irving Dodge, uno de los primeros estadounidenses que los observó de cerca, el comanche era «un fanfarrón bullicioso, alegre, divertido y travieso, apasionado por las bromas y todo tipo de diversión cerril... que alborotaba la medianoche con canciones y bailes, gritos y alaridos».<sup>[23]</sup> Al comanche le encantaba el juego y apostaba a todo —absolutamente todo—, aunque mostraba especial predilección por los caballos y los juegos de azar, y no tenía reparos en jugarse la última piel de ciervo que le quedase. Le encantaba cantar, sobre todo su canción personal, a menudo compuesta expresamente para él por un hechicero. Solía despertarse cantando, y cantaba antes de irse a dormir. Adoraba los juegos de todo tipo, pero lo que más le gustaba en el mundo eran las carreras de caballos. Era tan vanidoso en lo tocante a su melena que a menudo cortaba mechones del cabello de su mujer para trenzárselos con el suyo a modo de extensiones, como hacen las mujeres de hoy; extensiones que guardaba envueltas en pieles de castor o de nutria. Era un chismoso redomado que, en palabras de Dodge, tenía «el deseo irrefrenable de enterarse de cuanto ocurría a su alrededor».<sup>[24]</sup>

Los comanches podían bailar sin parar durante horas e incluso días. Adoraban a sus familias, sobre todo a sus hijos varones, y pasaban los inviernos sumidos en la indolencia, envueltos en gruesas pieles de búfalo al calor de la lumbre en el interior de sus tipis, una brillante muestra de diseño arquitectónico que no requería más que un pequeño fuego para que sus ocupantes no pasaran frío, ni siquiera durante los gélidos y ventosos inviernos de las llanuras. Y les encantaba charlar. «Se ponían a hablar», escribió Dodge, «y se volvían locos alardeando de sus proezas bélicas, amatorias o persecutorias, acompañando su relato de toda clase de muecas y ademanes extravagantes».<sup>[25]</sup> Los miembros de la tribu tenían nombres como «Gran Tropezón», «Cara arrugada como de viejo», «Vagina de coyote», «Hombre que madura», «Siempre sentado en mal sitio», «Rompetodo» y «La que invita a sus parientes».<sup>[26]</sup> Para otras tribus, eran la personificación de la muerte. Para ellos mismos, eran simplemente «la Gente».

Los comanches, en casi todos los sentidos, eran los típicos indios de las llanuras. La cultura de todas las tribus de la región giraba en torno al bisonte, la fuente de la que obtenían todo lo indispensable para la subsistencia: alimento, alojamiento (los tipis hechos de piel), combustible (estiércol seco), herramientas (utensilios de hueso, odres para el agua hechos con la piel de la panza), arreos (bridas, cinchas y sillas hechas de cuero), cuerdas (de pelo trenzado), ropa (pantalones, mocasines y mantos de piel) y armas (garrotes y cuerdas de arco hechas de tendones). Antes de la llegada de los cazadores de bisontes en la década de 1870, los enormes y veloces bóvidos eran literalmente innumerables. La mayor parte vivía en las llanuras meridionales, es decir, en la Comanchería. De hecho, los gigantescos rebaños de bisontes eran el motivo por el cual la tribu recién montada se había enzarzado en una contienda por el control de ese territorio.

La caza del bisonte era una actividad peligrosa. Un ejemplar sano podía correr casi tan rápido como un caballo por espacio de tres kilómetros. Como los indios acostumbraban a atacarlos a caballo por detrás, con flechas o lanzas, los bisontes heridos se convertían inmediatamente en una amenaza para el jinete. Como escribió un *ranger* de Tejas llamado Rip Ford, el peligro era que «una bestia tan enorme te enganchase con los cuernos y te levantase con caballo y todo, lanzándote unos cuantos metros por el aire como una pluma, para caer al suelo hecho un amasijo con tu compañero cuadrúpedo».<sup>[27]</sup> Los indios adiestraban a sus monturas para que se apartasen inmediatamente del bisonte en cuanto oyesen el sonido que hacía la cuerda del arco al disparar la flecha.

El bisonte era el alimento favorito de los comanches. Comían filetes asados directamente sobre las llamas o cocidos en cazos de cobre. Cortaban la carne en lonchas finas, la secaban y la guardaban para el invierno, o se la llevaban como provisión para los viajes más largos. También comían los riñones y el estómago. Los niños corrían hacia los ejemplares recién abatidos y suplicaban a los cazadores que

les diesen el hígado y la vesícula del animal. Luego exprimían la bilis salada de la vesícula encima del hígado, aún caliente y sanguinolento, y se lo comían en el acto. Si la pieza cobrada era una hembra que estuviese amamantando, los comanches le cortaban las ubres y se bebían la leche mezclada con sangre tibia. Uno de los mayores manjares era la leche cuajada extraída del estómago de un ternero lactante.<sup>[28]</sup> Si los guerreros estaban de viaje y andaban escasos de agua, podían beber la sangre caliente de los bisontes directamente de las venas. A veces se comían las entrañas, usando dos dedos para exprimirles el contenido. (Cuando un comanche se veía obligado a huir de unos perseguidores, galopaba hasta que su caballo caía reventado; entonces lo abría en canal, le arrancaba los intestinos y se los enrollaba al cuello, para reanudar la huida en otro caballo más descansado y poder comérselos más tarde).<sup>[29]</sup> A falta de bisontes, los comanches comían lo primero que encontraban: tortugas de tierra, que echaban vivas al fuego y luego se comían directamente del caparazón con una cuchara de hueso;<sup>[30]</sup> toda clase de pequeños mamíferos; hasta caballos si hacía falta, aunque, al contrario que los apaches, no era su comida favorita. No comían peces ni aves salvo que estuviesen a punto de morir de inanición, y jamás se comían el corazón de los bisontes.

Los comanches también eran auténticos indios de las llanuras en cuanto a su estructura social. Se organizaban en bandas, un concepto que los hombres blancos nunca llegaron a entender del todo, pues insistían en ver a los comanches como una tribu, o sea, una sola unidad política con un jefe supremo y, supuestamente, un cuadro de subjefes civiles y militares que cumplían las órdenes del primero. Pero eso nunca existió, ni entre los comanches ni entre los cheyennes, arapahoes ni ninguna otra tribu de las llanuras. Todos los comanches hablaban el mismo idioma, vestían más o menos igual, tenían en común las mismas creencias religiosas y costumbres, y llevaban un mismo estilo de vida que los distinguía de las demás tribus y del resto del mundo. Sin embargo, según los etnógrafos Wallace y Hoebel, ese estilo de vida «no incluía instituciones políticas ni mecanismos sociales mediante los cuales actuaran como una unidad tribal».<sup>[31]</sup> Los nermernuh no tenían un gran jefe, ni un consejo de gobierno, ni existía una «nación» comanche que pudiese localizarse en un lugar concreto, o con la que negociar o a la que conquistar mediante las armas. A los blancos, naturalmente, esta peculiaridad les resultaba completamente absurda. No se parecía a ningún sistema de gobierno conocido. A lo largo y ancho de las llanuras, los colonos insistían en firmar tratados con los jefes de las bandas —que solían ser individuos pintorescos, tenaces y poderosos—, dando erróneamente por supuesto que esos jefes hablaban en nombre de toda la tribu. Esta equivocación la cometieron una y otra vez.

Las bandas siempre resultaban difíciles de entender para los forasteros. Costaba trabajo distinguir a unas de las otras, e incluso saber cuántas había. Cada una ocupaba una porción distinta, aunque no claramente definida, del territorio comanche, y se diferenciaban por pequeños matices culturales que al observador inexperto le pasaban inadvertidos: una banda mostraba preferencia por una danza en particular, otra por

una prenda de vestir; a una le gustaba comer pasta de carne seca y bayas, otra hablaba más lentamente que las demás. Los españoles, que contemplaban el mundo indígena desde el extremo más occidental de la Comanchería, creían que había tres bandas. Estaban equivocados, aunque tenían razón en que probablemente solo habían entrado en contacto con tres. En 1860, el tejano Robert Neighbors, un agente federal encargado de las relaciones con los indios, afirmó que había ocho bandas de comanches. Otros observadores llegaron a contar hasta trece, algunas de las cuales terminaron desapareciendo, subsumidas en otras, o exterminadas.<sup>[32]</sup>

Los historiadores, por lo general, coinciden en que a comienzos del siglo XIX existían cinco bandas principales. La mayor parte de este libro se centrará en ellas. Cada banda tenía más de mil miembros; alguna puede que hasta cinco mil. (Se calcula que la tribu, en su apogeo, contaba en total con veinte mil individuos). Esas cinco bandas eran: los yamparikas («comedores de raíces»), la banda más septentrional, que habitaba las tierras al sur del río Arkansas; los kotsotekas («comedores de bisontes»), cuya principal área de acción era el valle del río Canadian, en la actual Oklahoma, y la franja septentrional de Tejas; los penatekas («comedores de miel»), la banda más numerosa y más meridional, cuyo territorio se extendía hasta lo más profundo de Tejas; los nokonis («errantes»), comanches «intermedios» que ocupaban las tierras del norte de Tejas y la actual Oklahoma, entre los penatekas y las bandas septentrionales; y, por último, los quahadis («antílopes»), la banda de Quanah, que merodeaba por las cabeceras de los ríos Colorado, Brazos y Rojo, en el extremo noroeste de Tejas. Cada banda desempeñó un papel distinto en la historia. Los penatekas fueron los principales responsables de la expulsión de los apaches lipanes a la frontera mexicana, y casi todas las primeras batallas contra los tejanos las libraron ellos; los kotsotekas fueron en su mayoría los autores de los ataques contra los asentamientos españoles de Nuevo México; los yamparikas guerrearon contra los cheyennes y arapahoes en las fronteras septentrionales de la Comanchería; los nokonis atacaron el fuerte Parker; los quahadis libraron las últimas batallas contra el ejército estadounidense. Todas las bandas colaboraban unas con otras en los términos más amigables. En el fondo, y prácticamente sin excepción, todas tenían los mismos intereses. Cazaban y atacaban juntas, de manera informal e improvisada, y solían intercambiar miembros. Nunca lucharon entre sí.<sup>[33]</sup> Siempre tuvieron intereses y enemigos en común y, pese a su carácter descentralizado, en materia de diplomacia y comercio mostraban una extraordinaria coherencia. (La estructura de otras tribus era aún más difícil de entender para los blancos. Toro Sentado, por ejemplo, era miembro de la tribu sioux, pero pertenecía a los lakotas, o división occidental, también conocidos como tetón, y su banda específica era la de los hunkpapas).

Así pues, los comanches, en tanto tribu, carecían de un poder centralizado. Las estructuras políticas no obedecían a jerarquía alguna ni siquiera en el seno de las bandas, donde el poder de los jefes era limitado. Por lo general había dos jefes

principales en cada banda, un jefe de paz o civil, y un jefe guerrero. Aunque el primero solía ser superior al segundo, no ejercía sobre los demás miembros de la banda un control absoluto ni mucho menos, y su poder no tenía nada de institucional. Existían desde luego algunos jefes comanches de mucha autoridad que infundían una lealtad férrea en sus congéneres, pero solo conservaban el poder mientras estos se lo permitiesen. La función principal del jefe civil era la de un oficial de acantonamiento, esto es: decidía cuándo se levantaba el campamento y adonde se dirigía la tribu.<sup>[34]</sup> El jefe civil presidía una asamblea que dictaba sentencia en casos individuales de robo, adulterio, asesinato o cualquier otro delito que se hubiese cometido, pero no existía un cuerpo definido de leyes tradicionales, ni policías, ni jueces. Se trataba, a todos los efectos, de un sistema de ley privada. Si se cometía un agravio, la parte agraviada tenía la libertad de entablar un litigio; de lo contrario no se castigaría. La indemnización por los perjuicios solía hacerse efectiva en forma de caballos.<sup>[35]</sup>

El jefe de guerra, por su parte, era un guerrero insigne y glorioso que, en realidad, no estaba al frente de muchas de las partidas que lanzaban ataques o incursiones, ni podía determinar su composición ni sus objetivos. Estos particulares eran competencia de ciertos guerreros que decidían a título personal adonde dirigirse. En la sociedad comanche, cualquiera podía ser jefe guerrero; bastaba con tener el propósito de atacar, por ejemplo, unos ranchos mexicanos en Coahuila, y ser capaz de reunir un número suficiente de hombres para hacerlo. Los jefes guerreros alcanzaban dicha condición porque tenían buena mano para reclutar partidas de guerra, lideraban las misiones de combate más importantes y dirigían las expediciones más trascendentales contra enemigos poderosos. Pero no controlaban, ni tenían el menor deseo de hacerlo, las iniciativas bélicas individuales de cada guerrero.

Dado que a nivel de tribu y de banda había una carencia de disciplina y autoridad, cabría esperar que el poder de las familias y los clanes llenase ese vacío. En este terreno, sin embargo, los comanches también se hallaban extraordinariamente libres de las habituales restricciones sociales. Aunque la unidad familiar era a todas luces la base de la banda, esta nunca se organizaba en torno a un clan, y ni tan siquiera eran las familias el agente principal en la regulación de los matrimonios. No existían clanes organizados de ningún tipo. Las familias no podían impedir que un hijo o hija se casase con alguien de otra banda, ni que un miembro de la familia abandonase la banda.<sup>[36]</sup> La jefatura no era hereditaria, sino que se basaba única y exclusivamente en el mérito.

Los varones comanches eran, pues, maravillosa e increíblemente libres. No estaban sometidos a ninguna iglesia, religión organizada, clase sacerdotal, sociedad militar, estado, policía, ley pública, clanes dominantes, familias poderosas, reglas estrictas de comportamiento personal, ni nada que les impidiese abandonar su banda y unirse a otra, ni siquiera a la prohibición de fugarse con la mujer de un amigo, aunque por semejante capricho terminarían, desde luego, pagando entre uno y diez caballos, en el supuesto de que los descubriesen. Eran libres de organizar

expediciones militares por su cuenta; libres de ir y venir a su antojo. A ojos de mucha gente, en especial de escritores y poetas de James Fenimore Cooper en adelante, ese estilo de vida encarnaba un tipo de libertad típicamente americana. Se dio mucho bombo a la existencia noble y sin ataduras del salvaje norteamericano. De hecho, fue una versión de esa libertad —sobre todo de esa ausencia de instituciones sociales asfixiantes— la que atrajo a muchos colonos hacia la primitiva frontera del Oeste.

Así era la cultura en la que se vio inmersa Rachel Plummer. Puede que los varones disfrutasen de mucha alegría, risas, cantos y juegos, pero ella tenía pocos motivos de gozo. En tanto que mujer, Rachel era una ciudadana de segunda clase, miembro de una casta cuyo sino era cargar con las labores más penosas, como cuidar del ganado, desollar y descuartizar las reses, secar la carne, tejer la ropa, empaquetar los enseres y reparar los tipis, además, naturalmente, de ocuparse de los niños y de todas las cuestiones familiares. En tanto que cautiva, Rachel tenía aún menos derechos y, dado que ya era adulta cuando la capturaron, lo más probable era que nunca conquistase mejora alguna. Lucía las cicatrices de la etapa inicial de cautiverio y de los castigos que había recibido. (Según quienes la vieron posteriormente, las marcas saltaban a la vista). Era la esclava sexual de su amo y de cualquiera al que este decidiese prestársela, lo que seguramente incluía a los miembros de su familia. Teniendo en cuenta todo lo que tuvo que soportar, incluida la tortura de un hijo y la muerte de otro, esa debía de ser la menor de sus desdichas. Como ya hemos visto, Rachel era la sirvienta maltratada de la mujer de su amo.

En otros sentidos, la cautiva se convirtió en una comanche en toda regla. Cambió su vestido de pionera por pantalones de gamuza y, aunque no menciona nada al respecto, debía de estar tan mugrienta e infestada de bichos como todos los comanches, que tenían fama, incluso entre los indios, de ser muy poco amigos de la higiene. También debió de cortarse su larga y hermosa melena rojiza. Además de la carne de bisonte, que le encantaba, Rachel le tomó el gusto a los perrillos de las praderas («grasientos y de buen sabor»), a los castores («solo la cola») y a la carne de oso («muy grasa y deliciosa»). No es seguro que cultivase la costumbre generalizada entre los comanches de quitarse los piojos unos a otros y aplastarlos con los dientes, una práctica que asqueaba a los observadores blancos. Al igual que otras mujeres, es probable que Rachel sirviese a los hombres durante las celebraciones y les llevase agua mientras danzaban. Si tomaba parte en cualquiera de los juegos a los que jugaban mujeres y niños —el *shinny*, una especie de hockey rudimentario, y el *double-ball*, suerte de diábolo que trataban de arrebatarse dos equipos—, no lo menciona en sus diarios. Rachel sabía que ya no la matarían. Pero también sabía que, si permanecía con la tribu, su vida ya no cambiaría nunca.

Tras fracasar en su tentativa de provocar a los indios para que le quitaran la vida, la cautiva decidió convencer a alguien de que la comprase a su amo. En las llanuras

altas encontró a un grupo de mexicanos. «Traté de persuadir a uno de que me comprase», escribió. «Le dije que, si bien mi padre y mi marido estaban muertos, yo poseía tierras de sobra en Tejas para recompensarlo con creces; el hombre accedió al trato, pero luego no hizo nada por comprarme».<sup>[37]</sup> Rachel no perdió la esperanza. Tiempo después, mientras cuidaba los caballos de la banda, se encontró con lo que ella llamaba «mercaderes mexicanos», que casi con toda seguridad serían comancheros de Nuevo México. Los hombres le pidieron que los llevase ante su amo, y Rachel obedeció. Entonces, en presencia de la cautiva, le preguntaron a su amo si se la vendería. La pasmosa respuesta del comanche fue: «Sí, señor».<sup>[\*]</sup>

## EL AULLIDO DEL LOBO

**L**a llegada imprevista de jinetes comanches al Nuevo México español en 1706 señaló el inicio de su primera gran guerra contra el hombre blanco. La contienda transcurrió por cauces estrictamente indios. Los comanches no derrotaron a un ejército español en un amplio campo de batalla tras un único combate final, ni vieron cómo las tropas imperiales se batían en ignominiosa retirada a través del río Grande. En el Oeste americano, la guerra no era asunto de ejércitos aglutinados en ceremoniosas formaciones que libraban batallas campales. En lugar de eso había algaradas y contraataques, y esa especie de hostigamiento beduino que con el tiempo se daría en llamar guerrilla, ejecutado por contingentes pequeños y móviles en un marco espacial gigantesco que se tragaba a los seres humanos sin dejar ni rastro. Lo que sufrieron los españoles a manos de los comanches no fue una derrota militar al uso, sino un siglo y medio de agresiones brutales y extenuantes que anegó en sangre su frontera septentrional y, a la postre, los dejó con un imperio desprovisto de todo sentido. Habían llegado al Nuevo Mundo como conquistadores, dotados de un poder inconmensurable, convencidos de su triunfo gracias a su particular estilo de catolicismo militarizado, pero en el norte terminaron prácticamente prisioneros de sus propias misiones y presidios, atrapados dentro de un sistema fallido que ni atraía colonos ni lograba convertir a los indios y que, en cualquier caso, no podía proteger de las tribus ecuestres a ninguno de ambos grupos. Más que derrotar a los españoles, los comanches hicieron que resultasen intrascendentes, simples espectadores de una inmensa lucha por el control del centro del continente norteamericano en la que ya no desempeñaban ningún papel.

Ese cambio en el equilibrio de poder alteró la historia del Oeste norteamericano y el destino del continente. La conquista española América había comenzado en los albores del siglo XVI con victorias arrolladoras e increíblemente fáciles sobre los poderosos aztecas e incas. Posteriormente, buena parte de la población aborígen cayó derrotada por las armas, las enfermedades o ambas cosas. El coste en vidas indígenas fue espantoso. En 1520, un año después de la llegada de Hernán Cortés a bordo de sus galeones, la población nativa de la región central de México ascendía a once millones; en 1650, la cifra se había desplomado a un millón. Los indios que sobrevivieron fueron esclavizados bajo un sistema conocido como encomienda, que autorizaba a los conquistadores a ocupar tierras indias, cobrar tributos a sus habitantes y obligarlos a trabajar. A cambio, los encomenderos les daban la catequesis, les enseñaban castellano y les brindaban alimento y defensa. Se trataba, en resumidas cuentas, de un feudalismo importado en el que los indios desempeñaban

el papel de siervos. En los vastos territorios españoles de América del Sur se había aplicado el mismo modelo, y como premisa de la colonización, subyugación y asimilación forzada, el sistema funcionaba con precisión cruel.

Sin embargo, a medida que los españoles avanzaron desde Ciudad de México hacia el norte, convencidos de poder conquistar la parte septentrional del nuevo continente, ese sistema cuidadosamente calibrado comenzó a hacer agua. Su estilo de colonización era el idóneo para lidiar con tribus como los aztecas y los incas, desarrolladas y sometidas a un poder central, pero no surtía el menor efecto en las tribus bárbaras, precivilizadas y cazadoras-recolectoras del norte de México. Las cruentas y prolongadas guerras que los españoles libraron en los siglos XVI y XVII contra los chichimecas y los tarahumaras demostraron un hecho algo desagradable, y era que, para poder asimilar plenamente a esos indios, prácticamente había que exterminarlos. A finales del siglo XVI, tras cincuenta años de guerra intermitente, los chichimecas desaparecieron de la faz de la tierra.<sup>[1]</sup> Otras tribus menos violentas mostraron desinterés e incapacidad de adaptación a lo que los clérigos de hábitos marrones les prometían, que era comida y cobijo a cambio de trabajar en los campos y de una adhesión estricta a la moralidad católica.

Esta moralidad conllevaba lo que los indios veían como cambios estrambóticos e inexplicables en sus costumbres sexuales. (La monogamia, por lo general, no era un concepto nativo). Con frecuencia, los pobres indios se daban a la fuga. Cuando los capturaban, eran castigados, a veces por un sacerdote a golpe de látigo, lo que a su vez, en ocasiones, daba pie a revueltas. Atrás habían quedado los días de la conquista sencilla, y el futuro depararía días aún más complicados. Por muy salvajes y resistentes que fuesen los chichimecas, no eran nada comparados con lo que les esperaba a los españoles al norte del río Grande. Los indios de allí también eran bárbaros, precivilizados, cazadores-recolectores en su mayoría, e igual de reacios a inclinarse sumisamente ante el rey católico. Pero, además, poseían una tecnología novedosa y letal. Ninguno de los conquistadores se había enfrentado jamás a indios montados.

Cuando esa pequeña banda de comanches se presentó en Taos en julio de 1706, Nuevo México era el centro del imperio español del norte. La ciudad más grande y capital territorial era Santa Fe, fundada en 1610 después de que los españoles se saltasen varios miles de kilómetros de territorio sin conquistar para plantar la bandera en el lejano norte. (La verdadera frontera aún tardó mucho tiempo en llegar hasta allí). El resto de la población —unos pocos miles de españoles, mestizos (de sangre española e indígena), y los indios pueblo sometidos por los primeros— vivía en asentamientos dispuestos como las cuentas de un collar a lo largo de los diversos afluentes y angostos valles del río Grande. Algo habían aprendido los españoles en sus ingratas campañas de conquista por el norte de México: ahora construían fuertes con altas empalizadas y habían abandonado el modelo de la encomienda. En este escenario, el sistema imperial consistía en presidios abarrotados de soldados armados

hasta los dientes, misiones atendidas por sacerdotes católicos empeñados en convertir a los indígenas paganos, y ranchos ocupados por los colonos que emigraban hacia el norte, mestizos en su mayoría. La viabilidad del sistema dependía, en última instancia, de su capacidad de convertir indios y atraer colonos; un fuerte en mitad de la nada, ocupado por soldados con la moral por los suelos, no tenía el menor sentido.

El plan podía parecer bueno sobre el papel, máxime teniendo en cuenta que la Corona española no tenía rivales de entidad en el inmenso vacío de la zona central del continente, pero en las llanuras y mesetas del Oeste norteamericano fracasó de manera lamentable. Los problemas empezaron alrededor de 1650, fecha en la que diversas bandas de apaches, a lomos de sus recién domesticados caballos españoles y rezumando hostilidad, irrumpieron en los asentamientos de Nuevo México. Nada de lo que los españoles habían visto o experimentado en México los había preparado para esos ataques. No se trataba de que estuviesen indefensos. Sus destacamentos consistían en dragones montados y equipados con armaduras de acero, arcabuces y pedreñales de gran calibre y avancarga, picas y sables relucientes. Aunque a ojos actuales habrían podido resultar un tanto cómicos, lo cierto es que estaban perfectamente equipados para combatir en guerras europeas contra adversarios europeos pertrechados de manera parecida. En una batalla campal podían resultar muy mortíferos.

Pero los indios no luchaban así. O al menos, no por decisión propia. No avanzaban en formación de regimiento a campo abierto. Nunca cargaban de forma directa, y cuando el adversario intentaba cargar contra ellos, se dispersaban y desaparecían en un santiamén. Nunca atacaban los fuertes armados. Se deleitaban en la sorpresa, insistían en obtener ventaja táctica. Atacaban aldeas enteras y las incendiaban, violando, torturando y asesinando a sus habitantes, eviscerando a las mujeres, quemando vivos a los hombres; empalaban a los bebés y raptaban a los niños y niñas. Luego, valiéndose de la velocidad de sus mustangs españoles, huían al galope, dejando a los dragones, aparatosamente guarnecidos, con la penosa tarea de salir tras ellos con lentitud y torpeza. Era un estilo de lucha que posteriormente perfeccionarían las tribus de las llanuras, aún más agresivas, que montaban mucho mejor a caballo. Las incursiones se sucedieron durante cincuenta años, y aunque los españoles mataron a un número considerable de apaches, en el fondo no cambió nada: los asentamientos siguieron siendo demasiado vulnerables a los ataques indios.

Entonces ocurrió algo extraordinario. Más o menos a partir de 1706, las autoridades españolas de Santa Fe empezaron a percibir un sorprendente cambio de conducta por parte de sus odiados adversarios.<sup>[2]</sup> Los indios, aparentemente, estaban desapareciendo, o, cuando menos, marchándose, por lo general al sur y al oeste. Las incursiones prácticamente cesaron por completo. Era como si se hubiese firmado un tratado de paz, pero no había sido así ni mucho menos. Las autoridades españolas, tanto civiles como militares, fueron cayendo en la cuenta de que los apaches habían sufrido algún tipo de catástrofe, aunque habrían de pasar años antes de que se

descubriese su verdadera magnitud. En 1719, al noreste de Santa Fe, una expedición militar descubrió varias bandas de apaches, muy nutridas y en su día peligrosas —los jicarillas, carlanes y cuartelejos—, que parecían estar batiéndose en retirada y abandonando sus antiguos territorios.<sup>[3]</sup>

¿Qué estaba ocurriendo? Los españoles no estaban completamente al tanto de las vicisitudes geopolíticas. Sabían que los apaches y los comanches estaban en guerra, pero si tenían dificultades para distinguir a unos indios de otros, tanto más para hacerse una idea del estado de una guerra entre tribus que libraban batallas que nadie veía, con resultados que nadie conocía, a lo largo y ancho de centenares de kilómetros cuadrados. Lo único que los españoles sabían a ciencia cierta era que sus enemigos estaban desapareciendo.

Sin embargo, este fenómeno que percibían de lejos no era ni más ni menos que la destrucción sistemática de la nación apache. La empresa era poco menos que titánica. En los términos humanos y geográficos de la época, la Apachería era una entidad vastísima que englobaba a unas seis bandas principales y se extendía desde las montañas de Nuevo México hasta las llanuras de las actuales Kansas y Oklahoma y, por el sur, hasta el río Nueces, en la Tejas meridional.<sup>[4]</sup> Era el producto de otra migración masiva hacia el sur, en este caso de las tribus atabascanas que a partir de 1400 empezaron a desplazarse desde Canadá a lo largo del llamado macizo frontal de las Montañas Rocosas, aniquilando o asimilando a otras tribus de cazadores-recolectores que encontraban a su paso.<sup>[5]</sup> Aunque lo más probable es que la hostilidad comanche no respondiese a una tentativa expresa de exterminar a todo el pueblo apache, tampoco se reducía a una simple cuestión de expulsarlos de sus territorios de caza. Los comanches profesaban un odio intenso y atávico a los apaches, y el daño que les infligían también tenía un fuerte componente de venganza. Sea como fuere, los comanches estaban inmersos en una migración incontenible hacia el sur y los apaches les estorbaban.

Apenas nos han llegado testimonios históricos de esa violencia, que, por lo general, adoptaba la forma de incursiones en los poblados de los atabascanos, cuya afición a la agricultura —un estadio civilizatorio que jamás alcanzarían los comanches— fue paradójicamente su perdición. Los cultivos requerían residencias fijas y poblados semipermanentes, lo que a su vez significaba que las bandas apaches podían verse perseguidas y masacradas. Los comanches, totalmente nómadas, no presentaban esos puntos débiles. Los pormenores de esas incursiones debieron de ser espeluznantes. Los apaches, que combatían a pie, eran un blanco fácil para los jinetes comanches, con sus alaridos, sus taparrabos y sus negras pinturas de guerra. (Los comanches se pintaban de negro porque era el color de la muerte y se avenía con su vestuario minimalista. Con el tiempo adoptarían los tocados de plumas, las pinturas de guerra coloridas y los tatuajes de otras tribus, en particular de las tribus de las llanuras septentrionales; pero en la época que nos ocupa, su aspecto era sobrio y sin adornos: una máquina de guerra reducida a lo elemental).<sup>[6]</sup> Rara vez hacían

prisioneros, salvo a los niños. Incendiaban poblados enteros por sistema. La tortura de los supervivientes era tan habitual entre los comanches como entre todas las tribus de las llanuras.

Los españoles solo vieron destellos aislados de esa violencia. En 1723 dieron noticia de una sangrienta incursión en una «ranchería» apache. En 1724, los comanches lanzaron un ataque tan brutal y efectivo contra los jicarillas que se llevaron a la mitad de las mujeres y solo quedaron vivos sesenta y nueve miembros de la banda.<sup>[7]</sup> Los jicarillas no tardaron en pedir protección a los españoles, que se la concedieron. Otros apaches, incluidos los mescaleros, también se replegaron hacia el oeste para escapar de la acometida comanche. En 1724, según Domingo Cabello, gobernador de Tejas, los apaches lipanes desaparecieron de las llanuras meridionales tras sufrir una derrota aplastante en un lugar que los españoles llamaban El Gran Cerro de Fierro, y que se cree que podría estar junto al río Wichita, en el sudoeste de la actual Oklahoma.<sup>[8]</sup> A finales de la década de 1720, la ferocidad de los ataques era tan acusada y estaba tan extendida que algunos apaches llegaron incluso a buscar refugio en el pueblo español de Pecos, no muy lejos de Santa Fe. La respuesta de los comanches fue atacar el pueblo.

A decir verdad, los españoles trataron de salvar lo que quedaba de la nación apache, una medida que no era del todo contraria a sus intereses. En 1726 les dieron tierras cerca de Taos, con la esperanza de que pudiesen servir de barrera contra los comanches, y en 1733 se fundó a orillas del río Trampas una misión para los apaches jicarilla. Ninguna de estas estrategias surtió efecto: eran intentos a la desesperada. En 1748 la barrida ya era completa. Los jicarillas se vieron desalojados de su tierra natal, como ya les ocurriera a las demás bandas que en su día habían ocupado los territorios ricos en bisontes del oeste de Tejas y las actuales Kansas y Oklahoma occidentales y este de Colorado; los jicarillas huyeron incluso de la misión de Taos, donde gozaban de protección. Para entonces casi todos los apaches habían sido expulsados de las llanuras del sur, y todas las bandas de las que tenían constancia los españoles se habían trasladado al sudoeste, hacia la que habría de convertirse en su nueva patria: los desiertos y mesetas de Arizona y Nuevo México y la frontera mexicana. (Entre ellas figuraban los chericaguas, la banda de Gerónimo y Cochise, los dos jefes que se hicieron famosos guerreando en esos territorios marginales a finales del siglo XIX). Las bandas que no se vieron desplazadas hacia el oeste, como los lipanes, terminaron radicándose en los áridos matorrales del extremo occidental de Tejas. Muchas bandas apaches desaparecieron sin más, entre ellas los faraones, los carlanes y los palomas,<sup>[9]</sup> habitantes todos ellos de las llanuras. En la década de 1760, los comanches ya estaban obligando a los apaches a cruzar el río Grande y adentrarse en México.

Pero los apaches no fueron sus únicas víctimas. A medida que los comanches se desplazaban en tropel hacia el sur y cruzaban el río Arkansas, exhibiendo su increíble dominio del caballo y una noción cada vez más evolucionada de la guerra ecuestre, descubrieron algo más acerca de sí mismos, a saber: que sus partidas de guerra

podían recorrer distancias enormes sin perderse, tomando únicamente como referencia los accidentes naturales del terreno. Asimismo, podían hacerlo de noche. En esta faceta también eran mejores que nadie. Antes de ponerse en marcha, los integrantes de una partida de guerra se reunían y atendían a las indicaciones en materia de orientación de los ancianos de la tribu, que consistían en mapas dibujados en la arena donde se señalaban colinas, valles, abrevaderos, ríos. Todas las jornadas del viaje se planificaban de antemano y los guerreros novatos se aprendían de memoria la «hoja de ruta». Cuenta el coronel Dodge que uno de esos grupos de jinetes, ninguno de cuyos integrantes contaba más de diecinueve años ni había estado jamás en México, fue capaz de viajar desde Brady's Creek, cerca de la actual localidad tejana de San Angelo, hasta la ciudad mexicana de Monterrey, sin perder una sola vez el rumbo y sin más ayuda que las indicaciones que habían recibido.<sup>[10]</sup>

Las diversas bandas comanches podían, pues, lanzar ataques en cualquier dirección, en cualquier momento y en cualquier lugar de las llanuras. Atacaron a los pawnees en Kansas, a los utes en el este de Colorado y el este de Nuevo México, a los osages en Oklahoma, a los pies negros en Wyoming, a los kiowas y apaches kiowa en Kansas y Colorado, y a los tonkawas en Tejas. En 1750, pocas tribus se atrevían a poner el pie en las llanuras meridionales sin el permiso de los comanches. Las poderosas tribus del norte, como los cheyennes, permanecían al norte del río Arkansas. (Esta frontera volvería a ser motivo de feroces contiendas a finales de la década de 1830). Como siempre, tratándose de los comanches, la guerra se mezclaba con la diplomacia: en 1790 firmaron un importante tratado de paz con los kiowas, que se convirtieron en un aliado poderoso con el que los comanches compartían sus territorios de caza. La paz con los wichitas les brindó enormes oportunidades comerciales relacionadas con los franceses de Louisiana. Había algunas tribus, como los wacos y los tawakonis del centro de Tejas, que simplemente se las arreglaban para coexistir en armonía con los comanches y que, en cualquier caso, nunca guerreaban con ellos. Y al mismo tiempo, por supuesto, algunas enemistades —como las que mantenían con los tonkawas, los apaches y los utes— parecían ser eternas. Las migraciones de esa envergadura no eran algo insólito en América del Norte; basta recordar, por ejemplo, el inexorable avance hacia el oeste de la liga iroquesa en el siglo XVII, que hizo estragos en las tribus de los hurones y los erie, y expulsó del valle del río Ohio a los pueblos algonquinos.<sup>[11]</sup>

A mediados y finales del siglo XVIII, nadie era consciente de que estuviesen produciéndose estos cambios tan trascendentales de poder militar (y un siglo más tarde seguiría sin estar completamente claro). Por lo general, los españoles, que prácticamente fueron los únicos cronistas de la nación comanche antes del siglo XIX, solo veían los efectos del proceso<sup>[12]</sup> y, en cualquier caso, no habrían podido elaborar un mapa militar en regla de sus propias provincias septentrionales. Lo cierto, sin embargo, es que en 1750, los comanches, por medios militares y diplomáticos, ya habían forjado una nación unificada con unas fronteras extraordinariamente precisas

que eran objeto de vigilancia y cuya violación se castigaba sin piedad. Lo habían hecho con extrema violencia, y esa violencia cambió su cultura para siempre. En las décadas siguientes, los comanches ya no volvieron a conformarse con cazar bisontes. Como los antiguos espartanos, habían evolucionado hasta convertirse en una sociedad que gravitaba por entero alrededor de la guerra y en la que el estatus tribal dependía exclusivamente de las proezas en el campo de batalla, las cuales se tasaban a su vez en cabelleras, prisioneros y caballos capturados. El siguiente informe, escrito por el brigadier Pedro de Rivera y Villalón tras el viaje de inspección que llevó a cabo en 1726 por las provincias septentrionales de Nueva España, sintetiza perfectamente el carácter comanche a ojos de los españoles:

Todos los años, por cierto tiempo, se introduce en aquella Provincia una nación de Yndios tan bárbaros como belicosos: su nombre Cumanche, nunca baja de mil quinientos su número, y su origen se ignora, porque siempre andan peregrinando y en forma de batalla, por tener guerra en todas las Naciones [...] Luego que concluyen el comercio que allí los conduce, que se reduce a gamuzas, pieles de cíbola, y los Yndios de poca edad que captivan (porque los grandes los matan) se retiran, continuando su peregrinación hasta otro tiempo.<sup>[13]</sup>

Así anunció su aparición la Comanchería, un territorio que los españoles habían conocido desde hacía mucho tiempo únicamente como Apachería. Y así fue como los comanches, en cuestión de unas pocas décadas, se convirtieron en el principal enemigo de los españoles en Nuevo México y Tejas. (Los apaches siguieron causando molestias en la frontera, pero nunca volverían a ser una amenaza grave). La relación resultó ser mucho más compleja que la que mantuvieron con los apaches. Para empezar, las autoridades españolas fueron las primeras en reconocer tanto la existencia de la «barrera comanche» como su utilidad. La Corona seguía teniendo grandes ambiciones territoriales y temía enormemente tanto la expansión francesa desde Louisiana como el flujo incesante de colonos ingleses hacia el Oeste.

En este sentido, el territorio comanche, que ya comprendía una porción inmensa de las llanuras norteamericanas, se tomó más valioso para los españoles que todas las tropas imperiales destacadas al norte del río Grande.<sup>[14]</sup> Si bien los comanches representaban un obstáculo aparentemente impenetrable a la expansión española, también constituían la garantía de que los franceses y los ingleses tampoco podrían pasar. Los franceses habían desarrollado una política colonial completamente diferente: en lugar de la conquista directa preferían el tráfico de influencias, la formación de alianzas y una especie de diplomacia mercantil —basada fundamentalmente en las armas, pero que también incluía otros productos— por medio de comerciantes subvencionados por el estado francés, que solía dar excelentes frutos. Los galos fueron los responsables de la masacre de toda una expedición

española a manos de los pawnees en 1720, aunque ni un solo francés disparó un arma.<sup>[15]</sup> En la época que nos ocupa, la corona francesa ansiaba abrir mercados para las compañías mercantiles de Louisiana, y en 1718 sus tratantes ya habían emprendido el avance hacia el Oeste a lo largo del río Rojo. Para su desgracia, cometieron el error de armar a los apaches y a los jumanos, enemigos de los comanches, con lo cual apostaron, efectivamente, al caballo perdedor.<sup>[16]</sup> Los comanches, en consecuencia, no tardaron en hacerles ver que no eran bienvenidos en su territorio, y ahí terminaron prácticamente las intrigas francesas en Tejas. Los primeros asentamientos ingleses no llegarían a Tejas hasta 1820, más o menos, y aún tardaron más de medio siglo en superar la barrera comanche.

El otro componente de la nueva relación con los comanches era el comercio. Además de su pericia bélica, los nermernuh eran grandes mercaderes. Poseían más riqueza en forma de caballos, pieles, carne y cautivos que cualquier otra tribu de las llanuras. El trueque y la venta se sucedieron durante años de manera informal; la actividad era tan intensa que, en 1748, la feria de comercio de Taos admitió a los comanches oficialmente.

Pero la existencia de relaciones comerciales no significaba que cesasen las hostilidades. En la década de 1720, las guerras entre comanches y españoles no habían hecho sino comenzar. El patrón era siempre el mismo: las constantes razias de los primeros provocaban las expediciones punitivas de los segundos. Los soldados españoles se extraviaban con frecuencia, sobre todo cuando se alejaban demasiado hacia el este y se adentraban en la Comanchería propiamente dicha, en las altiplanicies sin caminos ni árboles. Algunos no volvían jamás. En unas cuantas ocasiones, los comanches se limitaron a robarles los caballos, dejando que los expedicionarios muriesen de hambre o sed. Lo más habitual, sin embargo, era que los soldados saliesen a caballo del presidio, matasen a los primeros indios que encontrasen, y se volviesen a casa. Muchos eran incapaces de distinguir a una tribu de otra, y a menudo ni se molestaban en intentarlo. Los españoles dejaron constancia escrita de muchos ataques, entre ellos una incursión de 1720 en la que los comanches les robaron mil quinientos caballos. En 1746, el pueblo de Taos sufrió un gran ataque, y al año siguiente le tocó a Abiquiu; en 1748, los comanches mataron a ciento cincuenta personas en Pecos, una localidad relativamente grande.<sup>[17]</sup> Los españoles lanzaron contraofensivas de gran envergadura en los años 1716,<sup>[18]</sup> 1717, 1719, 1723, 1726 y 1742.<sup>[19]</sup>

No todo eran fracasos. En 1751, después de que trescientos jinetes comanches atacasen el pueblo neomexicano de Galisteo, el gobernador provincial Vélez Cachupín envió un ejército que persiguió a los agresores a lo largo del río Arkansas, puede que hasta el interior del actual estado de Kansas. Los españoles los alcanzaron en un bosque, lo incendiaron, mataron a ciento y un indios, y apresaron al resto. En la provincia española de Tejas, que empezó a sufrir los ataques comanches en la década de 1750, los acontecimientos seguían una pauta parecida, aunque los éxitos españoles

eran si cabe más infrecuentes. Las correrías indias se sucedían sin pausa y los españoles respondían con expediciones de represalia. Pero los comanches adquirían cada vez mayor poder. Un síntoma de esta pujanza era la ruta que seguían las expediciones españolas del siglo XVIII para ir desde Santa Fe a San Antonio. Tras cruzar la frontera de Nuevo México y Tejas, el itinerario bajaba hacia el sur para adentrarse en México antes de volver a virar hacia el norte. El motivo: los españoles no se atrevían a cruzar la Comanchería, ni siquiera con soldados. El viaje suponía bordear los territorios comanches, a pesar de que los españoles era los teóricos soberanos de la región. Esto no cambió nunca. Cuando en 1821 la Corona borbónica cedió definitivamente a México sus posesiones en el Nuevo Mundo, los comanches ejercían un férreo control sobre el territorio. Su imperio había crecido y sus enemigos indios se habían visto desplazados al interior de los territorios españoles. La mayoría de las misiones tejanas, y muchas de las neomexicanas, se habían clausurado; los cacareados soldados españoles envainaron sus sables y no volvieron a alejarse de sus plazas fuertes.<sup>[20]</sup>

Los españoles cometieron muchos errores en sus provincias del norte. Los cometieron con la contumacia y regularidad de un metrónomo y a lo largo de dos siglos. Aunque no siempre se mostraron crueles e incompetentes, lo fueron con tanta frecuencia como para causarse enormes problemas, y se vieron entorpecidos de forma inevitable por unas burocracias militares y civiles de estilo europeo que pretendían implantar sus métodos en un escenario brutal de mesetas yermas y horizontes infinitos. La premisa de partida de su expansión septentrional —en esencia, una inmersión precipitada y de un optimismo ciego en unas tierras dominadas por indígenas montados, culturalmente primitivos e irremediabilmente hostiles— adolecía de graves defectos. Toda la época estuvo plagada de errores de cálculo garrafales, pero el peor de todos se produjo en el año 1758, en el precioso meandro de un río de aguas calizas, entre campos de flores silvestres de las sierras centrales de Tejas, a unos doscientos kilómetros al noroeste de San Antonio. El resultado fue un acontecimiento horripilante que marcó una era y pasó a la historia con el nombre de la Masacre de San Saba, lo que, a su vez, conduciría a España a la mayor derrota militar que sufrió en el Nuevo Mundo, en ambos casos a manos de los comanches. Fueron muchas las causas de lo ocurrido y muchos oficiales españoles desempeñaron un papel crucial en el desarrollo de los hechos, pero el hombre al que la historia ha imputado la máxima responsabilidad fue un oficial llamado Diego Ortiz de Parrilla. El hecho de que Parrilla tuviese mala suerte y que no mereciese gran parte de la culpa de lo sucedido no le ayudó demasiado. La historia del malhadado coronel nos brinda una de las imágenes más nítidas de lo que debía de ser la vida en una región tan asediada y hostigada por los comanches como la Nueva España de mediados del siglo XVIII.

La historia comienza en 1749. Ese año, varias bandas de apaches, entre ellas los numerosos lipanes, llegaron a San Antonio para firmar un tratado de paz. Además,

para pasmo de los sacerdotes católicos, anunciaron su ferviente deseo de abrazar la vida de la misión y convertirse en humildes y leales súbditos del rey de España.<sup>[21]</sup> Era una noticia increíble y maravillosa. No en vano se trataba de los mismos asesinos despiadados que, desde la fundación de San Antonio en 1718, se habían dedicado a asaltar con saña los asentamientos tejanos, desplegando una imaginación cada vez más desbordante a la hora de torturar, mutilar y destripar a sus víctimas españolas. Su interés parecía sincero. A lo largo de los años siguientes, los apaches seguirían abordando a aquellos religiosos de hábitos marrones para transmitirles la misma idea, sumamente atractiva: querían la paz; querían tener su propia misión y presidio; y querían que se construyese en su tierra natal, que según dijeron se hallaba en las inmediaciones del río San Saba, cerca de la actual localidad tejana de Menard.

La idea cuajó. Aunque los soldados y colonos de la zona desconfiaban de los verdaderos motivos de los apaches, los curas, que no cabían en sí de gozo ante semejante golpe de suerte, decidieron dar el paso. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la paz con los apaches era muy deseable. Su conversión al catolicismo, por otro lado, era una especie de sueño místico. Nadie había establecido nunca una misión en territorio apache. Para el Imperio, semejante logro suponría matar dos pájaros de un tiro: en lo espiritual, un insólito golpe de mano, y en lo secular, la prueba irrefutable de la solidez de la política colonial española en el norte. La idea, aunque suscitó considerables discusiones, fue poco a poco cuajando en el escabroso ámbito político-religioso de la Nueva España del siglo XVIII. En 1753 y 1755 se mandaron expediciones para estudiar posibles emplazamientos.<sup>[22]</sup> Cundió el politiquero y se manifestaron dudas acerca de los huraños y maldispuestos apaches, que solo acudían a las citas de vez en cuando y siempre exigían obsequios. Pero las autoridades civiles, en principio escépticas, fueron cediendo paulatinamente, en parte por las historias que circulaban entre los buscadores de oro sobre la existencia en aquellas sierras de filones fabulosos de oro y plata,<sup>[23]</sup> los cuales no se habían explotado debido a la presencia de indios hostiles. Los curas también insistían en la idea de que, sin las misiones, los astutos e insidiosos franceses tratarían de promover sus propios intereses en Tejas. El argumento de la conspiración francesa siempre surtía efecto. En 1756 la idea ya contaba incluso con su paladín, un filántropo mexicano, inmensamente rico, llamado Pedro Romero de Terreros, que se ofreció a sufragar todos los gastos de dos misiones para los apaches durante tres años, con dos condiciones: que las misiones se construyesen en territorio apache y que las dirigiese su primo Alonso Giraldo de Terreros, un sacerdote obsequioso y dueño de un optimismo sin límites.<sup>[24]</sup> Con los contratos de Terreros en la mano y las imágenes de minas auríferas y dóciles apaches en la cabeza, la oficina del virrey aprobó el proyecto.

El hombre designado para supervisarlos fue Parrilla. En opinión de todo el mundo, el coronel era la persona perfecta para la tarea: un soldado con mucha más experiencia y conocimiento de la frontera que los aristócratas bisoños y perfumados

que a lo largo de los años se habían enviado desde España para perseguir indios. Parrilla era un hombre de aptitudes notables. Había sido gobernador de las provincias de Sonora y Coahuila, y había dirigido campañas triunfales contra las bandas de apaches de la región de Gila, en el oeste de Nuevo México. Conocía bien la vida en la frontera y no se dejaba engañar por el estilo bélico de los indios. El hecho de que la supervisión de las misiones se encomendase a un hombre como Parrilla era sintomático de la importancia del proyecto. Un indicio aún más elocuente es que el coronel no rendía cuentas a los gobernadores de Tejas ni de Nuevo México, sino que estaba directamente a las órdenes del virrey, residente en Ciudad de México.<sup>[25]</sup> Parrilla demostró su competencia inmediatamente, supervisando la construcción de una misión y un presidio, y disponiendo el transporte de mil cuatrocientas reses y setecientas ovejas, el cultivo de los campos y el traslado de un número de indios tlaxcaltecas del norte de México para que colaborasen en la ansiada conversión de los apaches.

El coronel, no obstante, albergaba serias dudas acerca del proyecto, y con el paso del tiempo sus sospechas no hicieron sino acrecentarse. Según una carta que escribió al virrey antes incluso de partir hacia San Saba, estaba convencido de que los apaches eran tan traicioneros como siempre y pensaba que habían dado escasas muestras de ir a cumplir sus promesas. No lo tranquilizaban las frecuentes apariciones en San Antonio de lipanes que, tras reafirmar su deseo de convertirse en leales súbditos del rey, exigían invariablemente cuantiosos regalos en forma de vacas, caballos, judías, sal, azúcar, tabaco, sombreros, mantas, cuchillos, bridas, cazuelas, lazos y abalorios.<sup>[26]</sup> Por lo general, los indios mantenían las distancias. La víspera de su traslado a la misión, cuando deberían haber estado entusiasmados ante la idea de recibir a Jesucristo y, al mismo tiempo, jurar fidelidad al rey español, no había rastro de ellos. Parrilla había ido postergando el traslado todo lo que pudo, pero terminó cediendo a la presión del eufórico padre Terreros. Después, se mostró reacio a construir el edificio de la misión, pero de nuevo sucumbió a la presión política. El 18 de abril de 1757, cuatro sacerdotes se presentaron en la misión, enclavada en la orilla meridional del San Saba. Al otro lado del río, a varios kilómetros de distancia, cien soldados esperaban acuartelados en un presidio rodeado de una empalizada.

Por fin todo estaba dispuesto y en orden, a excepción de un detalle: los apaches seguían sin aparecer. Se envió a uno de los religiosos en busca de los nativos, pero una vez más no se encontró ninguno. En junio, los sacerdotes creyeron que por fin había llegado el momento milagroso que tanto esperaban, pues descubrieron a unos tres mil indios acampados cerca de la misión. Era más de lo que jamás habrían imaginado los misioneros, pero mientras se preparaban para dar la bienvenida a sus nuevos feligreses, se enteraron del verdadero motivo de la reunión: la caza de bisontes anual. También circulaban rumores de que pensaban dirigirse al norte a combatir contra otra tribu; pero de incorporarse a la misión, ni palabra. Los indios no tardaron en desaparecer.

Parrilla, que a esas alturas ya estaba seguro de que lo habían engañado, escribió al virrey: «Su Excelencia se hará cargo de la dificultad que entraña la creación de misiones para la pagana nación apache, y entenderá que los informes favorables que sobre este asunto llegaron a la Capitanía General eran resultado directo de la escasa fiabilidad que siempre ha caracterizado a los misioneros y habitantes de la provincia de Tejas en cualquier asunto que les concierne».<sup>[27]</sup> Por su parte, tres de los cuatro sacerdotes también habían perdido la confianza en la empresa, lo que dejaba al padre Terreros como único interesado en ella. «No vemos motivo alguno», escribieron los sacerdotes discrepantes, «para persistir en este empeño, que desde un principio nos ha parecido mal concebido y sin fundamento [...] Una vez enterados cabalmente de la intención de los indios, no se nos ocurre ningún otro motivo [para buscar nuestra amistad] que la esperanza de recibir presentes».<sup>[28]</sup> Parrilla intentó abandonar por completo el proyecto de la misión y propuso desplazar el presidio al norte para proteger las minas, pero no tuvo éxito. Lo embargaba una amarga frustración, y lo inquietaba la perspectiva de dirigir un enclave tan alejado de la frontera, pero debía cumplir las órdenes virreinales.

Además, ya era demasiado tarde. Ese otoño, unas pocas bandas de apaches que iban de paso les dijeron a los padres que un enorme ejército invasor de *norteños*<sup>[\*]</sup> se había puesto en camino para enfrentarse a ellos, una fuerza tan grande que los apaches ni siquiera confiaban en que los españoles pudiesen ofrecerles protección. («Norteños» era el apelativo con el que los apaches se referían a los comanches, porque siempre les atacaban desde el norte). Aunque a Parrilla el testimonio debió de sonarle tan rocambolesco como todo lo que los apaches les habían dicho y prometido, en esta ocasión estaban diciendo la verdad. Una verdad que no tardaría en desvelar la auténtica razón del extraño comportamiento de los apaches.

Tal como Parrilla había sospechado desde un principio, la propuesta de la misión de San Saba era, efectivamente, una farsa. Ni los lipanes ni las demás bandas habían tenido jamás la menor intención de convertirse al cristianismo. Pero lo que ni Parrilla ni ningún otro oficial español llegaron a captar era la verdadera razón del engaño y, en consecuencia, no tenían ni idea de hasta qué punto los habían embaucado. Lo que en realidad había ocurrido, mientras los padres andaban ocupados sacando brillo a los vasos sacramentales, era que el imperio comanche —que ocupaba una extensión muchísimo mayor de lo que los españoles podían imaginar por entonces— había llegado a sus mismísimas puertas.<sup>[29]</sup> Los españoles, víctimas de una astuta trampa, habían rebasado con creces las verdaderas fronteras de la Apachería. La región de San Saba no era ni mucho menos territorio apache: era Comanchería en toda regla, y la construcción de un fuerte español en aquellas latitudes equivalía a una declaración de guerra contra los comanches. Eso era exactamente lo que querían los apaches: ver aniquilados a sus acérrimos enemigos. O, al menos, frenados en su implacable avance hacia el sur.

El plan, en casi todos los sentidos, era excelente. Pero no dio resultado. La

primavera de 1758 trajo a la región de San Saba lluvias frías y una profusión de flores silvestres. Como esperaban los apaches, también trajo a los comanches, que cabalgaban incansables a la luz de la luna llena. (Las incursiones de plenilunio eran tan frecuentes que en Tejas, a día de hoy, las lunas llenas y brillantes de primavera o de verano todavía se denominan «luna comanche»). La mañana del segundo día de marzo, los curas de la misión repararon en que los apaches habían desaparecido. Luego oyeron gritos procedentes del exterior de los muros de la misión: un grupo de indios a caballo les habían robado los sesenta y dos caballos de que disponían. Parrilla, tomándolos por simples cuatreros, envió a quince soldados en su busca. Los soldados no tardaron en percatarse de que el problema era mucho mayor de lo que pensaban, y volvieron atemorizados al fuerte. Según su testimonio, las colinas hervían de enemigos.

El coronel se dirigió a caballo a la misión, donde había tres curas y un puñado de indios y sirvientes bajo la protección de cinco soldados, para rogar al padre Terreros que se trasladase al fuerte, donde la seguridad era mucho mayor. El sacerdote se negó, e insistió en que los indios nunca le causarían ningún daño. Se equivocaba. La mañana del 16 de marzo de 1758, la misa se vio interrumpida por los alaridos indios. Los padres corrieron a los parapetos y lo que vieron los dejó boquiabiertos: todos los flancos de la misión estaban rodeados por unos dos mil guerreros pintados de negro y carmesí, indios de las llanuras ataviados para la guerra. Eran casi todos comanches. Como en tantas incursiones nermernuh, también había acompañantes de otras tribus, en este caso wichitas, con quienes los comanches acababan de firmar la paz. (En el futuro, los acompañantes tenderían a ser kiowas; sea como fuere, lo normal es que actuasen bajo las órdenes de los comanches). Los guerreros iban armados con arcos, lanzas y mosquetes. Durante un breve espacio de tiempo fingieron cordialidad, e insistieron en que estaban allí para ofrecer lealtad a los españoles; el jefe comanche, alto e impasible, llegó incluso a aceptar regalos, aunque lo hizo con desdén, como si los oferentes no fuesen dignos de su consideración. Entonces comenzó el pillaje y los asesinatos.

El primero en morir fue el padre Terreros, de un mosquetazo. El segundo fue el soldado que lo escoltaba. Los demás murieron a tiros o a hachazos. Los indios incendiaron las edificaciones de la misión, desnudaron los cadáveres de los curas asesinados y los mutilaron. Uno de ellos, el padre Santiesteban, fue decapitado. Mientras tanto, los atacantes se ocuparon de saquear las despensas repletas, de matar al ganado y de armar un pandemonio. Cuando Parrilla, que estaba en el fuerte, a tres kilómetros de distancia, se enteró del asalto a la misión, envió para allá a un pelotón de nueve soldados. Con más de trescientas personas en el presidio, en su mayor parte mujeres y niños —las familias de los soldados—, el coronel no se atrevió a mandar más refuerzos. Pero sus soldados nunca llegaron a la misión. Se vieron atacados casi de inmediato, y casi todos recibieron un disparo o una lanzada. Dos de ellos murieron en el acto, y los demás regresaron a rastras al fuerte, heridos y aterrorizados. Fue la

última tentativa de rescate que llevaría a cabo Parrilla. Los curas, que habían decidido quedarse en la misión en contra de las órdenes del coronel, tendrían que arreglárselas por su cuenta. De los residentes en la misión solo sobrevivieron unos pocos, que se refugiaron en uno de los edificios que no fueron pasto de las llamas. A todo esto, los indios, vivificados con las provisiones de la misión, se abandonaron a una orgía de tres días, mientras Parrilla y sus soldados permanecían recluidos, intimidados e impotentes, tras la alta empalizada del presidio, en espera de un ataque que nunca se produjo. Por fin, el cuarto día, Parrilla estimó que ya había pasado el peligro y acudió a investigar los estragos. La devastación era absoluta. Prácticamente toda la misión estaba destruida, y diez personas, entre ellas tres sacerdotes, habían sido asesinadas.

Lo que ocurrió a continuación fue una especie de ataque de pánico en cadena en toda la frontera septentrional de Nueva España, provocado por la idea, hasta entonces inconcebible, de que las misiones y los presidios españoles eran vulnerables a los ataques comanches. El pánico se dejó sentir sobre todo en San Antonio, cuyos habitantes, convencidos de que los indios se dirigían a la capital de la provincia, no tardaron en atrincherarse, a pesar de que solo tenían provisiones para una semana. Estaban tan aterrorizados que abandonaron todo el ganado que poseían —cerca de dos mil cabezas en total— porque no encontraron a nadie lo bastante valiente para custodiarlo. En otros asentamientos, la situación era la misma o incluso peor. Tras la masacre, Parrilla solicitó ayuda inmediata a otros fuertes. No le llegó ninguna. Entonces se quejó al virrey, quien dio órdenes a los fuertes españoles de México de que enviasen auxilio. Tampoco sirvió de nada. Hasta tres despachos de órdenes virreinales se remitieron en vano. Lo máximo que obtuvo Parrilla fue un puñado de soldados. Para entonces, los incursos ya estaban muy lejos.

La noticia del ataque a la misión de San Saba y del asesinato y mutilación de los sacerdotes se propagó rápidamente por los asentamientos españoles. Si la primera reacción fue, en gran medida, de pánico irracional, este sentimiento no tardó en dar paso a una furia helada y a un deseo de venganza sangrienta, sobre todo en la oficina del virrey, en Ciudad de México. Las plazas fuertes de Tejas que se habían negado a enviar tropas de auxilio a San Saba recibieron órdenes terminantes de aportar hombres y armas a una expedición punitiva que encabezaría el propio Parrilla. Enseguida se formó un contingente de seiscientos efectivos compuesto por militares españoles y un nutrido grupo de auxiliares indios, más concretamente coahuiltecas y ciento treinta y cuatro apaches. Era la mayor expedición que podían reunir los españoles con su autoridad y su dinero; jamás se había enviado semejante cantidad de hombres a castigar indios. En agosto de 1759, la columna se puso en marcha hacia el norte en busca de comanches. Como la mayoría de los oficiales españoles que lo precedieron, sobre todo aquellos que sabían lo que hacían, Parrilla se negó a aventurarse en el corazón del territorio comanche de las Grandes Llanuras, por más

que los exploradores indios le asegurasen que allí era donde se encontraban los comanches. En lugar de eso, el coronel viró hacia el este, ciñéndose a la región boscosa que limitaba con las llanuras. Al cabo de muchos días de marcha encontraron un campamento indio.

Eran tonkawas. Aunque Parrilla, casi con toda certeza, estaba al tanto de dicha identidad —por boca de sus rastreadores indios—, hizo lo mismo que muchos de sus antecesores y los atacó de todas formas. La venganza era la venganza, y los indios, hasta cierto punto, eran indios. Así pues, rodeó el poblado tonkawa y lo atacó con sus seiscientos soldados, matando a setenta y cinco indios y haciendo prisioneros a cincuenta mujeres y niños que posteriormente serían trasladados a San Antonio, donde se les «reduciría», esto es, se les convertiría al cristianismo y se les asimilaría a la fuerza. Tal vez el coronel no sabía que los tonkawas eran enemigos acérrimos de los comanches. (En el siglo XIX, los soldados blancos los utilizarían en su guerra contra los comanches con mortíferos resultados, sobre todo como exploradores). La columna reanudó la marcha hacia el norte.

En octubre de 1759, el ejército de Parrilla se encontraba a unos ciento treinta kilómetros al noroeste de la actual Fort Worth, cerca del río Rojo, a la sazón frontera septentrional de Tejas. Allí, cerca de la moderna ciudad de Ringgold, se toparon con otra prodigiosa congregación de indios. Aunque los españoles, tan paranoicos como de costumbre, sospechaban que los franceses estaban detrás del ataque a la misión de San Saba, no existe ninguna prueba que lo demuestre. En cambio, este grupo temible, que consistía en una alianza improvisada de varios miles de comanches, wichitas, osages, caddoanos del río Rojo y otras tribus, atrincherados en parapetos excavados en el camino de sus enemigos, había recibido ayuda, casi con toda seguridad, de los intrigantes franceses. El hecho de que los comanches fuesen la potencia dominante en esa parte del mundo no obstaba para que también entablasen alianzas de conveniencia, sobre todo en cuestiones relacionadas con los apaches o los españoles. Estaban en guerra con los osages, pero encantados de aliarse con ellos en contra de Parrilla.

Lo que ocurrió a continuación podría haber sido una de las mayores carnicerías de la historia del Oeste norteamericano, de no ser porque las huestes de Parrilla se dieron media vuelta y pusieron pies en polvorosa casi inmediatamente. Aunque los soldados españoles, obedeciendo las órdenes del coronel, habían iniciado la carga, el resto del ejército hizo gala de la más absoluta inoperancia. La mayoría se desbandó sin más. La retirada se convirtió en pánico y el pánico en huida a la desesperada. Por alguna razón —tal vez porque estaban encantados de capturar todas las carretas de provisiones de un gran ejército español—, los indios no corrieron detrás de los aterrorizados hombres de Parrilla. En consecuencia, su tropa sufrió pocas bajas, un dato incómodo sobre el que sus escépticos superiores le pedirían explicaciones, primero en San Antonio y, posteriormente, en Ciudad de México.

Fue una derrota asombrosa, la peor que habían sufrido los españoles en el Nuevo

Mundo. El imperio colonial había atacado a los comanches y a sus aliados con todo lo que tenía a su disposición y había salido humillado. Nunca volvieron a enviarse expediciones contra los comanches en Tejas, ni volvieron a establecerse misiones en territorio hostil. Y lo que es más importante, tanto los indios como los españoles mostraron el mismo interés por lo ocurrido. Cuando aún no se había posado la polvareda del combate, el consenso ya era firme. El enfrentamiento de Ringgold fue la prueba de un cambio radical en el equilibrio de poder, un cambio que presagió el inicio de un prolongado periodo de violencia contra Tejas y el norte de México. En cuestión de unos pocos años, el poder comanche en Tejas se haría prácticamente absoluto. Aunque España mantuvo algunas de sus misiones y presidios durante sesenta años más, estos se vieron incapaces de hacer nada más que defenderse. Al propio Parrilla lo mandaron a Ciudad de México y le formaron consejo de guerra. Y mintió. Dijo que se había enfrentado a seis mil indios dirigidos por oficiales franceses que enarbolaban la bandera francesa. El tribunal no encontró indicios que demostrasen la presencia de franceses en el campo de batalla ni en posiciones de mando. Parrilla cayó en desgracia.

Los nuevos dirigentes españoles no siempre pecaron de incompetencia a la hora de lidiar con el problema comanche. Hubo varios gobernadores y generales que demostraron ser dirigentes sagaces y con recursos, y España produjo al menos un gobernador verdaderamente genial que logró lo que dos siglos de antecesores en el cargo y, posteriormente, docenas de políticos, agentes indios y ejércitos estadounidenses no consiguieron: un auténtico tratado de paz con los comanches. Se llamaba Juan Bautista de Anza. Fue el gobernador de la provincia de Nuevo México de 1777 a 1787, y tal vez el más brillante de todos aquellos que a lo largo de la historia afrontaron el problema de los indios hostiles. Si las autoridades de la Tejas postrevolucionaria o los dirigentes federales posteriores a la llamada Intervención estadounidense en México hubiesen estudiado la labor de Anza, la historia de la conquista del Oeste podría haber sido muy distinta.

Anza, un militar curtido en la guerra contra los indios, que había cosechado éxitos en las fronteras de California y Sonora, heredó el mismo problema intratable que había atormentado a todos sus predecesores. Los comanches estaban en auge; los apaches, aunque escondidos en el interior de la región, seguían siendo letales; y los navajos y utes andaban inquietos en el oeste. Aunque todos eran problemáticos, la peor reputación de aquel entonces recaía en un jefe comanche llamado Cuerno Verde, cabecilla de una banda de kotsotekas, cuyo padre había muerto en una batalla con los españoles y cuya sed de venganza era legendaria.<sup>[30]</sup> Según escribió Anza al comandante general de las provincias interiores de Nueva España, Cuerno Verde era «un azote para el reino, que había exterminado a numerosos pueblos, asesinando a cientos de personas y capturando a otros tantos prisioneros a los que luego ejecutaba

a sangre fría».<sup>[31]</sup> En cuanto tomó posesión del cargo de gobernador, Anza propuso una estrategia audaz, y hasta entonces impensable, para derrotar a los comanches: atacarlos en su propio territorio en el mismo momento en que ellos fuesen a atacar a los neomexicanos. Los españoles siempre habían actuado a la defensiva o, como mucho, en términos de expediciones punitivas. Anza, más agresivo, prefería apuntar a la raíz del problema.

El 15 de agosto de 1779, el nuevo gobernador reunió un ejército de seiscientos hombres, entre ellos doscientos cincuenta y nueve indios, y partió en busca de Cuerno Verde. Para evitar que los descubriesen, tomó una ruta diferente y más montañosa que la que habían usado todas las expediciones españolas anteriores:<sup>[32]</sup> cruzó el macizo frontal de las rocosas cerca de South Park, se dirigió hacia el norte y, por último, tras virar hacia el este, penetró en la altiplanicie de lo que hoy es el este de Colorado y encontró el campamento indio. Aunque el jefe y la mayoría de los guerreros estaban ausentes, Anza decidió atacar; los indios se dieron a la fuga. Los españoles tuvieron que perseguirlos durante quince kilómetros para darles caza, y otros cinco para someterlos. Mataron a dieciocho indios —cabe presumir que ancianos, mujeres y niños— y apresaron a treinta mujeres y treinta y cuatro niños. También se quedaron con los quinientos caballos. Tras interrogar a los prisioneros, Anza obtuvo la información de que Cuerno Verde andaba de correrías por Nuevo México pero estaba a punto de volver para un gran banquete y celebración.

El gobernador esperó al jefe comanche, lo sorprendió en el camino, cerca de un lugar que aún hoy se llama Pico Greenhorn, en Colorado, y en un alarde de brillantez estratégica, orquestó una de las grandes victorias españolas en América del Norte. Anza se había adentrado en el corazón de la Comanchería, hasta la mismísima tierra natal de los comanches, donde muchísimos otros habían perecido y donde los comanches jamás habían perdido una batalla importante, y salió victorioso. El gobernador escribiría posteriormente que debía parte del triunfo a la arrogancia de Cuerno Verde, que atacó la formación española de seiscientos hombres con su guardia personal de cincuenta guerreros. «Infierno», se lee en su diario de la expedición, «que su muerte se la causó su propio arrojo, valor, o desprecio que quiso hacer de nuestras gentes, cebado de las muchas ventajas que siempre había conseguido sobre ellas por los desórdenes que siempre se han gobernado en la guerra. [...] Se debe deducir [de ello] la jactancia, presunción y soberbia que acompañaba a este bárbaro, lo que manifestó hasta el último trance en varias producciones, desdeñándose aún de cargar su fusil, lo que por tres veces le hizo otro, en cuyo ínterin tomaba él la lanza».<sup>[33]</sup> Solo un puñado de guerreros lograron escapar de la muerte o el cautiverio. Los españoles, por su parte, apenas sufrieron una baja. Anza y sus hombres lanzaron otros ataques en la Comanchería, y aunque ninguno fue tan eficaz como el que acabó con Cuerno Verde, el gobernador no tardó en captar toda la atención de los comanches.

El siguiente paso de Anza fue igual de insólito. Cualquier otro gobernador,

exaltado por tamaño éxito, probablemente habría tratado de destruir al resto de la nación comanche, a pesar de que en las llanuras vivían más de veinte mil miembros de la tribu<sup>[34]</sup> (o treinta mil, según los cálculos exagerados del propio Anza). Pero la intención de Anza no era derrotar a los comanches, sino simplemente asustarlos lo bastante como para poder llegar a un acuerdo diplomático. Teniendo en cuenta lo ocurrido en Nuevo México y lo que en esos mismos momentos estaba ocurriendo en Tejas, su objetivo, más que inverosímil, sonaba disparatado: quería amigarse y aliarse con los comanches.

Y lo hizo. Convocó a los jefes de la tribu para celebrar conversaciones de paz, porfiando en hablar con todas las bandas que rozasen el perímetro occidental de las llanuras y, en última instancia, insistiendo en nombrar a un solo jefe que hablase en nombre de todas las bandas, algo que jamás se había hecho. Anza trató a los comanches como iguales, sin amenazar sus cazaderos ni tratar de imponerles la soberanía española. Les ofreció entablar relaciones comerciales y se ganó su respeto y simpatías. Después, en lo que constituyó una de las piruetas diplomáticas más extraordinarias que jamás se vieron en la frontera, Anza logró fraguar una solución soberbia a todos sus problemas: no se sabe cómo, se las arregló para que los comanches no solo firmasen un tratado de paz, sino que además se comprometiesen en una alianza con sus adversarios los utes y la corona española y en contra de sus enemigos más acérrimos, los apaches. A continuación, para asestar el golpe de gracia, el gobernador utilizó esta fuerza combinada de españoles, utes y comanches para obligar a los navajos a incorporarse al acuerdo.

Lo más insólito de todo fue que el Tratado de Anza surtió efecto. En la historia del Oeste norteamericano, pocos pactos entre blancos e indios duraron más de unos pocos años. Casi todos eran ya nulos en el momento mismo de firmarse. La historia está plagada de cientos de tratados de paz con los indios muñidos por gobiernos que eran incapaces de garantizar su cumplimiento. El de Anza fue la asombrosa excepción. Se limitaba a la provincia de Nuevo México y probablemente salvó a sus habitantes del largo y terrorífico historial de incursiones comanches que incluso por aquel entonces padecían las regiones de Tejas y norte de México. La tregua con los utes se rompió muy pronto, pero el pacto de no agresión con Nuevo México se mantuvo en vigor, en parte porque era lo que más interesaba a los comanches. La provincia era un filón en términos comerciales, un mercado para sus caballos y prisioneros. El tratado de paz de Anza dio origen a una forma nueva, y bastante especial, de relación mercantil entre los comanches occidentales y Nuevo México. En lugar del terror surgió simplemente el comercio, que corría a cargo de un colectivo completamente nuevo, unos mestizos curtidos por la vida al aire libre que oficiaban de intermediarios y eran conocidos como comancheros.

## VI

### SANGRE Y HUMO

**M**irabeau Buonaparte Lamar era un poeta. Sus poemas más conocidos —que al parecer gozaban de reconocimiento en ciertos ambientes literarios de la Norteamérica decimonónica— eran «Tú, ídolo de mi alma» y «Una tarde a orillas del Chattahoochee». También era un esgrimista consumado, jinete soberbio, aficionado a la historia y pintor de cierta pericia y sensibilidad. Cuando en 1838 lo eligieron presidente de la nación soberana conocida como República de Tejas, sus críticos, para ridiculizarlo, decían que era mejor poeta que presidente.

Puede que fuese cierto, o puede que no. Pero en lo que todo el mundo coincidía, en aquel año violento e inestable, era en que Lamar, incluso para lo que se estilaba en la frontera, era un peligroso, malvado e intransigente hijo de mala madre. Hay una famosa fotografía suya, tomada en la década de 1840, en la que más que un poeta parece un sicario de la mafia. Los brazos, cruzados con gesto desafiante y a la vez defensivo, acentúan los pliegues de un traje de velarte ya de por sí muy arrugado. El cabello, peinado hacia atrás, parece falto de un lavado y un peinado. Los finos labios, ligeramente curvados, quieren esbozar un principio de gruñido. Quién sabe cómo el poeta y el pintor pudieron llegar a alojarse en el cuerpo de un ceñudo y agresivo exterminador de indios y futuro constructor de imperios.<sup>[1]</sup>

El ascenso de Lamar a la presidencia de la república tejana se debió tanto a su heroísmo en la Batalla de San Jacinto —su valeroso rescate de dos conmlitones fue tan asombroso que mereció una salva de reconocimiento por parte de las líneas enemigas— como al fracaso estrepitoso de su predecesor, el brillante estadista y alcohólico Sam Houston, a la hora de resolver el «problema» indio. En los años posteriores a la Batalla de San Jacinto y el asalto al fuerte Parker, los colonos blancos habían ido llegando a Tejas a millares, agolpándose en el límite oriental de la Comanchería, con el resultado de que la violencia, en su mayor parte a manos de los comanches, había incendiado la frontera. Houston había optado por la vía conciliatoria. Se negaba a poner en práctica las movilizaciones de tropas decretadas por el Congreso. Se negaba a autorizar la construcción de fuertes en la frontera. Houston había pasado tiempo con los indios, como agente y como embajador de la nación cheroqui en Washington. Le gustaban y creía entenderlos. A menudo se ponía de su lado e invariablemente defendía el derecho de los nativos a su territorio. Cuando un jefe comanche le pidió que impusiese un límite a los asentamientos blancos, él respondió frustrado: «Si pudiese construir una muralla desde el río Rojo hasta el río Grande, tan alta que ningún indio pudiese escalarla, el hombre blanco se devanaría los sesos hasta dar con la forma de superarla».<sup>[2]</sup> Houston mantuvo

conversaciones de paz con los comanches, sin resultado alguno.

Los colonos, mientras tanto, llegaban en avalancha desde el este, como una marea imparable, equipados con ingeniosos instrumentos que «robaban la tierra» y espoleados por la resolución del Congreso de Tejas de ceder todas las tierras indias a los asentamientos blancos (pese al voto en contra de Houston). A medida que las granjas de los colonos se extendían por los valles de los ríos Colorado, Guadalupe y Brazos, los ataques comanches aumentaban. Solo en los dos primeros años del gobierno de Houston fueron raptados más de cien blancos, la mayoría de los cuales, como la pequeña Cynthia Ann Parker, desaparecía para siempre. No existía la posibilidad de solicitar ayuda al gobierno, ni indemnización de ningún tipo: tan solo un vacío desgarrador para esos cientos de familias incapaces de saber qué suerte correrían sus seres queridos en las mesetas ventosas de la Comanchería. Tras el asalto al fuerte Parker, James, el tío de Cynthia Ann y padre de Rachel, suplicó en dos ocasiones a Sam Houston que financiase una expedición para rescatar a los cinco rehenes.<sup>[3]</sup> Houston se negó en redondo. A lo largo de la sangrienta frontera occidental, las muertes violentas estaban a la orden del día —muchas más de las consignadas por los historiadores—, y el gobierno no podía permitirse dilapidar sus escasos recursos en el rescate de un grupo de cautivos, por conmovedoras que fuesen sus tribulaciones.

A finales de 1838, la nueva república había alcanzado el punto de ebullición. Justo entonces se eligió presidente a Mirabeau Buonaparte Lamar. El inflexible Lamar era el contrapunto perfecto al comedido y diplomático Houston, a quien despreciaba tan profundamente como odiaba la ciudad que acababa de fundarse con su nombre a orillas de un pantano del este de Tejas. Una de las primeras medidas del nuevo presidente fue trasladar la capital de la república unos doscientos cincuenta kilómetros al oeste, desde las ciénagas del este de Tejas a una nueva ciudad llamada Austin, situada al mismísimo pie de la Escarpadura de los Balcones, o lo que es lo mismo, justo en la frontera del territorio comanche.<sup>[4]</sup> El desplazamiento hacia el oeste se avenía con la mentalidad de este extremista partidario de la esclavitud que no quería ni oír hablar de la integración de Tejas en Estados Unidos. Su sueño era proyectar las fronteras de su joven república hasta las doradas costas del Pacífico. Austin, enclavada en la confluencia de las principales rutas comerciales de la mitad occidental del continente, sería una especie de Constantinopla del primitivo Oeste, la sede de un imperio en auge llamado Tejas que se disputaría la supremacía continental con ese conglomerado de estados orientales conocido como Estados Unidos de América. Aunque la mayoría de tejanos había contado con que, tras derrotar a los mexicanos en San Jacinto, se anexionarían casi instantáneamente a Estados Unidos, el sueño de Lamar lo compartían muchos de sus paisanos. Uno de ellos era James Parker, que propuso al Congreso encabezar una fuerza de cuatro mil hombres para acometer la gloriosa conquista de Santa Fe y Nuevo México, por la cual se recompensaría a cada uno de los soldados con ciento cuarenta y cinco hectáreas. El

Congreso rechazó la propuesta.<sup>[5]</sup>

A pesar de tener los cofres del tesoro público vacíos y una moneda que no valía prácticamente nada,<sup>[6]</sup> Lamar no veía impedimento alguno a la construcción de su imperio occidental. El primer paso, naturalmente, era quitarse de en medio a los nativos. A su modo de ver, los indios debían ser o bien expulsados de Tejas, o aniquilados sin más. Este programa incluía a todas las tribus de la república, desde los comanches del oeste, hasta los shawnees, delawarees y cheroquis del este, pasando por los wacos del centro. En su discurso inaugural lo expresó de forma sucinta, por si acaso alguien no tenía clara su postura. Citando las crueldades cometidas por los indios, el nuevo presidente exigió declararles una «guerra de exterminio» que no admitiese «ninguna solución negociada» y solo concluyese «con su extinción total, o su expulsión total».<sup>[7]</sup> El Congreso de la República de Tejas se mostró completamente de acuerdo y ese mismo mes aprobó la creación de un regimiento de ochocientos cuarenta hombres, repartidos en cincuenta compañías, para un servicio de tres años, así como la asignación de un millón de dólares.

He ahí, pues, el grito de guerra de Lamar: extinción o expulsión. Suena muy parecido a un llamamiento público al genocidio; de hecho, es uno de los pocos ejemplos registrados en la historia moderna. No obstante, por espantosa que pueda resultar la proclama, lo cierto es que Lamar, un hombre que atesoraba experiencia con los indios Creek de Georgia, no hacía más que pronunciarse con cruda franqueza sobre la cuestión de los derechos de los indios, en unos términos en los que prácticamente ningún otro hombre blanco había osado expresarse jamás. La suya era una política de agresión pura y dura, como de costumbre, pero sin las habituales mentiras y tergiversaciones. El nuevo presidente exigía la sumisión absoluta de los indios a las condiciones de los tejanos —nada de enfangarse en una renegociación interminable de fronteras absurdas— y expuso con toda claridad lo que les ocurriría si no se plegaban a sus órdenes. «No propuso nada», escribe el historiador T. R. Fehrenbach, «ni promulgó nada que no estuviese ya plenamente establecido en los antecedentes y la política angloestadounidense. Los ciudadanos y los tribunales habían decidido que la paz entre los hombres blancos y los nativos era imposible, a menos que los indios renunciasen a su mundo, o que los estadounidenses abdicasen de la nación que estaban empeñados en erigir sobre aquel continente».<sup>[8]</sup> Teniendo en cuenta que doscientos años de dobleces y derramamiento de sangre habían puesto de manifiesto que ninguna de esas dos opciones era viable, Lamar no hacía sino verbalizar lo que a su entender saltaba a la vista.

El nuevo presidente había hecho lo que ningún alto cargo del gobierno de los vecinos Estados Unidos se había atrevido a hacer, a saber: declarar explícitamente que los indios de Tejas no tenían derecho a ningún territorio en absoluto. Todos los tratados suscritos hasta entonces estipulaban en sus cláusulas que los indios obtendrían al menos algún territorio. De hecho, en 1825, el gobierno de Estados Unidos había creado una provincia india —la actual Oklahoma— con el fin de

garantizar, en palabras del secretario de guerra James Barbour, que «nunca se perturbe la futura residencia de estas gentes».<sup>[9]</sup> Lamar y la mayoría de los habitantes de su nueva nación soberana se oponían de raíz a ese principio. En cierto sentido, lo que proponía el nuevo presidente era mejor que la destrucción caótica que habían sufrido las tribus del este del continente. En otro sentido, era una invitación a la masacre descarada de los pueblos nativos. El Congreso de Tejas estaba entusiasmado con la nueva política en materia de indios. En 1839, dos mil tejanos enardecidos, chovinistas y sedientos de aventuras se alistaron para luchar contra los nativos.<sup>[10]</sup>

Y a fe que lucharon. El resultado de la presidencia de Lamar fue una guerra casi inmediata contra todos los indios de Tejas. El verano de 1839 fue testigo de una de las campañas más brutales jamás lanzadas contra los indígenas norteamericanos. El primer objetivo fueron los cheroquis, que llevaban ya muchas décadas viéndose desplazados implacablemente hacia el oeste desde su tierra natal, en las Carolinas. Muchos habían ido a parar a los pinares y a los cauces arenosos de los ríos del este de Tejas, cerca de la frontera con Louisiana, donde en líneas generales habían convivido pacíficamente con los colonos blancos durante casi veinte años. Los cheroquis eran una de las cinco «tribus civilizadas» y, en efecto, estaban absorbiendo con rapidez la cultura europea: vestían como los blancos, cultivaban la tierra o montaban negocios, y hablaban inglés. La excusa para librarse de ellos fue la acusación de que formaban parte de un complot urdido por los mexicanos para expulsar de Tejas a los blancos. La imputación era falsa casi con toda seguridad, pero era todo lo que necesitaban Lamar y su secretario de guerra.

Ante la exigencia de abandonar inmediatamente el estado, el jefe Bowles, de la tribu cheroqui, aceptó marcharse a condición de que el gobierno compensase a su tribu por las mejoras que habían introducido en el territorio. Los tejanos, en primera instancia, se mostraron conformes, pero su oferta fue exigua, y pronto rompieron las negociaciones. Fue entonces cuando, según lo planeado, entraron en liza los militares. El 15 de julio de 1839, novecientos soldados atacaron un poblado cheroqui.<sup>[11]</sup> Al día siguiente acorralaron a quinientos miembros de la tribu en un espeso matorral cenagoso, y procedieron a matar a casi todos los varones, entre ellos al jefe Bowles. Dos días después, los soldados incendiaron sus poblados, casas y campos de cultivo.

Fue solo el comienzo. Exaltado por su victoria sobre los cheroquis, el comandante tejano Kelsey Douglass solicitó permiso para erradicar el «nido de ratas» de otras tribus, pacíficas en su mayoría, del este de Tejas. El resultado: más asesinatos, más incendios. A finales de julio, los maizales y rancherías de todos los cheroquis, delawarenses, shawnees, caddoanos, kikapúes, creeks, muskogeas y seminolas del este de Tejas estaban reducidos a cenizas. El hecho de que fuesen inocentes no venía al caso. A los tejanos les resultaba cada vez más indiferente que un asesinato en concreto lo hubiese cometido un kiowa, un caddoano, un wichita o un creek. La mayoría de los indios despojados de sus tierras partió con rumbo norte con sus famélicas y harapientas familias hacia el territorio asignado a los nativos, donde cerca

de veinte mil indios oficialmente realojados<sup>[12]</sup> se disputaban un pedazo de tierra entre ellos y con las tribus autóctonas de las llanuras: era la última parada de una travesía que dio en llamarse la «senda de las lágrimas». Algunos de los cheroquis, entre ellos el hijo del jefe Bowles, trataron de huir a México. Pero los tejanos, para garantizar que no hubiese el menor malentendido en cuanto a la nueva política de la república en relación a los indios, salieron en su busca y, tras perseguirlos varios centenares de kilómetros, mataron a los varones y tomaron prisioneros a las mujeres y los niños.<sup>[13]</sup> Solo permitieron quedarse en Tejas a dos tribus, los alabamas y los coushattas, aunque las trasladaron desde sus fértiles tierras de labranza a unos parajes mucho menos propicios. De este modo, decenas de miles de hectáreas de espléndido terreno cultivable quedaron disponibles en el este de Tejas para los granjeros blancos, que enseguida se instalaron allí de buenísima gana y cabe presumir que con la conciencia perfectamente tranquila.

De todas formas, estamos hablando de los indios del este de Tejas, unas tribus relativamente civilizadas y pacíficas, previamente derrotadas y deportadas, que no montaban a caballo y practicaban la agricultura. Más allá de la frontera vivían otras tribus sedentarias que, de momento, se hallaban a salvo del fuego purificador: wichitas, wacos, tawakonis, kichais, tonkawas y algunas más. Pero por más entretenidas y satisfactorias que pudiesen resultar la masacre y deportación de los relativamente inofensivos y quebrantados muskogeas y seminolas, el verdadero problema, la mayoría de las «depredaciones», no venía del este sino del oeste. Todo el mundo lo sabía. Pese a todas sus bravuconadas, su engreído discurso beligerante y su sed insaciable de nuevos territorios, muy poco podían hacer los tejanos en aquella inmensa extensión dominada por los comanches, que abarcaba la mayor parte de Tejas.

Para entender el dilema de los tejanos, tomemos un mapa actual y tracemos una línea desde San Antonio a la bifurcación del río Trinity, en Dallas, pasando por Austin y Waco. Esa sería más o menos la frontera occidental —vale decir, la frontera comanche— tal como existía a finales de la década de 1830, aunque cerca de la actual Dallas había muy pocos asentamientos de colonos, pues la mayoría se encontraba alrededor de Austin y San Antonio. Esa línea también coincide casi exactamente con el meridiano 98, lo que significa que ahí empiezan a ralea los árboles; al llegar al meridiano 100, en las inmediaciones de la moderna Abilene, prácticamente ya no se ve ninguno. En la región de Austin y San Antonio, la línea marca el límite de la Escarpadura de los Balcones, una falla geológica donde las grandes colinas de piedra caliza, onduladas y cubiertas de árboles, se yerguen por encima de la fértil llanura costera. (Las colinas se alzan de un modo tan abrupto que cuando los españoles se toparon con sus quebradas de piedra, les recordaron los balcones de un teatro, de ahí el nombre con el que las bautizaron). Atravesando esta

línea en tres puntos, discurren respectivamente los ríos Brazos, Colorado y Guadalupe; podemos visualizarlos como las autopistas de los guerreros comanches, pues bajando desde el noroeste, apuntaban directamente al corazón de la frontera tejana.

Estos ríos, por supuesto, también eran autopistas de acceso a las tierras altas de la Comanchería, para cualquiera lo bastante audaz o insensato como para aventurarse en ellas. El problema era que, al oeste de esa línea, desde el punto de vista de los colonos blancos, se extendía un secarral inmenso, misterioso y aterrador, habitado por unos individuos feroces y primitivos que cabalgaban, disparaban y rastreaban mejor que ellos, y que podían recorrer enormes distancias con una facilidad alarmante. Los indios, además, combatían a caballo, lo que representaba una enorme desventaja para los occidentales, con sus pesados caballos, su costumbre de luchar a pie y sus incómodos rifles de avancarga. Por último, dado que los indios no tenían asentamientos permanentes, resultaba casi imposible localizarlos; y cuando lograban localizarlos, lo más probable es que desearan no haberlo hecho.

Así y todo, los tejanos no cejaban en su empeño. En aquellos primeros años de la república, un variopinto surtido de milicias, divisiones de *rangers*, voluntarios y compañías estatales salía regularmente en busca de comanches cada vez que estos llevaban a cabo una incursión. Mataban algunos comanches, y en unas cuantas ocasiones cosecharon algún éxito, pero las más de las veces se volvían de vacío. Por lo general, a la hora de guerrear en las llanuras, los indios eran superiores, y muchos tejanos, más de los que jamás se quiso admitir, morían tras largas y espantosas agonías.

Unos de los ejemplos más representativos de estos primeros conflictos es el que tuvo lugar en febrero de 1839 entre los comanches y una milicia estatal dirigida por el coronel John Moore. El coronel poseía el mismo rasgo de carácter que impulsaba a los pioneros blancos a afincarse en las regiones más salvajes y hostiles del país, lugares donde sus mujeres e hijos tenían altas probabilidades de terminar violados y eviscerados: un optimismo irracional e injustificado. Asimismo, consideraba que los indios eran bestias infrahumanas que había que exterminar. Moore era famoso en su parroquia por plantarse al lado del pastor durante los sermones y vigilar con severidad a sus feligreses para asegurarse de que nadie daba una cabezada.<sup>[14]</sup> Los apaches lipanes, archienemigos de los comanches, le habían contado que una banda de esta tribu se hallaba acampada en una pradera situada al norte de Austin. Siempre se podía contar con los lipanes, víctimas de un exterminio casi completo por parte de los comanches, para delatar a sus antiguos verdugos, dar con su paradero y correr a contárselo a las autoridades. Temerosos de enfrentarse a los comanches por su cuenta, los lipanes invertían una gran cantidad de tiempo en azuzar al hombre blanco contra sus enemigos, y se prestaban voluntarios a participar en una expedición contra ellos. Moore, que no tenía ni idea de cómo buscar a los comanches en los espesos robledales y sierras calizas del centro de Tejas, aceptó sus servicios. Conviene señalar

que, salvo contadas excepciones, los soldados blancos habrían tenido muy pocas oportunidades de encontrar comanches sin la ayuda de sus viejos enemigos, por lo general los tonkawas o los lipanes. Así ocurrió en todos los años que duró el conflicto con los comanches. La expedición de Moore fue una de las primeras en usar exploradores indios, algo que después se convirtió en norma para las campañas de la república y en práctica invariable de todos los ejércitos blancos. (Custer cometió el error de no hacer caso de las advertencias de sus exploradores nativos en Little Bighorn). Aunque hubo algunos rastreadores blancos de fuste —el *ranger* Ben McCulloch, por ejemplo, o Kit Carson—, en líneas generales los soldados blancos eran incapaces de interpretar correctamente las señales de la naturaleza, por mucha formación que hubiesen recibido a tal efecto. Los exploradores indios desempeñaron un papel tan crucial en la destrucción de los indios de las Grandes Llanuras como las tropas blancas de generales tan famosos como George Crook, Nelson Miles y Ranald Mackenzie. En la clásica imagen cinematográfica de la columna de caballería que sale del fuerte pendón en ristre y envuelta en una nube de polvo suele faltar un elemento clave: el explorador indio.

Así partió el coronel Moore, al frente de sesenta y tres voluntarios reclutados a toda prisa y catorce apaches lipanes bajo el mando de su jefe, de nombre Castro, con rumbo a los venajes calizos del río San Gabriel, al norte de Austin, probablemente cerca de la actual ciudad de Georgetown.<sup>[15]</sup> Cuando llegaron al campamento, los comanches ya se habían marchado, concretamente río arriba, según indicaba su rastro. Antes de que los hombres de Cooper pudiesen seguirlos se desató una tormenta atronadora procedente del norte. Los soldados se agazaparon en un robledal para protegerse de un frío espantoso que calaba los huesos y esperar a que amainase la ventisca de nieve. Tuvieron que esperar tres días. «Algunos caballos murieron congelados», escribió Noah Smithwick, uno de los capitanes de la expedición, «y los indios, que no podían permitir que tanta carne de primera se echase a perder, se los comieron».<sup>[16]</sup>

Cuando el tiempo mejoró, los soldados reanudaron la marcha con rumbo noroeste, hacia la confluencia de los ríos Colorado y San Saba, donde hoy se levanta la ciudad homónima. Estaban unos ciento veinte kilómetros más allá de la frontera, lo que, en 1839, significaba haberse adentrado con creces en territorio comanche. Fue allí donde los exploradores lipanes avistaron el fuego de las tiendas. Smithwick, que se encontraba junto a ellos, describe cómo se sentía un blanco rastreando indios en el corazón de la Comanchería:

Cabalgábamos al anochecer cuando oímos un aullido de lobo a nuestras espaldas. Mi guía [lipán] se paró en seco y aguzó el oído. Al cabo de unos instantes respondió otro, a nuestra derecha. El indio seguía escuchando con tanta atención que parecía petrificado. Entonces se oyó otro aullido a nuestra izquierda. «Uf, lobo»,<sup>[\*]</sup> dijo el lipán en tono de alivio. No es que la voz de los lobos me haya gustado nunca, pero

desde luego nunca me han sonado peor que en aquella ocasión, y cuando vi que ni siquiera un indio estaba seguro de si se trataba de un lobo o de un comanche, sentí un escalofrío en todo el cuerpo.<sup>[17]</sup>

Lo que habían encontrado era un poblado de más de quinientos habitantes. Se trataba de los penatekas —«comedores de miel»—, unos comanches del sur tan convencidos, en su arrogancia, de que sus territorios ancestrales eran inexpugnables que no habían apostado centinela alguno, y tan ajenos a las amenazas del exterior que aquella gélida madrugada del 15 de febrero seguían todos durmiendo a pierna suelta dentro de sus tipis, arropados con sus cálidas pieles de bisonte. Mientras tanto, los voluntarios —que comenzaban a referirse a sí mismos como *rangers*— tiritaban en la oscuridad helada, cargando y cebando sus viejos mosquetes de avancarga, esperando a que despuntase el día.

Los sucesos de la hora siguiente ilustran a la perfección lo que ocurría cuando unos hombres blancos que no tenían ni idea de cómo combatir con los indios de las llanuras se encontraban con una tribu que no imaginaba que los blancos pudieran llegar jamás a atacarlos en su propio territorio. El encuentro de aquella mañana fue el anuncio de los largos años de extenuante guerra fronteriza que esperaban a ambas partes. Desde el punto de vista de los blancos, la batalla subsiguiente consistió en una serie de errores garrafales y casi catastróficos.

El primero se produjo cuando Moore, el optimista incorregible, mandó a sus hombres que se apeasen de sus monturas a un kilómetro y medio del campamento comanche y se aproximasen silenciosamente a pie. Como táctica de sorpresa, habría sido perfectamente válida si se hubiese ejecutado un siglo antes en los Apalaches de Kentucky. Pero aquello era el Oeste. Y aquellos indios eran comanches. Cooper había dejado sus caballos solos, lo que tal vez era el error más desastroso que podía cometer un militar en las Grandes Llanuras.

No tardaría en pagar por ello. Al rayar el alba, los soldados asaltaron el campamento, disparando directamente contra los tipis y abriendo fuego indiscriminadamente contra cualquiera que asomase. La plácida escena invernal dio paso al caos más absoluto: mujeres y niños que chillaban, tejanos que «abrían de un tirón las puertas de las tiendas o las echaban abajo para matar al enemigo en sus camas», ladridos de perros, gritos de hombres y detonaciones de armas de fuego. Andrew Lockhart, un *ranger* que creía que su hija adolescente, Matilda, se hallaba cautiva en aquel campamento, echó a correr delante de todos gritando: «¡Matilda, si estás aquí, ven corriendo!». Nunca la encontró. (Posteriormente se descubrió que la chica, efectivamente, estaba allí y oyó a su padre, pero el estrépito y las explosiones ahogaron sus gritos).<sup>[18]</sup>

En lugar de entablar combate a pie, como harían los blancos, los comanches hicieron lo que siempre hacían en circunstancias similares: dispersarse rápidamente y correr a por sus caballos. Aquel fue el segundo error de Moore, asimismo

inconcebible tratándose de un ataque por sorpresa a unos indios de las Grandes Llanuras: el coronel había pasado por alto la yeguada de los comanches; se había olvidado de ahuyentarla. En consecuencia, muchos comanches, casi de inmediato, estaban a caballo. Y entonces hicieron lo que hacían automáticamente todas las tribus de las llanuras en cuanto se les daba la oportunidad: ganarles la espalda a los soldados y espantarles las caballerías. A partir de ahí, el signo de la batalla cambió radicalmente.

De repente, Moore se vio dando vueltas a un campamento vacío, con sus soldados e indios, sin nadie a quien disparar, hasta que cayó en la cuenta de que casi todos sus hombres estaban desmontados, en mitad de un paraje remoto, y que eran muchos menos que los jinetes indios. Y entonces se asustó. En palabras de Mike Cox, historiador especializado en los *rangers* de Tejas, el coronel «se dio cuenta de que había cortado un pedazo de tabaco mayor del que podía mascar».<sup>[19]</sup> Moore dio órdenes a sus hombres de replegarse y hacerse fuertes en un barranco boscoso.<sup>[20]</sup> Los comanches se reunieron y cargaron contra los tejanos, pero se vieron repelidos varias veces por el fuego certero y letal de los rifles de gran calibre. Aunque Moore encontró un baluarte eficaz en las rocas y árboles del barranco, su brillante ataque por sorpresa se había convertido de súbito en una acción defensiva a la desesperada. Los indios, dada su superioridad numérica, podrían haber aniquilado a los tejanos.<sup>[21]</sup> Sin embargo, en toda la historia de América del Norte jamás hubo un plan de batalla indio que contemplase sacrificar un número elevado de vidas para tomar una posición. Ese proceder era típico de los blancos, tal como se pondría posteriormente de manifiesto en lugares como Little Round Top, Iwo Jima y Galípoli. La renuencia casi universal de los indios de las llanuras a aprovechar su ventaja numérica representaba, desde el punto de vista táctico, una de sus mayores debilidades, y salvó miles y miles de vidas europeas.

Los comanches, pues, terminaron retirándose. El jefe Castro, enojado por los errores tácticos de Moore, por su sorprendente y cobarde orden de retirada, y por no haber destruido el poblado penateka, desertó con todos sus lipanes. Moore se vio obligado a emprender una larga y humillante retirada a pie, doscientos cincuenta kilómetros a lo largo del Colorado hasta llegar a Austin, cargando con seis hombres heridos, y aterrado ante la posibilidad de sufrir un ataque indio.<sup>[22]</sup> Imbuido de la confianza en sí mismo y el optimismo incontenible que lo caracterizaban, estaba convencido de haber ganado la batalla. Pero lo único que había hecho era evitar una catástrofe. Los comanches que Moore había atacado se desquitaban de inmediato con una sangrienta incursión en los asentamientos del río Colorado.

Si los comanches extrajeron alguna enseñanza de lo ocurrido en el San Saba —y no parece que la extrajesen— fue que las reglas del juego habían cambiado por completo. Los tejanos no eran los españoles ni los mexicanos. Eran individuos más fuertes y dañinos, casi imposibles de desalentar, dispuestos a correr riesgos absurdos para obtener un trozo de terreno, y predispuestos por temperamento al exterminio

despiadado de tribus nativas. No confiaban en un torpe y pesado ejército estatal sumamente burocratizado, sino que tendían a encargarse ellos mismos de sus asuntos, con voluntarios que no solo no tenían miedo de los indios, sino que disfrutaban persiguiéndolos y matándolos. Su presidente, al contrario que la mayoría de los altos cargos gubernamentales desde tiempos inmemoriales, no soltaba peroratas sobre tratados áridos y excesivamente técnicos que garantizaban fronteras y tierras a los indios a cambio de liberar cautivos o de la promesa de no atacar a colonos blancos. Lamar hablaba de extinción. De exterminio. Ese fue el móvil del ataque de Moore, pese a lo chapucero de la ejecución. Como también fue el móvil de los extraordinarios sucesos que, en la primavera y verano de 1840, tuvieron lugar en San Antonio y el sur de Tejas, y que constituyeron el primer choque de gran envergadura y resonancia entre los tejanos, en plena expansión hacia el oeste, y los «señores de las llanuras del sur».

El 9 de enero de 1840, las campanadas de la catedral de San Fernando, en San Antonio, anunciaron la llegada de tres jefes comanches. San Fernando es una de las grandes iglesias españolas de Estados Unidos y su campana es la típica de las misiones del viejo Oeste. Desde 1749, además de tocar maitines para los curas españoles, y posteriormente mexicanos, tocaba también a rebato ante los ataques apaches y comanches. Fue en lo alto de su campanario de piedra caliza donde el general mexicano Santa Anna mandó izar la bandera de color rojo brillante que significaba «guerra sin cuartel» y señaló el inicio a la Batalla de El Álamo. Durante el periodo tejano, los repiques de la campana de la catedral indicaban a los milicianos que debían acudir a luchar contra mexicanos e indios.

Aquella radiante mañana de enero no parecía haber amenaza alguna, tan solo un acontecimiento bastante insólito: los comanches acudían para negociar la paz. Alarmados por la invasión de sus territorios ancestrales, querían que cesase. Nunca habían firmado un tratado con los tejanos, aunque Sam Houston, durante su mandato, no había dejado de insistirles en ello. Pasados unos años, pensaban que quizá no fuese tan mala idea. Los comanches estaban especialmente preocupados por los agrimensores, unos individuos muy decididos que practicaban una magia misteriosa e incomprensible cuya finalidad era despojar a los indios de sus tierras. Para colmo, la magia parecía surtir efecto. A la mínima oportunidad, los comanches los asesinaban de manera espantosa.

Tras recibirlos cortésmente, el oficial con mando en plaza, el coronel Henry W. Karnes, que seguía convaleciente del flechazo en la cadera que había recibido durante una batalla con los comanches en el verano de 1838,<sup>[23]</sup> les dijo sin rodeos que no hablaría con ellos a menos que entregasen a todos los secuestrados. Los jefes, que aparentemente captaron el mensaje de Karnes, asintieron en conformidad y se marcharon, no sin antes prometer que volverían. El coronel, mientras tanto, no tardó en recibir una orden muy especial, inaudita en toda la historia tejana y, muy probablemente, estadounidense. El remitente era el secretario de guerra Albert Sidney

Johnston, un militar alto y apuesto, con una nariz perfilada y aristocrática, que años después, en 1862, moriría heroicamente mientras encabezada una arrolladora carga de las tropas rebeldes contra el ejército de Grant en la Batalla de Shiloh.<sup>[24]</sup> Johnston informó a Karnes, de manera inequívoca, que «el gobierno [asumía] el derecho a dictar a todas las tribus indias las condiciones de su residencia». La retórica llevaba el sello inconfundible de Lamar. En esa misma vena, el secretario de guerra declaraba que los ciudadanos tejanos tenían «el derecho a ocupar cualesquiera terrenos vacantes del gobierno, sin interferencia alguna por parte de los comanches».<sup>[25]</sup> Eso significaba que las tierras de los comanches quedaban a disposición del gobierno de la República de Tejas. Punto. Además, añadía Johnston, si los indios no entregaban a sus prisioneros, se les tomaría como rehenes. Desde cualquier punto de vista civilizado, era una forma deplorable de tratar a un enemigo que acude por invitación a negociar la paz.

Los comanches volvieron el 19 de marzo. Eran treinta y cinco guerreros y estaban alegres y de buen humor. Llevaban treinta y dos acompañantes, entre ancianos, mujeres y niños. No esperaban que hubiese problemas. Tal vez se acordaban de los viejos tiempos, cuando los españoles y los mexicanos, intimidados y cautelosos, ponían la ciudad entera a su disposición. Tanto hombres como mujeres iban profusamente pintados y ataviados con sus mejores abalorios, plumas y cueros. Llevaban consigo enormes fardos de pieles y una pequeña yeguada, como si contasen con sacarse un buen pellizco mediante el trueque. La presencia de esas mercancías invita a pensar en que quizá malentendieron completamente las palabras de Karnes. Los comanches se acuclillaron en la calle y se pusieron a esperar. Los niños jugaban con sus arcos y flechas, y algunos vecinos de San Antonio colocaban monedas en los árboles para poner a prueba la puntería de los jóvenes arqueros.<sup>[26]</sup> Se congregó una muchedumbre de lugareños que no se mostraban hostiles, tan solo curiosos.

Los vecinos, no obstante, tomaron nota de que los indios solo habían traído a un cautivo. Se trataba de Matilda Lockhart, la chica cuyo padre la había buscado a gritos un año antes, durante el ataque del coronel Moore al poblado penateka de San Saba. Matilda había sido raptada junto con su hermana pequeña durante una incursión de 1838 en la que murieron asesinados otros miembros de la familia. Tenía quince años y su presencia en la plaza de San Antonio conmocionó a quienes la vieron. En palabras de un testigo —Mary Maverick, la esposa de un destacado comerciante local—, Matilda tenía «la cabeza, el rostro y los brazos llenos de cardenales y llagas, y la nariz completamente quemada, desprovista de todo el extremo carnoso y con una costra enorme al final del hueso. Tenía las dos fosas nasales totalmente abiertas y despojadas de carne».<sup>[27]</sup> La cautiva contó que había sufrido torturas a manos de las mujeres comanches. No solo le habían desfigurado el rostro; tenía todo el cuerpo marcado con quemaduras. En privado, Matilda informó a las mujeres blancas de que había padecido un tormento aún peor: la habían «deshonrado por completo», dijo, refiriéndose con este eufemismo a la violación, «y jamás podría volver a andar con la

cabeza alta».

Los comanches eran completamente ajenos al impacto que esa información podía causar entre los blancos. Muchos tejanos estaban al corriente de las torturas practicadas por las tribus del este, como los choctaws y los cheroquis, que incluían el uso del fuego. Pero el tormento casi siempre se aplicaba a los varones. Esas tribus orientales rara vez secuestraban, violaban y torturaban a mujeres blancas, como hacían las tribus de las llanuras.<sup>[28]</sup> Hasta personas acostumbradas a la violencia india quedaron horrorizadas al ver a Matilda. Para colmo, Matilda era una niña inteligente y perspicaz que había aprendido rápidamente la lengua comanche y no tardó en enterarse de que había más cautivos en otros campamentos indios, quince según sus cálculos. Y se lo contó a los tejanos.

Todo esto fue el preludio al encuentro con las autoridades, que tuvo lugar en un edificio de una planta que hacía las veces de juzgado y que pasaría a la historia como «la Casa Consistorial». El edificio estaba construido en piedra caliza y tenía un tejado plano de madera y el suelo de tierra.<sup>[29]</sup> Doce indios, todos ellos penatekas y catalogados, según unas fuentes, como «jefes», y según otras, como «figuras de autoridad», se colocaron delante de tres representantes del gobierno tejano. Su portavoz era «El que habla con los espíritus» —el nombre comanche era «Muguara», o «Mukewarrah», según las distintas fuentes—, un tipo de buen carácter y aparentemente pacífico, aficionado al whisky, que acababa de tener hospedado en su campamento, durante tres meses, al *ranger* Noah Smithwick, por el cual, en un momento dado, había llegado a enfrentarse a un grupo de wacos que querían matarlo.<sup>[30]</sup> Smithwick le había tomado aprecio, lo encontraba inteligente y sincero, y había mantenido con él «muchas conversaciones largas y profundas». Muguara le había hablado con elocuencia de la destrucción de sus territorios de caza a manos de los colonos:

El hombre blanco viene y tala los árboles, construye casas y levanta cercas, y los bisontes se asustan y se marchan para no volver jamás, y los indios nos morimos de hambre. O si vamos detrás de la caza, invadimos el territorio de otras tribus y estalla la guerra [...] Si los hombres blancos trazasen una línea para delimitar sus posesiones y no la traspasasen, los pieles rojas no los molestaríamos.<sup>[31]</sup>

Conviene señalar, por si al lector le parece un discurso demasiado «blanco», que Muguara era uno de los caciques de la banda que había asaltado la hacienda de los Lockhart, esto es, el mismo grupo de individuos que, tras asesinar a los parientes de Matilda y raptarla junto con su hermana pequeña, la habían torturado y violado. Suyo era el poblado que el coronel Moore había atacado a orillas del San Saba.

En el interior del juzgado, los tejanos fueron directos al grano. Querían saber por qué los comanches solo habían traído un cautivo. Muguara contestó que,

efectivamente, había más cautivos, pero en campamentos ajenos a su autoridad. Es muy probable que estuviese diciendo la verdad, pero nadie lo creyó. El jefe comanche expresó su convencimiento de que podía obtenerse la libertad de todos los cautivos previo pago de un rescate. Naturalmente, añadió servicial, tendría que tratarse de un rescate generoso en forma de mercancías, mantas, munición para las armas de fuego y bermellón. Pero todo era cuestión de negociarlo. Dicho lo cual, miró a sus anfitriones y, haciendo un gesto grandilocuente, preguntó a modo de colofón: «¿Qué les parece mi respuesta?».

Tal vez quiso hacerse el listo, o mostrarse dialogante, o simplemente pecó de locuaz. O quizá se tratase de un error de traducción. Sea como fuere, el caso es que Muguara demostró que no entendía en absoluto a su audiencia. El y los suyos se consideraban guerreros honorables. Para ellos, el secuestro de prisioneros era una práctica bélica honorable, y el maltrato de los cautivos, también. El jefe comanche veía a Matilda como parte de un botín, un objeto no del todo humano, algo con lo que negociar. Los tejanos, por su parte, consideraban a los indios unos asesinos sanguinarios y sin escrúpulos. Prueba irrefutable de ello era el horripilante trato que habían dado a la pobre niña desnarigada. Fuese cual fuese la verdadera opinión de Muguara o el auténtico sentido de su pregunta, aquellas fueron las últimas palabras que salieron de su boca.

El coronel William Fisher, uno de los delegados del gobierno, le respondió con acritud:

No me gusta su respuesta. Le dije que no volviese sin sus prisioneros. Ha regresado infringiendo mis órdenes. Sus mujeres y niños pueden irse en paz [...] Cuando entreguen a los prisioneros, usted y los jefes aquí presentes también podrán partir en libertad. Hasta entonces los retendremos como rehenes.<sup>[32]</sup>

Según hablaba, un destacamento de soldados entró en el juzgado y tomó posiciones delante y al fondo de la sala. Cuando los estupefactos comanches lograron entender, a través del aterrado intérprete, las palabras de Fisher, se abalanzaron hacia las puertas presos del pánico.

Los soldados cerraron filas. Muguara, que fue el primero en llegar a la puerta, desenvainó su cuchillo y apuñaló a un soldado. La reacción de los soldados fue abrir fuego, abatiendo a Muguara y a otros indios, así como a varios de los suyos. Volvieron a disparar. La sala se llenó de humo, estrépito, sangre y balas de rifle que rebotaban en las paredes. Un soldado, Matthew Caldwell, resultó herido en una pierna por una bala perdida. Cojeando, le arrancó el mosquete a uno de los jefes, le voló la cabeza y acto seguido lo usó para matar a culatazos a otro indio. La pelea se extendió al exterior y en la plaza se armó un tumulto a gran escala, digno de una película de Hollywood. Los indios que se habían quedado esperando fuera, tanto hombres como mujeres y niños, la emprendieron con los vecinos, muchos de los

cuales iban armados, y la trifulca se extendió como la pólvora. Los testigos afirmaron posteriormente que las mujeres y niños indios peleaban con tanta furia y arrojo como los hombres.<sup>[33]</sup> Un niño le clavó a un juez del distrito una flecha «de juguete» en el corazón, matándolo en el acto. Pero los comanches no tenían nada que hacer. Aunque todo empezó como una reyerta callejera, la pelea enseguida se convirtió en una masacre y, después, en algo parecido a un pimpampun en el que los comanches desempeñaban el novedoso papel de víctimas que trataban de huir aterrorizadas.

En cuestión de media hora, el «combate» había terminado. Lo único que quedaba era una horda vengativa y sedienta de sangre que recorría las calles de San Antonio a la caza de comanches. No debió de ser un espectáculo muy edificante. Un grupo de indios consiguió llegar al río, pero los atraparon, uno a uno, mientras cruzaban a nado.<sup>[34]</sup> Ningún indio logró escapar. La cacería casa por casa fue macabra y cruel. Algunos comanches se refugiaron en casas de piedra y trancaron las puertas.<sup>[35]</sup> Según el testimonio de Mary Maverick, varios tejanos subieron a lo alto de un edificio y le prendieron fuego con «una bola de chenilla empapada en aguarrás». El humo y el fuego no tardaron en obligar a salir a dos comanches. A uno le abrieron la cabeza de un hachazo; al otro lo mataron de un tiro.

Cuando todo terminó, había treinta guerreros, tres mujeres y dos niños muertos. Otros treinta y dos indios, muchos de ellos heridos de gravedad, fueron hechos prisioneros. Por parte de los tejanos había siete asesinados y diez heridos. (El único cirujano de la ciudad, un emigrante alemán, trabajó durante toda la noche para salvar vidas blancas; los indios no recibieron asistencia).<sup>[36]</sup> Los soldados arrojaron a los treinta y dos comanches capturados al suelo de tierra de la prisión, situada detrás del juzgado. Al día siguiente, una india que había resultado ilesa recibió un caballo, víveres y la orden de volver con los suyos y contarles lo ocurrido. También se le transmitió un ultimátum: o las bandas comanches ponían en libertad a los quince cautivos de los que hablaba Matilda Lockhart, o todos los prisioneros serían ejecutados. La mujer debía regresar antes de doce días, durante los cuales se respetaría una tregua. «De lo contrario», le advirtieron los tejanos, «mataremos a los prisioneros, pues sabremos que habréis matado a nuestros amigos y parientes cautivos».<sup>[37]</sup> Los tejanos seguramente creían tener la sartén por el mango, pero pronto saldrían de su error.

En circunstancias normales nunca nos habríamos enterado de la reacción de los comanches al recibir la noticia. Pero en este caso contamos con el desgarrador testimonio de un joven cautivo llamado Booker Webster, que posteriormente sería puesto en libertad. Cuando la mujer llegó con la noticia de lo ocurrido en San Antonio, los comanches reaccionaron con una mezcla de espanto, desesperación y furia ciega, más o menos en ese orden. Las mujeres gritaban y aullaban en señal de duelo. Se rajaban los brazos, la cara y los senos, y se arrancaban dedos; algunas llegaron incluso a causarse heridas mortales. Los hombres gemían, se balanceaban adelante y atrás, y algunos se cortaron el cabello. Era tan grande la manada de

caballos pertenecientes a los jefes muertos que los comanches tardaron dos días en cumplir con su costumbre funeraria de matarlos y quemarlos todos.

Entonces, envueltos en el humo de la carne de caballo en combustión, los indios dieron rienda suelta a sus sentimientos de rabia y dolor insondables y lo pagaron con los rehenes. Según el relato de Booker Webster, «cogieron a los cautivos blancos, trece en total, y los achicharraron y descuartizaron con una crueldad espantosa».<sup>[38]</sup> Cabe imaginar los espantosos y prolongados tormentos a que debieron de someterlos. Algunos de los cautivos eran niños pequeños, uno de ellos la hermana de seis años de Matilda Lockhart.

Los indios nunca respondieron al ultimátum. Estaban sumamente desmoralizados, desorientados y sin saber qué hacer. En un mundo tan sutil como el de los comanches, donde las señales, los espíritus, la magia y la medicina eran importantes instrumentos decisorios, un acontecimiento como aquel suponía una tremenda sacudida espiritual, una alteración totalmente desconcertante del *puha* de los cabecillas de la banda. Desde el punto de vista de un hombre blanco, podrían haber incendiado San Antonio o, cuando menos, causado terribles estragos. Pero no lo hicieron. En lugar de eso, varios días después, trescientos guerreros encabezados por Isimanica se presentaron en la misión de San José, justo al sur de la ciudad, exigieron la entrega de los prisioneros y desafiaron a los tejanos a un combate. Los tejanos se negaron a entregar a los prisioneros e insistieron, de manera extraña, en que la tregua de doce días seguía en vigor y, por tanto, no podían combatir. Puede que el oficial al frente de la misión, el capitán William D. Redd, tuviese miedo de abandonar el recinto empalizado; al menos así lo creían muchos de sus soldados. Era una situación extraña, una escena que rara vez, por no decir nunca, se había visto en las llanuras: un nutrido contingente de indios tratando, sin éxito, de provocar a unos soldados blancos para que se enzarzasen en combate. Uno de los oficiales, Lysander Wells, acusó al capitán Redd de cobardía. Al instante se batieron en duelo y se mataron entre sí. Aunque los indios permanecieron encarcelados, la mayoría terminó huyendo. Las mujeres, algunas de las cuales habían sido entregadas como esclavas a ciudadanos de San Antonio, también escaparon. Curiosamente, con el tiempo terminó dándose otro intercambio de cautivos que devolvió a la civilización a un niño, el citado Booker Webster, y a una niña, casi tan marcada y desfigurada como Matilda Lockhart. Les habían perdonado la vida porque en su día la tribu los había adoptado.

Así concluyó lo que pasó a los anales de Tejas como «el combate de la Casa Consistorial». Muchos tejanos interpretaron lo ocurrido como un indicio de que la república, bajo la presidencia de Lamar, no toleraría ningún compromiso con los indios. Tenían razón. Pero los tejanos también habían cometido un error garrafal que se tradujo de inmediato en la tortura y muerte de los demás cautivos, desató una oleada gigantesca de incursiones en represalia contra asentamientos que terminó cobrándose docenas de vidas blancas, y acabó con la confianza que los comanches pudieran haber tenido en la integridad del gobierno tejano. Uno se pregunta qué

pensaría de semejante estrategia William Lockhart, a cuya encantadora hija de seis años la quemaron viva en venganza por la masacre. Y aunque los tejanos se jactaban de haber matado a doce «grandes jefes», no hay pruebas que lo demuestren.<sup>[39]</sup> Según el relato de Smithwick, Muguara era el cabecilla de un grupo relativamente pequeño de la banda penateka. Isimanica, el más peligroso de todos los jefes y mucho más poderoso que Muguara, no figuraba entre los muertos; tampoco Isawaconi, que afirmaba ser el jefe supremo de los penatekas, ni otros jefes destacados como Pah-hah-yuco, Búho Viejo o Joroba de Bisonte.<sup>[40]</sup> Los guerreros asesinados eran sin duda cabecillas, pero no caudillos de altura. Por último, nada parecía indicar que los comanches que acudieron a San Antonio hubiesen participado en ningún ataque reciente contra asentamientos tejanos.<sup>[41]</sup> De hecho, parece ser que el día de la masacre de San Antonio, Isimanica andaba recorriendo los campamentos para tratar de promover la idea de la paz.<sup>[42]</sup>

De buenas a primeras, sin embargo, en lugar de conquistar la paz, los colonos blancos del sur de Tejas estaban a punto de convertirse en el objetivo de la mayor movilización de comanches de la historia.

## VII

### VISIONES ONÍRICAS Y APOCALIPSIS

**E**n términos tanto legendarios como históricos, los penatekas eran la mayor y más poderosa de todas las bandas comanches. Habían barrido a los apaches hasta México y frenado a los españoles en Tejas. Llevaban a cabo incursiones a discreción, rebasando con creces la frontera mexicana, y dominaban a las tribus del centro de Tejas. También eran la única gran banda comanche que había mantenido un contacto estrecho y constante con los invasores y colonizadores. Las demás bandas principales —yamparikas, kotsotekas, quahadis y nokonis— seguían guardando las distancias con los asentamientos y los soldados, con la cultura del hombre blanco y sus enfermedades invisibles, y preferían quedarse en regiones más alejadas de las Grandes Llanuras, siguiendo a las manadas de bisontes. Los quahadis mantenían una intensa actividad comercial con los tratantes de Santa Fe, pero solo a través de los intermediarios comancheros.

Esa proximidad con los blancos había cambiado a los penatekas, y de manera radical. Como señalaba Muguara, la banda había visto desaparecer a los bisontes de las regiones meridionales de las Grandes Llanuras para no volver jamás. En consecuencia, se veían obligados a cazar diversas especies, cada vez más pequeñas, y finalmente, a medida que la caza menguaba, a adquirir alimentos del hombre blanco o de tribus agrícolas como los wichitas o los wacos. Con el correr de los años fueron teniendo cada vez más contacto con los blancos, no siempre hostil. Exigían comida y robaban pequeños útiles u objetos de adorno. La mayoría había aprendido español y algunos incluso inglés. Descubrieron que las ropas de algodón o lana abrigaban más en invierno y daban menos calor en verano que sus tradicionales pieles de bisonte. Al igual que los miembros de las «cinco tribus civilizadas», los penatekas empezaron a adoptar la vestimenta de los blancos. Los cazos de metal eran más prácticos que las vasijas de barro, y cuando se gastaban, podían aprovecharse para fabricar puntas de flecha. Las cuentas de cristal fabricadas en serie brillaban más que las de concha tallada a mano.<sup>[1]</sup> Con cada incursión iban acumulando más artefactos del hombre blanco, sus utensilios, herramientas y armas. Era una especie de contaminación cultural que no había forma de evitar. El resultado fue que, pese a toda la sangre, la violencia y la hostilidad, entre la cultura blanca y la penateka fue surgiendo una relación estrecha.

Una anécdota de unos años después ilustra esa cercanía. Una residente de un asentamiento alemán de las montañas tejanas evocaba en los siguientes términos un encuentro típico con los comanches: «Un buen día se me coló en casa un indio enorme. Yo acababa de sacar del horno un pan y estaba muy orgullosa de lo bien que

me había salido [...]. El muy granuja rebuscó por todas partes, y cuando vio el pan, lo cogió y se lo llevó». Los malos modales del indio resultan interesantes y casi cómicos: nadie se extrañaría si la mujer hubiese agarrado un rodillo de amasar y le hubiese atizado con él en la cabeza. Los vecinos del pueblo se quejaban de que los comanches se les presentaban en casa a la hora de la comida, exigiendo un trato hospitalario y generoso, y les robaban pequeños objetos que encontraban.<sup>[2]</sup> A un yamparika de los remotos poblados del norte, a orillas del Arkansas, semejante escena le habría resultado inconcebible.

Los tejanos también empezaban a percibir esos cambios. La siguiente crónica apareció publicada el 30 de mayo de 1838 en el *Houston Telegraph and Texas Register*, con motivo de la visita de una delegación de comanches al presidente Houston, por invitación expresa de este:

Todo el mundo esperaba encontrarse con una banda de feroces y atléticos guerreros, de miembros fibrosos y gran tamaño, pero cuál no sería su asombro al llegar a la residencia presidencial y ver allí parados a unos veinticinco salvajes diminutos, mugrientos, medio desnudos y pobres de solemnidad, armados con arcos y flechas y montados en mulas y jamelgos. Todo sentimiento de admiración se disipó en el acto, y nuestros ciudadanos pasaron a contemplarlos con una mezcla de lástima y desprecio [...] Sus mujeres y niños andaban desperdigados por toda la ciudad, recogiendo platos de hojalata viejos, arandelas de hierro, trozos de estaño, botellas de cristal y demás desperdicios que ellos parecían considerar sumamente valiosos...

Según el señor Legrand, que ha residido varios años entre comanches, este grupo pertenece a una facción de la tribu denominada «comanches de los bosques», que vive en las montañas, al noreste de Bexar [San Antonio]. Son una raza miserable, degradada y digna de lástima que apenas si guarda semejanza alguna con los comanches de las praderas.<sup>[3]</sup>

La crónica es notable por varios motivos. Primero, por el rechazo desdeñoso y abiertamente racista hacia los indios, y por el sincero asombro ante el hecho de que los indios de verdad no fuesen como los de las novelas de Fenimore Cooper. Segundo, porque las observaciones del cronista, con la salvedad de su anglocentrismo, son ciertas en lo sustancial. Los comanches, efectivamente, tal como señalaban casi todos los observadores, eran de corta estatura y con un físico más bien mediocre. Iban, en efecto, medio desnudos —era verano en Houston, así que vestían simples taparrabos— y montaban mustangs sin herrar que, desde el punto de vista europeo, resultaban pequeños y escuálidos. Su arma principal era el arco y las flechas. A ojos del tejano medio eran, sin duda, pobres, pues no poseían casas ni tierras ni cuenta en el banco. Y claro que les encantaba recoger restos de hojalata y hierro: así era como fabricaban flechas, cuchillos y lanzas.

El reportero también captó con tino la cuestión de fondo. Los penatekas, tras largos años de contacto intercultural, eran una versión decadente y degradada de los comanches realmente salvajes, los de las llanuras. La proximidad al hombre blanco también había tenido sus efectos físicos. En los años 1816 y 1839, las epidemias de viruela habían causado la muerte a una cantidad enorme de penatekas (en 1849, el cólera acabó con la mayoría de los supervivientes). La afluencia de colonos había esquilado a tal punto sus territorios de caza que muchos miembros de la banda no tardaron en verse al borde de la muerte por inanición. Efectivamente, se habían convertido en los comanches de los bosques, y dependían de la cultura foránea para su subsistencia, mientras que el resto de bandas seguía campando a sus anchas por las altiplanicies. Cabe sostener, de hecho, que mientras los penatekas se extinguían bajo el pernicioso influjo extranjero y agonizaban por culpa de las enfermedades del hombre blanco, los comanches de las altas llanuras seguían en el apogeo de su poder. [4] En lo que se equivocaba el reportero era en suponer implícitamente que esa versión decadente de los guerreros de las praderas no representaba una amenaza militar importante. Se equivocaba y mucho. Aquellos lastimosos hombrecillos medio desnudos seguían siendo la mejor caballería ligera del mundo; aún se contaban con los dedos de la mano los soldados tejanos, o estadounidenses, capaces de hacerles frente.

Joroba de Bisonte tenía una visión. Le había venido en un sueño. Era una visión apocalíptica, global, mística y violenta en la que los mentirosos y traicioneros tejanos, perpetradores de la masacre de la Casa Consistorial, se veían atacados y empujados al mar. Joroba de Bisonte era un caudillo penateka. Hasta poco antes, era un jefe de rango inferior, uno de esos cabecillas capaces de reclutar voluntarios para tal o cual incursión, pero que no gozaba de la autoridad de los grandes jefes civiles y guerreros. Ahora, sin embargo, muchos de los *paraibos* estaban muertos. Algunos habían perecido en la aciaga epidemia de viruela que en 1816 se propagó por numerosos poblados comanches, wichitas y caddoanos, y causó la muerte a cuatro mil comanches [5], o lo que es lo mismo, a la mitad de los aproximadamente ocho mil miembros con que contaba la tribu a comienzos del siglo XIX. Al menos cuatro jefes murieron en otra epidemia de viruela que estalló en 1839, y en el Combate de la Casa Consistorial cayeron asesinados doce jefes más. Joroba de Bisonte era un superviviente, un líder carismático que hablaba español con soltura y vivió lo suficiente para combatir en muchas campañas, incluso después de la aniquilación del grueso de su banda. Era sobrino de Muguara. [6] Su primer contacto con colonos blancos, o *taibos*, tuvo lugar en 1828, en el asentamiento de Barton Springs, en Austin, donde conversó con ellos en español y los dejó embelesados, al punto de que lo describieron como «un magnífico espécimen de virilidad salvaje». [7] Eso fue antes de que los comanches descubriesen lo ariscos y codiciosos que eran los anglotejanos.

Un científico alemán que conoció a Joroba de Bisonte en 1840 lo describió en los siguientes términos:

Era la viva imagen, sin adulterar, de un indio norteamericano. A diferencia del resto de su tribu, despreciaba por completo la vestimenta europea. Estaba allí sentado, completamente desnudo a excepción de un taparrabos de piel de bisonte, unas pulseras de latón en los brazos y un collar de cuentas en el cuello, con la larga melena negra y áspera cayéndole por la espalda, y esa expresión adusta del indio norteamericano que parece traslucir una indiferencia absoluta hacia los europeos.<sup>[8]</sup>

Aunque no existe ninguna fotografía de Joroba de Bisonte, sí se conserva una de su hijo, del que se decía que se parecía a su padre. El retrato muestra a un joven increíblemente apuesto con una melena por los hombros, los ojos sagaces y serenos, rasgos andróginos, y esa mirada kilométrica que siempre ponían los indios cuando posaban para la cámara. Joroba de Bisonte tenía uno de esos nombres comanches — el catálogo era enorme— que los mojigatos blancos no eran capaces de traducir. Su nombre en lengua nermernuh, correctamente transcrito, era Po-cha-na-quar-hip, que significaba «erección que nunca baja».<sup>[9]</sup>

La visión onírica de Joroba de Bisonte era extraordinariamente poderosa: en las semanas de rabia y duelo posteriores a la masacre de San Antonio, bajo el calor sofocante del verano tejano, cuando los jinetes divulgaron la noticia por toda la Comanchería, resultó enormemente atractiva e impactante. La visión, como muchas de las que tenían los jefes guerreros, era en el fondo una idea para una incursión. Pero no sería una incursión cualquiera. Para empujar a los tejanos al mar iba a hacer falta una expedición militar como las que rara vez organizaban los comanches.

Joroba de Bisonte dedicó todo el mes de julio a reclutar fuerzas. Envío mensajeros a las bandas más distantes —yamparikas, kotsotekas, nokonis— pero apenas logró unos pocos hombres. Las bandas del norte recelaban del plan, tanto por la poderosa enfermedad mágica que acababa de causar estragos entre sus hermanos sureños como por las muertes de tantos jefes guerreros. En el sur había demasiados hechizos maléficos. Además, en el norte también tenían sus problemas: los cheyennes y los arapahoes se habían desplazado hacia el sur y habían penetrado en los pastos de bisontes que se extendían entre los ríos Arkansas y Canadian, lo que suponía una invasión de la Comanchería. Por último, puede que esos comanches septentrionales ya atisbasen lo que más adelante comprenderían perfectamente, a saber: que los penatekas, debido a su proximidad al hombre blanco, ya no eran comanches tradicionales, sino que estaban convirtiéndose en algo diferente, algo degenerado.

En cambio, casi todos los jefes penatekas, entre ellos Isimanica, Pequeño Lobo y Santa Anna, tendieron la mano a Joroba de Bisonte. Algunos kiowas también se unieron. A los kiowas les resultaba difícil rechazar una buena pelea; aunque hablaban

otro idioma y su cultura era más compleja que cualquier producto comanche, mantenían una especie de vínculo místico con los nermernuh. A mediados del verano, Joroba de Bisonte tenía a su disposición más de cuatrocientos guerreros y una comitiva de cerca de seiscientas mujeres y niños, que iban a ser necesarios habida cuenta de que empujar a todos los tejanos al mar y ver cómo su sangre teñía las azules aguas del Golfo de México no era algo que pudiese hacerse en unas pocas semanas. Era una guerra contra los rostros pálidos, y Joroba de Bisonte necesitaba apoyo logístico.

Se pusieron en marcha el 1 de agosto unos mil comanches en total. Bajaron desde los escabrosos almenajes surcados de arroyos de la Escarpadura de los Balcones, recorrieron las hermosas orillas orladas de cipreses y las pozas cristalinas del río Blanco hasta la confluencia con los manantiales del San Marcos, y salieron a las praderas de la región centro-meridional de Tejas.<sup>[10]</sup> Su destino: las ciudades y asentamientos diseminados a lo largo de los ríos y arroyos que bajaban hacia el sur, hacia las llanuras cubiertas de hierba y las bahías de aguas someras del litoral de Tejas. Conforme se adentraban en el sur empezaron a desplazarse de noche. El 4 de agosto marcharon al claro de la luna comanche, cruzando la frontera y penetrando en los asentamientos de la Tejas anglosajona.

Cuando el *ranger* Ben McCulloch se cruzó con ellos dos días después, cerca de la ciudad de Gonzales, no daba crédito a sus ojos. Un millar de indios a caballo había pasado casi completamente desapercibido por un territorio que, si bien no estaba densamente poblado, albergaba numerosas granjas y asentamientos. Ningún tejano había visto jamás algo así. La mayoría de los contados individuos que habían avistado a los invasores no había vivido para contarlos. Uno de ellos fue un hombre llamado Tucker Foley, que se topó con un grupo de veintisiete guerreros. Tras acorralarlo en un abrevadero, los indios lo amarraron, le rebanaron las plantas de los pies y lo obligaron a caminar un rato por la llanura para divertirse, tras lo cual le pegaron un tiro y le arrancaron la cabellera.<sup>[11]</sup> McCulloch y un pequeño grupo de voluntarios siguieron de cerca y a escondidas a la tropa comanche. Era imposible enfrentarse a tantos indios.

Lo que sucedió a continuación se conoce en Tejas como el Gran Saqueo de Linnville. Los historiadores suelen emparejarlo con el acontecimiento al que dio lugar dos semanas después, la famosa Batalla de Plum Creek. Juntos, componen un capítulo singular, y por momentos surrealista, de la historia tejana, un estallido de furia y violencia de unas proporciones prácticamente inauditas en la historia del Oeste. Fue el momento de máxima gloria —y mayor oprobio— de Joroba de Bisonte, y uno de los primeros episodios de verdadera grandeza para esos individuos que a la sazón empezaban a llamarse *rangers* de Tejas y que muy pronto, en esas mismas colinas y praderas, tras haber aprendido a luchar gracias a los propios comanches, cambiarían la naturaleza de la guerra fronteriza en América del Norte.

El 6 de agosto de 1840, a las cuatro de la tarde, casi cinco meses después del

Combate de la Casa Consistorial, las huestes de Joroba de Bisonte irrumpieron en Victoria, una ciudad situada a unos ciento cincuenta kilómetros al sur de San Antonio y a cuarenta de la costa. Los habitantes no habían recibido aviso alguno y los indios entraron a sus anchas. Mataron a una docena de personas, recorrieron las calles como un tomado mientras los vecinos huían a los tejados o saltaban por las ventanas, y abrieron fuego con sus rifles. Como de costumbre, la superstición comanche evitó lo que podría haber sido una matanza en masa. En lugar de lanzarse directamente al ataque y proceder sin más, casa por casa, a matar a todos los habitantes, los comanches se pusieron a cabalgar en círculos alrededor de la ciudad como si fuese una manada de bisontes, robaron caballos y ganado, se llevaron a una niña pequeña de raza negra y, en general, se contentaron con hacer diabluras. La inmensa cantidad de caballos, que en términos actuales podríamos representar como una ristra de billetes de mil dólares depositados al instante en nuestra cuenta corriente, los distrajo. Los comanches no eran materialistas salvo cuando se trataba de caballos. Valoraban a los cuadrúpedos por sí mismos y por lo que podían reportarles como objeto de intercambio comercial. Mientras tanto, los habitantes de Victoria tuvieron tiempo de construir barricadas. Los comanches volvieron a atacar por la mañana, pero el fuego de los rifles los mantuvo a raya. Se quedaron un rato zumbando como avispones en las afueras de la ciudad, robaron entre mil quinientos y dos mil caballos y, dejando atrás trece cadáveres y multitud de heridos, pusieron rumbo a la carretera de la costa. No sabían muy bien adonde se dirigían: se limitaban a seguir la visión de Joroba de Bisonte. Iban directos al mar, ni más ni menos que con tres mil caballos.

Los comanches se abrieron camino a sangre y fuego a través de las tierras bajas del litoral, saqueando, matando y quemando todo lo que encontraron a su paso, hasta llegar a la bahía de Matagorda, y dejando sin caballos a toda la comarca.<sup>[12]</sup> También hicieron prisioneros, entre ellos a Nancy Crosby, nieta de Daniel Boone, y su bebé. Como la señora Crosby era incapaz de hacer callar al niño, los comanches se lo arrancaron de los brazos y lo atravesaron con una lanza delante de ella.<sup>[13]</sup> El 8 de agosto, el ejército indio avanzó en una espectacular formación de media luna sobre la ciudad costera de Linnville, rodeándola en un abrir y cerrar de ojos. En esos momentos, la visión de Joroba de Bisonte pareció materializarse. Los habitantes, presos del pánico, huyeron de los comanches en la única dirección que podían, la del mar, y hacia el único refugio posible: los veleros que estaban anclados en los bajíos a unos cien metros de la orilla.<sup>[14]</sup> Muchos tejanos fueron abatidos en el agua en su huida, entre ellos un tal H. O. Watts, el joven inspector de aduanas, que acababa de casarse. Su esposa, descrita por un testigo como «una mujer de extraordinaria belleza»,<sup>[15]</sup> cayó prisionera. Cuando los indios trataron de desnudarla, que era lo primero que hacían con todas las cautivas, se toparon con el tremendo y misterioso obstáculo de su corsé de ballenas, que no acertaron a desatar. Contrariados, la amarraron a la grupa de un caballo y se la llevaron. Muchos residentes se salvaron al abordar una goleta de gran tamaño que también estaba fondeada cerca de la orilla.

Los indios, mientras tanto, habían descubierto los milagrosos contenidos de los almacenes: telas y tejidos, sombrillas, sombreros, ropas de calidad y herramientas. Linnville era un puerto importante; la mercancía iba destinada a San Antonio y al comercio con los mexicanos. Los indios sacaron todo lo que pudieron cargar y luego prendieron fuego a los almacenes. Los habitantes de la ciudad observaban desde los barcos —ese día no soplaban ni un hálito de viento, el mar estaba en calma— cómo sus casas, sus oficinas y negocios, y todos menos uno de los almacenes, eran pasto de las llamas.<sup>[16]</sup> Mientras la ciudad entera ardía, los indios gritaban, danzaban y arreaban el ganado hasta los corrales, donde los mataban a tiros o a machetazos. La siguiente descripción es de John J. Linn, residente en Victoria en la época de la incursión:

Los indios corrían a su antojo por el pueblo en llamas, entre los aullidos de sus mujeres y sus pequeños «inditos», como demonios borrachos en una bacanal, con los sombreros de Robinson [un comerciante de la ciudad] en la cabeza y sus sombrillas moviéndose arriba y abajo por doquier como globos ebrios.<sup>[17]</sup>

Tras incendiar la ciudad, cuya destrucción fue tan completa que nunca se reconstruyó, los indios se marcharon por donde habían llegado.<sup>[18]</sup> Si los desmanes cometidos en la ciudad parecían una pesadilla, lo que ocurrió a continuación era más propio de una alucinación a gran escala. En realidad, Joroba de Bisonte había perdido el control de su ejército. La venganza había degenerado en algo más parecido a la diversión pura y dura. Todo había empezado con la orgía de cuatrismo en Victoria; tres mil caballos representaban un botín descomunal, hasta para los comanches. Luego vino el asombroso descubrimiento de los almacenes de Linnville, abarrotados con los enseres de la vida burguesa. Los nermernuh habían llegado a la villa costera en pantalones de gamuza y taparrabos, y se marcharon con chisteras, botas altas de cuero y costosas levitas de botones de latón reluciente, puestas al revés y abotonadas en la espalda.<sup>[19]</sup> Habían cogido percales y lazos brillantes de los almacenes y los habían usado para engalanar sus lanzas y las colas de sus caballos. El grupo que avanzaba por la carretera de Victoria no era simplemente pintoresco, una mancha de color resplandeciente en mitad del espinoso páramo del sur de Tejas, sino que además iba cargado con todo el botín que podía transportar, que también incluía artículos menos frívolos, como aros de hierro y herramientas para fabricar armas, todo ello empaquetado a lomos de caballos y mulas. No se sabe si Joroba de Bisonte daba por cumplida su visión, pero, independientemente de lo que pensase, el plan inicial de librar una gloriosa y prolongada guerra contra los tejanos había dado paso al singular impulso de volver cuanto antes a casa con un botín que tan solo un día antes habría resultado inconcebible.

Los tejanos lo sabían perfectamente. Una comitiva tan enorme, cargada de

mercancías robadas y tipis, que incluía mujeres, niños e incluso algunos ancianos, y se movía tan pesadamente por una llanura despejada de color pardo, no podía pasar inadvertida. Representaba una oportunidad demasiado jugosa para desperdiciarla. Hasta tres compañías distintas se formaron para atacar a los invasores. Una de ellas, compuesta por ciento veinticinco reclutas de los asentamientos del río Guadalupe al mando del capitán John J. Tumlinson, interceptó al ejército comanche cerca de Victoria. Los hombres de Tumlinson hicieron lo mismo que hacían todos los soldados *taibos* de la época: bajarse del caballo y disponerse a luchar, tal y como les habían enseñado. En un combate con comanches, apearse de la montura en campo abierto equivalía a firmar uno mismo su sentencia de muerte. Una pelea entre hombres a pie y hombres a caballo que se movían a cuarenta o cuarenta y cinco kilómetros por hora y que tardaban menos en disparar doce flechas que un fusilero en recargar su arma y disparar un solo tiro, no era una pelea igualada. La única incógnita era cuánto podrían resistir los hombres a pie y si, con un poco de suerte, lograrían abatir a unos pocos jinetes comanches. En condiciones normales, los indios los habrían masacrado allí mismo, pero ese día tenían otros intereses; por encima de todo, la defensa de su atiborrada caravana. Los hombres de Tumlinson se retiraron tan rápido como pudieron, y los comanches se dieron media vuelta, más preocupados por sus mujeres y mulas de carga que por el patético ataque de los *taibos*.

El ejército prosiguió su marcha hacia las montañas del norte, bajo un sol de justicia que había abrasado casi toda la llanura. Normalmente, después de una incursión, sobre todo de esas dimensiones, los comanches se disgregaban en pequeños grupos y se alejaban a toda velocidad hacia las regiones más remotas, una práctica establecida desde tiempos inmemoriales entre los indios de las llanuras. En esta ocasión, sin embargo, no hicieron ni una cosa ni otra; más arrogantes que nunca, enfilaron con ritmo plomizo por la ruta de regreso más obvia. Puede que no tuviesen otra alternativa, habida cuenta de la carga tan tremenda que transportaban. El 12 de agosto, unos rastreadores los avistaron cerca de la actual ciudad de Lockhart, mientras avanzaban con rumbo noroeste a través de la hierba alta y la marga oscura de una de las praderas más hermosas de Tejas. Uno de los testigos, John Henry Brown, describió así la escena:

Vimos perfectamente a los indios pasar en diagonal justo enfrente de nosotros, a un kilómetro y medio de distancia. Iban cantando y girando de diversas maneras, a cada cual más grotesca, en señal de su extraordinario triunfo, y completamente ajenos a cualquier peligro. Por entonces no habían perdido más que un guerrero y habían asesinado a veinte personas.<sup>[20]</sup>

Se les veía venir. Además de sus otros errores de dirección, Joroba de Bisonte había cometido el pecado de ser absolutamente previsible.

Los blancos sabían por qué punto cruzaría el Guadalupe y demás ríos. En

consecuencia, un grupo variopinto y espontáneo de doscientos voluntarios procedentes de las ciudades de Gonzales, Lavaca, Victoria, Cuero y Texana se preparó para esperarlo. (Los hombres de Tumlinson no participaron en la batalla). Ninguno era soldado en el sentido habitual del término. Muchos eran jóvenes que habían llegado a Tejas a raíz de la Batalla de San Jacinto en busca, específicamente, de aventura, violencia y gloria. No eran granjeros que solo echaban mano del rifle cuando pintaban bastos, sino veinteañeros intrépidos y de vista aguda, no muy conscientes de su naturaleza mortal y muy aficionados al combate. «Llegaban al Oeste», escribió Mary Maverick en sus memorias, «atraídos por el carácter salvaje, peligroso y audaz de la vida en la frontera».<sup>[21]</sup> Les motivaba sobremanera rastrear indios y matarlos, y lo hacían encantados sin esperar recompensa ni remuneración. Los comanches, desde luego, nunca habían visto nada parecido a esa clase de individuos. También había tonkawas, tan vengativos como siempre. Todos estos hombres estaban a las órdenes del general de división Félix Huston, máximo responsable de la milicia estatal de Tejas, un soldado de la vieja guardia que en su día había llegado a batirse en duelo con el secretario de guerra Albert Sidney Johnston para dirimir un ascenso.<sup>[22]</sup>

Huston procedió entonces a cometer su propio error garrafal. Como era de esperar, repitió la pifia que Tumlinson había cometido dos días antes: mandó a sus hombres desmontar en campo abierto y formar una línea de batalla en forma de cuadrilátero. Al igual que le ocurrió a Tumlinson, los jinetes comanches los rodearon, disparando flechas y cubriéndose con sus gruesos escudos de piel de bisonte —muy eficaces para desviar las balas—, hiriendo soldados y matando caballos. Según Brown:

Ese fue el error fatídico de aquel día. Nos quedamos allí plantados durante treinta o cuarenta preciosos minutos, mientras los guerreros indios nos atacaban con suma destreza, y sus mujeres y demás integrantes desarmados de la comitiva arreaban la inmensa caravana de animales de carga y caballos sueltos hacia las montañas de los ríos Blanco y San Marcos. Al mismo tiempo, sus arqueros, tiradores de primera, causaban estragos en nuestras filas y en nuestras caballerías.<sup>[23]</sup>

En vista de que la situación empeoraba, los más avezados en combates con los indios, fundamentalmente Ben McCulloch y Matthew Caldwell, suplicaron al general Huston que ordenase una carga de caballería. Mientras Huston sopesaba el agravamiento de la situación, ocurrió algo notable: uno de los jefes comanches, que, usando su escudo con gran pericia, había cargado a escasa distancia de los tejanos, recibió un balazo que lo derribó del caballo. Enseguida lo recogieron dos compañeros y se lo llevaron. Durante unos instantes pareció que amainaba la furia del ataque comanche. De las filas indias brotó un aullido sobrecogedor. Algo marchaba mal con

la brujería; tal vez, como ocurría en ocasiones, los indios habían dado por hecho que el *puha* del guerrero lo haría invulnerable a las balas.

Caldwell captó plenamente lo que sucedía y gritó a Huston: «¡Ahora, general! ¡A la carga! ¡Están hundidos!». Y quizá por primera vez en la historia, un nutrido grupo de hombres a caballo, sin uniforme y con armamento ligero, salió al galope para enfrentarse a una tribu montada de indios de las llanuras en sus propios términos y con su mismo estilo de combate. Y lo que era aún más importante, el ataque señaló la primera vez que un representante del arte bélico tradicional —el general Huston— cedía el testigo en materia de táctica militar a los combatientes vestidos de gamuza de la frontera, representados por McCulloch y Caldwell. La Batalla de Plum Creek, nombre con el que pasaría a la historia, supuso el inicio de ese cambio de estilo bélico que a lo largo de los años siguientes alcanzaría su expresión más lograda en los *rangers* de Tejas. Merece la pena señalar que uno de los milicianos que lucharon en Plum Creek fue John Coffee Hays, uno de esos jóvenes intrépidos que habían acudido a Tejas en busca de aventuras y que estaba destinado a convertirse en el más legendario de los *rangers*.<sup>[24]</sup>

Montados en sus caballos y gritando como comanches, los tejanos picaron espuelas y cargaron contra la larguísima columna, esperando hasta el último momento para apretar el gatillo y soltar una descarga que derribó a quince indios. La carga espantó a los caballos sueltos de los comanches, que salieron corriendo y se estrellaron contra los caballos de carga, muchos de los cuales transportaban pesados fardos repletos de hierro y quedaron atascados en el barro. Se armó tal pandemonio que los guerreros comanches, ya de por sí sobrecogidos por el mal presagio de la muerte de su jefe, se vieron incapaces de maniobrar y, presas del pánico, empezaron a huir. Lo que se produjo a continuación fue una lucha entre los comanches en retirada y los tejanos en acometida que se prolongó a lo largo de más de veinte kilómetros. Fue una refriega sangrienta. Los indios se detuvieron para asesinar a sus cautivos, entre ellos a Nancy Crosby, la nieta de Daniel Boone, a la que ataron a un árbol y acribillaron a flechazos. La señora Watts tuvo más suerte: a ella también la ataron a un árbol y le dispararon, pero su corsé de ballenas desvió la flecha. La joven viuda escapó de los atroces sucesos de ese día con una herida superficial y quemaduras de sol en la piel.<sup>[25]</sup> Los soldados blancos podían ser igual de despiadados que los indios. Uno de ellos, que se topó con una comanche moribunda, la remató a pisotones, antes de atravesarla con una lanza india.

Para los tejanos, la batalla se saldó con una victoria clamorosa. A día de hoy sigue siendo muy difícil discernir si de veras fue así, sobre todo porque, para variar, nos falta la versión india de lo sucedido. Los historiadores coinciden en que los tejanos cargaron a caballo y los indios huyeron en estampida, y en que el ejército de Huston sufrió una víctima mortal y siete heridos; pero es mucha la discrepancia en cuanto al número de indios muertos o al éxito de su retirada. En su momento se manejaron diversos balances de víctimas —25, 50, 60, 80 y hasta 138—, aunque el número de

cadáveres encontrados osciló entre 12 y 25.

Con todo, hay pruebas de que, en realidad, el repliegue indio fue todo un alarde de brillantez táctica. La mayor preocupación de los comanches era proteger a sus mujeres y niños, y parece ser que lo lograron. Aunque perdieron gran parte del botín, conservaron muchos de los caballos. Según Linn, que suscribía de plano la versión de que la batalla había sido una gloriosa victoria para los blancos, tan solo «se recuperaron unos cientos de caballos y mulas».<sup>[26]</sup> De un total de tres mil. El dato invita a pensar que la victoria tal vez no fue tan abrumadora como se glosa en las historias de los *rangers* y demás relatos favorables a los tejanos. En opinión de los historiadores Jodye y Thomas Schilz, la estrategia de los comanches durante la batalla consistió en una serie de amagos, ejecutados por jinetes a gran velocidad, que distrajo a los blancos y protegió a la comitiva de mujeres y niños, que de ese modo consiguieron escapar.

El despliegue de color y destreza ecuestre representó una deslumbrante maniobra de distracción que dio a las mujeres y niños tiempo para arrear a los caballos robados hacia el noroeste y salir fuera del alcance de Huston [...] Pese a sufrir numerosas bajas, Joroba de Bisonte había encabezado una incursión hasta la mismísima costa de Tejas y había llevado de vuelta a casa, sanos y salvos, a la mayoría de los suyos [...] La Batalla de Plum Creek fue un empate técnico.<sup>[27]</sup>

Al terminar la batalla, los tonkawas, que según casi todas las crónicas habían tomado parte en los combates más encarnizados, saldando así sus deudas de sangre ancestrales, se reunieron alrededor de una enorme hoguera que ellos mismos habían encendido y empezaron a cantar. A continuación, varios de ellos arrastraron hacia el fuego a un comanche muerto. Rebanaron pequeños filetes del cadáver, los ensartaron en palos, y tras asarlos en las llamas, se los comieron. Al cabo de unos pocos mordiscos, según Robert Hall, testigo de la escena, «empezaron a actuar como si estuviesen muy borrachos. Bailaban, despotricaban, aullaban y cantaban, y me invitaron a unirme a ellos y comer una tajada de comanche. Decían que aquel bocado haría de mí un guerrero muy valiente».<sup>[28]</sup>

Así como persisten ciertas dudas en cuanto a la brillantez de la victoria tejana en Plum Creek, sobre lo que ocurrió dos meses después en el alto río Colorado el consenso es absoluto. Tras convencer a sus superiores de que los comanches no habían sufrido lo suficiente por las atrocidades cometidas en las razias de Victoria y Linnville, el coronel John Moore, que todavía estaba resentido por la humillación que sufriera en 1839 a orillas del San Saba, reclutó una cuadrilla de voluntarios para llevar a cabo otra expedición punitiva. El 5 de octubre, Moore partió hacia el noroeste, Colorado arriba, con noventa y nueve tejanos y doce apaches lipanes. A mediados de mes había llegado más al oeste de lo que jamás había estado ningún

anglotejano, pues se encontraba a unos quinientos kilómetros al oeste de Austin. Fue allí donde los exploradores lipanes encontraron un campamento comanche de unos sesenta tipis (lo normal era que cada tipi alojase de ocho a diez individuos). Según algunas versiones se trataba del campamento de Joroba de Bisonte.<sup>[29]</sup> Los milicianos acamparon a unos pocos kilómetros. Era una noche de otoño fría y despejada; la tierra estaba cubierta de escarcha.

Los tejanos atacaron al amanecer. Moore había aprendido la lección del San Saba y sus hombres no se apearon de los caballos. Una vez más, los indios, incapaces de imaginar que los *taibos* fuesen a atacarlos en lo más profundo de la Comanchería, estaban completamente desprevenidos. Lo que sucedió a continuación, cuando los tejanos se lanzaron en picado sobre el poblado, fue más una carnicería que una batalla. Los indios que lograron escapar de sus tipis en llamas se encontraron acorralados contra el río. Muchos murieron al tratar de cruzarlo. Los que a duras penas consiguieron llegar a la otra orilla fueron perseguidos, algunos hasta seis kilómetros, y abatidos a tiros.<sup>[30]</sup> Muchos perecieron carbonizados en las tiendas. Solo murieron dos tejanos, señal de que los comanches, en su mayoría, ni siquiera llegaron a empuñar las armas. El mismo Moore prescindió de la consabida formalidad de evitar las muertes de mujeres y niños —un ingrediente clásico de los partes de guerra occidentales—, pues posteriormente afirmaría que había dejado «cuerpos de hombres, mujeres y niños, heridos, agonizantes y muertos por doquier». El coronel afirmó haber acabado con la vida de ciento treinta personas en una media hora, y no hay motivos para dudar de sus palabras. Hizo treinta y cuatro prisioneros, capturó quinientos caballos y redujo el poblado a cenizas. Quedaban así vengadas las fechorías de Linnville y Victoria. Pero la gran guerra no había hecho sino comenzar.

## VIII

### LA SQUAW BLANCA

**H**ay historias basadas en hechos documentados e irrefutables; historias teñidas de rumores, especulación o falsedad; e historias que existen en lo que podríamos denominar las profundidades de la imaginación. A esta última categoría pertenecen muchos de los relatos decimonónicos sobre el cautiverio de Cynthia Ann Parker, la legendaria «squaw blanca» que prefirió los pieles rojas a los rostros pálidos y una vida inmunda en estado salvaje antes que el confort de la «civilización». Casi todas esas crónicas están impregnadas de una especie de incredulidad perpleja ante el hecho de que alguien, sobre todo una mujer, pudiese hacer semejante elección. El resultado final, como en este pasaje escrito en 1893 por un antiguo agente federal encargado de las relaciones con los indios, suele ser una tentativa fantasiosa e incongruente de injertar los ideales románticos europeos en una cultura de la Edad de Piedra:

Con el correr de los años, Cynthia Ann adquirió los encantos de la feminidad cautivadora, y más de un guerrero cobrizo, viendo su corazón asaeteado por los dardos odisiacos de los risueños ojos de la joven y el timbre argénteo de su voz, tendía los trofeos de caza a los pies de la cautiva.<sup>[1]</sup>

Existe un sinfín de relatos por el estilo, muchos de los cuales niegan implícitamente que existiese nada semejante a una cultura india. Todo es Tristán e Isolda. Se retrata a Cynthia Ann enamorándose, paseando por prados fragantes salpicados de flores, departiendo con su empenachado galán sobre las perspectivas de dicha conyugal, y estampas por el estilo. (En otro relato «histórico» completamente inventado que se publicó en muchos sitios, John Parker, el hermano pequeño y compañero de cautiverio de Cynthia Ann, corteja a una hermosa «azteca» de «ojos negros como la noche», también prisionera, con la que pasa horas y horas en amoroso coloquio. Después, la hermosa cautiva pone en peligro su vida para cuidar a John cuando este contrae la viruela, y terminan huyendo a caballo hacia el horizonte a la luz del atardecer).<sup>[2]</sup> Otras versiones de la vida de Cynthia Ann presuponían lo contrario: una realidad atroz en la que la cautiva sufría, espantosas penalidades y «deshonras». Pero en este caso, todo ocurría, contra su voluntad. La idea de fondo — expresada, por supuesto, con delicados eufemismos Victorianos— era que la joven se veía obligada a mantener relaciones sexuales con indios grasientos de piel oscura, auténticas bestias infrahumanas, pues era imposible que ella se prestase a algo así voluntariamente. «Es imposible concebir una situación», lamentaba el editorialista

del *Clarksville Northern Standard*, un periódico del noreste de Tejas, «la mitad de espantosa que la sufrida por esa desdichada joven».<sup>[3]</sup>

Ambos enfoques adolecían de un mismo problema fundamental: nadie sabía realmente lo que le había ocurrido a Cynthia Ann, y nadie supo jamás lo que pensaba. La gente, en consecuencia, tenía vía libre para dar rienda suelta a sus prejuicios. Si bien es verdad que la joven se convirtió, tanto en la leyenda como en la historia, en la cautiva más famosa de su época, lo cierto era que, con nueve años de edad, había desaparecido sin dejar rastro en la inmensidad inconcebible de las Grandes Llanuras. Casi todos los cautivos eran asesinados o entregados a cambio de un rescate al cabo de unos pocos meses o años. La *squaw* blanca estuvo ausente veinticuatro años, tiempo suficiente para olvidar casi todo lo que sabía, inclusive su lengua materna, casarse y tener tres hijos, y llevar la intensa, compleja y sumamente especializada vida de un indígena de las llanuras. Solo se la vio en dos ocasiones, y muy brevemente: la primera, diez años después de su secuestro; la segunda, cinco años más tarde. El resto de todo ese tiempo es, desde el punto de vista de la historia convencional, completamente opaco. Los indios de las llanuras no escribían cartas ni diarios ni registraban sus procesos legales; ni siquiera conservaban las copias de los tratados: la historia, para ellos, no significaba nada.

Lo cual no quiere decir, sin embargo, que la figura de Cynthia Ann se haya diluido por completo en la leyenda. Para desentrañar su vida hace falta escarbar un poco en los asuntos indios de mediados del siglo XIX, llevar a cabo una cierta labor detectivesca con la perspectiva histórica que dan los ciento sesenta años transcurridos. Es posible averiguar con qué bandas comanches vivió, dónde vivían esas bandas, cuándo y dónde sufrieron las epidemias de las enfermedades del hombre blanco, cuándo ganaron o perdieron batallas, así como la identidad de su marido y los nombres y fechas aproximadas de nacimiento de sus tres hijos.

Tal vez lo más importante de todo es que sabemos cómo se comportaban los *nermernuh* con los que podríamos denominar sus «cautivos amados». El fenómeno resultaba casi imposible de creer para las víctimas de la brutalidad comanche, pero existía, y no era insólito. Las mujeres de la tribu, poco fértiles, y los hombres, estadísticamente propensos a sufrir muertes prematuras, no se andaban con distinguos a la hora de acoger foráneos en la tribu. Entre sus cautivos había mexicanos, españoles, miembros de muchas otras tribus —incluidos enemigos tan odiados como los *utes* y los *apaches*—, blancos de toda procedencia y niños negros. El linaje comanche, tal como demostrarían los estudios genéticos del siglo XX, era sumamente impuro en comparación con el de otras tribus. Los cautivos adoptados solían ser niños preadolescentes. A las mujeres adultas las asesinaban o bien las condenaban, como a Rachel Plummer, a una penosa vida de esclavitud, sexual y de toda índole. Algunas, como Matilda Lockhart, sufrieron abusos atroces. La situación de los cautivos amados era completamente distinta. Se les acogía con cariño y se les trataba como a un miembro más de la familia. Ese fue el caso de Cynthia Ann.

Afortunadamente, dado el estruendoso silencio que la propia cautiva guardó sobre el asunto, existen varios testimonios paralelos. El mejor es el de Bianca Babb, alias «Banc», capturada por los comanches en septiembre de 1866, cuando contaba diez años de edad, en Decatur —al noroeste de la actual Dallas—, y liberada previo pago de rescate siete meses después. Bianca Babb fue raptada por la misma banda —los nokonis— que raptó a los Parker, y su crónica es el único relato escrito en primera persona por una niña cautiva de una tribu de las llanuras meridionales.<sup>[4]</sup> Existen grandes similitudes entre el cautiverio de Banc y el de Cynthia Ann Parker, empezando por las espantosas circunstancias en que se produjo el secuestro. La madre de Banc recibió cuatro puñaladas con un cuchillo de carnicero mientras sostenía la mano de su hija.<sup>[5]</sup> Acto seguido, bajo la atenta mirada de la pequeña, le atravesaron los pulmones con un flechazo y, aún viva, le arrancaron la cabellera. (Posteriormente la encontraron junto a un bebé manchado de sangre, su otra hija, que estaba intentando mamar del pecho de su madre agonizante).<sup>[6]</sup> Banc también presencié cómo Sarah Luster, una hermosa mujer de veintiséis años capturada a la vez que ella, se convertía, en palabras del hermano de Banc, en «la desdichada víctima de una violación y humillación indecibles, y de una degradación contraria a su voluntad».<sup>[7]</sup>

Al igual que hicieron con los cautivos Parker, los comanches ataron a Banc, a su hermano y a Sarah Luster a la grupa de unos caballos y se los llevaron a toda velocidad hacia el norte. Apenas les dieron de comer y no los dejaron bajar de sus monturas. En un momento dado a Banc le dieron un trozo de carne sangrienta, cortada de una vaca que habían matado los lobos. La niña se lo comió y le gustó, pero luego se le soltaron las tripas encima del caballo y fue así como adquirió su desafortunado nombre indio: «Andares Malolientes». Tras cuatro días de sed atroz, rozaduras, calambres y quemaduras de sol, llegaron al poblado indio. Allí, el comanche que había cargado con Banc se la entregó a su hermana, cuyo marido había muerto la mañana previa al asalto de la casa de los Babb. La viuda no tenía hijos.<sup>[8]</sup>

Y entonces todo cambió. Banc fue trasladada a un grupo familiar muy unido, compuesto por treinta y cinco miembros que acampaban juntos en ocho tipis de piel de bisonte. La pequeña cautiva y su madre comanche, Tekwashana, compartían la misma tienda. Según las memorias de Banc:

Esta mujer siempre fue buena conmigo, es decir, nunca me reñía, y rara vez me castigaba [...] Nuestra cama consistía en un montón de hierba seca cubierta con mantas y pieles de bisonte adobadas. En las noches frías de invierno, mi madre india me colocaba de pie frente al fuego, girándome de vez en cuando para hacerme entrar en calor, tras lo cual me envolvía en una piel de bisonte y me tumbaba en el lado de dentro de la cama, junto a la pared de la tienda, y me arrebujaba para que estuviese cómoda y bien abrigada. [...] Parecía preocuparse por mí tanto como si de veras

hubiese sido hija suya.<sup>[9]</sup>

El mundo que describe Banc semeja, en ocasiones, el paraíso de un niño. La pequeña, de hecho, afirmaba que «todos los días parecían festivos». Jugaba feliz con otros niños. Le encantaba lo informales que eran las comidas, que por lo general consistían en plantarse de pie alrededor de una cazuela y pinchar trozos de carne con palitos afilados. Le gustaba el sabor de la carne, aunque decía que tardaba mucho en mastigarla. Tekwashana le enseñó a nadar, le perforó los lóbulos de las orejas y le dio pendientes de plata y pulseras de latón. Las mujeres mezclaban sebo de bison y carbón y se lo untaban en su brillante melena rubia para oscurecerle el pelo. A Banc le encantaban las danzas de guerra. Aprendió a hablar comanche enseguida, y con tanta soltura que, después de pasar tan solo siete meses en cautividad —ella pensaba que habían sido dos años—, le costó trabajo «desenrollar la lengua para poder volver a hablar inglés con [su] familia y amigos».<sup>[10]</sup> Tenía dos vestidos y ninguno era de gamuza: uno era de percal y el otro de cutí a rayas azules y blancas.

Banc también habla de padecimientos y días que no tenían nada de festivos. Al fin y al cabo, sus captores eran cazadores-recolectores nómadas; la existencia, en el mejor de los casos, era incierta. No siempre había comida suficiente. Había días en que su familia solo recibía pequeñas raciones de cecina; a veces no le daban nada de comer, y en ocasiones pasaba dos días seguidos sin probar bocado. «Cuando se nos acababan las reservas de carne seca», escribió, «nos alimentábamos de maíz cocido, y cuando se terminaba el maíz y todo el mundo tenía hambre, mataban una mula o un caballo de los gordos, y nos dábamos un festín hasta que se acababa». La cautiva contó que su familia tenía trescientos caballos, lo que indica que detestaban la carne equina y solo la consumían como último recurso. O quizá lo que detestaban era la idea de comerse un producto tan útil y tan rentable en términos comerciales. La banda levantaba el campamento y se trasladaba cada tres semanas —un plazo típico entre nómadas necesitados de amplios pastos— lo que significaba que todo el mundo tenía que trabajar mucho, incluida Banc. Los días de viaje, la joven cautiva iba a por agua, cogía leña, cargaba caballos y mulas, y ayudaba a supervisar toda la logística del traslado, que, entre otras tareas, incluía el cuidado de los perros. En cierta ocasión, mientras llevaba agua, Banc violó un tabú al pasar por delante de los tipis de los hombres, y una anciana, como castigo, le echó los perros. Posteriormente, la misma mujer la atacó con un hacha, aunque la víctima terminó siendo una niña india que había intervenido en la pelea y que resultó muerta. La anciana, señaló Banc, fue ejecutada sumariamente.

En abril de 1867, la joven cautiva fue puesta en libertad a cambio de un rescate de trescientos treinta y tres dólares. La noche anterior, una desconsolada Tekwashana le impidió entrar en la tienda. Al cabo de un rato, la mujer se ablandó, y tras convencer a la niña de que se fugase con ella, la cargó a su espalda y se escaparon. Se trataba de un acto desmesurado y merecedor de un violento castigo, prueba evidente de lo

mucho que quería Tekwashana a su hija adoptiva. Les siguieron el rastro y al día siguiente las atraparon. Banc no tardó en ser devuelta a su familia. En el momento del reencuentro se dio cuenta de que se le había olvidado el inglés.

Otro testimonio menos completo, pero similar en muchos sentidos, es el de una niña que vivía en el centro de Tejas. Una de las incursiones más sangrientas que jamás llevaron a cabo los comanches fue la que tuvo lugar en Legión Valley, cerca de la actual localidad de Llano, en 1868. Los indios hicieron siete prisioneros, pero mataron a cinco de ellos en los primeros días —entre ellos un bebé y un niño de tres años— y solo dejaron vivos a la preciosa Melinda Ann Caudle, alias «Minnie», una niña de ocho años y larga melena, y a un niño de siete años llamado Temple Friend. Minnie fue adoptada en el acto por una comanche obesa, que se la llevó de vuelta al campamento a lomos de su caballo. Su nueva madre durmió con ella para darle calor y tratar de mantenerla al margen de los sucesos de la primera noche, mientras las dos tías de Minnie, violadas y torturadas, lloraban y rezaban a voz en grito.<sup>[11]</sup> Al día siguiente, los comanches decidieron que las dos tías eran demasiado engorro. Cuando las agarraron para matarlas, la madre comanche de Minnie le tapó la cabeza con una manta para que no viese nada.<sup>[12]</sup> Al igual que Banc Babb, Minnie Caudle fue tratada con mucho cariño. Su nueva madre le contaba cuentos junto a la hoguera. Las mujeres no dejaban que los hombres le hiciesen ningún daño. Le cocinaban la carne a su gusto, y siempre que pasaban por un salegar natural se preocupaban de coger un poco de sal para sazonarle la comida. La vestían con ropa de gamuza, y cuando llovía o nevaba le untaban el cuerpo de sebo para que se mantuviese seca.<sup>[13]</sup> También al igual que Banc, Minnie fue puesta en libertad a los seis meses a cambio de un rescate. La historia de su cautiverio quedó inmortalizada en una entrevista publicada en un periódico, y en posteriores entrevistas con sus descendientes.<sup>[14]</sup>

He ahí, pues, dos experiencias que probablemente fuesen muy similares, salvo por el rescate y la liberación, a la de Cynthia Ann Parker. A partir de ahí solo cabe hacer conjeturas. Tanto Banc como Minnie defendieron siempre, hasta el final de sus días, a la tribu comanche. Minnie Caudle, en palabras de su bisnieta, «no toleraba que se hablase mal de los indios». Según su bisnieto, «siempre se ponía del lado de los indios. Decía que, a su manera, eran buena gente. Cuando los atacaban, se defendían».<sup>[15]</sup> Este punto de vista se contradecía con los hechos puros y duros de la experiencia personal de Minnie, quien, entre otras cosas, había visto a sus captores violar y asesinar a cinco miembros de su familia. Banc Babb, en contra de toda razón y recuerdo, pensaba lo mismo. En 1897 solicitó la admisión oficial como miembro adoptivo de la tribu comanche. Algo habían visto las dos niñas en esos comanches primitivos y bárbaros que nadie más había percibido, ni siquiera gente con una larga experiencia de vida tribal, como Rachel Plummer. El hermano de Banc, Dot Babb, lo definió como «lazos afectivos casi tan sagrados como los familiares. La amabilidad que me dispensaban era generosa y constante, y la amistad y el apego con que les correspondí, profundos y sinceros».<sup>[16]</sup> Todos estos niños cautivos tenían la sensación

de que, en el fuero interno de esos asesinos famosos por su brutalidad, latía una profunda ternura. Quizá esa sensación sea una perogrullada: al fin y al cabo, se trataba de seres humanos. Pero los blancos que colonizaron la frontera occidental a mediados del siglo XIX no lo tenían tan claro ni muchísimo menos.

En abril de 1846, un agente tejano llamado Leonard H. Williams recibió órdenes de la Oficina de Asuntos Indios del Gobierno estadounidense de buscar a un cabecilla comanche llamado Pah-hah-yuco. No se trataba de un *paraibo* cualquiera. Junto con el astuto y menudo Mopechucupe (Búho Viejo), Pah-hah-yuco era el más insigne de los jefes civiles penatekas.<sup>[17]</sup> En 1843 había intervenido para impedir la tortura y asesinato de los tres delegados enviados por el gobierno tejano para desagraviar a los comanches por la masacre de la Casa Consistorial. Casi toda la tribu era partidaria de quemar a los tres blancos, pero así de poderoso era Pah-hah-yuco. Hombre alto y corpulento —pesaba más de cien kilos—, tenía varias esposas y, en palabras de un observador, «un semblante agradable, lleno de buen humor y jovialidad».<sup>[18]</sup> Se ha traducido su nombre como «El Hombre Amoroso», pero uno tiene la sospecha de que el apelativo original debía de tener un significado más priápico.<sup>[19]</sup> El coronel Williams, al frente de una expedición compuesta por once hombres, tenía órdenes de invitar al jefe a negociar un tratado, el primero entre la tribu comanche y los Estados Unidos, de los cuales Tejas acababa de convertirse en miembro. También le habían dicho que averiguase si había cautivos en el campamento, y que, de ser posible, pagase un rescate por ellos.

Williams encontró a Pah-hah-yuco a orillas del Washita, en lo que hoy es Oklahoma, probablemente no muy lejos de la confluencia con el río Rojo, a unos ciento veinte kilómetros al norte de la actual Dallas. No está claro cómo logró Williams dar con el poblado en la inmensidad salvaje de aquellos territorios indios sin cartografiar, pero sin duda se sirvió de guías indios de tribus amigas de los comanches, muy probablemente wichitas o delawareos. La entrada imprevista de la pequeña cuadrilla en el enorme poblado comanche, que, con sus tiendas y sus fogatas y sus hileras de carne de bisonte puesta a secar, se extendía a lo largo de varios kilómetros por las sinuosas márgenes del río, debió de ser uno de esos momentos en los que los corazones se desbocan y se dispara la adrenalina. La llegada de los tejanos provocó un alboroto inmediato en el campamento. Algunos de los guerreros más jóvenes enseguida conspiraron para matarlos. Por suerte para Williams, un niño mexicano cautivo le previno del complot y el coronel solicitó la protección de Pah-hah-yuco, quien, «con muchas dificultades», según Williams, «logró pacificar y contener a sus hombres».<sup>[20]</sup>

Tras librarse por los pelos de morir asesinado, cuál no sería el asombro del coronel al enterarse de que uno de los habitantes de la aldea comanche era Cynthia Ann Parker, la última víctima de la famosa matanza del fuerte Parker que seguía

desaparecida, la pequeña niña rubia de ojos azules que nunca volvió. No se sabe con exactitud cómo pudo Williams enterarse de la identidad de la cautiva, pues ella desde luego no se lo dijo y, además, la idea de rescatarla de un destino tan aciago y espantoso fue exclusivamente del coronel, no de la joven. Cynthia Ann tenía diecinueve años. Williams la conocía de antes, pues había tenido trato con su familia poco después de que los Parker se afincasen en Tejas. Tal era la fama de la cautiva, pese a los años transcurridos, que Williams envió de inmediato un mensajero a Austin para que transmitiese la noticia a la oficina del gobernador.

El coronel se dispuso entonces a intentar comprar a la muchacha. En aquella época, la compraventa de cautivos era una actividad de lo más normal. Para los comanches había sido una fuente de ingresos desde los inicios de su supremacía ecuestre. En concreto, habían hecho un gran negocio con los cautivos apaches y mexicanos, por lo general usando de intermediarios a los wichitas de la región nor-central de Tejas, famosos por sus profusos tatuajes. Los cautivos, transportados como si fuesen balas de algodón, solían terminar en los mercados de Louisiana. En la época de la visita de Williams, la actividad parecía concentrarse en varios almacenes del río Rojo, donde tratantes mercenarios y otros individuos de la frontera, de dudosa reputación y escrúpulos escasos, se dedicaban a una especie de intermediación consistente en pagar a los indios un rescate por sus cautivos para después revendérselos a sus familiares embolsándose un margen. Se trataba de una actividad sumamente especulativa, y abundaban las mentiras y tergiversaciones. Hubo cautivos cuyos «salvadores» resultaron ser estafadores de la peor calaña.

Sin embargo, como no tardaría en descubrir Williams, el caso de Cynthia Ann era diferente. Los indios sencillamente se negaban a negociar. Según una versión de los hechos, el coronel ofreció «doce mulas sueltas y otras dos cargadas de mercancías» por la joven, un precio exorbitante por un solo rehén. Los indios lo rechazaron, afirmando, según la crónica publicada en un periódico, que «preferían morir antes que entregarla».<sup>[21]</sup> De acuerdo con otra versión, Williams les ofreció «una gran cantidad de productos y de cuatrocientos a quinientos dólares en metálico».<sup>[22]</sup> Aun así, los indios se negaron. Del comportamiento de Cynthia Ann también circularon varias versiones. Según una de ellas, la joven salió corriendo y se escondió para evitar a Williams y a sus hombres. Según otra, «no paraba de llorar», es de suponer que ante la posibilidad de que se la llevasen. En una tercera versión, el coronel recibió permiso para hablar con la cautiva. Ella se le acercó y se sentó al pie de un árbol con la mirada perdida, negándose a hablar y sin siquiera dejar ver si lo entendía o no. Según James T. DeShield, un historiador tejano del siglo XIX, que casi con toda seguridad adornó su relato en atención a la delicada sensibilidad de sus lectores, «el perceptible temblor de los labios de la joven delataba su ansiedad y ponía de manifiesto que no era inmune a los sentimientos comunes a toda la humanidad».<sup>[23]</sup>

Una carta escrita cuatro meses después por los delegados Pierce Butler y M. G. Lewis al comisario de Asuntos Indios de Washington aclaró el misterio. Los

delegados daban a entender que el problema no radicaba en Pah-hah-yuco ni en los demás jefes, que estaban más que dispuestos a venderla por un precio adecuado, sino en el hecho de que «uno de los comanches [afirmaba] que la joven era su mujer». Y añadían: «Ya sea por influencia de su supuesto marido, o por voluntad propia, el caso es que ella no está dispuesta a abandonar a la gente con la que vive».<sup>[24]</sup> Al parecer, por difícil que fuese de aceptar para la sociedad blanca, se trataba de una cuestión de amor. Sea como fuere, Cynthia Ann no se movería de allí ni por todo el dinero del mundo. En un lugar tan materialista como la frontera del Oeste, la noticia resultaba increíble.

En un momento dado, Cynthia Ann y Peta Nocona empezaron a vivir con los penatekas, aunque la fecha exacta no se sabrá nunca. Supuestamente, los comanches que asaltaron el fuerte Parker eran nokonis, pero las pruebas que sustentan esta hipótesis son, en el mejor de los casos, endebles, como lo era también el conocimiento general de los *taibos* en materia de bandas indias. Bien pudieron ser penatekas, o incluso tennawish, una banda de menor relieve que acampaba, cazaba y participaba en correrías con los penatekas. O incluso varias bandas combinadas. Según un testimonio, Cynthia Ann estaba con los yamparikas del remoto norte, lo que casi con toda seguridad no era cierto. Pero es importante distinguir entre las diferentes bandas. A juzgar por las pruebas disponibles, la banda con la que Cynthia Ann pasó la mayor parte de la década de 1840 fueron los penatekas, los comanches sureños de Pah-hah-yuco.

Lo cual fue mala suerte. Independientemente de cómo hubiese ido a parar a esa banda, lo cierto es que la cautiva se vio inmersa en un desastre social y cultural de dimensiones colosales. Por establecer un paralelo histórico posterior, fue como si a uno lo hubiese adoptado una familia judía en el Berlín de 1932. La cosa no tenía mucho futuro. Cynthia Ann se convirtió en la víctima indefensa de la colisión de unas fuerzas históricas gigantescas que escapaban absolutamente a su control. Lo que les ocurrió a los penatekas en la década de 1840 supuso su destrucción en tanto organización social cohesionada. No se extinguieron rápidamente ni sucumbieron sin plantar cara —en sus últimos estertores fueron más mortíferos que nunca, sobre todo en sus incursiones por México—, pero ya nunca se recuperarían. La mayoría de los supervivientes, famélicos y desmoralizados, se retiraron a rastras a una reserva minúscula en 1855, despreciados incluso por los demás comanches.

Semejante final habría sido impensable tan solo diez años antes. En el momento del asalto al fuerte Parker, cuando una Lucy Parker deshecha en lágrimas colocaba a su aterrorizada hijita en la grupa de un mustang, los comanches, y en particular los penatekas, se hallaban en el apogeo de su poder e influencia. Habían derrotado a los europeos y amedrentado a los mexicanos, y ejercían un dominio tan absoluto en las llanuras meridionales que ya no se veían amenazados por ninguna otra tribu. Tenían

los enemigos suficientes como para mantenerse entretenidos y abastecidos con un superávit de ganado caballar, pero ninguno era verdaderamente preocupante. Su fuente de comida y sustento, los bisontes, deambulaban por las llanuras en un número sin precedentes y todavía ocupaban hasta el último rincón de la Comanchería. El bajo índice de natalidad de la tribu prácticamente garantizaba que su estilo de vida nómada, siempre en pos de las manadas de bisontes, fuese sostenible a perpetuidad. El mundo de los comanches se hallaba, pues, suspendido en lo que parecía un equilibrio perfecto, un contrapeso de tierra, viento, sol y cielo que duraría eternamente: un imperio bajo la radiante luna estival. Para aquellos que, como Cynthia Ann y su marido, fueron testigos del cambio desde una perspectiva tan cercana y personal, la velocidad con la que se derrumbó ese mundo idílico debió de resultar poco menos que increíble. La propia Cynthia Ann, hija biológica de unos pioneros que a la sazón arremetían con violencia contra la barrera comanche, ese parapeto antiquísimo que hasta entonces había repelido todos los intentos de invasión, y después hija adoptiva de una cultura que empezaba a marchitarse, era el emblema del cambio.

La *squaw* blanca y su marido, Peta Nocona, lograron sobrevivir al cataclismo. Como nómadas que eran, se desplazaban continuamente. Uno se imagina a Cynthia Ann en una de esas migraciones, a lomos de su caballo, avanzando lentamente por la extensa llanura herbosa junto a centenares de jinetes, siguiendo a la vanguardia guerrera hacia un horizonte inmenso y difuminado por la calima que a los blancos debía de parecerles la quintaesencia del vacío. No faltarían las largas caravanas de mulas cargadas hasta arriba, los caballos, y los perros comanches omnipresentes. Habría caballos que tiraban de angarillas para transportar los gigantescos postes de las tiendas y las montañas de pieles de bisonte, hendiendo la tierra a su paso y trazando en la pradera surcos paralelos perfectos que se fundían y desvanecían en el cielo azul de Tejas. Y cerrando la comitiva, la inmensa yeguada, la fuente de riqueza comanche. Debía de ser un espectáculo grandioso. Cynthia Ann llevaba una vida dura. Las mujeres se ocupaban de las tareas más penosas, entre ellas casi todas las relacionadas con el traslado del campamento. Trabajaban de sol a sol, vivían poco y mal, y no rechistaban; se ocupaban de todo menos de cazar y combatir.

La ubicación de los campamentos de Pah-hah-yuco da una idea de las enormes distancias que recorrió la cautiva. En 1843, la banda estaba acampada en Cache Creek, al norte del río Rojo y al sur de la actual Lawson, en Oklahoma (el poblado estaba situado a orillas de un arroyo, en plena pradera, y se extendía a lo largo de casi un kilómetro).<sup>[25]</sup> En 1844 estaban en las Llanuras Saladas de la región nor-central de la actual Oklahoma, en la confluencia entre el río Arkansas y su afluente el Salt Fork,<sup>[26]</sup> bastante al norte del Washita, donde Williams la encontró dos años después. En 1847, la banda de Pah-hah-yuco fue vista a ciento cincuenta kilómetros al norte de Austin, en una pradera de suaves colinas y escasos árboles, instalada en un campamento de ciento cincuenta tipis, y posteriormente,<sup>[27]</sup> ese mismo año, en un

poblado situado en las colinas y mesetas calizas que se extienden al oeste de Austin. En 1847 se identificó a Cynthia Ann entre los tennawish, unos comanches que solían acampar con los penatekas y con los cuales Pah-hah-yuco se asociaba a menudo (es posible que, a partir de 1845, fuesen la misma banda a todos los efectos). Esos campamentos estaban en el extremo occidental de Tejas, en la cabecera del río Rojo. Según algunas fuentes, Cynthia Ann iba vestida con «percal procedente del saqueo de Linnville» y huía «con los desconcertados comanches remontando el curso del Guadalupe y del Colorado»,<sup>[28]</sup> lo que indicaría que había tomado parte en la incursión de Joroba de Bisonte. Pero son afirmaciones imposibles de demostrar.

Estas migraciones cuadran con lo que sabemos de los penatekas. A raíz del Combate de la Casa Consistorial, la banda había trasladado sus campamentos hacia el norte, lejos de la hostilidad exacerbada del gobierno de Lamar. Mediada la década, en vista de los cambios que se producían en el clima político, empezaron a regresar poco a poco al sur, a sus territorios tradicionales. Cynthia Ann iba con ellos y se movía en un radio de quinientos kilómetros. Estuviese en un sitio u otro, la cautiva tuvo la mala suerte de vivir con la banda cuyos poblados y territorios de caza fueron los primeros en recibir las embestidas impacientes y pertinaces de la civilización blanca.

Los penatekas fueron los más castigados por el gobierno de Mirabeau Lamar (1838-1841). Sufrieron las derrotas de la Casa Consistorial, Plum Creek y el alto río Colorado, dos de las cuales fueron auténticas masacres. También lograron algunas victorias, desde luego —como las de San Saba y Bird's Creek—, y muchas otras que no pasaron a la historia contra milicias y compañías de *rangers*. Pero a buen seguro tenían la sensación de haber perdido más de lo que habían ganado, máxime contra un enemigo que parecía disponer de recursos humanos y financieros ilimitados. Se cree que, solo entre 1836 y 1840, los penatekas perdieron una cuarta parte de todos sus guerreros.<sup>[29]</sup>

En condiciones normales, con una población tan exigua, harían falta años para recuperarse de tamaños reveses. Pero para los penatekas ya había empezado la cuenta atrás. Lo que estaba matándolos de forma constante e implacable no era la belicosa política de Lamar, por despiadada que fuese. Ni siquiera la catastrófica desaparición de los bisontes de sus territorios de caza orientales. El agente de destrucción era el mismo que había aniquilado a la mayor parte de la población de casi todas las tribus indígenas del Nuevo Mundo, empezando por los aztecas: las enfermedades del hombre blanco. No era la primera vez que las tribus ecuestres sufrían ese azote. Se cree que antes de 1820 ya circulaban entre los indios de las llanuras unas treinta epidemias de diversa consideración —sarampión, malaria, tos ferina y gripe, entre otras— que se cobraron un número desconocido de víctimas.<sup>[30]</sup> Pero ninguna otra banda o tribu de las llanuras sufrió tanto esa lacra como los penatekas. En 1816, sus razias en México les trajeron como consecuencia la reintroducción de la viruela, junto con otra enfermedad horripilante y sumamente contagiosa que nunca habían visto hasta entonces: la sífilis. En 1839, la viruela volvió a causar estragos en la banda, esta

vez transmitida por los kiowas, que a su vez la habían contraído de los indios mandan del río Missouri. Los muertos se contaron por miles.

Los penatekas se hallaban indefensos ante esa magia invisible y terrorífica. Aunque los comanches poseían tratamientos bastante complejos e ingeniosos para las afecciones simples —trataban eficazmente los dolores de muelas con hongos de árbol calentados al fuego, y rellenaban las caries con un «empaste» de setas secas; elaboraban laxantes a base de corteza de sauce hervida; y practicaban torniquetes e incluso una cirugía rudimentaria a los heridos de bala—,<sup>[31]</sup> los únicos medios a su alcance para combatir esos espíritus malignos eran los ensalmos y plegarias, las incisiones mágicas en el cuerpo y los rituales de purificación. Un ejemplo de estos rituales era la supuesta cura para la viruela: se hacía transpirar al enfermo hasta que sudaba a chorros y, acto seguido, se le sumergía en un arroyo frío, un tratamiento que a menudo resultaba fatal.

En 1849 sobrevino el golpe más devastador de todos: el cólera. La enfermedad había surgido por primera vez a comienzos del siglo XIX en el delta del Ganges. En 1830 se declaró en Europa y dos años después cruzó el Atlántico y se propagó rápidamente por el Nuevo Mundo. Al oeste de Norteamérica llegó a bordo de las caravanas de los miles de buscadores de oro que se dirigían a las minas de California. Aunque estos usaban vías tradicionales, como la de Santa Fe, también abrían nuevos caminos, como la ruta que, siguiendo el cauce del río Canadian, cruzaba Oklahoma y Tejas y, por consiguiente, el mismísimo corazón de la Comanchería. Solo en 1849 recorrieron esa ruta tres mil pioneros. Eran gente sucia y despreciable, de hábitos higiénicos poco mejores que los de los indios, palurdos sedientos de oro procedentes de los rincones más pobres del Este y los Apalaches. Llevaban consigo la muerte —también estaban enfermos de viruela— y la propagaron por cientos de poblados indios.

El cólera no era una dolencia sutil: mataba rápido y de manera fulminante. El periodo de incubación iba de dos horas a cinco días, lo que significaba que, desde el momento de la infección, podía —y solía— causar la muerte a un adulto sano en cuestión de horas. La enfermedad se caracteriza por una diarrea aguda y vómitos violentos, seguidos de calambres en las piernas, deshidratación extrema, sed atroz, insuficiencia renal y, finalmente, muerte.<sup>[32]</sup> Era una forma horrible de morir, y una cosa horrible de presenciar. El cólera se transmitía por ingestión de materia fecal, bien directamente o a través de agua o comida contaminadas. Imagínese el lector un poblado de quinientos individuos primitivos con escasos o nulos hábitos higiénicos en el que varios cientos de ellos sufriesen de diarrea violenta e incontrolable. Las fuentes de agua no tardarían en contaminarse y, a partir de ahí, todo lo demás también se infectaría, dando lugar a una especie de pesadilla microbiana. Los comanches, incapaces de entender el origen de la epidemia, estaban desahuciados. Para colmo, dada su concepción supersticiosa de la enfermedad, solían dejar que los enfermos muriesen solos. Las desconsoladas familias abandonaban a sus padres, madres o hijos

moribundos y huían a otro poblado para ponerse «a salvo», con lo cual lo único que hacían era infectar a los habitantes del campamento de acogida. La epidemia también arrasó el resto de las llanuras. La mitad de toda la tribu kiowa perdió la vida; cinco décadas después, los kiowas aún recordaban el episodio como la experiencia más terrible de cuantas permanecían grabadas en la memoria de la tribu.<sup>[33]</sup> El cólera también mató a la mitad de los cheyennes del sur, unos dos mil aproximadamente, entre ellos bandas enteras. Y entre los kiowas y los arapahoes hubo indicios de suicidios inducidos por la enfermedad.<sup>[34]</sup>

Nadie sabe cuántos miles de comanches murieron en la epidemia de cólera de 1849. Algunas bandas del norte, como los kotsotekas, también quedaron devastadas. De todos los penatekas que aún quedaban con vida se cree que murió la mitad, lo que significaría que la banda pasó de ocho mil a dos mil miembros en menos de treinta años, aunque es imposible llevar a cabo un cálculo fehaciente. Casi todos los jefes importantes murieron en 1849. Lo que había empezado como una disolución paulatina ya llevaba todas las trazas de ser una desintegración. Pah-hah-yuco logró sobrevivir a la debacle, pero a las primeras de cambio se retiró a los remotos territorios del norte. La banda eligió como su sucesor a Joroba de Bisonte, pero el título carecía de significado, pues en adelante la banda carecería de un jefe común.<sup>[35]</sup> Los supervivientes constataron que los bisontes ya no bajaban hasta su territorio, y que los demás animales, en gran medida, también habían desaparecido. Mientras tanto, habían firmado algunos tratados, que, naturalmente, no les sirvieron de protección alguna. Los acuerdos establecían fronteras que los indios no podían cruzar, ni siquiera para cazar, mientras los hombres blancos enviaban hacia el Oeste cuadrillas de topógrafos que, atravesando esas mismas líneas imaginarias, penetraban en las tierras de los indios. A comienzos de la década de 1850, muchos penatekas se morían de hambre. En palabras de uno de sus jefes, Ketumseh:

En este inmenso país, donde durante siglos nuestros antepasados vagaron a sus anchas, libres y felices, ¿qué nos queda? Nos matan y expulsan la caza, nuestro principal sustento, y nos obligan a recluirnos en los rincones más estériles y yermos, donde nos morimos de hambre. No tenemos más perspectiva que la extinción, y aguardamos el desenlace con imperturbable indiferencia. Dadnos un país que de verdad sea nuestro, donde podamos enterrar a nuestros muertos en paz.<sup>[36]</sup>

Hoy podemos ver la secuencia completa: el relato íntegro de los comedores de miel, los orígenes de su poderío, sus largas migraciones hacia el sur, sus guerras contra apaches y mexicanos, la conquista de la hegemonía en las llanuras meridionales, la maldición de su cercanía a los asentamientos blancos, y los estragos que les causó el cólera. Podemos ver su declive, su decadencia, su sufrimiento, la trayectoria descendente de su caída. Pero todo eso es una reconstrucción a posteriori.

En su momento, nadie, ni en la frontera ni en Houston ni en Washington, supo captar esa perspectiva general. Era indudable que los tejanos habían salido victoriosos de los enfrentamientos en la Casa Consistorial, Plum Creek y el Colorado, pero ninguno sabía con exactitud qué significaban esas victorias ni qué porcentaje de la tribu comanche había tomado parte en las contiendas. Para los tejanos, un grupo feroz e independiente como el de los quahadis, con una manada de quince mil caballos y miles de miembros acampados en el Cañón de Palo Duro, superaba todo lo conocido e incluso lo imaginable. Nadie sabía tampoco cuántos comanches murieron de cólera o de viruela en 1839. Se trataba de catástrofes invisibles, y para entenderlas cabalmente habrían de pasar décadas. La Comanchería seguía extendiéndose amenazante ante los colonos blancos, tan misteriosa, impenetrable y mortífera como siempre. Lo último que se le ocurriría a nadie era organizar una nutrida fuerza de soldados para dirigirse hacia el remoto noroeste con ánimo de conquistarlo. Los *taibos*, al menos, no pensaban hacerlo.

En ese mundo enigmático de conocimientos incompletos y juicios imprecisos también pasaba inadvertido el principal efecto secundario de la política beligerante de Lamar. Aunque el presidente había obligado a los comanches sureños a retroceder hasta más al norte del río Rojo, propiciando así un periodo de paz, lo que no había logrado era cambiar la naturaleza de la tribu. La cultura nermernuh se basaba en la guerra: los jóvenes seguían obligados a luchar, matar y volver con caballos robados. En lugar de dirigirse a la frontera tejana, que ya se consideraba un lugar peligroso, los penatekas enfilaban hacia el oeste, por la vieja «ruta comanche», que conducía a los estados mexicanos de Tamaulipas, Coahuila, Nuevo León y Chihuahua. La autoridad gubernamental en esos territorios era más bien escasa, como resultado del lento y prolongado declive del poder imperial español y de la falta de voluntad de los mexicanos para perseguir a los indios que merodeaban en sus provincias norteñas. Los ochenta mil efectivos del ejército nacional permanecían en el sur, donde por lo general se utilizaban para reprimir al pueblo mexicano. La única amenaza real que podía plantearseles a los comanches eran los vaqueros armados. La región, pues, era una especie de paraíso para los saqueadores.

Fue por aquel entonces cuando Joroba de Bisonte, Santa Anna y otros jefes penatekas, dando un amplio rodeo en forma de arco, se dedicaron a sembrar el terror y la destrucción en las provincias mexicanas del este. Dejaron un largo reguero de cadáveres tumefactos y achicharrados y aldeas reducidas a cenizas; torturaron hasta la muerte a cientos o miles de víctimas —nadie sabrá jamás el número exacto—; y capturaron reses, caballos y docenas de niños. En el verano, algunas personas declararon haber visto a la asombrosa comitiva atravesar la actual Fort Stockton en su regreso hacia el norte por la ruta comanche, una larga y polvorienta columna de vacas, caballos y cautivos, el botín de toda una temporada de saqueos. Los comanches mataron al sur del río Grande a varios miles de personas más de las que jamás habían matado en Tejas; buena parte de estas matanzas las cometieron los

penatekas, y en una época que los historiadores modernos consideran las postrimerías de la banda.

La paz en Tejas también era una ilusión. El profundo desconocimiento que los blancos tenían de los comanches quedó patente en el tratado de paz que se firmó en 1844, fruto de los tres años de trabajo que Sam Houston había dedicado al asunto desde que en 1841 retomara a la presidencia portando consigo sus viejas ideas pacifistas. Aunque los tejanos solo estaban pactando con una fracción de los penatekas —el tratado lo firmaron únicamente Búho Viejo y Joroba de Bisonte (ni Pah-hah-yuco ni Santa Anna estuvieron presentes)—, insistían en aludir a la «tribu comanche» y a la «nación comanche», como si todas las bandas hubiesen tomado parte en las negociaciones. El mismísimo Sam Houston, pese a su larga experiencia con los indios, insistía en la errada convicción de que los jefes comanches ejercían autoridad sobre otras bandas y sobre los kiowas.<sup>[37]</sup> Según ese punto de vista, los tejanos podían suscribir un tratado que todos los comanches, desde el este de Colorado y el oeste de Kansas hasta la frontera mexicana, cumplirían sin rechistar. La idea era ridícula. Los líderes de la banda penateka apenas si eran capaces de ponerse de acuerdo entre ellos. Los comanches peligrosos, los que seguían campando por sus respetos, libres e invictos, en las praderas más remotas, sin que la guerra ni la enfermedad hubiesen acabado aún con ellos, no habían firmado nada.

Pero en la Tejas de mediados del siglo XIX, nadie podría haber afirmado algo así. Tampoco imaginaban que para librarse definitivamente de los comanches iban a hacer falta otros treinta años de guerra.

A raíz de la visita del coronel Williams al campamento comanche, la familia Parker volvió a convertirse en noticia, tanto por el descubrimiento de que los huesos de Cynthia Ann no estaban blanqueándose en un remoto arroyo alcalino, como por su negativa a regresar a la civilización. El 1 de junio de 1846, el *Houston Telegraph and Texas Register* publicó un reportaje sobre el encuentro. «La señorita Parker se ha casado con un jefe indio», afirmaba con naturalidad el reportero, como si se tratase de un eco de sociedad, «y está tan entusiasmada con el estilo de vida indio que no está dispuesta a volver con sus parientes blancos». La crónica añadía que se había hecho todo lo posible por recuperarla, sin ningún éxito. «Aunque la trajesen de vuelta con sus parientes», concluía con pesadumbre, «lo más probable es que, a la mínima oportunidad, huyese a las tierras salvajes del norte de Tejas».

No todo el mundo estaba dispuesto a aceptar esa situación. Entre las voces discrepantes destacaba la de Robert Neighbors, un agente de gran talento que a la sazón trabajaba de delegado del gobierno de Tejas en asuntos indios. En el verano de 1857, convencido de que Cynthia Ann era el único cautivo blanco que seguía con vida entre las tribus de las llanuras, Neighbors orquestó una campaña para rescatarla, consistente en enviar mensajeros con regalos y dinero a todos los poblados. Cosechó el mismo fracaso que el coronel Williams. «Durante el último verano», escribió Neighbors el 18 de noviembre de 1847 en un informe dirigido al comisario de

Asuntos Indios del Gobierno estadounidense, «he utilizado todos los medios a mi disposición para persuadir a esos indios de que nos devuelvan a la señorita Parker a cambio de sustanciosas recompensas, pero los jefes comanches amigos me han asegurado que tendría que recurrir al uso de la fuerza para inducir a la banda que la tiene cautiva a entregárnosla».

El agente también expresó algo interesante al señalar que Cynthia Ann estaba «con la banda Tennawish de los comanches [...] con la que mantenemos pocos o nulos contactos. Esta banda reside en la cabecera del río Rojo».<sup>[38]</sup> Si Neighbors estaba en lo cierto, y es muy probable que lo estuviese, Cynthia Ann y su marido habían cambiado de banda y, al hacerlo, se habían desplazado muy al oeste de los territorios habituales de los penatekas. El propio Pah-hah-yuco se asociaba en ocasiones a los tennawish,<sup>[39]</sup> lo que podría explicar el cambio. Sea cual fuere la causa del traslado, lo cierto es que suponía un evidente alejamiento del peligro y de la agonía de los penatekas. Cynthia y Peta Nocona huían de la frontera tejana. Eran fugitivos. Al cabo de un año, la pareja volvió a cambiar de banda. En esta ocasión pasaron a residir aún más al norte, en Elk Creek, al sur de las montañas Wichita del llamado territorio indio (actual Oklahoma).

Allí, mientras el mundo de los comanches sureños se venía abajo, Cynthia Ann y Peta Nocona tuvieron un hijo. Según entrevistas posteriores con sus descendientes, le pusieron de nombre Kwihnai, «Águila». De ser cierto, el nombre de Quanah era un apodo. Su significado tampoco está nada claro. Según le contaría su hijo Baldwin Parker a un entrevistador, el nombre procedía de la voz comanche «kwaina», que significa «fragante».<sup>[40]</sup> Aunque el nombre de Quanah suele traducirse como «olor», «aroma», «fragancia» o «perfume», la raíz shoshón *kwanaru*, que significa «hediondo», podría indicar el verdadero origen del apelativo. Según esta teoría, la gente habría modificado su nombre original para que significase «hedor».<sup>[41]</sup> A los dos años, Cynthia Ann dio a luz a otro varón al que puso de nombre Peanuts, «cacahuetes». Según entrevistas posteriores con el propio Quanah, el nombre de su hermano se debía al grato recuerdo que atesoraba su madre de los cacahuetes que comía alrededor de la hoguera en el fuerte Parker.<sup>[42]</sup> Lo insólito de ambos nombres invita a pensar que Cynthia Ann —de quien la tradición familiar siempre dijo que era «una *squaw* de armas tomar»— y su marido, contraviniendo la costumbre comanche, habían elegido los nombres de los niños por su cuenta.<sup>[43]</sup>

La primera vez que se tuvo noticia de estos hechos fue en 1851, cuando un grupo de comerciantes encabezados por un hombre llamado Victor Rose, que posteriormente escribiría historias sobre esa época, vio a la *squaw* blanca en un poblado comanche. Cuando le preguntaron si quería marcharse de allí, ella sacudió la cabeza y, señalando a sus hijos, explicó: «Estoy felizmente casada. Amo a mi marido, que es un hombre amable y bondadoso, y a mis pequeños, que también son de él y no puedo abandonarlos». Rose describió a Peta como un «mancebo grandullón,

grasiento y holgazán».<sup>[44]</sup> El testimonio suena un poco raro: no cabe duda de que Rose vio a Cynthia Ann, pues fue el primero que informó de la existencia de los niños, pero es bastante improbable que la mujer fuese capaz de emitir esas frases gramaticalmente perfectas. Merece la pena subrayar la fecha. La presencia de los dos hermanos jugando a los pies de la madre parecería confirmar que Quanah nació antes de 1850, y hasta puede que en 1848. En cualquier caso, Cynthia Ann fue sincera. En esa época ya era «Nautdah», «Alguien encontrado», el apelativo que le puso Peta Nocona, cuyo nombre a su vez significa «El que viaja solo y regresa».<sup>[45]</sup>

Lo último que se supo de Cynthia Ann en la década de 1850 fue gracias a un informe del capitán Randolph Marcy, explorador intrépido y cronista fiable de la frontera. «Hay en estos momentos una mujer blanca entre los comanches del medio», escribió Marcy, confirmando que Cynthia Ann había cambiado de banda y ubicándola con los nokonis o los kotsotekas, ambos conocidos como comanches del medio, «que fue capturada junto con su hermano cuando ambos eran niños y vivían en la casa de su padre, en el oeste de Tejas. Esta mujer ha adoptado todas las costumbres y peculiaridades de los comanches, tiene un marido e hijos indios, y es imposible convencerla de que los abandone».<sup>[46]</sup>

De momento, la *squaw* blanca volvía a disfrutar de la libertad que siempre habían tenido los comanches y de la que ya no gozaban los desdichados penatekas. Estaba en las inmensas llanuras abiertas, allí donde los bisontes aún se contaban por millones y el poder comanche permanecía intacto. Allí donde el hombre blanco aún no se atrevía a poner el pie.

## IX

### EN POS DEL VIENTO

**L**os demás rehenes del clan Parker —Rachel Plummer, Elizabeth Kellogg, John Richard Parker y James Pratt Plummer— corrieron suertes muy dispares. Todos, de un modo u otro, estaban relacionados con James W. Parker, padre de Rachel y tío de Cynthia Ann, el hombre cuya pasmosa falta de criterio fue el principal desencadenante del desastre que en mayo de 1836 se abatió sobre el clan. Como la mayoría de los Parker, James era un personaje pintoresco. Pero era mucho más que eso. Era uno de los individuos más estrafalarios, radicales, obsesivos, ambiciosos, violentos, inmorales, insensatos y temerarios que jamás se afincaron en la primitiva frontera tejana. Presentaba tantas contradicciones que resulta imposible llevar la cuenta de todas. Era un ciudadano ilustre que, en diversos momentos de su existencia, se vio acusado de asesino, falsificador, embustero, borracho, cuatrero y ladrón, y expulsado de dos iglesias distintas por mentiroso y dipsómano. Y aun así, a lo largo de su vida, fue juez de paz elegido por sus conciudadanos, miembro fundador del cuerpo de *rangers* de Tejas, representante en la legendaria «consulta» que sentó las bases de la revolución tejana, y amigo de Sam Houston y de Mirabeau Lamar. James Parker era un predicador que en su día tuvo su propia iglesia, y un empresario próspero que poseía un aserradero y miles de hectáreas de tierra. Aunque su vida desprende un cierto tufo de falsedad, incorrección y, en general, irregularidad, nunca lo condenaron por delito alguno. Algunos de sus vecinos afirmaban que el asalto al fuerte había sido consecuencia de uno de sus negocios turbios. Según esta teoría, James había comprado caballos robados a los indios con dinero falso, y el verdadero fin del ataque habría sido vengarse de la estafa.<sup>[1]</sup> Pero jamás se demostró nada, y el propio James defendió con brío su honor en un panfleto publicado por él mismo.<sup>[2]</sup> Aunque reconoció haber cometido cinco homicidios, todas las víctimas eran indígenas, y el asesinato de pieles rojas no estaba penado en la República de Tejas.

Con todo, no eran esos los motivos principales de la fama de James Parker. A pesar del oprobio y las desventuras, se le conocía en todo el Oeste como el hombre que buscaba a los cautivos del clan Parker. El hombre que no se daba por vencido. Entre 1836 y 1837, James llevó a cabo cinco viajes en solitario a territorio indio, más que nada en función de las informaciones que llegaban a sus oídos sobre mujeres jóvenes de raza blanca —como su hija Rachel— que habían sido raptadas por indios. De 1841 a 1844 hizo otras cuatro o cinco expediciones, basándose en pistas que a su juicio podían conducirlo hasta su sobrina Cynthia Ann Parker, su sobrino John Richard Parker, o su nieto James Pratt Plummer.<sup>[3]</sup> En total, el hombre recorrió unos ocho mil kilómetros, buena parte de ellos en solitario. El único buscador de cautivos

remotamente comparable en toda la historia de Estados Unidos fue un antiguo esclavo llamado Britt Johnson, que a partir de 1864 viajó en cinco ocasiones a las tierras vírgenes en busca de su mujer e hijos, los cuales también habían sido capturados por los comanches.<sup>[4]</sup> (Si al lector empieza a sonarle la historia de James, tal vez sea porque sirvió de inspiración al cineasta John Ford para su espléndida película *Centauros del desierto*, con John Wayne en el papel de James Parker, y Nathalie Wood en el de su sobrina, la versión cinematográfica de Cynthia Ann).

El primer viaje de Parker en busca de sus parientes lo llevó a la ciudad de Nacogdoches, en el este de Tejas, y fue un éxito clamoroso e inesperado. Los indios delaware habían comprado a su cuñada, Elizabeth Kellogg, y la habían llevado a esa localidad para hacer negocio. Los delawares, cabe presumir que subiendo el precio que habían pagado a los kichais —quienes, a su vez, la habían adquirido de manos de los comanches—, pedían ciento cincuenta dólares por la cautiva. James estaba loco de contento y, como tantas veces a lo largo de su vida, «sin un centavo», pero se las arregló para convencer a su viejo amigo Sam Houston de que aportase el dinero.

Fue así como el 20 de agosto de 1836, tres meses después del asalto al fuerte Parker, Elizabeth recobró la libertad. No hay constancia histórica de lo que le ocurrió a continuación, aunque en los Estados Unidos del siglo XIX, la posición social de las cautivas rescatadas era sumamente comprometida. La gente no se engañaba acerca del suplicio que habían padecido. Todo el mundo sabía con sumo detalle lo que los indios de las llanuras le hacían a las mujeres blancas adultas, con lo cual las cautivas repatriadas solían ser objeto de lástima y compasión. Si estaban casadas, con frecuencia sus maridos se negaban a aceptarlas. Se dieron varios casos de cautivas solteras lo bastante adineradas como para atraer a un marido a pesar de lo que les había sucedido. Lo más probable es que Elizabeth llevase una vida discreta y retraída, tal vez en casa de algún pariente. La mujer debía de ser un motivo de vergüenza para la familia, de ahí, quizá, lo poco que la menciona James.

Entre agosto de 1836 y octubre de 1837, Parker pasó la mayor parte del tiempo en territorio indio, buscando a los cautivos. Sobre todo seguía la pista de su hija Rachel, porque, en aquellos años, sus informadores —los comerciantes que recorrían el cauce del río Rojo, la frontera septentrional de Tejas— solo habían oído historias de mujeres jóvenes en poder de las tribus indias, y nada de niños pequeños. Los viajes de Parker son una crónica de penalidades constantes, siempre al borde del desastre. En su primer viaje, al comprobar que su caballo era incapaz de vadear el río Rojo, muy crecido, lo abandonó, cruzó el río por sus propios medios, y se adentró a pie en territorio indio, un acto que, en su época, todos opinaban que equivalía al suicidio. Después tuvo que hacer frente a un temporal de lluvias torrenciales que dejó la pradera inundada con más de medio metro de agua, seguido de un *norther* procedente de las llanuras del Canadá que lo congeló todo. Parker, según su propio relato, estaba ya abocado a una muerte segura cuando consiguió encender fuego metiendo un poco de algodón de su camisa en el cañón de su pistola y disparando a un tronco que, no se

sabe cómo, estaba seco a pesar de la lluvia. En el siguiente viaje se aventuró en el páramo desarmado —otro acto suicida— y esta vez pasó seis días sin probar bocado hasta que consiguió estrangular una mofeta y se la comió. En el siguiente viaje pasó un mes entero merodeando alrededor de un campamento comanche y dejando mensajes en inglés en los arroyos más cercanos. Parker sabía que los indios siempre obligaban a los cautivos a ir por agua y, aunque las posibilidades de semejante coincidencia eran menos de una entre un millón, tenía la esperanza de llamar la atención de Rachel. Todas sus fatigas fueron en vano. Ninguna de las historias que llegaron a sus oídos lo acercaron lo más mínimo a su hija.

En octubre de 1837, Parker regresó a casa por cuarta vez, desmoralizado y con la salud maltrecha. Mientras se recuperaba, envió a los establecimientos comerciales del río Rojo a su yerno, Lorenzo Nixon —que estaba casado con la hermana de Rachel—, para ver si había noticias sobre cautivas. Entonces, por fin, le sonrió la suerte. En una de las factorías, Nixon obtuvo la información de que una tal señora Plummer había llegado a la ciudad de Independence, en Missouri, a las afueras de la actual Kansas City, y allí la encontró unas semanas después. Lo primero que le dijo la mujer fue: «¿Mi marido y mi padre están vivos?». Su cuñado le dijo que sí. Y ella le preguntó: «¿Y mi madre y mis niños?». La respuesta también fue afirmativa.

Como todo lo que le ocurrió a la familia Parker en aquellos albores de la conquista del Oeste, la historia del regreso de Rachel Parker Plummer es un relato épico y extraño que abarca varios miles de kilómetros de frontera. En agosto de 1837, su captor comanche la vendió a un grupo de comancheros. Por aquel entonces, la cautiva se encontraba probablemente en la altiplanicie del este de Colorado. La subieron a un caballo y, tras un viaje de diecisiete días que Rachel calificó de «muy duro», llegaron a Santa Fe, que a la sazón aún formaba parte de México. Los comancheros, que en rigor aún tardarían cinco o seis años en adquirir esa denominación, constituyen una de las subculturas más interesantes del Oeste. Debían su existencia al tratado de paz que en 1786 firmaron el gobernador de Nuevo México, Juan Bautista de Anza, y los comanches, después de que el primero derrotase a Cuerno Verde en Colorado. A partir de ese año, los comanches tenían libertad para entrar en los asentamientos españoles a comprar caballos, y los mercaderes neomexicanos podían operar sin peligro en las llanuras de la Comanchería. Las crónicas estadounidenses solían tildar a los comancheros de «forajidos» o «mestizos»,<sup>[5]</sup> esto último en alusión a su supuesta sangre comanche. Es cierto que eran mestizos, pero como lo era la práctica totalidad de los habitantes de Nuevo México. Tenían sangre española e india, como la mayoría de los mexicanos de hoy. Eran más empresarios que forajidos, aunque tenían fama de tipos recios y curtidos, y de vez en cuando acompañaban a comanches y kiowas en sus robos de caballos y ganado. Los comanches daban reses, cueros y cautivos a los comancheros a cambio de abalorios, cuchillos, pintura, tabaco, ollas y cazuelas, percal y otros tejidos, puntas de metal para fabricar flechas, café, harina y pan. Los intercambios se llevaban a cabo

en lugares específicos como el Cañón de Palo Duro, en la franja septentrional de Tejas, y en diversos lugares del noreste de Nuevo México.

Con el paso de los años, el comercio de los comancheros fue basándose cada vez más en el trueque de armas, munición y whiskey por ganado robado, mercancía esta que los comancheros vendían rápidamente a otros tratantes, quienes, a su vez, en muchos casos, se la revendían a sus propietarios originales, con frecuencia el Ejército estadounidense.<sup>[6]</sup> Los comancheros resultaban importantes para los comanches por múltiples razones, pero tal vez la más trascendental fue que permitían a las bandas aún salvajes —quahadis, yamparikas, nokonis y kotsotekas— permanecer alejadas de los asentamientos del hombre blanco y de las marrullerías de su civilización, alejados de las enfermedades que estaban aniquilando a sus hermanos del sur. (En el Este se desarrolló una red comercial similar entre los kikapúes, delawarees y shawnees, que brindaba a los comanches las mismas oportunidades).<sup>[7]</sup> Los comancheros también ofrecieron a los nermernuh una fórmula para comerciar con los cautivos y sacarles un beneficio. A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, los comancheros se habían dedicado a comerciar más que nada con cautivos indios de diversas tribus, que se destinaban a las minas o a la servidumbre. Pero a partir de 1821, los colonos anglosajones de Tejas alteraron por completo esa situación. En cuanto se hizo evidente que los tejanos pagaban generosos rescates por los secuestrados, surgió un mercado de lo más activo. (Cuando en 1842 el general estadounidense Zachary Taylor anunció que su gobierno pagaría un rescate por cualquier cautivo entregado en Fort Gibson, localidad del este de la actual Oklahoma, el mercado se volvió loco, y los ingresos se dispararon).<sup>[8]</sup> Los comancheros no tardaron en hacer el agosto con los cautivos blancos.

Los hombres que pagaron el rescate de Rachel Plummer no eran especuladores; se habían limitado a cumplir las órdenes transmitidas por William y Mary Donoho, un acaudalado matrimonio de Santa Fe, a saber: que rescatasen a todas las mujeres blancas y a cualquier precio. Los Donoho eran una pareja excepcional, sobre todo Mary, conocida por ser la primera mujer de la historia que había recorrido el camino de Santa Fe —lo completó en 1833—, y también la primera mujer estadounidense que se afincaba en la ciudad (dos de sus hijos fueron los primeros niños estadounidenses nacidos allí).<sup>[9]</sup> Los Donoho trataron a Rachel de maravilla y le aseguraron que se haría todo lo posible para llevarla de vuelta con sus familiares. Los vecinos de Santa Fe también le dispensaron una calurosa acogida, pese a lo comprometido de su situación, y reunieron ciento cincuenta dólares para ayudarla a volver con los suyos.

Pero la mala suerte de Rachel no había terminado ni mucho menos. El clérigo al que le confió la custodia de esos ciento cincuenta dólares resultó ser un desaprensivo que se los robó al instante. Después, en las calles de Santa Fe estalló una violenta rebelión: dos mil indios pueblo habían tendido una emboscada a doscientos milicianos al servicio del Gobierno y el resultado fue una masacre. Los rebeldes

decapitaron al gobernador, clavaron su cabeza en una lanza y la pasearon por toda la ciudad; luego colocaron el cepo a un juez del distrito, le cortaron las manos y se las agitaron delante de la cara.<sup>[10]</sup> Los pueblo instalaron a su propio gobernador.

Los Donoho, temiendo por su integridad, no esperaron más y salieron huyendo hacia el este, con la desventurada Rachel a la zaga, de regreso a su Missouri natal: un trayecto de dos meses y unos mil trescientos kilómetros a través del mismísimo corazón de la Comanchería. En sus memorias, Rachel apenas si menciona el viaje — un recorrido que por entonces habían completado poquísimos estadounidenses blancos—, como si no hubiese sido más que una ligera molestia:

La carretera atravesaba una llanura inmensa de unos mil quinientos kilómetros de ancho. Para muchos habría sido una empresa considerable, habida cuenta de que transcurría íntegramente por territorio indio. Pero llegamos sanos y salvos a Independence, donde recibí muchas muestras de apoyo por parte de muchos de los residentes.<sup>[11]</sup>

Tras reunirse con su cuñado, partieron juntos, en lo más crudo del invierno, hacia Tejas. Fue un viaje largo, frío y deprimente de otros mil quinientos kilómetros. El 19 de febrero de 1838, Rachel llegó a casa de su padre, cerca de la localidad tejana de Huntsville, al norte de Houston. La cautiva había culminado una odisea casi increíble de diecinueve meses de duración a través de una fracción enorme del continente, y el esfuerzo le pasó factura. James afirma que se encontraba «en un pésimo estado de salud», y añade:

Presentaba un aspecto lamentable; estaba esquelética y cubierta de cicatrices, señal de las bárbaras atrocidades a las que se había visto sometida durante su cautiverio.<sup>[12]</sup>

Curiosamente, James no cuenta cómo fue la vida de su hija tras su vuelta a casa. En lugar de eso, lo que refiere es una «prolongada enfermedad» durante la cual Rachel rezaba por su hijo James Pratt, y, por último, su plácida muerte.

Ella solía decir que la vida ya no le seducía y que su único deseo era llegar a ver a su hijo jugando de nuevo con sus amigos [...] Más o menos al año de regresar al hogar paterno, rindió con serenidad su último suspiro al Creador, y sus amigas le dieron sepultura.

Este relato tan extrañamente expurgado omite la mayoría de los acontecimientos importantes de la última etapa de la vida de Rachel. James no menciona, por ejemplo, el embarazo de su hija, que constituye, en sí, un hecho extraordinario. La mujer concibió a su tercer hijo poco después de su regreso, lo que significaba que su esposo,

L. T. M. Plummer, había superado lo que muchos maridos blancos eran incapaces de hacer: la violación de su mujer a manos de los indios. Iban a fundar otra familia. James tampoco menciona otro hecho notable: hacia el final del embarazo de Rachel, la familia se vio obligada a huir de la casa paterna por las amenazas de una cuadrilla de vigilantes que habían jurado matar al patriarca.

Los vigilantes estaban convencidos de que James Parker había matado a una tal señora Taylor y a su hija, al parecer en relación con un robo. Según una carta que James envió al gobernador Lamar para pedirle auxilio, la misma cuadrilla había celebrado juicios de pantomima y había ahorcado a gente.<sup>[13]</sup> Los vigilantes habían escrito un mensaje a James diciéndole que iban a matarlos a él y a L. T. M., y a destruir su propiedad. El patriarca se escondió, no sin antes instar a los miembros de su familia, unos doce en total, a que se fuesen a Houston, ciudad situada a unos cien kilómetros de distancia. Los familiares, por miedo a que los vigilantes también intentasen matarlos a ellos, evitaron la pista de tierra y emprendieron la marcha, bajo una lluvia helada y un frío glacial, a través de la espesa maleza y los pinares, viéndose a menudo obligados a abrirse camino por sus propios medios. Es probable que tardasen una semana en llegar. Dormían al raso, guarecidos únicamente con las ropas que habían cogido de prisa y corriendo antes de escapar. Rachel, muy probablemente, estaba a la sazón embarazada de nueve meses.

James no menciona este episodio en su relato; se limita a decir que su hija murió tras una «prolongada enfermedad», y los historiadores, en su mayor parte, han tendido a conformarse con esa versión. Pero lo que acabó con su vida fue la huida de Huntsville a Houston. En una carta que escribió a su amigo Mirabeau Lamar el día de la muerte de Rachel, o poco después, James dio una explicación completa de lo ocurrido:

Ordené a mi familia desplazarse a la ciudad de Houston mientras yo, plegándome a la apremiante exigencia de los míos, me ocultaba de esos forajidos; pero era tal el maligno celo con el que esos usurpadores de la ley nos vigilaban que mis familiares, para poder burlar su atención, quedaron tan a merced de la lluvia gélida y de las inclemencias, que no solo pusieron sus vidas en peligro, sino que cuatro de mis seres queridos la perdieron, entre ellos mi hija, Rachel Plummer.<sup>[14]</sup>

Rachel murió el 19 de marzo. Su hijo pequeño, Wilson P. Plummer, que había nacido el 4 de enero de 1839, apenas la sobrevivió dos días.<sup>[15]</sup> Resulta paradójico que, después de tantos padecimientos y de los miles de kilómetros recorridos, el causante, siquiera indirecto, de la muerte de Rachel fuese su propio padre, en lo que debería haber sido la seguridad de su hogar.

En 1841, James reanudó su búsqueda, en esta ocasión centrada en los cautivos que seguían en paradero desconocido: su sobrina Cynthia Ann, su sobrino John y su

nieto James. Una vez más, su crónica de los siguientes cuatro años está repleta de hombradas y conatos de desastres. A finales de 1842 oyó que habían llevado dos niños a Fort Gibson. Al llegar allí en enero de 1843 se encontró con su nieto y su sobrino. James Pratt Plummer tenía ocho años y John Richard Parker trece. No sabían hablar inglés. La primera reacción de James fue salir huyendo, y hubo que convencerlo para que volviese. Finalmente, los tres se pusieron en marcha y, pese al frío y la lluvia, y a tener que recorrer parte del camino a pie y sin ropa de invierno adecuada —con James nada resultaba fácil—, lograron cruzar el territorio indio y regresar a Tejas.

En su relato, James da a entender que la historia de los niños tuvo un final feliz y sencillo, pero la realidad es más complicada. Parece ser que John fue devuelto a su madre, Lucy, que tras volver a casarse en 1840, no había tardado en divorciarse y llevaba cuatro años sin salir de la hacienda de su difunto esposo, Silas Parker. Alrededor de 1850 o 1851, Lucy, que murió en 1852, mandó a John a buscar a Cynthia Ann para traerla de vuelta. Y John, no se sabe cómo, dio con su hermana —urna historia asombrosa por derecho propio—, aunque a la hora de convencerla de que regresase a la civilización no tuvo más suerte que el coronel Williams, Robert Neighbors o Victor Rose.

El capitán Randolph Marcy, en el informe de la expedición que llevó a cabo en 1852 a la cabecera del río Rojo, contó que se había encontrado con John Parker y había hablado con él:

El hermano de la cautiva, liberado por un comerciante que tras pagar su rescate lo devolvió a sus familiares, había vuelto a territorio indio a instancias de su madre para tratar de persuadir a su hermana de que abandonase a los indios y volviese con su familia; pero según me contó, ella había hecho oídos sordos a la propuesta, pues afirmaba que su marido, sus hijos y todo lo que más quería estaba con los indios, y que no se movería de allí.<sup>[16]</sup>

Nadie sabe a ciencia cierta qué fue de John. Circularon muchas historias. Según declaró posteriormente en algunas entrevistas, Cynthia Ann creía que su hermano había muerto de viruela. Pero se equivocaba, al menos en lo tocante a la fecha de la muerte. Se dijo que John había servido en la Guerra de Secesión, al mando de un coronel de los Rifles de Tejas. La historia que gozó de más popularidad era la de que el joven había vuelto a vivir con los comanches. Según esta versión, John cayó enfermo de viruela y los indios lo abandonaron, pero se curó gracias a los cuidados de una mexicana que en su día también había sido cautiva de los comanches (la belleza «azteca» de «ojos negros como la noche»). Luego se hizo ranchero en México, vivió hasta una edad proveya y murió en 1915. Al menos eso fue lo que dieron a entender varios periódicos de la época. Así eran las leyendas del Oeste.

James Pratt Plummer tuvo un destino más prosaico. En el momento de su rescate,

su padre, L. T. M. ya se había casado en segundas nupcias y tenía dos hijos. Cuando los dos niños llegaron a Tejas, el viejo James hizo algo tan extraño como perfectamente acorde con su carácter tornadizo: impedir que L. T. M. se quedase con James Pratt. Los motivos no están muy claros, pero lo más probable es que fuesen de índole económica: James quería dinero. El viejo patriarca del clan aseguraba que, en un momento dado, había tenido que pagar mil dólares por los dos niños, lo cual, por lo visto, era mentira, y le valió la expulsión de su iglesia. James trató de sacarle parte de ese dinero a su antiguo yerno; quizá lo único que quería era quedarse con su nieto, que guardaba un parecido irresistible con su querida hija Rachel. Incapaz de obtener la custodia de su hijo, L. T. M. Plummer elevó una petición a Sam Houston, que de nuevo ocupaba la presidencia de la República de Tejas. Houston respondió enojado:

Muy señor mío:

Hemos recibido su misiva en referencia a la detención de su hijo por parte del señor James W. Parker [...].

En un caso como este, el intento de estafar a un padre afligido por la larga ausencia de un hijo perdido es, en todos los sentidos, merecedor de la reprensión más severa. Aunque tenía algunos motivos para sospechar de las declaraciones del señor Parker, hasta ahora no lo había imaginado capaz de cometer un fraude tan escandaloso contra sus familiares y allegados [...] Sus afirmaciones sobre los doscientos dólares que se le adeudan, etc., son absolutamente infundadas. Por consiguiente, podrá usted llevarse a su hijo a su casa.<sup>[17]</sup>

Poco más se sabe de la vida de James Pratt. Se casó dos veces, tuvo cuatro hijos y murió el 17 de noviembre de 1862, en Little Rock, localidad de Arkansas, como consecuencia de una neumonía que contrajo mientras servía en el ejército confederado.<sup>[18]</sup>

El último viaje de James Parker en busca de Cynthia Ann tuvo lugar en 1844. Cabe presumir que se enteró del encuentro del coronel Williams con la cautiva y decidió desistir. Después lo expulsaron de otra iglesia, en esta ocasión por embriaguez. Prosperó. Lo eligieron juez de paz del condado de Houston. Murió en 1864, a la edad de sesenta y siete años, cuando casi todos sus hijos y hermanos ya habían muerto. Para entonces los Parker eran uno de los clanes más ricos e influyentes de Tejas. Su hermano Daniel había fundado nueve iglesias antes de morir, en 1845, lo que lo convirtió en el clérigo protestante más ilustre de Tejas. Su hermano Isaac fue un político de renombre, miembro original del Congreso de Tejas, que abrió sus sesiones en 1836, y posteriormente diputado y senador del estado. Otro hermano, Joseph Allen, fue un poderoso terrateniente e insigne ciudadano de Houston. Pese a tanta

prosperidad y éxito, los Parker nunca regresaron al fuerte homónimo, que no tardó en desaparecer. Según algunos, el edificio se desmanteló al cabo de pocos años, y sus sólidos postes de cedro se usaron para construir otras haciendas más al este, donde la vida era menos peligrosa.

## X

### EL ROSTRO INOCENTE DE LA MUERTE

**P**ocos historiadores sostendrán que el Tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado el 2 de febrero de 1848 por un México derrotado en una guerra desigual, fue un acontecimiento tan trascendental para la historia de Estados Unidos como la rúbrica, diecisiete años después, de la rendición sudista en el juzgado de Appomattox. Sin embargo, a su manera, resultó igual de definitivo. La capitulación de Appomattox sirvió para suturar la fisura y unificar el país por cuanto establecía que ese batiburrillo de estados beligerantes constituía, en realidad, una sola nación con intereses comunes y eternos, una idea política unitaria que comprendía tanto un gobierno federal dotado de unos poderes que sus fundadores jamás habrían podido imaginar, como millones de esclavos manumitidos cuyo bienestar y libertad se convirtieron, de repente, en responsabilidad de ese gobierno.

Pero la creación de la nación en términos físicos se debe al tratado de Guadalupe Hidalgo. Antes del acuerdo, el Oeste consistía en las viejas posesiones obtenidas tras la compra de Louisiana, unos territorios que, elevándose como los peldaños de una escalera desde la desembocadura del Mississippi, ascendían por el cauce del Missouri hasta rozar los confines abruptos y brumosos del Noroeste. Como materialización del mito nacional, no pasaba de ser una tentativa titubeante e incompleta. El Tratado de Guadalupe Hidalgo, en virtud del cual México renunciaba a sus posesiones situadas al norte del río Grande, hizo que, de repente, el sueño se tornase completamente real. Estados Unidos adquiría los viejos territorios españoles que se extendían, inmensos y abrasados por el sol, hacia el sudoeste, esto es, los actuales estados de Arizona, Colorado, Utah, Nuevo México, California y Nevada; también, en cierto sentido, Tejas, aunque ya se hubiera incorporado a la Unión en 1845. La anexión de Tejas fue el verdadero motivo de la llamada Intervención estadounidense en México, y la victoria de la Unión dejó zanjada la cuestión para siempre. En total, Estados Unidos obtuvo más de 2,1 millones de kilómetros cuadrados de territorio, lo que representaba un aumento del sesenta y seis por cien de sus dimensiones físicas. Proporcionalmente, en términos de territorio adquirido, fue como si Francia se hubiese apropiado de Alemania. La nación, pues, se refundió por completo. De pronto, su propósito singular, su deseo descamado y avasallador de poseer y dominar todas las tierras que tocaba y de despojar o destruir a todos sus pobladores indígenas, su pujante voluntad de poder, podían extenderse sin trabas de un océano a otro. Era la manifestación del destino manifiesto.

En el Oeste, el Tratado de Guadalupe Hidalgo lo cambió todo. Cambió el mundo que se extendía más allá del meridiano 98, para siempre y para todos, pero

especialmente, y de una forma más radical, para los pueblos nativos que habitaban el desolado e inhóspito centro del continente. En la época de la guerra contra México, la región seguía siendo un territorio misterioso, peligroso e ignoto, buena parte del cual —desde Canadá hasta el sur de Tejas— permanecía inexplorado por el hombre blanco, en especial las cabeceras de los tres grandes ríos que discurrían por el corazón de la Comanchería. Dos vías atravesaban el núcleo del continente: el camino de Oregón, que empezaba en Missouri y escalaba el continente siguiendo el cauce de los ríos Platte del Norte y Platte del Sur hasta llegar a Columbia, y el camino de Santa Fe, que arrancaba en el mismo lugar pero serpenteaba desde el oeste de Missouri hasta Nuevo México, discurriendo en paralelo al río Arkansas durante una parte del recorrido. Pero no eran más que simples carreteras por las que viajaba un número relativamente pequeño de pioneros. Ninguna de las dos vías propiciaba la colonización del territorio: los pioneros que viajaban al Oeste no se detenían en mitad del camino de Oregón para construirse una cabaña. Su función nunca fue esa y, además, habría sido un suicidio. Las llanuras altas, incluidos los seiscientos veinte mil kilómetros cuadrados de la Comanchería, permanecían vírgenes, y sus manadas de bisontes, tribus ecuestres, rutas comerciales y fronteras esbozadas seguían intactas.

El problema de los comanches era que, así como en su día habían constituido una barrera entre dos inmensos imperios terrestres, a raíz del tratado se tornaron un obstáculo para la nación estadounidense. De repente se encontraban rodeados por una sola entidad política. Tras la anexión estadounidense de Tejas, ya no se enfrentaban a una república provinciana y estafalaria con pocos recursos, una moneda devaluada y un ejército civil de aluvi3n, sino que representaban un motivo de honda preocupación para el gobierno federal de Estados Unidos, con sus visiones de futuro, sus ejércitos de casacas azules, sus cámaras repletas de dinero recaudado en forma de impuestos, y sus políticas en relación con los indios, por lo general partidistas y descaminadas. No obstante, inmediatamente después de la Intervención estadounidense en México, nada de eso resultaba evidente. De hecho, imperaba un absurdo statu quo. Hasta finales de la década de 1840, Tejas seguía siendo la única región de la América civilizada que caía dentro del ámbito de acción de las tribus ecuestres. En el llamado territorio indio, el traslado de las tribus del Este había dado como resultado el realojo en lo que hoy es el estado de Oklahoma de unos veinte mil indios pertenecientes a una docena de tribus que se disputaban el territorio entre sí y con las tribus de las llanuras. Pero no con el hombre blanco. Aún no. En las llanuras del norte, el hábitat de los sioux, cheyennes y arapahoes, los indios tenían tratos con el ejército y, de vez en cuando, enfrentamientos, pero en aquellas tierras no había fronteras humanas.

Ese statu quo no duraría mucho. En las décadas de 1830 y 1840, la civilización blanca se había abierto paso lentamente, a trancas y barrancas, a lo largo de los ríos tejanos —el Colorado, Guadalupe, Trinidad y Brazos—, avanzando de forma inexorable hasta traspasar las fronteras comanches. Pronto, los asentamientos del sur se replicarían en el norte, cuando la marea colonizadora, remontando los ríos Kansas,

Republican y Smoky Hill, penetrase directamente en los cazaderos de los cheyennes. Los blancos estaban asentándose incluso en el territorio indio, a pesar de que el gobierno federal lo había reservado expresamente para los nativos. En 1849, las esclusas se abrieron de golpe. La Fiebre del Oro fue la primera gran manifestación de la nueva libertad espacial de que gozaba la nación. Los pioneros empezaron a afluir vertiginosamente al Oeste en un número que tan solo un año antes habría resultado inconcebible.

Pero los peregrinos, los granjeros, los invasores de tierras, los buscadores de oro y, en general, una nación con unas ansias expansionistas galopantes, no eran los únicos problemas que por entonces acuciaban al pueblo comanche. Durante los años de la República de Tejas se había producido otro acontecimiento que cambió la naturaleza fundamental de la relación entre los nermernuh y el hombre blanco. El poder comanche siempre había radicado en la superioridad militar pura y dura, en el hecho de que sus guerreros, hombre por hombre, eran mejores jinetes y tiradores que los angloeuropeos. Así había sido desde los albores del dominio español. Sin embargo, a comienzos de la década de 1840, los comanches hubieron de afrontar por primera vez un desafío de altura, un desafío en forma de individuos sucios, barbudos, violentos e indisciplinados que vestían pantalones de gamuza, sarapes, gorros de piel de mapache, sombreros y otras prendas extravagantes, que no pertenecían a ejército alguno, no lucían insignias ni uniformes, acampaban al raso en mitad de la pradera y solo recibían soldadas de vez en cuando. Estos hombres debían su existencia a la amenaza comanche: sus métodos, copiados directamente de los nermernuh, cambiaron la manera de combatir en la frontera estadounidense. Recibían diversos nombres, entre ellos «espías», «voluntarios montados», «pistoleros» y «pistoleros montados»,<sup>[1]</sup> y hubo que esperar hasta mediados de la década de 1840 para que todo el mundo se pusiese de acuerdo en llamarlos *rangers*.

Para entender quiénes eran los *rangers* y por qué eran necesarios, es importante comprender la situación difícilísima, casi insostenible, por la que atravesaba la recién fundada República de Tejas a finales de la década de 1830.

Nunca estuvo previsto que Tejas fuese un país soberano. Tras la victoria de San Jacinto, los tejanos, en su inmensa mayoría, estaban convencidos de que Estados Unidos se anexionaría inmediatamente su territorio. Había unos pocos aspirantes a fundador de imperio, como Mirabeau Lamar y James Parker —que se ofreció voluntario a conquistar Nuevo México para hacer realidad la grandiosa visión de Lamar—, que tenían otra opinión, pero casi todos sus paisanos querían que Tejas se convirtiese en estado de la Unión. No tardaron en llevarse un chasco. La anexión no cuajó por dos motivos principales. En primer lugar, México no había reconocido en ningún momento la independencia de su provincia renegada. Si Estados Unidos incorporaba a Tejas, se arriesgaba a entrar en guerra con México, algo para lo que, en

1836, no estaba preparado. En segundo lugar, tampoco era fácil admitir un territorio esclavista.

Tejas, pues, se quedó sola, arruinada y militarmente anémica durante diez años, en los que tuvo que hacer frente a dos enemigos implacables: México en el sur y la nación comanche al oeste y al norte. El naciente país nunca conocería la paz. Los vecinos del sur continuaron con sus incursiones; en 1842, la ciudad de San Antonio cayó dos veces en poder de un nutrido ejército mexicano. Las razias eran constantes, así como los saqueos de bandidos itinerantes procedentes del otro lado de la frontera. Y la frontera occidental de Tejas era escenario de ataques continuos por parte de los comanches. Así las cosas, es interesante señalar la peculiar tesitura en que se encontraban los tejanos: ninguno de esos enemigos habría aceptado la paz en los términos que la nueva república les podía ofrecer. Y lo que resulta si cabe más excepcional: ninguno habría aceptado tampoco la rendición. El ejército mexicano practicaba por sistema la lucha sin cuartel; el ejemplo más famoso es El Alamo, donde todos los combatientes tejanos fueron ajusticiados. Los nermernuh, por su parte, ni siquiera tenían en su vocabulario la palabra «rendición». En las llanuras jamás existió tal cosa: los combates eran siempre a degüello. En este sentido, los tejanos no disponían del abanico habitual de opciones diplomáticas. Tenían que luchar y punto.<sup>[2]</sup>

No obstante, mientras los mexicanos proseguían con sus merodeos, enviaban destacamentos al norte del Nueces y esperaban a que se les presentase la ocasión de recuperar su provincia perdida, la amenaza constante, ineluctable y mortal seguían representándola los comanches, que mataron miles de tejanos más que los mexicanos. Pese a lo cascarrabias, testarudos y arrojados que eran los tejanos, se encontraban completamente faltos de preparación y mal equipados para hacer frente a los comanches. Tan era así que, en los albores de la república, todo apuntaba a que los tejanos iban a correr la misma suerte que los españoles y los mexicanos. En la primera fase de la guerra contra los comanches, todas las ventajas caían del lado de los indios.

La superioridad comenzaba por el armamento. Cuando los tejanos llegaron de Tennessee, Alabama y otros lugares del Este, el arma principal que llevaban consigo era el rifle de Kentucky. En muchos sentidos, se trataba de un artefacto excelente. Largo, con un cañón pesado, una culata corta y sumamente preciso, el rifle de Kentucky podía resultar devastador en manos de un tirador a cubierto y en reposo. Era un magnífico rifle de caza. En cambio, resultaba inadecuado para el combate, sobre todo para el combate a caballo, pues se tardaba mucho en cargarlo. Primero había que medir y verter la pólvora, luego se metía la bala por la boca del cañón y se empujaba con una varilla alargada, y por último, se cebaba la cazoleta y se ajustaba el pedernal para que hiciese chispa.<sup>[3]</sup> Toda esta operación requería al menos de un minuto, lo cual, frente a los dinámicos arqueros comanches, equivalía a una condena a muerte. Peor aún, tratándose de un combate contra comanches, el tirador debía

apearse del caballo, ya que desde la silla el rifle perdía su única ventaja real, que era la precisión. Los tejanos también tenían armas cortas, unas pistolas obsoletas de un solo disparo, propias de duelistas, que resultaban igual de engorrosas de cargar y disparar que el rifle,<sup>[4]</sup> e igual de inadecuadas para el combate a caballo.

En los primeros días de la república, por tanto, los tejanos luchaban a pie. Desde esa posición, a la hora de afrontar el furioso ataque montado de un arquero enemigo, los blancos disponían exactamente de tres disparos, dos de los cuales debían hacerse desde cerca. A partir de ahí, o los cubrían sus compañeros, o se jugaban la vida recargando el rifle. El viejo truco indio, y la táctica clásica de las caravanas, era esperar hasta que los blancos vaciasen sus armas, y entonces lanzarse en tromba antes de que pudiesen recargarlas. Para las distancias cortas, los tejanos contaban con hachas o *tomahawks* cuya utilidad, en el mejor de los casos, era limitada.

Los comanches, mientras tanto, disponían de un arsenal mucho más eficaz y aquilatado en el campo de batalla: un escudo redondo de piel de bisonte, una lanza de cuatro metros, un arco reforzado con tendón, y un carcaj lleno de flechas con la punta de hierro. Su destreza con el arco era legendaria. En 1834, el coronel Richard Dodge, pese a haber manifestado cierta incredulidad sobre las historias que circulaban de los arqueros comanches, se refería a ellos en los siguientes términos: «Agarran de cinco a diez flechas con la mano izquierda y las disparan tan rápido que, antes de que la primera toque el suelo, la última ya surca el aire, y con tanta fuerza que cada una sería capaz de herir de muerte a un hombre situado a veinte o treinta metros».<sup>[5]</sup> El coronel también señaló que, si bien por algún motivo los indios tenían dificultades en disparar a dianas convencionales, si se colocaba «una moneda de cinco centavos en la punta partida de un palo, los arqueros, con un diestro golpe de muñeca, [eran] capaces de hacer que la flecha volase de lado y derribase la moneda en casi todos los intentos».<sup>[6]</sup> Su precisión desde la grupa de un caballo al galope dejaba pasmada a la mayoría de los blancos.

Los flechazos más mortíferos solían estar provocados por las puntas de hierro, que no eran más que triángulos burdamente cortados de zunchos de tonel u otras láminas de hierro obtenidas de los comerciantes. A menudo, cuando impactaban contra el hueso, se doblaban, lo que causaba graves lesiones internas y hacía de su extracción un auténtico suplicio.<sup>[7]</sup> Los escudos de los indios de las llanuras, hechos de varias capas de cuero grueso, sorprendían por su eficacia contra las balas: colocados en el ángulo apropiado, podían parar cualquier balazo de mosquete e incluso, posteriormente, de rifle.<sup>[8]</sup> Las flexibles lanzas eran particularmente letales; los indios las usaban para alancear desde atrás, a galope tendido, a bisontes de mil trescientos kilos —siempre en el costado derecho, entre la última costilla y el hueso de la cadera—,<sup>[9]</sup> lo que significaba que tenían muchísima práctica. Las lanzas eran superiores a cualquiera de las armas que los blancos usaban en las distancias cortas y, en palabras de Dodge, resultaban «mortíferas en grado sumo».<sup>[10]</sup>

Los indios también tenían armas de fuego, aunque se ha exagerado mucho su utilización en combates contra los blancos, antes de la aparición de los fusiles de repetición en la década de 1860. Lo único que tenían los indios eran mosquetes de baratillo, frágiles, imprecisos y que usaban pólvora de mala calidad, con lo cual la velocidad de disparo era menor y solían fallar cuando llovía o el aire era húmedo.<sup>[11]</sup> Cuando se averiaban, algo habitual, los indios no sabían repararlos. (En los tratados, una de las condiciones de los indios solía ser que les enviaran armeros). En los bosques del Este, donde un tirador podía apostarse a cubierto, apuntar con cuidado y apretar el gatillo, esas armas resultaban un poco más prácticas. En las llanuras, los pocos indios que disponían de un mosquete, solían usarlos para disparar una descarga inicial y sustituirlos al instante por el arco y la lanza.<sup>[12]</sup>

Con todo, la principal desventaja que sufrían los tejanos residía en sus caballos y en sus dotes ecuestres. Los caballos de los blancos solían ser percherones de paso lento y cansino, incapaces de correr como los mustang indios, que eran rápidos, ligeros, ágiles y resistentes. Los habitantes de la frontera tenían algunos caballos de excelente cría, pero casi todos eran demasiado frágiles para recorrer muchos kilómetros de terreno escabroso.<sup>[13]</sup> En distancias cortas era imposible que un jinete blanco dejase atrás a un mustang comanche. En distancias largas, los caballos indios tenían la ventaja de que comían hierba y forraje —corteza de álamo, entre otras cosas—, no como los caballos de los colonos, que solo comían cereal.

Pero aun disponiendo de una montura adecuada, los blancos no eran jinetes comparables a los indios. En los bosques del Este no habían tenido que cabalgar demasiado, pues las distancias no eran ni remotamente parecidas a las de Tejas, y desde luego no tenían ni idea de combatir a caballo ni de disparar con tino desde una grupa en movimiento. Los comanches combatían exclusivamente a lomos de sus caballerías y con una destreza que ningún soldado ni ciudadano estadounidense había visto jamás. Pensemos en el caso clásico de un ataque contra un enemigo estático. Los guerreros formaban en cuña, se lanzaban al galope y a continuación se transformaban con gran precisión en una rueda enorme sin radios, cuyo perímetro consistía en una o dos líneas más de guerreros: ruedas concéntricas. Según Wallace y Hoebel:

El anillo, que giraba con regularidad maquinal, iba estrechándose con cada rotación. Conforme un guerrero se aproximaba al punto del círculo más próximo al enemigo, se descolgaba para ocultarse tras el lomo de su caballo y disparaba flechas por debajo del cuello de la bestia. Si abatían a su montura, el jinete solía aterrizar de pie.<sup>[14]</sup>

Ningún estadounidense ni tejano a lomos de sus caballos de tiro podrían repeler jamás un ataque de esa índole; pocas tribus indias lo conseguían. Los comanches llevaban doscientos años guerreando de esa manera. Entablaban esos combates como

forma de vida, contra adversarios mortíferos y muy dinámicos. La guerra era su principal actividad, y en ella basaban toda su jerarquía social. La derrota de los apaches en el espacio de una generación había provocado un cambio profundo en la vida de los comanches. Hasta entonces, el propósito fundamental de su existencia había sido la caza mayor, pero ahora vivían por y para la guerra, y le habían tomado gusto.<sup>[15]</sup> Aunque la mayor parte de su actividad guerrera se desarrollaba lejos de los ojos de los colonos, disponemos de unos cuantos testimonios de la época que nos ilustran sobre lo que hacían los comanches cuando no estaban saqueando asentamientos blancos. Un antiguo cautivo, Herman Lehmann, relata una encarnizada batalla entre apaches y comanches —probablemente representativa, en muchos sentidos, de lo que eran las contiendas indias—, que duró un día entero y se saldó con numerosas bajas por ambos bandos. Los apaches perdieron veinticinco guerreros, y los comanches tal vez más. Al día siguiente, los nermernuh lanzaron otro feroz ataque a caballo. Esta vez mataron a otros cuarenta guerreros y masacraron a todas las mujeres y niños apaches.<sup>[16]</sup> Según el relato de otro cautivo, mil ochocientos jinetes pies negros se enfrentaron a mil doscientos jinetes comanches en una batalla de seis horas de duración que registró encarnizados combates cuerpo a cuerpo. Los comanches les «dieron una soberana paliza» y recuperaron los tres mil caballos que les habían robado los pies negros.<sup>[17]</sup>

Esta clase de guerra a degüello era lo que en aquellos primeros días de la república tejana se les venía encima a los desventurados granjeros blancos de la frontera occidental. Lo único que podían hacer los colonos era formar un círculo con los carruajes y los caballos, y confiar en matar los suficientes indios como para que les resultase demasiado gravoso porfiar en el ataque. En la mayoría de los casos, los blancos no tenían ninguna posibilidad de salvación.

La solución tejana a estos problemas —crear compañías de *rangers*— fue algo único en la historia militar de Occidente. Más que nada porque, desde cualquier punto de vista, las compañías resultaban completamente absurdas: violaban todas las reglas de la organización y el protocolo militar, todos los criterios jerárquicos que posibilitan el funcionamiento de un ejército tradicional, y no encajaban en ninguna categoría conocida: no eran ni un cuerpo de policía, ni un ejército regular, ni una milicia. Se organizaron oficialmente en 1835 y 1836, gracias a la apabullante oratoria de Daniel Parker, el tío de Cynthia Ann, que se convirtió en el principal impulsor de su creación.<sup>[18]</sup> La idea era que llenasen el vacío dejado por el ejército que había luchado en San Jacinto, y cuyos efectivos se habían licenciado casi en su totalidad en 1837. Sobre el papel, el plan tenía buena pinta: seiscientos pistoleros montados —la ley de Parker se refería a ellos como *rangers*, la primera vez que se usaba oficialmente la palabra— recibieron el encargo de perseguir a los indios y defender la frontera.<sup>[19]</sup>

En la práctica, sin embargo, el minúsculo gobierno tejano no suministró ni armas, ni hombres, ni caballos.<sup>[20]</sup> Tampoco uniformes, provisiones ni cuarteles. Jamás se estuvo ni siquiera cerca de la cifra de seiscientos hombres que pudiesen calificarse de *rangers*, lo habitual era que fuesen cincuenta; en ocasiones, cien. Además, dado que no se encuadraban en ninguna organización formal ni política, no había nadie designado para nombrar oficiales. Los mandos surgían de forma espontánea, por aclamación, y exclusivamente en función del mérito; los nombramientos los hacía la tropa. A falta de provisiones, los *rangers* cazaban para sustentarse, y a menudo no llevaban encima más que agua y una mezcla de azúcar y maíz tostado que llamaban «harina fría»;<sup>[21]</sup> a veces recibían comida de las comunidades que defendían; otras veces, robaban gallinas. Lo único que el gobierno les proporcionaba escrupulosa, y muy sabiamente, era munición.

Por extraño que parezca, habida cuenta de que prácticamente no recibían nada a cambio, el reclutamiento no suponía un problema: en aquella época, el oeste de Tejas estaba repleto de jóvenes solteros y temerarios aficionados a los grandes espacios abiertos, el peligro y la aventura más descarnada.<sup>[22]</sup> Casi ninguno había cumplido la treintena y acudían a San Antonio buscando algo más que una vida confortable y sedentaria en una granja. Les gustaba la idea de matar comanches y mexicanos. Casi todos los capitanes más famosos de los *rangers* completaron sus carreras antes de los treinta y dos años. No tenían más posesión que su caballo, y con frecuencia carecían de empleo estable. Sin estos individuos, la idea de las compañías de *rangers* nunca habría llegado a cuajar. Los muchachos estaban encantados de pasarse de tres a seis meses en el terreno, la duración habitual de las misiones de los *rangers*. (Este carácter semipermanente era lo que los distinguía de las milicias). Aplicando este modelo aparentemente absurdo, las primitivas organizaciones tejanas de lucha contra los indios fueron tomando cuerpo entre los años 1836 y 1840. Los *rangers* simplemente cubrían una necesidad, y crecieron orgánicamente a partir de esa premisa.

Así pues, la caballería irregular comenzó a patrullar la frontera en busca de comanches que matar. Dado que se trataba de jóvenes sin experiencia que no conocían nada mejor, se adaptaron rápidamente a ese mortífero nuevo mundo de caballos, armas y tácticas indias, pero no lo bastante deprisa como para evitar un espantoso saldo de bajas. Nunca se conocerá del todo la historia de esas primeras tentativas de enfrentarse a los comanches, y el motivo es que no se registró casi ninguna. Los nuevos pobladores de la frontera, en especial los que se alistaban en los *rangers*, no eran individuos cultivados ni con aspiraciones intelectuales. Rara vez dejaban constancia de sus victorias —en contra de la práctica habitual en el Oeste, donde los blancos se desvivían por pregonar sus éxitos bélicos, aunque lo único que hubiesen hecho fuese evitar un descalabro—, no digamos ya de sus derrotas. Los *rangers* no eran más que un escuadrón de soldados irregulares, sucios, mal vestidos y peor alimentados. Casi nunca emitían informes de ningún tipo; lo habitual es que no

soltasen prenda de lo que hacían. Por aquel entonces, además, no había periodistas como los que en la década de 1870 relatarían, con todo lujo de detalles y bastante coherencia, las grandes batallas de las Guerras Indias. Hasta la Intervención estadounidense en México de 1846, los escasos reporteros presentes en ciudades del este de Tejas como Houston, Richmond y Clarksville no empezaron a comprender quiénes eran los *rangers*, cuáles habían sido sus logros o cómo habían transformado el arte bélico estadounidense. Lo poco que sabemos de la vida en la frontera durante la república tejana está sacado de un puñado de autobiografías escritas por individuos que la experimentaron de primera mano y posteriormente publicaron sus recuerdos.

A la luz de esos testimonios, es evidente que muchos jóvenes murieron peleando con los comanches en batallas que debieron de ser cruelmente desiguales. Según el *ranger* John Caperton, «cada año moría en combate cerca de la mitad de los *rangers*» y «las vidas de los que se alistaban en el cuerpo perdían todo valor al cabo de un año o dos».<sup>[23]</sup> Caperton escribió también que, de los ciento cuarenta jóvenes que en 1839 residían en San Antonio, «cien murieron en diversos combates contra indios y mexicanos».<sup>[24]</sup> (La mayoría debió de morir a manos de los primeros). Son cifras muy elevadas para una ciudad de apenas dos mil habitantes. Al leer las historias de la Batalla de Plum Creek, o de la consiguiente, y sangrienta, incursión de Moore, da la impresión de que los tejanos no tardaron en dominar el arte de la guerra contra los comanches. Pero no es cierto. El fiasco de Plum Creek estuvo provocado tanto por la valentía de los tejanos como por la incapacidad de Joroba de Bisonte de controlar a sus guerreros e impedirles que se entregasen al pillaje. El éxito de Moore en el Colorado se debió única y exclusivamente al factor sorpresa: los comanches aún eran incapaces de imaginar que el hombre blanco fuese a atacarlos en pleno territorio indio.

El primer ataque del coronel Moore a un campamento comanche, que a punto estuvo de resultar fatal, nos da una imagen más ajustada a la realidad de lo que debieron de ser esos primeros enfrentamientos. Lo mismo cabe decir de la expedición de reconocimiento del capitán John Bird, que el 27 de mayo de 1839 partió de fuerte Milam —una localidad tejana situada a orillas del Brazos, cerca de Belton— al frente de treinta y un *rangers*, en busca de indios «depredadores». En esas andaban cuando de pronto se toparon con un grupo de veintisiete comanches que estaban desollando bisontes. Contentos por semejante golpe de suerte, los *rangers* picaron espuelas hacia los indios, pero estos salieron huyendo, pues jamás tuvieron por costumbre hacer frente a las cargas.<sup>[25]</sup> Los tejanos los persiguieron durante cinco kilómetros, pero sus caballos, como de costumbre, no tenían nada que hacer frente a los mustangs de los comanches, de modo que desistieron y emprendieron el regreso al fuerte. Entonces se dieron cuenta de que los indios también se habían dado media vuelta: de repente, los comanches estaban persiguiéndolos a ellos. En palabras de uno de los oficiales, los indios empezaron a «disparar flechas desde todas las direcciones».<sup>[26]</sup> Y ya eran cuarenta guerreros. En ese momento, Bird cometió uno de esos errores que, en el

futuro, los combatientes curtidos en la guerra con los comanches jamás repetirían: huir como un conejo asustado. En plena pradera, esa decisión podría haber significado la aniquilación de su compañía, máxime teniendo en cuenta que el contingente indio, encabezado ni más ni menos que por Joroba de Bisonte, ya había aumentado hasta los trescientos efectivos.<sup>[27]</sup>

Pero Bird tuvo suerte. En su huida, él y sus hombres llegaron a un barranco que les ofrecía protección. Lo que sucedió a continuación fue un episodio típico de las batallas de los *rangers* de aquella época: los tejanos se refugiaron, los indios cargaron, hubo muertes por ambos lados, y los indios terminaron por retirarse, pues no estaban dispuestos a asumir la cantidad de bajas necesarias para sacar a los blancos, con sus rifles de Kentucky que escupían fuego, de su improvisada madriguera. No menos típica fue la versión que los blancos dieron del episodio: Bird se las arregló para cantar victoria, aunque en el momento de hacerlo ya estaba al borde de la muerte. Seis de sus soldados también murieron; otros resultaron heridos. Los *rangers* sufrieron un treinta por ciento o más de bajas. La realidad era que el barranco los había salvado de una hecatombe. No cuesta imaginar muchos de esos momentos en las llanuras, lances que la historia no registró en sus anales, en los que los *rangers* pasaban de audaces perseguidores a desesperados perseguidos, y en los que, sin barranco donde refugiarse, todos perecían en un santiamén, o bien, si no tenían esa suerte, tras lentas torturas con fuego y otros instrumentos de suplicio. En este sentido, también iban aprendiendo. (Según una creencia generalizada en la época, los soldados más veteranos en la guerra, contra los indios siempre se guardaban una bala para sí mismos, aunque solo hay constancia de un caso: en 1855, al oficial de infantería estadounidense Sam Cherry, en pleno combate con los comanches, se le cayó el caballo encima. Incapaz de moverse, disparó con calma cinco tiros a sus perseguidores, tras lo cual, rodeado de indios vociferantes, se llevó el cañón a la sien y gastó su última bala).<sup>[28]</sup>

Los *rangers* no eran gente refinada. Bebían compulsivamente, les gustaba matar, eran aficionados a las peleas a puñetazos y a cuchillo, y solían ejecutar a todo aquel que considerasen criminal o enemigo. Con el tiempo, dado el elevado número de muertes que sufrían, fue produciéndose en sus filas una especie de selección natural, con lo que se volvieron si cabe más toscos, brutales y agresivos. Las pintas tampoco desentonaban. Aunque según la imagen idealizada, los *rangers* gastaban camisa de algodón, bombachos lisos, pañuelo al cuello y un sombrero de cuero con el ala levantada, la realidad era muy diferente: vestían lo que les daba la gana, desde sarapes mexicanos de vivos colores y sombreros de ala ancha, a gorros de piel, levitas o mugrientos jipijapas. Las prendas más habituales eran monos de gamuza o retazos de piel de bisonte. Algunos iban con el torso desnudo y usaban el equivalente de los taparrabos indios encima de unos leotardos.<sup>[29]</sup> Muchos *rangers* eran individuos

corpulentos y de aspecto imponente, con brazos gruesos y fibrosos, pelo largo y barba cerrada. Se hacían llamar cosas como Wallace «Pies grandes» —un tipo de veras gigantesco, y feroz en el combate—, «Cocodrilo» Davis —porque había peleado con uno de esos saurios en el río Medina y el combate había terminado en tablas— y Caldwell «el Desconchado», porque tenía tantas manchas en la piel que parecía pintura descascarillada. A ojos de las capas más civilizadas de la América del Norte decimonónica, la posición de los *rangers* en la escala social no era muy superior a la de los bandoleros y forajidos. Más valía no tener un roce con ellos en un bar de la frontera.

Resulta, pues, extraordinario que este grupo de rufianes violentos, rebeldes y, en su mayoría, analfabetos profesase una lealtad tan absoluta e inquebrantable a un joven callado y flaco, con cara de niño, ojos tristes y voz de pito, que aparentaba menos de los veintitrés años que tenía. Se llamaba John Coffee Hays, aunque era más conocido como Jack. Los comanches, que le tenían mucho miedo, lo llamaban «Capitán<sup>[\*]</sup> Yack»,<sup>[30]</sup> al igual que los mexicanos, que pusieron un alto precio a su cabeza. Hays era el *ranger* por antonomasia, aquel a quien todos querían parecerse, el más valiente, astuto y sereno en el combate. Fue uno de los mejores militares de la historia de Estados Unidos, algo que los habitantes de San Antonio ya sospechaban a finales de la década de 1830, pero que el resto del mundo no descubriría hasta la Intervención estadounidense en México, cuando Hays se convirtió en héroe nacional y sus terroríficos *rangers* alcanzaron de manera casi instantánea la categoría de mito. Aunque el capitán pasó menos de doce años luchando en la frontera tejana y en México, su huella personal resultaría imborrable, no solo en los *rangers* de Tejas —una organización que, bien podría decirse, surgió a su imagen y semejanza— sino en todo el Oeste norteamericano.

Hay una fotografía suya, tomada en 1865, cuando contaba cuarenta y ocho años de edad, que lo dice todo de su persona. Vemos un rostro aún aniñado, un cabello espeso y peinado hacia atrás, unas facciones regulares, moderadamente atractivas y, en general, normales salvo por un rasgo absolutamente fuera de lo común: los ojos. Unos ojos profundos, sabios, impasibles, un poco tristes y, pese a los casi ciento cincuenta años transcurridos desde entonces, fascinantes. Los ojos de un hombre que no le teme a nada.<sup>[31]</sup> Hays fue el primer gran combatiente blanco de las Grandes Llanuras, la leyenda humana que dio pie a otras mil leyendas, novelas y películas de Hollywood.

El futuro capitán de los *rangers* había nacido en Little Cedar Lick, localidad del estado de Tennessee, en 1817, en el seno de una próspera familia de militares. Su abuelo sirvió en las Guerras Indias a las órdenes de Andrew Jackson, a quien luego le vendería su famosa residencia familiar, la Ermita. El padre de Hays también sirvió a las órdenes de Jackson y bautizó a su hijo con el nombre de uno de los oficiales de confianza del futuro presidente de la nación, John Coffee.<sup>[32]</sup> Como tantos otros jóvenes ávidos de aventura, en especial los nativos de Tennessee, el joven Jack

emigró a Tejas tras la Batalla de San Jacinto, y probablemente llegase a San Antonio en 1838, donde enseguida encontró trabajo de agrimensor. En aquella época, la topografía era la fórmula mediante la cual los colonos se abrían camino hacia el Oeste y se adentraban en territorio indio. Tras la independencia, el gobierno de Tejas otorgaba los nuevos colonos una especie de concesión de tierras llamada *head right*. Para poder darles un título de propiedad en regla, alguien tenía que ir al lugar en cuestión equipado con niveles, cadenas y brújulas de topógrafo para dar fe de las dimensiones del terreno. Los comanches penatekas, como era de esperar, odiaban a los agrimensores y hacían lo indecible por acabar con ellos. Se trataba, muy probablemente, del oficio más peligroso de América del Norte. El año que llegaron los Hays, casi todos los agrimensores habían muerto a manos de los indios.<sup>[33]</sup>

Así y todo, a John Coffee, que estaba tan interesado en la aventura como en el salario, le atraía el trabajo. Las partidas topográficas empezaron a incorporar, además de los agrimensores, a guardias armados para su protección, así como personajes de talante aventurero que simplemente se apuntaban al viaje para explorar el territorio, cazar un poco y, tal vez, matar algún indio.<sup>[34]</sup> Para los individuos sin miedo, sin ataduras y sin modales, aquel era un buen momento para afincarse en San Antonio. El paisaje que se extendía a los pies de la Escarpadura de los Balcones era de una belleza fuera de lo común. Había suaves chaparrales que en primavera prorrumpían en una sinfonía multicolor de flores silvestres. La caza era abundante —bisontes, osos, antílopes, pavos salvajes, grullas canadienses, coyotes, lobos y decenas de miles de ciervos—, y los ríos de aguas cristalinas, como el Llano, el Guadalupe, el Pedernales y el San Marcos, rebosaban de peces.<sup>[35]</sup>

A muchos de esos jóvenes les esperaba una muerte cruenta en su nuevo paraíso, entre ellos el primo de Hays. Pero el intrépido joven de Little Cedar Lick no se amilanaba. No solo se aplicó con tesón a la agrimensura —en 1838 midió setenta y seis concesiones—,<sup>[36]</sup> sino que empezó a hacerse un nombre luchando contra los indios, sobre todo porque sabía salvaguardar la vida de sus hombres. Según un escritor que lo conoció, «el pequeño nativo de Tennessee parecía convertirse en otra persona cuando alguien gritaba: “¡Indios!”. Se montaba en un caballo y se transformaba en otro ser. Su única táctica era la carga y la guerra a cuchillo, y cada vez que los indios atacaban a su grupo, salían escaldados».<sup>[37]</sup> Al igual que Grant en la Guerra de Secesión, Hays se preocupaba menos por lo que sus adversarios pudiesen hacerle que por los daños que él pudiese infligirles a ellos. Y al igual que Grant, lo suyo era la ofensiva. Como conversador era educado y de voz suave; en el campo de batalla era más frío que un témpano y dirigía con brazo firme a sus hombres, que se plegaban rápidamente a su autoridad. Tras forjarse una reputación a base de proteger la vida de los agrimensores, Hays empezó a salir de misión con las nuevas compañías de *rangers*, que solían ser los mismos individuos que escoltaban a las partidas topográficas. Se sabe que luchó en la Batalla de Plum Creek, y que en 1839 formó parte de la malhadada expedición de Moore que sufrió la ignominia de

tener que regresar a pie.<sup>[38]</sup> No se conoce mucho más de sus primeros años.

En cualquier caso, es evidente que Hays se hizo notar. En 1840, a los veintitrés años, se convirtió en capitán de la división de San Antonio de los *rangers*, un cuerpo que ya había sido fundado oficialmente por la República de Tejas, pero cuyos integrantes aún debían aprovisionarse por su cuenta de armas, pertrechos, caballos y hasta comida.

Al principio, por no haber, no había ni soldada; posteriormente se fijaría en treinta dólares al mes, aunque no siempre se cobraba.<sup>[39]</sup> En esa primera época, parte de los fondos procedían de donaciones de particulares. (Los *rangers* solo existían como organización de forma intermitente, cada vez que el congreso tejano emitía una autorización, y solían disolverse para volver a reunirse). Teniendo en cuenta la esperanza de vida de los nuevos combatientes anti-indios —dos años a lo sumo—, no era el trabajo con el que todo el mundo soñaba. Pero ya empezaban a producirse algunos cambios que mejoraban esas expectativas. Hays lo sabía mejor que nadie. Para empezar, la nueva generación de *rangers* —los *rangers* de Hays— sabía montar a caballo. Y sus monturas eran animales ágiles y rápidos, fruto de los cruces de mustangs con cepas de Kentucky, Virginia y árabes que llevaban a cabo los criadores locales. Seguían siendo caballos más pesados que los de los indios, pero podían correr detrás de los mustangs y seguirles el ritmo durante largas distancias. Se dice que Hays no aceptaba ningún recluta cuyo caballo valiese menos de cien dólares.

Bajo la dirección del joven capitán, las compañías de *rangers*, que rara vez superaban los quince o veinte componentes, empezaron a actuar cada vez más como sus enemigos. «Se movían por la pradera con tanta agilidad como los indios», escribió Caperton, «y vivían como ellos, sin tienda, durmiendo al raso con la silla de montar por almohada».<sup>[40]</sup> Hays, en particular, prestaba mucha atención tanto a sus enemigos comanches como a sus exploradores lipanes, y de ellos aprendió a montar, pelear, seguir rastros y acampar. Cada *ranger* portaba un rifle, dos pistolas y un cuchillo; una manta mexicana sujeta bajo la silla, y una pequeña cartera en la que llevaba sal, «harina fría» y tabaco.<sup>[41]</sup> Eso era todo. Al igual que los comanches, los hombres de Hays solían desplazarse al claro de luna, orientándose por el curso de los ríos y la estrella polar, y absteniéndose por completo de encender fuegos, acampando «en frío» y comiendo galletas u otros alimentos no cocinados.<sup>[42]</sup> Dormían con toda la ropa puesta y todas las armas a mano, listos para entablar combate al instante. Cruzaban ríos incluso en lo más crudo del invierno, nadando al lado de sus caballos.<sup>[43]</sup> Ni una sola de estas prácticas tenía precedentes en la historia militar estadounidense. No había en el mundo un cuerpo de caballería capaz de embridar y ensillar una montura en menos tiempo que los *rangers*.

Algunas de esas aptitudes eran innatas en esos jóvenes, pero otras eran fruto del entrenamiento. Hays insistía en que sus hombres practicasen tanto el tiro como la monta. Un ejercicio consistía en galopar a toda velocidad hacia dos postes de un metro ochenta de alto, situados a cuarenta metros de distancia uno del otro, y disparar

con el rifle al primero y con las pistolas al segundo. En poco tiempo, los reclutas eran capaces de atinar a un aro del tamaño de una cabeza humana colocado en el poste.<sup>[44]</sup> Repare el lector en que el ejercicio consistía en atacar y disparar a caballo, un concepto copiado de los indios de las llanuras. Lo más probable es que los *rangers* empezasen a practicarlo entre 1838 y 1840, pero fuese cual fuese la fecha exacta en que tuvo lugar la transición, lo cierto es que fue resultado de una imitación directa del estilo bélico de los comanches, y representó un enorme avance en la lucha contra los indios. Los *rangers* eran los únicos estadounidenses capaces de hacer algo así desde la grupa de un caballo, y no digamos ya en el campo de batalla. El motivo era la pura necesidad: cualquiera que se hubiese enfrentado a los comanches sabía que combatirlos a pie, en campo abierto, no ofrecía ventaja alguna, sino más bien todo lo contrario.

Los ejercicios de monta eran todavía más minuciosos. En palabras de uno de los hombres de Hays:

Al cabo de tres o cuatro meses de práctica, alcanzamos tal grado de perfección que éramos capaces de montar a nuestros caballos al trote o al galope y recoger del suelo un sombrero, un abrigo, una manta, una cuerda, o incluso un dólar de plata; ponemos de pie en la silla; descolgamos por el costado de nuestro caballo sin dejar ver más que un pie y una mano; disparar con las pistolas por debajo del cuello del caballo; montar de espaldas, etcétera...<sup>[45]</sup>

Por encima de todo, lo que Hays tenía claro era el valor de la audacia pura y dura, la importancia de infundir temor y pánico en el corazón de sus adversarios. En materia de armamento, su desventaja seguía siendo enorme: sus muchachos disponían únicamente de tres disparos cada uno antes de parar y volver a cargar, una operación que no resultaba fácil a lomos de un caballo. De ahí que los *rangers* lanzasen ataques rápidos y contundentes, con frecuencia tras aguardar emboscados, y por lo general de noche, compensando su desventaja con una carga temeraria y sin contemplaciones. «Se impone una única idea», escribió Víctor Rose, contemporáneo de Hays, «atacar rápido y en silencio; golpear al enemigo cuando esté desprevenido; castigarlo; ¡aplastarlo!». En el otoño de 1840, Hays y veinte de sus hombres se toparon con un grupo de doscientos comanches a orillas del río Guadalupe, cerca de San Antonio. Los comanches habían robado una gran cantidad de caballos. El capitán habló a sus hombres en los siguientes términos: «Allá están los indios, muchachos, y allá nuestros caballos. Los indios son bastante fuertes, pero podemos darles una buena tunda. ¿Qué me decís?».

«Adelante», respondieron los hombres, dando por descontado que Hays, como siempre, encabezaría la carga. «Y no retrocederemos aunque sean mil».<sup>[46]</sup> Los indios, probablemente incapaces de creer que unos blancos estuviesen tan locos como

para jugarse la vida contra unos comanches montados cuando solo tenían un diez por ciento de posibilidades de vivir para contarlos, formaron en orden de batalla y esperaron a que el pequeño destacamento de *rangers* los atacase. Los tejanos cargaron con furia y dispararon sus tres disparos; la formación comanche «se sumió en el caos». En la refriega, el jefe recibió un disparo y murió; los indios salieron huyendo.

Así se enfrentaron Hays y sus pequeñas compañías a los penatekas del centro de Tejas, en combates que, por lo general, no pasaron a la historia. El joven capitán prefería atacarlos por sorpresa y matarlos en sus campamentos mientras dormían, tal como hacían los comanches. Hays había aprendido la lección fundamental de la guerra en las llanuras: o vencías o morías. Los indios no daban cuartel, y los *rangers*, salvo raras excepciones, tampoco. La posibilidad de una rendición honrosa ni se contemplaba. Hays no siempre salía victorioso, pero tenía una habilidad asombrosa para salvaguardar la vida de sus hombres. En cierta ocasión llevó a ciento veinte tejanos y de quince a veinte lipanes a la batalla contra un ejército muchísimo más numeroso de comanches, y solo perdió entre veinte y treinta hombres.<sup>[47]</sup> En otra ocasión, al frente de cincuenta tejanos y diez lipanes, se enfrentó a un contingente más numeroso en un combate a la carrera que se prolongó durante una hora y media. Los caballos de los *rangers* empezaron a flaquear e, incapaces de seguir el ritmo de los mustangs comanches, reventaron. Varios hombres de Hays resultaron heridos. Según el informe del propio capitán, «estábamos sin provisiones y nos vimos obligados a comernos los caballos muertos para subsistir, hasta que llegamos a Bexar [San Antonio]». <sup>[48]</sup>

Hays también aprendió muy pronto algo que no tardaría en convertirse en su principal ventaja: que los comanches eran sumamente previsibles. Jamás cambiaban de método, se hallaban sumamente limitados por la costumbre y atrapados en sus nociones ancestrales de magia y hechicería. Su reacción ante un suceso determinado —como la muerte en combate de su jefe o su hechicero— era siempre la misma, una y otra vez. Comparados con el hombre blanco, los comanches se asustaban con facilidad. Para unos hombres incapaces de calcular, como hacía Hays, las probabilidades de éxito de un ataque, sus acciones se antojaban de una audacia increíble; también es cierto que Hays era increíblemente audaz.

No terminaban ahí los atributos del capitán oriundo de Tennessee. Cuando la integridad de sus hombres estaba en peligro, se conducía con suma prudencia, y los cuidados que les prodigaba cuando caían heridos eran poco menos que maternos. Su diligencia y laboriosidad en el campamento resultaban extraordinarias: recogía leña, iba a por agua, amarraba y maneaba a los caballos, preparaba la comida. Pero «cuando se trataba de una simple cuestión de peligro personal, su valentía rayaba en la temeridad». Era fuerte como un toro y parecía inmune a las incomodidades, el mal tiempo o la falta de sueño. «Lo he visto muchas veces», escribió J. W. Wilbarger,

sentado junto al fuego, de noche, en algún lugar desprotegido, mientras llovía a cántaros, o nevaba y un viento helado le silbaba en los oídos, tan indiferente a la incomodidad como si estuviese sentado en la acogedora habitación de un hotel de primera categoría, y todo ello, tal vez, tras haber cenado a lo sumo un puñado de nueces o una galleta.<sup>[49]</sup>

Aunque las proezas bélicas de Hays ya se conocían en la frontera antes de 1840, el año en que lo nombraron capitán, lo que de veras cimentó su fama fue un par de batallas que libró en 1841. La primera fue contra los mexicanos. Al frente de veinticinco hombres, Hays puso en fuga a una tropa de caballería mucho más numerosa cerca de Laredo, hizo veinticinco prisioneros y capturó veintiocho caballos. Lo logró a base de puras agallas, ordenando a sus hombres que echasen pie a tierra, avanzasen hacia el enemigo y aguantasen sin disparar mucho más tiempo del que habrían osado aguantar otros combatientes cualesquiera. Hays, como siempre, encabezaba la carga. Por fin, a unos sesenta metros de distancia —el alcance de sus rifles de Kentucky, sumamente precisos, era de cien metros— abrieron fuego. Los mexicanos salieron huyendo y los *rangers*, sin esperar a recargar, desenfundaron las pistolas, se montaron en los caballos que los mexicanos habían abandonado, y salieron tras ellos.<sup>[50]</sup> La derrota provocó el pánico en Laredo, muchos de cuyos residentes, temiendo por su vida, cruzaron el río Grande. Cuando Hays se aproximaba a la ciudad, el alcalde salió a su encuentro con una bandera blanca para rogar a los *rangers* que se apiadasen de sus conciudadanos.<sup>[51]</sup> Así lo hicieron. Pero no siempre se mostraban tan clementes. Seis años después, en Ciudad de México, los *rangers* ejecutaron a ochenta hombres en represalia por la muerte de un solo miembro de la compañía.<sup>[52]</sup>

La segunda batalla fue, como casi todas, contra los comanches. En el verano de 1841, una partida comanche atacó los asentamientos de los alrededores de San Antonio, saqueando, matando y robando caballos. Hays, valiéndose de una de las asignaciones que de vez en cuando le concedía el congreso tejano, reclutó una compañía de trece hombres y salió tras los indios, persiguiéndolos a lo largo de más de cien kilómetros, desde San Antonio hasta la boca del Cañón de Uvalde. Los encontró gracias a un truco que había aprendido de los lipanes: bastaba con seguir a la bandada de buitres que sobrevolaban en espiral los sangrientos despojos que dejaban los guerreros. Cerca del campamento, los hombres de Hays divisaron a una docena de indios y se lanzaron a la carga. Los comanches se refugiaron en un espeso matorral.

Hays captó al instante las consecuencias de la maniobra de sus adversarios: en semejante espesura, las flechas no les servirían de nada. Acto seguido, ordenó a sus hombres que rodeasen el zarzal y disparasen a cualquiera que saliese. Aunque estaba herido en una mano, escogió a dos hombres y se internó en la maleza —después se les uniría un cuarto—, donde combatieron contra los indios durante cuatro horas,

matando a diez de ellos. Hays remitió al secretario de guerra de Tejas un informe de lo ocurrido, escrito de su puño y letra —cosa rara en él—, en un tono frío y despreocupado:

Los indios solo tenían un rifle, y como el matorral era demasiado tupido para disparar flechas en condiciones, se vieron en notable desventaja, aunque pelearon hasta el último aliento, entonando sus cánticos de guerra hasta que la muerte los silenció a todos. Rodeados por jinetes dispuestos a abatirlos en cuanto pusiesen un pie fuera del matorral, e incapaces de utilizar sus arcos con eficacia en semejante situación, comprendieron que su destino era inevitable y lo aceptaron como héroes.<sup>[53]</sup>

Fue un alarde extraordinario de pericia bélica gracias al cual Hays obtuvo el ascenso a comandante. No había cumplido veinticinco años.

Pese a sus éxitos en la lucha contra los comanches, Hays aún se enfrentaba a un problema muy peliagudo: sus rifles de un solo disparo, difíciles de recargar, y sus anticuadas pistolas lo colocaban en notable desventaja frente a los comanches, que llevaban veinte flechas en sus carcajes. No había nada que hacer. Había tratado de adaptar el rifle para usarlo a caballo —y de hecho había logrado pequeños milagros—, pero seguía siendo un arma engorrosa que se manejaba mejor desde el suelo: la vieja carabina de los granjeros de Pensilvania, que había llegado a Tejas vía Kentucky. Los defectos del rifle explicaban, en gran medida, la agresividad enloquecida con la que se lanzaban al combate los *rangers* de Hays. Quedarse parado suponía verse acribillado de flechazos al instante. Las embestidas precipitadas, con todos sus riesgos, eran una opción mucho más segura.

Mientras tanto, en el civilizado este del país estaba en marcha un proyecto que no tardaría en resolver el problema de Hays y, por extensión, en cambiar la historia universal, aunque de momento se hallaba enfangado en el fracaso y el anonimato. En 1830, un muchacho de dieciséis años con grandes ideas y una habilidad especial para la mecánica avanzada, había tallado en madera su primer modelo de pistola de recámaras giratorias. Seis años después, Samuel Colt, que así se llamaba el joven, patentó el invento. En 1838, una compañía de Paterson (Nueva Jersey) empezó a fabricar las armas de fuego patentadas por Colt. Entre ellas había una pistola de calibre 36 y cinco recámaras giratorias, con un cañón octogonal y un gatillo oculto que solo bajaba cuando se amartillaba el arma. El prototipo no era totalmente original, pero se creía que era la primera vez que se acometía su producción en masa.

La nueva arma solo presentaba un problema: nadie la quería. El mercado natural del armamento fabricado en Estados Unidos, el gobierno federal, no le veía utilidad ninguna y se negó a subsidiarla. El arma parecía idónea para que los jinetes la llevaran al cinto, pero por entonces el ejército estadounidense no tenía cuerpo de

caballería. El público de a pie tampoco parecía interesado en la nueva pistola. Era un chisme coqueto, pero poco práctico. Curiosamente, el único sitio donde la querían era en la exótica y remota República de Tejas. En 1839, el presidente Mirabeau Lamar pidió a la Marina de Tejas, ni más ni menos, que encargase ciento ochenta revólveres Colt de cinco disparos a la Compañía Manufacturera de Armas Patentadas de Paterson. Posteriormente, el Ejército de Tejas encargó otros cuarenta.<sup>[54]</sup> Las pistolas se enviaron y se pagaron, pero no hay testimonios expresos de que llegasen a usarlas ni los marinos ni ningún otro colectivo al servicio del gobierno tejano. Parecían ser un arma desconocida y poco práctica, destinada a una rama menor e intrascendente del ejército tejano. Así era, y los colts cayeron en el olvido.

Nadie sabe exactamente cómo fueron a parar esos revólveres a manos de Jack Hays y sus *rangers*, pero así ocurrió con toda seguridad. En la correspondencia que posteriormente mantendría con Colt, Samuel Walker, uno de los lugartenientes más célebres de Hays, sitúa la fecha de adquisición en el año 1843.<sup>[55]</sup> El dato probablemente sea preciso, habida cuenta de que ese fue el año en el que Sam Houston disolvió la marina tejana.<sup>[56]</sup> Fuese cual fuese la fecha exacta, lo cierto es que los *rangers* captaron de inmediato la importancia de esas armas. Para ellos, el artefacto de Colt fue una revelación: un arma de múltiples disparos que podía usarse a caballo y, en consecuencia, equilibrar por fin las posibilidades de victoria. Aunque no hay constancia de ello, Hays y sus hombres debieron de dedicar largas horas a practicar con las nuevas armas y a averiguar todas sus posibilidades. Y debieron de pasar muchas noches hablando alrededor de la hoguera de las virtudes y defectos del revólver.

El arma de Colt adolecía de muchos puntos débiles. Era frágil. Disparaba balas de pequeño calibre, cuando habría hecho falta un proyectil más pesado, de calibre cuarenta y cuatro (once milímetros) o mayor. No era muy precisa que se diga, salvo a corta distancia. Utilizaba tambores precargados, lo que significaba que un *ranger* armado con dos pistolas y cuatro tambores disponía de cuarenta disparos. Pero los tambores eran difíciles de cambiar, y cuando se agotaban no se podían recargar en el terreno. Todas estas pegas, empero, no desvirtuaban el hecho fundamental y extraordinario que representaba una recámara giratoria. Hays y sus *rangers*, en particular Ben McCulloch y Samuel Walker, estaban convencidos del potencial que encerraba el artefacto. Al llegar la primavera de 1844 ya estaban listos para probar por primera vez en combate el extraño y antipático revólver de Colt.

La prueba tuvo lugar en la llamada Batalla de Walker's Creek, una escaramuza que se convertiría en uno de los episodios definitorios de la historia de Tejas y del Oeste norteamericano. De hecho, podría decirse que, antes de que Jack Hays llegase a San Antonio, los blancos residentes en el Oeste se desplazaban mayormente a pie y usaban rifles de Kentucky. En 1849, cuando Hays abandonó la región, todo pionero de camino al Oeste viajaba a caballo y portaba un revólver de seis disparos con su cartuchera. Walker's Creek representó el inicio de ese cambio.

A primeros de junio de 1844, Hays y quince de sus hombres estaban llevando a cabo una misión de reconocimiento por los cursos superiores del Pedernales y del Llano, en la sierra que se alza al oeste de Austin y San Antonio, el corazón del territorio penateka. Al no encontrar nada, emprendieron el camino de regreso. El 8 de junio se detuvieron a coger miel de un panal a orillas del Walker's Creek, un afluente del río Guadalupe, a unos ochenta kilómetros al norte de San Antonio. Hays, mientras tanto, mandó a dos de sus hombres que se rezagasen para ver si alguien los seguía. Esta era una vieja costumbre, una de las muchas prácticas que Hays había copiado de los nativos. Los dos hombres no tardaron en regresar corriendo al campamento y, sin aliento, le informaron que habían descubierto las huellas de diez caballos indios que venían tras ellos. Los *rangers* ensillaron rápidamente sus monturas y partieron al encuentro de los indios. Al verlos llegar, tres o cuatro comanches fingieron llevarse un gran susto y, acto seguido, con más aspavientos si cabe, simularon huir despavoridos. Era otro truco indio. Hays no mordió el anzuelo y no corrió tras ellos. [57]

Pronto apareció el resto del grupo de penatekas, setenta y cinco en total. Los tejanos avanzaron lentamente, mientras los indios se replegaban en lo alto de una escarpada colina que les ofrecía un espléndido baluarte en mitad de aquel paraje rocoso, abrupto y cubierto de robles. Desde lo alto empezaron a provocar a los *rangers*, gritándoles en español e inglés: «¡Cargad! ¡Cargad!».

Hays les hizo caso, aunque no exactamente como ellos imaginaban. Al darse cuenta de que él y sus quince hombres se hallaban momentáneamente ocultos en la base de la colina, es decir, fuera del campo de visión de los comanches, mandó a su pequeña compañía dar media vuelta y recorrer al galope unos doscientos o trescientos metros, para, rodeando la base de la colina, aparecer por detrás de los indios y cargar contra ellos. [58] Pese a verse cogidos por sorpresa, los comanches lograron reaccionar a tiempo. Dividieron sus fuerzas y se lanzaron contra los tejanos por ambos flancos, gritando desafortunadamente. En circunstancias normales, la acometida habría abierto una brecha en la línea de batalla de los *rangers*, con el resultado de una victoria aplastante por parte de los comanches. Los tejanos, sin embargo, en un extraordinario alarde de pericia ecuestre y de escalofriante arrojo, formaron un círculo con sus caballos y, en esa posición, grupa contra grupa, recibieron la embestida.

Lo que ocurrió a continuación —setenta y cinco comanches penatekas contra quince *rangers*, flechas y lanzas contra pistolas de repetición— suena a puro aquelarre sangriento. Varios *rangers* resultaron heridos de gravedad. Sus pistolas, mientras tanto, abatían jinetes comanches a un ritmo frenético. Esta fase del combate duró quince minutos, pasados los cuales los indios rompieron filas y salieron huyendo. La batalla se transformó entonces en un combate a la carrera que se prolongó durante más de una hora y a lo largo de tres kilómetros de terreno escabroso. Los indios, espoleados por su heroico jefe, no cesaban de reagruparse, volver a formar y lanzarse de nuevo al ataque, solo para caer abatidos bajo el fuego

que vomitaban los revólveres de los *rangers*. A esas alturas ya eran cuarenta los indios muertos o heridos. Entre los tejanos, un muerto y cuatro heridos. Así y todo, la lucha proseguía, pues el jefe indio no cesaba de reagrupar a sus hombres.

Entonces, como para ilustrar el principal punto flaco de los colts, los hombres de Hays se quedaron sin munición. Más concretamente, se les habían agotado los tambores precargados, que no podían recargarse sobre la marcha, y ninguno tenía otra arma más que los revólveres. Los tejanos, de repente, se encontraban a merced de los treinta y cinco indios que quedaban con vida. O lo estarían en cuanto los comanches se percatasen de que a sus adversarios se les había terminado la munición. Hays, sin perder la calma, preguntó si a alguien le quedaba alguna bala. Un hombre, Robert Gillespie, avanzó con su caballo y dijo que sí. «Desmonta y mata al jefe», le ordenó Hays. El tal Gillespie obedeció: a unos «treinta pasos» de distancia, derribó al jefe de su caballo. Los demás indios, «muertos de miedo ante la pérdida de su cabecilla [...] se dispersaron en todas las direcciones y se perdieron en la maleza».<sup>[59]</sup>

Cuando se disipó el humo, había veinte comanches muertos y treinta heridos. Hays había perdido a un hombre y tenía tres heridos de gravedad. Uno de sus lugartenientes principales, Samuel Walker, estaba clavado al suelo con una lanza. Los *rangers* acamparon allí mismo, para atender a sus heridos. A los tres días aparecieron cuatro comanches, tal vez para recuperar los cadáveres de sus muertos. Hays volvió a atacarlos y mató a tres.

Aunque habría de pasar cierto tiempo antes de que todos los habitantes de la frontera entendiesen lo ocurrido en Walker's Creek, y el Gobierno estadounidense aún tendría que disputar la guerra contra México para captar el significado de la batalla de marras, lo cierto es que aquel 8 de junio de 1844 había tenido lugar uno de esos cambios fundamentales que rompen todos los paradigmas. En lo sucesivo, los indios tendrían que afrontar la posibilidad de que los acribillasen a caballo con balas que nunca se agotaban; los blancos ya podían enfrentarse a sus enemigos sin tener que echar el pie a tierra en ningún momento, con armas cuya frecuencia de disparo casi igualaba la de los comanches. Las probabilidades se habían equilibrado. O inclinado del lado de los tejanos. «Hasta ahora», escribió Samuel Walker a Samuel Colt en una carta de 1846, «esos indios osados siempre se habían creído superiores a nosotros, hombre por hombre, a caballo [...] El resultado de aquella batalla los intimidó y nos permitió negociar con ellos».<sup>[60]</sup>

Con todo, fuera de la República de Tejas, nadie era consciente de lo que había hecho Colt. En 1844, seis años después de iniciada la producción de sus pistolas repetidoras, el invento era un fracaso. La fábrica de Paterson había quebrado en 1842. Colt logró conservar las patentes pero poco más. Todos los modelos, prototipos y planos de sus armas de seis disparos se perdieron o destruyeron. El inventor pasó cinco años en la miseria.

Pero había motivos para la esperanza, y Colt lo sabía. Le habían llegado rumores de lo que Hays y sus hombres estaban haciendo con su revólver. Estaba tan emocionado que, en otoño de 1846, envió a Tejas una carta dirigida a Samuel Walker:

Permítame hacerle unas preguntas sobre su experiencia con mi arma de repetición y su opinión sobre su uso militar en la guerra contra México. He oído ablar tanto del coronel Hayse y de sus proezas con las armas de mi invención que desde hace mucho tiempo deseo conocerlo a usted personalmente y escuchar de su boca el relato verdadero de las diversas ocasiones en que mis armas han resultado más útiles de lo normal.<sup>[61]</sup>

Walker le respondió de inmediato con una descripción entusiasta de lo eficaces que habían sido los revólveres en la Batalla de Walker's Creek. «Con algunas mejoras», concluía el *ranger*, «creo que pueden convertirse en el arma más perfecta del mundo para la caballería».<sup>[62]</sup> A partir de ahí, las perspectivas de Sam Colt empezaron a mejorar rápidamente.

Al estallar la guerra en México, los *rangers* se habían ofrecido a combatir a las órdenes del general Zachary Taylor, que los había aceptado. Poco después estaban luchando al sur de la frontera y causando una extraordinaria impresión en el ejército estadounidense. Jamás se había visto nada igual. Los *rangers* iban sin uniforme, llevaban sus propias armas y pertrechos, y se desplazaban a caballo a todas partes. A diferencia de la práctica totalidad del ejército, preferían combatir a caballo. Se dedicaban más que nada a misiones de reconocimiento —habían implantado con éxito al otro lado de la frontera el método de guerra que habían aprendido de los comanches—, y las historias de su bravura, resistencia e inventiva se propagaron por todo el mundo desde los campos de batalla mexicanos. La intrépida galopada de Samuel Walker al frente de setenta y cinco hombres a través de una pradera dominada por mil quinientos soldados de caballería mexicanos, y la brutal eficacia con que el coronel Jack Hays despejaba los caminos tomados por la guerrilla enemiga se contaban una y otra vez en los salones de todo el país, de Chicago a Nueva York. El general Taylor se quejaba de su anarquía, pero lo cierto era que el enemigo les tenía pavor. Todo el mundo se lo tenía.

Lo que más llamaba la atención de los *rangers* era el armamento. Sus colts de cinco disparos y su habilidad para usarlos con mortífera precisión desde la silla de montar eran el asombro de todo el ejército. Tan era así que el ejército quería más revólveres, un millar para ser exactos, cantidad suficiente para abastecer a todos los *rangers* y a otros tejanos presentes en México. Solo había un problema: Colt llevaba cinco años sin fabricar ningún revólver. No tenía dinero ni fábrica donde hacerlos. Por no tener, no tenía ni un modelo operativo de una de sus pistolas. Llegó a poner un anuncio en la prensa de Nueva York para ver si se hacía con una, pero fue en vano.

Aun así, se ofreció a venderle al ejército las mil unidades por veinticinco dólares cada una. Con el contrato en la mano, en enero de 1847 convenció a su amigo Eli Whitney de que le fabricase las pistolas. Lo único que tenía que hacer Colt era diseñar un arma completamente nueva.

Entonces ocurrió algo extraordinario. Colt le pidió a Samuel Walker, que casualmente se encontraba destacado en Washington, que lo ayudase a diseñar el prototipo:

Le sujiero que benga a verme antes de empezar a construir estas armas [...] Obtenga una orden del departamento para benir a Nueva York y dirigir la fabricación de estas armas con las mejoras que usted sujiera.<sup>[63]</sup>

Fue así como los dos hombres —el *ranger* curtido en la frontera tejana y el joven y ambicioso yanqui de Connecticut— empezaron a colaborar. Walker tenía montones de ideas. Le explicó a Colt que necesitaba un calibre mayor, y que la pistola debería ser más sólida y resistente, con un cañón más largo y una culata más grande y maciza. Sus sugerencias también podían ser bastante específicas: en una carta que envió a Colt el 19 de febrero de 1847, le recomendaba que hiciese «la mira trasera mucho más fina, y la delantera de plata alemana y con otra forma totalmente diferente».<sup>[64]</sup> Pero la idea de usar seis recámaras en lugar de cinco fue de Colt.

El resultado fue el Walker Colt, uno de los artefactos más eficaces y letales jamás diseñados, un invento que pronto causaría más muertes en combate que cualquier arma corta desde el gladio de los romanos.<sup>[65]</sup> Tenía un cuerpo pequeño, un cañón enorme de veintitrés centímetros, y pesaba dos kilos. Sus recámaras giratorias albergaban balas cónicas de calibre cuarenta y cuatro y catorce gramos de peso. La carga de pólvora —tres gramos de pólvora negra— hacía que, a una distancia de hasta cien metros, el nuevo colt fuese tan mortífero como un rifle.<sup>[66]</sup> Grabada en el cañón —por cortesía de Sam Colt hacia los *rangers*— había una representación de la Batalla de Walker's Creek, según la descripción de Samuel Walker. La imagen de un *ranger* a caballo con el reluciente Walker Colt en la mano es una de las estampas imborrables de la Intervención estadounidense en México. Ni que decir tiene que Colt se salvó. Aunque perdió varios miles de dólares en la operación con el ejército, con el tiempo se convertiría en uno de los hombres más ricos del país. Samuel Walker, ya convertido en héroe, murió el 9 de octubre de 1847 en la ciudad mexicana de Huamantla por el disparo de un francotirador.

## XI

### GUERRA A CUCHILLO

**B**ajo la brisa fresca y agradable de octubre, en una hermosa pradera de las tierras altas bañada por un arroyo cristalino, un paraje jamás hollado por ningún *taibo*, la mujer llamada Nautdah emprendía la ardua tarea de descuartizar bisontes de setecientos kilos. Como casi todo lo relacionado con los bisontes, salvo perseguirlos y cazarlos, aquel era un trabajo de mujeres. Las comanches cortaban la carne en tiras para secarla. Curtían las pieles para confeccionar la ropa y apartaban las tripas, los tendones, el tuétano, los sesos machacados y todas las partes de esos herbívoros enormes que eran el fundamento de la sociedad nermernuh. Las mujeres también se ocupaban de todo lo demás: cocinaban, cuidaban de los niños y los caballos, y empaquetaban todos los enseres cuando se agotaban los pastos o se acercaban los enemigos. También combatían, aunque, por lo general, solo a la defensiva; pero acompañaban a los hombres en las incursiones. Así lo hacía Nautdah.

Es imposible saber si Nautdah era feliz o si la felicidad figuraba entre sus expectativas, teniendo en cuenta que su vida era una secuencia interminable de labores agotadoras. Aunque, de vez en cuando, también tenía sus alegrías. Los hijos eran una de ellas. Nautdah tenía tres. El mayor, un niño alto y fuerte de doce años, se llamaba Quannah; su hermano, Peanuts, era algo menor; y por último estaba la preciosa Toh-tsee-ah, «Flor de la pradera», que era apenas un bebé. Si en un lugar tan rudimentario como la frontera podía existir la felicidad, es muy probable que Nautdah también fuese feliz en su matrimonio. Su marido, Peta Nocona, un hombre enorme y musculoso de piel oscura, era un destacado caudillo, y ella disfrutaba de un estatus social elevado y de los botines que él se cobraba. Nocona era un gran saqueador y poseía muchos caballos, lo que significaba, en pocas palabras, que eran ricos. Nautdah solo tenía que compartir a su marido con otra esposa, una comanche de pura cepa.

Corría el mes de octubre de 1860. Aunque solo faltaba un mes para que Abraham Lincoln saliese elegido presidente de los Estados Unidos de América y se desencadenasen los acontecimientos políticos que habían de desintegrar el país y acabar con la vida de un millón de personas, Nautdah y su familia eran completamente ajenos a todo ello. Los comanches sabían detectar la presencia del hombre blanco. Captaban a la perfección la presencia o ausencia del poder militar, el ritmo y el aumento de los asentamientos, la presencia o ausencia de una voluntad hegemónica. Se percataban de cuando los bisontes no regresaban a los cazaderos. Pero todo lo contemplaban desde las remotas llanuras, esa sección inmensa del centro del continente norteamericano donde la existencia, por increíble que hoy nos parezca

continuaba en gran medida inalterada. La vida que llevaba Nautdah con su familia no se diferenciaba de la vida de una comanche de 1760. Ni, en muchos sentidos, de 1660. Seguía habiendo bisontes. Los comanches seguían guerreando. Y en el noventa y cinco por ciento de sus territorios, su dominio se mantenía incontestado.

Se preguntará el lector cómo es posible indagar en la vida de los comanches de las remotas llanuras, un lugar donde no vivía ningún hombre blanco. Pero la descripción precedente no tiene nada de ficticia. Aunque costaba seguir la pista de Cynthia Ann Parker —en un lugar como la frontera, que cambiaba tan rápido, el recuerdo de la cautiva se hacía cada vez más borroso—, sabemos exactamente cuál era su paradero en octubre de 1860. Sabemos a ciencia cierta con quién estaba, qué hacía, y el lugar exacto —con un margen de error de unos pocos hectómetros— en que se hallaba acampada. Sus circunstancias se conocen en virtud de los acontecimientos de los dos meses siguientes, y de la sangrienta catástrofe que estaba a punto de abatirse sobre ella, un destino que, sumado a su secuestro de 1836, hicieron de la mujer nacida con el nombre de Cynthia Ann Parker una de las personas más desafortunadas del mundo.

La antigua cautiva ni se imaginaba lo que estaba a punto de ocurrir. Se hallaba enfrascada en sus quehaceres habituales y todavía le quedaban unos pocos meses que disfrutar de la vida atemporal de una mujer nermernuh. Residía en un gran campamento comanche, junto con otros quinientos individuos. No era un simple campamento nómada, sino, más bien, una base de operaciones y depósito de suministros para muchas partidas de saqueo, una especie de estación por la que pasaban provisiones, bienes expoliados, reses y caballos, de camino a los diversos mercados de la región. El campamento también era una posta para caballos robados.

[1] Estamos hablando de logística india a gran escala: había cantidades fabulosas de toda clase de artículos, desde caballos a zapatos y salchichas, lo que indicaba un nivel de planificación y organización por parte de los comanches que nadie sospechaba que poseyesen. He aquí lo que posteriormente se descubriría en el campamento:

Gran copia de cecina de ternera y de bisonte [...] una cantidad enorme de mantas de pelo de bisonte, utensilios de cocina, hachas, cuchillos, *tomahawks*, herramientas para adobar pieles, cuencos de madera, mocasines, piedras de afilar, bolsas de cuero llenas de tuétano y sesos, saquitos de sopa, salchichas, embutidos de sebo y sesos, y muchas otras cosas... [2]

El campamento comanche estaba situado cerca del río Pease, que nace en la franja septentrional de Tejas y serpentea hacia el oeste, a lo largo del norte del estado, hasta unirse al río Rojo. Antes de esa confluencia, al sur de la actual ciudad de Quanah, y quince o veinte kilómetros al noreste de la ciudad de Crowell, un manantial llamado Mule Creek vierte en el Pease sus aguas claras, en un largo valle

orlado de colinas escarpadas y robles, álamos y almezos. El poblado de Nautdah, enclavado a un kilómetro y medio del punto en que las aguas cristalinas del Mule Creek se encontraban con las salobres y yesosas del Pease, se extendía a lo largo de unos cuantos centenares de metros, en la alameda que bordeaba el arroyo. El paisaje era sobrio pero hermoso. Las extensas praderas se veían interrumpidas por el río y las colinas y paredes cortadas a pico que surgían del cauce seco del arroyo. El poblado estaba a unos doscientos kilómetros al oeste de la línea de asentamientos colonos, que en el otoño de 1860 estaba situada justo al oeste de Fort Worth.

La tarea de Nautdah era sucia y sangrienta. A veces terminaba con todo el cuerpo manchado de grasa, sangre, tuétanos y tejido orgánico de bisonte, hasta el punto de que la piel y el cabello, claros de nacimiento, se le habían ennegrecido casi por completo,<sup>[3]</sup> y no habría sido fácil identificarla como la *squaw* blanca del poblado. Mientras trabajaba, vigilaba a sus niños. Aún daba el pecho a su hija, Flor de la Pradera. Los niños jugaban. Ya eran lo bastante mayores para cazar y a veces acompañaban a su padre, quien, por su parte, se dedicaba a la caza y las incursiones.

Los hábitos bélicos de Peta Nocona también son bien conocidos. Durante ese verano y el comienzo del otoño llevó a cabo una serie de ataques fulgurantes y devastadores en los condados situados entre las actuales ciudades tejanas de Fort Worth y Wichita Falls. Resulta algo más que paradójico que uno de sus principales objetivos, el condado de Parker, se llamase así por el tío de su mujer, Isaac Parker, otro miembro ilustre del famoso clan, que vivía en Weatherford, la capital del condado.<sup>[4]</sup> Isaac había llegado a Tejas en 1833 con su padre, John el Viejo, sus hermanos Daniel, Silas y James, y el resto del clan. Había servido a su tierra adoptiva ejerciendo de diputado o senador de forma continua desde 1837 a 1857, y desempeñó un papel decisivo en la creación del nuevo condado en 1855.<sup>[5]</sup> Era rico y sumamente apuesto, con rasgos muy perfilados, y tenía fama de ser un gran contador de historias. Huelga decir que Peta Nocona no tenía la menor idea de todo ello.

Pero he aquí que en el otoño de 1864 el jefe comanche se disponía a saquear la creación de su pariente político. Según todos los testimonios de la época, la mayoría de las razias de Peta Nocona tenía lugar de noche, al claro de lo que muchos tejanos ya denominaban la luna comanche. En palabras de un vecino del condado de Parker, llamado Hilory Bedford, «en las noches de luna llena, la gente estaba aterrorizada». «Me acuerdo perfectamente», evocaba Bedford, «de cuando las hermosas noches de plenilunio, en lugar de ser una fuente de placer, se consideraban algo terrorífico y maligno».<sup>[6]</sup> Hogares y asentamientos enteros quedaron destruidos por completo. Familias con nombres como Youngblood o Rippy, de las que jamás se sabrá nada, cesaron de existir sin dejar otro monumento que sus cabañas reducidas a rescoldos humeantes y unos cadáveres tan mutilados que resultaban irreconocibles. Los indios se llevaban las reses y los caballos. En aquella época, el móvil de la mayoría de las incursiones era el robo. Bedford atribuía los ataques a Peta Nocona. La comarca era el antiguo territorio de caza de la banda, y Nocona y sus guerreros se la conocían

como la palma de la mano. Al actuar de noche, se hacía casi imposible detenerlos.<sup>[7]</sup>

Las correrías también resultaban excepcionales por el hecho de que los habitantes de aquella línea de asentamientos, que se extendía al oeste de Fort Worth, parecían incapaces de hacer nada por evitarlas. En marzo de 1860, el gobernador Sam Houston había dado autorización al coronel Middleton T. Johnson para reclutar un regimiento de *rangers* al objeto de castigar a los indios de las fronteras norte y noroeste del estado.<sup>[8]</sup> Dos años antes, Rip Ford había cosechado una victoria espléndida en el arroyo del Antílope y había querido perseguir a los comanches en el interior de su territorio, pero le habían retirado la financiación. Esta vez, Johnson reclutó cinco compañías. Partieron hacia el norte y se instalaron en el fuerte Belknap. No está claro quiénes eran exactamente los reclutas de Johnson ni qué criterios aplicaría para seleccionarlos, pero lo que es evidente es que no eran los viejos *rangers* de Hays. Mientras aguardaban a que, con un poco de suerte, los atacasen los indios, se consumían de aburrimiento. Bebían, se peleaban entre ellos a puñetazos y a punta de cuchillo, jugaban al póker y cazaban bisontes. En un momento dado, el coronel se tomó un permiso bastante largo para contraer matrimonio en Galveston. En junio, un *ranger* borracho disparó a otro y lo hirió. De otro se decía que lo habían matado unos forajidos de la zona, o que había desertado, y no había forma de saber cuál de las dos versiones era la verdadera. Los soldados organizaban bailes en los que unos hacían de hombres y otros de mujeres.<sup>[9]</sup> Cazaban bisontes.

Cuando por fin salieron al campo, trescientos jinetes en total, no encontraron a ningún indio. Durante todo ese verano, Johnson y sus hombres se vieron burlados, superados y, en general, humillados de un modo que habría dejado estupefactos a los viejos *rangers*. En cierta ocasión, según un testimonio, tras una de sus batidas infructuosas, emprendieron el camino de regreso. Aunque no conseguían encontrar a Peta Nocona, parece ser que el penateka no tenía ningún problema para encontrarlos a ellos. Esa noche los indios atacaron el campamento de los *rangers* y les espantaron los caballos, con lo cual los blancos tuvieron que cruzar las llanuras a pie para volver al fuerte.<sup>[10]</sup> En otra ocasión, aprovechando que los tejanos habían partido con rumbo norte, hacia Oklahoma, los indios dieron un rápido rodeo para ganarles la espalda y, en una orgía de destrucción que duró cuatro días, robaron setenta y cinco caballos y mataron a varios colonos. Los *rangers* se dieron media vuelta y juraron «aniquilarlos». Pero los indios prendieron fuego a la pradera, destruyeron todo el pasto de los caballos y obligaron a los soldados a volver al fuerte Belknap.<sup>[11]</sup> El fracaso de la unidad de Johnson puso de relieve un viejo axioma del Oeste: que, en la frontera, el arte de la guerra contra los comanches se propagaba, en el mejor de los casos, de manera esporádica e irregular. En 1859, los *rangers*, en general, aún no habían aprendido algunas cosas que Jack Hays ya sabía veinte años antes.

Los habitantes de la frontera estaban furiosos. John Baylor, el director del periódico *The White Man*, de Weatherford, un hombre extravagante que detestaba a los indios con toda su alma, insultó al cuerpo de irregulares calificándolos de

«absolutamente inofensivos», y afirmó que su contratación había sido «la mayor estafa jamás sufrida por los habitantes de la frontera» y que todas sus expectativas se habían traducido únicamente «en comer el doble de su peso en carne de ternera por once centavos la libra [...] beber agua contaminada y maldecir el día en que los indujeron a sentar plaza en pos de la gloria en una campaña que se [había] saldado con el asesinato de dos semejantes y la boda del coronel del regimiento». Baylor añadía que si él y su gente se topaban con uno de ellos, en particular con Johnson, lo colgarían de un árbol.<sup>[12]</sup> El coronel, a todo esto, parecía más interesado en su floreciente idilio con la encantadora Louisa Power Givens, una mujer de la alta sociedad lugareña.<sup>[13]</sup> Sus malogradas expediciones de ese verano son un buen ejemplo de lo que ocurría cuando la historia de las Guerras Indias la escribía el hombre blanco. Las crónicas de los *rangers* apenas mencionan a Johnson y dan poquísimos detalles de sus expediciones. Lo marginan de un plumazo: a nadie le interesa gran cosa la abyecta humillación que sufrió la institución de los *rangers* de Tejas. Si los indios hubiesen escrito acerca de la frontera del noroeste de Tejas en la década de 1860, tal vez habrían descrito los ataques de Peta Nocona como un brillante ejercicio táctico de guerra de guerrillas, en términos análogos a los que posteriormente utilizarían los historiadores al glosar las intrépidas hazañas del oficial sudista Nathan Bedford Forrest. Ebrio de victoria, cargado de cabelleras, reses y caballos, Nocona regresó a su campamento de Mule Creek, donde lo esperaban su mujer y sus tres hijos. A finales de noviembre volvió a partir hacia la frontera, esta vez al frente de cincuenta y cinco guerreros, con los que llevó a cabo una serie de incursiones más crueles y vengativas si cabe que las de comienzos del otoño. La partida de guerra viró al oeste de Mesquiteville —actual Jacksboro— y se dirigió a marchas forzadas hacia la línea de asentamientos colonos, matando a cuantos blancos se cruzaban en su camino. Cerca de Weatherford, los comanches atacaron el rancho de John Brown, le robaron los caballos, lo asesinaron asestándole lanzadas en todo el cuerpo y le cortaron la nariz. Luego atravesaron la llanura bajo una lluvia torrencial y llegaron a un lugar llamado Stagg Prairie, en el confín occidental del condado de Parker.<sup>[14]</sup> Allí, en el límite mismo de la ensangrentada frontera, en el lugar más peligroso del estado de Tejas, un pardillo llamado Ezra Sherman, que ni siquiera tenía un arma, había decidido instalarse con su mujer, Martha, y sus tres hijos. El 26 de noviembre, un grupo de diecisiete guerreros del ejército de Peta Nocona llegó a la casa de Sherman. La familia estaba cenando. Los indios entraron en la cabaña, saludaron a los Sherman estrechándoles la mano, y les pidieron algo de comer.<sup>[15]</sup> Los colonos, nerviosos y sin saber muy bien qué ocurría, les cedieron la mesa. Una vez hubieron comido, los indios se llevaron a la familia afuera, aunque sin dejar de dar muestras de buena fe. «Vamos», les decían. «No daño, vamos». El hijo de siete años de los Herman salió corriendo y se escondió. Los demás miembros de la familia también echaron a correr tan rápido como podían, cruzando sus sembrados a trompicones bajo la lluvia, en dirección a una granja cercana.<sup>[16]</sup>

No eran lo bastante rápidos. A un kilómetro escaso de su casa volvieron a aparecer los indios. Primero agarraron a Martha, que estaba embarazada de nueve meses. Mientras Ezra y sus dos hijos seguían adelante, los indios se llevaron a Martha a rastras hasta un punto situado a unos doscientos metros de la cabaña y la violaron en grupo. Cuando terminaron, le dispararon varias flechas e hicieron algo de una crueldad insólita, incluso para ellos: le arrancaron la cabellera haciéndole unos cortes profundos detrás de las orejas y tirando del cuero cabelludo hasta pelarle toda la cabeza. Como ella misma explicaría posteriormente, se trataba de una operación complicada y los indios tardaron bastante en completarla. Martha, sangrando a borbotones, logró arrastrarse hasta el interior de la cabaña, que seguía en pie después de que la lluvia torrencial hubiese impedido a los indios prenderle fuego, y allí la encontró su marido. Sobrevivió cuatro días, durante los cuales logró expresarse con la suficiente coherencia como para contarles a sus vecinos lo ocurrido. Su hijo nació muerto. Martha probablemente murió de peritonitis: los comanches conocían la enfermedad y a menudo apuntaban con sus flechas al ombligo de las víctimas. Medio siglo después, un rancharo del condado de Palo Pinto aún recordaba el «aspecto aterrador» de la mujer sin cabellera,<sup>[17]</sup> una de las veintitrés personas asesinadas a manos de los guerreros de Peta Nocona en el espacio de dos días, del 26 al 28 de noviembre de 1860.

Para los habitantes de la frontera, la muerte de Martha Sherman no era más que el asesinato fortuito y absurdo de una mujer cristiana por parte de unos individuos primitivos e impíos cuya naturaleza infrahumana los inducía a cometer esas atrocidades. La señora Sherman no había hecho daño a nadie. No había perpetrado ningún acto de guerra. Pero su muerte no fue fortuita ni carente de sentido. Martha fue víctima tanto del choque de dos fuerzas políticas y sociales como de las flechas y cuchillos de los guerreros de Peta Nocona. Su muerte sí tenía sentido: era la consecuencia de la invasión de la Comanchería por parte de los colonos blancos que había tenido lugar a finales de la década de 1850. El lugar en el que vivían los Sherman no eran las colinas áridas y cicateras de la meseta de Edwards, al oeste de Austin y San Antonio, donde rara vez se aventuraban las manadas de bisontes, sino las exuberantes praderas del norte de Tejas, los fértiles y antiquísimos cazaderos de bisontes por cuyo dominio venían luchando los comanches desde comienzos del siglo XVIII. Los pioneros habían ido avanzando paulatinamente hacia el oeste, a rebufo de la línea de fuertes federales construidos a comienzos de la década de 1850. Pero la gran avalancha se produjo a finales del decenio, cuando los asentamientos blancos saltaron de golpe ochenta kilómetros hasta trazar una línea de longitud imaginaria que pasaba por la actual ciudad de Wichita Falls, es decir, mucho más allá de donde jamás se hubiese afincado colono alguno.

Las cabañas recién construidas en el condado de Parker eran parte de esa

proliferación de colonos. Y aunque Martha Sherman era sin lugar a dudas una mujer bienintencionada y temerosa de Dios, ella y su marido formaban parte de esa irrupción estruendosa, caótica, descarada y agresiva en territorio enemigo. Así lo veían los comanches, porque no había otra forma de verlo. Ese otoño, los bisontes se habían desplazado hacia el sur, topándose con las haciendas del hombre blanco, lo que significaba que los comanches que vivían lejos de la frontera estaban pasando hambre. La salvaje batida de Peta Nocona a través del norte de Tejas fue, por tanto, un acto político, con objetivos políticos. Como también lo fue la decisión de los Sherman de construir su cabaña en el oeste del condado de Parker, aunque en su caso se tratase de un acto menos consciente. Tanto unos como otros codiciaban el mismo territorio y querían que la otra parte dejase de disputárselo, y no estaban dispuestos a ceder nada sustancial a cambio. En comparación, lo que había ocurrido en el fuerte Parker un cuarto de siglo antes no pasó de un simple encontronazo entre piquetes. Las razias que llevó a cabo Peta Nocona en 1860 eran guerra territorial pura y dura. Todo estaba en juego. Todo estaba cambiando.<sup>[18]</sup>

Exploando, mejor dicho. En 1836, cuando los comanches secuestraron a Cynthia Ann Parker, la población de Tejas era de unos quince mil habitantes; en 1860 había aumentado a 604.215.<sup>[19]</sup> Solo en la década de 1850 habían llegado cerca de cuatrocientas mil nuevas personas. Al menos 42.422 de los residentes censados ese año eran extranjeros, y 182.921 eran esclavos. San Antonio era una bulliciosa ciudad de 8.235 habitantes.<sup>[20]</sup> Galveston, Houston y Austin, todas ellas en auge, estaban dejando de ser poblachos embarrados, donde los cerdos deambulaban por las calles, para transformarse en algo que empezaba a parecer civilización urbana. En la Tejas de 1836 tan solo había unos pocos caminos para carretas; en 1860 había miles de kilómetros de esos caminos, además de cuatrocientos treinta y siete kilómetros de vía férrea.<sup>[21]</sup> Cuando los cautivos Parker desaparecieron en las llanuras, existían tres periódicos; veinticuatro años después se publicaban setenta y uno.<sup>[22]</sup> Aun así, la población del estado seguía siendo en su mayoría rural, y casi todos sus habitantes practicaban la agricultura de subsistencia. En el borde más alejado de la frontera, los colonos construían primitivas cabañas de tablones o chozas de tepe, se lo fabricaban todo con sus propias manos salvo las herramientas y las armas, y malvivían cultivando la tierra. Pese a tener que soportar muchos de los horrores que un siglo antes habían padecido los pioneros de la frontera de los Apalaches, la gente seguía llegando desde Alabama, Tennessee y otros lugares del Este, y se agolpaba a millares al borde de esas llanuras que durante tanto tiempo habían permanecido inviolables.

El problema, como dejó patente la incursión de Peta Nocona, era que esos colonos seguían siendo víctimas de torturas, evisceramientos, violaciones y secuestros a manos de los comanches, y mientras tanto, en la Oficina de Asuntos Indios de Washington, nadie parecía tener la más remota idea de qué hacer al respecto. Era increíble que, veintiún años después de que Jack Hays y sus *rangers* hubiesen inaugurado un nuevo estilo de lucha contra los indios, las cosas siguiesen

así. De vez en cuando se enviaban tropas con la gloriosa misión de acabar de una vez por todas con el poder comanche, y de vez en cuando esas tropas encontraban, efectivamente, algunos comanches y mataban a un número considerable de ellos. Pero esas expediciones jamás servían de nada. No solucionaban problema alguno. No existía una voluntad común de acosar a los enemigos dentro de su misterioso territorio, de destruirlos.

Los ataques, pues, siguieron produciéndose, y a partir de 1857 con mayor intensidad. Casi todos eran obra de yamparikas, kotsotekas, nokonis y quahadis, bandas todas ellas que seguían tan libres como siempre en sus bastiones del extremo norte u oeste del estado. Los kiowas, igual de intocables al norte del río Canadian, también hacían incursiones de pillaje y destrucción, a menudo al alimón con los comanches. Volvían a imponerse las viejas pautas, con mínimas alteraciones, y en el fondo no cambiaba nada. La gran oleada colonizadora había arrancado en la costa este, y tras cruzar los Apalaches y dejar atrás el Mississippi, había vivido un breve instante de esperanza y optimismo al superar el meridiano 98 con los Sherman y otros colonos. Pero de repente se había hecho añicos al estrellarse contra el mismo obstáculo inmenso y letal, la misma barrera física que había frenado en seco a los españoles, los franceses, los mexicanos y los primeros tejanos: las Grandes Llanuras. En ese territorio, que se extendía hasta el mismísimo Canadá, continuaba activa la formidable maquinaria bélica de los sioux, arapahoes, comanches, kiowas y cheyennes.

En 1849, cuando Jack Hays salió de Tejas para ir a buscar fortuna en California, los hechos ya le habían dado la razón. El coronel había demostrado, muchos dirían que de manera irrefutable, que era posible rastrear a los comanches, perseguirlos hasta sus campamentos, luchar con ellos en sus propios términos, y derrotarlos. Hays había inventado, no solo un nuevo estilo de guerra, sino también el inverosímil agente con el que aplicarlo: un hombre equipado con armamento ligero que montaba un caballo rápido, gastaba un viejo chambergo y barba de unos cuantos días, mascaba tabaco y, pese a sus ridículas probabilidades de victoria, se lanzaba al combate con arrojo. Hays había adaptado una pistola por la que nadie más se había interesado y la había convertido en el arma definitiva de la frontera, un artefacto que no tardaría en cambiar de raíz la mismísima experiencia del Oeste norteamericano. Al término de la Intervención estadounidense en México, un observador imparcial podría haber sacado la conclusión de que la marea ya se había vuelto contra los indios y que los comanches, atrapados como estaban en el seno del pujante imperio estadounidense y enfrentados a un pueblo decidido que ya sabía cómo combatirlos, sucumbirían bastante más rápido de lo esperado.

No ocurrió nada por el estilo. Fue como si los *rangers* no hubiesen existido nunca, como si nadie recordase todo lo que habían aprendido a base de derramar la

sangre de tantos jóvenes. En Washington, nadie pidió jamás asesoría a los *rangers*. Hays, que partió hacia el Oeste en plena Fiebre del Oro y no tardó en convertirse en sheriff del condado de San Francisco, cayó en el olvido, al menos durante un tiempo, y también sus rudos camaradas. Los *rangers* se disolvieron y fueron sustituidos por unidades del ejército estadounidense. Volvieron a reunirse esporádicamente —por lo general, cuando un capitán reclutaba una banda de hombres para una expedición concreta, con una modesta financiación estatal— en 1850, 1852, 1855, 1857 y 1858. Pero la mayoría de estas compañías apenas se enfrentó a los indios. Algunas libraron pequeñas escaramuzas con saqueadores lipanes en el extremo sur de Tejas. Otras combatieron contra los comanches. Una de ellas pasó a la clandestinidad y se unió a una expedición desventurada que, bajo las órdenes de un aventurero de infausta memoria, trató de derrocar al Gobierno mexicano. Estos *rangers* renegados terminaron incendiando la ciudad mexicana de Piedras Negras, en la frontera, y se cubrieron de oprobio.<sup>[23]</sup> Los reclutas de 1857, escribió Walter Prescott Webb, «prácticamente no dejaron constancia de su presencia en la frontera». Una de las compañías logró dar con un pequeño grupo de indios, «pero se vio completamente engañada y derrotada por ellos».<sup>[24]</sup> La notable excepción a estos fracasos fue la expedición de Rip Ford, que en 1858 se dirigió al norte del río Rojo y de la que hablaremos más adelante.

Pero la ineficacia de los *rangers* en la etapa post-Hays no fue nada comparada con la del ejército estadounidense, que en cuestión de una década experimentó una involución de proporciones asombrosas. La cruel y lenta muerte de Martha Stewart en el otoño de 1860 ofrece, pues, otra lectura más: fue el fruto de una década de incompetencia, estupidez y ceguera política contumaz por parte del gobierno federal.

El fracaso adoptó infinidad de formas. En 1848 y 1849, el ejército envió a sus ingenieros con la misión de construir una línea de cinco fuertes desde Fort Worth, que era uno de ellos, hasta San Antonio. Al minuto de terminados ya eran obsoletos: el avance de los asentamientos los había dejado atrás.

A continuación se planteó el problema de los hombres enviados a ocuparlos. Tras retirar a sus fuerzas de México, el Gobierno de Estados Unidos destacó siete compañías de regulares a Tejas para sustituir a las tropas del estado. Se trataba de compañías de infantería de diferentes tipos, una decisión sorprendente teniendo en cuenta los adelantos en materia de guerra contra los indios que se habían cosechado en la frontera tejana a lo largo de la década precedente. Algo así solo podía habersele ocurrido a individuos encorbatados y con fajines que almorzaban en hoteles distinguidos y vivía a tres mil kilómetros de la frontera; individuos, además, que no querían una guerra contra los indios ni, por tanto, que asesinos profesionales como Wallace «Pies grandes» matasen nativos en sus territorios tradicionales. Los nuevos combatientes de la frontera eran, en casi todos los sentidos, la antítesis de los hombres de Hays.

El mejor ejemplo lo encontramos en los dragones, el nuevo cuerpo de «élite» del

ejército en el Oeste. Se trataba de unos soldados de infantería que llegaban al campo de batalla a lomos de sus pesados caballos, pero que combatían a pie. Sin duda eran eficaces contra adversarios pertrechados con las mismas monturas y el mismo arsenal, pero en la frontera tejana, esos personajes vestidos con «casacas azules de inspiración francesa, gorras de campaña de color naranja, bombachos blancos y bigotes aparatosos»,<sup>[25]</sup> que parecían salidos de la corte de Luis XIV, constituían un anacronismo lamentable. Al igual que los viejos mosqueteros del Rey Sol, se conducían con deliberada galanura, y no tardarían en resultar casi cómicos.

Los dragones iban equipados con armas que, tal y como habían descubierto los españoles y mexicanos mucho tiempo antes, no servían de nada contra las tribus ecuestres: pistolas de un solo disparo —se ve que el ejército estadounidense, a diferencia de sus víctimas en la guerra contra México, aún no había captado el significado ni el valor del Colt Walker—, espadas relucientes que no tenían mayor utilidad contra las lanzas de cuatro metros y la lluvia de flechas de los indios y, la más estrafalaria de todas, el mosquete del arsenal de Springfield, modelo de 1842, un arma verdaderamente espantosa que no era de fiar a ninguna distancia. Demasiado pesada para un cuerpo de caballería, cosa que, para empezar, no era, la infantería montada de los dragones, tan espléndidamente ataviada, apenas si lograba cubrir cuarenta kilómetros al día en pos de los indios. A menudo se veían obligados a marchar a pie junto a sus caballos, para no agotarlos. Los guerreros a los que perseguían —y las persecuciones no era algo que el ejército hiciese con mucha frecuencia en el Oeste— podían recorrer ochenta kilómetros en siete horas, y ciento sesenta kilómetros sin detenerse, algo que los sobrecargados dragones, con su paso cansino, directamente se negaban a creer. Según señaló un *ranger*, el único peligro que podrían correr los indios frente a esos soldados de tan ridículo aspecto y tamaño desgarbo ecuestre era que, al verlos, se muriesen de risa.<sup>[26]</sup> «Como experimento», escribió un capitán de los *rangers*, «era bastante desafortunado transformar en unidad montada a unos soldados de infantería, muchos de los cuales no se habían subido a un caballo en su vida, y enfrentarlos a los mejores jinetes del país, los comanches. Y sin embargo, el ejército de los Estados Unidos lo llevó a la práctica».<sup>[27]</sup> Uno no puede por menos que preguntarse cuánto habrían tardado los *rangers* de la época de Hays, Walker o McCulloch en hacer picadillo a semejante ejército. No es de extrañar que jamás capturasen un solo indio.

Los dragones, con todo, eran mucho más eficaces que la infantería, que a la sazón constituía el grueso de las tropas destacadas en la frontera. La elección era curiosa toda vez que lo mejor que podía hacer un infante en un terreno tan extenso y despejado, frente a un enemigo rápido y a caballo, era disparar su rifle desde las aspilleras de una empalizada. Semejante planteamiento defensivo era bastante razonable en lugares más civilizados que la frontera occidental de Estados Unidos, pero no servía de nada para combatir con jinetes indios, que nunca fueron lo suficiente estúpidos ni estuvieron tan desesperados como para atacar fuertes

federales, y de hecho, enseguida aprendieron a evitarlos. Antes incluso de que las fortificaciones estuviesen terminadas, los habitantes de algunas ciudades ya solicitaban la protección de los *rangers*. En 1849, un periódico tejano afirmaba lo siguiente: «La idea de repeler a los indios, que son los mejores jinetes del mundo, con una fuerza de infantería, es ridícula».<sup>[28]</sup> El hecho de que esos soldados fuesen, en su mayoría, alemanes e irlandeses, muchos de ellos criminales, llevasen vidas miserables y deprimentes, y padeciesen el triple azote de las enfermedades, las pésimas condiciones sanitarias y el alcoholismo, no hacía sino empeorar las cosas.

Así y todo, esa era la política que emanaba de Washington. Una política sumamente ambivalente. En 1849, la Oficina de Asuntos Indios se había transferido del Ejército al Ministerio del Interior. La idea, en principio, parecía razonable, pero dio lugar a dos entidades enfrentadas. La Oficina de Asuntos Indios estaba empeñada en evitar la guerra con los indios en el Oeste. Sus responsables desconfiaban del ejército y tendían a restar importancia a los gritos de alarma de los colonos, pues consideraban que los problemas de los blancos con los indios eran culpa de los primeros. Les gustaba la idea de los tratados, cuantos más mejor, y el concepto de paz permanente, pese a la avalancha de colonos que invadían el territorio indio y que solo querían la paz si ello suponía la rendición incondicional de los nativos. El ejército sabía de sobra que algo así era inviable, pero no podía hacer nada al respecto. Además, la Oficina de Asuntos Indios era sumamente corrupta: estaba repleta de agentes que no tenían reparos en estafar a los indios quitándoles los obsequios, rentas o alimentos que tenían asignados, lo cual solía provocar represalias sangrientas. El resultado fue una política increíblemente pasiva que duró de 1849 a 1858. Los soldados tenían prohibido enfrentarse a los indios salvo que fuesen atacados, o tuviesen pruebas evidentes de que los indios habían cometido algún acto criminal.

El enfoque del Gobierno era, pues, estrictamente defensivo. En consecuencia, la nueva línea de fuertes, construidos ciento cincuenta kilómetros más al oeste y terminados en 1852,<sup>[29]</sup> no fue mucho más eficaz que la primera. Al menos no en un primer momento. Aunque habían costado mucho dinero, para variar estaban faltos de personal y de fondos. Los soldados no podían hacer mucho más que entrenarse y dar vueltas alrededor del patio central: era absurdo perseguir a jinetes comanches con la infantería. La finalidad de los fuertes era frenar las incursiones indias tanto en la frontera tejana como en el norte de México, pero durante la mayor parte de la década de 1850 no sirvieron para nada. «Por extraño que parezca», escriben los historiadores Wallace y Hoebel, «los oficiales y soldados estadounidenses desconocían los principios más elementales del estilo bélico de los indios de las llanuras».<sup>[30]</sup>

La inoperancia a nivel federal se extendía a los tratados, que no se diferenciaban en nada de cualquiera de los acuerdos fallidos que había suscrito el Gobierno estadounidense desde la fundación de la nación. Según los cálculos de un historiador, el número de tratados firmados y rotos por el Gobierno fue de trescientos setenta y ocho.<sup>[31]</sup> El resultado de casi todos los acuerdos era el mismo: la civilización blanca

avanzaba, y la civilización nativa era destruida, subsumida, expulsada. El Gobierno suscribía cláusulas que nunca podría hacer cumplir, ni jamás lo pretendió, y los indios morían. Es una historia monótona. Las llamadas «cinco tribus civilizadas» se vieron empujadas hacia el oeste por una serie de tratados, cada uno de los cuales garantizaba que esa vez el Gobierno cumpliría sus promesas, que esa vez la senda de las lágrimas tendría fin. Algunos de estos acuerdos eran fruto de la hipocresía más flagrante; otros, como los negociados por el agente tejano Robert Neighbours, eran producto de una ingenuidad ardorosa y bienintencionada. Los indios siempre exigían pactos de validez perpetua; ninguno de los blancos que los firmaban pudo creer jamás que su gobierno fuese a cumplir una promesa semejante.

Fue enorme la cantidad de energía dedicada a negociar tratados estériles con los comanches. El siguiente resumen servirá de ilustración. El primer tratado se suscribió en 1847, con los penatekas, quienes por supuesto no podían hacer que las demás bandas cumplieren ninguna de las disposiciones. Los términos del acuerdo eran los típicos: los indios debían entregar a los cautivos y devolver los bienes robados, aceptar la jurisdicción de Estados Unidos y comerciar únicamente con comerciantes autorizados. El Gobierno, a cambio, se comprometía a impedir que ningún blanco entrase en territorio indio sin un permiso firmado personalmente por el presidente de Estados Unidos; a enviarles herreros para reparar sus armas y herramientas; y a entregarles obsequios por un valor de diez mil dólares.<sup>[32]</sup> Ni que decir tiene que los blancos jamás cumplieron el tratado. Uno se pregunta de quién sería la idea ridícula de que el presidente James K. Polk otorgase un permiso personal a cada colono que quisiese adentrarse en territorio indio. Como de costumbre, los indios tenían prohibido traspasar una determinada línea. Los blancos, mientras tanto, seguían avanzando en tropel. En 1850 se suscribió otro tratado parecido, que el Senado, a la postre, no ratificó, con lo cual todas las promesas formuladas por la Oficina de Asuntos Indios quedaron en agua de borrajas.

El tratado de 1853 fue un absoluto fraude por ambas partes. Este acuerdo, firmado por «representantes» de los comanches del norte, los kiowas, y apaches kiowa sin la menor autoridad para suscribir nada en nombre de sus tribus, permitía al Gobierno estadounidense construir carreteras en territorio indio, establecer puestos y almacenes, y proteger a los inmigrantes que pasasen por allí. En contrapartida, los agentes del Gobierno prometieron una asignación anual de bienes por valor de dieciocho mil dólares. Los indios se comprometieron a interrumpir sus ataques tanto en Estados Unidos como en México, y a entregar todos los cautivos.<sup>[33]</sup>

Ninguna de las dos partes respetó el acuerdo, ni mostró la menor intención de hacerlo. Los bienes asignados no se entregaron, aunque qué duda cabe que alguien de la Oficina de Asuntos Indios se llevó un buen pellizco. Los indios, que a esas alturas ya sabían cómo se las gastaban los blancos, tampoco tenían ninguna intención de cumplir sus promesas. Les gustaba la idea de los obsequios, y querían ver cuánto podían sacar en limpio. Los blancos siempre obtenían algo de esos tratados de

pacotilla: podían presentar a los nativos como incumplidores. Al fin y al cabo, los indios habían firmado un documento en el que se comprometían a no saquear y a entregar cautivos, y luego, traicioneramente, se habían negado a respetarlo, con independencia de que los colonos, como en todos los tratados anteriores, también hicieran caso omiso de lo acordado. La doctrina del «destino manifiesto», como idea y como plan de acción para la expansión del imperio, significaba que las tierras, en su totalidad, pertenecían al hombre blanco. Y los blancos hacían lo mismo que habían hecho desde que desembarcaron en Virginia en el siglo XVIII, esto es, aventurarse en el territorio indio tanto como su bravura, o las partidas de guerra indias, se lo permitieran. Imaginemos la alternativa: que el Gobierno estadounidense enviase tropas para matar a los colonos temerosos de Dios que tan solo querían un pedazo del sueño americano. Nunca sucedió algo así.

Al Gobierno estadounidense no se le ocurrió nada mejor que meter a cuatrocientos penatekas famélicos y a otros mil indios, en su mayoría wichita-caddoanos, en sendas reservas a orillas del río Brazos. El plan, ejecutado en 1855, fue idea de Jefferson Davis, el nuevo secretario de guerra del Gobierno de Franklin Pierce. Los penatekas, diezmados por epidemias, con sus cazaderos esquilados y su cultura contaminada por la de los invasores blancos, estaban muriéndose literalmente de hambre; los demás indios simplemente se veían arrollados.

Este plan también fue un fracaso. Los comanches recibieron unas ocho mil hectáreas junto al Clear Fork, el ramal del Brazos, entre las actuales ciudades de Abilene y Wichita Falls. Para unos cazadores nómadas, el terreno era de un tamaño absurdo, demasiado pequeño para criar ganado y casi imposible de cultivar. De los mil doscientos penatekas que quedaban, tan solo cuatrocientos aceptaron trasladarse a la reserva; los demás, asustados por los rumores de que iban a matarlos, huyeron al norte del río Rojo con el omnipresente Joroba de Bisonte. La idea inicial, para los que se quedaron, era que se convirtiesen en granjeros felices y bien adaptados. Pero ningún comanche quiso dedicarse jamás a plantar semillas. El agente encargado de la negociación, Robert Neighbors, se vio obligado a darles ganado. La reacción de Sanaco, uno de los jefes que se quedó en la reserva, sintetiza la resignación amarga de los penatekas:

Venís a nuestra tierra y escogéis un pequeño trozo de terreno, alrededor del cual trazáis una raya, y nos decís que el presidente nos lo regala para que vivamos en él, cuando todo el mundo sabe que esta región entera, desde el río Rojo hasta el Colorado, es nuestra y siempre lo ha sido desde tiempos inmemoriales. Supongo, no obstante, que si el presidente nos manda ceñimos a tan estrechos límites, no nos queda más remedio que obedecer.<sup>[34]</sup>

Pero el problema principal de las reservas tejanas era la población blanca de los

alrededores. En 1858, las granjas y ranchos de los blancos ya rodeaban las reservas. Los colonos no tardaron en culpar a sus vecinos indios de saqueos que en realidad cometían las bandas del norte. En el otoño de 1858 se produjo una serie de ataques brutales a lo largo de la frontera; un asentamiento situado a cuarenta kilómetros de Fredericksburg quedó completamente aniquilado. Los colonos, liderados por John Baylor, el director de periódico que odiaba a los indios, se organizaron y amenazaron con matar a todos los indios de ambas reservas. El 27 de diciembre de 1858, un grupo de diecisiete indios pacíficos de la reserva —anadarkos y caddoanos— fueron atacados mientras dormían. Los blancos abrieron fuego contra ellos, matando a cuatro hombres y tres mujeres. Aunque se identificó a los seis culpables de la matanza, nunca se les procesó. La opinión generalizada era que ningún jurado los condenaría, y que su detención podría provocar una revuelta a gran escala en la frontera. Baylor, mientras tanto, seguía enardeciendo los ánimos, llegando incluso al extremo de afirmar que mataría a cualquier soldado que se interpusiese en su camino. En la primavera de 1859, el pánico ya había cundido en la zona colindante con las reservas. Grupos de blancos armados se dedicaban a patrullar en busca de nativos. En mayo, unos colonos dispararon a un grupo de indios. A esas alturas, nadie dudaba que si los indios se quedaban, habría una guerra a gran escala. O, más probablemente, una masacre a gran escala.

El 31 de julio, el agente Neighbors y tres compañías del ejército federal se llevaron a los indios de la reserva del Brazos en una larga, extraña y colorida procesión, para no volver jamás. La escena resultaba majestuosa y al mismo tiempo patética. Trescientos ochenta y cuatro comanches y 1112 indios de otras tribus<sup>[35]</sup> desfilaban con lentitud bajo el sol radiante de la pradera, arrastrando sus angarillas como habían hecho desde hacía siglos; el 8 de agosto cruzaron el río Rojo, y el 16 llegaron a su nueva reserva, situada a orillas del río Washita, cerca de la actual Fort Cobb, en Oklahoma. Al día siguiente, Neighbors regresó a Tejas para redactar un informe. Mientras estaba en el fuerte Belknap, un hombre llamado Edward Cornett, que discrepaba de sus políticas en relación a los indios, se le acercó por detrás y lo mató de un tiro en la espalda.

Se mire por donde se mire, John Salmón Ford, alias «Rip», fue uno de los personajes más extraordinarios del Oeste. A lo largo de su vida fue médico, director de periódico, diputado y senador estatal, extravagante partidario de la Confederación Sudista y explorador de caminos, como el de San Antonio a El Paso, que posteriormente llevaría su nombre. Fue alcalde de Brownsville, diputado en la convención constituyente de 1875 y superintendente de la escuela de sordomudos del estado de Tejas. También fue un pacificador. En su día protegió a los indios de la reserva del río Brazos contra las acusaciones falsas de los colonos blancos, aunque después se negó a arrestar a los asesinos de los caddoanos y anadarkos inocentes,

pese a que el juez del distrito le ordenó detenerlos.<sup>[36]</sup> Rip Ford era un hombre de opiniones heterogéneas, todas ellas firmes.

Por encima de todo, Ford se hizo famoso luchando contra indios y mexicanos. En 1839 se alistó en los *rangers* de Jack Hays y llegó al rango de teniente. Durante la Intervención estadounidense en México, volvió a ponerse a las órdenes de Hays, en esta ocasión como asistente. Fue en esa campaña donde se ganó el apodo. Ford era el encargado de notificar las defunciones a las familias de los soldados, y solía concluir las cartas con la postdata *Rest in Peace*, «Descanse en paz». Eran tantas las notificaciones, que terminó abreviando la frase a las consabidas siglas, «R. I. P.». Mucha gente creía que las iniciales hacían referencia a todos los indios que había matado. Al terminar la guerra, Ford se reincorporó a los *rangers*, ascendió a capitán y pasó una temporada en la frontera persiguiendo indios y bandidos mexicanos. Aunque era un hombre instruido y culto, tenía aspecto de tipo duro; no cuesta imaginárselo acampando sin hoguera en los barrancos calizos de la sierra, con Hays, McCulloch y los demás, y despertándose al alba rodeado de escarcha para partir en busca de comanches y matarlos. Tenía el rostro ancho y los ojos hundidos, la nariz torcida, orejas de soplillo y la boca fina y arisca. Le gustaba vestir pantalones de gamuza, lucía una barba larga y estrecha, y a veces gastaba chistera. Tenía fama de ser un instructor severo.

En enero de 1858, cuando Tejas aún no se había recuperado de una reciente oleada de ataques indios en Erath, Brown y los condados comanches, Ford, como era de esperar, fue nombrado salvador de la frontera. Los tejanos ya estaban hartos de la pasmosa incompetencia del gobierno federal, absolutamente incapaz de frenar los ataques comanches. La gota que colmó el vaso fue la decisión que en 1857 tomó el ejército de enviar a Utah buena parte de las tropas federales destacadas en Tejas, casi todo el Segundo de Caballería, con el fin de reprimir una revuelta mormona.<sup>[37]</sup> Los comanches se habían dado perfecta cuenta y, en consecuencia, habían intensificado sus ataques.

Los tejanos dijeron basta: en lo sucesivo se tomarían la justicia por su mano. Tras aprobarse la asignación de una partida de setenta mil dólares, se reclutaron cien hombres para un periodo de seis meses. Ford, que aceptó el nombramiento de capitán de los *rangers*, sería el encargado de dirigirlos. La misión era de lo más insólita. En los últimos años, todas las expediciones militares dirigidas contra los comanches se habían organizado en respuesta a ataques concretos. La idea siempre había sido perseguir a los saqueadores y castigarlos por lo que habían hecho. Pura y simple represalia. Ford y sus hombres, en cambio, se disponían a adentrarse en territorio comanche y lanzar una ofensiva. «Le recalco la necesidad de actuar con decisión y energía», le dijo a Ford el gobernador de Tejas, Hardin Runnels. «Siga todos y cada uno de los rastros que descubra de indios hostiles o sospechosos de serlo y, si es posible, déles caza y castíguelos».<sup>[38]</sup> Las palabras de Runnels parecían bastante simples, pero lo cierto es que, haciendo caso omiso de las directrices federales, estaba

llamando a la guerra abierta contra los indios. Las órdenes recordaban a lo que Jack Hays había hecho veinte años antes, cuando recorría las sierras en busca de indios y atacaba a cualquiera que encontrase. A los tejanos ya no les importaba si los *rangers* capturaban algún indio de forma ilegal. Se trataba de lanzar un implacable ataque preventivo; de perseguirlos —porque era posible— hasta lo más profundo de sus territorios, hasta sus mismísimas tiendas.

Fue así como Ford recibió carta blanca. Tras reclutar a los mejores hombres que pudo encontrar, le dio a cada uno dos revólveres y un rifle, les hizo practicar el tiro y los instruyó en tácticas de combate.<sup>[39]</sup> Iban a hacer las cosas a la usanza de los viejos *rangers*, un sistema ingrato, incómodo y fatigoso, al estilo Hays. Ford reforzó su tropa con ciento trece indios aliados, en su mayoría tonkawas al mando del jefe Plácido, y caddoanos y anadarkos a las órdenes de Jim Viruelas, aunque también había unos pocos shawnees. Al igual que Hays, Ford se valía de los nativos en gran medida, de quienes posteriormente escribiría que «eran hombres más inteligentes de lo normal que poseían información detallada sobre la geografía y topografía de la región».<sup>[40]</sup> El 29 de abril de 1858, Ford y su cohorte vadearon el río Rojo a rebufo de una amplia cortina de exploradores y flanqueadores indios, y atravesaron trechos muy extensos de arenas movedizas. Fuera de Tejas carecían de toda autoridad legítima, pero este hecho no parecía preocuparlos.<sup>[41]</sup> El 10 de mayo, los exploradores encontraron dos puntas de flecha y las identificaron enseguida: eran obra de comanches kotsotekas. Al día siguiente descubrieron un pequeño campamento comanche a orillas del río Canadian. Ford se había desplazado como un *ranger*: con sigilo, encendiendo pocas fogatas, o ninguna, enviando exploradores treinta kilómetros por delante en las cuatro direcciones. Y la compañía, por supuesto, no armaba el alboroto ni el revuelo ni el estrépito de cornetazos que caracterizaban a las expediciones del ejército. Las tropas federales iban aprendiendo las viejas lecciones de los *rangers*, pero muy lentamente: sus desplazamientos por la llanura todavía resultaban demasiado escandalosos.

El 12 de mayo, los tonkawas de Ford atacaron y destruyeron el campamento en un abrir y cerrar de ojos, matando a varios indios y apresando a otros. Dos comanches escaparon al galope en dirección al río Canadian. Los *rangers* y los indios de la reserva salieron tras ellos y los persiguieron a toda velocidad durante cinco kilómetros. Al poco de cruzar el río se detuvieron delante de un campamento kotsoteka de un kilómetro y medio de extensión, situado a orillas de un riachuelo. El paisaje era precioso: las aguas limpias y cristalinas discurrían hacia un valle fluvial, y detrás de la orilla norte, bañadas por la luz del amanecer, se erguían las pintorescas Colinas del Antílope. Estaban en pleno territorio comanche, donde los kotsotekas nunca habrían imaginado que pudiesen sufrir un ataque. Lo que los *rangers* tenían ante sus ojos no era un simple campamento itinerante de una partida de guerra, sino una aldea en toda regla, con mujeres, niños y carne de bison colocada en secaderos delante de los tipis. Los doscientos trece hombres de Ford tenían ante sí a

cuatrocientos guerreros kotsotekas.

Ford envió por delante a su cohorte india, con el fin, según sus palabras, «de hacer creer a los comanches que solo tendrían que vérselas con unos indios armados con arcos y flechas».<sup>[42]</sup>

La estratagema, al parecer, dio resultado. El jefe principal de los comanches, Pobishequasso, «Chaqueta de Hierro», surgió de entre el remolino de jinetes y se puso en cabeza. Chaqueta de Hierro no era un simple jefe guerrero: también era un hechicero insigne. En lugar de una camisa de gamuza vestía una cota de malla, reliquia de los ejércitos españoles. Armado con arco y lanza, lucía un tocado de plumas con largas cintas rojas, y llevaba todo el cuerpo pintado con historiados motivos.<sup>[43]</sup> Su caballo, según Ford, iba «maravillosamente enjaezado».<sup>[44]</sup> Mientras avanzaba, el jefe hechicero desplegaba sus poderosas artes mágicas, cabalgando en círculos y exhalando el aliento con gran fuerza. De Chaqueta de Hierro se decía que era capaz de desviar de un soplado las flechas enemigas, y que las balas y los dardos le rebotaban en el cuerpo; en suma, que era invencible. A decir verdad, durante un rato dio la impresión de serlo: los *rangers* y los indios le disparaban en vano. Según uno de los participantes en la batalla, los pistoletazos «rebotaban [en su armadura] como el granizo en un tejado de lata».<sup>[45]</sup> Chaqueta de Hierro siguió describiendo círculos y avanzando. Pero, de pronto, los indios de Ford, que iban armados con revólveres de seis disparos y rifles de Mississippi, hicieron diana. «Unos seis disparos de rifle retumbaron en el aire», escribió Ford. «El caballo del jefe saltó casi dos metros en vertical y se desplomó. Se produjo otra descarga, y el hechicero comanche dejó este mundo».<sup>[46]</sup>

El efecto inmediato fue el que cabía imaginar. Los comanches del campamento principal, tras oponer una breve resistencia, salieron huyendo, desmoralizados por la ineficacia de la magia de su jefe. Lo que sucedió a continuación fue un combate a la carrera en el que los *rangers* y sus aliados indios, dotados de un armamento muy superior, se dedicaron a abatir guerreros kotsotekas en campo abierto y en el boscoso cauce del río. La batalla se extendió por un área de diez kilómetros de largo por diez de ancho y no tardó en fragmentarse en una serie de combates aislados en los que los *rangers*, con sus pistolas recargables de seis disparos del calibre cuarenta y cinco (once milímetros) y sus carabinas de retrocarga, tenían una ventaja enorme sobre los comanches, armados con arcos y lanzas. Los segundos también tenían armas de fuego, pero eran viejos mosquetes de un solo disparo. Así y todo, se batieron con bravura, en gran medida para cubrir la retirada de sus mujeres e hijos. Los *rangers* mataban tanto hombres como mujeres. Ford se preocupó de señalar que «no era fácil distinguir a los guerreros indios de las *squaws*», como queriendo decir que sus hombres no mataron mujeres a sabiendas. Pero no era verdad. Las comanches eran tan buenas amazonas como los hombres y sumamente hábiles con el arco. A menudo morían en combate —como les ocurriría cien años después a las vietnamitas en otra guerra contra los estadounidenses— y, en cualquier caso, no dejaban de ser

contendientes en potencia. Huelga decir que los tonkawas, los shawnees y los demás indios no mostraban esos reparos a la hora de matar mujeres: la guerra en las Grandes Llanuras siempre fue a degüello. Aquel día murieron setenta y seis comanches, y muchos más resultaron heridos. Los *rangers* tan solo sufrieron dos bajas y tres heridos. Del número de indios «amigos» muertos nunca se dio parte.

Entonces sucedió algo muy extraño. Un segundo ejército de comanches, tan grande o más que el primero, surgió de los barrancos y del matorral para enfrentarse a los hombres de Ford. Según la leyenda, lo encabezaba Peta Nocona, pero no hay pruebas fehacientes de ello. Acto seguido se produjo un combate ritual de estilo clásico, como el que pocos hombres blancos habían presenciado jamás. Los jinetes comanches, ataviados con sus mejores galas, salieron uno por uno a la llanura, dirigiendo burlas e insultos a los indios aliados de Ford y desafiándolos a combates individuales. Los retados recogieron el guante. «A continuación», escribió Ford, «se representó una escena indescriptible que recordaba la época de nobleza y reciedumbre de los caballeros andantes. Para rematar el parecido, no faltaban escudos y lanzas, arcos y penachos, corceles briosos y un sinfín de ornamentos. Y cuando los combatientes, profiriendo gritos desafiantes, se lanzaban a la carga uno contra otro, no había nada, salvo el disparo penetrante del rifle, que diferenciase aquel lance de una palestra medieval. En esas justas se consumió media hora sin que ninguno de los dos bandos sufriese demasiados daños».<sup>[47]</sup>

No tardó la edad moderna en reafirmar su vigencia. Los *rangers* cargaron en masa a tiro limpio, y al punto los comanches rompieron filas. Se sucedió un combate en carrera a lo largo de unos cinco kilómetros que terminó sin bajas por ambos lados. Los caballos de Ford quedaron exhaustos y los comanches se retiraron a lamerse las heridas.

La contienda pasó a la historia tejana como la Batalla de las Colinas del Antílope, y es famosa por diversos motivos. En primer lugar, consolidó la superioridad de los tejanos sobre los comanches y subrayó la incompetencia del ejército federal y de la Oficina de Asuntos Indios. En segundo, lanzó a la fama a Rip Ford y, lo más importante, demostró la validez de las enseñanzas que Jack Hays había acumulado y que, en cierto modo, se habían perdido con el paso de los años. «Es posible», escribió posteriormente Ford a Runnels, «seguir a los comanches, alcanzarlos y derrotarlos, siempre que los perseguidores se esfuercen, se mantengan alerta y estén dispuestos a pasar privaciones». Siempre que estuviesen dispuestos, en resumidas cuentas, a actuar y combatir como los *rangers* de finales de la década de 1830 y comienzos de la siguiente.

La Batalla de las Colinas del Antílope también puso sobre el tapete un interrogante político bastante espinoso: ¿quién estaba más cualificado para patrullar la frontera, los federales o los tejanos? Ese año, Sam Houston había tomado la palabra en el Senado estadounidense para declarar, con hiriente desdén, que Tejas ya no quería ni ver a las tropas federales. «Dennos mil *rangers* y nos

responsabilizaremos de la defensa de la frontera. Tejas no quiere tropas regulares. Retírenlas si lo desean». La réplica se la dio el senador de Mississippi Jefferson Davis, a la sazón secretario de guerra, que recordó a Houston los problemas de disciplina que los *rangers* habían planteado al ejército durante la Intervención en México. «Si el general hubiese ido más allá», dijo Davis, «y hubiese añadido que la caballería irregular [los *rangers*] siempre provocan altercados en las inmediaciones de los campamentos, no habría hecho sino confirmar mi experiencia personal».<sup>[48]</sup>

Pero la incursión de Ford había herido a los militares en lo más hondo de su orgullo, por cuanto había insinuado, o tal vez demostrado, que Houston tenía razón. El capitán de los *rangers* había hecho lo que ningún miembro del ejército había logrado jamás, que era dar caza a los comanches en su propio territorio. Ese fue el motivo por el que se ordenó al Segundo de Caballería que abandonase su misión en Utah y emprendiese una marcha hacia el río Rojo en busca de los comanches.

La expedición federal, por tanto, tuvo un móvil político de principio a fin. La incursión de Rip había impulsado al mando supremo del ejército estadounidense en Tejas, el general David Twiggs, un hombre gordinflón y mal hablado, a solicitar la autorización directa del cuartel general de West Point para abandonar la política de defensa pasiva que el ejército se había visto obligado a adoptar desde 1849. Una vez obtenida, el rubio y atildado Earl Van Dorn, un militar egocéntrico que posteriormente se haría célebre como general de división del ejército confederado, organizó en el fuerte Belknap una fuerza punitiva. El 15 de septiembre de 1858, las cinco compañías de Van Dorn, junto con ciento treinta y cinco indios aliados al mando del enjuto y ambicioso Sul Ross, un universitario de veinte años, se pusieron en marcha hacia el norte. El objetivo era Joroba de Bisonte, el jefe penateka aparentemente indestructible que, tras negarse a recluirse en la reserva, se había unido a otras bandas comanches. Los exploradores tonkawa de Van Dorn enseguida encontraron un gran poblado comanche cerca de un poblado wichita. Los indios eran completamente ajenos a lo que se les venía encima.

El motivo de esa incuria era que acababan de firmar un tratado con el capitán Prince, el oficial al mando del fuerte Arbuckle, situado un poco más al este. Mientras el intrépido Van Dorn se preparaba en el fuerte Belknap para asestar un golpe mortal a los comanches, Prince se codeaba y hacía las paces con los jefes de la misma banda: Joroba de Bisonte, Quahateme y Hotoyokowot. Ni Van Dorn ni Prince tenían la menor idea de las actividades de su homólogo.<sup>[49]</sup> Los wichitas y los comanches, satisfechos con lo que parecía ser cuando menos un armisticio, y con la consiguiente despreocupación por ataques como el de Rip Ford, se dedicaban a festejar, comerciar, apostar y, en general, hacer vida normal. Estaban perfectamente al tanto de que se aproximaban los casacas azules y los indios amigos de los blancos al mando de Van Dorn y Ross. Quahateme había recibido varios informes de la ubicación y tamaño del contingente, pero tras sopesar la cuestión había concluido que el hombre blanco nunca los atacaría justo después de haber firmado un tratado. Los augurios eran

buenos, no había ningún peligro, y se echaron a dormir.

Al amanecer de la mañana siguiente, las tropas de Van Dorn atacaron con saña. Ross y sus indios habían espantado a los caballos, con lo cual casi todos los comanches se vieron obligados a luchar a pie. Más que un combate fue una masacre. Doscientos casacas azules irrumpieron en el poblado y abrieron fuego a discreción contra los tipis, mientras los indios, como siempre, trataban a toda costa de cubrir la retirada de sus familias. Hubo setenta comanches muertos y un número incalculable de heridos. Joroba de Bisonte logró escapar con la mayoría de sus guerreros. Los *rangers* sufrieron cuatro bajas y doce heridos, entre ellos el propio Van Dorn, con un flechazo en el ombligo, y Ross, con dos heridas de bala. Ambos hubieron de quedarse cinco días en el campo de batalla para recuperarse.<sup>[50]</sup> Los soldados quemaron ciento veinte tipis, además de toda la munición de los comanches, los utensilios de cocina, la ropa, las pieles curtidas, el maíz y las reservas de alimentos. Quienes lograron huir tan solo tenían la ropa que llevaban puesta, y muchos iban a pie, pues los casacas azules también capturaron trescientos caballos.<sup>[51]</sup>

Aunque lo perpetrado contra los comanches no fue más que una trampa cruel, el ejército federal se jactó de haber cosechado una victoria gloriosa. La prensa tejana no las tenía todas consigo. Un periódico manifestó la opinión de que la consecuencia de lo que dio en llamarse la Batalla del Poblado Wichita sería «probablemente un cese de las depredaciones indias en los asentamientos de la frontera, al menos durante algún tiempo», pero insistía en que «para poner fin a la guerra habría que completar ese golpe con operaciones activas y enérgicas».<sup>[52]</sup> Estas no tuvieron lugar con carácter inmediato. El 5 de noviembre de 1858, tan solo siete semanas después de la batalla, el propio Sul Ross señaló que, desde entonces, los comanches habían robado más de cien caballos en asentamientos del norte de Tejas. Las violentas incursiones de otoño de 1858, que fueron el detonante de la campaña de John Baylor contra las reservas indias, se produjeron, al menos en parte, en represalia por el ataque de Van Dorn.<sup>[53]</sup>

No obstante, tanto el ataque de Ford como el de Van Dorn tenían un significado muy claro. Para empezar fueron inequívocamente ofensivos. Pusieron de manifiesto, por primera vez, que los blancos estaban dispuestos a cruzar el río Rojo en pos de los comanches, y demostraron que esa táctica servía, como mínimo, para matar indios (quedaba por ver si también servía para frenar sus incursiones). Los ataques, asimismo, dejaron patente que los adelantos armamentísticos, sobre todo el revolver de seis disparos y la carabina de retrocarga, habían alterado radicalmente el equilibrio de poder en su nivel más básico. Cuando doscientos hombres eran capaces de enfrentarse a un ejército comanche el doble de grande y hacerlo trizas, la conclusión estaba clara. Huelga decir que Jack Hays ya lo había demostrado en 1844, pero de Walker's Creek ya no se acordaba nadie.

## XII

### LA REINA BLANCA DE LOS COMANCHES

**A**unque 1860 fue uno de los años más sangrientos de la historia de la frontera, el asesinato de Martha Sherman se destacó sobre los demás. Quizá fuera porque la violaron en masa y la torturaron estando embarazada. O porque su bebé nació muerto, o por los horripilantes detalles de su suplicio, que la propia Martha reveló en los pocos días que tardó en morir, y que se propagaron rápidamente por Parker, Jack y otros condados. Sea como fuere, en los días posteriores al asalto a la casa de los Sherman, se desató la locura. La gente, presa del pánico, huyó de la frontera como alma que lleva el diablo. «Todo indica», escribió el 28 de noviembre en su diario Jonathan Hamilton Baker, un maestro de escuela de veintiocho años, «que nuestro condado no tardará en despoblarse».<sup>[1]</sup> Las caravanas se ponían en marcha y los condados, efectivamente, se quedaban vacíos. Pocos días después de la incursión ya eran cien las granjas abandonadas en la zona. La mayoría de la gente que residía al oeste de Weatherford se trasladó hacia el este, escapando, en palabras de un rancharo, del «extremo puesto fronterizo».<sup>[2]</sup>

Pero no todo el mundo ponía tierra de por medio. Un joven de veinticuatro años llamado Charles Goodnight, que estaba llamado a convertirse en uno de los ganaderos más famosos de Tejas, y pionero de los grandes traslados de ganado, se echó una noche a los caminos, pese al frío y la lluvia, para reclutar un grupo de voluntarios y salir en busca de los indios agresores. Encontró a ocho hombres dispuestos a acompañarlo y los citó a la mañana siguiente en casa de un hombre llamado Isaac Lynn, cuya hija y yerno habían sido asesinados brutalmente por los comanches en fechas recientes. Cuando Goodnight entró en la casa, encontró a Lynn «sentado delante de una chimenea de las antiguas y empuñando una larga horquilla de madera de cornejo en la que sostenía una cabellera india, toda cubierta de sal. El cabello estaba recogido por dentro. Mientras la giraba cuidadosamente sobre el fuego, la grasa rezumaba del cuero cabelludo [...] Se volvió hacia atrás, me dio los buenos días y siguió soasando la cabellera. Creo que nunca en mi vida he visto un rostro tan triste». Lynn había empezado a coleccionar cabelleras a raíz del asesinato de su hija, y le pedía a la gente que si tenía alguna se la diera. Las tostaba para que no se pudriesen. Como tantos otros habitantes de la frontera, vivía inmerso en el odio y el dolor.<sup>[3]</sup>

Goodnight y sus hombres partieron inmediatamente en busca de los guerreros de Peta Nocona. Dado que los indios viajaban con ciento cincuenta caballos robados, no les fue difícil dar con su rastro. Los comanches, que normalmente se esmeraban en evitar que los siguiesen, y dispersaban sus rebaños en cuanto pisaban terreno duro, de

roca o grava, no tardaron en adentrarse en un territorio donde ningún hombre blanco los había seguido jamás. En consecuencia, dejaron de tomar precauciones y, según Goodnight, «marchaban en bloque». El joven tejano y sus hombres habían recorrido al menos doscientos kilómetros a través de praderas y ríos rápidos de aguas gélidas. Llovía sin parar. No llevaban víveres ni avíos para acampar al raso, y de pronto se dieron cuenta de que se acercaban a un campamento poblado por gran cantidad de indios, muchos más de los que integraban la partida de saqueo de Peta Nocona. Se trataba del poblado de Mule Creek, donde vivía Nautdah, el gran depósito de abastos y centro coordinador de los ataques a la frontera. Convencidos de que ya sabían adonde habían ido a parar los asesinos de Martha Sherman, y conscientes de que no tenían nada que hacer contra tantos indios, Goodnight y sus acompañantes se dieron media vuelta.<sup>[4]</sup>

Enseguida se organizó una expedición a gran escala. El 13 de diciembre sus integrantes se dieron cita en el fuerte Belknap: cuarenta *rangers*, veintiún soldados del Segundo de Caballería del fuerte Cooper y unos setenta voluntarios de la zona, entre ellos Goodnight, en calidad de rastreador. El oficial al mando era Sul Ross, el enjuto y ambicioso joven que había reclutado a los exploradores indios de la expedición de Van Dorn cuando aún no había concluido sus estudios en la Universidad Wesleyan de Florence, en Alabama. Ross había luchado a brazo partido en la Batalla de las Colinas del Antílope, donde resultó herido de gravedad y, como consecuencia, se había hecho famoso. El gobernador Sam Houston lo había elegido personalmente para sustituir al incompetente y atortolado Middleton Johnson, a cuyas órdenes había servido Ross. La elección de Houston resultó una medida brillante para ambos hombres, por cuanto convenció a la opinión pública de que el gobernador estaba haciendo algo por resolver el problema comanche, y a Ross le sirvió de trampolín hacia una carrera deslumbrante: con el tiempo se convertiría en el general más joven del ejército confederado, en gobernador de Tejas de gran popularidad — fue reelegido— y en presidente de la Universidad Agrónoma y Mecánica de Tejas. De momento, sin embargo, mucha gente lo odiaba, sobre todo los agitadores demagogos de la cuerda de John Baylor, quienes consideraban a Ross un simpatizante de los indios y amenazaban con colgarlo si se lo encontraban. El propio Ross tenía miras más altas. En una carta que escribiría posteriormente con cierto dejo de vanagloria, afirmaba: «Me empleé a fondo en atajar la insolencia de esos enemigos acérrimos de Tejas [...] Para ello, concebí el plan de seguirlos hasta su bastión y llevar la guerra hasta sus hogares, allí donde los miembros de esa tribu, los saqueadores más empedernidos de la frontera, se retiran con sus cautivos y su botín para refugiarse en sus guaridas salvajes, entre las colinas y valles de los hermosos ríos Canadian y Pease».<sup>[5]</sup> Casi pueden oírse los mítines de campaña y los eslóganes que le bullían en el cerebro.

La cabalgada partió hacia el noroeste, con un frío glacial, a través de las llanuras salpicadas de mezquites y surcadas de barrancos y riscos de caliza. Era campo

abierto, teñido de un pardo invernal. Así lo recordaría posteriormente Baker, el joven maestro de escuela que se había unido a los voluntarios: «Eran tierras altas y yermas con valles aceptables junto a los arroyos, donde crecía buena hierba. No vimos árboles en nuestra ruta salvo pequeños almezos en los valles y mezquites achaparrados en las llanuras».<sup>[6]</sup> Avistaron miles de bisontes. El agua de los ríos Wichita Mayor y Pease era «salobre y yesosa» y tenía un gusto repugnante. Por las noches caían fuertes heladas; los hombres se envolvían en mantas y pieles de bisonte y tiritaban alrededor de fogatas raquílicas. Vadeaban los ríos siguiendo el rastro de los bisontes, para evitar las arenas movedizas.<sup>[7]</sup> El 17 de diciembre tuvieron lluvia, niebla espesa y, durante unas pocas horas, un aire más cálido. La noche del 18 de diciembre se desató una tormenta con aparato eléctrico. A la mañana siguiente, Goodnight encontró una funda de almohada en cuyo interior había un cinto de niña y la Biblia de Martha Sherman. ¿Por qué se molestaron los indios en llevarse la Biblia? Según Goodnight, los escudos comanches, fabricados con dos capas de piel de cuello de bisonte —la más correosa de todas— endurecidas al fuego, se volvían casi invulnerables a las balas cuando se rellenaban de papel. Cuando los comanches saqueaban una casa siempre se llevaban todos los libros que encontraban.<sup>[8]</sup>

El 19 de diciembre, los *rangers* y soldados del Segundo de Caballería, que se habían adelantado a los voluntarios en un largo valle flanqueado por una cadena de colinas arenosas, localizaron el campamento indio que Charles Goodnight y sus ocho voluntarios habían encontrado unos días antes. Tuvieron suerte: se había levantado un *norther* borrascoso, el viento que hacía famosas a las llanuras, y unas nubes de arena ocultaron la posición de los soldados.<sup>[9]</sup> No había muchos indios en el campamento: los quinientos que calculara Goodnight ya no estaban allí. Los pocos que se veían estaban cargando caballos y mulas y, totalmente ajenos a la llegada de los blancos, se preparaban para partir. En vista de ello, Ross mandó al sargento del ejército que se dirigiese a la otra punta del campamento para cortar la retirada de los indios.

A continuación, el jefe de la expedición y sus sesenta hombres atacaron a los comanches (quince en total, según se sabría posteriormente). Muchos murieron sin tener tiempo siquiera de coger sus armas; otros trataron de huir y cayeron en la trampa tendida por el sargento de caballería. En cuanto pisaron el campamento, los tejanos se percataron de que casi todos los ocupantes eran mujeres. También había unos cuantos ancianos, y unos pocos guerreros. Según la versión de Goodnight, los *rangers* perdonaron la vida a la mayoría de las mujeres que encontraron, aunque no a todas. Las tropas federales, en cambio, mataron a todo indio que se les puso por delante, fuese del sexo que fuese. Así lo describió Goodnight:

El sargento y sus hombres [del Segundo de Caballería] se abalanzaron sobre las *squaws*, unas seis u ocho, que no llegaron a cruzar el primer meandro del arroyo: iban tan cargadas de carne, postes de tienda y utillaje de campaña que sus caballos ni correr podían. Calculamos que llevarían unas mil libras de carne de bisonte en

diversos grados de curación. El sargento y sus hombres las mataron a todas, casi en una piña.<sup>[10]</sup>

El combate apenas duró unos pocos minutos y, más que una batalla campal, fue una carnicería. Los participantes recordarían algunos detalles interesantes. Los pocos guerreros presentes en el campamento usaron los caballos como parapeto, de pie cuando las bestias estaban vivas, y tumbados tras el cadáver cuando caían abatidas.<sup>[11]</sup> En mitad de la refriega, los tejanos se vieron atacados por unos quince perros del campamento, que trataron de defender con valentía a sus amos indios. Casi todos murieron a balazos.

El choque terminó, como de costumbre, con un breve combate a la carrera. Ross y el teniente Kelliheir corrieron tras los últimos tres indios, que iban montados en dos caballos. Al cabo de kilómetro y medio alcanzaron al jinete que galopaba solo, a lomos de un magnífico semental tordo. Ross estaba a punto de dispararle cuando el comanche, que, según pudo ver, llevaba un niño pequeño en brazos, frenó el caballo y, dependiendo de qué versión prefiera creer el lector, se abrió el vestido para mostrar sus senos, o gritó: «¡Americano, americano!».\*<sup>[\*]</sup> Es posible que hiciese las dos cosas. En cualquier caso, la treta le dio resultado: Ross no le disparó. El joven capitán mandó a Kelliheir que se quedase con ella y el bebé, y salió en pos de los otros dos jinetes. Enseguida les dio caza y, disparando su revolver del ejército, alcanzó al indio de detrás, que también resultó ser una mujer. Al caer al suelo, la *squaw* arrastró consigo al jinete principal, un hombre corpulento y armado hasta los dientes. A tenor de su comportamiento previo y su manera de dar órdenes a gritos, Ross ya lo había identificado como el jefe supremo, y lo cierto es que tenía toda la pinta de serlo. Llevaba el torso desnudo y pintado con rayas de pigmentos brillantes. Lucía dos plumas de águila en el pelo, un disco de oro batido con una tortuga grabada en el cuello, anchas bandas de oro en los bíceps y unos pantalones de piel de cervatillo ribeteados con mechones de cabelleras.<sup>[12]</sup> El indio consiguió caer de pie y, agarrando el arco, disparó unas cuantas flechas. Así relató Ross lo que ocurrió a continuación:

Mi caballo, aproximándose a todo galope, estaba ya casi encima del hombre cuando recibió un flechazo que le hizo empezar a cabecear y corcovear, a tal punto que tuve grandes dificultades para mantenerme en la silla, mientras me pasaban rozando varias flechas, que salían en rápida sucesión del arco del jefe [...] Me habría matado de no ser por un disparo al azar de mi pistola, que, rompiéndole el brazo por el codo, lo incapacitó por completo. En ese momento, mi caballo se calmó y aproveché para pegarle dos tiros al jefe en el cuerpo. El hombre se encaminó con parsimonia hasta un arbolillo, el único que había a la vista, y apoyándose contra el tronco se puso a entonar un cántico delirante y absurdo [...] Como parecía preferir la muerte a la vida, le ordené al sirviente mexicano que le soltase una perdigonada para que no sufriese

más.<sup>[13]</sup>

Otras versiones describen una escena dramática un poco más compleja, en la que Ross y el jefe conversan por medio de un intérprete y el comanche insiste en que solo se rendirá «cuando muera, no antes», e incluso trata de arrojarle la lanza a Ross con el brazo bueno. Sea como fuere, el indio no tardó en morir. El criado de Ross, un hombre llamado Antón Martínez a quien los comanches habían raptado de niño —y que afirmaba haber sido esclavo de la familia de Peta Nocona— identificó al jefe muerto como Peta Nocona. El balance definitivo: doce indios muertos, tres capturados. El tercero era un niño comanche de nueve años. Las pérdidas materiales para los comanches, que estaban recluidos en sus campamentos de invierno, fueron pasmosas: sesenta y nueve mulas cargadas de carne de bisonte —unas siete toneladas en total— y trescientos setenta caballos.<sup>[14]</sup>

Ross volvió entonces al lugar donde Kelliheir se había quedado a cargo de la comanche y su hijo. La mujer estaba mugrienta, toda cubierta de roña y grasa de tanto manipular carne de bisonte sanguinolenta. Pero Ross, con gran asombro, reparó en que tenía los ojos azules. Y debajo de la mugre, el cabello, que llevaba muy corto, era más claro que el negro de los comanches. Aquella mujer era de raza blanca. Incapaces de creer lo que acababan de encontrar, capitán y teniente se la llevaron de vuelta a lo que quedaba de su campamento, donde los soldados estaban inmersos en un afanoso pillaje, y también se dedicaban a cortar las cabelleras de los indios muertos, tanto hombres como mujeres (a esas alturas, la práctica ya era habitual en ambos bandos). Dado que dos hombres reclamaban la cabellera de Peta Nocona, se decidió partirla en dos.<sup>[15]</sup>

Entonces se llevaron a la «squaw blanca» al lugar donde habían matado a Peta Nocona. La mujer lloró y gimió abrazada al cadáver. Los soldados no le permitieron quedarse allí, sino que la trasladaron al campo de batalla, donde dejaron que caminase entre los cadáveres mutilados, con su niña a cuestas. Mientras andaba iba murmurando en comanche, y solo gimió con fuerza al toparse con un joven guerrero muerto que tenía rasgos blancos. Cuando Martínez, que hablaba comanche, le preguntó de quién se trataba, la mujer respondió enigmática: «Es mi hijo y no es mi hijo». Posteriormente explicó que era el hijo de otra chica blanca que, tras ser capturada por los comanches, se había casado con uno de ellos. La chica había muerto pero le había pedido a Nautdah que cuidase del niño como si fuese suyo.

Después le contó al mexicano por qué se encontraba allí. Según el testimonio del *ranger* Frank Gholson, en el momento del ataque de los *rangers*, Nautdah estaba con sus dos niños —a quienes el traductor identificó como Quannah y «Grassnut»—, que huyeron con otras mujeres y niños. «Yo ya había recorrido cierta distancia», le contó a Martínez, «pero eché de menos a mis hijos y volví a buscarlos, acercándome a la batalla tanto como pude. Fue así como me atraparon. Estoy preocupadísima por mis hijos. Tengo miedo de que los hayan matado».<sup>[16]</sup> Ross, cuyos hombres no habían

abatido a ningún comanche de esas características, le aseguró que seguían con vida. La mujer siguió llorando. Al fin y al cabo, era la segunda vez en su vida que veía a seres tan próximos a ella masacrados y mutilados. La segunda vez que caía presa de una cultura distinta cuyo idioma no hablaba.

Por medio de Martínez, Nautdah le contó a Ross que recordaba que su padre había muerto en una batalla librada hacía mucho tiempo, en el transcurso de la cual ella y su hermano habían sido raptados. Ese y otros detalles convencieron al *ranger* de que podría tratarse de «Cynthia Ann Parker, desaparecida hacía tanto tiempo». La mujer no dijo nada más. Según Gholson, también «les causó muchos problemas con sus intenciones de fuga». En un momento dado, Jonathan Baker encontró en el suelo un mocasín diminuto y primorosamente decorado con abalorios. Lo recogió y se puso a examinarlo cuando notó que Nautdah lo miraba fijamente. El maestro de escuela reparó en que a la niña le faltaba un zapato. La pequeña se le acercó con paso vacilante y el tejano le dio el mocasín.<sup>[17]</sup> Nautdah llevaba una vida muy dura, pero había sacado tiempo y energía para hacer aquella miniatura exquisita. Al día siguiente los tejanos quemaron todo lo que no podían llevarse, y se marcharon.

Los hombres de Ross se llevaron a Nautdah al fuerte Belknap, y de allí al fuerte Cooper, donde se la entregaron a la mujer del capitán. Un *ranger* llamado A. B. Mason, que acompañó a la *squaw* blanca en aquel viaje, recordaría posteriormente que, nada más llegar, Nautdah «se sentó y pasó un buen rato sin moverse, abismada en profundas meditaciones, ajena a cuanto la rodeaba, y sacudida de vez en cuando por una convulsión, como si la embargase una emoción poderosa que se esforzaba en reprimir».<sup>[18]</sup> El 5 de febrero de 1861, Mason publicó en el *Galveston Civilian* una versión de lo que Cynthia Ann les contó a los oficiales del fuerte Cooper. No cabe duda de que los responsables del periódico corrigieron y retocaron el artículo, pero así fue como el *ranger* citó el testimonio de la mujer:

Me acuerdo de cuando era pequeña, pasaba mucho tiempo en una casa rodeada de una empalizada; un día vinieron unos indios a la casa. Llevaban un trapo blanco en un palo. Mi padre salió a hablar con ellos, los indios lo rodearon y lo mataron. Entonces vinieron muchos más indios y lucharon en la casa; mataron a varios blancos; hicieron prisioneros a mi madre y a sus cuatro hijos; por la tarde, un hombre blanco rescató a mi madre y a dos de sus hijos. Mi hermano murió de viruela entre los indios. Yo viví con los indios al norte de Santa Fe. Tengo tres hijos.<sup>[19]</sup>

Nautdah estaba equivocada: no fue su padre el que salió a hablar con los indios, sino su tío Benjamin. Y su hermano no murió de viruela: volvió con su familia, previo pago de un rescate, en septiembre de 1842. Pero todos los demás recuerdos eran sumamente precisos. Puede que la furia del ataque al fuerte Parker la hubiese desconcertado, pero lo recordaba con mucha claridad. Y recordaba haber visto morir

a su padre.

Ross mandó avisar inmediatamente a Isaac Parker, el tío de Cynthia Ann. Las mujeres del fuerte Cooper, mientras tanto, decidieron asear a la mugrienta cautiva, una labor que relajó el clima de tragedia con una cierta nota cómica. Le buscaron unas ropas y llamaron a una «vieja ama negra» para que le restregase el cuerpo con jabón y agua caliente. Después la peinaron y la pusieron frente a un espejo. Nautdah «parecía someterse a todo ello de bastante buen grado», escribió Gholson en sus memorias, «hasta que se le presentó la oportunidad de escapar por la puerta, momento en el cual se abalanzó hacia la salida y dejó atrás al ama negra». La *squaw* blanca enfiló hacia la tienda, que estaba a unos doscientos o trescientos metros de distancia, arrancándose las ropas mientras corría hasta quedar prácticamente desnuda. Detrás iban la negra, que agitaba desesperadamente un trapo de lavar bajo la mirada atónita de tres esposas de militares, y la pequeña niña, que cerraba el grupo con paso vacilante «sin que nadie le hiciese mucho caso».<sup>[20]</sup> Nautdah llegó a su tienda, donde encontró algunas prendas comanches y se las puso. A partir de ese momento, las mujeres del fuerte desistieron de intentar acicalarla.

Cuando llegó Isaac Parker, la cautiva estaba sentada en un cajón de pino con los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. No prestó atención a los hombres reunidos delante de ella hasta que Parker pronunció su nombre. Al oírlo, Nautdah se puso en pie, lo miró directamente y tocándose el pecho dijo: «Yo Cinsi Ann». Repitió la frase y volvió a sentarse. Después accedió a responder preguntas sobre el ataque al fuerte Parker y, aunque se equivocaba en algunos de los detalles, recordaba correctamente que los indios se llevaron a cinco cautivos, dos mujeres adultas y tres niños. Después le pidieron que describiese el fuerte. La respuesta de Nautdah fue coger un palo y dibujar en el suelo un croquis con rayas y puntos. Para redondear el esbozo, bebió de la cantimplora y escupió agua para representar el riachuelo que discurría detrás del fuerte. «Caballeros», dijo Isaac Parker, «ni yo mismo habría podido hacer un dibujo tan bueno del viejo fuerte».<sup>[21]</sup>

Entre los tejanos, la Batalla del Río Pease, el nombre un tanto pomposo con el que se conoce la pequeña escaramuza, siempre se ha considerado un acontecimiento histórico de suma importancia. Para los colonos, el regreso de la legendaria *squaw* blanca ponía un punto final plenamente satisfactorio al gran relato épico. La pobre Cynthia Ann, la niña que había caído en el pozo del salvajismo pagano, había vuelto al seno de su afectuosa y devota familia. En el año siguiente, los niños tejanos estudiarían en el colegio la increíble historia del cautiverio comanche de Cynthia Ann.

La batalla tuvo algunas secuelas importantes, de tremendas consecuencias para el futuro de la tribu comanche. Quanah y su hermano salvaron el pellejo. Tras la refriega, Goodnight se dio cuenta de que dos indios habían huido a caballo. El joven

*ranger* y diez exploradores les siguieron la pista hasta un campamento comanche situado en la franja septentrional del estado. Aunque Goodnight nunca llegó a identificarlos, casi con toda seguridad se trataba de Quanah y Peanuts.<sup>[22]</sup> El otro niño que tomó parte en el combate, el comanche de nueve años, fue adoptado por Sul Ross y su esposa. Lo llamaron Pease y fue el mozo de cuadras del general Ross en ciento treinta y cinco batallas de la Guerra de Secesión. Pease se casó con una antigua esclava, llegó a ser un respetable vecino de la ciudad de Waco y murió en 1883.<sup>[23]</sup>

La escaramuza también terminó considerándose, de manera errónea, el punto de inflexión de la guerra contra los comanches. «Así se libró la gran Batalla del Río Pease», proclamaba una de las altisonantes crónicas históricas de la época, «entre el gran jefe comanche Peta Nocona y su poderoso ejército, de un lado, y del otro, sesenta *rangers* al mando del valiente capitán Ross. En la contienda murió la gran mayoría de los guerreros indios, una derrota como nunca antes se había conseguido infligir a los comanches».<sup>[24]</sup> En la descripción del propio Ross, la batalla adquiere unas proporciones casi míticas: «Es imposible calcular en dólares y centavos el fruto de tan trascendental victoria. La gran confederación comanche quedó rota para siempre, el golpe fue definitivo, su ilustre cacique pasó a dormir el sueño eterno junto a sus ancestros, y con él, la mayoría de sus valientes guerreros».<sup>[25]</sup>

Era un disparate. En 1864, por escoger un solo año, los ataques comanches fueron los peores de la historia; 1871 y 1872 también fueron años malos. En 1874, el ejército estadounidense envió tres mil soldados contra los comanches, el mayor contingente jamás destinado a luchar contra una tribu hostil. Aunque Ross había hecho gala de un arrojo notable en su mano a mano con Peta Nocona, los contrincantes de los tejanos en la Batalla del Río Pease habían sido en su mayoría mujeres que cayeron abatidas a balazos mientras trataban de escapar en caballos agobiados bajo el peso de una enorme carga. «Estuve en la Batalla del Río Pease», escribió H. B. Rogers en sus memorias, «pero no estoy muy orgulloso que digamos. No fue una batalla ni por asomo, sino una matanza de *squaws*. Dieciséis mujeres muertas y apenas uno o dos hombres. Los indios estaban levantando el campamento cuando caímos sobre ellos».<sup>[26]</sup>

En las semanas y meses siguientes, la «batalla» recibió una amplia cobertura en los periódicos de Tejas. Ninguno de ellos, sin embargo, se molestó en mencionar quiénes eran las víctimas. Dada la histeria anti-india del momento, lo más probable es que a nadie le importase. Lo interesante es que prácticamente todos los tejanos de entonces se convencieron de que Sul Ross, el héroe de la batalla y futuro gobernador del estado, había salvado a la pobre y desdichada Cynthia Ann Parker de un destino siniestro, convicción que habría de teñir las crónicas históricas durante muchísimo tiempo.

Nunca sabremos cómo se sintió Cynthia Ann Parker durante las semanas y meses

posteriores a su captura a manos de Sul Ross. La historia estadounidense no abunda en casos comparables. Pero desde un primer momento se hizo evidente que la auténtica tragedia de su vida no fue su primer cautiverio sino el segundo, algo que nunca comprendieron los hombres blancos. El acontecimiento que le destrozó la vida no fue el asalto al fuerte Parker de 1836, sino el milagroso y tan celebrado «rescate» de catorce años después en Mule Creek. Este segundo episodio la dejó viuda, la separó de por vida de sus amados hijos y la depositó en una cultura donde fue una verdadera cautiva, mucho más de lo que jamás lo fuera con los comanches. Momentos antes de la incursión de Ross, Cynthia Ann era tan primitiva como cualquier otro indio de las llanuras: estaba cargando miles de libras de carne de bisonte a lomos de las mulas, cubierta de sangre y grasa de pies a cabeza, literalmente inmersa en un mundo primario que nunca salió del todo de la Edad de Piedra, un mundo de brega incesante, de hambre, de guerra continua y muerte prematura; pero también de pura magia, de ceremonias como la del castor y danzas como la del águila, de espíritus que residían en los manantiales, en los árboles, en las rocas, en las tortugas, en los cuervos; un lugar donde la gente bailaba toda la noche y entonaba los cánticos mágicos del oso, donde los ensalmos de lobo le hacían a uno invulnerable a las balas, donde los sueños dictaban la política de la tribu y el viento bullía de fantasmas. En las praderas de hierba y los cauces boscosos de los ríos, desde Kansas a Tejas, Cynthia Ann —Nautdah— había vagado al compás del ciclo místico de las estaciones, en ese lugar azaroso, aterrador, sangriento e intensamente vivo donde la naturaleza y la divinidad eran una y la misma.

Y en un abrir y cerrar de ojos, todo eso desapareció. En lugar de campamentos de la Edad de Piedra envueltos en magia, tabúes y el humo aromático de las fogatas de mezquite, la *squaw* blanca se encontró sentada en sillas de tafetán, en los salones de la periferia de la Revolución Industrial, interrogada por rostros pálidos tan corteses como perplejos, que creían en un solo Dios y en un universo eminentemente racional donde todo tenía explicación. Esta nueva cultura le resultaba tan ajena como la que hubo de afrontar tras el asalto al fuerte Parker. Era como si hubiese vuelto a franquear el umbral de otro mundo, tan completo como el que había dejado atrás y totalmente diferente en todos y cada uno de sus desconcertantes detalles.

Isaac Parker no tardó en convencerse de que la mujer capturada por Ross era su sobrina Cynthia Ann, desaparecida hacía tanto tiempo, y enseguida decidió que se la llevaría a ella y a su hija, Flor de la Pradera, a su casa de Birdville —actual Haltom City—, justo al norte de Fort Worth. Los padres de Cynthia Ann habían muerto: Silas, obviamente, en el ataque al fuerte Parker, y Lucy, la madre, en 1852, tras una vida plagada de fracasos matrimoniales —tuvo tres maridos después de Silas—, mala salud y una encarnizada batalla legal de cinco años de duración por las propiedades de su difunto esposo.<sup>[27]</sup> Los hermanos de Cynthia Ann, Silas Júnior y Orlena, que habían logrado sobrevivir a una infancia atribulada —paradójicamente, es muy probable que Cynthia Ann hubiese llevado mejor vida que sus hermanos—, se habían

casado y vivían en Tejas. Pero fue Isaac, el hermano de Silas, quien decidió quedarse con la sobrina. (El viejo James Parker, el otro tío de Cynthia Ann, que con tanto tesón la buscara, seguía vivo pero, curiosamente, se mantuvo al margen de todos esos acontecimientos; tal vez había desistido al enterarse de que su sobrina no quería ser rescatada).

Tío y sobrina partieron enseguida, acompañados por Antón Martínez, el antiguo prisionero comanche convertido en intérprete, y un par de *rangers*. Hicieron un alto en fuerte Belknap, donde la segunda tentativa de adecentar a madre e hija tuvo más éxito, y donde Flor de la Pradera jugó alegremente con otros niños. Según todos los testimonios, la pequeña comanche era una niña atrevida y «vivaracha». Tenía la piel oscura y era tan guapa que llamaba la atención. Caía simpática a todo el mundo. La madre, por su parte, era una mujer fuerte y robusta, de cabello castaño y corto; tenía los ojos separados y de un llamativo color celeste, y una boca que parecía petrificada en una perpetua expresión de cólera, resignación o las dos cosas. No era guapa, pero tampoco especialmente fea; vestida de percal parecía, en casi todos los sentidos, la típica pionera anglosajona de la época, si acaso un poco fornida y bastante más ajada que sus homologas urbanas de la misma edad. Asimismo, saltaba a la vista que era una Parker. Según un testimonio, medía un metro y setenta centímetros y pesaba sesenta y tres kilos, lo que debía de convertirla en una gigante entre las mujeres comanches. Ella y su marido, un hombre alto y musculoso, a buen seguro llamaban la atención en los campamentos comanches como le ocurriría posteriormente a su hijo Quanah.

Los viajeros pasaron por Weatherford —la capital del condado de Parker, escenario de las incursiones más cruentas de Peta Nocona— y se detuvieron en Fort Worth, donde Cynthia Ann se hizo famosa al instante. No se conocen los motivos de aquella escala. Algunas crónicas dicen que fue para hacerse una fotografía, pero el primer testimonio gráfico que existe de ella —en rigor, un ferrotipo— no se tomaría hasta un mes después, en Austin.<sup>[28]</sup> Fuese cual fuese la razón, la llegada de Cynthia Ann causó un gran alboroto cuando los vecinos del condado de Tarrant —que ese año sumaban seis mil veinte— acudieron en tropel a ver a la legendaria cautiva y a su hija. La visita se consideró un acontecimiento tan importante que los colegios dieron el día libre a los niños. Grupos de vecinos miraban boquiabiertos a las aterrorizadas cautivas, que estaban «expuestas» delante de unos grandes almacenes del centro de Fort Worth. Era una especie de espectáculo de feria: Cynthia Ann estaba atada con cuerdas y colocada encima de una caja de gran tamaño para que todo el mundo pudiese verla. Uno se pregunta qué papel desempeñaría en todo aquello su tío Isaac, el político. Según un testigo:

No llevaba ropa de india, sino un vestido de percal rasgado. Tenía el pelo oscurecido por el sol, la piel bronceada y, subida allí arriba, contemplando la multitud que se arremolinaba a su alrededor, presentaba un aspecto patético. Lloraba a lágrima viva y

murmuraba palabras en lengua india.<sup>[29]</sup>

Los tejanos no se cansaban de ella. Los periódicos publicaron numerosas crónicas de su regreso, todas las cuales mostraban la misma obsesión por el hecho de que una hermosa niña blanca de nueve años de edad, nacida en el seno de una devota familia baptista, se hubiese transformado en una salvaje pagana que se había apareado con un piel roja, había tenido hijos con él y había olvidado su lengua materna. Cynthia Ann, pues, se hallaba en una situación tan comprometida según la moral de la época que rayaba lo grotesco. Había abandonado las virtudes cristianas para abrazar la disipada inmoralidad de los indios. Ahí radicaba el atractivo del personaje. Y todas las crónicas daban por sentado que aquello había ocurrido en contra de su voluntad. Que había sufrido terribles malos tratos, la habían golpeado y azotado, y había llevado una existencia solitaria y desesperada. La gente sencillamente no se creía que una cristiana blanca hubiese transigido de buen grado con aquella vida. Un periódico, el *Clarksville Northern Standard*, señalaría posteriormente que «su cuerpo y sus brazos muestran señales de haber recibido un trato cruel».<sup>[30]</sup> Sin embargo, a juzgar por la descripción de su prima Rachel Plummer, nada indica que Cynthia Ann fuese víctima de malos tratos tras los primeros días de cautiverio. Era la pupila de un jefe, y después su esposa. Las cicatrices podían deberse a la práctica habitual entre las comanches de infligirse cortes en señal de duelo, por lo general en los brazos y los senos. Los blancos, al parecer, preferían no pensar demasiado en lo que significaba el ostensible amor de Cynthia Ann por aquella encantadora niña mestiza llamada Flor de la Pradera.

Tras el carnavalesco interludio en la ciudad, los viajeros continuaron hacia Birdville. En esa pequeña localidad, Isaac vivía en una espaciosa cabaña de troncos que durante muchos años estuvo considerada la mejor casa del condado de Tarrant. No se sabe con exactitud qué pretensiones albergaba con respecto a Cynthia Ann y a su hija. Quizá solo quería cumplir con lo que a su juicio era su deber familiar. O quizá se veía como el salvador de su sobrina, y soñaba con el día en que Cynthia Ann, sollozando agradecida, abrazaría la fe cristiana y renegaría de sus costumbres salvajes.

No ocurrió nada parecido. En realidad, la repatriación de Cynthia Ann fue un desastre. La mujer no solo no se arrepentía de su pasado, sino que mostraba una hostilidad activa e incesante hacia sus nuevos captores. Trató una y otra vez de escapar con su hija, llegando, en ocasiones, a adentrarse en las profundidades del bosque, lo que hacía necesario organizar batidas en su búsqueda. Estaba tan empeñada en marcharse que Isaac tenía que encerrarla en casa cada vez que salía, algo para lo que estaba facultado por ley en virtud de su condición de tutor. Los Parker trataban a Cynthia Ann como si estuviese loca: una mujer blanca totalmente «libre», de treinta y tres años de edad y de familia ilustre, se veía retenida a la fuerza para que no pudiese regresar junto a sus hijos y a la cultura en la que se había criado.

Sus parientes consideraban que, debido a los abusos sexuales, el maltrato y la esclavitud que —daban por sentado— había sufrido a lo largo de su vida de cautiva, Cynthia Ann no estaba en condiciones de saber qué era lo que más le convenía. Ella, mientras tanto, siempre tuvo una idea muy clara y atinada de cuáles eran sus intereses personales. Tuvo que resultarle terrible soportar semejante trato.

Cynthia Ann no sabía, o no quería, hablar inglés, aunque, de todas formas, en el caso de que recordase algo del idioma, debía de ser muy elemental. La mujer pasaba horas y horas sentada en el amplio porche de la casa de su tío, llorando y amamantando a Flor de la Pradera. Se negaba a abandonar sus oraciones paganas. Uno de sus parientes describía así su ritual religioso:

Se dirigió a una explanada, la limpió perfectamente y trazó un círculo y una cruz en el suelo. En la cruz encendió una hoguera, y tras quemar un poco de tabaco, se hizo un pequeño corte en el pecho y dejó que la sangre gotease sobre el fuego. Después encendió la pipa y, exhalando el humo hacia el sol, adoptó una actitud de devoción absolutamente sincera. Posteriormente explicó, intérprete mediante, que aquella era la plegaria que dirigía a su gran espíritu para que la ayudase a entender y valorar que aquellos que la rodeaban eran sus parientes y seres cercanos.<sup>[31]</sup>

La familia y los vecinos se vengaron exigiendo que Cynthia Ann y Flor de la Pradera dejasen de vestir atuendos indios e insistiendo en que la niña recibiese instrucción bíblica.<sup>[32]</sup> Cynthia Ann no ponía de su parte. Las cosas no iban bien.

A finales de enero de 1861, poco más de un mes después de la escaramuza del Río Pease, Isaac Parker se llevó a su sobrina y a su sobrina-nieta a Austin para intentar convencer a las autoridades tejanas de que le concediesen una pensión, una especie de compensación por las penurias que las dos habían soportado. La idea era buena, pero iba a necesitar mucho politiquero, aunque él era exactamente la clase de hombre que podía llevarse el gato al agua. Como político de carrera y alto funcionario del gobierno tejano, Isaac conocía a todo el mundo en la capital. Era viejo amigo de Sam Houston, a la sazón gobernador de Tejas, a cuyo lado había combatido en la guerra de 1812. Posteriormente, Houston habían enviado a Isaac a Washington en calidad de emisario con la misión de recabar apoyos para la revolución tejana.

Los Parker llegaron a Austin en un gélido día de enero y se encontraron la ciudad paralizada por la fiebre secesionista. Ese otoño, Abraham Lincoln había salido elegido presidente del país, y en Tejas se había desatado el furor antiunionista. Austin era el foco de ese sentimiento. Los secesionistas llevaban todo el mes de enero desfilando por las roderas de tierra de la Avenida del Congreso, la principal arteria de la ciudad, flanqueada de nuevos y sólidos edificios de piedra caliza, que ascendía suavemente desde el río Colorado hacia el flamante capitolio, un edificio imponente

de tres pisos con cúpula y un pórtico enorme de columnas jónicas de mármol. Los secesionistas, unos alborotadores que blandían antorchas y letreros ofensivos hacia Lincoln y su gobierno «abolicionista», estaban en la gloria y organizaban marchas y desfiles en un abrir y cerrar de ojos. Uno de ellos, amenizado por una ruidosa charanga, consistía en una larga fila de carrozas a bordo de las cuales unas damas agitaban banderas tejanas, y en un bullicioso grupo de jinetes encabezados por el *ranger* Rip Ford, que se pavoneaba avenida abajo a lomos de un semental blanco.<sup>[33]</sup> Las banderas tejanas ondeaban por doquier y hasta se hablaba de proclamar una segunda república. El aire era frío y tonificante y los tejanos estaban con la moral por las nubes.

La convención secesionista, que se inició el 28 de enero, fue escenario de una lucha titánica entre el gobernador Houston, contrario a separarse de Estados Unidos, y casi todos los demás, partidarios de la secesión. El viejo estadista pronunció uno de los mejores discursos de su carrera, en el que afirmó que «no es de pusilánimes hacer una pausa y, cuando menos, tratar de evitar la calamidad». Los assembleístas lo escucharon respetuosamente y acto seguido aprobaron la secesión por ciento setenta y un votos a favor y seis en contra.<sup>[34]</sup> Tejas se separó de la Unión el 1 de febrero de 1861. El 12 de abril, las baterías de cañones confederados abrieron fuego contra el fuerte Sumter, en el puerto de Charleston, dando inicio a la Guerra de Secesión.

En uno de esos debates volátiles estuvo presente Cynthia Ann Parker, aseada y atildada para la ocasión por dos ilustres damas de Austin, que se habían interesado de forma especial por la antigua cautiva y estaban mostrándole las maravillas del mundo del hombre blanco. Cynthia Ann entró por el inmenso pórtico y subió por la escalinata de piedra hasta la tribuna del segundo piso, donde se sentó y escuchó a aquellos hombres debatir una cuestión que debió de resultarle incomprensible en un idioma que no recordaba. Así y todo, su nerviosismo era manifiesto, hasta el punto de que cogió a su hija y echó a correr hacia la puerta. Después de atraparla y devolverla a su asiento —en esos días estaban siempre atrapándola y llevándosela de vuelta—, sus acompañantes cayeron en la cuenta de que la pobre mujer se había creído que los hombres que deponían frente a la asamblea estaban juzgándola a ella. Cynthia Ann pensaba que estaban decidiendo si condenarla o no a muerte.<sup>[35]</sup>

En el capitolio, la cautiva y su hija también despertaron una curiosidad enorme. Según un periódico, «fueron multitud quienes la visitaron», lo que significaba que montones de gente se le acercaban y se quedaban mirándola. Ella estaba visiblemente angustiada. Hablaba poco y a través de un intérprete. En un momento dado, declaró su sorpresa al enterarse de que los comanches no eran, como ella siempre supuso, «el pueblo más numeroso y poderoso del mundo».<sup>[36]</sup> O, al menos, eso creyó oír un reportero. Durante esa visita a Austin, Cynthia Ann posó para un ferrotipo, un tipo de fotografía primitiva. La imagen resultante muestra a una mujer endomingada y a todas luces incómoda con su nueva apariencia. Lleva el pelo peinado hacia atrás y recogido con lo que parece ser una especie de redecilla. Viste una blusa de algodón

estampado, una falda de rayas y una especie de capa de lana abrochada al cuello. Las manos, mucho más grandes de lo normal y cubiertas de cicatrices tras años de faena, están cruzadas en el regazo. La mirada es intensa, suplicante y de una tristeza infinita. [37]

A pesar de esa tristeza, el plan de Isaac Parker surtió efecto. Dos meses después de su visita, la asamblea de Tejas aprobó por votación la concesión a Cynthia Ann Parker de una pensión anual de cien dólares durante cinco años, más una legua de tierra (1.792 hectáreas). En esta ocasión también se la trató como un caso especial. El dinero y la tierra no se le entregarían directamente a ella sino a sus primos Isaac Duke Parker y Benjamin Parker, que se lo mantendrían en fideicomiso, como si fuesen los tutores de un menor... o de una mujer adulta pero mentalmente enferma e incapaz de hablar por sí misma. [38]

De vuelta en Birdville, Cynthia Ann siguió viviendo desconsolada en casa de su tío Silas. Lloraba; intentaba escapar; se negaba a cooperar. Todo seguía igual. En consecuencia, con la esperanza de que pudiese encontrarse más a gusto en otra parte, y tal vez para quitársela de encima a Isaac, la cautiva empezó una larga y extraña odisea por las casas de diversos parientes, que, en última instancia, tuvo como consecuencia una inmersión cada vez más profunda en el este de Tejas, o lo que es lo mismo, un alejamiento cada vez mayor de las Grandes Llanuras y, por tanto, de cualquier esperanza que pudiese quedarle de volver a reunirse con su gente.

La primera parada de ese viaje fue la más extraña de todas. Al enterarse de lo infeliz que era Cynthia Ann en casa de Isaac, un primo de la cautiva, William Parker, y su esposa, que vivían a tres kilómetros al sur de Isaac, se ofrecieron a acogerla. Parecía un gesto de generosidad inocente, pero resultó que William no actuaba movido por la caridad, sino que tenía un motivo muy específico y totalmente interesado para invitar a su casa a Cynthia Ann y a Flor de la Pradera.

Poco después de la llegada de madre e hija, el primo William escribió una carta a un tejano llamado Coho Smith. El verdadero nombre de Coho era John Jeremiah Smith, pero se había quedado con el apodo a resultas de una herida de lanza: «coho» venía de la palabra española *cojo*. Smith era uno de esos personajes pintorescos y marginales que por entonces generaba la frontera. Registraba sus aventuras en un libro repleto de dibujos y observaciones de su puño y letra que él llamaba «cohografías». Era autodidacta y hablaba con soltura varios idiomas, entre ellos el comanche. De niño había pasado un año cautivo de la tribu. En la época en que recibió la carta de Parker, a finales de 1861, trabajaba de tratante de algodón para los confederados, aunque también de maestro de escuela y de ebanista. En la carta, Parker le explicaba que su prima había ido a vivir con él y le rogaba que acudiese a su casa —situada a trescientos kilómetros de distancia— para hacer de intérprete. Parker le aseguraba que tanto él como su esposa estaban deseando tener una

conversación con su nueva huésped, que no hablaba inglés. Por el motivo que fuese, Coho accedió y no tardó en presentarse en casa de los Parker. Cuando preguntó dónde estaba Cynthia Ann, William respondió: «La he visto salir por la puerta hace una media hora. Vamos a buscarla. Suele irse a lloriquear a ese bosque».<sup>[39]</sup> La encontraron a unos cien metros de la casa, sentada en un tronco «con los codos en las rodillas y la cara en las manos». Llevaba puesto un viejo sombrero para protegerse del sol. Flor de la Pradera jugaba en el suelo: había construido un corralito con unos palos y estaba hablando sola en comanche. William, llevándose la mano a la boca, le indicó a su prima que ya estaba lista la cena. Cynthia Ann miró a Smith con gesto arisco y desaprobación y los siguió hasta la casa. La mujer de Parker le explicó a Smith el gesto de la mujer: «Viene tanta gente a verla que le molesta. Por eso le ha mirado con rabia». Cynthia Ann seguía despertando curiosidad y provocando miradas de pasmo.

Una vez en casa, Smith se dirigió a ella en comanche. «I-wuni kim», le dijo, que significaba: «Ven aquí». La reacción de la mujer, según Smith, fue inmediata y casi violenta. «Se levantó dando un grito y tiró al suelo la mitad de los platos de la mesa, asustando a la señora Parker [...] Rodeó la mesa corriendo para llegar a mí, se lanzó a mis pies y estrechándome los tobillos, me suplicó en comanche: “I-ma mi mearo”, que significaba: “Me voy contigo”».

Cynthia Ann parecía resucitada. Se sentó en una silla al lado de Smith, lo cogió del brazo y se puso «a hablar sin parar en comanche y en español, mezclando los dos idiomas en todo momento». Era sorprendente lo bien que hablaba español. No probó bocado, lo único que hacía era hablar. «Oh, no comas», le dijo en comanche. «Hablemos, amigo, vamos a hablar».

Entonces pasó al español y dijo algo sin pies ni cabeza. «Quiero volver con mis dos niños y Billy me ha dicho por signos que también quiere ir con mi gente. Yo le he dicho: “Billy, ¿quieres ir con los comanches?”, y él me ha dicho: “Sí. Por eso te ha mandado buscar, para que lo traduzcas, porque es la verdad”».

Smith, perplejo, le preguntó a William Parker qué quería decir todo eso. Parker se lo explicó largo y tendido. Le contó que había estado en el ejército sudista. Una bala yanqui le había partido el fémur y lo había dejado medio lisiado, aunque no lo bastante para librarse de los oficiales de reclutamiento, a los que llamó «tábanos impertinentes», que podían llamarlo de nuevo a filas. Esa posibilidad lo tenía aterrorizado, y no menos la opción alternativa de morir ahorcado o fusilado por desertor. En 1861, Parker, como miles de jóvenes sureños que también preveían una guerra corta y gloriosa, había acudido raudo a los puestos de reclutamiento. Pero ahora quería la licencia absoluta. Estaba desesperado.

Y tenía un plan. «Quiero que nos lleve a Cynthia Ann y a mí con los comanches», le dijo a Smith. «Puedo quedarme con ellos hasta que termine esta guerra cruel».

Era una idea absurda, como si la tribu comanche fuese una especie de casa de huéspedes donde uno pudiese alojarse unos cuantos años. Cynthia Ann, de alguna

manera, había captado esa idea con claridad y comprendido que para eso habían llamado a Smith. Era evidente que los dos primos Parker habían encontrado la forma de comunicarse.

Smith, que no tenía el menor interés en semejante empresa —por la cual a él también podían ahorcarlo— ofreció una excusa muy pobre: que no había caballos disponibles. «¡Caballos!», exclamó Cynthia Ann, «¡eso es lo de menos! Aquí hay unos cuantos caballos de primera... No dude ni un momento por los caballos. Oh, de verdad se lo digo, *mi Corazón [sic] están [sic] llorando todo el tiempo por mis dos hijos*».[\*] Después, volviendo al comanche, dijo: «En-se-ca-sok bu-ku-ne-sewa», o sea: «¿Quieres un montón de caballos?». Y a continuación, de nuevo en español: «*Nomas lleba mi*». Ofreció a Smith todas las niñas o mujeres que quisiese. Le ofreció diez armas, diez caballos, diez mujeres. La monserga de Cynthia Ann, según escribió Smith, duró hasta el amanecer.

Cuando Smith le preguntó por qué no iban ella y «Billy» solos, ella contestó que pensaba que a él lo matarían y a ella la harían esclava. Cynthia Ann pensaba que Coho era más fuerte que William Parker, el lisiado y cobarde desertor, y probablemente tenía razón. Además, Smith hablaba comanche. Al día siguiente, Parker le enseñó a Smith su destilería clandestina, que había construido siguiendo las instrucciones de un libro titulado *Mil cosas que merece la pena saber*, e hizo un último intento por convencerlo: le ofreció el título de propiedad de más de la mitad de sus treinta y dos hectáreas. «No pienso volver al ejército», dijo. «Antes me suicido». Smith volvió a negarse. Tiempo después se enteraría de que Parker se las había arreglado para escapar a Illinois, con lo que se había librado de la guerra. Lo último que Smith recordaba que le dijo Cynthia Ann fue: «*Si le doy o mi gene si le doy, todos las muchachas que si quire, pero bonito y buen mosas*». También rechazó esta oferta. A la antigua cautiva debió de rompersele el corazón.

Coho Smith entendió a Cynthia Ann como nadie. Otra gente la veía huraña, taciturna, fría, indiferente. Deprimida. Loca, incluso; o, cuando menos, tan inmersa en el salvajismo que ya no tenía remedio. El testimonio de Smith la muestra inteligente, agresiva, centrada, tozuda y sumamente práctica. Tenía perfectamente claro lo que quería y, al menos durante aquellos breves momentos, cómo conseguirlo. Su tragedia fue que, pese a esas virtudes, era completamente incapaz de alterar el destino que sus parientes, con la mejor de las intenciones, le habían trazado.

A comienzos de 1862, Cynthia Ann y Flor de la Pradera volvieron a mudarse, esta vez a casa de su hermano pequeño, Silas Júnior, que también se hallaba presente en el fuerte en el momento del asalto, junto con sus tres hermanos y hermanas. Los indios, por lo que fuese, se habían llevado a Cynthia Ann y a John, y habían dejado a Silas y a Orlena. Silas y su mujer, Ann, vivían con sus tres hijos en el condado de Van Zandt, en el interior de los pinares del este de Tejas, a cuarenta y tres kilómetros al noroeste

de Tyler. Si viviendo en Birdville Cynthia Ann había perdido la esperanza de volver con los suyos, de pronto se vio a más de ciento cincuenta kilómetros al este. Ya ni siquiera estaba cerca de la frontera. Seguramente se diese cuenta durante el trayecto: estaban dejando atrás las llanuras, en dirección a los bosques montañosos. Debió de hacerse cargo de que jamás saldría de allí.

Las cosas no mejoraron con Silas, que por entonces contaba veintiocho años y era tartamudo. Cynthia Ann no se llevaba bien con su cuñada, que castigaba a Flor de la Pradera —a quien solían llamar Topsannah o Tecks Ann— cada vez que llamaba a su madre por su nombre comanche.<sup>[40]</sup> Cynthia Ann no cejó en sus intentos de fuga: en cuanto la dejaban sola echaba a andar por la carretera con la niña en brazos. (Decía que iba «a casa, a casa y ya».)<sup>[41]</sup> Solía cortarse los brazos y pechos con un cuchillo, hasta hacerse sangre. Puede que fuese en señal de duelo por la muerte de su marido, o una simple manifestación de desdicha. Un día agarró un cuchillo de carnicero y se cortó el pelo.

Fue por aquella época cuando se tomó la fotografía que se haría famosa en la frontera y más allá. Cynthia Ann y Flor de Pradera habían ido de «visita» a Fort Worth en compañía de Silas —probablemente a la fuerza, para que no se escapasen— y, no se sabe cómo, tal vez a instancias de su hermano, habían terminado en el estudio fotográfico de un tal A. F. Corning.<sup>[42]</sup> El resultado fue un retrato excepcional y deslumbrante de madre e hija. Cynthia Ann lleva una blusa lisa de algodón con un pañuelo atado con holgura al cuello, y el pelo, liso y castaño, bastante corto (tal vez como consecuencia del arrebato del cuchillo de carnicero). Tiene los ojos claros y transparentes, y la mirada de una intensidad que desarma. De nuevo llaman la atención las manos, grandes y musculosas, y las gruesas muñecas. Con todo, lo más extraordinario del retrato es la visión del pecho derecho de Cynthia Ann, del que está mamando Flor de la Pradera, una niña de cabello negro, envuelta en ropas y, a todas luces, muy guapa. En 1861 no había precedentes en la frontera tejana de una fotografía así. Las mujeres blancas no se hacían fotografías con un pecho al aire. Y aunque algún fotógrafo hubiese captado semejante imagen, ningún periódico la habría publicado. Pero esta era diferente. Iba a convertirse en la imagen de Cynthia Ann que generaciones de escolares conocerían; de hecho, a día de hoy, sigue en circulación. La única explicación posible es que todo el mundo veía, y trataba, a Cynthia Ann como una salvaje, por más que fuese tan blanca como cualquier colono escocés o irlandés del sur. Se trata de un caso de doble moral comparable al que la famosa revista *National Geographic* aplicaba a mediados del siglo xx a las fotografías de mujeres africanas desnudas. Los responsables de la revista jamás se habrían planteado mostrar en sus páginas los senos de una mujer blanca. Todo ello explicaba, en parte, la fascinación que despertaba Cynthia Ann: la sensación de que bajo aquella piel, por muy blanca que fuese, palpataba algo más oscuro y primario. En abril de 1862, Silas sentó plaza en el ejército confederado, dejando a su encinta esposa al cuidado de sus tres hijos y también encargada de hacer de carcelera de

Cynthia Ann y de Flor de la Pradera.<sup>[43]</sup> Ann no tardó en poner fin a esa situación y madre e hija se vieron de nuevo trasladadas de residencia, esta vez a la de la hermana de Cynthia Ann, Orlena, que también vivía cerca de Tyler, con su marido J. R. O'Quinn. Madre e hija se instalaron en una casa separada.<sup>[44]</sup>

En esta ocasión, tal vez por ser cada vez más consciente de que nunca volvería con los comanches, Cynthia Ann empezó a adaptarse. La Guerra de Secesión se había llevado a la mayoría de hombres sanos, dejando a las mujeres a cargo de toda la faena. Cynthia Ann comenzó a reaprender inglés y, según un testimonio, terminó siendo capaz de hablarlo a voluntad. Aprendió a hilar, tejer y coser, y tenía buena mano para esas labores. Su experiencia con los comanches le había enseñado a curtir pieles y llegó a ser conocida como la mejor curtidora del condado. Según un vecino,

Era fuerte y robusta y pesaba unos 65 kilos, tenía buena constitución y le gustaba trabajar. Tenía cara de loca y bajaba la vista cuando la miraban. Manejaba el hacha igual que un hombre y no le gustaban los holgazanes. Era experta en curtir pieles con pelo, y en trenzar o tejer tanto cuerdas como látigos. Pensaba que sus dos niños andaban perdidos por la llanura [...] eso la tenía amargada.<sup>[45]</sup>

Parte de esa adaptación también consistió en su reintegración en la familia Parker. Muchos de sus parientes vivían en las inmediaciones e iban a verla con cierta asiduidad. También tenía amistades, en cierto modo; o al menos gente con quien hablar. Incluso se acordaba de algunas personas a las que había conocido de niña. Todos los domingos algún familiar se llevaba a Flor de la Pradera a pasar el día. La niña había aprendido rápidamente inglés y pronto empezó a hablarlo con más frecuencia que el comanche;<sup>[46]</sup> de hecho, asistía a una escuela cercana. Según Tom Champion, uno de los parientes de Cynthia Ann, esta tenía «un carácter muy jovial» y era «una mujer buena, de gran corazón, siempre dispuesta a ayudar a los demás».<sup>[47]</sup> Casi nadie opinaba así. Se la veía llorando en el porche, o escondiéndose de los mirones, que no dejaban de acudir a ver a la tristemente célebre «squaw blanca». Y su negativa a abandonar muchas de sus costumbres indias no tenía nada de jovial, como cortarse el cuerpo con un cuchillo cada vez que fallecía un miembro de la familia, o entonar sus penetrantes y lastimeros cánticos fúnebres en lengua comanche. Nunca llegó a olvidar su vida anterior, sino que se limitó a adaptarse a la nueva tesitura; lo más probable es que dejase de creer en la promesa que los Parker siguieron repitiéndole hasta el final —a saber: que la dejarían volver a ver a sus hijos—, pues nunca la cumplían. Según T. J. Cates, uno de los vecinos de Cynthia Ann, la mujer solía hablar de la pérdida de sus dos hijos.

Recuerdo bien a Cynthia Ann Parker y a su pequeña Taocks [sic]. Por aquel entonces vivía a unas seis millas al sur de [la ciudad de] Ben Wheeler con su cuñado Ruff

O'Quinn, cerca de Slater's Creek [...] Ella pensaba que, tras su captura, sus dos niños se habían perdido en el llano [...] A veces cogía un cuchillo y se lo clavaba en el pecho hasta hacerse sangre, y entonces dejaba gotear la sangre sobre un poco de tabaco y lloraba por sus niños perdidos.<sup>[48]</sup>

Champions tenía la misma impresión. «Creo que siempre estuvo segura de que sus hijos habían muerto», escribió. «Y oyéndola hablar de sus días felices de danzas indias, y viendo la emoción y pura alegría que brillaban en su rostro al evocar esos recuerdos, estoy convencido de que los blancos le hicieron más daño apartándola de los indios del que estos le habían causado al raptarla en primera instancia».<sup>[49]</sup>

El último motivo de satisfacción que podía haberle quedado a Cynthia Ann estalló en pedazos en 1864 cuando Flor de la Pradera murió de gripe y neumonía.<sup>[50]</sup> La muerte de la pequeña la dejó destrozada. Desde ese momento ya no le quedaba vestigio alguno de su vida comanche salvo los recuerdos. Apenas se sabe nada de cómo transcurrió su vida durante los años posteriores. La versión comanche no deja lugar a dudas: el hombre blanco la hundió en la miseria y la convirtió en una inadaptada. Resentida por su cautiverio forzoso, se negó a comer y terminó enfermando.<sup>[51]</sup> Vivió seis años más, hasta 1870, cuando murió de gripe, muy posiblemente agravada por la inanición. Sus parientes le construyeron un féretro, le colocaron un alfiler de hueso en el pelo y la enterraron en el cementerio Foster, a siete kilómetros al sur de la ciudad de Poyner, entre las localidades de Tyler y Palestine. Como no podía ser menos, tratándose de alguien que soportó tantos cambios en contra de su voluntad, antes de llegar a su lugar de reposo definitivo, la enterraron tres veces, en tres cementerios diferentes.

¿Quién fue, en definitiva, Cynthia Ann Parker? Una mujer blanca de nacimiento, pero también una reliquia de la vieja Comanchería, de aquel imperio mortecino de praderas de hierba alta, inmensas lunas estivales y manadas de bisontes que ennegrecían el horizonte. Había sido testigo de toda esa muerte y toda esa gloria. Había sido la esposa de un jefe. Había vivido libre en las planicies infinitas, tal como hiciera su raza adoptiva en el último rincón del continente norteamericano donde alguien pudo vivir o moverse con libertad. La *squaw* blanca murió en un espeso bosque de pinos sin horizonte, donde era imposible ver nada. Los árboles eran los barrotes de una prisión. Murió, que nosotros sepamos, sin llegar a atisbar ni por lo más remoto las fuerzas descomunales que se habían confabulado para arrebatarse su vida anterior.

Uno se imagina a Cynthia Ann en la inmensidad de las llanuras, una pequeña figura vestida de gamuza que, embebida en sus tareas, se acuclilla a orillas de un riachuelo claro como el diamante. Toca a su fin el otoño y con él la temporada de saqueos y caza de bisontes. A sus espaldas se alza un álamo solitario, de un amarillo radiante a esas alturas del año, que enmarca con sus hojas y ramas el intenso azul del cielo. Tal vez Cynthia Ann levanta la cabeza para ver a los niños que juegan con los

perros en la hierba de la pradera y, tras ellos, las volutas de humo que, procedentes de cien fogatas, ascienden al pujante crepúsculo. Y acaso piensa, tan solo por un instante, que el mundo entero está en orden.

## XIII

### LA ASCENSIÓN DE QUANAH

**H**abía terminado la batalla y los dos muchachos estaban solos a orillas del estrecho río Pease, entre álamos, almezos, castaños y suaves cerros arenosos. Seguramente tiritarían por culpa del mismo viento helado del norte que levantaba remolinos de polvo alrededor de los soldados tejanos. Eran jóvenes —diez y doce años—, pero no tanto como para no captar el horror de lo que acababa de ocurrirles. Cuando los soldados fueron vistos por primera vez, sonó un potente grito de alarma y los dos niños, Quannah y Peanuts, escaparon del poblado. Su madre, Nautdah, se encontraba con ellos, pero después, sin saber cómo, la perdieron de vista.<sup>[1]</sup> Hubo disparos y gritos mientras los soldados irrumpían en el poblado a sangre y fuego, matando cuanto se les ponía a tiro, inclusive las mujeres, con sus mulas cargadas hasta arriba, y los perros. Luego se hizo el silencio, y los niños se quedaron solos. Puede que presenciasen la muerte de su padre, Peta Nocona, o puede que no, pero sabían, casi con toda seguridad, que a su madre le habrían perdonado la vida. En cambio, como es obvio, eran muy conscientes de que todos los demás estaban muertos, por lo que pusieron tierra de por medio.

Un comanche de doce años no se hallaba completamente desvalido en plena naturaleza, y demostraría mucha más competencia que un niño blanco de los asentamientos colonos. Para empezar, como todos los niños comanches, sería un jinete excelente. Sabría cazar pequeñas piezas. Sería capaz de encender un fuego y algo sabría de raíces y bayas comestibles. No obstante, según el «programa» de la cultura nermernuh, a Quannah, a esas alturas de su vida, aún no le habrían dejado participar en combates; ni siquiera, probablemente, en una cacería de bisontes o ciervos. Nunca le habrían permitido alejarse demasiado del campamento, y jamás lo habrían dejado solo en la inmensidad de las llanuras meridionales, sin comida ni armas, y sin saber dónde estaba su gente.

Lo que ocurrió a continuación ha sido ignorado, o minimizado, por los principales cronistas de la historia comanche, en gran medida porque, posteriormente, el propio Quannah negaría de plano haber estado siquiera presente en la Batalla del Río Pease, y que su padre hubiese muerto allí. Ambas afirmaciones eran falsas y respondían al deseo de Quannah de limpiar lo que habría sido una mancha terrible en el historial de Peta Nocona: el episodio del río Pease, que los comanches consideraban un fiasco y una deshonra, había tenido lugar cuando el célebre jefe era el único responsable de la vigilancia del campamento. Quannah y Peanuts se encontraban en el campamento en el momento del ataque porque así lo dijo su madre; de ahí, precisamente, la angustia de la mujer. También sabemos que dos, y solo dos, jinetes sobrevivieron al combate y

lograron escapar.<sup>[2]</sup> Lo sabemos porque Charles Goodnight y diez exploradores a sus órdenes les siguieron la pista desde la confluencia del Pease y el Mule Creek hasta un gran cañón cercano al pie del Llano Estacado, a una distancia de entre ciento veinte y ciento sesenta kilómetros al oeste. Goodnight nunca llegó a verles las caras, solo las huellas de sus caballos.

El *ranger* y sus hombres encontraron un gran campamento indio, el destino definitivo de toda la carne de bisonte y las demás provisiones que los soldados habían encontrado en Mule Creek. Los exploradores fueron capaces de acercarse bastante. Así lo describió Goodnight:

Los indios no nos vieron acercarnos, y no me entra en la cabeza que no hubiesen apostado más vigilancia [...] teniendo en cuenta que los jinetes indios ya habían llegado al campamento para informar de la batalla. Había allí unos mil indios [...] Volvimos al cañón y encontré una curva muy cerrada, donde no podían vernos. Mandé esperar a los hombres hasta el anochecer, temiendo que nos descubriesen y sabiendo que, en ese caso, no tendríamos posibilidad alguna de salir con vida.<sup>[3]</sup>

Posteriormente, según Goodnight, Quanah le dio esta versión de lo que ocurrió en el campamento:

Cuando los dos jinetes indios que habían escapado del grupo al que Ross diera muerte llegaron al campamento, informaron de que había diez mil soldados blancos [...] Tan pronto como el contingente de indios estuviese listo, regresarían al norte, donde, según Quanah, pasaban los inviernos; es decir, se desplazarían desde las montañas Washita a las Wichita. Sufrían una gran carencia de víveres, porque estaban completamente al norte de los cazaderos de bisontes.<sup>[4]</sup>

Quanah conocía todos esos detalles tan peculiares porque fue él quien llegó al campamento a transmitir la espantosa noticia a sus habitantes y a informarles, con la ingenua exageración de un niño de doce años, que había «diez mil soldados».<sup>[5]</sup> Solo un niño pudo haber confundido una minúscula tropa de irregulares y casacas azules con toda una división del ejército.

Así y todo, repare el lector en la hazaña del niño. Abandonado en mitad de la nada en pleno diciembre, sin comida, y perseguido por una jauría de hombres excitados por el rastro de sangre de la matanza del río Pease y harto motivados para darle alcance, el pequeño comanche, con su hermanito a la zaga, se las había arreglado para seguir las huellas de los miembros de su banda, que habían partido dos o tres días antes, a través de una amplia franja de terreno tan abrupto y accidentado como la llanura del oeste de Tejas. Es de imaginar que una parte del trayecto la realizarían de noche, para mantener a distancia a Goodnight, que a la sazón era uno

de los pocos blancos capaces de rastrear jinetes en parajes como aquellos. Si el niño hubiese cometido algún error, o no hubiese logrado dar con el campamento, el *ranger* sin duda lo habría atrapado. Goodnight declaró que los dos jinetes causaron una gran conmoción al llegar al poblado comanche. No era para menos. No solo por la espantosa noticia de la batalla y, por consiguiente, de la pérdida de los víveres con los que contaba la banda para pasar el invierno, sino también porque Quanah y su hermano pequeño acababan de lograr algo extraordinario, casi increíble, incluso para un comanche.

En 1848, el año en que Quanah vino al mundo en un tipi cerca de las montañas Wichita, en lo que hoy es el suroeste de Oklahoma, el hombre blanco aún se hallaba a un mundo de distancia. Los penatekas sufrían una destrucción paulatina a lo largo de la línea de asentamientos de la Tejas central, pero ningún colono se atrevía aún a cruzar el río Rojo para dar caza a los comanches. El terrible azote patógeno de los mineros que viajaban rumbo a California todavía no se había propagado por caminos como el de Santa Fe, y los bisontes aún recorrían las llanuras por millones.

En ese mundo que todavía se mantenía aislado de los estragos que habrían de llegar, los comanches hacían lo que siempre habían hecho. Procreaban, cazaban y, por encima de todo, guerreaban contra otras tribus indias. Pocas semanas después de que Cynthia Ann diese a luz a Quanah, unos guerreros de su banda —los nokonis, o «errantes»— marcharon a luchar contra una partida de navajos. (La enemistad entre comanches y navajos venía de muy lejos, de la época en que los primeros habían descendido desde la región del río Wind para enfrentarse a los apaches en Nuevo México). Esos mismos navajos, al enterarse de que el poblado comanche era vulnerable, lo atacaron. Era una vieja táctica india. Pero en lugar de arrasar con todo y, según lo previsto, aniquilar a sus habitantes, los dieciséis atacantes se toparon con la resistencia feroz de los hombres que se habían quedado con las mujeres y niños. Los navajos huyeron, llevándose doscientos caballos comanches. Los nokonis no tardaron en dar con ellos. Mataron a tres y recuperaron los caballos. Cuando los guerreros victoriosos regresaron al campamento hubo cuatro días jubilosos de cánticos y danzas, mientras las cabelleras de los tres navajos muertos se paseaban por el campamento colgadas de un palo.<sup>[6]</sup> Así era la vida de los indios de las llanuras, una vida que se sucedía incesante y más o menos invisible para el hombre blanco. Si las cosas hubiesen sido un poco diferentes, el bebé Quanah podía haber terminado empalado en una lanza navajo, lo cual, por supuesto, habría provocado una incursión en represalia, que a su vez habría dado lugar a un contraataque, y la escalada de venganza habría anegado las llanuras en sangre. En lugar de eso, una de las primeras cosas que Quanah presenció en su vida fue una danza de la victoria.

La muerte de su padre y la captura de su madre dividen la infancia de Quanah en dos periodos completamente diferentes. Durante los primeros doce años de su vida

fue el hijo de un poderoso jefe, un hombre con mucha influencia y muchos caballos, y un cazador consumado. No se conocen muchos detalles de esa primera etapa, pero, en términos comanches, Quanah tuvo una infancia privilegiada. La familia parecía ser feliz y él afirmaría posteriormente que atesoraba muchos recuerdos gratos de sus padres. Peta Nocona tenía tanto miedo de que le quitaran a su mujer blanca que cuando por su campamento pasaban comancheros u otros comerciantes, solía tizarle la cara con cenizas y la obligaba a esconderse.<sup>[7]</sup> (Esta treta explicaría, en parte, lo poco que se vio a Cynthia Ann a lo largo de su estancia con los comanches).

Quanah se crio exactamente igual que la mayoría de los niños de la tribu. A los cuatro años lo montarían en un viejo caballo de carga. Con cinco ya sería capaz de cabalgar solo a lomos de un poni. Un año después montaría potros a pelo, y poco después lo utilizarían para ayudar a arrearlos. Como todos los niños comanches, se haría experto en lacear y atrapar caballos. A partir de ahí, pasó una cantidad de tiempo enorme encima de la silla; su montura no tardaría en convertirse, como les ocurría a todos los comanches, tanto hombres como mujeres, en una extensión de su cuerpo.

A la vez que aprendía a montar, Quanah se iniciaría en los secretos del armamento, por lo general bajo la orientación de su abuelo o de otro varón de edad avanzada. A los seis le dieron un arco y unas flechas despuntadas y le enseñaron a disparar. Pronto empezó a cazar con flechas de verdad, saliendo con otros niños en busca de pájaros. En la cultura comanche, los niños varones disfrutaban de una libertad extraordinaria. No hacían tareas domésticas de ningún tipo. No los mandaban a por agua ni leña, ni tenían que ayudar a hacer y deshacer el equipaje durante los frecuentes traslados de la banda, sino que se dedicaban a andar por ahí en pandilla, peleando, nadando, haciendo carreras de caballos. Solían perseguir a los pájaros y a los insectos, y cazaban colibríes con unas flechas especiales sin rejeo y con la punta del astil partida en dos. Cazaban saltamontes y les arrancaban las patas para comérselas. A veces ataban dos saltamontes con un hilo y se divertían viendo cómo intentaban saltar; hacían apuestas y el primero que caía de espaldas, era el perdedor. De vez en cuando jugaban con las niñas. Un juego mixto llamado «el oso grizzly» consistía en que un «oso» metido dentro de un círculo trataba de capturar a los niños de fuera del círculo, que estaban protegidos por una «madre». Los niños entraban corriendo al círculo para intentar robar el «azúcar» del oso. Por la noche escuchaban las terroríficas historias que los ancianos contaban de Piamempits, el búho caníbal gigante, una criatura mitológica que vivía en una cueva de las montañas Wichita y salía por las noches a comerse a los niños malos.<sup>[8]</sup>

Quanah andaría desnudo por el campamento hasta los nueve años, salvo cuando hiciese mucho frío. A partir de esa edad vestiría un taparrabos, pantalones y mocasines. Los pantalones solían tener los bajos adornados, sello característico de los comanches. En invierno vestía una pelliza gruesa hecha con la piel de un bisonte cazado a finales de otoño, cuando la bestia hubiese adquirido un pelaje color marrón

oscuro de hasta medio metro de grosor.<sup>[9]</sup> Según los llaneros y los soldados, una de esas prendas daba más calor que cuatro mantas de lana del ejército.

Al aproximarse a la pubertad, la vida enseguida se convertía en un asunto más serio. Al fin y al cabo, estaban en las llanuras desiertas, y la tribu de Quanah llevaba una vida nómada ardua y salvaje en la que no existía seguridad alguna. La única garantía verdadera de supervivencia era la pericia cinegética, por eso todo joven comanche debía perfeccionar sus dotes de arquero. Los comanches eran famosos por su maestría con el arco, tanto a caballo como a pie. De cada cinco veces que un guerrero disparaba a un objeto del tamaño de una manzana situado a cincuenta metros de distancia, lo normal es que atinase cuatro. A diez o quince metros, un arquero comanche era capaz de disparar una flecha con tanta fuerza que atravesaba de parte a parte el cadáver de un bisonte de novecientos kilos, siempre que no tocase hueso. Los niños comanches tenían que aprender a encender fuego. En aquella época se hacía frotando un palo de madera dura contra otro más blando rodeado con un trapo cargado de pólvora. (En épocas anteriores se usaba como combustible el llamado musgo español —*Tillandsia usneoides*— o nidos de pájaro). Los niños tenían que aprender habilidades elementales para sobrevivir en la naturaleza, como discernir si un animal observado iba o venía de una fuente de agua. (Un ejemplo era un ave llamada «avispón»; si tenía el pico vacío, el observador sabía que iba directo hacia el agua).<sup>[10]</sup>

La pubertad también venía acompañada de los ritos que, a ojos de la tribu, los transformarían de niños en hombres. Uno de ellos era la llamada «búsqueda de la visión», un rito de paso que, bajo una forma u otra, existía en casi todas las tribus de nativos norteamericanos. Para los comanches comenzaba con la inmersión en un río o arroyo, a guisa de baño purificador. A continuación, el joven, vestido únicamente con un taparrabos y mocasines, se dirigía a un lugar solitario donde no vería a nadie, llevando consigo una piel de bisonte, una pipa de hueso, tabaco y utensilios para encender fuego. De camino a ese paraje aislado, hacía cuatro paradas, en cada una de las cuales fumaba y rezaba. Por la noche volvía a fumar y a rogar a los espíritus que le concediesen poder. Buscaba señales en los animales, árboles y rocas que lo rodeaban. Ayunaba. (El rito de paso comanche, a diferencia de los de algunas tribus de las llanuras septentrionales, no exigía infligirse torturas). El proceso solía durar cuatro días con sus noches, pero la idea era que el joven guerrero no se moviese del lugar hasta recibir una visión. En el caso concreto de Quanah, no sabemos cuál fue el resultado de la búsqueda mística. Tiempo después contó que soñó con un oso. De adulto, su hechizo era un oso, lo que significaba que el oso era la fuente de su poder, de su *puha*. Los adolescentes comanches también buscaban poder espiritual en el rito de la «danza del águila», en la que los guerreros-danzarines se aventuraban en un campamento vecino para «capturar» una niña, por lo general una cautiva de verdad. Cuando volvían, había cánticos y toque de tambores y los jóvenes bailaban imitando el chillido de las águilas, como si fuesen aguiluchos —esa era la idea de fondo— que

trataban de dejar el nido.<sup>[11]</sup>

Tras la Batalla del Río Pease, la vida de Quanah experimentó un cambio profundo y desagradable. La comodidad y el estatus asociados a su condición de hijo de un jefe se esfumaron al instante. De pronto era un huérfano en una cultura que no era demasiado complaciente con los huérfanos. Al principio quedó al cuidado de la viuda india de su padre, pero la mujer murió en cuestión de un año, dejándolos a él y a su hermano sin parientes cercanos que los acogiesen. «Solían tratarnos con mucha crueldad», contaría Quanah posteriormente, «como solo se trata a los huérfanos de los indios». Después fue Peanuts el que murió (por causas desconocidas). Quanah se quedó solo. «Tenía la sensación de haberme quedado sin un solo amigo», recordaría. «Con frecuencia me veía obligado a mendigar ropa y comida, y rara vez lograba que alguien me hiciese una prenda de vestir o me la remendase. Al final me di cuenta de que me trataban peor que a los demás huérfanos por el hecho de tener sangre blanca».<sup>[12]</sup>

Con quince años, a pesar de las penurias, Quanah se convirtió en un guerrero con todas las de la ley.<sup>[13]</sup> Era un chico grande y de piernas largas, mucho más alto y fuerte que el comanche medio. De adulto era un hombre fornido de un metro y ochenta centímetros de altura; casi le sacaba una cabeza a muchos de sus compañeros. En las fotografías que le tomarían posteriormente salta a la vista el tremendo volumen de sus bíceps y antebrazos. Puede que durante una época lo trataran con crueldad, pero ese tratamiento sin duda tuvo que cesar conforme se hacía un hombre: más valía no meterse con él. Asimismo, era increíblemente apuesto: Quanah tenía la piel oscura de los comanches, pero con la típica nariz recta de los europeos del norte, los pómulos pronunciados y unos penetrantes ojos grises tan luminosos y transparentes como los de su madre. Parecía, por así decirlo, un indio de pura cepa pero sin la menor traza asiática, y podría haber encamado el modelo de lo que los blancos consideraban el noble salvaje ideal, entre otras cosas porque se les parecía un poco. Quanah era un arquero soberbio y un magnífico cazador. De joven, y después, como guerrero, se hizo famoso por su «valentía temeraria e indiferencia ante el peligro, muy diferente del estilo bélico indio tradicional, furtivo e insidioso».<sup>[14]</sup> Además, como demostraría de forma categórica en una época posterior de su vida, era sumamente inteligente.

Quanah era agresivo, directo e intrépido por naturaleza, cualidades que se pusieron de manifiesto a temprana edad. Durante una cena, con tan solo once años de edad, desafió a un invitado adulto al que le habían servido un trozo de carne mayor que el suyo. La situación, explicó, le parecía injusta. El invitado, atónito, le dio el trozo de carne, aunque Quanah no se lo terminó. Su madre, Cynthia Ann, lo castigó y le metió a la fuerza toda la carne por la garganta.<sup>[15]</sup> El fuerte de Quanah no era la sutileza, ni en tiempo de guerra ni de paz. El otro rasgo que lo caracterizaba, en los

años posteriores a la Batalla del Río Pease, era su odio ciego al hombre blanco. «Quería vengar la afrenta», escribió tiempo después su hijo Baldwin Parker. «Tenía claro que los blancos eran responsables de la muerte de su padre».<sup>[16]</sup>

Su primera incursión fue un ataque con treinta guerreros de un campamento del suroeste de Kansas. El grupo partió hacia el sur, y tras cruzar Oklahoma, llegó hasta San Antonio. Parece que el objetivo era robar caballos, no cobrarse venganza. Capturaron treinta y ocho ejemplares y mataron y arrancaron la cabellera a dos blancos que tuvieron la desdicha de cruzarse en su camino. Como solía ocurrir tras las incursiones, un grupo de jinetes blancos salió tras ellos. Los comanches forzaron la marcha durante tres días y dejaron atrás a sus perseguidores. Al volver al campamento con la yeguada y las dos cabelleras, sus congéneres los homenajearon con una danza de guerra.

La segunda incursión de Quanah fue más interesante. En esta ocasión salió con sesenta guerreros de un campamento situado en lo que hoy es el oeste de Oklahoma. Dirigiéndose primero hacia el oeste y luego hacia el sur, penetraron en Nuevo México y terminaron en el río Peñasco, en la parte oriental de la región. En un momento dado, divisaron una compañía de la caballería estadounidense que se dirigía en sentido contrario. En lugar de dejarlos tranquilos, como habría hecho sin pensárselo dos veces la mayoría de comanches, el jefe de los guerreros decidió que sería bueno robar las sesenta mulas de la caballería. Y eso hicieron. Los soldados no tardaron en salir tras los indios, que por culpa de las mulas repropias no podían moverse muy rápido, y les dieron alcance. Quanah, junto con otros dos guerreros, recibió órdenes de arrear las mulas hasta las montañas, mientras el resto de comanches se apostaban a la defensiva en un desfiladero. Se sucedió un tiroteo de dos horas, sin bajas en ninguno de los dos bandos. Al caer la noche, los soldados se retiraron a su campamento mientras los indios, como de costumbre, emprendieron rápidamente el camino de regreso. Cabalgaron toda la noche, todo el día siguiente y también toda esa segunda noche, hasta que por fin hicieron un alto y se echaron a dormir en un círculo alrededor de las mulas. Estaban tan extenuados que al despertaron se encontraron con que muchas de las valiosas mulas se habían alejado casi un kilómetro del vivac. Cuando volvieron al poblado con el botín de cuadrúpedos, se les obsequió con otra gloriosa danza de guerra en su honor.<sup>[17]</sup>

En 1868, a los veinte años, Quanah participó junto con otros ocho guerreros en una larga expedición que se adentró en México al mando de Tohausan, el jefe kiowa que se había hecho famoso cuatro años antes en la Batalla de Adobe Walls, cuando su ejército de comanches y kiowas estuvo a punto de lograr la extraordinaria gesta de derrotar a un contingente estadounidense comandado por el legendario Kit Carson. La incursión en México fue la típica correría comanche —y kiowa—, una de las formas que tenían los guerreros jóvenes y ambiciosos de hacerse un nombre y amasar fortuna. En 1852, el capitán Randolph Marcy describía en los siguientes términos un fenómeno que podía tener a los guerreros alejados de sus campamentos hasta dos

años:

En estas aventuras se embarcan entre seis y nueve jóvenes, con el único pertrecho de un caballo y su arsenal, que consiste en arcos y flechas, lanza y escudo y, de vez en cuando, un arma de fuego. De esta guisa equipados, emprenden un viaje de mil quinientos kilómetros o más, a través de un territorio absolutamente salvaje y desolado, dependiendo por completo para su subsistencia de la caza que tengan la suerte de encontrar. Y así llegan a las provincias nortenas de México.<sup>[18]</sup>

Pero los tiempos habían cambiado. Ahora era mucho más difícil aventurarse alegremente por el sudoeste norteamericano en busca de botín y gloria. El poder comanche seguía siendo fuerte, y la tribu todavía dominaba el territorio comprendido entre el meridiano 98 y las Rocosas. Pero su hegemonía ya no era indiscutible. A lo largo del camino de San Antonio a El Paso se habían construido una serie de fuertes con el doble objetivo de proteger a las caravanas y obstaculizar las tradicionales incursiones comanches en México. El fuerte Stockton, por ejemplo, se construyó cerca de las glaciales y caudalosas fuentes de Comanche Springs, uno de los mayores manantiales de Tejas, que durante cuatrocientos años había sido la principal estación de tránsito para los saqueadores de caminos a México. En una región tan árida, un aguadero así constituía un punto de referencia de suma importancia, pero tras la construcción del fuerte había perdido toda utilidad para Quanah y sus guerreros, que jamás volverían a beber de sus aguas gélidas y cristalinas.

La expedición de Tohausan fue absolutamente deshonrosa. Los días de las grandes y fructíferas incursiones mexicanas estaban llegando rápidamente a su fin. Nunca más volvería a permitirse a los comanches darse el gusto de lanzar razias sangrientas que, a lo largo de todo un verano, vaciaban distritos enteros en el norte de México y dejaban un rastro de ruinas humeantes en varios estados, saqueos que les reportaban cientos o miles de caballos robados que después trasladaban hacia el norte en largas columnas que atravesaban todo Tejas por la vieja ruta comanche. La partida de guerra de Quanah pasó varios meses fuera. En dos ocasiones pasaron dos días sin beber agua. En Chihuahua estuvieron a punto de morir de inanición. Encontraron asentamientos mexicanos que rezumaban hostilidad y con tan solo unos pocos caballos que robar. Quanah y un amigo suyo perdieron sus mulas en el largo camino de regreso a través del norte de México y Tejas, y hubieron de llegar a su poblado a pie. El viaje, según su propio testimonio, fue un desastre sin paliativos. No hubo danzas de la victoria para celebrar su retorno. De no haber sido tan joven, tan despreocupado y tan entusiasta con su vida, Quanah podría haberse dado cuenta de que a los comanches se les acababa el tiempo. Pero aún tardaría mucho en pensar en esos términos.

En 1868, el joven guerrero tomó parte en algunas de las incursiones que los comanches realizaron en las montañas del centro de Tejas, unos ataques que han

pasado a la historia por su violencia extrema y vengativa. Uno fue el tristemente célebre saqueo del asentamiento de Legión Valley, cerca de la actual Llano, donde murieron asesinados siete tejanos, entre ellos un bebé y un niño de tres años, y fue secuestrada Minnie Caudle.<sup>[19]</sup> No hay pruebas fehacientes de que Quanah tomase parte en lo que, según los blancos, fueron atrocidades inconcebibles, pero esta clase de incursiones era la actividad habitual de los jóvenes comanches en las postrimerías del imperio de las llanuras, y se sabe que el propio Quanah ardía en deseos de venganza contra aquella gente que había matado a su padre y raptado a su madre y hermana. Los actos de los comanches equivalían a lo que hoy llamaríamos terrorismo político. El robo de caballos seguía teniendo prestigio, desde luego. Pero los comanches sabían que la única manera eficaz de hacer retroceder la línea de asentamientos era torturando, violando y matando a todos sus residentes blancos. Así, con el paso del tiempo, las incursiones fueron tomando un cariz más puramente político, y con razón, pues eran muchas las pruebas de que la estrategia surtía efecto.

Quanah se convirtió en jefe guerrero a muy temprana edad. Lo hizo de la forma tradicional: demostrando en el campo de batalla que era más valiente, más astuto, más feroz y más sereno bajo el fuego enemigo que sus semejantes. Su transformación se produjo en dos combates diferentes. Ambos tuvieron lugar a finales de la década de 1860 y los dos se consideran los vehículos de su ascenso. En el primero, la incursión partió de un campamento situado en el Llano Estacado, al mando de un jefe llamado Oreja de Oso. Quanah se había criado principalmente con la banda nokoni, pero los consejos previos a esa expedición los presidió Oye el Amanecer, un jefe de los yamparikas —«los comedores de raíces»— cuyos dominios tradicionales se extendían al norte del río Canadian. También estuvo presente Vía Láctea, un jefe penateka que se había negado a recluirse en la reserva con la mayoría de su banda y que estaba casado con una yamparika.<sup>[20]</sup> Esta mezcla invita a pensar que la lealtad hacia las bandas podía estar difuminándose y, efectivamente, eso es lo que estaba ocurriendo. De 1868 a 1872, Quanah pasó casi todo el tiempo con los quahadis, una banda que parecía haberse desgajado de los kotsotekas en la década de 1850,<sup>[21]</sup> tal vez por un deseo de guardar las distancias y mantenerse puros en las altas llanuras. El joven guerrero también acampaba bastante con los kotsotekas, y lo más probable es que sus partidas de saqueo fuesen igual de heterogéneas. Con la avalancha de los blancos y la reducción de los cazaderos estaba desapareciendo la vieja separación geográfica de las bandas.

La expedición de Oreja de Oso partió con estruendo desde las altiplanicies hacia el este, cruzó los promontorios rocosos del Llano Estacado para bajar a las abruptas llanuras surcadas de ríos y salpicadas de colinas, y terminó impactando contra la línea de asentamientos colonos, que seguía retrocediendo hacia el Oriente como una ola en retirada: por aquel entonces ya estaba más al este que cuando Peta Nocona la saqueara en 1860. Los comanches atacaron con violencia los ranchos y granjas de la zona de Gainesville (a ochenta kilómetros al norte de Fort Worth). Es probable que se

cobrasen algunas vidas, aunque no quedó constancia de ello. Tras hacerse con una recua numerosa, emprendieron el camino de vuelta. Ya habían llegado al río Rojo cuando los interceptó un destacamento de soldados que habían salido en su busca desde el fuerte Richardson, cerca de la actual Jacksboro.

Sobrevino un sangriento combate en el que cayó muerto Oreja de Oso. Como ya hemos visto, la muerte del jefe y, por consiguiente, el fracaso de sus conjuros, solía inclinar la balanza de las batallas a favor de los blancos, pues los indios, desmoralizados y acéfalos, solían recoger el cadáver del jefe y batirse en retirada. Esta vez no fue así. En ausencia de Oreja de Oso, Quanah asumió el mando. «Dispersaos», gritó a sus guerreros. «Enfilad los caballos al norte, hacia el río». Esas órdenes contravenían el plan original de Oreja de Oso. A instancias de Quanah, los comanches dieron la vuelta a la yeguada y la arrearon hacia el río a través de un terreno escabroso. Mientras Quanah se replegaba con sus hombres, un casaca azul salió tras él y le disparó. En lugar de picar más espuela para poner tierra de por medio, el joven jefe se dio media vuelta y, encarando a su perseguidor, se lanzó a la carga. Como dos caballeros medievales, armas en ristre, indio y soldado arremetieron uno contra el otro. El casaca azul disparó su revólver y la bala rozó el muslo del comanche. Este, por su parte, acertó con la flecha en el hombro del blanco, que soltó el arma, viró el caballo y huyó. A esas alturas, sin embargo, Quanah ya estaba en la línea de fuego de otros soldados, pero el joven guerrero se descolgó por detrás de la grupa al viejo estilo comanche y, con las balas zumbando en derredor, galopó hasta reincorporarse a su grupo. Los comanches se las arreglaron para cruzar el río con el rebaño robado y ponerse a salvo. Los soldados no los persiguieron. Esa noche, sentados alrededor de la hoguera, los guerreros eligieron jefe a Quanah.<sup>[22]</sup>

La segunda batalla tuvo lugar en el verano de 1869. Sesenta y tres indios y «algunos mexicanos» al mando de Quanah salieron de un campamento de Santa Fe con rumbo este, en dirección a unos ranchos de ganado situados en los alrededores de la actual San Angelo. Eran los asentamientos más occidentales que ese año había en todo el estado de Tejas, localizados, no por casualidad, cerca de los fuertes militares de Chadbourne (fundado en 1852) y Concho (1867). Según el testimonio posterior del propio Quanah, a pocos kilómetros del fuerte Concho, él y algunos de sus amigos descubrieron un campamento de vaqueros con un pequeño hato de caballos. Los indios se escondieron entre rocas y matorrales, y cuando se hizo de noche seleccionaron a los mejores ejemplares y espantaron al resto. Los vaqueros dispararon en la oscuridad pero sin alcanzar a nadie.<sup>[23]</sup> Los indios continuaron hacia el sur, viajando de noche, hasta penetrar en la región montañosa que se extiende al oeste de San Antonio, donde mataron a un hombre que conducía una boyada. La noticia se propagó rápidamente por el asentamiento, y treinta colonos salieron en busca de los comanches.

Los blancos no tardaron en darles alcance y se desató una batalla. Según Quanah, los tejanos tenían armas de largo alcance, probablemente rifles para cazar bisontes.

Los indios llevaban las de perder y se batieron en retirada. Pero Quanah, lejos de sumarse a los fugitivos, se ocultó entre las matas de la vera del camino, y cuando dos de los jinetes blancos pasaron por delante, surgió de repente y los mató con la lanza, un acto de bravura del que fueron testigos los demás guerreros. Espoleados, los comanches recompusieron filas al instante y volvieron a la carga. Siguió un breve tiroteo sin resolución, hasta que los indios se quedaron sin balas y se retiraron. Por la noche, en un consejo celebrado a orillas del San Saba, esa partida de guerra también nombró cabecilla al joven mestizo.

La ostensible bravura de Quanah en el campo de batalla lo convirtió, a muy temprana edad, en parte del selecto grupo de guerreros que liderarían las últimas expediciones militares y de saqueo de la tribu en los últimos años de libertad de que gozaron los comanches. El mundo de los nermernuh menguaba a ojos vista. Al año siguiente quedarían en el mundo menos de cuatro mil comanches vivos, de los cuales apenas un millar se había negado a recluirse en la reserva.<sup>[24]</sup>

El capítulo más dramático de la primera etapa de la vida de Quanah gira en torno a su matrimonio. Posteriormente tendría muchas mujeres pero ninguna de sus uniones conyugales fue tan espectacular como la segunda, con una mujer llamada Weckeah. (Su primera esposa fue una apache mescalero, de la que apenas se sabe nada). El matrimonio probablemente tuvo lugar a comienzos de la década de 1870.<sup>[25]</sup> Sea como fuere, la historia comienza con una premisa clásica: Quanah estaba enamorado de Weckeah. Habían crecido juntos. Y ella estaba enamorada de él: le cosía abalorios de adorno en sus mocasines y su carcaj. Querían casarse, pero había un problema: el padre de la chica, Oso Viejo, se oponía al enlace, en parte, por la sangre blanca de Quanah, y en parte, porque, dada su condición de huérfano y su consiguiente pobreza, el joven no ocupaba una posición de prestigio en la tribu.<sup>[26]</sup> Para mayor complicación, la chica tenía otro pretendiente, un tal Tannap, hijo de Eckitoacup, que era un jefe acaudalado. Weckeah no sentía la menor simpatía por Tannap.<sup>[27]</sup> La miga del problema de Quanah era la unidad de riqueza más importante entre los comanches: el caballo. El padre de Tannap, poseedor de mil cuadrúpedos, ofrecía diez a cambio de la mano de Weckeah. Quanah solo podía ofrecer uno.

Así y todo, la muchacha le suplicaba que tratase de igualar la oferta de Tannap. Quanah recurrió a sus amistades y logró juntar diez caballos. Acto seguido, los condujo hasta el tipi de Oso Viejo y se los ofreció. Lamentablemente, el plan de Quanah había llegado a oídos de Eckitoacup y el poderoso cacique había doblado la oferta.

Lejos de amilanarse, el joven guerrero tuvo otra idea: le dijo a Weckeah que su única esperanza era fugarse juntos. La práctica era bastante frecuente en la cultura comanche, donde los pretendientes sin peculio con frecuencia no tenían más opción que escaparse con sus novias. «Cuando una chica se enteraba de que un pretendiente

rico que no era de su agrado estaba a punto de pedir su mano», escribieron Wallace y Hoebel en su clásico estudio etnográfico de la tribu, «podía darse a la fuga con el hombre a quien de veras amaba. Las parejas solían escaparse cuando el chico era pobre e incapaz de aportar los caballos u otros artículos de valor suficientes para satisfacer a los padres de la chica. En ese caso, los parientes y amigos del joven podían suministrar los caballos necesarios para mitigar la deshonra sufrida por los padres de la fugada».<sup>[28]</sup> Quanah no tenía esos familiares, lo que significaba que al llevarse a Weckeah se arriesgaba a morir, y ella también. Las familias comanches podían ser bastante implacables en relación a esas cuestiones, y a un jefe de tanto tronío como Eckitoacup le resultaría muy fácil organizar una expedición de castigo contra un joven que hubiese cometido una violación tan grave del protocolo tribal.

Pero Quanah tenía en mente algo más que una simple fuga romántica. Antes de partir con Weckeah, había reclutado el equivalente a una póliza de seguros: una partida de guerra de veintiún guerreros jóvenes. Los hombres de Quanah salieron juntos hacia el sur y cabalgaron siete horas seguidas, sin abandonar en ningún momento el trote salvo para vadear ríos y arroyos.<sup>[29]</sup> Era lo más rápido que podían desplazarse los comanches y solo pudieron hacerlo con un gran número de monturas por jinete. Los jóvenes tenían tanto miedo de que los siguiesen que viajaron de noche durante dos noches seguidas, se dividieron y volvieron a juntarse unas cuantas veces, y tras repartirse de nuevo en parejas, se reunieron definitivamente en Double Mountain, cerca de la actual ciudad de Snyder, en el oeste de Tejas. Por fin se detuvieron a orillas del río Concho del Norte, cerca de la ciudad de San Angelo y, en palabras de Quanah, se pusieron «a robar caballos».

Permanecieron allí más de un año, periodo durante el cual Quanah transformó el campamento en su bastión. La principal actividad de sus hombres era el cuatrерismo. «Robábamos caballos por todo Tejas», afirmaría posteriormente. Es indudable que también mataban gente. Con el tiempo, algunos de sus acólitos más jóvenes y audaces volvían al campamento principal y contaban historias de riquezas y aventuras y del liderazgo de Quanah, gracias a lo cual regresaban al Concho del Norte con sus novias o esposas, así como con otros guerreros jóvenes que querían ponerse a las órdenes de Quanah. Al final de ese año, la banda del jefe mestizo tenía varios cientos de integrantes<sup>[30]</sup> y una gran manada de caballos.

Mientras tanto, la fuga de Weckeah no había dejado de atormentar a Eckitoacup, que por fin se decidió organizar una expedición para traerla de vuelta. A esas alturas, todo el mundo ya sabía dónde estaba Quanah. Eckitoacup partió hacia el sur al frente de una partida de guerra y llegó al campamento ribereño de los desertores. No sabemos qué esperaba encontrarse, pero con lo que se toparon él y sus guerreros fue con la totalidad de la banda de Quanah, armada, pintada y formada para la batalla. Sorprendido ante la gran cantidad de guerreros, Eckitoacup temió por su integridad. En lugar de entablar combate, optó por entablar negociaciones: cuatro representantes por bando se reunieron en terreno neutral. Tras mucho fumar y regatear, se llegó a un

acuerdo. Eckitoacup recibiría diecinueve caballos, los mejores de la yeguada de Quanah. A cambio, este tendría derecho a regresar con la tribu. (Quanah señalaría, una vez concluido el trato, que conocía un rancho donde en cuestión de unas horas podía robar diecinueve caballos iguales que aquellos). El pacto se selló con una noche de banquete y danzas. Dado que para entonces la banda de Quanah ya había crecido demasiado como poder vivir en paz en aquella zona de Tejas, al día siguiente, en compañía de Eckitoacup, el mestizo emprendió el camino de regreso a casa, donde se encontró que lo habían aupado a la flamante posición de nuevo jefe guerrero de pleno derecho.<sup>[31]</sup>

## XIV

### GUERRAS INCIVILES

**E**l año en que Quanah se convirtió en guerrero, 1863, fue el más sangriento de la historia de Estados Unidos, aunque la mayor parte de esa sangre derramada no tuvo absolutamente nada que ver con el ambicioso muchacho comanche que cabalgaba a sus anchas por las llanuras occidentales, robando caballos y cortando cabelleras. El gran agente de muerte y destrucción fue la Guerra de Secesión, que ese año dejó de ser el conflicto regional, relativamente breve y aislado, que la mayoría de la gente pensaba que sería, para transformarse en la contienda malévolamente prolongada y continental que a punto estuvo de destrozar el país para siempre. Ese 1863 fue el año de Chancellorsville y Chickamauga, de Vicksburg y Chattanooga, el año en que Robert E. Lee, al frente de setenta y cinco mil soldados rebeldes, invadió Pensilvania, el corazón de la Unión, donde se enfrentó a los nordistas en la espantosa Batalla de Gettysburg, que quedó en tablas y se saldó con un total de cincuenta y una mil muertes.

La Guerra de Secesión tuvo poca relación directa con la frontera occidental. Todas las batallas principales tuvieron lugar al este del río Mississippi, y en los pocos combates que se libraron en Tejas, Kansas, Nuevo México y el territorio indio no participaron tribus ecuestres libres. Así y todo, el conflicto despedazó la frontera del Oeste. Los agentes de destrucción no fueron los ejércitos de soldados ni los avantrenes rodantes, sino el simple abandono y la negligencia. Preocupados con la guerra y, en cualquier caso, carentes del dinero necesario para combatir a los indios, ni el Gobierno de la Unión ni el confederado tuvieron otra alternativa más que dejar a los habitantes del Oeste librados a su suerte. El resultado fue que, de pronto, la mayoría de los cuerpos que había defendido los territorios fronterizos en las décadas de 1840 y 1850, desde los *rangers* al Segundo de Caballería, pasando por diversas milicias estatales, simplemente desaparecieron. Todos los hombres que lucharon victoriosos con Ford en las Colinas del Antílope, o con Van Dorn en el poblado wichita, o con Ross en el río Pease, partieron rumbo a los campos de batalla del Este. Y con ellos desaparecieron también los conocimientos y la voluntad de perseguir a los comanches hasta sus pagos.

En su lugar surgieron las milicias territoriales y estatales, un hatajo lamentable de soldados inferiores al mando de unos oficiales de pacotilla que se escaqueaban de la guerra que asolaba el Este. Para colmo estaban mal equipados. Las armas, a menudo malísimas, debían agenciárselas por su cuenta. Andaban cortos de munición y la pólvora a veces era tan mala que «no mataba a un hombre ni a diez pasos de la boca del cañón».<sup>[1]</sup> Los milicianos padecían desnutrición, alcoholismo, epidemias de

sarampión y dolencias intestinales y, en cualquier caso no eran lo bastante valientes ni astutos para derrotar a los comanches, cheyennes o kiowas. (Los soldados de cierto regimiento, en plena persecución de unos indios, cambiaron de opinión y decidieron ir a otro fuerte a jugar al póker).

Además, tenían otras preocupaciones, entre ellas su propia versión en miniatura de la Guerra de Secesión. En 1861, la milicia tejana entró en el territorio indio, ocupó fuertes federales e hizo retroceder a las tropas de la Unión hacia el recién creado estado de Kansas. Durante la guerra se sucederían periódicos combates de escasa entidad por el control del territorio, que culminaron en 1863 con la Batalla de Honey Springs, donde tres mil soldados nordistas derrotaron a seis mil tejanos e indios. Pero estos hechos tenían lugar muy al este de la frontera, que permanecía olvidada e indefensa.

Esta incuria repentina lo cambió todo. Aunque las políticas federales de la década de 1850, pasivas hasta lo incomprensible, habían dado vía libre a cientos de ataques indios, lo cierto es que la década se había cerrado con un destello de voluntad y determinación. La expedición de Rip Ford, en 1868, fue un hito con muy pocos precedentes (entre ellos el del único gobernador español capaz de frenar el terror comanche, el brillante Juan Bautista de Anza, que en 1779 había perseguido a Cuerno Verde hasta las llanuras del este de Colorado).

Asimismo, aunque la victoria de Sul Ross a orillas del río Pease en 1860 no fuese ni la mitad de gloriosa de lo que pretende la mayoría de las crónicas, como muestra de la voluntad que tenían los *taibos* de defenderse también representó un notorio avance. De hecho, a finales de la década de 1850, como ya había ocurrido en las postrimerías de los dos decenios previos, parecía que el poder comanche estaba dando sus últimos coletazos, que su capacidad de realizar incursiones sin oposición tocaba a su fin, que sus días de deambular a capricho fuera de la reserva estaban más que contados. Y sin embargo, todo eso era una ilusión. La historia comanche hay que entenderla así, en términos de dilataciones y contracciones de poder. La dilatación del poder estatal y federal a finales de la década de 1850 fue inmensa. Los comanches corrían a refugiarse en su bastión del Llano Estacado, donde no habrían resistido mucho. No quedaban suficientes para que hubiese sido de otra forma.

Entonces estalló la Guerra de Secesión, los tejanos se marcharon al frente, dejaron sus huesos en someras sepulturas salpicadas por todo el Sur, y las enseñanzas cayeron de nuevo en el olvido. Lo que resulta extraordinario, visto en retrospectiva, es lo mucho que tardaron los comanches en darse cuenta de que la frontera había bajado la guardia; lo mucho que tardaron en captar esa alteración enorme en la correlación de fuerzas. Uno de los motivos fue que tanto la Unión como la Confederación, ambas debilitadas en sus regiones occidentales, se apresuraron a proponerles nuevos y generosos tratados. Los acuerdos resultantes eran versiones de las mismas promesas trilladas, falaces, y en última instancia inútiles, de siempre. Pero sirvieron para postergar el inevitable descubrimiento de la verdadera situación. Los

confederados prometían a los comanches regalos y provisiones. Estos, a cambio, accedían de buen grado a afincarse en reservas, aprender a cultivar la tierra y dejar de atacar tanto a blancos como a otros pieles rojas, promesas que no tenían la menor intención de cumplir. Quienes firmaron los tratados fueron los comanches que ya vivían en reservas, penatekas sobre todo, así como los jefes de las bandas comanches aún en libertad: nokonis, yamparikas, kotsotekas y restos de los tennawish. El Gobierno de la Unión también formalizó su tratado, una simple actualización del acuerdo de 1853, en la que se prometían las mismas rentas anuales y provisiones a cambio de las mismas concesiones absurdas.

El primero de los horrores provocados por el demonio de la negligencia tuvo poco que ver con el hombre blanco: fueron las guerras de nativos contra nativos que estallaron en el llamado territorio indio, la región situada al norte del río Rojo y al sur de Kansas que con el tiempo se convertiría en el estado de Oklahoma. Allí se había realojado a la mayoría de las tribus desplazadas del este, sur y medio oeste del país, un proceso iniciado a comienzos del siglo XVIII. En 1830, el Congreso estadounidense aprobó la Ley de Traslado de los Indios, que obligaba a casi todas las tribus del Este y Medio Oeste a abandonar sus territorios originales a cambio de un terreno supuestamente eterno en la futura Oklahoma. En 1860, la región ya se había convertido en un intrincado mosaico de culturas aborígenes, cada una con su reserva asignada. Las reservas más extensas se habían adjudicado a las llamadas «cinco tribus civilizadas» —creeks, choctaws, cheroquis, chickasaws y seminolas—, así como a la suma de comanches, kiowas y apaches, de cheyennes y arapahoes, y a los wichitas y a sus tribus afiliadas (caddoanos, anadarkos, tonkawas, tawakonis, keechis y delawares). Existían zonas más pequeñas para los kikapúes y fox, los osages, pawnees, potawatomis y shawnees, los iowas, peorías, quapaws, modocs, ottawas, wyandottes, sénécas, poncas y otos, y los misuris. Era, en general, una colisión espectacular de intereses y antagonismos nativos, todos apiñados, por decreto gubernamental, en las praderas onduladas y los bosques que se extendían al norte del río Rojo.

Para muchas de esas tribus, la Guerra de Secesión supuso un desastre tan grande como el que terminaría representando para los granjeros blancos del este de Georgia. El problema comenzó en 1861, cuando nada más estallar las hostilidades entre unionistas y confederados, los Estados Unidos retiraron sus tropas del territorio indio.

[2] Aunque unos pocos confederados seguían desperdigados por la región, las tribus agrarias se quedaron en su mayor parte desprotegidas frente a las indómitas tribus ecuestres, que siempre habían odiado a las primeras por invadir sus cazaderos y por su comportamiento, que consideraban una sumisión bajuna al hombre blanco. Sin nadie que brindase a las tribus agricultoras una protección siquiera simbólica, los comanches desataron contra ellas una violencia terrible. (Entiéndase por comanches,

más que nada, las bandas aún libres, aunque a veces se les unían los penatekas de la reserva). Los chickasaws eran el principal objetivo, aunque otras tribus también sufrieron el azote. Los comanches irrumpían en sus granjas y asentamientos exactamente igual que en la frontera tejana: atropellando a sus víctimas, labradores sedentarios y pedestres. Muchos chickasaws tuvieron que abandonar por completo el territorio indio y refugiarse en Kansas. Los choctaws y los creeks también sufrieron los ataques comanches, así como los indios de la reserva wichita, algunos de los cuales habían adoptado con gran éxito el estilo de vida agrícola de las tribus civilizadas. Los comanches les arrasaron las granjas, el ganado y los cultivos, aniquilaron poblados enteros y cogieron prisioneros. Es de señalar que los indios «civilizados» no siempre eran presa fácil: con frecuencia eran guerreros muy capaces que, a veces, les ganaban la batalla a sus agresores.<sup>[3]</sup>

Pero las razias comanches tan solo eran una parte de la tragedia. Entre las tribus más arraigadas también estallaban guerras partidistas. Había indios «confederados» e indios «unionistas». Muchos miembros de las «cinco tribus civilizadas» tenían esclavos, lo que indignaba a los indios unionistas y, además, provocaba hondas divergencias dentro de las propias tribus. El resultado fue una serie de matanzas y represalias, de la mayoría de las cuales no ha quedado rastro histórico. Lo poco que se sabe indica que fueron brutales y generalizadas. Los territorios de los cheroquis, creeks y seminolas se convirtieron en escenario de batallas entre partidarios de ambos bandos. Se incendiaban casas y granjas, se destruían reservas de semillas, se robaban aperos. Muchos miembros de esas tribus terminaron la guerra famélicos e indigentes, dependiendo una vez más del Gobierno para su subsistencia.<sup>[4]</sup> En 1862 murieron asesinados cien tonkawas en un solo ataque, parte de una oleada de agresiones que a punto estuvo de suponer el exterminio total de la tribu.<sup>[5]</sup> El motivo pretextado fue su canibalismo, una práctica que las demás tribus deploraban, pero lo más probable es que fuese por llevar tanto tiempo haciendo de exploradores para los tejanos en sus expediciones contra los indios.<sup>[6]</sup> La Guerra de Secesión brindó muchas oportunidades como esa de ajustar cuentas.

Al igual que en la gran contienda nacional, las guerras intertribales provocaron desplazamientos multitudinarios. En la última semana de 1861, un nutrido contingente de creeks y otras tribus «nordistas» al mando del jefe creek Opothle Yahola sufrieron repetidos ataques por parte de una combinación de tribus confederadas y caballería tejana. Los indios unionistas, presos del terror, soltaron todo y salieron huyendo hacia el norte en pleno invierno. Muchos de ellos murieron congelados y sus cadáveres terminaron devorados por los lobos. Hubo bebés que nacieron en la nieve y no tardaron en morir de frío.<sup>[7]</sup> Según un informe, fueron setecientos los creeks y miembros de otras tribus que resultaron muertos, bien a consecuencia de los ataques, o congelados en la huida.<sup>[8]</sup> Los que lograron llegar a Kansas se congregaron en un campamento de refugiados donde la situación no mejoró gran cosa. Las familias tenían que dormir en el suelo helado y su única

protección contra las ventiscas de las llanuras eran míseros retazos de tela —pañuelos, delantales y trapos por el estilo— extendidos sobre ramas. La composición inicial de dicho campamento es muy reveladora de la incidencia de la Guerra de Secesión en el territorio indio: 3.168 creeks, 53 esclavos creeks, 38 «negros creek libertos», 777 semínolas, 136 quapaws, 50 cheroquis, 31 chickasaws y unos pocos kikapúes. En abril, el campamento ya alojaba a siete mil seiscientos refugiados, entre ellos kichais, hainais, biloxis y caddoanos, todos ellos completamente despojados de cuanto hubiesen poseído en su día.<sup>[9]</sup>

Mientras la guerra se encarnizaba en el Este, la frontera occidental también ardía en una pesadilla de violencia y muerte. Los primeros brotes estallaron en el Norte, con una revuelta india en las praderas de Minnesota. En 1862, los sioux santee —o sioux orientales, también llamados dakotas— se sublevaron en la reserva que ocupaban a orillas del río Minnesota y mataron a ochocientos colonos blancos, el mayor número de víctimas civiles de una acción bélica en la historia estadounidense hasta los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Los santee también provocaron el éxodo de cuarenta mil refugiados, que huyeron despavoridos hacia el este. La violencia —extrema, casi ciega— estuvo en parte provocada porque el gobierno federal no proporcionó las rentas y provisiones prometidas y, también, por la ausencia de tropas federales. A diferencia de los tejanos, que en su mayoría eran descendientes de pioneros y estaban al tanto de las atrocidades de los indios y, en especial, de los comanches, esos residentes de Minnesota eran simples granjeros minifundistas, casi todos procedentes de Europa. Su reacción fue el miedo y la histeria, que no hicieron sino agravarse cuando experimentaron lo que los colonos del norte aún no habían padecido: la violación y tortura de las cautivas.

Cuando por fin los casacas azules voluntarios aplastaron la revuelta de los santee, hordas enfurecidas de colonos blancos insultaron a los prisioneros enjaulados, castraron a los pocos que lograron atrapar y exigieron la ejecución de los rebeldes. De no ser por la intervención del presidente Lincoln se habría ajusticiado a cientos de indios. Al final fueron treinta y ocho los ahorcados, la mayor ejecución de la historia estadounidense. Al año siguiente se expulsó a la tribu de Minnesota y se abolieron sus reservas.<sup>[10]</sup> Por fin se producía en el norte la colisión entre el avance de los asentamientos blancos y el gran poder indio de la región, los sioux, algo que en Texas venía ocurriendo desde la década de 1820.

A finales de 1863, la mayoría de las tribus montadas que vagaban libres por las llanuras meridionales ya tenían claro que no había soldados que pudiesen frenarlas. Al verano siguiente estaban arrasando asentamientos desde Colorado hasta el sur de Texas y atacando por igual a pioneros y soldados, con la imprudencia lógica de quienes no temían represalia. Comarcas enteras que habían estado colonizadas desde la década de 1850 quedaron desiertas. Los ataques comanches prácticamente

clausuraron el camino de Santa Fe, el correo terrestre abandonó sus estafetas a lo largo de seiscientos kilómetros, y se frenó la emigración. Los ataques cheyennes cortaron el suministro de víveres a las minas de Colorado, donde la gente moría de inanición. En Denver, ciudad que quedó aislada, llegaron a pagarse cuarenta y cinco dólares por un saco de harina. La frontera volvió a retroceder, en algunos lugares entre ciento cincuenta y trescientos kilómetros, anulando dos décadas de avances hacia el Oeste.<sup>[11]</sup> Durante un periodo breve y terrorífico, las razias indias parecían haber neutralizado la mismísima noción fundamental del empuje norteamericano hacia el Oeste. Al fin y al cabo, la doctrina del «destino manifiesto» solo podía materializarse si se conquistaba y dominaba la sección central del país.

Uno de los mejores ejemplos de esta nueva violencia desatada fue el llamado Saqueo de Elm Creek. En octubre de 1864, un ejército de setecientos guerreros comanches y kiowas acompañados de otros trescientos indios, entre mujeres, niños y ancianos, partieron de su campamento de Red Bluff, junto al río Canadian, al mando del jefe comanche Pequeño Bisonte.<sup>[12]</sup> La expedición —la mayor que hasta entonces habían organizado ambas tribus— cruzó el río Rojo quince kilómetros al norte del fuerte Belknap y atacó un asentamiento de sesenta casas en el cauce del arroyo que discurría justo al sur del río Rojo. Nada podía detenerlos, ni el miedo a los *rangers* ni al ejército federal; tampoco había oficiales como Hays o Ford que pudiesen salir tras ellos. A diferencia de los sioux santee, los comanches y kiowas seguían siendo nómadas, con lo cual podían esconderse en cualquier lugar de las Grandes Llanuras. Incendiaron y asesinaron, robaron caballos y reses, y obligaron a un grupo de aterrorizados colonos a refugiarse en un pequeño recinto cercado con una empalizada, el llamado fuerte Murrah.

En ese momento llegó la caballería, aunque no los sacó del apuro, sino más bien todo lo contrario. Catorce miembros de la milicia estatal salieron al galope del fuerte Belknap y se lanzaron a la carga contra una masa enfervorizada de trescientos guerreros a caballo. Cinco de los milicianos murieron en el acto y varios más resultaron heridos. Los demás huyeron para salvar el pellejo, algunos compartiendo montura, pues la mayoría de los caballos, acribillados a flechazos, sangraban profusamente. Los soldados se refugiaron en el fuerte Murrah y, encogidos de miedo, se negaron a salir en busca de ayuda. En su lugar partieron varios colonos menos intimidados, que por poco no lo cuentan. Cuando llegaron refuerzos, los indios ya habían perdido el interés y se habían marchado. El balance final: once colonos y cinco soldados muertos, siete mujeres y niños raptados. No se persiguió a los indios. Ese año se multiplicaron las incursiones de esa índole, y la relación de fuerzas, como en tantos otros combates entre comanches y milicianos, corría muy dispareja.

Una violencia de ese calibre no podía quedar sin respuesta. A finales de 1864, el general de brigada James H. Carleton, comandante en jefe del territorio de Nuevo México, decidió ocuparse del problema. El estirado Carleton, natural de Nueva Inglaterra, era un sabihondo mojigato y testarudo que poseía un ego considerable y

un asombroso abanico de saberes y aficiones, desde la escalada a la filatelia, pasando por el vals, la arqueología, la historia militar, el diseño náutico y el estudio de meteoritos.<sup>[13]</sup> La impunidad con la que los comanches atacaban su territorio lo ofendía profundamente. A principios de ese año, Carleton y el coronel Christopher «Kit» Carson, el legendario rastreador, habían llevado a cabo una campaña colosal contra los navajos de Nuevo México en la que, tras acorralarlos en el Cañón de Chelly, terminaron arrasando sus cultivos, quitándoles el ganado y confinando a ocho mil de ellos en una reserva.<sup>[14]</sup>

Por desgracia para Carleton, daba la casualidad de que esa reserva colindaba con la Comanchería. Las bandas de comanches occidentales no tardaron en descubrir lo tremendamente vulnerables que se encontraban sus viejos enemigos en su nueva ubicación. En una serie de incursiones fulgurantes efectuadas al amanecer, los *nermernih* atacaron los poblados navajos, robando ovejas y caballos, raptando mujeres y niños y, en suma, arruinando los planes que con tanto celo había diseñado Carleton.<sup>[15]</sup> La indignación del general de brigada fue en aumento a raíz de los incesantes ataques comanches a las caravanas militares de suministro que transitaban por el camino de Santa Fe, convoyes que transportaban tanto los alimentos indispensables para la supervivencia de los navajos como los mensajes e informaciones que suponían el único contacto de Carleton con sus colegas del Este.

El oficial, de hecho, se había quedado aislado. Desde su despacho de Santa Fe, todo lo que se extendía hacia el este se le antojaba sumido en el caos y la destrucción.

En noviembre de 1864, el general de brigada despachó al coronel Carson en una expedición punitiva a la región más remota e históricamente inviolable del corazón del territorio comanche, la meseta de mil metros de altura de la franja septentrional de Tejas, caracterizada por inmensas praderas llanas interrumpidas por escarpados cañones, surcadas por ríos antiquísimos, habitadas por las bandas comanches más feroces e inaccesibles, y holladas únicamente por los comancheros de Nuevo México. Eran muy pocos los blancos que habían puesto el pie allí, comerciantes en su mayoría, y ningún tejano, ni siquiera los *rangers*, se había atrevido jamás a perseguir a los comanches hasta el Llano Estacado, una acción que desde hacía mucho tiempo se tenía por suicida: si no morías de sed en aquellas planicies sin pistas ni caminos, te mataban los comanches. Para un soldado de caballería ya era toda una heroicidad cruzar el río Rojo y ascender las Wichita, esas montañas de austera belleza, a la caza de indios agresores; pero aventurarse en las altiplanicies desnudas que se extendían al oeste equivalía a una muerte segura. Por eso resulta extraño que los comanches, que se habían enterado del plan de Carleton por boca de los comancheros, trataran de acordar una tregua: un grupo de diez comanches y kiowas encabezados por el jefe *yamparika* Diez Osos (*Paruasemena*) se presentó a tal efecto en el fuerte Bascom, situado en el este de Nuevo México.<sup>[16]</sup> Carleton, sin embargo, había dado órdenes al oficial con mando en plaza de que les dijese muy claramente que «se abstuviesen de volver a aparecer con banderas blancas mientras no estuviesen dispuestos a devolver

el ganado que habían robado ese año y a entregar a los miembros de su tribu que habían asesinado a colonos sin motivo ni previa provocación».<sup>[17]</sup> Dicho de otro modo, la campaña seguiría adelante. Y pese al peligro que entrañaba la expedición, si había un solo hombre en todo el país capaz de liderarla, ese era Kit Carson.

El coronel era una de las figuras más famosas del Oeste norteamericano. Protagonista de melodramáticos folletines de aventuras que empezaron a publicarse cuando aún vivía, Carson fue trampero, cazador, rastreador de tierras inexploradas y uno de los primeros blancos que se adentraron en los territorios salvajes que se extendían más allá del meridiano 100. Tras hacer de guía en las famosas expediciones que John C. Frémont llevó a cabo entre 1842 y 1846 al oeste de las Rocosas, se convirtió en héroe nacional con la publicación de los informes del legendario explorador. Pese a lo mediocre que resultaba en persona —era minúsculo, taciturno, y prácticamente analfabeto—, Carson era un personaje de fuste en la frontera occidental. Se había casado con varias indias, hablaba con soltura diversos idiomas indígenas y había oficiado de representante del Gobierno estadounidense en distintas negociaciones con los indios de Nuevo México. A la hora de combatir contra ellos tampoco era manco, como demostraban las campañas victoriosas que había liderado contra los navajos y los apaches mescaleros. Teniendo en cuenta que con los comanches también se había enfrentado en unas cuantas escaramuzas, cabe afirmar que Carson sabía lo que hacía.

El 12 de noviembre de 1864, cuatro días después de que Abraham Lincoln saliese reelegido presidente y un día después de que William Tecumseh Sherman incendiase la ciudad de Atlanta, Carson salió de su campamento, situado en las llanuras del este de Nuevo México, con catorce oficiales, trescientos veintiún reclutas y una cortina de setenta y dos exploradores apaches y ute, enemigos acérrimos de los comanches, que, a diferencia de la mayoría de los blancos, no tenían miedo de la espantosa inmensidad vacía de las llanuras del bisonte. Carson, además, no tenía que pagarles; le había bastado con prometerles todo el botín y todas las cabelleras comanches que pudiesen transportar. Al igual que otros oficiales blancos al mando de exploradores indios, el coronel tendría que aceptar, y tratar de refrenar, sus peores tendencias, entre ellas las de torturar, violar y asesinar a no combatientes, y otras prácticas que repugnaban a los blancos. En teoría, al menos. Los utes y los apaches también sacaban de quicio a los soldados blancos con sus danzas de guerra, unas ceremonias escandalosas y estridentes que solían durar casi hasta el amanecer.

La expedición se puso en marcha a finales del otoño, la época en que los indios, que en primavera y verano tendían a vagar en grupos dispersos y fragmentados, se dirigían a sus campamentos de invierno, donde se concentraban en poblados cuyos tipis de piel de bisonte blanqueada por el sol orlaban los meandros de unos cuantos arroyos predilectos a lo largo de varios kilómetros. Carleton creía que los comanches y kiowas estaban acampados a orillas del Canadian, en el extremo más septentrional de Tejas. Aquello, naturalmente, era territorio confederado, aunque nada habría sido

más insólito que un encuentro con milicias sudistas en aquellas mesetas agrestes. Los hombres de Carson avanzaban hacia el Este a través del aire gélido y enrarecido, surcando las praderas de hierba tan alta como los caballos que se extendían hasta el horizonte, tras la pantalla de exploradores indios.<sup>[18]</sup>

Para entonces se había hecho tan habitual encontrar kiowas y comanches acampando, cazando y saqueando juntos que su relación de compañeros de correrías merece abrir un paréntesis explicativo. Aunque no es fácil precisar los motivos exactos de la profunda afinidad mutua que sentían las dos tribus, lo cierto es que tenían rasgos en común. Al igual que los comanches, los kiowas habían emigrado en el siglo XVII de las montañas del norte a las planicies del sur, ricas en bisontes. Ambas tribus habían descubierto el poder extraordinario del caballo. Tanto kiowas como comanches eran jinetes excepcionales, inclusive en las Grandes Llanuras, donde todas las tribus poseían gran pericia ecuestre, y ambos eran extraordinariamente belicosos, incluso para las llanuras, donde la brutalidad marcial era la regla. Las dos tribus habían sido rivales durante años, pero en 1790 habían firmado la paz definitiva. También presentaban diferencias. A diferencia de la cultura comanche, minimalista y práctica, los kiowas tenían una sociedad militar jerárquica e intrincada, una rica tradición artística que producía pictografías historiadadas y minuciosos calendarios, y una mitología religiosa mucho más compleja que la nermernuh, con elementos tales como la danza del sol. Lo que no eran los kiowas es numerosos, y puede que ahí radicase la principal diferencia entre ambos pueblos: nunca gozaron de un poderío demográfico como el que ejercía la tribu comanche. Los kiowas y su banda subordinada, los apaches kiowas, o apaches de las llanuras —una tribu muy pequeña que hablaba athapaskan— nunca sobrepasaron los mil ochocientos miembros, una pequeña fracción del contingente comanche en su apogeo.<sup>[19]</sup>

Tras doce días de cabalgada, los exploradores de Carson divisaron por fin unas tiendas comanches y kiowas justo al sur de la actual ciudad tejana de Borger. Esa noche los soldados penetraron silenciosamente, al amparo de la oscuridad, en el valle del río Canadian, con órdenes estrictas de no hablar ni fumar. Echaron pie a tierra y allí se quedaron, tiritando bajo la intensa helada y sujetando a los caballos por las bridas, hasta que en el cielo del este aparecieron los primeros rayos grises del alba.<sup>[20]</sup> Al amanecer reanudaron la marcha, encabezados por los exploradores indios y arrastrando dos obuses de montaña, una labor de lo más penosa, teniendo en cuenta la hierba tan alta y la seroja que cubría las orillas del Canadian.

Los obuses no eran un simple elemento más de los pertrechos. Parecían cañones en miniatura. Eran unas piezas de artillería cortas pero de gran calibre, con grandes ruedas radiadas, que disparaban proyectiles de seis kilos. Tenían la ventaja de ser sumamente móviles, y podían causar verdaderos destrozos, sobre todo cuando se usaban contra multitudes. Disparaban dos tipos de munición, de casquillo esférico y de bote. La primera consistía en una sola bola de hierro rellena de ochenta y dos pelotas de mosquete cubiertas de azufre y una pequeña carga de pólvora. La segunda

convertía al obús en el equivalente de una gigantesca escopeta recortada, pues con cada disparo vomitaba ciento cuarenta y ocho pelotas de mosquete de 17 milímetros de calibre. Este tipo de artillería ya se había usado contra los indios, en particular en la campaña de 1862 contra los sioux santee de Minnesota. Mientras maldecían aquellos pequeños cañones caseros que tanto trabajo costaba arrastrar a través de la hierba alta, ninguno de los soldados de Carson sospechaba que los obuses supondrían la diferencia entre la vida y la muerte, entre la victoria y la derrota de la expedición. [21]

A eso de las ocho y media de la mañana de un día radiante y completamente despejado, la tropa de Carson irrumpió en un poblado kiowa de ciento setenta y seis tipis. Los indios, sorprendidos, se batieron a la desesperada para cubrir la huida de sus mujeres y niños, tras lo cual también escaparon río abajo. La escaramuza se saldó con unas pocas bajas nada más, entre ellas cuatro ancianos kiowas, ciegos y tullidos, que murieron a resultas de los hachazos en la cabeza que les asestaron unas mujeres ute, quienes por lo visto se habían incorporado a la expedición para ayudar a sus compañeros a cometer lo que los blancos debían de considerar atroces crímenes de guerra. El grueso del ejército de Carson, mientras tanto, prosiguió hacia el campamento comanche, mucho mayor, que estaba situado seis kilómetros más adelante, y terminó deteniéndose en las ruinas de un establecimiento comercial conocido en toda la frontera como Adobe Walls. Fue allí donde, alrededor de las diez de la mañana, entablaron combate con unos mil seiscientos comanches y kiowas. La batalla no duró mucho. Los obuses, emplazados a rastras en lo alto de un montículo cercano, de forma cónica y diez metros de altura, abrieron fuego. Casi al instante, los comanches y kiowas, que habían estado cargando furiosamente contra la línea de batalla, se alzaron sobre los estribos y observaron con atención las dos explosiones sucesivas del proyectil esférico. En las altiplanicies del sur jamás se había visto un arma así. Los indios no tardaron en ponerle nombre: «el arma que dispara dos veces». Según la crónica del capitán George Pettis, que estuvo con Carson en Adobe Walls, los indios «se quedaron mirando boquiabiertos durante un instante, tras lo cual, virando en redondo a los caballos y profiriendo al unísono un prolongado alarido, salieron al galope hacia su poblado [...] Cuando se disparó el cuarto cañonazo, en todo el radio de acción de los obuses no quedaba un solo enemigo a la vista». [22]

No obstante, en lugar de perseguir a los indios en desbandada, los blancos decidieron tomarse un descanso. Las órdenes de Carson pueden parecer desconcertantes, pero sus hombres llevaban treinta horas seguidas marchando o combatiendo. Se relajaron y comieron la galleta, el tocino crudo o el cerdo en salazón que llevasen guardado en la mochila, bebieron de lo que Pettis describió como «un espléndido arroyo de agua fría y cristalina como jamás había visto en la frontera», y charlaron sobre los actos heroicos de la jomada, mientras los caballos pastaban plácidamente en el exuberante herbazal intacto. El plan de Carson era que los soldados, tras el descanso, volviesen a subirse a sus monturas y se lanzasen contra el

poblado comanche para destruirlo. La idea parecía bastante sensata, pero en realidad, como no tardarían en descubrir, no fue sino un precedente del tipo de masacre que habría de producirse doce años después en Little Bighorn.

No había transcurrido ni media hora cuando los indios se concentraron de nuevo en la explanada que se extendía delante de las viejas ruinas de adobe, momento en el que los soldados volvieron a oír el «zumbido agudo y fulgurante de las balas de rifle de los indios». También oían algo muy extraño: una serie de cornetazos procedentes de las filas enemigas, en respuesta inversa al toque de corneta del ejército federal. Si este tocaba «al ataque», el corneta indio tocaba «retirada». Y así sucesivamente. El corneta enemigo era tan bueno como los cornetas blancos, y cada vez que sonaba, los soldados no podían evitar la carcajada.

La batalla se reanudó con plena intensidad y enseguida se hizo evidente que los comanches y kiowas habían captado cuando menos algunas de las mortíferas características antipersona de los obuses. Los jefes indios ordenaron a sus guerreros que se desplegasen. «La idea», escribió Pettis, «era que actuaran a título individual, para evitar el agolpamiento». La táctica surtió efecto, y los obuses apenas se dispararon unas pocas veces. En una de esas ocasiones,

el proyectil atravesó el cuerpo de un caballo que iba a todo galope con un comanche en la grupa y que siguió avanzando unos doscientos o trescientos metros más antes de la explosión. El caballo, al producirse el estallido, cayó de cabeza al suelo, catapultando a su jinete a siete metros de altura con los brazos y piernas totalmente extendidos.<sup>[23]</sup>

Los indios, por su parte, arremetían con furia. Varios de ellos habían descabalgado y, tumbados en la hierba alta, abrían fuego a discreción, mientras los jinetes cargaban por delante, disparando con sus rifles por debajo del cuello de los caballos. Conforme la batalla se prolongaba hasta media tarde, Carson y sus oficiales no pudieron evitar percatarse de otro hecho, y era la llegada de cada vez más guerreros procedentes del extenso poblado comanche que se divisaba río abajo. Era un flujo constante, en grupos de cincuenta o más. En un momento dado, probablemente a eso de las tres, Pettis calculó que el modesto Segundo Regimiento de Caballería del coronel Carson tenía delante una cohorte india de tres mil guerreros al mando del legendario Diez Osos, el jefe principal de la banda yamparika en la década de 1860, un hombre que el año anterior había estado en Washington y había recibido una medalla de paz.<sup>[24]</sup> (El jefe kiowa Tohausan también tuvo un papel destacado en la batalla). Aunque el cálculo de Pettis era, sin lugar a dudas, exagerado —esa cifra prácticamente equivalía al total de guerreros comanches y kiowas que existían en 1864—, los soldados empezaron a temer por su integridad. Para empezar, solo había setenta y cinco hombres al cuidado de los carros de víveres, y Carson se

fijó en que gran cantidad de indios empezaban ya a dirigirse a su retaguardia.

Dice mucho en favor del coronel que a las tres y media de la tarde, cuando ya llevaban casi cinco horas de combate, mandase tocar a retreta. Aunque casi todos sus oficiales protestaron enérgicamente, convencidos como estaban de que los soldados debían avanzar y tomar el poblado que tenían delante, los cabecillas de utes y apaches recomendaban la retirada. Carson les hizo caso. Envió avanzadillas a la vanguardia, retaguardia y ambos flancos, y emprendió un cuidadoso repliegue, mientras los indios seguían atacando por todas partes. Su idea era regresar al pequeño poblado kiowa, incendiarlo y partir. La tropa llegó al poblado justo antes del anochecer: estaba lleno de indios. Carson se vio, pues, rodeado por la totalidad del contingente enemigo, lo que significaba que tenía una posibilidad de victoria entre diez. Lo lógico habría sido que corriese la misma suerte que años después correría Custer, por culpa de otro error fatal y no tan diferente al de Carson.

Si se libró fue gracias única y exclusivamente a los pequeños y mortíferos obuses. El coronel dio órdenes de subirlos a lo alto de un montículo de arena cercano al poblado kiowa, y disparar tanto casquillos como botes. La estampida de los indios permitió la entrada de los blancos, que saquearon las tiendas —estaban repletas de las codiciadas pieles de bisonte— y después les prendieron fuego, mientras los letales cañonazos atronaban el crepúsculo. Uno de ellos hizo impacto justo en medio de treinta o cuarenta jinetes indios. Cayó la noche y prosiguió la retirada. Los indios siguieron durante un rato a los hombres de Carson, que estaban tan asustados que cabalgaron casi sin cesar durante cuatro días. Pero en ningún momento llegaron a emprender un nuevo ataque. Acababan de librar una de las mayores batallas de la historia de las Grandes Llanuras.

La versión de la Batalla de Adobe Walls que pasó a los anales militares es de particular interés por su absoluta inexactitud. Según el informe oficial, Carson y su ejército atacaron un poblado kiowa de unas ciento cincuenta tiendas en las inmediaciones del fuerte de adobe del río Canadian, en Tejas, y, tras un reñido combate, obligaron a los indios a batirse en retirada, con una pérdida de sesenta hombres, entre muertos y heridos.<sup>[25]</sup> [Los cálculos hablaban de treinta muertos y treinta heridos].

Carson no había derrotado a nadie. Había evitado por los pelos la masacre de su ejército, como él mismo reconoció en más de una ocasión. De no ser por los obuses, dijo, «pocos habrían vivido para contarlo». Su propio balance de víctimas no era ninguna minucia: siete muertos (seis blancos y un indio) y veintiún heridos (diecisiete blancos y cuatro indios). Carson se había retirado al abrigo de la noche. El capitán Pettis conversó tiempo después con un comerciante mexicano que en el momento de la batalla se encontraba en el campamento comanche. Según Pettis:

Los indios afirmaban que si los blancos no hubiesen tenido las «armas que disparan dos veces», como llamaban a los obuses de montaña, no habrían dejado que un solo

blanco escapase con vida del valle del Canadian, y puedo decir, sin pecar de indiscreto, que esa solía ser la opinión que expresaba el propio coronel Carson.<sup>[26]</sup>

La de Carson no fue la única expedición punitiva que se llevó a cabo en 1864. Cuatro días después, y varios centenares de kilómetros al norte, J. M. Chivington, un antiguo pastor metodista convertido en oficial territorial, dirigió la matanza de indios más sangrienta, más traicionera y menos justificada de la historia de Estados Unidos, una carnicería que pasaría a la leyenda y a la historia de la infamia con el nombre de la Masacre de Sand Creek. Las víctimas fueron los cheyennes.

Chivington era un producto de su época. Un hombre alto e imponente, fornido y de cuello ancho, que había pasado gran parte de su vida abriendo escuelas en la cuenca minera de Colorado. Aprovechando el vacío que había dejado el estallido de la Guerra de Secesión, Chivington había ascendido al rango de general de brigada del ejército estadounidense y tenía a sus órdenes una nutrida patulea de soldados mediocres, informales y a menudo borrachos que integraban el cuerpo de voluntarios territoriales de Colorado. Los ataques que los cheyennes y comanches habían lanzado en verano y otoño de ese año habían sumido las calles de Denver en el pánico más deprimente. Los habitantes de la ciudad estaban desesperados, a veces histéricos; todo el mundo conocía a alguien que había sido atacado o asesinado. De la poca o mucha compasión que en su día hubiesen inspirado las tribus ecuestres ya no quedaba rastro. Chivington era el paladín de sus conciudadanos, y estaba convencido de que Dios estaba de su parte. «¡Maldito sea cualquiera que simpatice con los indios!», decía. «He venido a matar indios, y creo que es correcto y honorable utilizar todos los medios que Dios pone a nuestra disposición para matar indios».<sup>[27]</sup> En aras de incentivar el alistamiento en sus unidades de voluntarios, el antiguo pastor exhibía junto a la mesa de reclutamiento los cadáveres mutilados de los cuatro miembros de una familia blanca. Chivington hablaba con entusiasmo de «cortar cabelleras» y «chapotear en sangre».<sup>[28]</sup> Las instrucciones que impartía a sus hombres, que con el tiempo se harían famosas, eran inequívocas: «Matad a todos y cortadles la cabellera, tanto a grandes como a pequeños. Las liendres de hoy son los piojos de mañana».

A las ocho de la tarde del 28 de noviembre de 1864, bajo un cielo invernal cuajado de estrellas, Chivington y setecientos voluntarios partieron del fuerte Lyon, en el territorio de Colorado, en columnas de cuatro en fondo. A la mañana siguiente atacaron el poblado cheyenne del jefe Tetera Negra, que acababa de hacer una tregua con los soldados blancos. El único propósito de Chivington era matar indios, y eso fue lo que hizo. Empezó bombardeando los tipis con los proyectiles de fragmentación de cuatro obuses de montaña. A continuación, sus hombres, muchos de ellos borrachos o con resaca por todo lo bebido durante la noche anterior, entraron en tromba en el poblado, repartiendo balazos y bayonetazos indiscriminadamente. En el momento del ataque había del orden de seiscientos cheyennes en el campamento, de los cuales tan solo treinta y cinco eran guerreros. La mayoría de los varones había

salido a cazar bisontes. No tiene mucho sentido detallar lo que ocurrió. Niños tiroteados a quemarropa. Bebés muertos a bayoneta. Lo más triste de todo fue la imagen de los indios apiñados alrededor de una gran bandera estadounidense que cubría la tienda de Tetera Negra. Los cheyennes cogieron banderas blancas y empezaron a ondearlas, mientras las mujeres, con las camisas abiertas para que no cupiesen dudas sobre su sexo, esperaban con paciencia a que los soldados se percatasen de que eran indios pacíficos y detuviesen la escabechina. En lugar de eso, las huestes de Chivington los mataron sin contemplaciones. Cuando se disipó el humo y cesaron los chillidos, había trescientos cheyennes muertos. Les cortaron la cabellera a todos, y mutilaron a muchos. Un hombre le cortó los genitales a una mujer y los exhibió ensartados en un palo.<sup>[29]</sup>

La masacre no tardó en salir a la luz, sobre todo porque algunos de los soldados de Chivington estaban asqueados con lo ocurrido y se lo contaron a la prensa, pero también porque otros no habían tenido reparos en jactarse de sus tropelías, de las cuales se mostraban orgullosos, al menos en un primer momento. De hecho, el regreso de Chivington a Denver fue triunfal, y los periódicos le dedicaron un sinnúmero de artículos encomiásticos. El propio general de brigada proclamó lo siguiente: «La posteridad hablará de mí como el gran combatiente de los indios. He eclipsado a Kit Carson». (Carson respondió: «Solo de pensar en ese perro de Chivington y en sus sabuesos apestosos, allí arriba, en Sand Creek... Sus hombres mataron *squaws* y les volaron la cabeza a niños inocentes. ¿Unos soldados enfermos parecen buenos cristianos?»).<sup>[30]</sup> Los soldados exhibieron sus trofeos en un teatro de Denver ante los vítores de la multitud: petacas de tabaco hechas con bolsas escrotales, dedos, cabelleras, monederos hechos con genitales rebanados de mujer cheyenne.<sup>[31]</sup> Cuando se divulgaron los detalles, una oleada de repugnancia recorrió los pasillos del poder en Nueva York, Filadelfia y Washington. La Masacre de Sand Creek ejercería una influencia enorme y duradera en los cenáculos donde se diseñaban las políticas relacionadas con los indios. No obstante, es interesante señalar que, por lo general, esa vergüenza y esa repulsión solo se manifestaban en el Este. Las protestas por el asesinato de mujeres no tuvieron ningún eco en el territorio indio, donde todo el mundo sabía que las *squaws* solían participar en los combates (aunque en este caso concreto no lo hiciesen). Y tampoco se alzó ninguna voz en la frontera para condenar el uso de los obuses de montaña contra un plácido poblado, como sí ocurrió en el Este.<sup>[32]</sup> Chivington hizo lo que mucha gente del Oeste, incluido el ejército regular, creía que debía hacerse. La aversión que los militares sentían por el antiguo pastor metodista era más una cuestión de estilo y obedecía a la brutalidad de sus reclutas novatos. Al fin y al cabo, Chivington había atacado un poblado en tregua. Por lo demás, la reacción en la frontera dejaba claro que la época en que el asesinato de mujeres y niños indios se consideraba moralmente injustificable ya había quedado muy atrás.

## LA PAZ Y OTROS HORRORES

**E**n la primavera de 1865, el final de la Guerra de Secesión y el hundimiento de la Confederación sudista sumieron la frontera occidental en el caos completo y definitivo. Hasta entonces al menos se había fingido que existía una organización; a partir de ese momento el vacío se hizo absoluto. Las milicias desaparecieron de los territorios federales. En Tejas, durante unos meses, no hubo el menor rastro de gobierno, de sistema, de autoridad ni de poder. Los comanches debían de pensar que habían vuelto los buenos tiempos; que, con su guerra, el Gran Padre Blanco había ejecutado algún hechizo extraño y permanente para expulsar a sus viejos enemigos de las tierras limítrofes. La población comanche seguía siendo exigua —recordemos que eran apenas cuatro mil individuos los que frenaban el avance de la civilización occidental—, pero habían recobrado buena parte de su viejo poder y, con ello, la vieja arrogancia. La organización social seguía basada en el estatus guerrero —no existía, de hecho, otra vía de ascenso—, la riqueza consistía aún en los caballos robados, y de pronto, como en los viejos tiempos, los comanches volvían a tener la libertad de llevar a cabo espléndidas acciones de guerra por toda la frontera, tanto contra blancos como contra indios.

El absurdo bucle temporal se tomó duradero: en su adolescencia, Quanah y sus semejantes estaban viviendo, cazando y saqueando exactamente igual que lo habían hecho sus padres y abuelos, como si cientos de miles de blancos no estuviesen preparados para lanzarse en masa al territorio comanche al menor indicio de debilidad u ocasión propicia. La tribu contaba también con un nuevo negocio que añadir a la venta de caballos robados y de cautivos: el robo de ganado vacuno. Esos años habían sido testigos del inicio de las grandes operaciones ganaderas en Tejas. En el oeste, los quahadis se habían transformado en una especie de agencia de transacciones bovinas. Robaban reses en Tejas —según Charles Goodnight, el número de cabezas de ganado robadas durante la Guerra de Secesión ascendía ni más ni menos que a trescientas mil— y, a través de comancheros, se las canjeaban a contratistas del Gobierno, que a su vez las vendían al ejército estadounidense.<sup>[1]</sup> Al general Carleton, para ser exactos (en algunos casos, le revendían a Carleton sus propias reses). A cambio, los comanches recibían las armas y la munición —cada vez más revólveres y carabinas de gran calidad— cuyos efectos había sufrido Kit Carson en Adobe Walls. El negocio era tan lucrativo que algunos angloestadounidenses adinerados también participaron en él, proporcionando capital a los tratantes mexicanos.<sup>[2]</sup> Carleton, que estaba perfectamente al tanto del ingenioso chanchullo, se subía por las paredes.

Lo que había ocurrido, simplemente, era que las milicias estatales y territoriales, que durante cuatro años habían constituido el alma de la defensa de la frontera, habían desaparecido. En los estados confederados las habían disuelto a la fuerza, pero en el lado unionista también se habían esfumado. Los motivos eran tanto políticos como organizativos. Durante la guerra, en virtud de los poderes de emergencia del Gobierno, se había reclutado a gran cantidad de voluntarios. Era el caso de los hombres a las órdenes de Carson y Chivington. Al terminar el conflicto, pocos querían quedarse de servicio permanente, y la mayoría se licenció. El ejército estadounidense, a todo esto, estaba experimentando una rápida reducción de tamaño. En 1866, el número total de efectivos había descendido a setenta y cinco mil, y los ocho mil regulares que Ulysses S. Grant envió a Tejas en calidad de ejército de ocupación se dedicaban por entero a tareas que no tenían nada que ver con la caza de indios. Posteriormente, cuando el gobernador de Tejas trató de llenar ese vacío militar con tropas estatales, el gobierno federal no se lo permitió. La desmilitarización del sur era una prioridad en aquella etapa de reconstrucción nacional, y Washington no estaba dispuesto a permitir que los rebeldes tejanos volviesen a crear sus propias unidades. Además, el Congreso, asfixiado por el peso de la gigantesca deuda contraída a causa de la guerra, tampoco estaba por la labor de gastar dinero en costosas campañas contra un grupo relativamente pequeño de salvajes que no representaban una amenaza directa para la nación.

Existía otro factor que contribuía a esa falta de voluntad a la hora de frenar los expolios indios en la frontera occidental y era la convicción expresa y férrea que compartían muchos habitantes del civilizado este del país de que el principal culpable de las Guerras Indias era el hombre blanco. La idea de fondo era que los comanches y otras tribus problemáticas vivirían en paz solo con que se las tratase como era debido, y cuanto más lejos de la sangrienta frontera residiesen los adeptos a este punto de vista, con tanto más fervor lo sostenían. Se trataba del viejo enfrentamiento entre el ejército, que conocía mejor el percal, y los «utópicos soñadores» de la Oficina de Asuntos Indios, que calificaban a sus adversarios uniformados de «carniceros, borrachines empeñados en exterminar a los nobles pieles rojas y en fomentar guerras para conservar su empleo».<sup>[3]</sup> Como señalaría tiempo después el general John Pope, el ejército se encontraba en un callejón sin salida: «Si salimos victoriosos, lo tildan de masacre de indios; si salimos derrotados, es prueba de nuestra ineptitud o imbecilidad. Y estos juicios contra el Ejército se los encuentra uno en todos los periódicos, en los discursos de los congresistas y en todas partes; juicios que formulan hombres absolutamente ignorantes en la materia».<sup>[4]</sup> Los informes de la masacre de Chivington y de las atrocidades cometidas por los blancos en Minnesota parecían corroborar las afirmaciones de los críticos del ejército.

La idea de que los problemas con los indios de las Grandes Llanuras eran culpa exclusivamente del hombre blanco era tremendamente errónea. Las personas que la defendían, muchas de las cuales estaban en el Congreso, en la Oficina de Asuntos

Indios y en otras posiciones de poder, no conocían la historia de los comanches y, por tanto, ignoraban que la tribu debía su mismísima existencia a la guerra. Nadie que supiese algo de los horribles ataques que los comanches lanzaban contra el norte de México desde hacía un siglo, o de la aniquilación sistemática de los apaches, utes o tonkawas a manos de los nermernuh, podía creer que la tribu fuese pacífica ni inocente. Salvo en el sentido más amplio, naturalmente. Los comanches habían llegado antes a aquellas tierras, si es que eso significaba algo, y los angloeuropeos eran claramente los agresores. Si los *taibos* se aviniesen a detener el avance de su civilización justo en el meridiano 98, mantuviesen sus asentamientos de la costa occidental embotellados al otro lado de las Rocosas, renunciasen a construir vías férreas transcontinentales y no permitiesen a los pioneros cruzar las llanuras por los caminos de Santa Fe y de Oregón, podría firmarse una paz duradera con los comanches. Pero esos mismos defensores de los indios jamás habrían negado a los estadounidenses blancos el derecho fundamental de poseer la totalidad del continente.

Esos llamamientos beatíficos a la paz, combinados con las incursiones salvajes e implacables de los comanches en Tejas y la actual Oklahoma propiciaron la firma de un último tratado con los indios de las llanuras meridionales, el más exhaustivo jamás suscrito. El acuerdo se gestó en una conferencia celebrada en octubre de 1867, en un paraje que los kiowas destinaban a usos mágicos, situado a unos ciento veinte kilómetros al sudoeste de la actual ciudad tejana de Wichita. El lugar se conocía como Medicine Lodge Creek. La conferencia, en la que participaron miembros de una comisión de paz del Gobierno estadounidense y representantes de las tribus comanche, cheyenne, arapaho, kiowa y apache kiowa, fue el último gran encuentro de indios libres en el Oeste norteamericano, un acontecimiento majestuoso, surrealista, absurdo, estafalario y condenado al fracaso, que a buen seguro constituyó uno de los mayores despliegues jamás vistos de puro boato típico del Oeste. Nueve periódicos enviaron corresponsales para cubrir el evento.<sup>[5]</sup>

Como tantas cumbres conciliatorias, la conferencia se inició con los ímprobos esfuerzos de todas las partes por impresionar a las demás. La comisión de paz del Gobierno estadounidense, que incluía al comisario de Asuntos Indios y a William Tecumseh Sherman, el comandante en jefe del ejército en el Oeste, se hizo acompañar de un séquito tan numeroso que hicieron falta una caravana de diligencias y quince o veinte ambulancias para transportarlo. Los comisarios iban escoltados por una guardia de quinientos soldados con uniforme de gala y espléndidas monturas, que arrastraban tras de sí los mortíferos obuses de montaña. La delegación blanca también llevaba consigo una enorme cantidad de obsequios, y se montaron enormes cocinas móviles para dar de comer a todo el mundo. Al poco de llegar enviaron un pedido de urgencia: otros siete mil kilos de azúcar, tres mil de café, cinco mil de pan duro y mil quinientos de tabaco.<sup>[6]</sup> Se calcula que asistieron al evento cuatro mil indios con sus

tiendas, cien de las cuales eran comanches.<sup>[7]</sup>

Una vez que los soldados se hubieron detenido ante el campamento indio ocurrió algo extraordinario. Así narró el lance Alfred A. Taylor, a la postre gobernador de Tennessee, quien cubrió la conferencia en calidad de reportero:

Entonces pudimos ver a miles de guerreros montados que se congregaban y formaban en cúneo, con el vértice apuntado hacia nosotros. Sin abandonar esa formación, ataviados con toda su parafernalia bélica, decorados los caballos con pintura de guerra a rayas, engalanados los jinetes con tocados de guerra y los rostros pintados de rojo, se lanzaron al galope contra nuestras filas...

Al llegar a una distancia de un kilómetro y medio de nuestra formación, el cúneo, sin pausa ni error, se transformó súbitamente en un enorme anillo o rueda sin radios ni cubo, cuyo perímetro consistía en cinco líneas concéntricas formadas por aquellos jinetes salvajes y sin instrucción, pero inimitables. Este anillo, que giraba incesante con la regularidad y precisión de una máquina recién engrasada, se nos acercaba con cada rotación a una velocidad vertiginosa. De repente, al llegar a unos cien metros de nosotros, la gigantesca rueda dejó de girar en seco y se quedó totalmente inmóvil.<sup>[8]</sup>

La maniobra impresionó a los blancos, entre otras cosas porque suponía una prueba de confianza. Las gigantesca rueda concéntrica en rotación era una formación característica de la guerra en las llanuras, y al verlas girar cada vez más cerca, los soldados de caballería que formaban aquella larga revista debieron de sentir una extraña e inquietante familiaridad. Al mismo tiempo, toda aquella pompa, y circunstancia marcial tenía un dejo de tristeza que no pasó desapercibido para muchos de los presentes. La razón de ser de la conferencia era precisamente poner fin, de una vez por todas, a prácticas como esa, o cuando menos convertirlas en algo puramente ceremonial y carente de sentido. De hecho, una exhibición de esa índole solo se repetiría con fines verdaderamente bélicos unas pocas veces más antes de quedar definitivamente relegada al mito, a la historia y a simulacros recreativos como la pantomima itinerante de Buffalo Bill.

Tras la consabida pipa de la paz, los comisarios gubernamentales iniciaron la ronda de negociaciones dirigiendo a las tribus allí reunidas una buena reprimenda a la antigua usanza. Se recordó a los indios que, en vergonzoso incumplimiento de los tratados, se habían dedicado a agredir a los blancos, algo que, en palabras del senador John B. Henderson, presidente del comité de Asuntos Indios, «entristecía sobremanera los corazones de [su] gente». Henderson señaló a continuación que estaban «entusiasmados de ver a [sus] hermanos cobrizos tan dispuestos a la paz». Lo que el Gran Padre quería, explicó con paciencia el senador, como si estuviese hablando con niños, era dar en propiedad a los indios unas tierras alejadas de los asentamientos blancos. Después se les darían herramientas y semillas. Se les

enseñaría a cultivar la tierra. Un carpintero les enseñaría a construir casas. Se les construirían escuelas para enseñarlos a leer. Y mientras aprendían todas estas cosas, el Gran Padre también les suministraría ropas y otros artículos necesarios por valor de veinticinco mil dólares, anualmente y durante un periodo de treinta años. A cambio, los indios tendrían que cesar todas las hostilidades, residir en las tierras concedidas, y comprometerse a no interferir en caminos, ferrocarriles, fuertes o cualesquiera otras construcciones del hombre blanco.<sup>[9]</sup>

A continuación se invitó a los indios, que estaban ansiosos por tomar la palabra, a dar su versión de los hechos. El primero en hablar fue el jefe kiowa Satanta, que marcó la tónica de cuanto se oiría a continuación. Tras restregarse las manos con arena, estrechó la diestra de todos los conferenciantes sentados en círculo,<sup>[10]</sup> y procedió a informarles que no quería saber nada de la paz tal como la entendía el hombre blanco. Dijo así:

Eso de construimos casas es un absurdo. No queremos que nos construyáis ninguna casa. Moriríamos todos. Fijaos en los penatekas. Antes eran poderosos pero ahora son débiles y pobres. Quiero todas mis tierras despejadas desde el Arkansas hasta el río Rojo. Bastante pequeño es ya mi país. Si nos construís casas, será aún más pequeño. ¿Por qué insistís en esto? ¿De qué puede servir?

A continuación, en nombre de los comanches, habló el jefe penateka Tosawa (Broche de Plata), que sabía muy bien lo que les ocurría a las tribus ecuestres cuando se recluían en la reserva. Hablando en un tono que un testigo calificó de «sereno pero combativo», Tosawa condenó rotundamente el plan:<sup>[11]</sup>

Hace mucho tiempo, los comanches penatekas éramos la banda más fuerte de la nación. El Gran Padre nos envió un gran jefe que nos prometió medicinas, casas y muchas otras cosas. Han pasado muchos, muchos años, pero esas cosas nunca llegaron. Mi banda está menguando rápidamente. Mis jóvenes son el hazmerreír de las demás tribus. Esperaré a la primavera que viene para ver si nos entregan lo prometido; si no nos lo entregan, mis jóvenes y yo nos reuniremos con nuestros hermanos libres para vivir en la pradera.<sup>[12]</sup>

La intervención más impresionante de todas —de hecho, causó sensación— fue la de Diez Osos, el anciano jefe yamparika que se había enfrentado a Kit Carson en Adobe Walls. Su discurso fue uno de los más elocuentes que jamás pronunciara un indio norteamericano. Con su extraordinaria evocación de la violencia, la belleza, el sufrimiento y la pérdida, las palabras de Diez Osos, traducidas por un intérprete, dejaron estupefactos a los conferenciantes blancos. Entre otras cosas, el caudillo yamparika describió su reacción a la batalla de 1864, ofreciendo un punto de vista

que habría asombrado a sus contrincantes, los cuales tendían a creer que los indios no tenían el mismo tipo de sentimientos que ellos. Antes de iniciar su alocución, Diez Osos se puso unas gafas de montura de alambre que le conferían un extraño aspecto académico, cuando lo cierto es que era analfabeto.<sup>[13]</sup> «Al veros aquí», empezó diciendo,

mi corazón se hincha de gozo como los riachuelos que crecen cuando la primavera funde las nieves; y me siento alegre como los caballos al comenzar el año, cuando retoña la hierba fresca [...]

Mi gente nunca ha sido la primera en tensar un arco ni en disparar un rifle contra los blancos. Hemos tenido nuestras discordias [...] mis jóvenes han danzado la danza de la guerra. Pero no fuimos nosotros quienes empezaron. Fuisteis vosotros quienes enviasteis al primer soldado [...]

Hace diez años tomé este mismo camino en pos del bisonte para que mis mujeres y niños pudiesen tener las mejillas rollizas y el cuerpo caliente. Pero los soldados nos dispararon [...] así ocurrió a orillas del Canadian. Nos han hecho llorar en más de una ocasión. Los soldados vestidos de azul, acompañados de los utes, surgieron de las tinieblas de la noche [...] y encendieron nuestras tiendas como fogatas. En lugar de cazar bisontes mataron a mis hombres, y los guerreros de la tribu se cortaron el pelo en señal de duelo por los muertos.

Así ocurrió en Tejas. Sembraron el dolor en nuestros campamentos, y salimos a por ellos como los machos de bisonte cuando ven que atacan a sus hembras. Al encontrarlos, los matamos, y sus cabelleras cuelgan dentro de nuestras tiendas. Los comanches no son débiles y ciegos, como los cachorros de perro cuando solo tienen siete noches. Son fuertes y previsores, como caballos adultos. Emprendimos el camino y fuimos en su busca. Las mujeres blancas lloraron y nuestras mujeres rieron.

Pero me habéis dicho cosas que no me gustan. Palabras que no son dulces como el azúcar, sino amargas como la calabaza. Habéis dicho que queréis metemos en una reserva, construirnos casas y espacios para nuestras ceremonias. No las quiero. Nací en la pradera, donde el viento soplaba libre y nada ocultaba la luz del sol. Nací donde no había cercas y todas las cosas respiraban en libertad. Allí quiero morir, no entre paredes. Conozco todos los arroyos y bosques del río Grande al Arkansas. En esa tierra he cazado y he vivido. Vivo como vivieron mis padres, y como ellos, he sido feliz.

Cuando estuve en Washington, el Gran Padre me dijo que el territorio comanche era todo nuestro, y que nadie debería impedirnos vivir en él. Entonces, ¿por qué nos pedís que abandonemos los ríos y el sol y el viento, y vivamos en casas? No nos pidáis que cambiemos el bisonte por la oveja. Los jóvenes han oído hablar de eso y se han entristecido y se han enojado. No habléis más de eso. Me encanta cumplir el compromiso que contraigo con el Gran Padre. Cuando recibo obsequios y regalos, mi gente y yo nos sentimos alegres, pues se demuestra que el Gran Padre nos mira de

frente.

Si los tejanos no se hubiesen metido en mi tierra, podría haber habido paz. Pero ese sitio donde ahora decís que debemos vivir es demasiado pequeño. Los tejanos se han adueñado de los lugares donde la hierba crecía más espesa y había la mejor madera. Si nos hubiésemos quedado con esas tierras, podríamos haber aceptado lo que nos pedís. Pero ya es demasiado tarde. Los blancos tienen el país que amábamos, y ahora lo único que queremos es vagar por la pradera hasta que nos muramos.

Pero como los indios sabían mejor que nadie, para eso también era demasiado tarde. No se iba a permitir que ningún indio vagase en libertad por ningún lugar. La retórica altiva de Diez Osos era, en el mejor de los casos, elegiaca. El anciano jefe no creía de veras que los blancos fuesen a ofrecerle nada mejor de lo que ya le habían ofrecido. Aunque teóricamente la conferencia de Medicine Lodge era una ronda de negociaciones, lo cierto es que no había nada que negociar: los blancos estaban dándoles un ultimátum apenas disimulado. El general Sherman, que pese a participar en la conferencia en calidad de comisario de paz era partidario de llevar a cabo operaciones militares contra las tribus indómitas, no ofreció a los indios ninguna consolación. Puede que el inmenso rebaño de políticos de Washington aún no se hubiese dado cuenta de que las viejas soluciones ya no servían, pero el veterano militar lo tenía claro: era imposible expulsar o trasladar a los indios al oeste. Esa era la solución que se había aplicado a los creeks, seminolas, delawarees, iroqueses y demás tribus orientales. Pero los indios de las llanuras habitaban el corazón de la última frontera y sus tierras no solo se requerían como terreno de paso de las caravanas y ferrocarriles que se dirigían al Oeste: la Comanchería en sí misma era objeto de la codicia del hombre blanco. Sherman les dijo a los indios que tendrían que abandonar sus costumbres tradicionales y aprender el oficio de granjeros. Y no había nada, les advirtió con rotundidad el hombre que había presenciado matanzas de una envergadura inconcebible para aquellos indios, que pudiesen hacer para evitarlo. «Sois tan incapaces de parar esto como de parar el sol o la luna», les dijo. «Debéis someteros y obrar con la mejor voluntad posible».<sup>[14]</sup>

Y eso fue lo que hicieron los indios al suscribir lo que no era sino una gigantesca abstracción basada en conceptos de propiedad, nociones cartográficas y consideraciones migratorias, así como en la idea implícita del «destino manifiesto», cuestiones todas ellas que ningún indio llegaría jamás a comprender cabalmente. El hombre blanco le llevaría el tratado al Gran Padre, y allí, entre bosques de granito y mármol, aquel trozo de papel ejercería su terrible magia invisible. Los indios no estaban en modo alguno satisfechos con lo que se les exigía. El acuerdo no auguraba nada de bueno, nada salvo un horizonte de destrucción y degradación, aunque a la mayoría le parecía mucho mejor volver a apaciguar al hombre blanco con un tratado —sobre todo uno que llevaba obsequios aparejados— que rechazarlo y con ello dejar el camino expedito a belicistas como Sherman. El 21 de octubre de 1867, los jefes de

todas las tribus rubricaron con sus huellas el tratado, un documento que naturalmente no sabían leer.<sup>[15]</sup>

Entre los firmantes figuraban caudillos yamparikas —Diez Osos, Labios Pintados, Oye un Lobo, Cuerno Pequeño, Perro Gordo y Montaña de Hierro—, nokonis —Grupa de Caballo, Claro del Bosque— y penatekas —Broche de Plata, Pluma Enhiesta—;<sup>[16]</sup> un tercio de la tribu, ni más ni menos, no estuvo representada en la conferencia, en su mayoría kotsotekas y quahadis, las dos bandas más remotas, que tendían a acampar juntas en el Llano Estacado. Los kotsotekas habían firmado un tratado en 1865, aunque no lo cumplieron nunca; los quahadis jamás firmaron nada, ni lo firmarían. A la comisión de paz del Gobierno estadounidense le traía sin cuidado: se daba por hecho que la tribu entera había firmado el acuerdo y a él estarían sujetos todos los comanches. La fragmentación en bandas característica de los nermernuh ya no le importaba a nadie.

Entre los miembros más recalcitrantes de los quahadis que estuvieron presentes en Medicine Lodge se encontraba Quanah Parker, que por entonces contaba dieciocho años. No se sabe por qué estuvo allí. El testimonio del propio Quanah suena de lo más desenfadado. Estaba en pie de guerra con los navajos, declaró. Se encontraba alojado en un poblado cheyenne cuando oyó que los soldados blancos iban a acudir a una gran asamblea y que llevaban consigo vacas, azúcar y café. «Fui y oí los discursos», contaría posteriormente Quanah. «Había muchos casacas azules. Era una reunión fuera de lo común, con muchas hileras de hombres sentados. El jefe de los soldados dijo: “Os traigo dos propuestas. Podéis vivir en el Arkansas y luchar, o bajar a las montañas Wichita y os ayudaré. Pero debéis recordar una sola cosa y cumplirla, y es que tenéis que enterrar el hacha de guerra. ¿Cuál elegís?”. Todos los jefes decidieron venir aquí [a la reserva]».<sup>[17]</sup>

Para cualquiera que creyese que los indios habían firmado de buena fe el Tratado de Medicine Lodge, las consecuencias prácticas del acuerdo debían de antojarse increíbles. El convenio exigía a las grandes potencias indias de las llanuras centrales y meridionales que se trasladasen en masa y de inmediato a las reservas asignadas, donde tendrían que adoptar un nuevo y modesto estilo de vida que comportaba la aceptación de agencias gubernamentales, escuelas y granjas, maestros a sueldo del Gobierno, herreros, carpinteros e instructores agrícolas, condiciones todas ellas que habían rechazado expresa y repetidamente.<sup>[18]</sup> Aunque se les permitiría salir de la reserva para cazar al sur del río Arkansas, lo que de veras significaba el tratado era que tendrían que dejar de guerrear y de seguir a los bisontes, lo que a su vez suponía, en definitiva, que tendrían que dejar de ser indios de las llanuras. Tendrían que reconfigurar toda su estructura social en torno a una serie de valores y principios que aún no alcanzaban a imaginar. Comanches y kiowas compartirían una reserva de algo más de un millón de hectáreas en lo que hoy es el sudoeste de Oklahoma, que

limitaba al sur y al oeste con el río Rojo y su brazo septentrional, al norte con el Washita, y al este con el meridiano 98. Lo cierto es que se trataba de unas tierras excelentes, cultivables, ricas en caza, y con bastantes fuentes de agua; además, estaban en el Territorio Comanche tradicional y comprendían lugares sagrados como Medicine Bluffs. Pero eran una porción minúscula de la Comanchería, una región que en el apogeo de la nación nermernuh había llegado a abarcar 80 millones de hectáreas. La reserva tampoco incluía las llanuras del bisonte tejanas, el más abundante, con mucho, de los cazaderos tradicionales. Por su parte, los cheyennes y los arapahoes —en puridad, solo sus bandas sureñas— accedieron a vivir en una reserva situada inmediatamente al norte de la reserva comanche.

Visto con la perspectiva que da el siglo y medio transcurrido desde la firma, el Tratado de Medicine Lodge puede parecer un documento de lo más cínico. En su momento, sin embargo, ni los juristas del Este, ni los miembros de la comisión de paz que lo firmaron, lo veían así. Los esfuerzos de unos y otros habían hecho concebir grandes esperanzas de que el acuerdo depararía la solución definitiva al problema indio en las llanuras meridionales, una convicción que no perdía fuelle pese a las agrias proclamas de los indios y el profundo escepticismo de los militares destacados en el Oeste. Al fin y al cabo, los indios del Este se habían convertido a la vida agrícola. Las tribus civilizadas, tras el horrendo vía crucis de la «senda de las lágrimas», habían conseguido cambiar sus hábitos. ¿Por qué no iban a hacerlo los indios de las Grandes Llanuras? Para mucha gente, el tratado era una solución justa y razonable a un problema pertinaz y de difícil arreglo.

Se equivocaban. En lugar de eso, Medicine Lodge no fue sino el escenario del último gran engaño cometido contra los indios por parte de un gobierno que había mentido a las tribus nativas de América del Norte y faltado a su palabra en un sinnúmero de ocasiones. El agente del engaño fue la Oficina de Asuntos Indios, una de las agencias gubernamentales más corruptas, venales e incompetentes de la historia de Estados Unidos. La nueva era se inició con la estrambótica decisión que tomó el agente designado para tratar con comanches y kiowas, un enérgico partidario de la paz llamado J. H. Leavenworth, que optó por ubicar su agencia en el fuerte Cobb, a orillas del río Washita, una localidad situada dentro de la reserva de los wichitas y bandas asociadas, muy al norte de las tierras de los comanches y kiowas. La irreflexiva decisión de Leavenworth colocó a una tribu belicosa y ecuestre como la comanche en contacto directo con unos indios que cultivaban la tierra y vivían en casas. La idea, tal como habían demostrado con cruel claridad los años de la Guerra de Secesión, no podía ser más insensata.

El error se agudizó en el invierno de 1867 a 1868, cuando varios miles de kiowas y comanches se presentaron en la reserva, que era justo lo que querían Leavenworth y sus superiores. Sin embargo, por algún motivo, los agentes no habían previsto que los indios necesitarían comida. Por increíble que parezca, el Tratado de Medicine Lodge no estipulaba la asignación de provisiones a los indios, con lo que el Gobierno no

tenía nada para ellos. Tampoco tenía ninguno de los bienes prometidos anualmente (ni los tendría hasta que el Congreso ratificase el tratado en el verano de 1868). La culpa no era propiamente de Leavenworth, pero el hombre blanco, en conjunto, había cometido un error imperdonable que supuso el fracaso estrepitoso de la primera prueba de amistad y sinceridad que se planteaba después del tratado.

Los indios estaban indignados y furiosos: el hombre blanco, pensaban, les había engañado. También estaban hambrientos, porque era invierno y habían contado con las provisiones del Gobierno para superar la inhóspita estación. Leavenworth trató desesperadamente de resarcirlos, entregándoles todas las mercancías que poseía, sacrificando su ganado de cría e incluso comprando víveres a crédito sin autorización; pero estas medidas no bastaban para alimentar a los comanches, que, desmoralizados e impacientes, empezaron a resolver su problema a la antigua usanza, esto es, saqueando a los wichitas y demás tribus cercanas. Robaron reses, caballos y mulas, y si alguien se interponía en su camino, lo mataban y le cortaban la cabellera. Llegó un momento en el que las incursiones se intensificaron tanto que las tribus sedentarias se vieron obligadas a interrumpir por completo sus labores agrícolas para poder vigilar los caballos, las mulas y el ganado.

La crisis alimentaria se agravó por otra decisión extraordinariamente miope: la Oficina de Asuntos Indios, movida por su fervor pacifista y su convicción de que los indios siempre eran apacibles a menos que los provocasen los blancos, había prohibido estacionar tropas en la agencia. Esta prohibición supondría otro error catastrófico, pues los comanches no solo tenían carta blanca para expoliar las tierras de los indios, sino que también se encontraron con una base de operaciones segura desde la que poder llevar a cabo sus incursiones en Tejas, cada vez más frecuentes.

Leavenworth, que había apoyado sin reservas el plan de paz, no tardó en lanzar amargas quejas. «Recomiendo que se interrumpan las asignaciones anuales a los kiowas y a los comanches, y se les confisquen en beneficio de los huérfanos que han dejado. Se les ha exigido la entrega de los culpables —tal como establecen nuestros tratados— para poder castigarlos. Si se niegan a entregarlos, que venga el ejército y los haga trizas».<sup>[19]</sup> Leavenworth, desengañado ya de su viejo idealismo, tenía que vérselas de repente con un millar de comanches defraudados y ariscos que estaban reincidiendo en sus viejas costumbres de saquear, robar y cometer atrocidades. Incapaz de soportar la presión, el agente dimitió de su puesto en la primavera de 1868. De mayo a octubre de ese año, uno de los periodos más críticos en la historia de las relaciones entre los indios de las llanuras y el Gobierno estadounidense, no hubo en la reserva comanche-kiowa ninguna autoridad federal. Los comerciantes y otros hombres blancos, temiendo por sus vidas, habían salido huyendo. El vigilante de la propiedad, el único blanco que quedaba en la oficina de la agencia, no podía hacer nada salvo tomar nota de las incesantes razias que los indios perpetraban en Tejas y contar el número de cabelleras que traían.<sup>[20]</sup> Era el caos más absoluto, la pura anarquía.

Cuando por fin llegaron las mercancías, resultaron ser de ínfima calidad. Los indios descubrieron entonces otra faceta de la Oficina de Asuntos Indios: su corrupción. La ropa que les habían prometido era una birria y estaba raída. Todos los pantalones eran de la misma talla y parecían pensados para un hombre de cien kilos. Había pocos comanches de ese porte. Los sombreros eran iguales que los de los puritanos ingleses que llegaron a bordo del *Mayflower*. Casi todos los indios hicieron pedazos las prendas y les dieron otros usos. La comida también era mala. En lugar de carne fresca —su dieta tradicional— recibieron tocino rancio o cerdo en salazón. Les dieron un montón de harina de maíz, pero los comanches la detestaban y se la daban a los caballos.

Ninguno de esos errores era culpa de la intrincada burocracia gubernamental: eran producto de las corruptelas y los tejemanejes endémicos que en la década de 1860 habían hecho tristemente famosa a la Oficina de Asuntos Indios. La comisión para la paz con los indios de 1867 se escandalizó tanto de lo que encontró en las diversas agencias que escribió lo siguiente:

Hay en los registros abundantes indicios de que los agentes se han embolsado los fondos asignados por el Gobierno y han llevado a los indios a la inanición. No cabe duda de que muchas guerras indias han estallado por ese motivo [...] Durante mucho tiempo, esos funcionarios se han venido seleccionando de entre los cuadros más partidistas, no tanto en función de su honradez y cualificación como de la lealtad a los intereses de partido y de lo dispuestos que estuviesen a dedicar el dinero del indio a promover los planes egoístas de los políticos del lugar.<sup>[21]</sup>

Con el paso del tiempo, los agentes resultaron ser tan estúpidos como corruptos. Paradójicamente, un artículo que sí suministraban con notable competencia y probidad a los comanches y kiowas eran las armas. Los indios habían solicitado con suma elocuencia rifles de más calidad; sin ellos, sostenían, no podían cazar en condiciones y serían más dependientes del Gobierno. El argumento tenía su miga, pero lo cierto es que los comanches estaban atacando ranchos tejanos y granjas wichitas. Pues bien, por increíble que parezca, la Oficina convenció al Ministerio del Interior de que, en clara violación de la ley que prohibía armar a los indios, enviase varias toneladas de armas y municiones a diversas tribus de las llanuras, entre ellas los comanches. Y no eran armas de pacotilla ni mucho menos. En una época en que el arma reglamentaria del ejército seguía siendo el rifle de un solo disparo, los indios de las reservas recibieron carabinas y rifles Spencer & Henry de repetición.<sup>[22]</sup>

A todo esto, el meollo del Tratado de Medicine Lodge —el plan de hacer que los comanches y demás tribus ecuestres dejasen de ser cazadores-recolectores nómadas para convertirse en granjeros sedentarios— también estaba resultando un fracaso casi absoluto. Unos pocos penatekas, que vivían en cautividad desde hacía tiempo,

intentaron poner de su parte; pero, en general, los varones comanches se negaban en redondo a cualquier tipo de labor agrícola. Cuando en la primavera de 1868 Leavenworth contrató a un granjero blanco para que les enseñase a plantar semillas, los comanches se abalanzaron sobre los campos y los saquearon antes de que los frutos estuviesen maduros: se comieron las sandías aún verdes y enfermaron de gravedad. Los indios solo querían carne de res, y terminaron obligando al agente del Gobierno a gastarse casi todo el presupuesto en ese producto, con lo cual le quedaba muy poco o nada para comprar semillas y aperos de labranza.

El resultado de todos esos esfuerzos fue que los comanches se convencieron de que vivían mejor fuera de la reserva. El 30 de junio de 1869 quedaban en la reserva novecientos dieciséis comanches, ninguno de los cuales era granjero autosuficiente. Todos vivían en tipis y subsistían gracias a una combinación de lo que ellos mismos cazaban, los víveres y asignaciones del Gobierno —con los que no se podía contar—, y los expolios que obtenían en Tejas y en las reservas de otras tribus. Muchos abandonaron las tierras federales para unirse a las bandas hostiles del Llano Estacado. Con el tiempo fue cuajando una pauta: en invierno llegaban más comanches a acampar en la reserva y a pedir vacas y otros alimentos y productos de asignación gubernamental; al llegar la primavera, regresaban a las llanuras de los bisontes o se unían a las expediciones de saqueo que se dirigían a la frontera tejana. Era un panorama muy confuso y sumamente inestable. Lo único cierto era que, pese al considerable esfuerzo del Gobierno, los comanches seguían siendo comanches. Aún no les habían hecho desterrar sus viejas costumbres.

Una situación así no podía durar. La primera víctima fue la Oficina de Asuntos Indios. En 1869, el Congreso estadounidense liquidó el detestado organismo y en su lugar instauró el Departamento de Asuntos Indios, que no tardó en alcanzar lo que en principio parecía un ingenioso arreglo: cada una de las agencias indias pasaría a dirigirla un individuo procedente de la comunidad religiosa, minimizando así el riesgo de corrupción. Y si los indios, de paso, se convertían al cristianismo, tanto mejor. Fue lo que dio en llamarse la «política de paz» de Grant y, cosa inverosímil, la secta religiosa escogida para supervisar a los comanches fue la de los afables y pacíficos cuáqueros.

## XVI

### EL ANTI-CUSTER

**R**anald Slidell Mackenzie procedía de una de esas familias de la costa oriental de Estados Unidos que cosechaban éxitos prodigiosos en todos los ámbitos y parecían tener vínculos profundos e inexplicables con todo aquel que pintase algo en los pasillos del poder. Su abuelo, John Slidell, había sido presidente de un banco de Manhattan y traficante de influencias en Nueva York. Su tío John Júnior fue el político más poderoso de Louisiana, senador y mano derecha del presidente James Buchanan. La tía Jane estaba casada con el comodoro Matthew Perry, el hombre que había obligado a Japón a abrirse a Occidente. La tía Julia se casó con un contraalmirante. El tío Thomas fue presidente del Tribunal Supremo de Louisiana. El padre de Ranald, Alexander Mackenzie Slidell, que a instancias de una tía materna había invertido el orden de su segundo nombre y su apellido, fue un destacado oficial de marina y un famoso escritor de libros históricos y de viajes que en su día tuvo el honor de ser juzgado en consejo de guerra por haber mandado a la horca por motín al hijo del secretario de guerra. La madre de Mackenzie también era de esclarecido linaje: su abuelo había sido vicesecretario del tesoro durante la presidencia de Alexander Hamilton.

Mackenzie se crio, pues, en un ambiente distinguido, aunque la muerte de su padre cuando él tenía ocho años dejó a la familia sumida en dificultades financieras más o menos permanentes. Ranald era un niño enfermizo, menudo, tímido y débil, tenía la piel pálida y los ojos transparentes de sus antepasados escoceses, y adolecía de un defecto del habla que según unos era un zaceo y según otros un ligero tartamudeo. Estudió en el Williams College de Massachusetts con la esperanza de hacerse abogado, pero las maltrechas finanzas de la familia no le permitieron terminar la carrera. Al cabo de dos años logró que lo transfiriesen a West Point, donde además de educación gratuita recibiría un salario, y en 1858 se matriculó en la ilustre academia militar.

Contrariamente a lo que esperaba su familia, Mackenzie rindió con brillantez y fue el primero de los veintiocho cadetes de su promoción, muchos de los cuales lo consideraban «el más capaz y completo de todos los licenciados de ese año».<sup>[1]</sup> Nunca creció gran cosa —de adulto medía apenas un metro y setenta cinco, el mínimo exigido para alistarse en caballería—, pero con los años perdió algo de su timidez, tenía más facilidad para hacer amigos, gastaba bromas y alternaba con una pandilla animada. Gracias a sus dotes para las matemáticas, Mackenzie obtuvo el puesto de profesor adjunto antes de terminar la carrera. En el minúsculo mundo cerrado de la academia militar, sin duda tuvo que conocer a un joven petulante y

conflictivo que iba un curso por delante de él, llamado George Custer, aunque no existe constancia de su relación. Los dos oficiales no podían ser más diferentes. Si Custer era fogoso, fanfarrón y estrafalario, Mackenzie era enigmático y complejo, tremendamente reservado e introvertido, y jamás perseguía la adulación pública. Custer era un estudiante horrible, y el adjetivo «capaz» no era el primero que afloraba a los labios de quienes lo describían, sino más bien «libidinoso» y «alcohólico».<sup>[2]</sup> Cuando se graduó en 1861, terminó en el último puesto de los treinta y cuatro cadetes de su promoción, tras haber acumulado setecientas veintiséis faltas en su historial académico, el récord de ese año. Curiosamente, pese a unas diferencias tan abismales, ambos hombres parecían hermanados por el destino. Nacidos con menos de un año de diferencia, sus trayectorias fueron un calco casi perfecto, desde el abandono de la ambición inicial de estudiar derecho por culpa de las estrecheces económicas, hasta los años de formación en West Point, y, posteriormente, el heroísmo y la precocidad en la Guerra de Secesión, donde combatieron en las mismas campañas y, por último, las batallas contra los indios en el Oeste. Estas trayectorias paralelas apenas se cruzaron en un puñado de ocasiones, la última tras el desastre de Little Bighorn, cuando Mackenzie fue enviado al Norte para, precisamente, reparar el desaguizado de Custer.

Tras graduarse en 1862, Mackenzie se encontró de inmediato en plena Guerra de Secesión, y durante los tres años siguientes ascendió en el escalafón a una velocidad vertiginosa. Sirvió en el cuerpo de ingenieros en las batallas de Manassas —la segunda—, Fredericksburg, Chancellorsville y Gettysburg, donde recibió habilitaciones que lo catapultaron visto y no visto al rango de comandante. (Las habilitaciones, que solían concederse en el mismo campo de batalla para aumentar el cuerpo de oficiales en momentos de emergencia, tenían carácter provisional. La idea era evitar que el ejército, en tiempo de paz, se cargase de oficiales). Pero las tareas de ingeniería lo aburrían y tenía verdadera sed de mando, algo que por fin pudo saciar en junio de 1864, durante la Batalla de Cold Harbor, cuando lo habilitaron como teniente coronel y lo pusieron al frente del Segundo Regimiento de Artilleros Voluntarios de Connecticut. Mackenzie, que por entonces tenía veintitrés años, no tardó en demostrar una competencia deslumbrante y una bravura casi temeraria. En la Batalla de Winchester, donde también participó Custer, el joven oficial «parecía coquetear con la destrucción en todo momento», según escribió uno de sus soldados. «Con el sombrero en alto, prendido en la punta del sable, [Mackenzie] galopaba por aquel campo de veinte hectáreas bajo una granizada tremenda de plomo y hierro sudista, con la impunidad de un fantasma».<sup>[3]</sup> En un momento dado, un proyectil confederado le partió el caballo por la mitad. Herido en el muslo, el teniente coronel se vendó el tajo y siguió luchando.

Cuando solo quedaban unos meses para el final de la guerra, el intrépido yanqui recibió su primer comando de envergadura: la división de caballería del Ejército del James. En Appomattox obtuvo las habilitaciones de general de brigada del ejército

regular y general de la división de voluntarios, convirtiéndose así en el oficial de más alto rango de la promoción de 1862 de West Point. Tenía veinticuatro años. Lo habían habilitado siete veces en menos de tres años, un ritmo de ascensos poco menos que inaudito en el ejército estadounidense, y sumaba cinco habilitaciones más que Custer, aunque este terminó la guerra con el mismo rango.<sup>[4]</sup> Mackenzie, además, era uno de los favoritos de Grant. «Me parecía», escribió posteriormente en sus memorias el general nordista, «el más prometedor de todos los oficiales jóvenes del ejército. Tras licenciarse en West Point en el segundo año de la guerra, fue encadenando ascensos hasta tener un cuerpo a su mando antes del fin del conflicto. Lo logró por méritos propios y sin influencia ajena».<sup>[5]</sup>

Durante la guerra le ocurrió algo más. Como tantos otros jóvenes, se endureció. Perdió su talante afable y bromista, y buena parte de su buen humor. Uno de los motivos fue sin duda toda la sangre y el sufrimiento que presencié de 1862 a 1865, pero la causa más directa fue la serie de heridas terribles y enervantes que sufrió, y de las que nunca llegaría a recuperarse por completo. Mackenzie resultó herido en seis ocasiones distintas. En Manassas, una bala del calibre cincuenta (12,7 milímetros) le atravesó los dos hombros, causándole unas terribles lesiones internas que podrían haberlo matado, pues pasó veinticuatro horas tirado en el sitio mismo donde cayó derribado, hasta que pudieron rescatarlo. Posteriormente resultó herido en la pierna por un proyectil de artillería —en la Batalla de Winchester—, y después en el pecho por la metralla. Otro proyectil le arrancó los dedos índice y corazón de la mano derecha. El dolor nunca lo abandonó, y le cambió el carácter.

El primer contingente que tuvo a sus órdenes experimentó esa mudanza en toda su crudeza. Hasta la llegada de Mackenzie, el Segundo de Connecticut era una unidad derrotada, desatendida y con la moral por los suelos. Después de Cold Harbor, Mackenzie los sometió a una instrucción despiadada y a castigos sin tasa. Los soldados lo odiaban. Era tan estricto con ellos que algunos llegaron a conspirar para matarlo en la siguiente batalla.<sup>[6]</sup> «Cuando llegamos al valle de Shenandoah», escribió uno de sus tenientes, «tanto oficiales como soldados rasos ya le tenían más miedo que a los proyectiles del general Early».<sup>[7]</sup> En Winchester, el regimiento se batió con gallardía —fue el regimiento que más pérdidas sufrió en la batalla— y los soldados también fueron testigos de la asombrosa valentía de su capitán. Desde ese día cesaron los rumores de motín. Mackenzie seguía sin caer simpático a sus hombres, muchos lo temían, pero como todos los que posteriormente servirían a sus órdenes, los soldados siempre tuvieron la convicción de que con él tenían más posibilidades de salir bien parados de la batalla que bajo otros mandos. El oficial no era lo que en West Point se conocía como un «*martinet*» un tirano. No era ni presumido, ni arrogante ni caprichoso. Tan solo era brutalmente exigente: una pesadilla de jefe.

Al terminar la guerra, Mackenzie se quedó en el ejército, donde retomó su rango real —el de capitán, como Custer— y se encargó de la construcción de defensas en

Portsmouth, el puerto de New Hampshire. En 1867 ascendió a coronel y le asignaron el mando del Cuadragésimo Primero de Infantería, un regimiento de soldados negros que poco después se trasladó a Tejas. Allí estuvo destacado en diferentes fuertes y en 1869 y 1870 libró sus primeros combates con los indios, que no pasaron de pequeñas escaramuzas. Buena parte del tiempo lo pasaba en San Antonio, formando parte de consejos de guerra. En 1871 le surgió su gran oportunidad: lo pusieron al frente del Cuarto de Caballería en la frontera, una decisión que era consecuencia directa de la impaciencia cada vez mayor que sentía el presidente Grant ante la «política de paz». No fue casualidad que al hombre a quien el presidente consideraba su oficial más agresivo y eficaz lo colocasen en mitad de la ruta de las partidas de guerra comanches.

El historial de los oficiales federales destinados por aquel entonces a la frontera hablaba a las claras de lo letal que seguía siendo el Oeste, incluso para los regimientos de caballería. En 1864, Carson estuvo a punto de morir a manos de los comanches y kiowas en Adobe Walls. Van Dorn y Chivington cometieron sendas masacres, pero el episodio que refleja con más fidelidad los verdaderos peligros que entrañaba ser un oficial al mando en el Oeste fue el que protagonizó en 1866 el impetuoso y egocéntrico capitán William Fetterman. Rebosante de confianza y ansioso por matar salvajes, Fetterman salió del fuerte Phil Kearney de Wyoming el 21 de diciembre, con ochenta hombres a su cargo y la orden de rescatar a una caravana de leñadores que sufría el asedio de los sioux oglala nube roja. Le habían advertido por partida doble que se limitase estrictamente a escoltar a los leñadores de regreso al fuerte.

En lugar de obedecer esa orden, Fetterman se entregó de lleno a la caza de indios. Divisó un pequeño grupo de guerreros sioux que parecía vulnerable y los persiguió. Pronto descubriría que se habían apostado allí como señuelo, pero para entonces ya había caído en la emboscada. No se sabe a ciencia cierta cuántos indios participaron en el ataque; sí se sabe que fueron suficientes para matar a ochenta soldados de caballería en menos de veinte minutos. En el informe que remitió a sus superiores, Henry Carrington, el oficial que asumió el mando tras la carnicería, enumeró algunas de las cosas que encontró al día siguiente en el campo de batalla: ojos arrancados y colocados encima de piedras, narices y orejas cortadas, dientes descuajados, cerebros extraídos y colocados encima de rocas, pies y manos amputados, genitales cercenados. Los oglalas parecían haberse ensañado especialmente con dos hombres armados con sendos rifles Henry de repetición, totalmente nuevos y capaces de disparar dieciséis tiros, que debieron de hacer considerables estragos en las filas indias. Su rostro era una papilla sanguinolenta, y uno de ellos tenía más de cien flechas clavadas en el cuerpo.<sup>[8]</sup>

Dos años después, otra unidad del ejército federal quedó destruida en la Batalla

del Washita, que por lo demás fue una matanza de indios. En noviembre de 1868, el coronel George Custer, por primera vez al mando del Séptimo de Caballería, atacó un poblado cheyenne situado a orillas del río Washita, en lo que hoy es el oeste de Oklahoma. Su estrategia fue la misma que le costaría la vida ocho años después: dividió a sus hombres en dos grupos y, avanzando en territorio desconocido contra un enemigo cuyas fuerzas ignoraba, ejecutó un «doble envolvente», una maniobra para la que hacía falta contar con una superioridad numérica aplastante. En esta ocasión le salió bien, al menos de inicio. Al amanecer, los hombres de Custer se abalanzaron sobre un pequeño poblado de cincuenta y un tipis, sorprendiendo a sus ocupantes y provocando que huyesen despavoridos. Tetera Negra, el jefe del poblado, había cometido el error de no hacer caso a sus exploradores, error que también cometería Custer y por el que pronto tendría que pagar. Los soldados arrasaron el campamento nevado, asesinando indios de forma indiscriminada.<sup>[9]</sup> Los exploradores osage sacaron a rastras de las tiendas a las mujeres y niñas, que se habían escondido bajo pieles de bisonte, y las mataron a tiros. Aunque Custer escribió en su informe que había matado a ciento tres guerreros, lo cierto es que solo había matado a once. El resto eran mujeres, niños y ancianos. Los soldados, por último, saquearon el poblado y le prendieron fuego.

Por otro lado, un pelotón al mando del comandante Joel Elliot, al que se había visto por última vez persiguiendo indios, estaba en paradero desconocido. Después se supo que había caído en la misma trampa inmemorial en la que cayera Fetterman: los soldados habían salido detrás de un grupo de niños cheyennes; a cierta distancia del poblado, los niños se esfumaron y en su lugar aparecieron varios cientos de jinetes indios armados. Los soldados blancos se tiraron al suelo para esconderse entre la hierba alta, violando así un principio fundamental del combate defensivo: no abandonar un campo de tiro despejado.<sup>[10]</sup> La mayoría murió en el mismo sitio donde se tendieron. Los cadáveres fueron descubiertos posteriormente en la orilla del río, congelados y con mutilaciones espantosas. Se cree que los indios en cuestión eran arapahoes.

¿Qué hacían unos arapahoes cerca del campamento cheyenne? La respuesta ponía de manifiesto la inmensa suerte que había tenido Custer. Justo al sur del poblado de Tetera Negra, a lo largo de veinticinco kilómetros de ribera, se extendía nada más y nada menos que el campamento de invierno de las tribus cheyenne y arapaho, en el que también se encontraban acampados algunos comanches y kiowas. Este hecho tan desconcertante se descubrió cuando un destacamento que había ido a recoger unos caballos río abajo se encontró de repente rodeado por guerreros del extremo inferior del poblado. Detrás de los indios, en el valle del río, los soldados divisaron cientos de tipis, y abriendo fuego para cubrirse, se batieron en retirada y lograron llegar por los pelos al campamento, donde, entre jadeos, informaron a Custer de lo que habían visto. El coronel se alarmó. La tropa estaba fatigada; andaban cortos de munición; se encontraban solos en un medio hostil y a temperaturas bajo cero; y habían dejado su

principal tren de avituallamiento a muchos kilómetros de distancia y sin apenas vigilancia. Consciente de que no podía llevarse los ochocientos caballos que había robado a los indios, Custer mandó que los matasen a todos. Los soldados usaron pistolas y la escena fue horrenda. Al recibir el disparo, los caballos salían corriendo en todas direcciones y se desangraban en la nieve. Solo entonces se emprendió la retirada. Custer tenía tanto miedo a un ataque indio que no interrumpió la marcha en toda la noche.<sup>[11]</sup>

Uno de los comanches alojados en esos campamentos inferiores era Quanah, que por entonces contaba veinte años. «Cuando nos enteramos del combate», recordaría posteriormente, «todos nuestros hombres salieron corriendo hacia allí, pero el general Custer, al vernos llegar a tantos, se retiró. No conseguimos acercarnos lo bastante como para luchar contra él. Tras varias escaramuzas sin resultados, volvimos al campamento y nos marchamos a las llanuras».<sup>[12]</sup> Quanah nunca explicó qué hacía allí, aunque el Washita estaba en pleno corazón de la Comanchería.

Custer se había librado de milagro de correr la misma suerte que Fetterman. Había estado peligrosamente cerca de enfrentarse al que quizá habría sido el mayor contingente de indios hostiles que jamás se reunieron en un solo lugar. Con el tiempo terminaría enfrentándose de veras al mayor contingente de indios hostiles que jamás se reunieron en un solo lugar, y no tendría tanta suerte.

Cuando Mackenzie llegó al fuerte Concho —en la actual localidad de San Angelo—, la política de paz del presidente Grant llevaba dos años en vigor. La idea original había sido sustituir el cohecho, las corruptelas y la indiferencia del funcionariado de Asuntos Indios por una amabilidad seria pero afectuosa. Al colocar a los cuáqueros en el lugar de los viejos agentes de la Oficina, que solo buscaban el beneficio propio, sería posible volver a ganarse la confianza de los indios. Las asignaciones se pagarían puntualmente, se cumplirían las promesas, y los indios honrarían al Gran Padre acudiendo de buen grado a las reservas, deponiendo las armas y empezando una nueva vida como granjeros pacíficos, según lo estipulado en el Tratado de Medicine Lodge. Estos desiderata eran todo un acto de fe, máxime teniendo en cuenta que no existía un solo precedente. Cuando en 1869 el agente cuáquero Lawrie Tatum llegó a la agencia comanche y kiowa, dos de cada tres comanches no vivían en la reserva. La mayoría de los ataques que seguían produciéndose contra asentamientos tejanos y mexicanos era obra de esos dos tercios de la tribu.

El plan fue un desastre casi desde el comienzo. Más que una política coherente fue una invitación a la guerra abierta. El problema fundamental de la política de paz era que recompensaba la agresión y penalizaba la buena conducta. Los indios se dieron cuenta de que casi todas las guerras violentas desembocaban en algún tipo de tratado, que siempre llevaba aparejado gran cantidad de regalos espléndidos y muestras de amistad y buena fe. En consecuencia, se convencieron de que la forma

más sencilla de conseguir dinero y bienes era, en palabras de Tatum, «desenterrar de vez en cuando el hacha de guerra, matar a unos cuantos blancos, robar un buen puñado de caballos y mulas, y después firmar un acuerdo, en virtud del cual recibirían un montón de regalos y una generosa provisión de mercancías para ese otoño».<sup>[13]</sup> Los tratados, por regla general, también les permitían quedarse con todos los caballos y mulas que hubiesen robado. Por el contrario, cuando se portaban bien y restringían sus incursiones no obtenían nada. Los indios eran plenamente conscientes de ello. Para colmo, los *taibos* aparecían para castigar a quienes cooperaban. En 1868 y 1869, unos cuantos comanches, en su mayoría de las bandas *yamparika* y *nokoni*, acudieron a la reserva por iniciativa propia. Pero como sus hermanos del oeste de Tejas no cejaban en sus incursiones, el Gobierno anuló todas las asignaciones de 1869 para destinarlas a pagar las indemnizaciones de los ataques, penalizando así a los indios «buenos», que naturalmente no entendían nada.

Peor aún fue la prohibición gubernamental de enviar tropas a las reservas, que dio como resultado la creación de un santuario virtual para los saqueadores comanches. De todos los efectos de la política de paz, ese fue probablemente el más pernicioso por cuanto significaba que los indios podían ir y venir a placer sin la menor traba, y usar el millón de hectáreas de su reserva como campamento base desde el que lanzar ataques contra los asentamientos tejanos. Solo con cruzar el río Rojo daban esquinazo a la caballería y se ganaban el derecho a quedarse con el ganado robado. El resultado final fue que hasta el propio Tatum, el cuáquero pacifista, se convenció de que para confinar a los comanches en la reserva haría falta recurrir a la fuerza.

Así era el mundo al que llegó Mackenzie en 1871, un mundo sin sombra de lógica ni de paz. La frontera seguía en retroceso, neutralizando los avances conseguidos tras largas décadas. Los condados situados entre Fort Worth y Waco, así como las sierras del centro de Tejas, seguían despoblándose. Se imponía cambiar la política de paz, y el vector de ese cambio sería Ranald Slidell Mackenzie. Tras la Masacre de Salt Creek —donde el general Sherman salvó la vida de milagro— y el juicio a los jefes kiowas que la lideraron, Mackenzie envió una carta a Sherman en la que abogaba por una campaña a gran escala. «Los kiowas y los comanches escapan por completo a nuestro control, y desde hace mucho tiempo», escribió. «El señor Tatum es consciente de la situación [...]. Está deseando que se controle a esos kiowas y comanches descontrolados, y esta tarea solo puede llevarla a cabo el Ejército [...]. No importa demasiado de quién nos ocupemos primero, si de la gente del Llano Estacado o de los de la reserva».<sup>[14]</sup> Sherman se mostró conforme. No solo con la campaña, sino con dar carta blanca al ejército para perseguir a los indios hostiles al norte de la frontera. Oficialmente no había cambiado nada, pero aquello representaba el principio del fin de la política de paz.

Fue así como en otoño de ese año, Mackenzie, sin tener aún muy claro lo que iba a hacer, y al frente de un regimiento mediocre que todavía no había tenido tiempo de reformar, marchó con seiscientos soldados y veinticinco exploradores *tonkawa* hasta

el Cañón Blanco, donde cometió una serie de errores y se llevó una lección de humildad al ver cómo Quanah y sus cuatreros de medianoche le robaban con suma destreza sesenta y seis de sus caballos, entre ellos su propio corcel tordo. El episodio es digno de mención porque semejante comportamiento probablemente no tenía precedentes entre los indios de las llanuras. Los indios solían evitar a los soldados; casi todas las batallas contra tropas regulares fueron defensivas, incluidas las que libraron contra Fetterman en Wyoming y Custer en Washita. Las grandes concentraciones de soldados con largas caravanas de suministro eran una señal de que había que desaparecer sin más, lo cual solía ser bastante fácil. De ahí que tantas unidades militares estadounidenses pasasen tanto tiempo marchando a pie y a caballo, buscando indios sin encontrarlos. La búsqueda infructuosa de indios fue durante muchos años la principal actividad de la caballería estadounidense en el Oeste. El contingente de Mackenzie era enorme para lo que se estilaba en las llanuras: el mayor que jamás se enviara a cazar indios.

Sin embargo, fue en el mismísimo centro de este inmenso arsenal ambulante — todos los soldados iban pertrechados con revólveres Colt y carabinas Spencer de repetición, y varios cientos de balas para cada uno— donde Quanah irrumpió la noche del 10 de octubre. El joven jefe y sus hombres no se contentaron con robar caballos en el perímetro más alejado del campamento, sino que entraron en tromba hasta el real del campamento, aullando, disparando y tocando cencerros, y por poco no arrollan la tienda de Mackenzie.<sup>[15]</sup> ¿Qué fue lo que llevó a Quanah a hacer algo así? ¿La pura temeridad juvenil? ¿La desesperación? ¿Una reacción instintiva de defensa ante la presencia de tantas casacas azules en un rincón tan remoto de las llanuras del bison, como cuando un hombre bloquea un puñetazo? En entrevistas posteriores, Quanah afirmaría que su plan había sido dejar a los soldados sin caballos.<sup>[16]</sup> De haberlo logrado, los blancos bien podrían haber sufrido una catástrofe de proporciones colosales.

Los hombres de Mackenzie evitaron ese desastre moviéndose rápidamente en la oscuridad, entre los caballos aterrorizados y el vaivén letal de las estacas, para recobrar la mayoría de sus monturas. Así y todo, de repente había sesenta y seis soldados sin montura en las remotas llanuras del oeste de Tejas. Y un general no podía hacer gran cosa con unos hombres en esas condiciones salvo ordenarles marchar hacia el este, de regreso al campamento de abastos. Humillado por los continuos errores de bulto cometidos por su tropa, el hombre al que llamaban «Jack tres dedos» y su Cuarto de Caballería pusieron en orden el amasijo de caballos, sogas y estacas, y al amanecer del 11 de octubre partieron en busca de los comanches que los habían atacado. Mackenzie no podía sospechar que se había topado no con un simple poblado quahadi, sino con todo el grueso de la banda, alojado en varios centenares de tipis. Aunque los federales creían que los jefes principales de los quahadis eran Oso Macho y Caballo Salvaje, el poblado estaba al mando de Quanah, mucho más joven que aquellos. La extraordinaria táctica empleada durante ese

combate tan prolongado fue única y exclusivamente suya.<sup>[17]</sup> Mientras tanto, Mackenzie, chasqueando con irritación los muñones de los dedos —un tic que ya se había convertido en marca personal—, tampoco podía imaginar que estaba a punto de embarcarse en una frenética persecución de más de sesenta y cinco kilómetros por el borde mismo del Llano Estacado, una acción totalmente inédita para cualquier ejército del Oeste.

La jornada se inició con la enésima metedura de pata de los soldados blancos, en esta ocasión mucho más grave. Justo cuando despuntaban los primeros rayos del alba, dos destacamentos que peinaban el valle en busca del rebaño robado se toparon con una docena de comanches que arreaban otros tantos caballos. Entusiasmados ante tamaño golpe de suerte, los hombres comandados por el capitán E. M. Heyl picaron espuelas hacia los indios y rápidamente les comieron terreno hasta tenerlos a tiro de pistola. Los comanches abandonaron los caballos y, en lo que parecía ser una huida, cruzaron un barranco y subieron al cerro que se alzaba justo al otro lado, hacia la cima del cañón. Los soldados, que también eran doce y a esas alturas ya se hallaban a cinco kilómetros del campamento, corrieron tras ellos. Mientras subían hacia el cerro vieron perfectamente, en la claridad de la mañana, que los indios a los que perseguían se habían dado media vuelta y venían hacia ellos. En lo alto, además, surgió de pronto un grupo mucho más numeroso: Heyl se había tragado el mismo anzuelo que ya mordieran Fetterman y Elliot. De repente, escribió Cárter, el lugar entero «hervía de indios, todos a caballo y galopando hacia nosotros, mientras soltaban unos alaridos espeluznantes que, por un momento, nos dejaron completamente petrificados. Fue como una sacudida eléctrica. Todos nos dimos cuenta del peligro mortal que entrañaba la situación».<sup>[18]</sup> Por encima de sus cabezas se oían los sobrecogedores aullidos agudos de las mujeres comanches, que contemplaban la escena y jaleaban a sus hombres desde las almenas del cañón.<sup>[19]</sup>

De nuevo era Quanah quien, a sus veintitrés años, resplandeciente con sus pinturas de guerra negras y su collar de garras de oso, encabezaba la carga con un revolver en cada mano. La estampa, según Cárter, resultaba aterradora, y teniendo en cuenta la altura de Quanah y los músculos enormes de su tren superior, no hay motivos para dudar del capitán. Tras haber sorprendido a los doce hombres, Quanah ordenó a sus guerreros que los rodeasen. Los soldados, acorralados y conscientes de lo que se les venía encima, echaron pie a tierra y retrocedieron lentamente hacia el barranco, disparando mientras se replegaban. De pronto, los siete hombres que estaban junto a Heyl se dieron la vuelta y salieron huyendo, dejando a sus compañeros a merced de los indios. Los comanches aullaron y se lanzaron contra ellos. Los cinco soldados rezagados, uno de los cuales había recibido un disparo en la mano, prosiguieron la retirada. Al llegar al borde del barranco echaron mano de los cargadores y dispararon varias ráfagas, logrando así que los jinetes indios reculasen lo bastante como para que los cinco pudiesen subir a sus monturas. Pero al girarse y empezar el descenso, el caballo del soldado Seander Gregg dio un traspies.

En su descripción del combate cerrado que se produjo a continuación, Cárter nos brinda una estampa singular y muy ilustrativa de lo que eran las batallas en la frontera. Al percatarse de los apuros de Gregg, Quanah viró en seco y se lanzó hacia él como una exhalación, cabalgando en zigzag y usando de escudo al soldado y a su titubeante caballo. El comanche tenía tal dominio sobre su montura que Cárter y los demás no podían dispararle sin dar a su compañero. Mientras Quanah se aprestaba a abalanzarse sobre su presa, Gregg trató de usar la carabina pero, presa del pánico, no tiró lo bastante fuerte de la palanca y se le encasquilló. Cárter le gritó que usase el revólver, pero era demasiado tarde: ya tenía a Quanah encima. El comanche le descerrajó un balazo en la cabeza a escasos metros o centímetros. Lo normal habría sido que Quanah le cortase la cabellera, pero en lugar de eso dio media vuelta y, con el resto de sus hombres, subió al galope hasta lo alto del cañón. Cárter, atónito, miró a su espalda y vio el motivo. Los exploradores tonkawa habían coronado la cresta y tras ellos se erguía la prodigiosa nube de polvo de la columna principal de Mackenzie.

Gracias a su sangre fría, Cárter había salvado a sus hombres de una muerte casi inevitable. La actuación de esa mañana en el Cañón Blanco le valió la Medalla de Honor del Congreso. No cabe duda de que era un hombre muy valiente, pero tenía otro punto a favor que incidiría de forma decisiva en el resultado final de las Guerras Indias: el rifle Spencer. Antes de la Guerra de Secesión, las únicas armas de repetición de uso militar en Estados Unidos eran los revólveres de seis disparos que Samuel Colt había inventado en la década de 1840. Pero los años del conflicto habían sido testigos de la llegada de los rifles de repetición, en su mayoría carabinas Spencer, que para la época eran auténticas maravillas de la tecnología. Las Spencer disparaban balas de calibre 52 (13 milímetros), alojadas en un cartucho de siete proyectiles que tardaba en recargarse diez veces menos que un Colt y permitía una cadencia de fuego de veinte balas por minuto. En cuanto a la precisión, eran certeras hasta los quinientos metros de distancia.

En la época de la Batalla del Cañón Blanco, los comanches no tenían nada comparable.<sup>[20]</sup> Sus armas principales, revólveres y arcos, solo resultaban eficaces a corta distancia, por lo general menos de sesenta metros. Por otro lado, los mosquetes de un solo disparo que también formaban parte de su arsenal —en su mayoría de avancarga, según Carter—<sup>[21]</sup> eran certeros a distancias más largas, pero tan engorrosos de cargar —dos disparos por minuto se consideraba un buen ritmo de disparo para un jinete— que normalmente solo se usaban para la primera descarga. La disparidad era colosal. El coronel Richard Dodge reparó en esta brecha enorme entre el armamento de los blancos y el de los indios. A su juicio, un jinete indio armado con un rifle de repetición, «un arma idónea para su estilo bélico», era «el mejor soldado del mundo».<sup>[22]</sup> Pero los indios con repetidoras en ristre no aparecerían en gran número hasta las postrimerías de la guerra en las llanuras. Incluso en Little Bighorn, cinco años después, los proyectiles disparados por los indios fueron en su gran mayoría flechas.

Ahora que la columna de Mackenzie casi había dado alcance a la avanzadilla de Quanah, empezó la verdadera persecución. Los soldados eran superiores en número y armamento, luego su ventaja táctica era enorme, algo de lo cual los indios, que evitaban a toda costa las batallas campales contra casacas azules bien equipados, eran muy conscientes. Estos, además, estaban defendiendo su poblado, donde se encontraban sus mujeres e hijos. En resumidas cuentas, los comanches pusieron tierra de por medio.

Podría pensarse que un asentamiento humano compuesto por varios cientos de tiendas, con gran cantidad de mujeres, ancianos y niños, muchas toneladas de enseres y provisiones, además de un rebaño de tres mil caballos y mulas, un número indeterminado de cabezas de ganado, y otros tantos perros, sería una presa bastante fácil. El poblado comanche no podía esconderse en la llanura. Ni moverse tan rápido como un ejército de casi seiscientos hombres dotados de buenas caballerías y una firme resolución. Parecen verdades de Perogrullo. Era una de las pocas ocasiones de la historia escrita en las que un nutrido contingente militar se lanzaba en persecución de una aldea entera en campo abierto, y el resultado debía de parecer evidente. Sin embargo, Quanah dio al coronel Mackenzie una lección magistral en uno de los aspectos más importantes de la guerra en las llanuras a lo largo de los siglos: la huida.

Los hombres de Mackenzie, que a esas alturas ya tenían claro que no solo perseguían a los guerreros sino a todo un poblado, se dirigieron al noroeste a lo largo del Clear Fork, un ramal del Brazos, describiendo un ligero arco justo al este de la actual ciudad de Lubbock. El río discurría por un cañón que en unos trechos era angosto y en otros se abría en amplios valles salpicados de barrancos y ondulados cerros arenosos, y flanqueados por paredes cortadas a pico y a menudo infranqueables. Los soldados vieron pequeñas manadas de bisontes aquí y allá, y en los tramos donde el arroyo se ensanchaba dando lugar a hermosas pozas cristalinas, bandadas enormes de patos y zarapitos. Era territorio inexplorado, prístino, no tocado por la mano del hombre blanco. De vez en cuando pasaban por delante de chozas abandonadas, las llamadas *wickiups*, hechas de hierba y ramajes y usadas por los vaqueros indios.

Las paredes más altas, en el lado oeste del desfiladero, formaban parte del llamado Caprock, una inmensa formación geológica del oeste de Tejas que, por simplificar, viene a ser como una veta alargada de roca que corre por debajo del Llano Estacado y aflora justo en el punto donde las abruptas altiplanicies dan paso a las llanuras más bajas y onduladas. El Caprock es digno de mención porque se convirtió en un elemento clave de las maniobras evasivas de los indios. Visto desde el fondo del cañón, donde se encontraban los hombres de Mackenzie, parece una repisa gigantesca, rematada con almenas de roca, que se yergue sobre las llanuras bajas a una altura de entre sesenta y trescientos metros. El término «llano estacado» invita a pensar en una planicie jalonada de estacas, pero no era eso lo que Coronado tenía en mente cuando acuñó el nombre, sino un «llano empalizado», es decir, una llanura que

termina —o comienza— en una pared de roca tan vertical como una empalizada. El Caprock se extiende a lo largo de varios centenares de kilómetros.<sup>[23]</sup>

Los soldados marcharon sin parar durante todo el día en la «quietud y soledad absolutas de un hermoso valle que solo perturbaba el chacoloteo de los cascos de los caballos».<sup>[24]</sup> Estaban a más de ochenta kilómetros del avituallamiento, aislados en el mismísimo confín del mundo conocido, en uno de los rincones de las Grandes Llanuras más peligrosos para el hombre blanco. Bien entrada la tarde llegaron al emplazamiento del poblado de Quanah. Los comanches habían partido a toda prisa, llevando consigo su enorme cargamento y dejando un rastro muy ancho que subía por el cañón. Confiados de estar ya pisándoles los talones a aquellos indios que huían con lentitud, los hombres de Mackenzie apretaron el paso, a rebufo de los veinticinco exploradores tonkawa.

La confianza les duró poco. El rastro enseguida se dividía, y poco después parecía cruzarse y recruzarse en todas las direcciones, hasta que los exploradores se vieron incapaces de distinguir con claridad una trayectoria. Tras mucho parlamentar con Mackenzie y los demás oficiales, los tonkawas llegaron a la conclusión de que, en realidad, Quanah y su banda habían vuelto sobre sus pasos y se habían alejado rehaciendo el mismo camino. Frustrados y escocidos al verse burlados una vez más por los comanches, a los hombres del Cuarto de Caballería no les quedó más remedio que virar en redondo y marchar en sentido contrario hasta llegar otra vez al emplazamiento del poblado abandonado, donde pasaron la noche.<sup>[25]</sup>

A la mañana siguiente, los tonkawas lograron dar de nuevo con el rastro de los comanches, pero esa vez las huellas anchas de cientos de postes de tipi y miles de cabezas de ganado parecían indicar lo imposible: una ascensión de decenas de metros por la pared casi vertical del cañón hasta coronar los riscos del Caprock. El poblado entero, de manera incomprensible, se desenvolvía como un pequeño grupo de guerreros. Los soldados, pues, emprendieron un ascenso extenuante por un sendero empinadísimo a través de peñascos y barrancos. Al llegar a la cima se encontraron con algo que hasta entonces solo había visto un número relativamente pequeño de hombres blancos: la inmensa extensión, prodigiosamente plana, de las llanuras altas, tan solo cubiertas por un manto de hierba muy corta. «Hasta donde alcanzaba la vista», escribió Cáster, «no se divisaba ni un solo ser vivo ni objeto de ningún tipo. Ante nosotros se extendía una llanura ininterrumpida cuya inmensidad solo admitía parangón con la del océano».<sup>[26]</sup> Incluso los más experimentados en las llanuras se estremecieron ante el panorama. «Es un lugar terrible», había escrito unos pocos años antes un empleado del ferrocarril llamado Arthur Ferguson, «de una calma, un silencio y una desolación atroces. No había ni un árbol. La quietud también resultaba sobrecogedora, no se veía la menor huella humana, y la soledad parecía haber sido eterna».<sup>[27]</sup> Los soldados de Mackenzie también notaron algo más: la temperatura estaba bajando; empezaba a levantarse un *norther*. Se encontraban a más de novecientos metros de altura y seguían vestidos con el uniforme de verano. El día

anterior habían disfrutado de los cálidos rayos del sol en el fondo enclaustrado del cañón, pero ahora los azotaba el viento cortante del norte, y la hierba rasa y dura hacía casi imposible rastrear a los comanches.

La columna volvió a hacer un alto mientras los tonkawas trataban de dar con la pista del poblado ambulante de Quanah. Cuando por fin encontraron el rastro, se dieron cuenta de que, tras discurrir en paralelo al borde del Caprock, volvía a bajar por el despeñadero hasta el fondo del cañón. Amargados y conscientes de que habían vuelto a engañarlos, los soldados completaron el peligroso descenso, para encontrarse con la misma maraña de huellas que se entrecruzaban sin ton ni son: unas apuntaban valle arriba, otras valle abajo, y otras justo enfrente. Los tonkawas volvieron a desplegarse. Al cabo de un rato descubrieron que el rastro conducía de nuevo a la cima de los escarpados riscos, solo que esta vez en la vertiente opuesta del cañón. Los soldados emprendieron de nuevo el ascenso por la pared de piedra. A pesar de la rabia y la frustración, estaban empezando a sentir una admiración rayana en el estupor por lo que los comanches de Quanah eran capaces de hacer. Así lo expresó Cáster:

Era un ardid de lo más ingenioso, aun para lo que acostumbraban los indios, que naturalmente tenía por objeto despistarnos y ganar tiempo para llevarse a sus mujeres e hijos lo más lejos posible de nuestro alcance. De no ser porque en cuestión de astucia nativa nuestros rastreadores indios les ganaban la partida a los comanches, no cabe duda de que les habríamos perdido la pista y, desesperados, habríamos desistido del empeño.<sup>[28]</sup>

Juzgue el lector si los tonkawas estaban ganándoles la partida a los comanches o viéndose burlados una y otra vez por un jefe guerrero que sabía exactamente lo que se traía entre manos.

Al volver a subir al Llano Estacado, los soldados empezaron a sentir toda la furia del *norther*. Bajo un cielo que se oscurecía a ojos vista, el viento helado les traspasaba los ligeros uniformes; muchos no tenían ni abrigos ni guantes, y a esas alturas ya estaban a más de ciento cincuenta kilómetros de la base de suministros. De vez en cuando, mientras avanzaban, alcanzaban a entrever a la banda en fuga, recortada contra el horizonte. La tenían más cerca de lo que habían imaginado, y como para subrayar este hecho, de repente aparecían por los flancos de la columna jinetes comanches que trataban de distraerlos. Pero Mackenzie, lejos de distraerse, mandó forzar la marcha para dar alcance al poblado fugitivo, que, apurado y alarmado, empezaba a soltar toda clase de lastre, como los postes de las tiendas y algunas herramientas. O los cachorrillos que algunos de los soldados recogían de la hierba e instalaban en la silla de montar. La batalla parecía inminente. Los tonkawas se aplicaron las pinturas de guerra y pronunciaron sus conjuros; los soldados formaron en columnas de cuatro en fondo; se agrupó a las mulas de carga para que

marchasen juntas.

De pronto, en ese preciso instante, fue como si el cielo plomizo se abatiese sobre ellos. Lo que hasta entonces había sido un *norther* común y corriente se transformó en lo que los habitantes del oeste de Tejas llaman un «*norther* azul», una combinación de lluvia, ventisca y nieve, arrastradas de forma inexorable por vientos de hasta ochenta kilómetros por hora. Estaba oscureciendo rápidamente y había llegado el momento de tomar una decisión: el Cuarto de Caballería podía galopar hacia la tormenta que se avecinaba y atacar a los indios, o hacer un alto para pasar la noche. Curiosamente, teniendo en cuenta lo agresivo que era por naturaleza, Mackenzie decidió no atacar. Lo hizo en contra de la opinión de sus oficiales, pero, visto en retrospectiva, probablemente hizo lo correcto. Los hombres estaban fatigados, los caballos débiles y, a diferencia de los comanches, el regimiento no tenía monturas de recambio. Los casacas azules echaron pie a tierra, y la tormenta que venía preparándose toda la tarde se desencadenó con toda su furia. Un auténtico vendaval arrastraba la lluvia helada, que no tardó en cubrir a toda la tropa con una capa de escarcha. Era una de esas noches en las que un soldado y su caballo podían perder la vida fácilmente. De pronto empezaron a caer pedruscos de granizo que magullaban la piel. Los soldados se taparon con lo que pudieron encontrar y, apesadumbrados, se dispusieron a pasar la noche. El propio Mackenzie no llevaba ninguna prenda de abrigo, pero alguien tuvo la amabilidad de arrojárselo con una pelliza de bisonte.

Los quahadis, mientras tanto, no se detuvieron, y desafiando la violencia del *norther*, siguieron adelante toda la noche. Cuesta imaginarse lo que debió de ser aquello. Al amanecer, Mackenzie intentó ir tras ellos sin muchas ganas, pero no tardó en desistir. Los había perseguido más de sesenta kilómetros —desde la actual Crosbyton hasta Plainview— y empezaba a quedarse sin víveres. Al día siguiente, mientras el regimiento volvía a bajar al Cañón Blanco, acorralaron en un barranco a dos comanches rezagados. Por algún motivo, tal vez la pura rabia, Mackenzie se empeñó en dirigir la escaramuza desde la vanguardia de la columna. Uno de los indios le disparó una flecha de lengüetas que se le clavó hasta el hueso y tuvo que serle extraída. Avergonzado por su impetuosidad, el coronel se abstuvo de mencionar en su informe oficial que había resultado herido.<sup>[29]</sup> En sus memorias, Robert Cárter sintetizó con estas palabras el chasco que se llevó a la conclusión de la campaña: «Fue una verdadera lástima y un desengaño de lo más amargo que el Cuarto de Caballería no lograra recluir a ese mestizo qua-ha-da en la reserva del fuerte Sill para hacer de él un “buen indio”, y que hubiese que esperar más de tres años para conseguirlo, mediante cuatro columnas que, procedentes de otras tantas direcciones cardinales, convergieron en un mismo punto».<sup>[30]</sup> Quanah seguía deambulando por las llanuras a capricho, y Mackenzie perdió una oportunidad de oro para acabar con la más violenta de las bandas comanches en su propio terreno.

## XVII

### MACKENZIE DESATADO

**P**ara los comanches que en la primavera de 1872 seguían en libertad, el fracaso espectacular que Mackenzie cosechó en el Cañón Blanco fue una noticia buena y a la vez mala. La noticia buena fue que uno de los oficiales más aguerridos del ejército estadounidense había sufrido repetidos engaños y humillaciones a manos de un pueblo que conocía aquel estilo bélico mucho mejor que él. Quanah lo había superado tanto en estrategia como en orientación; los hombres de Mackenzie habían avanzado a trompicones por la oscuridad, se habían metido en torrenceras sin salida, habían perdido caballos y habían pagado un precio muy alto. Víctimas de una trampa, habían participado en un «corre que te pillo», y no con una escurridiza cuadrilla de guerreros sino con un poblado entero. Los casacas azules habían estado a punto de perecer en una tormenta que, sin embargo, no impidió a los indios, tanto jóvenes como ancianos, proseguir la marcha para ponerse a salvo. Teniendo en cuenta que los *taibos* casi pierden todos los caballos y el tren de avituallamiento, quizá tenían suerte de seguir con vida.

La mala noticia, para aquellos capaces de captarla, fue que el episodio del Cañón Blanco representaba el principio del fin del viejo imperio comanche. La lógica era de una simpleza apabullante. Otras expediciones militares habían traspasado los límites de la Comanchería y habían hecho ver a los comanches que sus territorios ya no eran del todo seguros, pero no habían alterado en lo más mínimo la correlación de fuerzas. En cambio, tras la intrusión deliberada de Mackenzie, los líderes de los casacas azules estaban proclamando su intención no solo de proteger a los habitantes de la frontera, sino de destruir a quienes los hostigaban; de ir a buscar a los lobos a su guarida y darles muerte. El ejército estadounidense apuntaba directamente al núcleo vital de los comanches, al origen de toda su fuerza.

Y buena parte de esa fuerza era pura ilusión, una especie de fantasía alimentada por las políticas contraproducentes de Washington. En el año 1872, los otrora gloriosos comanches no eran más que una minúscula población de nativos, aventajados en número y arsenal por su adversario, que por casualidad ocupaban una parte absurdamente grande del centro del país. Que sucediese algo así en una época de motores a vapor, ferrocarriles transcontinentales, tendidos telegráficos que cubrían la nación entera y ejércitos con una capacidad de destrucción nunca vista hasta entonces, resultaba poco menos que inconcebible. Todo eso, por fin, iba a cambiar. Lo ocurrido en el Cañón Blanco significaba que la destrucción definitiva de la tribu solo era cuestión de tiempo —como mucho, de unos pocos años; tal vez de meses—; significaba que existían tanto la voluntad de perseguirlos hasta el Caprock y más allá

—una voluntad encamada en militares tan implacables como Grant, Sherman y Sheridan, los hombres que habían acabado con los sudistas— como un oficial tejano capaz de hacerlo. Si por algo se destacaba Mackenzie era por aprender rápido, y el adusto e irascible coronel acababa de recibir una lección trascendental sobre cómo no combatir a los comanches en las llanuras tejanas.

Por el momento, sin embargo, la muerte seguía azotando la frontera como siempre. En la primavera de 1872, los guerreros comanches y kiowas se abatieron sobre los asentamientos tejanos como si no hubiese en el mundo nada capaz de frenarlos. Algunos de esos ataques los cometían comanches «recluidos» —yamparikas, nokonis y penatekas—, que usaban la reserva como guarida; otros eran obra de la banda kotsoteka de Mano Trémula, que vivía a caballo de ambos mundos: tras haber acudido a la reserva ese mismo invierno para obtener víveres y mercancías, al llegar la primavera había regresado a las llanuras, engrosada por miembros de otras bandas de la reserva. Era una situación sumamente inestable, volátil y explosiva. Para muchos habitantes de la frontera, sobre todo los del condado de Palo Pinto, al sudoeste de Fort Worth, 1872 fue el peor año de la historia en cuestión de ataques indios. Ese mismo año, un juez del distrito envió una carta al presidente Grant suplicándole auxilio. Los horrores, afirmaba, iban en aumento:

Ciñéndome exclusivamente a los condados que componen mi distrito judicial, podría dar a Su Excelencia docenas de ejemplos de asesinatos, violaciones y robos cometidos por los indios en fechas recientes. Hace apenas unos días, forzaron, asesinaron y mutilaron atrozmente a la totalidad de la familia Lee, tres de cuyos miembros eran del género femenino. La semana pasada, sin ir más lejos, asesinaron al señor Dobbs, juez de paz del condado de Palo Pinto, y le cortaron la cabellera, las orejas y la nariz [...] Ayer mismo, esas malditas mascotas de los cuáqueros mataron a tiros a William McCluskey en la mismísima puerta de su casa.<sup>[1]</sup>

Corría la década de 1870, pero esta descripción de episodios de violencia en la frontera podría datar perfectamente de 1850. Las noticias de las «depredaciones» indias se habían vuelto tan frecuentes que a veces podían parecer irreales, casi un lugar común. Huelga decir que eran absolutamente reales. El terror seguía instalado en la misma línea de longitud desde hacía más de treinta y cinco años. Como si se tratase de una interminable guerra de pesadilla, el frente no se desplazaba nunca. Ninguna fase de las Guerras Indias, que habían comenzado a principios del siglo XVII, era remotamente comparable.

Así estaban las cosas cuando se dio rienda suelta a Mackenzie con el encargo de que terminase con aquello. La política de paz seguía aplicándose a los indios de las reservas, con lo cual su Cuarto de Caballería, acantonado en fuertes del centro de Texas, todavía no tenía permiso para cruzar el río Rojo en pos de nativos hostiles.

Pero con los indios que insistían en vivir fuera de la reserva no había otra opción más que tierra quemada y pena de muerte. El problema, como siempre, era dar con ellos. En la primavera de 1872, la solución se presentó sola. Un comanchero recluso llamado Polonio Ortiz reveló la existencia de un camino de caravanas, con agua y hierba de sobra, que atravesaba el Llano Estacado de este a oeste hasta penetrar en Nuevo México. No se trataba únicamente del legendario paso a través de las llanuras áridas e infranqueables del que los blancos habían oído hablar desde hacía tanto tiempo sin llegar a encontrarlo nunca, sino que era también el camino por el que se trasladaban de Tejas a Nuevo México los millares de cabezas de ganado robadas. Era la cañada de los comancheros, la fuente de armas, municiones y comida para las bandas comanches que seguían en libertad. El descubrimiento no solo significaba que los federales podían asestar un golpe al comercio ilegal de ganado, sino que también encontrarían a los comanches.

En julio y agosto de 1872, el coronel Mackenzie y su Cuarto de Caballería, que tenían órdenes de dismantelar el robo organizado de ganado, llevaron a cabo una serie de extraordinarias expediciones sin precedentes. Usando como base de operaciones un campamento instalado a orillas del Freshwater Fork, el ramal del Brazos que discurre por el Cañón Blanco, Mackenzie se dirigió primero hacia el norte, a lo largo del Caprock, bajando y subiendo de las llanuras altas a las bajas, tal como habían hecho los quahadis. Usando de baquiano al comanchero Ortiz, cruzó el brazo sur del río Rojo —conocido como el Brazo de la Colonia de Perrillos de las Praderas— y se adentró en la región de la actual Clarendon, tras lo cual volvió a girar hacia el sur, y enfilando un cañón abrupto de agreste belleza, siguió una ruta que atravesaba las actuales localidades de Turkey, Matador y Roaring Springs. Mackenzie a la sazón no lo sabía, pero esa zona de Tejas, justo al oeste de la moderna ciudad de Amarillo, se había convertido en el reducto y refugio principal de los comanches montaraces. Cabe imaginarse la escena: unas figuras diminutas —los soldados del Cuarto de Caballería— en mitad del paisaje monumental del oeste de Tejas, cabalgando semana tras semana a través de la inmensidad inexplorada, bajo el calor achicharrante de las llanuras, con el crujido de los arreos en los oídos y la canción del regimiento en los labios («¡Vuelve a casa, John! No tardes. ¡Vuelve a casa con tu amorcito!»). Eran parajes prístinos, intactos. Había animales por doquier, decenas de miles de grullas que alzaban el vuelo desde los salares, manadas de bisontes que saturaban el horizonte. Mackenzie no encontró un solo indio, ni la cañada de los abigeos, pero el conocimiento que adquirió de la región, algo que ningún hombre blanco había poseído jamás, sería de enorme importancia en las batallas finales. A finales de julio, Ortiz y otros exploradores descubrieron un camino ancho que conducía al Llano Estacado y presentaba indicios del tránsito en fechas recientes de grandes rebaños de ganado.

Mackenzie siguió el nuevo rastro. A esas alturas ya estaba obsesionado con su tarea, que tal como la concebía, significaba recluir a la fuerza en la reserva a los

comanches y kiowas que seguían libres. Tenía el sueño ligero —si es que llegaba a conciliarlo—, y velaba hasta altas horas para estudiar los informes de los exploradores y cualquier mapa que le cayese en las manos. Sometía a la tropa a una instrucción rigurosa. El regimiento ya se había convertido en una unidad de combate muy superior a la que heredara, entre otras cosas por la lección recibida en el Cañón Blanco. Mackenzie se volvió más estricto y desconcertante que nunca. Sus heridas de guerra, varias de las cuales no habían llegado a curarse del todo, le causaban dolores incesantes. Las largas horas de cabalgada por terreno escabroso eran un suplicio insoportable. Según Robert G. Cáster, que sirvió muchos años a sus órdenes, ese «desprecio casi criminal por su propia salud» era la causa de una personalidad que se había vuelto «irritable, irascible, exigente, en ocasiones imprevisible, y con frecuencia explosiva».<sup>[2]</sup> Al apodo de «Jack tres dedos», acuñado por los blancos, se añadieron los sobrenombres comanches «Mano mala» y «Jefe sin dedos». Los indios estaban empezando a conocerlo. Tenía un tipo de personalidad autoritaria e insistente que no dejaba a nadie ni nada en paz. Era muy duro con cuantos lo rodeaban, severo en sus evaluaciones y casi nunca elogioso, rasgos que hacía extensivos a los informes que remitía a sus superiores. Su reticencia a hablar de sus actos le garantizó —no solo a él, también a sus hombres— un lugar recóndito en la historia estadounidense. El hombre también tenía sus virtudes. Era escrupulosamente ecuánime, y presto en corregir toda injusticia. Nunca cultivó el favoritismo y no toleraba a los serviles ni a los interesados.

Durante el mes siguiente, Mackenzie cruzó dos veces el Llano Estacado por caminos distintos, recorriendo una zona en la que nunca había penetrado el ejército. (La expedición de Carson desde Nuevo México hasta Adobe Walls había seguido el curso del río Canadian, mucho más al norte). En el viaje de regreso, que siguió aproximadamente la ruta que va desde la actual Tucumcari a Canyon, justo al sur de Amarillo, el coronel hizo un descubrimiento magnífico: un camino a través de las llanuras con acceso a fuentes de agua permanentes y de gran calidad, situadas a menos de cincuenta kilómetros una de otra.<sup>[3]</sup> Era justo lo que había predicho Ortiz. Aunque Mackenzie no había visto indios ni ganado alguno —en semejante inmensidad, las probabilidades de encontrarlos habrían sido, en cualquier caso, mínimas—, había desentrañado el gran misterio del Llano Estacado, el corazón ignoto de la Comanchería. Cuando terminó la expedición, el Cuarto de Caballería ya lo sabía todo sobre el extraño y enigmático mundo de las altiplanicies: sus tormentas feroces, sus colonias de hormigas asesinas y sus incendios devastadores; aprendieron a usar boñigas de bisonte como combustible, a encontrar agua y a orientarse en la llanura interminable. Mackenzie, escribió Wallace,

había hecho una contribución de suma importancia a la exploración y apertura del Gran Oeste norteamericano: había encontrado dos rutas que atravesaban las traicioneras llanuras. El descubrimiento de los dos caminos, con sus fuentes de agua

potable, iba a permitir al ejército tener a los indios hostiles constantemente contra las cuerdas hasta su rendición o bien su captura o asesinato por sorpresa.<sup>[4]</sup>

Pero al coronel el logro no le parecía nada extraordinario. Todavía tenía mucho trabajo por delante. Ortiz le había contado que la banda de Mano Trémula, el jefe kotsoteka, estaba acampada a orillas del North Fork, el brazo norte del río Rojo. El 21 de septiembre de 1872, Mackenzie puso rumbo hacia el norte. Al frente de doscientos veintidós soldados y nueve exploradores tonkawa, partió hacia la pradera de suaves ondulaciones que se extendía sobre la vertiente oriental del Caprock. A las cuatro de la tarde del 29 de septiembre, los soldados, dispuestos en una «escalera» de cuatro columnas, irrumpieron al galope en un poblado comanche de ciento setenta y cinco tipis grandes y ochenta y siete pequeños, situado a orillas del North Fork, a unos ocho kilómetros de la actual ciudad de Lefors.

Los comanches, completamente desprevenidos, no pudieron hacer mucho más que correr a esconderse de los casacas azules y de sus armas. Muchos murieron en los primeros minutos de la batalla; ochenta o más se quedaron cortados y acorralados en un barranco. Cargaron varias veces contra la línea de batalla de los blancos, y todas ellas se vieron repelidos con graves pérdidas. El combate enseguida se convirtió en algo más parecido a una galería de tiro al blanco. Uno de los oficiales de Mackenzie, W. A. Thompson, lo comparó con «un pelotón de soldados alineados encima de un escenario que disparasen al patio de butacas de un teatro abarrotado».<sup>[5]</sup> Muchos de los comanches terminaron en una poza de un arroyo que discurría por el medio del campamento. Algunos se ocultaban bajo los juncos de la orilla; otros, la mayoría, estaban muertos. «Había tantos muertos y heridos», escribió un cautivo blanco llamado Clinton Smith que luchó en el bando indio, «que el agua estaba roja de orilla a orilla».<sup>[6]</sup> Muchos comanches escaparon entre los matorrales del cauce del río. Como Mackenzie señaló lacónicamente en su informe, la batalla terminó en menos de media hora. El coronel tuvo que recurrir a la fuerza para impedir que los tonkawas les cortasen la cabellera a todos los comanches muertos.

Cuando se hubo disipado el humo de la pólvora negra, los blancos habían matado a cincuenta y dos indios y solo habían sufrido cuatro bajas. Habían hecho ciento veinticuatro prisioneros —en su mayoría mujeres y niños—, algo que nadie recordaba que hubiese ocurrido antes. Muy probablemente no había ocurrido nunca; o cuando menos, no desde la adopción del caballo. No menos importante era la captura de tres mil caballos, lo que significaba que buena parte de los indios que huyeron lo hizo a pie. No se sabe cuántos escaparon, ni tampoco cuántos había en el campamento cuando Mackenzie ordenó atacar. Como regla general se calculaban de ocho a diez personas, y dos guerreros, por cada tipi de los grandes. Si las cifras eran verdaderas, un porcentaje enorme de lo que quedaba de tribu comanche, incluidos los que vivían en la reserva, estaba acampado con Mano Trémula cuando llegaron los casacas azules. Después se supo que allí había miembros de las cinco grandes bandas,

aunque, paradójicamente, en el momento de la batalla, Mano Trémula viajaba en tren a Washington para encontrarse con el Gran Padre y negociar la paz.<sup>[7]</sup> Además, río abajo había otro campamento, de quahadis en su mayoría, tan cercano que sus ocupantes habían oído los disparos. En el informe oficial, Mackenzie, sin entrar en detalles innecesarios, declaró que «se prendió fuego a las tiendas y se destruyó una gran cantidad de bienes».<sup>[8]</sup> No quedó, en cualquier caso, nada que pudiesen usar los indios.

En términos históricos, la victoria de Mackenzie fue espectacular. La obtuvo atreviéndose a ir adonde ningún blanco había ido, utilizando con tino a sus exploradores indios y atacando en gran número en cuanto tuvo conocimiento del poblado. Sus hombres se habían empleado con furia, pero a diferencia de los matones beodos de Chivington, también sabían contenerse. Tenían órdenes de evitar, en la medida de lo posible, matar a mujeres, ancianos y niños —Mackenzie, cosa rara en un oficial en el Oeste, ponía bastante cuidado en ese particular—, pero como señaló el propio coronel, muchos de los individuos englobados en esas categorías «estaban demasiado heridos para ser trasladados».<sup>[9]</sup> Y los tonkawas habían hecho grandes estragos antes de que pudiese frenarlos. La versión del otro bando, como era de esperar, difería un tanto. El cautivo Herman Lehmann, que a la sazón vivía con los comanches, escribió lo siguiente:

Llegamos el día después del combate y encontramos los cadáveres esparcidos por el poblado. Recuerdo que encontré el cadáver de Batsena, un guerrero muy valeroso, mutilado y sin el cuero cabelludo, y junto a él, los restos horriblemente desfigurados de su hija Nooki, una hermosa doncella india, a la que habían destripado y arrancado la cabellera. Los cuerpos tenían un aspecto repugnante [...] Había más cadáveres mutilados, lo que indicaba que los tonkawas habían participado en la batalla.<sup>[10]</sup>

Mackenzie había logrado hacer lo que los indios de las llanuras valoraban por encima de todo: el ataque por sorpresa. El coronel estaba aprendiendo de ellos a aprovechar los puntos débiles. Esa noche puso mucho esmero en colocar a sus prisioneros dentro de un círculo bien vigilado de carromatos de provisiones. Los cautivos constituían una muestra increíblemente representativa de la tribu: había treinta y cuatro kotsotekas, treinta quahadis, dieciocho yamparikas, once nokonis y nueve penatekas, lo que demostraba lo verdaderamente fluido que era el intercambio entre los comanches de la «reserva» y los comanches «salvajes», y hacía pensar que la vieja división en bandas estaba disolviéndose. (Una o tal vez dos de las quahadis eran mujeres de Quanah).

El coronel ordenó que se llevasen la yeguada a más de un kilómetro del poblado incendiado y la puso al cuidado de uno de sus tenientes y de los tonkawas. Por increíble que parezca, Mackenzie, bastante lego en cultura ecuestre comanche,

cometió otro error. Todavía no entendía a los nermernuh ni a sus caballos, ni sabía que un puñado de tonkawas no tenía nada que hacer frente a los jinetes comanches. Cuando se hizo de noche, los comanches no se anduvieron con chiquitas: espantaron la manada, que salió en estampida, y no solo recuperaron casi todos sus caballos, sino también los de los tonkawas, que al día siguiente regresaron al campamento principal avergonzados y con caras largas, tirando de un borrico.<sup>[11]</sup> La noche siguiente, cuando el regimiento se instaló en otro campamento a treinta kilómetros de distancia, los comanches recuperaron casi todas sus caballerías. Lo único que quedaba del rebaño capturado eran cincuenta caballos y nueve mulas.<sup>[12]</sup> Mackenzie estaba furioso. Nunca más volvería a cometer el error de creer que podría retener unos caballos comanches. Según su sargento John Charlton, «a partir de ese día no se dedicaría el más mínimo esfuerzo a conservar una recua capturada a los indios. Los matábamos a todos y listo».<sup>[13]</sup>

Para los nermernuh, la Batalla del Brazo Norte del Río Rojo —a veces denominada la Batalla de McClellan Creek— fue una experiencia demoledora. Nunca les había ocurrido algo así, y la intensidad de su aflicción resultaba impresionante. Estaban desconsolados. Así lo describió el cautivo Clinton Smith, que por aquel entonces vivía con la tribu:

Todas las noches, durante mucho tiempo, llegaban a mis oídos los sollozos de las ancianas, que se alejaban del campamento para llorar a sus muertos. Se cortaban con cuchillos, y cuando volvían al campamento, sus rostros, brazos y pechos mostraban las huellas de la mutilación que, embargadas por la pena, se habían infligido.<sup>[14]</sup>

Lo peor de todo era la absoluta impotencia que sentían ante la imposibilidad de rescatar a los cautivos. Los comanches, famosos por su arrogancia, se humillaban y envilecían ante el dolor. Esta degradación quedó más que demostrada pocas semanas después, cuando Oso Macho, el cabecilla de los altivos e indomables quahadis, el único jefe comanche que jamás había firmado un tratado ni se había personado en la agencia, condujo humildemente a su banda hasta las inmediaciones del fuerte Sill para suplicar que liberasen a las mujeres y los niños. Le dijo al agente Lawrie Tatum, al que llamaban Cabeza Calva, que había perdido el combate con los soldados, que aceptaba su derrota definitiva y ya estaba dispuesto a firmar la paz; que se instalaría en la reserva, mandaría a los niños a la escuela del hombre blanco, y se convertiría en granjero, a condición de que le devolviesen a sus mujeres y niños. Oso Macho estaba mintiendo —era bien conocida su opinión sobre el asunto: su filosofía era luchar hasta morir—, pero de momento lo único que quería era que liberasen a los suyos.

Se le concedió el deseo. En junio de 1873, ciento dieciséis comanches —entre mujeres, niños y unos pocos ancianos— fueron trasladados del fuerte Concho, donde estaban presos, al fuerte Sill y puestos en libertad. La amnistía no solucionó nada.

Muy pronto, gran cantidad de comanches, entre ellos Oso Macho y sus quahadis, volvió a instalarse en sus viejos campamentos y a hacer lo que siempre habían hecho. Ese año se les concedió un aplazamiento: Mackenzie, que estaba listo para emprender la campaña definitiva contra ellos, fue en cambio destinado a la frontera mexicana para poner fin a las incursiones en asentamientos tejanos que llevaban a cabo kikapúes y apaches. Cumpliendo órdenes oficiosas de Sheridan, Mackenzie y su Cuarto de Caballería penetraron ciento treinta kilómetros en México — contraviniendo todos los tratados internacionales imaginables— y destruyeron tres poblados de apaches kikapúes.<sup>[15]</sup> El ataque provocó un escándalo internacional, pero Mackenzie mantuvo hasta el final la farsa de que había actuado por iniciativa propia. Cuando uno de sus soldados le preguntó qué le habría hecho si se hubiese negado a cruzar la frontera, el coronel respondió: «Mandar que te fusilasen». En agosto, al regresar de México, Mackenzie sufrió un violento ataque de reuma que lo tuvo apartado de toda actividad hasta enero de 1874.

Lo que significaba que habría que esperar otro año para abordar el problema comanche.

## XVIII

### LOS CAZADORES DE BISONTES Y EL MESÍAS

**E**n la cruel primavera de 1874, sin embargo, un azote aún peor que el Jefe Sin Dedos atormentaba a la nación comanche. La tribu estaba perdiendo su identidad. Durante los largos años de su apogeo siempre habían sido un pueblo especial, extremadamente independientes y convencidos en su arrogancia de que una ética espartana como la suya, pragmática y elemental, era la mejor forma de vida. A diferencia de los romanos, que lo tomaban todo de las culturas circundantes, desde la vestimenta y la comida hasta el arte y la religión, los comanches eran agresivamente estrechos de miras. Eran los mejores jinetes del mundo y amos indiscutibles de las llanuras meridionales. No necesitaban ritos religiosos elaborados ni jerarquías sociales complejas. Se bastaban y sobaban con lo suyo.

De pronto, de un modo que recordaba poderosamente a lo que les había ocurrido a los desdichados penatekas, todo eso estaba cambiando. La alteración comenzaba por las propias bandas, que si en su día habían sido las unidades sociales básicas de la tribu y principal fuente de identidad tribal, ahora estaban desintegrándose, perdiendo los contornos, fundiéndose con otros vestigios de la nación nermernuh. Los prisioneros que hizo Mackenzie en lo que teóricamente era un campamento kotsoteka representaban a las cinco grandes bandas, un grado de mezcolanza tribal que tan solo diez años atrás habría resultado inconcebible.<sup>[1]</sup> El motivo, en parte, era puramente matemático. Donde en su día hubo miles y miles de comanches que, repartidos en bandas diferentes y unificadas, se afincaban en campamentos que se extendían a lo largo de kilómetros por las riberas de los ríos Brazos, Canadian o Cimarrón, ahora quedaban solo grupos de filiación indefinida formados por unos pocos centenares de individuos que se apiñaban para hacer frente al vacío inclemente de las llanuras. Las idiosincrasias lingüísticas, consuetudinarias y culturales que distinguían a cada banda estaban desapareciendo. (La cultura y el dialecto quahadi, de hecho, habían empezado a imponerse). El ocaso de las bandas conllevaba una escasez de jefes guerreros y jefes de paz: cada vez había menos candidatos a recoger el testigo del liderazgo.

A todo este fenómeno había que sumar el empuje inexorable de la cultura invasora. Como todos los indios sometidos antes que ellos, los comanches estaban viéndose inundados por un mar de objetos materiales fabricados por el hombre blanco. Ni siquiera los quahadis, que habían guardado las distancias y se habían mantenido aislados durante más tiempo que ninguna otra banda, eran ajenos al fenómeno. Si en su día la tribu había vivido con la pureza del bisonte y todos sus derivados, ahora lo hacía rodeada de productos de los *taibos*: sus armas, utensilios de

cocina y chapas de metal, su azúcar, café y whisky, sus ropas y telas de percal. Usaban sus mantas. Comían alimentos cocidos en sus cazuelas de latón. Esperaban en silencio en la agencia a que les diesen su carne rancia, tabaco podrido y harina mohosa.<sup>[2]</sup>

Pero no era solo la civilización del hombre blanco la que estaba corrompiendo a los viejos nermernuh. Los comanches habían empezado a adoptar las costumbres de otras tribus. Son muchos los ejemplos de esa presión cultural, ante la que cada vez se mostraban más vulnerables. Su tocado tradicional, por ejemplo, siempre había sido el pavoroso gorro de lana de bisonte que, con sus dos cuernos puntiagudos por todo ornamento, infestó las pesadillas de generaciones y generaciones de colonos. En los últimos tiempos, en cambio, la mayoría de comanches había empezado a usar un tocado más delicado como era el ondulante penacho de plumas de los cheyennes. (Quanah era uno de los que había adoptado este estilo).<sup>[3]</sup> Los entierros comanches, como tantos otros aspectos de la cultura nermernuh, siempre habían sido un asunto simple y práctico. Se transportaba el cadáver hasta una cueva, grieta o arroyo profundo, y se cubría con piedras o palos colocados de cualquier manera.<sup>[4]</sup> En esta época, en cambio, la tribu estaba adoptando los sepelios de las tribus del norte, con sus féretros elevados sobre complicados andamiajes. Pronto se apropiarían incluso de la Danza del Sol de los kiowas, ceremonia que habían presenciado durante décadas sin preocuparse demasiado por entenderla, pero que ya no estaban tan seguros de no necesitar.

En el fondo, naturalmente, los comanches seguían siendo cazadores y guerreros, que era justo lo que el hombre blanco quería negarles. Si bien es verdad que el Gran Padre y sus apóstoles todavía no habían completado esa misión virtuosa, los cerca de mil comanches que recibían alimentos y otras provisiones en el fuerte Sill ya habían perdido su identidad de cazadores. Para los varones era una especie de esclavitud. ¿Qué historias iban a contarles a sus hijos y nietos si lo único que hacían en la reserva era esperar a que les diesen de comer, o peor aún, convertirse en agricultores?

La mayor de todas las amenazas a su identidad, y al concepto mismo del cazador nómada en América del Norte, apareció en las llanuras a finales de la década de 1860. Se trataba de los cazadores de bisontes, unos individuos que entre 1868 y 1881 mataron treinta y un millones de bisontes, erradicando casi por completo de las llanuras a los enormes herbívoros, y aplastando la última brizna de esperanza que pudiese quedarle a una tribu ecuestre de recuperar su estilo de vida tradicional. Era inviable un indio montado sin una manada de bisontes. Un indio así carecía por completo de identidad.

La primera matanza de bisontes a gran escala a manos de blancos con rifles de gran potencia tuvo lugar en los años 1871 y 1872. Antes de esa fecha, los productos derivados del bisonte tenían cierta salida comercial. Ya en 1825 varios cientos de

miles de pieles curtidas por los indios habían llegado a los mercados de Nueva Orleans.<sup>[5]</sup> En la década de 1860, la demanda de carne de bison para alimentar a los obreros que tendían la línea del ferrocarril transcontinental dio lugar a la fama y la leyenda de cazadores como Buffalo Bill Cody. Pero hasta 1870 no existió un verdadero mercado para las pieles de bison, cuando una nueva tecnología de curtido permitió convertirlas en cuero de calidad superior. Este adelanto, unido a la inauguración de una cabeza de línea en Dodge City (Kansas), significaba que las pieles podían enviarse con fines comerciales. Para los cazadores, el aspecto económico del nuevo negocio era milagroso, máxime teniendo en cuenta la asombrosa facilidad con que se cobraban las piezas. Si un bison veía desplomarse muerto al animal que tenía al lado, en lugar de huir se quedaba quieto hasta identificar el origen del peligro. En consecuencia, un solo tirador armado con un rifle de largo alcance podía abatir un grupo entero de ejemplares sin moverse del sitio. En cierta ocasión, un cazador llamado Tom Nixon mató a ciento veinte animales en cuarenta minutos. En 1873 mató 3.200 en treinta y cinco días; comparados con ellos, los 4.280 que Cody aseguraba haber matado en dieciocho meses, afirmación que en su día había sonado descabellada, se antojaban una minucia.<sup>[6]</sup> Detrás de los cazadores esperaban los sudorosos y malolientes desolladores, cubiertos de pies a cabeza con la sangre, la grasa y los parásitos de los cuadrúpedos. Brick Bond, un cazador legendario que mataba doscientos cincuenta bisontes al día, llevaba consigo quince de esos hombres.<sup>[7]</sup> En Adobe Walls esperaban las diligencias para transportar las pieles apiladas hasta Dodge City. Salvo las lenguas, que se ponían en salazón y se enviaban a los mercados como manjar, los cuerpos se dejaban pudrir en las praderas. Los beneficios eran tan obscenos como la propia matanza en masa. En el invierno de 1871-1872, una sola piel se vendía por tres dólares y medio.<sup>[8]</sup>

En cuestión de dos años, esos cazadores, operando fundamentalmente en las llanuras de Kansas cercanas a Dodge City, habían matado cinco millones de bisontes.<sup>[9]</sup> Casi de inmediato se convirtieron en víctimas de su propio éxito. En la primavera de 1874, las manadas de las llanuras centrales ya estaban diezmadas. El aspecto económico de la caza se tomó mucho menos milagroso. Un explorador que viajaba de Dodge City a la actual Oklahoma lo expresó con las siguientes palabras: «En 1872 nunca dejábamos de ver bisontes. Al otoño siguiente, viajando por el mismo distrito, el paisaje entero estaba cubierto de osamentas blanqueadas al sol, o en proceso de blanqueo».<sup>[10]</sup> En consecuencia, los cazadores se vieron obligados a alejarse de la cabeza de línea en busca de presas.<sup>[11]</sup>

Fue así como se dirigieron al sur, hacia las llanuras tejanas, donde las manadas que se perdían en el horizonte aún recorrían los pastos; donde aparecían, tal como señaló en 1846 el historiador Francis Parkman, «como la sombra negra de una nube, y pasaban a toda velocidad por una ondulación tras otra de las distantes praderas».<sup>[12]</sup> El problema era que el extremo norte de Tejas estaba a doscientos cincuenta

kilómetros de Dodge City, el único lugar preparado para despachar pieles. Con el fin de solventar esta dificultad, y de brindar a los cazadores un lugar donde vender sus mercancías, en marzo de 1874 se construyó un establecimiento comercial cerca del río Canadian, a poco más de un kilómetro de las ruinas de Adobe Walls, donde una década antes Kit Carson había luchado contra los comanches. El establecimiento, que recibió el mismo nombre, consistía en dos tiendas, un salón y una herrería. Menos la herrería, hecha de estacas, los edificios consistían en un almacén de madera revestido con paredes y tejado de tepe, un material que no tardaría en desempeñar un papel de suma importancia. En junio ya había gran actividad en el establecimiento. Los cazadores llevaban decenas de miles de pieles, y adquirían armas, munición, harina, tocino, café, tomates en conserva, sopa, manzanas secas y sirope, y artículos tan diversos como veneno para lobos o grasa para los ejes de las diligencias.<sup>[13]</sup> Ni en sus delirios de avaricia más disparatados habrían soñado obtener semejante lucro; el dinero corría a espuertas; las fortunas de Dodge revivieron, y la matanza, que, como todo el mundo preveía, provocaría la extinción de los bisontes en cuestión de unos pocos años, continuaba a paso acelerado.

La «gente del cuero» era, en general, una chusma de lo más repugnante, individuos violentos, alcohólicos, analfabetos y desaliñados que gastaban melena y no se bañaban nunca (el olor corporal de los desolladores era indescriptible). Estos llaneros odiaban a los indios, y no solo por sus pieles cobrizas. Estaban convencidos de que los comanches y los kiowas saqueaban y guerreaban no porque dichas actividades formasen parte de su estilo de vida tradicional, sino para sacarle dinero y tierras al Gobierno. A su entender, lo que el Gobierno les pagaba a los indios equivalía a un chantaje. «Son un raza de gandules, sucios, piojosos y embusteros», afirmaba en 1874 el cazador Emmanuel Dubbs. «No conocen lo que es la hombría y someten a sus mujeres a la esclavitud más abyecta».<sup>[14]</sup> Cuando no estaban erradicando a los indefensos bisontes de la faz de la tierra, la gente del cuero se juntaba en una serie de «ciudades infernales» que habían surgido en el Oeste para satisfacer sus impulsos más primitivos. Por ejemplo, junto al fuerte Griffin, un puesto de avanzada del Cuarto de Caballería, se levantó de un día para otro una ciudad conocida como «La Plana», que consistía en edificios endebles y sin pintar, hechos con maderas transportadas desde varios centenares de kilómetros. Allí había hoteluchos de mala muerte, sórdidos salones de baile y juegos, prostitutas, apostadores y tahúres. En uno de los salones había sentado sus reales la pelirroja Lottie Deno, una reina del póker cuyos pistoleros a sueldo estaban siempre al quite para matar a cualquiera que cuestionase los valores éticos de su jefa.<sup>[15]</sup>

Resulta sorprendente que solo se alzasen unas pocas voces de protesta contra la masacre del bisonte, algo sin precedentes en la historia de la humanidad. A la mayoría de la gente le traían sin cuidado las consecuencias del exterminio. Era una simple faceta más del capitalismo, la explotación del enésimo recurso natural. Pero había otra explicación más convincente para esa ausencia de voces discrepantes, y

quien mejor la verbalizó fue el general Phil Sheridan, a la sazón comandante en jefe de la división de Missouri. «Esos hombres», afirmó Sheridan en referencia a los cazadores, «han hecho más en los últimos dos años por resolver el enojoso problema indio que todo el ejército regular en los últimos treinta años. Están acabando con la intendencia de los indios [...] En aras de una paz duradera, que maten, desuellen y vendan hasta que no quede un solo bisonte. Entonces podrán cubrirse las praderas de vacas pintas y alegres vaqueros». La destrucción del alimento de los indios no fue un mero accidente del comercio; fue un acto político deliberado.

El invierno de 1873-1874 fue muy duro para los nermernuh, muchos de los cuales alternaban sin sosiego las reservas con los campamentos de los comanches libres del oeste de Tejas. Los que se quedaron en la reserva fueron víctimas de un cruel engaño. La caza era escasa y los bisontes inexistentes. Como antes, se vieron obligados a vivir de las raciones del hombre blanco; como antes, buena parte de los víveres prometidos no llegaba nunca, y lo poco que les daban era de pésima calidad. Ante el peligro de inanición, los comanches se vieron forzados a matar sus caballos y mulas para comérselos.<sup>[16]</sup>

Estos indios eran víctima de un fenómeno completamente nuevo: bandas organizadas de cuatrerros blancos, a menudo disfrazados de indios, que se abatían con impunidad sobre las yegadas comanches y kiowas, y se llevaban los animales a Kansas para venderlos. Nadie los perseguía ni los enjuiciaba.<sup>[17]</sup> Siempre fue un buen negocio engañar a los indios. Mientras tanto, los mercachifles se movían a su antojo por la reserva, vendiendo ilegalmente whisky aguado a cambio de pieles de bisonte. El trueque suponía un auténtico robo: el matarratas era muy barato de fabricar, mientras que la venta de pieles era la única forma de ganar dinero que tenían los indios. El whisky estaba convirtiéndose en un problema grave. Muchos indios se hicieron adictos y estaban desesperados por canjear lo que fuese con tal de conseguir la bebida.

Para los comanches que seguían asaltando los asentamientos fronterizos, el invierno de 1873-1874 fue todavía peor. Mackenzie mandaba patrullar el terreno a todas horas, y la vigilancia empezaba a tener un efecto devastador en las pequeñas partidas de saqueo. En diciembre, un grupo de veintiún comanches y nueve kiowas partió hacia el sur de Tejas, cruzó el río Grande y entró en México. Era una incursión a la vieja usanza y debió de subirles la moral. Mataron colonos, hicieron cautivos y robaron caballos sin sufrir ninguna baja. Pero al emprender el camino de regreso se les acabó la suerte. En Kickapoo Springs, cerca de la actual San Angelo, los treinta indios y su recua de ciento cincuenta caballos se toparon con el teniente Charles Hudson y cuarenta y un soldados del Cuarto de Caballería de Mackenzie. En el encarnizado combate que se sucedió durante los diez minutos siguientes murieron nueve comanches, mientras que las filas de Hudson solo registraron un herido. Los

indios también perdieron setenta caballos. Pocas semanas después, una patrulla del Décimo de Caballería al mando del teniente coronel George Buell se enzarzó con un grupo de guerreros comanches cerca del Double Mountain, un ramal del río Brazos, matando a once de ellos. A las dos semanas, otra partida de saqueo se vio atacada y resultaron muertos diez indios.<sup>[18]</sup>

Aunque eran cifras pequeñas, en aquel crepúsculo desesperado de la Comanchería suponían auténticos descalabros. Las noticias eran un mazazo para los comanches y también para su tribu hermana: Lobo Solitario, el jefe kiowa, perdió a su hijo y a su sobrino en el combate con Hudson. El hombre, ciego de dolor, se cortó el pelo, mató a sus caballos, prendió fuego a su carromato, su tipi y sus ropas de piel de bison, y juró venganza.<sup>[19]</sup> Tal vez se congratulase al enterarse de que el teniente Hudson también murió ese mismo invierno, cuando a su compañero de alcoba se le disparó accidentalmente el arma mientras la limpiaba. Quanah, que también perdió un sobrino a manos de los soldados de Buell, tuvo una reacción mucho más radical, una reacción que en última instancia afectaría al destino de todos los indios de las Grandes Llanuras.

Todos esos acontecimientos eran noticias terribles para los nermernuh, que se sumieron en un profundo duelo por la muerte de sus seres queridos y también, quizá, de su mundo. Para colmo, cuando parecía que las cosas ya no podían ir peor, los cazadores de bisontes llegaron a Adobe Walls y empezaron a convertir las llanuras en un cementerio pestilente. Era una época aterradora, y no hay motivos para creer que los últimos comanches rebeldes, que aún plantaban cara en su reducto de las altiplanicies, no fuesen conscientes del trance histórico en que se hallaban. Ya estaban prácticamente solos. Casi todos los arapahoes habían claudicado, y se habían recluido en la reserva; los cheyennes estaban desconcertados y sin líderes (estamos hablando de las bandas sureñas de esas dos tribus). Los kiowas estaban divididos por luchas intestinas, y se debatían con encono entre la idea de capitular y la de luchar hasta el fin. Ya no quedaban más indios fuera de las reservas, no en las llanuras meridionales. Tan solo unos pocos miles de comanches que asistían a la muerte de su viejo mundo y a la pérdida de sus identidades.

Justo entonces, cuando parecía que toda esperanza era vana, surgió de entre los comanches un profeta. Era muy joven, pero tenía una visión muy intensa y poderosa: tenía la respuesta a todas sus plegarias fervorosas.

Se llamaba Isa-tai, uno de esos apelativos comanches cuya traducción ponía en apuros la delicada sensibilidad occidental. Algunas fuentes lo vierten como «extremo posterior de un lobo», que es gracioso pero inexacto. En otros lugares aparece como «excremento de coyote», «ano de coyote» y «mierda de lobo». Pero ni siquiera esas versiones dejan de ser eufemismos del estilo de «Joroba de Biso». La traducción más fiel sería «vulva de lobo» o «vagina de coyote», términos ambos que hasta bien

entrado el siglo xx se consideraban impublicables.<sup>[20]</sup>

Isa-tai era un hechicero, un mago y, probablemente, también un charlatán, aunque no hay duda de que creía de veras en lo que predicaba, o al menos en una parte. Era un quahadi, de unos veintitrés años de edad, fornido y con la cabeza grande, la cara ancha y un cuello de toro. Entre el invierno de 1873 y la primavera de 1874 se afianzó como poseedor de un *puha* electrizante jamás visto entre los comanches. Isa-tai afirmaba tener milagrosos poderes curativos y ser capaz de resucitar a los muertos.<sup>[21]</sup> Aunque aún no se había medido con los *taibos* en ninguna batalla, sostenía que las balas del hombre blanco no hacían mella en él, y que sus conjuros también podían inmunizar a otros, aunque se plantasen justo delante de los cañones de los blancos.<sup>[22]</sup> Eran afirmaciones impresionantes, pero no inauditas: otros chamanes habían asegurado poseer idénticos poderes. Ese año, sin embargo, en presencia de testigos, Isa-tai había regurgitado una carretada de cartuchos, la había escupido y se la había vuelto a tragar. En cuatro ocasiones distintas —también en presencia de testigos— había ascendido a los cielos, mucho más allá del sol, hasta llegar a la casa del Gran Espíritu, donde había pasado la noche antes de regresar al día siguiente. Lo más asombroso de todo era que, cuando un cometa brillante apareció en el cielo, Isa-tai predijo con acierto que desaparecería al cabo de cinco días.<sup>[23]</sup> Su leyenda se propagó por las llanuras. La gente decía que podía controlar los elementos y enviar granizo, rayos y truenos contra sus enemigos.

¿Cómo lograba convencer a los demás de que podía hacer esas cosas? En parte, quizá fuese gracias a su habilidad prestidigitadora. Según un testimonio, Isa-tai era capaz de hacer aparecer flechas en sus manos, como si hubiesen caído del aire.<sup>[24]</sup> Se diría que era el típico juego de manos que podría hacer cualquier mago actual con un mínimo de competencia. Según Thomas Battey, un maestro de escuela cuáquero que por aquel entonces trabajaba en la reserva kiowa, Isa-tai tenía una técnica particular para crear la ilusión de que ascendía hacia las nubes. Tras reunir a la gente en un lugar sagrado, les pedía que mirasen directamente al sol hasta que él les avisase. «A continuación», escribió Battey, «les dice que dirijan lentamente la mirada hacia donde se encuentra él. Al hacerlo verán cuerpos oscuros que bajan a recibirlo, con los cuales ascenderá al cielo».<sup>[25]</sup> Acto seguido, el brujo se escabullía y permanecía escondido hasta su «regreso».

Pero lo de Isa-tai no era solo magia. El joven profeta preveía un nuevo orden en las llanuras. En su ascenso a las nubes, el Gran Espíritu le había otorgado el poder de librar la contienda definitiva con el hombre blanco, una guerra que no solo acabaría con muchos *taibos*, sino que devolvería a la nación comanche su antigua gloria. Eso fue lo que Isa-tai empezó a proponer a la tribu por aquella época. Esa primavera se dedicó a moverse entre las bandas predicando que si se purificaban y abandonaban el camino del hombre blanco, se acercaría el momento de la salvación.

Isa-tai amplió su radio de evangelización a los campamentos cheyenne, kiowa y

arapaho. En muchos de esos viajes lo acompañaba el joven y carismático Quanah, que poseía una experiencia bélica considerable y cuya fama de jefe guerrero se extendía por las llanuras.<sup>[26]</sup> Juntos formaban un equipo formidable. Isa-tai era el hechicero; Quanah era el tipo duro, el guerrero alto y curtido en la batalla, de músculos tensos y mirada asombrosamente intensa, a quien más valía no defraudar. El discurso de la pareja hundía sus raíces en una de las tradiciones marciales más antiguas de los comanches: la incursión de represalia. Isa-tai había perdido a un tío en el combate contra el teniente Hudson, con lo que tanto él como Quanah llevaban en duelo desde enero. Al llegar la primavera ya estaban preparados para el desquite. Quanah siempre había ardido en deseos de vengarse, desde el día en que los *taibos* mataron a su padre y se llevaron a su madre y a su hermana. De pronto, el *puha* de Isa-tai le ofrecía la oportunidad de tomarse una revancha colosal. Los dos juntos, brujo y guerrero, a lo largo de varios meses, lograron enardecer a toda la nación comanche, que veía renacer sus esperanzas.

Quanah recordaría posteriormente su labor de reclutamiento: «Esa época yo hombre bastante grande y sabía pelear bastante bueno. Yo trabajo un mes. Voy a campamento nokoni, en nacimiento de Cache Creek, llamo a todo el mundo. Yo hablo a ellos de mi amigo que matan en Tejas. Lleno pipa. Digo a un hombre: “¿Quieres fumar?”. Él coge pipa y fuma. Doy pipa a otro hombre. Él dice: “Yo no quiero fumar”. Si fuma él se pone en pie de guerra. Él no da la mano. Que lo mate Dios, tiene miedo».<sup>[27]</sup> La última frase refleja lo agresivas que eran las técnicas de persuasión de la pareja. Quanah e Isa-tai apelaban al coraje, patriotismo y virilidad de los guerreros.

En mayo, Isa-tai hizo algo que ningún líder comanche había hecho jamás: envió mensajeros a todas las bandas de la tribu, tanto dentro como fuera de la reserva, para convocarlos a una Danza del Sol. La decisión era extraordinaria por tres motivos. Primero, porque jamás se había celebrado un consejo al que asistiesen todos los comanches. Nunca había ocurrido nada ni remotamente parecido, al menos desde que la tribu emigrase al sur desde la cuenca del Wind River, en Wyoming. Segundo, porque nunca había existido un solo dirigente, un *paraibo*, dotado del poder de convocar a toda la tribu. Y tercero, porque la Danza del Sol no era una práctica tradicional de la tribu comanche y nunca lo había sido. Los nermernuh habían presenciado ceremonias kiowa, pero sabían poco o nada de lo que realmente significaba aquel rito ni de cómo se ejecutaba.

Así y todo, la práctica totalidad del pueblo comanche aceptó asistir, inclusive los sedentarios penatekas. La idea era unirse bajo el influjo de aquella magia nueva y potente y expulsar de por vida a los blancos de las llanuras. El concepto recordaba a la gran expedición de Joroba de Bisonte, que, inspirada por su visión de los hombres blancos empujados hasta el mar, había dado como resultado en 1840 el Saqueo de Linnville y la Batalla de Plum Creek. La Danza del Sol sería, pues, el punto de arranque de la segunda incursión de venganza que la tribu comanche llevaba a cabo

contra el hombre blanco.

Las bandas se reunieron en mayo a orillas del río Rojo, justo al oeste del límite de la reserva (cerca de la actual localidad de Texola, donde la autopista I-40 corta la frontera de Texas y Oklahoma). Aunque los comanches adoraban al sol, y solían exhalar la primera bocanada de humo sagrado hacia el astro rey, eran animistas en toda regla: para ellos, el poder y la magia no estaban concentrados en uno o dos lugares —como en un Gran Espíritu—, sino esparcidos por todo el universo. El poder podía residir tanto en los lobos, árboles y cerros como en el sol. Pero los comanches eran un pueblo sumamente práctico; estaban dispuestos a probar cualquier cosa que surtiese efecto, e Isa-tai sabía ser persuasivo. Así pues, prescindieron de las sociedades militares, de las muñecas fetiche, de los sacerdotes iniciados, de los haces mágicos, del rito en el que los guerreros se atravesaban los tendones del pecho con correas y se colgaban del poste del tipi, y de otras tradiciones que las demás tribus consideraban indispensables.<sup>[28]</sup> Construyeron una tienda mágica con postes y ramajes y representaron batallas de mentira y simulacros de cacerías de bisonte. Ejecutaron una versión simplificada de la Danza de Sol y celebraron una fiesta enorme con gran cantidad de whisky, un buen banquete y tambores que sonaron toda la noche. En suma, disfrutaron con su renovada fe en el poder de los comanches.

Al final, puede que la mitad de la tribu accediese a seguir a Quanah y a Isa-tai. La cifra o el porcentaje exactos no se conocen. Los penatekas, que a esas alturas ya se habían amansado del todo e incluso practicaban algunas labores agrícolas, se volvieron a la reserva. Las palabras de Quanah los asustaban. La mayoría de los nokoni, encabezados por su jefe Grupa de Caballo, también se marchó, y con ellos muchos de los yamparikas, a pesar de las amenazas. La gente de Quanah les dijo que si no se unían a ellos, les matarían los caballos y los dejarían allí tirados, sin montura.<sup>[29]</sup> Algunos de los remisos recibieron incluso amenazas a su integridad. Quitsquip, el jefe yamparika, informó al agente J. M. Haworth de que, por las noches, los comanches se veían inducidos, mediante whisky, tambores, danzas y cháchara belicosa, a un frenesí chovinista, para a la mañana siguiente amanecer sumidos en la confusión, la indecisión y, cabe presumir, la resaca. «Tienen muchas opiniones», le dijo Quisquib a Haworth. «Por la noche deciden una cosa, pero por la mañana se levantan pensando totalmente lo contrario».<sup>[30]</sup> En sus reuniones de guerra, Quanah e Isa-tai promovían la idea de llevar a cabo una incursión de venganza en Texas, empezando por los traidores de los tonkawas y procediendo a atacar los asentamientos blancos. Pero los ancianos de la tribu tenían otras ideas y no admitían el plan de los dos jóvenes. Así lo recordaría Quanah tiempo después:

Decían: «Eres guerrero bueno, Quanah, pero no lo sabes todo. Pensamos que tú primero fumas pipa de guerra contra cazadores de bisonte. Matas hombres blancos y haces tu corazón sentir bien. Después vuelves y coges a todos los jóvenes y vas a hacer guerra a Texas». Esa vez Isa-tai habló muy bien. [Dijo: ] «Dios me dice que

vamos a matar montones de blancos. Yo paro las balas de los rifles. Las balas no penetran las camisas. Los matamos como ancianas».<sup>[31]</sup>

Así pues, el primer objetivo serían los cazadores de bisontes de Adobe Walls, tras lo cual, la tribu descargaría toda su furia sobre los odiados tejanos y sus aliados, los traicioneros tonkawas. Armados con tan poderosa idea, Quanah e Isa-tai procedieron entonces a visitar los campamentos de los kiowas, cheyennes y arapahoes con el fin de reclutar guerreros para atacar a los cazadores. Tuvieron poco éxito con los kiowas, cuyos ancianos, según uno de ellos, «tenían miedo de fumar esa pipa»;<sup>[32]</sup> solo se alistaron unos pocos miembros de la tribu. Les fue mejor con los cheyennes, muchos de los cuales acogieron con entusiasmo la propuesta de la expedición, máxime con la protección de la magia de Isa-tai. A los arapahoes les gustó el plan, pero trataron de salirse por la tangente: Cara de Pólvora, su jefe principal, estaba muy entregado a la vía del hombre blanco. Tan solo veintiuno de ellos aceptaron unirse a la expedición, encabezados por el advenedizo Caballo Amarillo, un joven jefe. En consecuencia, el grueso de los doscientos cincuenta guerreros que lograron reclutar Quanah e Isa-tai lo componían comanches y cheyennes. Los expedicionarios tenían tres cosas claras: que el objetivo del ataque sería el campamento de cazadores situado a sesenta kilómetros al oeste; que lo llevarían a cabo protegidos por los conjuros de Isa-tai; y que lo dirigiría el joven Quanah, que había dejados a todos impresionados con el ardor de su pasión y la firmeza de sus propósitos.

La incursión en el enclave comercial debería haber sido una auténtica carnicería. Hacía una noche calurosa y sofocante y casi todos los residentes del establecimiento —veintiocho hombres y una mujer, repartidos entre dos tiendas y un salón— estaban durmiendo al raso. No había hotel ni habitaciones para alquilar. Los que dormían bajo techo lo hacían con las puertas abiertas de par en par. Isa-tai lo sabía, por una partida de exploradores que había enviado por delante, y había prometido a sus hombres, con toda seguridad, que caerían sobre los *taibos* y los matarían a garrotazos mientras dormían. Era un buen plan. Al menos en teoría. En la madrugada del 27 de mayo de 1874, las huestes de Quanah se congregaron en lo alto de un despeñadero que se alzaba a orillas del río Canadian y se pusieron a esperar. Entre ellos estaba el mesías, Isa-tai, que iba en cueros vivos, tocado con un casquete de tallos de salvia, y totalmente pintado de amarillo, al igual que su caballo. El amarillo era el color de la invulnerabilidad. La mayoría de los demás guerreros y sus monturas también iban pintados de amarillo, además de otros colores. Todos ellos estaban convencidos —o de lo contrario no habrían acudido allí—, de que Isa-tai tenía auténtico *puha*, y de que eran inmunes a las balas del hombre blanco. Al fin y al cabo, un hombre capaz de subir al cielo y de vomitar un cargamento entero de cartuchos no tendría mayores problemas con una pequeña banda de los odiados cazadores blancos. Los comanches,

cheyennes, kiowas y arapahoes allí reunidos creían que aquella era una ocasión decisiva y que su redención era inminente.

Pero la masacre de los *taibos* durmientes nunca se produjo. La razón fue que el dueño del salón, un nativo de Pensilvania llamado James Hanrahan que había llegado allí previo paso por Dodge City, disparó su revolver en mitad de la noche, lo que despertó a muchos de los cazadores, desolladores, tratantes y arrieros. Hanrahan explicó a sus clientes —quienes por lo visto le creyeron— que el estampido que acababan de oír había sido un crujido de la cumbrera, el madero principal que sostenía el tejado de tepe del salón. La rotura de la cumbrera podía suponer la muerte, una lesión de gravedad o, cuando menos, enormes molestias para quienes estuviesen debajo. Los clientes, que para entonces ya se habían despertado del todo, arrimaron el hombro y pasaron el resto de la noche cambiando el madero.

En realidad, la cumbrera estaba en perfectas condiciones. Hanrahan se había inventado la historia del peligro de derrumbe del tejado porque varios días antes le habían informado de la inminencia del ataque indio, y para evitar el perjuicio a su negocio, no se lo había contado a nadie. Cuando los hombres terminaron con el apaño, Hanrahan, que no quería revelar lo del ataque pero al mismo tiempo tenía miedo de que la gente se volviese a la cama, les ofreció bebidas gratis. Ya eran las cuatro de la mañana, de ahí que muchos estuviesen despiertos cuando, justo antes del amanecer del 27 de junio, la partida de guerra india bajó como una exhalación desde el cerro.

Los indios descendieron al valle hechos una furia. Años después, Quannah recordaría que los caballos iban al galope, levantando nubes de polvo, y que algunos de ellos tropezaban en los hoyos de los perrillos de las praderas, provocando que los hombres engalanados con penachos y sus propias monturas saliesen volando y rodasen por los suelos en la penumbra del amanecer.<sup>[33]</sup> Al llegar al establecimiento, se arremolinaron alrededor de los edificios y, carabina en ristre, la emprendieron a tiro limpio con puertas y ventanas. En el interior, los cazadores y demás gentes del cuero se atrincheraron lo mejor que pudieron, apilaron sacos de trigo, y descubrieron que detrás de las paredes de medio metro de tepe estaban bastante bien protegidos. El tepe, además, era ignífugo, lo que evitaba una victoria fácil por parte de los indios. Los atacantes se pegaron a las paredes. Quannah aculó su caballo contra una de las puertas, tratando en vano de echarla abajo, y después trepó al tejado de uno de los edificios para disparar desde arriba a sus ocupantes. En un momento dado recogió del suelo a un camarada herido sin apearse del caballo, una proeza de fuerza física que dejó pasmados a quienes la presenciaron desde el interior de los edificios. En los primeros minutos del combate, los dos bandos usaban revólveres. Los blancos estaban aterrorizados por la furia del ataque. Los edificios se llenaron de humo; la gente gritaba y chillaba; los silbidos del plomo saturaban el aire. «Había momentos», recordaría Billy Dixon, «en que las balas caían como granizo y nos obligaban a abrazarnos a las paredes de tepe como los ratones de campo cuando un búho les pasa

volando por encima».<sup>[34]</sup>

He aquí el relato del propio Quannah, filtrado por el recuerdo de su amigo J. A. Dickson:

Enseguida rodeamos el lugar y empezamos a disparar. Los cazadores se metieron en las casas y nos disparaban por las grietas y agujeros de las paredes. El combate duró unas dos horas. Tratamos varias veces de asaltar la casa, pero los cazadores disparaban tan bien que nos obligaban a retirarnos. En un momento dado escogí a cinco guerreros y nos arrastramos por una pequeña hondonada hasta su corral, que estaba a unos pocos metros de la casa. Entonces aprovechamos la oportunidad y echamos a correr hasta la casa antes de que pudiesen dispararnos, pero al tratar de derribar la puerta, esta resultó ser demasiado sólida, y temerosos de quedarnos allí mucho tiempo, nos volvimos por donde habíamos llegado.<sup>[35]</sup>

En los primeros instantes del ataque murieron tres blancos, pero los demás consiguieron repeler a los indios.<sup>[36]</sup> El fuego de flanco desde el salón protegió a los que se encontraban en los dos colmados, que en su mayoría estaban durmiendo cuando llegaron los indios. Los blancos descubrieron que si practicaban agujeros en el tepe podían servirles de troneras por las que disparar desde dentro del edificio y rechazar las acometidas de los indios. Los del gremio del cuero, además, eran tipos más duros de lo normal, incluso para lo que se estilaba en las llanuras. Aparte de los diversos cazadores, desolladores y caravaneros, allí estaban Billy Dixon, un célebre cazador de bisontes que ese mismo año recibiría la Medalla de Honor del Congreso por su lucha contra los indios; William Barclay Masterson, alias «Murciélagos», un jugador y pistolero que posteriormente se convertiría en el legendario sheriff de Dodge City; Henry Born, alias «El holandés», quien tiempo después se tomaría el cuatrero profesional más temido de las Grandes Llanuras; y James Carlyle, alias «Bermuda», que moriría en White Oaks (Nuevo México) cuando una partida al mando de un sheriff tratase de arrestar a Billy el Niño y a su cuadrilla.<sup>[37]</sup>

Los indios se vieron obligados a replegarse. Pese a que muchos de ellos llevaban rifles repetidores de palanca, en materia de armamento volvían a estar una vez más en franca desventaja. Dentro de aquellas edificaciones, encapsulados en gruesos muros de barro y hierba, no solo había hombres bragados y resueltos con una experiencia considerable en lides violentas. También tenían a su disposición todo un arsenal de munición y armas, entre las que destacaban los flamantes Sharps «cincuentones», unos rifles de una potencia, alcance y precisión increíbles, que era precisamente lo que había hecho posible la matanza sistemática de bisontes. Los tratantes tenían cajas enteras de Sharps a estrenar, además de, como mínimo, once mil balas. Los «cincuentones» eran rifles de un solo disparo, con cañones octogonales de ochenta y seis centímetros que disparaban cartuchos enormes: balas del calibre 50 (12,7

milímetros), de unos trescientos gramos, propulsadas por sesenta gramos de pólvora negra. Eran tan potentes que podían abatir a un bisonte de una tonelada a novecientos metros y, en manos de los cazadores de bisontes, demostraban una eficacia terrorífica contra caballos y seres humanos. El alcance de los Sharps era muy superior al de las carabinas de los indios.

A las diez de la mañana, los atronadores rifles de los blancos ya habían obligado a los indios a batirse en retirada. Quanah, que tras luchar heroicamente a corta distancia, también había reulado, se quedó sin caballo tras ver cómo mataban a su montura desde quinientos metros de distancia.<sup>[38]</sup> Parapetado tras el cadáver de un bisonte, él mismo recibió un balazo que rebotó en el chifle de pólvora que llevaba colgando del cuello y se le alojó entre la clavícula y el cuello. No era una herida grave. Los indios, atónitos ante el alcance y precisión de aquellas armas, se retiraron aún más, y así y todo comprobaron que no habían retrocedido bastante. Un grupo se había reunido a unos mil doscientos metros del establecimiento comercial para planear otra estrategia. Los cazadores, impertérritos, empezaron a abatirlos uno por uno. Un comanche llamado Cohayyah que formaba parte de ese grupo recordaría posteriormente que estaban viendo qué podían hacer para rescatar a sus muertos cuando «de repente y sin previo aviso uno de los guerreros cayó muerto de su caballo». Sus compañeros vieron que tenía un agujero en la cabeza. El viento había cambiado y ni siquiera habían oído la detonación del rifle.<sup>[39]</sup>

En la lejanía, sentado a lomos de su caballo, completamente desnudo y reluciente de ocre, Isa-tai contemplaba el rotundo fracaso de su hechicería. No se había cumplido ni una sola de sus predicciones. Los hombres que supuestamente iban a ser masacrados mientras dormían estaban derribando indios como si fuesen patos en una charca. Los cheyennes estaban furiosos con él. Uno de ellos le cruzó la cara con la fusta; otro, el padre de un joven guerrero que acababa de morir, le preguntó por qué, si era inmune a las balas, no iba a recoger el cadáver de su hijo. En ese mismo instante, como para subrayar la impotencia de Isa-tai, el jinete que estaba junto al mesías cayó muerto de un balazo, y acto seguido, la propia montura de Isa-tai se desplomó con él encima. Su magia no había surtido efecto, pero la de los «cincuentones» funcionaba a las mil maravillas.<sup>[40]</sup> Matar gente a más de un kilómetro de distancia era, se mirase por donde se mirase, algo sobrenatural. La excusa de Isa-tai fue que, la víspera de la batalla, los cheyennes habían matado y desollado una mofeta y eso le había arruinado los hechizos. Los guerreros no le creyeron.

El efecto en los indios fue devastador, no tanto la escabechina —quince muertos y muchos más heridos— como el fracaso estrepitoso del conjuro de Isa-tai. Ese fue el primer golpe que les hundió la moral. El segundo fue la herida de Quanah, que tuvo que ser rescatado por los suyos y trasladado fuera del radio de acción de los rifles de los cazadores. Como ya hemos visto, la muerte o lesión del líder casi siempre era señal de retirada. A las cuatro de la tarde, los indios ya habían desistido. Los blancos

salieron de los edificios y se pusieron a recoger baratijas y souvenirs. Aunque los indios permanecieron varios días en las inmediaciones, disparando algún que otro tiro contra las paredes de tepe del enclave comercial, no volvieron a atacar. La batalla había terminado. El tercer día, Billy Dixon disparó el que habría de convertirse en el tiro más famoso de la historia del Oeste. En lo alto del despeñadero había aparecido un grupo de unos quince indios, a una distancia de unos mil cuatrocientos metros, casi kilómetro y medio. Según recordaría Dixon, «alguno de los chicos me propuso utilizar el “cincuentón” contra ellos [...] Apunté con cuidado y apreté el gatillo. Vimos a un indio caer del caballo».<sup>[41]</sup> Aquel indio fue la última víctima de lo que pasaría a la historia de la frontera como la Segunda Batalla de Adobe Walls, en la que un puñado de blancos corajudos repelió la embestida de una horda de pieles rojas enfebrecidos cuyo número, según los distintos cálculos, oscilaba entre los setecientos y los mil, aunque la cifra que más se aproxima a la realidad es la de doscientos cincuenta. Los demás indios, presos del asombro y el pánico, salieron huyendo.

El resto de la historia no tuvo mayor emoción. Pasado un tiempo, los blancos, reforzados por la llegada de más de setenta cazadores que de pronto tenían miedo de andar solos por las llanuras, decidieron que ya no corrían peligro. Tras enterrar a sus cuatro camaradas muertos —uno de los cuales murió accidentalmente— y al perro de Terranova que había muerto junto a los arrieros —y al que los nativos también habían arrancado la cabellera—, los blancos cortaron las cabezas de los indios muertos y las clavaron en unas estacas colocadas fuera del establecimiento. Luego tendieron los trece cuerpos decapitados sobre pieles de bisonte y se los llevaron lejos junto con los caballos muertos —los indios los habían matado todos—, que ya empezaban a heder.

Los indios, por su parte, furiosos e impotentes, se marcharon de allí. Una vez más, la magia fallida había sido la causa de su perdición. No podían evitarlo. Invirtamos los papeles para ver lo que podría haber ocurrido. Los blancos habrían rodeado el edificio y sostenido el ataque. Habrían regresado de noche y abierto boquetes en los muros. Con tal de alcanzar su objetivo, habrían pechado con muchas más pérdidas mortales de las que jamás habrían estado dispuestos a aceptar los indios. Los nativos norteamericanos nunca entendieron la idea de capturar y retener una pequeña parcela de terreno, ni de calcular la cruda proporción entre los costes y los beneficios de un asedio. Si lo anterior no hubiese resultado, los blancos se habrían limitado a matar de hambre a los indios, esperando con paciencia a que la sed los obligase a elegir entre morir o salir a pelear.

Aunque el gremio del cuero salió indemne del embate de las huestes de Quanah, el resto de la frontera no tuvo tanta suerte. Tras el fiasco de Adobe Walls, los enfurecidos guerreros se disgregaron en grupos más pequeños y, lanzándose ciegamente en todas las direcciones, atacaron asentamientos de colonos desde Colorado a Tejas.<sup>[42]</sup> Los kiowas, al mando de Lobo Solitario, cruzaron la frontera y

penetraron en Tejas. Los cheyennes y comanches al mando de Quanah se dirigieron primero hacia el este, donde se dedicaron a robar caballos a los cazadores de bisontes y destruyeron una caravana de diligencias en Oklahoma, y después atacaron asentamientos de colonos en Tejas. Es poco lo que se sabe de esas correrías. Algunos dicen que Quanah se aventuró tan al norte que llegó al sur de Colorado. Él mismo solo admitiría posteriormente que, tras el episodio de Adobe Walls, «[cogió] a todos los hombres y [fue] en pie de guerra a Tejas».<sup>[43]</sup> Se registraron ataques en localidades tan septentrionales como Medicine Lodge, en Kansas y toda la frontera se vio obligada a «fortificarse».<sup>[44]</sup> Asaltaron diligencias; incendiaron estaciones. Grupos de cazadores de bisontes murieron torturados. Se empaló a hombres en las praderas, y se violó y asesinó a mujeres de forma espantosa. Se calcula que el estallido de violencia india que ese verano azotó las llanuras del sur se cobró ciento noventa vidas blancas, y muchos más heridos. Sus efectos fueron inmediatos. La caza de bisontes cesó por completo. Cazadores, colonos y cualesquiera habitantes de la frontera huyeron a los fuertes federales para ponerse a salvo. Puede que Adobe Walls hubiese sido un fracaso, pero las razias de ese verano lograron exactamente lo que Isa-tai y Quanah habían pretendido: una gigantesca operación de revancha contra los blancos que sembró el pánico y el terror a lo largo de mil quinientos kilómetros. Pese a sus sentimientos de rabia e impotencia, las matanzas veraniegas debieron de producirles satisfacción. Para ellos representaban un acto de justicia, el ajuste de viejas cuentas pendientes.

Por desgracia para Quanah, Lobo Solitario y los demás indios que ese verano se dedicaron a matar rostros pálidos, los ataques también fueron la gota que colmó el vaso de la paciencia del hombre blanco e invalidó a perpetuidad los argumentos de los partidarios de la paz y los activistas pro-indios. El 26 de julio, Grant dio permiso a Sherman para colocar las agencias y reservas indias bajo jurisdicción militar, poniendo así punto final a cinco años de fallida política de apaciguamiento.<sup>[45]</sup> Ese mismo día, el teniente coronel John. W. Davidson, alias «Black Jack», el oficial al mando del fuerte Sill, dio órdenes a todos los indios pacíficos de comparecer y registrarse en las agencias antes del 3 de agosto, y de presentarse diariamente para pasar lista. Grant decretó el traslado inmediato y en gran número de las tropas federales. Se eliminaron todas las trabas al movimiento del ejército. Los soldados tendrían total libertad para perseguir a los indios hasta el porche de la agencia del fuerte Sill, si fuese necesario, y matarlos allí mismo. Se acabó lo de refugiarse en la reserva y la clemencia con quienes se quedasen fuera. A partir de ese momento, los casacas azules tendrían el deber, como dijo en pocas y rotundas palabras Grant, el guerrero por antonomasia, «de someter a todo indio que ofreciese resistencia a la autoridad constituida». El plan, a cuya materialización se destinaría un gigantesco arsenal militar, era cazarlos a todos.

## XIX

### LA GUERRA DEL RÍO ROJO

**A** finales del verano de 1874 tan solo quedaban en el mundo tres mil comanches. Ese fue el cálculo aproximado que hicieron los agentes del fuerte Sill, y probablemente se ajustase a la realidad. De ellos, dos mil vivían en la reserva comanche-kiowa situada en el sudoeste de lo que hoy es Oklahoma. Eran los comanches amansados, los comanches quebrantados. Los mil restantes se habían negado a rendirse. Entre ellos no había más de trescientos guerreros: era cuanto quedaba de la tribu que mayor dominio militar había ejercido en toda la historia de Estados Unidos.<sup>[1]</sup> Quedaban también unos mil cheyennes sureños sin domeñar y un número parecido de kiowas y apaches kiowa recalcitrantes. En total, tres mil indios «hostiles». Ochocientos guerreros, como mucho, en todas las llanuras del sur.<sup>[2]</sup> Por desgracia para los novelistas y cineastas del futuro, estos indios no estaban dispuestos en formación de combate en lo alto de un cerro, con las lanzas destellando al sol, esperando la llegada del grueso de los casacas azules. No habría unas Termopilas, una última y épica batalla como la de Custer. En este caso se trataba de una guerra de guerrillas. Los indios de las llanuras meridionales estaban, como siempre, desperdigados en varios campamentos y bandas, y junto con las últimas bolsas de sioux lakota hostiles, y los cheyennes y arapahoes norteños de las llanuras que se extendían al norte de Nebraska, eran los últimos representantes de su especie.

Curiosamente, todos estos vestigios de tribus en su día poderosas se encontraban en el mismo lugar: el extremo norte de Tejas. No era casualidad. Las llanuras de la franja septentrional de Tejas se extendían cerca de las reservas, cuyos límites occidentales estaban a poco más de cien kilómetros al este. Todos los hostiles — incluidos los quahadis— habían acampado alguna que otra vez en las tierras del Gobierno; algunos, incluso, habían pasado inviernos en las reservas. Además, muchos de los indios teóricamente recluidos en la reserva no eran, como ya hemos visto, residentes permanentes. Los mismos indios que en enero hacían cola dócilmente para recibir la carne del Gobierno podían estar perfectamente saqueando la frontera de Palo Pinto bajo la luna de verano.

Pero la razón más poderosa para acampar en el saliente norte de Tejas era que no había un lugar mejor en todas las llanuras meridionales para esconderse de las tropas federales. En las inmediaciones de la actual ciudad de Amarillo, el Llano Estacado daba paso a los abruptos despeñaderos y las poderosas elevaciones del Caprock, donde la altura del terreno podía reducirse hasta en trescientos metros. En esta escarpadura gigantesca los cuatro brazos principales del río Rojo habían tallado cañones profundos y tortuosos que daban lugar a algunos de los paisajes más

impresionantes del Oeste norteamericano. El espectacular Cañón de Palo Duro, horadado a lo largo de eones por el ramal del río Rojo conocido como Brazo de la Colonia de Perrillos de la Pradera, tenía trescientos metros de profundidad, doscientos kilómetros de largo y de uno a treinta kilómetros de ancho, y estaba atravesado por un sinfín de arroyos, riachuelos y cañones laterales. La región era, desde hacía mucho tiempo, el santuario de los quahadis. Situada en mitad de las llanuras del extremo norte de Tejas y con una extensión más o menos equivalente a la de Ohio, brindaba a los últimos indios libres una pequeña oportunidad de postergar el inevitable día del juicio final al que habría de someterlos esa nación pujante de treinta y nueve millones de almas que estaba impaciente por seguir cumpliendo su destino.

Por fin, entre agosto y septiembre, el ejército occidental recibió la orden de aplicar todas sus fuerzas a la tarea de perseguir, combatir y aniquilar cuanto residuo quedase de las tribus ecuestres. La idea de Sheridan era hostigar a los indios a lo largo de las cuatro estaciones, si fuese necesario. No se les daría tregua, ni libertad para cazar. Se les mataría de hambre. Se localizarían sus poblados y se les prendería fuego. Se les quitarían los caballos. Ya no importaba que esta estrategia llegase con dos décadas de retraso. La voluntad estaba ahí, y todos los editoriales del país mostraban su apoyo.

La campaña definitiva adoptó la forma de cinco columnas de soldados de caballería, concebidas de tal forma que convergiesen en los ríos y arroyos que discurrían al este del Caprock. Tres de ellas iban al mando de Mackenzie: su propio Cuarto de Caballería, convertido ya en una unidad de élite, que partiría del fuerte Concho —actual San Angelo— y se dirigiría hacia el norte desde su vieja base de avituallamiento, situada en el Fresh Water Fork, el ramal del Brazos; el Décimo de Caballería de Black Jack Davidson, que se desplazaría hacia el oeste desde el fuerte Sill; y el Undécimo de Infantería de George Buell, que marcharía con rumbo noroeste entre los otros dos.<sup>[3]</sup> Desde el fuerte Bascom, en Nuevo México, el comandante William Price se dirigiría hacia al este al frente del Octavo de Caballería, mientras el coronel Nelson A. Miles, un rival de Mackenzie que estaba destinado a convertirse en uno de los combatientes más famosos de la guerra contra los indios, bajaría hacia el Sur desde el fuerte Dodge de Kansas, con el Sexto de Caballería y el Quinto de Infantería. Toda la operación dependería en gran medida del conocimiento que del terreno tenía Mackenzie. En total se pusieron en marcha cuarenta y seis compañías y tres mil soldados, la mayor fuerza jamás enviada a luchar contra nativos norteamericanos.<sup>[4]</sup> A diferencia de expediciones anteriores, incluida la de Mackenzie, contarían con bases de avituallamiento permanentes, lo que les permitiría permanecer sobre el terreno indefinidamente. En términos militares, las columnas contaban con varios puntos a favor que les otorgaban la delantera, entre ellas la capacidad armamentística. Pero la ventaja principal y abrumadora de que disfrutaban era que sus adversarios se verían obligados a entrar en liza llevando consigo todas sus mujeres, niños, ancianos, tiendas, rebaños y pertenencias.

Lo que sucedió a continuación pasó a la historia con el nombre de la Guerra del Río Rojo, un acontecimiento que ocupó un lugar preponderante en la conciencia nacional no porque fuese una gran contienda —se trató más bien una campaña antiguerrillas— sino por su grandioso carácter definitivo. La gente llevaba décadas hablando de la última frontera y soñando con ella, pero lo que hasta entonces había sido un concepto romántico por fin cobraba visos de realidad material: la última frontera de verdad. La vieja noción abstracta ya podía verse y entenderse: el final de la hegemonía de las tribus ecuestres era el final de la idea misma de lo ilimitado, el final de la vieja América de la imaginación y el comienzo del nuevo Oeste, un territorio susceptible de medirse, dividirse, subdividirse y domesticarse, primero por los ganaderos y después por todos los demás. En cuestión de pocos años, el alambre de espinos ceñiría las llanuras a lo largo y ancho.

Pero para ello primero había que encontrar a los indios. Pese a que se desplazaban en masa, como comunidades enteras, en una extensión tan descomunal la empresa seguía siendo sumamente ardua, tal como Quanah demostrara con brillantez tres años antes, en el Cañón Blanco. Las cinco columnas pasaron entre cuatro y cinco meses en el terreno, vadeando una y otra vez los diversos brazos del Rojo, subiendo y bajando el Caprock, marchando en un sentido y en el contrario, y siguiendo la maraña de rastros, caótica hasta el delirio, que dejaban numerosas bandas independientes de indios. Las enloquecidas avanzadillas de los soldados recuerdan a los típicos policías del cine mudo: mucha persecución frenética con escasos resultados. Puede que los indios no entendiesen del todo la naturaleza de la campaña lanzada contra ellos, pero tenían clarísimo que no podrían derrotar a ninguna de las columnas en una batalla campal. En consecuencia, las evitaban, las seguían de cerca; solo atacaban cuando encontraban un destacamento pequeño y desgajado del grueso; o se acercaban de noche para ahuyentarles los caballos.

Fue, pues, una guerra con muy pocos combates de envergadura. El coronel Nelson Miles, que había sido el primero en llegar al terreno, fue también el primero en derramar sangre enemiga. El 30 de agosto encontró y atacó a un nutrido contingente de guerreros, en su mayoría cheyennes, cerca del Cañón de Palo Duro. Su estimación de las fuerzas enemigas era un disparate: afirmaba haberse enfrentado a un número de entre cuatrocientos y seiscientos guerreros —cifras del todo inverosímiles, vistas en retrospectiva— y, a continuación, haber dado con un poblado de hasta tres mil individuos. Esto último es directamente imposible. En sus exagerados informes, todo su afán era quedar por encima de Mackenzie, con quien mantenía una intensa rivalidad, hasta el punto de inventarse multitudinarias cohortes enemigas que no existían. (Mackenzie no entraba al trapo: en sus informes, escuetos y sobrios, hasta los combates más espectaculares resultaban tediosos). En un combate a la carrera que se prolongó a lo largo de veinte kilómetros y duró cinco horas, Miles

mató a veinticinco indios e hirió a algunos más, con apenas dos heridos en sus filas, y redujo a cenizas un gran poblado.<sup>[5]</sup> A mediados de septiembre, William Price encontró un centenar de comanches y kiowas. En el subsiguiente combate, de una hora y media de duración, los guerreros indios se batieron valerosamente para cubrir la huida de sus familias y después se replegaron. En octubre, Buell quemó dos poblados, pero solo logró matar un indio. Ese mismo mes, Black Jack Davidson dio caza a un grupo de sesenta y nueve guerreros comanches que iban acompañados de doscientas cincuenta mujeres y niños y dos mil caballos. Todos se le rindieron. En noviembre, un destacamento del Quinto de Infantería de Miles atacó a un grupo de cheyennes en McClellan Creek y les infligió una severa derrota. Los indios, desconcertados, rompieron filas y huyeron en desbandada, dejando atrás casi todas sus posesiones. La fanfarronería de los infantes perdió algo de fuelle cuando se supo que los cheyennes no podían responder a sus disparos ni aun queriendo, pues se habían quedado sin munición.<sup>[6]</sup> Y así todo. La campaña se desarrolló por lo general en forma de docenas de pequeñas escaramuzas repartidas a lo largo del otoño, con los casacas azules y los indios jugando una partida enorme de escondite en las quebradas del Caprock. Los indios no perdieron todos los enfrentamientos: el 6 de noviembre, cien cheyennes al mando del jefe Barba Cana tendieron una emboscada a veinticinco soldados del Octavo de Caballería de Price, matando a dos, hiriendo a cuatro y obligando a los demás a retirarse.<sup>[7]</sup> La guerra se alargaba interminablemente en el extremo norte de Tejas, durante una estación fría y lluviosa de tanto barro y tanta humedad que los indios se referían a la contienda como «la persecución de la mano arrugada».

La batalla más importante —un episodio digno de tal nombre— la libró el Cuarto de Caballería de Mackenzie. La idea de las columnas convergentes en un mismo punto había sido suya: en teoría, los indios se verían empujados por uno de los ejércitos hacia los demás, y una vez acorralados, se les destruiría. Eso fue más o menos lo que ocurrió a finales de septiembre, al pie de las espectaculares crestas rojas, pardas, ocre y blancas del Cañón de Palo Duro.

Los hombres de Mackenzie se habían puesto en marcha el 23 de agosto, partiendo del fuerte Concho con rumbo norte en columnas de cuatro en fondo: quinientos soldados rasos, cuarenta y siete oficiales, tres médicos de campaña y treinta y dos exploradores: en total, seiscientos cuarenta y dos hombres. Tras llegar a su viejo campamento de abastos, situado en el Cañón Blanco, a orillas del Freshwater, el ramal del Brazos, habían enfilado el consabido camino que discurría en paralelo al borde del Llano Estacado, allí donde tres años antes Quanah les dictara una lección magistral en el delicado arte de la huida. Era un verano seco y de un calor abominable; los soldados marchaban envueltos en una nube de polvo. En la primera noche de campaña, un viento huracanado arrastró las chispas de las fogatas hasta el pasto reseco; la hierba se prendió y por poco no se les incendia el campamento. Ya estaban acostumbrados a cosas así. Gracias a su experiencia sobre el terreno, y a la

instrucción implacable de Mackenzie, el Cuarto de Caballería se había convertido en la unidad más avezada y aguerrida que jamás se enfrentó a los indios de las Grandes Llanuras.<sup>[8]</sup> Secundaban al general dos oficiales de campanillas: el capitán Eugene B. Beaumont, que antes de participar en la devastación del poblado de Mano Trémula de 1872, a orillas del brazo norte del río Rojo, había combatido en Gettysburg y marchado con Sherman a través de Georgia; y el capitán N. B. McLaughlin, un general de brigada en la Guerra de Secesión que había sido el héroe del ataque del regimiento de Mackenzie contra la aldea kikapú de México, en 1873.<sup>[9]</sup> Debido a la familiaridad del general con el terreno —las demás columnas seguían los caminos que él había abierto durante sus expediciones de 1872, una red viaria que ahora se conocía como el Camino de Mackenzie—, se le otorgó plena libertad para obrar a discreción. «A la hora de ejecutar sus planes», le informó su superior en Tejas, el general C. C. Augur, «haga caso omiso de los límites de departamentos y reservas. Es usted libre de seguir a los indios adondequiera que vayan, inclusive hasta las agencias». Si los indios huían al fuerte Sill, el coronel tenía la obligación de «seguirlos hasta allí y asumir en ese mismo instante el mando de todas las tropas». Mackenzie, añadió el general, debía «tomar todas las medidas necesarias para garantizar el control absoluto sobre los indios de la zona».<sup>[10]</sup>

Los soldados del Cuarto de Caballería llevaban más de un mes siguiendo rastros, habían librado unas cuantas escaramuzas contra comanches que se esfumaban en los barrancos, y habían tenido que hacer frente a las torrenteras que empezaron a formarse con las lluvias de septiembre y que convertían el terreno en un lodazal pegajoso. Mackenzie estaba irritado y, como de costumbre, impaciente. Las largas marchas a caballo hacían estragos en su maltrecho organismo. Trataba con severidad a la tropa, chasqueando los muñones de los dedos y clamando contra aquellas condiciones climáticas que provocaban que su caravana se atascase en fangales que llegaban por las rodillas. Al amanecer del 25 de septiembre, con sus carromatos atollados en el barro, Mackenzie decidió dejarlos atrás y se dirigió hacia el noroeste. Recorriendo parte del camino a pie para no agotar a los caballos, sus soldados cubrieron más de treinta extenuantes kilómetros hasta llegar al Cañón del Tule, otra formación de descarnada belleza esculpida en los confines del Llano Estacado y atravesada por el arroyo homónimo, que discurría hacia el norte hasta confluir con uno de los brazos del río Rojo, el de la Colonia de los Perrillos de la Pradera, en el Cañón de Palo Duro. A la caída de la tarde, uno de sus exploradores llegó con la noticia que había estado esperando Mackenzie: más adelante, entre los múltiples rastros que apuntaban enloquecidos en todas las direcciones, destacaba uno muy grande, que indicaba el paso de unos mil quinientos caballos. Y se dirigía al este.

La tropa estaba molida tras la larga marcha por el barro, pero Mackenzie les ordenó subir de nuevo a los caballos. La columna se puso en camino bajo la reluciente luna llena de otoño, a través de una hierba espesa que amortiguaba el chacoloteo de los cascos.<sup>[11]</sup> Siguieron el rastro a lo largo de ocho kilómetros,

esperando que los atacasen de un momento a otro. Mackenzie era consciente de que su presa estaba allí mismo, a su alrededor, sigilosa y escurridiza como un fantasma. Llegado el momento de vivaquear, lo primero fue colocar a los caballos bajo una estrecha vigilancia. Los soldados durmieron con las botas puestas y las armas a mano. Al día siguiente, Mackenzie se quedó en el campamento, esperando a que llegase el tren de avituallamiento. Esa noche, recordando las amargas lecciones del Cañón Blanco y del poblado de Mano Trémula, y notando la presencia cercana de muchos indios, Mackenzie redobló las precauciones. No solo mandó manear todas las caballerías, esto es, que les trabasen con cuerda las patas delanteras, sino que en lugar de atárselas juntas ordenó que las atasen cada una a la pata trasera contraria. A continuación se amarraron los caballos con sogas de diez metros de largo y una pulgada de grosor, atadas a su vez a estacas de hierro de cuarenta centímetros que se clavaron bien hondas en el suelo.<sup>[12]</sup> Por último, alrededor de la yeguada se apostaron varias «partidas durmientes», de entre doce y veinte hombres.<sup>[13]</sup> Mackenzie no estaba dispuesto a correr el menor riesgo.

Esa noche, tal como esperaba, los indios atacaron en gran número. La primera carga se produjo a las diez y media. Unos comanches al mando de Mano Trémula, Caballo Salvaje y Oye el Amanecer cruzaron al galope el perímetro del campamento, disparando y gritando para ahuyentar a los caballos. En vista de que aquello no les daba resultado, se reagruparon y empezaron a dar vueltas, todavía con esperanzas de poder robar las caballerías, pero para entonces ya estaban expuestos al nutrido fuego de réplica de los vigilantes de la yeguada. Los indios se marcharon alrededor de la una. A la mañana siguiente, los soldados salieron a caballo del campamento y en una elevación del terreno se toparon con una línea de comanches. El coronel mandó atacar y los indios se retiraron. Mackenzie solo perdió tres caballos. La única baja se produjo cuando un explorador tonkawa llamado Henry mató al caballo que montaba un guerrero comanche tocado con un historiado penacho (al estilo de las llanuras del norte). Henry picó espuelas para entrar a matar, pero había olvidado cargar el rifle. El comanche descabalgado lo arrastró hasta el suelo y empezó a atizarle con el arco. A los soldados, que contemplaban la escena desde cerca, les parecía divertido. Cada vez que el pobre tonkawa recibía un golpe, suplicaba a sus amigos: «¿Por qué no disparar? ¿Por qué no disparar?». Al final, uno de los soldados, cansado ya de la broma, mató de un tiro al comanche. El tonkawa le cortó la cabellera.<sup>[14]</sup> El comanche, por supuesto, desde el mismo momento en que se quedó sin caballo tenía claro que iba a morir. Mientras los soldados se reían, él disputaba el último combate de su vida. Aquel gesto de crueldad gratuita era propio de un comanche. Merece la pena señalar que el guerrero no portaba arma de fuego de ningún tipo.

Mackenzie pasó a la ofensiva. Mandó que cargasen las mulas con raciones para doce días, volvió a dejar atrás el tren de avituallamiento —bajo vigilancia de su infantería y de una compañía de caballería— y marchó hacia el sudoeste, Cañón del Tule arriba. Sus enemigos, qué duda cabe, debieron de respirar aliviados al verlo

alejarse de sus campamentos.

Pero aquello no era más que la finta de un militar que a esas alturas ya estaba plenamente familiarizado, más que ningún otro soldado blanco, con los senderos de la región de los cañones. Mackenzie sabía con total precisión dónde estaba el campamento comanche, y hacia allí se dirigía por la ruta más directa posible. Al parecer se había enterado de la ubicación exacta del campamento enemigo por boca de un comanchero capturado al que mandó amarrar y luego estirar, cabe suponer que dolorosamente, en la rueda de una diligencia. Posteriormente, los exploradores, que marchaban cuarenta kilómetros por delante de la columna principal, habían corroborado la veracidad de la información. Los soldados del Cuarto de Caballería mantuvieron ese rumbo hasta el anochecer, momento en que los indios ya no podían seguirles la pista con facilidad, y viraron bruscamente hacia el norte, para cruzar el Cañón del Tule por la misma ruta que abriera Mackenzie en su exploración de 1872, y atravesar las llanuras embarradas hacia el Cañón de Palo Duro. Mackenzie les hizo forzar la marcha sin piedad durante toda la noche, por aquel terreno accidentado, y la columna cubrió la distancia en doce horas.<sup>[15]</sup> El 28 de septiembre, justo cuando empezaba a clarear por el oriente, las siete compañías del Cuarto llegaron al borde de un abismo enorme: era Palo Duro, un cañón de diez kilómetros de ancho, en el punto exacto en el que conecta con el Blanca Cita, un desfiladero perpendicular de menos de un kilómetro de ancho.

Los hombres se asomaron con cuidado al precipicio, una pared vertical de trescientos metros de altura, y cuál sería su sorpresa al ver justo debajo de ellos, extendidos a orillas de un arroyo, a lo largo de unos cinco kilómetros, cinco poblados indios compuestos de doscientos tipis y una gran manada de caballos. Lo que los soldados tenían ante sus ojos era el sanctasanctórum de la Comanchería. En el interior de aquella cicatriz fabulosa en la faz de la tierra, resultado de noventa millones de años de erosión implacable, se desplegaba un mundo aparte, un elegante universo surcado por un río sinuoso y tapizado de enebros, almezos, cerezos, mezquites y álamos de Virginia. En el fondo de la garganta discurría un riachuelo de aguas cristalinas que caía de un manantial que brotaba del borde del cañón. Aunque en ese momento los *taibos* no lo sabían, entre los acampados había una mayoría de comanches a las órdenes de un jefe llamado O-ha-ma-tai, kiowas a las órdenes de Maman-ti, y un pequeño grupo de cheyennes comandados por Camisa de Hierro.

Entonces Mackenzie tomó una decisión que al menos a algunos de sus hombres les pareció sumamente arriesgada. Tras recorrer más de un kilómetro y medio a lo largo del borde del despeñadero, descubrió un camino de cabras, angosto y escarpado, que bajaba al lecho del cañón y al interior de lo que posteriormente uno de sus soldados denominaría «las fauces de la muerte».<sup>[16]</sup> Mackenzie, plantado en la cabecera del camino, se volvió hacia su teniente y se limitó a decirle: «Señor Thompson, baje con sus hombres y rompa las hostilidades».<sup>[17]</sup> Los soldados echaron pie a tierra y, entre tropezones y resbalones, uno por uno consiguieron llegar al fondo

del cañón.

El riesgo radicaba en lo expuesta que estaba la tropa durante la bajada. Transcurrió casi una hora hasta que las siete compañías completaron el descenso. Tuvieron suerte. Maman-ti, el jefe y hechicero kiowa, tras consultar a los espíritus, había asegurado a los indios allí acampados que no corrían peligro de un ataque de los casacas azules, y ese día dormían sin centinelas. Una vez más, la magia india concedía una ventaja enorme a los blancos. Casi todos los soldados llegaron al fondo del valle antes de que los indios se diesen cuenta. En cuanto vieron a los *taibos* bajando por la pared del cañón, reaccionaron como solían hacer cuando atacaban sus poblados: lucharon con ferocidad para cubrir la fuga de sus familias. Así lo describió el sargento John Charlton:

Nos atacaban por todas partes, primero docenas de ellos, luego centenares [...] Muchos se ocultaban detrás de las rocas mientras otros se emboscaban entre el follaje de los cedros [...] Los guerreros se mantuvieron firmes sin ceder terreno durante un tiempo, luchando a la desesperada para cubrir la salida de sus *squaws* y bestias de carga, pero ante el fuego nutrido de la tropa no tardaron en levantar el campo.<sup>[18]</sup>

Los soldados, encabezados por Mackenzie, recorrieron un poblado tras otro, avanzando entre los tipis abandonados. Había cecina y pieles de bisonte desparramadas por el suelo, pero también un sinnúmero de objetos fabricados por el hombre blanco, que ponían de manifiesto la intensa contaminación cultural que ya inundaba todos los rincones de la vida en las llanuras: mantas de munición, recortes de estaño, loza, cazuelas, cargadores con balas, fardos de percal y sacos de harina. Saltaba a la vista que las mujeres habían reunido todos esos objetos para salvarlos, pero después los habían tirado cuando huyeron a caballo despavoridas. A continuación tuvo lugar el consabido combate a la carrera, esta vez a lo largo de seis kilómetros, durante el cual murieron cuatro comanches. Los soldados, sin embargo, enseguida volvieron a verse rodeados de indios, que de repente les disparaban desde las paredes del cañón, lo que indicaba que se habían quedado atrapados. «¿Cómo vamos a salir de aquí?», preguntó amedrentado un soldado, que temía que la unidad entera pudiese ser aniquilada. Mackenzie lo oyó y su respuesta no se hizo esperar: «Yo les he metido aquí, y yo les sacaré».<sup>[19]</sup> El coronel ordenó a sus hombres que siguiesen adelante y afrontasen a pecho descubierto toda la furia del ataque. Su audacia surtió efecto: los indios se dieron media vuelta y escaparon trepando por las paredes del Cañón de Blanca Cita, siguiendo los pasos de sus familias, que habían huido antes.

Mackenzie, en lugar de seguirlos, volvió sobre sus pasos y mandó incendiar los poblados. Rugieron las llamas; el olor a carne de bisonte quemada saturaba el aire, junto con las vaharadas de la harina y azúcar del Departamento de Asuntos Indios,

que también se chamuscaban. A eso de las tres de la tarde, las compañías volvieron a subir las paredes del cañón, esta vez con el añadido de los mil cuatrocientos veinticuatro caballos capturados. En cuanto ganaron de nuevo la altiplanicie, los cerca de quinientos soldados formaron un «cuadrado hueco», una especie de aprisco móvil en cuyo interior arrear a la yeguada obtenida como botín. A la una de la noche, tras más de treinta kilómetros de marcha, llegaron al campamento de abastos del Cañón del Tule. Los soldados, que llevaban treinta y una de las últimas treinta y tres horas sin dormir ni apearse de la silla, estaban baldados. El sargento Charlton trató de dormir, pero lo despertó la voz «aguda y quejumbrosa» de Mackenzie: «¡Arriba, sargento! ¡Despierte a sus hombres y vigile los caballos!».<sup>[20]</sup>

Tras el desayuno, Mackenzie entregó los mejores caballos a los exploradores, escogió unos cuantos para su uso personal, y mandó que matasen a todos los demás, más de un millar. Custer había sacrificado caballos en el Washita, seis años antes, pero había sido por pura necesidad toda vez que su columna corría un serio peligro de aniquilación. La decisión de Mackenzie, en cambio, era de índole táctica, una forma de acabar con el medio de subsistencia de los indios. La tarea era truculenta, y llevó su tiempo. La infantería ataba a los enloquecidos caballos y los conducía ante el pelotón de fusilamiento. Cuantos más caballos sacrificaban, más costaba manejar al resto. Al último no pudieron matarlo hasta casi las tres de la tarde. El resultado fue una pila inmensa de caballos muertos. Los cadáveres se pudrieron en la cabecera del Cañón del Tule y terminaron transformándose en una montaña de huesos blanqueados que permaneció allí muchos años, convertida tanto en jalón de referencia para viajeros como en grotesco monumento conmemorativo del fin de la hegemonía de las tribus ecuestres de las llanuras. Andando el tiempo, algún espíritu emprendedor recogió los restos y los vendió como fertilizante. Algunas noches, cuenta la leyenda, se ve galopar por el cañón una manada fantasma, sin jinetes y con las crines espectrales ondeando al viento.

Así terminó la Batalla del Cañón de Palo Duro. Solo murieron cuatro indios, pero Mackenzie les había asestado un golpe devastador. Nadie sabe cuántos individuos había acampados en los cinco poblados, pero a juzgar por el número de tipis debían de ser cerca de mil. Y de pronto, esos indios se veían ante una nueva y terrible realidad. La mayoría estaba a pie, sin cobijo, comida ni ropa, teniendo que afrontar un invierno en las altiplanicies, donde las manadas de bisontes menguaban a velocidad alarmante por obra y gracia de los cazadores. Los habían obligado a huir en desbandada de su última guarida importante. A lo largo de las semanas siguientes fue regresando poco a poco al fuerte Sill la mayoría de los que ese día escaparon por el Cañón de Blanca Cita, completamente derrotados y sin ánimos de volver a abandonar la reserva, de la que ya no saldrían jamás.<sup>[21]</sup>

La gran campaña de Sheridan terminó enseguida. El juego del escondite prosiguió

durante el invierno, cada vez con menos indios entre los jugadores. Muchos habían vuelto al fuerte Sill en otoño. Quienes no lo hicieron andaban cortos de víveres; algunos murieron de inanición. En febrero se entregaron Lobo Solitario y los últimos kiowas. En marzo arrojaron la toalla ochocientos veinticinco cheyennes sureños. Las reservas recibían un flujo continuo de pequeños grupos y de individuos. En abril se rindieron las bandas de Mano Trémula, Oye el Amanecer y Caballo Salvaje, con treinta y cinco guerreros, ciento cuarenta mujeres y niños, y setecientos caballos. Se les retiraron las armas y los caballos y mulas. Primero los recluyeron en unos campos de internamiento situados al oeste del fuerte Sill. Los jefes que habían incumplido tratados o promesas solían recibir un tratamiento riguroso. A Satanta, el jefe kiowa, lo metieron en una cárcel de Huntsville (Tejas), donde se quitó la vida arrojándose de cabeza desde una ventana del segundo piso de la enfermería de la prisión. A otros los desterraron en tren a Florida. Cuando las autoridades se hicieron cargo de que las tribus ecuestres estaban derrotadas en toda regla, permitieron el regreso de casi todos los jefes. Pese a la ausencia de episodios espectaculares a gran escala, Sheridan, en su informe de 1875, afirmó que la Guerra del Río Rojo había sido «la campaña más provechosa de cuantas se habían llevado a cabo contra los indios en todo el país desde la llegada de los blancos».

A finales de abril solo quedaban en las llanuras meridionales unas pocas bandas de indios insumisos, la mayor de las cuales, con mucho, era la de los quahadis de Quanah. Hasta donde sabía el ejército, la banda, tras la Batalla de Adobe Walls, se había esfumado por completo.<sup>[22]</sup> Eran cuatrocientos individuos en total, entre ellos un centenar de guerreros sanos. A pesar de esa magnitud, y de una numerosa yeguada, los quahadis habían logrado la considerable proeza de burlar por completo las patrullas incesantes de los *taibos*. Lo habían hecho a base de movimientos rápidos y ágiles. También habían permanecido mucho más al sur que las demás concentraciones de indios del saliente septentrional de Tejas, pues pasaban casi todo el tiempo acampados al sureste de la actual Lubbock, cerca de las ciudades de Gail y Snyder, justo en la vertiente oriental del Caprock. Mackenzie los buscó por allí en dos ocasiones, siguiendo la información que había sonsacado a unos prisioneros kiowas, pero no encontró nada. Lo cierto es que invirtió gran cantidad de tiempo en buscar a Quanah. En su tercer y último viaje de reconocimiento, que llevó a cabo en diciembre de 1874, el coronel pasó diecisiete días en la región meridional del Llano Estacado, durante los que recorrió más de cuatrocientos kilómetros. Sus soldados marcharon penosamente bajo intensas nevadas y tormentas de hielo desde la actual localidad de Floydada hasta la de Snyder, un periplo durante el cual mataron exactamente tres indios. Encontraron un rastro reciente que atravesaba la altiplanicie hasta la región de Mucha-que, un enclave de intensa actividad comercial situado en las inmediaciones de la moderna Gail, y Mackenzie decidió seguirlo. Estaba tan seguro de tener a tiro a la banda de Quanah que pidió que le mandasen inmediatamente un destacamento desde el fuerte Concho para interceptarla. Pero aquella intentona también quedó en

agua de borrajas. Atascado en la enésima ventisca, Mackenzie recibió un mensaje de Sheridan en el que se le informaba que su misión había terminado y que debía presentarse en el fuerte Sill para asumir el mando de las reservas comanche-kiowa y cheyenne-arapaho.<sup>[23]</sup>

En una entrevista posterior, Quanah confirmó que, efectivamente, había pasado todo ese otoño e invierno jugando al gato y al ratón con los federales. «Teníamos varios cientos de caballos», dijo, «y estábamos muy alerta por si se acercaba el enemigo. Cuando nos enterábamos de que venía en nuestra dirección, nos poníamos rápidamente en marcha. Con varios de mis hombres, y todas nuestras familias, seguimos aplicando esa táctica todo el invierno [...] Durante ese periodo estuvimos casi siempre en danza, pues los soldados iban a por nosotros y en muchas ocasiones los tuvimos casi encima».<sup>[24]</sup> Los quahadis cazaban bisontes siempre que podían, y cuando se quedaban sin carne de bisonte o caballo, retomando las viejas costumbres comanches de la época de Wyoming, antes de convertirse en tribu ecuestre, comían frutos secos, larvas y roedores. Lo más probable es que comerciasen con los comancheros que habían logrado sortear el bloqueo de Mackenzie. Pasaron tremendas dificultades.

El 16 de marzo de 1875, Mackenzie llegó al fuerte Sill para asumir el mando en plaza. A mediados de abril ya le constaba que solo quedaba en libertad una banda grande, y sabía quiénes eran. El 23 de abril envió una delegación especial para tratar de convencer a Quanah de que acudiese a la reserva por las buenas. La formaban un tal Jacob J. Sturm, supuesto «médico» e intérprete que se había casado con una caddoana, y tres comanches, entre ellos Caballo Salvaje, el jefe quahadi. No sabían muy bien adonde iban. Partiendo del fuerte con rumbo suroeste, cruzaron el río Rojo y marcharon en paralelo al borde oriental del Caprock. Al llegar a la actual ciudad de Matador, se toparon con el pequeño poblado de apenas quince tipis del jefe quahadi Barba Negra. Los emisarios fueron recibidos con cordialidad y Barba Negra aceptó de buena gana la oferta de Mackenzie de acudir pacíficamente a la reserva con sus cincuenta comanches. El invierno había sido crudelísimo. El jefe afirmó estar cansado de guerrear y les dijo dónde estaba el campamento de Quanah. Estaba a «dos sueños» de distancia. El 1 de mayo, Sturm y su grupo encontraron el campamento más o menos donde Mackenzie había predicho. El sedicente médico escribió:

Según llegamos al campamento, los indios se nos acercaron a caballo desde todas las direcciones para ver quiénes éramos, y al enterarse de que éramos mensajeros en son de paz, nos invitaron a apearnos de las caballerías, que pasaron al cuidado de las *squaws* mientras los hombres nos llevaban a una gran tienda. Una vez allí compartimos con ellos nuestro tabaco, café y azúcar, lo cual les satisfizo inmensamente habida cuenta de lo mucho que llevaban sin disfrutar de ninguno de aquellos lujos.<sup>[25]</sup>

Sturm pasó los dos días siguientes parlamentando tanto con Quannah como con Isa-tai, quien, pese a su rotundo fracaso en Adobe Walls, se las había arreglado para conservar su influencia. Sturm hizo una observación interesante sobre él:

El hechicero dice que no es un jefe pero reconoce que ejerce gran influencia sobre su gente [...] Añade que no ha adquirido esa influencia por la vía de las armas, sino tratando bien a sus congéneres, sin jamás abusar de ellos. Dice que tiene un gran corazón, que ama a todas las personas y seres vivos, y que nunca se enfurece ni golpea a nadie ni nada, ni siquiera a un animal.<sup>[26]</sup>

Quannah, contra todo pronóstico, abogaba por la capitulación. Había destacado por su odio a los blancos; había ardido en deseos de vengar la muerte de su padre, la captura de su madre y hermana, y la muerte de su sobrino y otros amigos y parientes. En Adobe Walls había demostrado una indiferencia absoluta ante el peligro de perder su propia vida, y después había pasado el verano matando blancos. Siempre había despreciado a los comanches que se plegaban a las directrices de los *taibos*. Al mismo tiempo, no se le escapaba que era un mestizo, y su madre una blanca. De pronto empezó a preconizar con vehemencia la adopción del estilo de vida de los blancos. Según la leyenda que circulaba en la familia Parker, Quannah, para poder tomar su decisión, subió a meditar a lo alto de un otero. Estaba rogando al Gran Espíritu que lo orientase cuando vio a un lobo que le aulló y luego echó a correr en dirección al fuerte Sill. Después vio un águila que tras bajar en picado varias veces hacia él se alejó volando hacia el noreste. Quannah se tomó ambos sucesos como sendas señales de que debería capitular,<sup>[27]</sup> y su gente se mostró de acuerdo. Isa-tai escribió en una piel de bisonte una nota pictográfica para treinta miembros de la banda que habían salido a cazar bisontes, la clavó en un poste, y el 6 de mayo de 1875 el grupo entero partió hacia el fuerte Sill.

Viajaron despacio. Los caballos, debilitados por la falta de comida y el duro invierno, no podían hacer otra cosa. La premiosidad de la marcha confería un cierto dejo nostálgico al viaje. Daba la sensación de que los indios estaban oficiando los últimos ritos de la libertad. Los hombres cazaban a diario. Mataban bisontes, antílopes y caballos salvajes, y se daban festines con las viandas cocinadas en hoyos rodeados de piedras. Paraban periódicamente: mientras las mujeres ponían carne a secar o la empacaban, los hombres hacían carreras de caballos y los niños perseguían gallos de las praderas. Tomaban el café del hombre blanco, cargado de azúcar. Bailaban las viejas danzas. «Piensan que es la última danza mágica», escribió Sturm, «que celebrarán en estas llanuras. Dicen que abandonarán su vida itinerante y tratarán de aprender a vivir como los blancos».<sup>[28]</sup> Curiosamente, Sturm no consigna ninguna muestra de amargura por parte de los indios, ningún indicio de tristeza. Tal vez fuese un simple déficit de imaginación. Tal vez los nermernuh no se hacían una idea de

cómo iba a ser lo de cultivar judías o criar ovejas; ni de cómo sería vivir siempre en el mismo lugar, en la misma morada, sin moverse jamás con las manadas de primavera; ni de cuál sería la actividad de los hombres de la tribu cuando no tuviesen cacerías ni combates ni forma alguna de demostrar su valía.

El mediodía del 2 de junio, casi un mes después de abandonar el campamento, cuatrocientos siete quahadis llegaron a Signal Station, a unos pocos kilómetros al oeste del fuerte Sill, y entregaron sus mil quinientos caballos y sus armas a las autoridades militares de Estados Unidos. Recibieron un buen trato. A diferencia de las demás tribus y bandas que los precedieron, no se encerró a los guerreros bajo custodia en calabozos a cielo abierto con el suelo de piedra, adonde una vez al día llegaba una diligencia cargada con carne cruda para que los soldados les echasen tajadas por encima de los muros.<sup>[29]</sup> Las mujeres, niños y ancianos, mientras tanto, fueron trasladados al campamento que tenían designado. Ya solo quedaban cincuenta indios reacios a negociar, pero estaban todos acampados en la reserva.

Desde el mismo momento en que llegó Quanah, Mackenzie se interesó vivamente por él. A pesar de los sudores que le habían hecho pasar, el coronel admiraba a los quahadis. Cuando se enteró de que iban de camino a la reserva, escribió a Sheridan: «Tengo mejor concepto de esta banda que de cualquier otra de la reserva [...] Haré todo lo posible por suavizarles el golpe». Y desde luego lo hizo. Se les permitió quedarse con gran parte de sus caballos, y Mackenzie se aseguró de que no se encerrase a ningún miembro de la banda en el calabozo del fuerte Sill.<sup>[30]</sup> No hay constancia escrita de lo que ocurrió cuando los dos hombres se encontraron por primera vez, ni de lo que se dijeron. Lo que sí se sabe es que antes incluso de que llegase Quanah, Mackenzie había averiguado mediante un mensajero la identidad de su madre y había escrito una carta, con fecha de 19 de mayo de 1875, al intendente del ejército de Dennison (Tejas) para preguntarle por el paradero de Cynthia Ann y Flor de la Pradera. La carta también salió publicada en un periódico de Dallas y sirvió para obtener la información de que tanto la hermana de Quanah como la madre habían muerto.<sup>[31]</sup> El coronel no había conocido aún al jefe comanche, pero aquella carta fue el inicio de una amistad que las fuentes históricas califican de extraordinaria.

## CON PASO FIRME HACIA LA DERROTA

**L**a vida en la reserva fue una experiencia demoledora. Para los comanches, una vez sometidos a la voluntad del hombre blanco, ya era un trago lo bastante amargo verse obligados a ponerse mansamente en fila para recibir su limosna. De un día para otro, como niños pequeños y desvalidos, eran incapaces de alimentarse o vestirse por sí solos. Pero es que, además, como de costumbre —para sumar pesadilla tras pesadilla—, una buena parte de esas provisiones se perdía por el camino. El sistema era cruel y humillante: los *taibos* habían despojado a los comanches de todos los elementos definitorios de su existencia y lo único que les ofrecían a cambio era la miseria más sórdida. Desde el mismo momento en que llegaron a la reserva, los *nermernih* solo tuvieron ante sí un inmenso abismo de hambre, desesperación y dependencia. Era una mezcla de callejón sin salida y camino sin retorno.<sup>[1]</sup>

La caridad del hombre blanco adoptaba dos formas: raciones de comida y asignaciones. Lo segundo consistía en una renta anual de diversos productos por valor de treinta mil dólares en especie a repartir entre las tribus comanche y kiowa. Dividida entre los tres mil residentes, esta renta anual significaba diez dólares por persona. Entre los productos había hachas, sartenes, dedales, platos de estaño, cuchillos de carnicero y ropa sencilla. Muchos de ellos eran de ínfima calidad, cuando no completamente inservibles. Los comanches solían vendérselos baratos a los blancos. La ración de setecientos cincuenta gramos de carne al día por persona, que era el sustento principal de los indios de la reserva, resultó ser un desastre logístico y burocrático. La carne se enviaba «en pie» —es decir, en forma de reses vivas— de acuerdo con los cálculos del Gobierno, que presuponían que una vaca producía una cantidad de carne comestible equivalente a la mitad de su peso en bruto. Esta proporción era atinada para una estación fértil y lluviosa que generase hierba de sobra, pero en invierno, buena parte del ganado, que pacía en las praderas, perdía tanto peso que su único valor era el cuero. Dado que en las reservas casi toda la caza estaba esquilmada, que los bisontes rara vez se ponían a tiro, y que los componentes no cárnicos de la ración —harina, café, azúcar, sal— eran menos de la mitad de lo que se daba a los soldados —y eso cuando llegaban la remesas—, muchas familias pasaban hambre. El reparto semanal al menos les brindaba una diversión, bien que patética. Cuando se abrían las puertas de los corrales y salían las vacas de ración, los guerreros comanches, aullando y dando alaridos, las perseguían y mataban con arcos y pistolas.<sup>[2]</sup>

Resulta, pues, extraño que ese mundo postcatastrófico de marasmo y pesadumbre fuese la plataforma de lanzamiento de la extraordinaria carrera de Quanah Parker —

como insistiría en que lo llamasen—, el hombre que había de convertirse en el nativo norteamericano de más éxito e influencia de finales del siglo XIX, y el primer y único hombre de la historia que ostentó el título de jefe principal de los comanches. Su ascensión fue doblemente extraña por cuanto había sido el más recalcitrante de los recalcitrantes, el último irreductible de la última facción de los fanáticos quahadis, la única banda de cualquier tribu estadounidense que jamás firmó un tratado con el hombre blanco. En el momento de rendirse, Quanah tenía veintisiete años. Tenía fama de guerrero feroz y carismático, de asesino hecho y derecho, probablemente el comanche más fuerte y duro de su generación, lo cual eran palabras mayores. A sus escasos años había matado a muchos indios y blancos, una estadística que nunca se conocerá puesto que en los años que pasó en la reserva Quanah siempre se negó, con suma inteligencia, a tocar el asunto. Había comandado su propia banda en los páramos tras su fuga con Weckeah, y era famoso por ello; junto con Isa-tai, era el más destacado de todos los jefes jóvenes, y el que más rápido había alcanzado esa posición. Pero en junio de 1875, su rendición ante Mackenzie echó definitivamente por tierra su prometedor trayectoria por la vía tradicional.

Sin embargo, también marcó el inicio de una nueva etapa. Cuando Quanah llegó al fuerte Sill, su predisposición hacia el cautiverio ya había cambiado por completo. [3] Estaba decidido a dejar atrás la gloria de la vida libre en las praderas sin mirar al pasado. Y lo que es igual de importante, se esforzó por encauzar a su tribu, con frecuencia retrógrada y contumaz, por la nueva senda. El cambio significaba adoptar la vida agrícola y ganadera del hombre blanco, sus escuelas para niños, su comercio, política e idioma. El abismo que se abría ante los vestigios lastimosos de los comanches representaba para Quanah una oportunidad espléndida. El jefe mestizo forjaría una nueva versión de sí mismo y se convertiría en un próspero ciudadano estadounidense, que pagaba impuestos, vestía ternos de lana y sombreros vaqueros, y asistía a las reuniones del consejo escolar. Y trataría de llevar por ese camino al resto de la nación comanche. En aquel invierno deprimente y desesperado de 1875 y 1876 resultaba poco menos que ridículo imaginarse a los comanches convertidos en ciudadanos burgueses. Pero Quanah veía el futuro con claridad. En las altiplanicies salvajes había sido un guerrero de una agresividad pasmosa; ahora actuaría con idéntica resolución para dejar atrás su vida de bárbaro de una Edad de Piedra tardía, y abrazar todas las convenciones de la cultura industrial estadounidense.

Quanah, como tantos otros emigrantes, desembarcó en las inhóspitas costas de la nación estadounidense sumido en la pobreza más extrema. Cuando llegó al fuerte Sill tenía dos mujeres, una hija, un cierto prestigio dentro de la tribu, y poco más. Como todos los demás, andaba literalmente a la sopa boba, vivía en un tipi cerca de la agencia y esperaba con paciencia en la cola a que le diesen su ración. Toda la fortuna que poseía en forma de caballos se había esfumado. El sacrificio o dispersión de las

yeguadas comanches fue un elemento sustancial de la labor de destrucción económica y militar que los blancos desarrollaron contra la tribu. En términos tanto blancos como comanches, el mestizo estaba en la miseria.

Por otra parte, Quanah tan solo era uno más de los varios jefes legitimados para reivindicar el liderazgo de una banda o de la tribu entera. Había caudillos más veteranos, como Grupa de Caballo (nokoni), Vía Láctea (penateka), Mano Trémula (kotsoteka), Caballo Salvaje (quahadi) y, en especial, Oye el Amanecer (yamparika), todos los cuales ejercían más influencia que él. Pero Quanah no se arredraba. Desde sus primeros días en la reserva se dedicó a urdir planes para promocionarse, y no se avergonzaba de ello. Tal vez había descubierto su verdadera vocación en la época en que Isa-tai y él reclutaban indios de las cinco tribus para atacar a los cazadores de bisontes, un logro sin precedentes en la historia de las llanuras que motivó que hasta grandes jefes como el kiowa Lobo Solitario defiriesen a él. Hasta aquella mañana catastrófica en Adobe Walls, cuando la magia de Isa-tai resultó fallida y los rifles de los cazadores hicieron estragos, la pareja había cosechado un éxito clamoroso.

Quanah era consciente de que el camino hacia el poder pasaba por el hombre blanco y su capacidad de designar y nombrar líderes, tal como ocurría con las poblaciones nativas de Malasia, India y demás colonias británicas del siglo XIX. En consecuencia, se preocupó de cultivar la relación tanto con el agente encargado de los comanches, el cuáquero J. M. Haworth, como con el oficial al mando, que desde el uno de abril de 1875 hasta 1877 fue el irascible y cruelmente eficaz Ranald Slidell Mackenzie. El general, que había recibido con sorpresa la noticia del parentesco de Quanah, se había tomado algunas molestias, empezando por la carta del 19 de mayo, en averiguar qué había sido de su madre y su hermana. En uno de sus primeros encuentros, Mackenzie transmitió a Quanah la información que le había llegado, haciendo así añicos el sueño que siempre había acariciado el comanche de reunirse con su amada madre.

Con todo, Quanah tenía una curiosidad insaciable por su familia blanca, y siguió escribiendo cartas —es decir, dictándoselas a alguien— para obtener información. (Durante los años que pasó en la reserva, el aparente grado de alfabetización de Quanah variaba en función del nivel cultural del amanuense que tuviese a mano en cada momento; unas veces parece un palurdo, otras un indio que habla inglés macarrónico, y otras un profesor de inglés). Una prueba de la relación floreciente con su amigo Mackenzie es la carta que este escribió en nombre de Quanah a Isaac Parker, el tío de Cynthia Ann, que por entonces tenía ochenta y dos años y vivía en Fort Worth. En la misiva, Mackenzie le explicaba a Isaac que Quanah estaba disgustado porque, al parecer, los Parker se negaban a aceptarlo como miembro de la familia, y sostenía que «no se le debería responsabilizar por los pecados de los comanches de una generación anterior», y que era «un hombre con quien merecía la pena hacer algo».<sup>[4]</sup> (Isaac no contestó nunca). Los dos hombres vivían cerca el uno del otro, Quanah en su tipi y Mackenzie en la hilera de casas que constituía la

residencia de los oficiales del fuerte Sill. Tiempo después, en cierta ocasión en que Charles Goodnight alabó los modales de Quanah, este le contó que había sido Mackenzie quien se había tomado la molestia de enseñarle las maneras de los blancos,<sup>[5]</sup> lo cual indica que el general y el comanche debieron de pasar bastante tiempo juntos. Las lecciones de etiqueta que el mayor debelador de indios de la historia impartió al hombre que habría de convertirse en el último jefe comanche debieron de ser todo un espectáculo.

En un mundo de indios resentidos y desposeídos, que acampaban con desconsuelo en tipis plantados en las suaves colinas herbosas y las orillas de los arroyos que rodeaban el fuerte Sill, Quanah se esmeraba en mostrarse alegre, servicial y cooperativo. También es cierto que ese era su carácter. Era un hombre sociable por naturaleza, el producto de una sociedad profundamente comunitaria donde la formación de consensos era la facultad política más valiosa y un don personal que Quanah poseía en abundancia. El prestigio de un jefe joven se basaba por completo en su capacidad de reclutar guerreros que lo acompañasen en incursiones y expediciones militares. Toda la campaña de Adobe Walls había girado en torno al reclutamiento y el consenso. En cierta ocasión, Quanah se ofreció voluntario para llevar de vuelta a la reserva a unos comanches que se habían escapado a cazar bisontes, y también hizo lo propio con un guerrero que estaba acusado de asesinar a un soldado.<sup>[6]</sup>

Su actitud no tardó en dar frutos. Cuando el agente Haworth dividió las tribus en «bandas de carne» con el fin de hacer más eficaz el proceso de racionamiento, nombró un cabecilla para cada banda, y en 1878 Quanah ya era el líder de la tercera banda más numerosa.

De esa forma, como un jefe de almacén del Chicago de unas cuantas décadas después, controlaba la distribución de mercancías y, como es natural, se llevaba un pellizco. Era la primera vez que saboreaba el poder en el nuevo sistema político, y la experiencia tuvo sus repercusiones. Algunos de los jefes comanches lo despreciaban profundamente, a él y al trato de favor que le daban los *taibos*, y durante casi toda su estancia en la reserva Quanah se vio obligado a luchar por conservar cualquier mínima autoridad que los blancos le concedían.

Igual de importante para la nueva política que Quanah adoptó en su cautiverio fue la misión especial que aceptó llevar a cabo a instancias de su nuevo amigo Mackenzie. Su cometido era localizar y llevar a la reserva a un pequeño grupo de comanches irreductibles que seguían en libertad junto con sus familias. En julio de 1877, Quanah partió en su búsqueda acompañado de dos comanches de más edad, tres mujeres y varias mulas del Gobierno cargadas de provisiones. Llevaba una bandera blanca y una severa carta escrita por el coronel Mackenzie en un papel con membrete del ejército, que explicaba en detalle la misión de Quanah y amenazaba con graves consecuencias a cualquiera que la entorpeciese. Así y todo, la empresa era sumamente peligrosa. La región que se extendía al oeste del fuerte Sill estaba plagada

de cazadores de bisontes y otros desalmados del gremio del cuero que ansiaban vengarse de los indios en general, y de los comanches en particular, y un grupo de seis individuos escasamente armados, en su mayoría ancianos y mujeres, habría sido presa fácil. El hecho de que Quanah, que hasta su rendición había sido uno de los guerreros más arrogantes de las llanuras y se encontraba en la plenitud de sus facultades físicas, emprendiese una misión diplomática incruenta escoltado por mujeres era algo extraordinario, una prueba fehaciente de lo mucho que había cambiado su forma de pensar. O quizá de lo mucho que deseaba impresionar a sus nuevos jefes.

Quanah y su quinteto cruzaron las llanuras con rumbo oeste, subieron el Caprock y atravesaron los inmensos herbazales de las altiplanicies bajo el sol abrasador del verano. Cerca de la frontera de México se encontraron con una unidad de cuarenta soldados negros del Décimo de Caballería al mando del capitán Nicholas Nolan, un hombre de raza blanca. Los soldados estaban buscando al mismo grupo de comanches forajidos, que al parecer habían atacado a unos cazadores de bisontes. Los casacas azules habían contado con cubrirse de gloria capturando a los impenitentes y, en consecuencia, no se alegraron lo más mínimo cuando se enteraron del encargo de Quanah y del plan del coronel Mackenzie de dar a los criminales indios un salvoconducto hasta el fuerte Sill.<sup>[7]</sup> Quanah le dijo a Nolan que sabía dónde estaban los comanches y que se dirigía al sudeste para encontrarlos. Era una mentira descarada, pero surtió el efecto deseado: los casacas azules partieron de inmediato en la dirección equivocada, con tanta precipitación que no se aprovisionaron en regla para un viaje por las llanuras en pleno verano, y enseguida se quedaron sin agua. Tuvieron que beberse su orina y la de los caballos, mezclada con azúcar para que resultase más potable. Mataron a dos de las monturas para beberse la sangre. Lograron sobrevivir,<sup>[8]</sup> pero nunca encontraron a nadie.

Quanah no tuvo esos problemas, ni con el calor achicharrante y la aridez extrema del terreno, ni con la búsqueda de los indios forajidos. Los encontró acampados a orillas del Pecos y pasó cuatro días parlamentando incansablemente con los guerreros para convencerlos de que abandonasen la vida en las llanuras. «Quanah nos dijo que era inútil que siguiésemos luchando, pues los blancos nos matarían a todos si seguíamos en nuestras trece», escribió Herman Lehmann, un antiguo cautivo blanco que se había convertido en un guerrero comanche con todas las de la ley, curtido en la batalla, y que estaba entre los recalitrantes. «Si acudíamos a la reserva, el Gran Padre Blanco que vivía en Washington nos daría comida y techo y con el tiempo seríamos como los blancos, tendríamos montones de caballos y vacas buenas, y ropa de vestir bonita». Estas palabras pueden parecer falsas: Quanah sabía perfectamente cómo era la vida en la reserva. Pero no hay motivos para dudar de su optimismo. Toda su trayectoria se basó en la forma tan peculiar que tenía de ver el futuro de color de rosa. Estaba de veras convencido de que las cosas mejorarían, solo tenía que convencer a los suyos de que abandonasen las viejas usanzas. Tan persuasivo como

siempre, y con sus credenciales indiscutibles de asesino de blancos, Quanah se ganó a los facciosos. Lo siguiente era conducirlos hasta su nuevo hogar, que estaba a cuatrocientos kilómetros de distancia en línea recta, a través de las mismas llanuras, un territorio potencialmente letal. Ni que decir tiene que su grupo se había vuelto mucho más numeroso y, por tanto, mucho más visible. Quanah no quiso correr riesgos. Viajaron de noche y abandonaron trescientos caballos. Así y todo, tuvieron varios encontronazos tensos con blancos, pero Quanah, según Lehmann, se las arreglaba con su inglés chapurreado para salir del aprieto.<sup>[9]</sup>

El 20 de agosto, Quanah llegó a la reserva con cincuenta y siete indios —entre los cuales probablemente no hubiese más de quince guerreros— y un cautivo blanco, Lehmann.<sup>[10]</sup> Cuando este vio acercarse a los casacas azules, se dejó llevar por el pánico. «Iba montado en una yegua negra muy rápida», escribió en su autobiografía, «así que di media vuelta y salí al galope hacia las montañas Wichita como alma que lleva el diablo». Pero el antiguo cautivo no tenía nada que hacer en lides hípicas frente a Quanah, que lo alcanzó seis kilómetros más allá y lo convenció con delicadeza de que volviese.<sup>[11]</sup> (Lehmann, que tenía a la sazón diecisiete años, vivió tres años con Quanah y su familia, y lo consideraba su padre adoptivo. En 1880 volvió con su madre biológica).<sup>[12]</sup> Mackenzie, impresionado ante el hecho de que Quanah hubiese sido capaz de llevar a todo el mundo a la reserva sin derramar una gota de sangre, elogió al joven jefe por su «excelente comportamiento en una expedición peligrosa». Aprovechando esa disposición favorable —algo que se le daba de maravilla—, Quanah convenció a Mackenzie y Haworth de que no mandasen a los comanches insumisos a la cárcel del fuerte Leavenworth, una intercesión que le valió la gratitud de su tribu.

El jefe mestizo ganó más puntos políticos cuando se opuso con éxito al plan gubernamental de fusionar la agencia comanche-kiowa con la wichita, lo que para algunos comanches habría supuesto tener que desplazarse ochenta kilómetros solo para recoger sus raciones. En 1880, Quanah ya se había convertido en líder reconocido de los quahadis y el jefe indio al que más consultaba el agente.<sup>[13]</sup>

Sin embargo, pese a toda esta cooperación con el hombre blanco y a su compromiso con el nuevo estilo de vida, Quanah todavía no estaba preparado para dejar atrás todos los placeres de su existencia anterior. Así, junto a otros indios, el líder quahadi ejerció presión para que les permitiesen ir a cazar bisontes. No está claro si fue la última cacería o simplemente la primera de varias, pero en marzo de 1878 un grupo de comanches y kiowas, incluidas algunas mujeres y niños, obtuvieron finalmente permiso para salir de caza solos. La ocasión fue motivo de un gran entusiasmo entre los indios, tal vez por un simple deseo de revalidar su pasado, o de mostrar a sus hijos quiénes eran realmente. Volverían a cabalgar por el inmenso vacío oceánico que tanto aterraba a los *taibos*. Cazarían, comerían, usarían la bilis de la vesícula para sazonar el hígado crudo y ensangrentado, beberían la leche tibia de las ubres mezclada con sangre, y todo sería, siquiera brevemente, como en los viejos

tiempos. Partieron del fuerte Sill con rumbo oeste, hacia las altas llanuras, rebosantes de sueños y de nostalgia. Eran conscientes de que los cazadores habían diezmando las manadas, pero en ningún momento dudaron de que quedasen bisontes que cazar.

Lo que encontraron los dejó horrorizados. No había un solo bisonte por ninguna parte, al menos vivo, pues lo que sí había era un sinfín de cadáveres hediondos en estado de putrefacción y montones de osamentas blanqueadas por el sol. El solo hecho de recorrer ciento cincuenta kilómetros sin ver un bisonte era inconcebible. En la época en que se rindieron la situación no había sido tan desastrosa. Decepcionados —destrozados, mejor dicho—, Quanah y los suyos se adentraron aún más en el saliente norte de Tejas, mucho más allá, desde luego, de donde el ejército y los funcionarios de la agencia esperaban que llegaran. El líder mestizo los llevó al viejo santuario de los quahadis, las majestuosas cresterías de piedra del Cañón de Palo Duro, en el extremo septentrional de Tejas, que en su día hervían de manadas de bisontes. Aquel momento también resultó emotivo. La mayoría de los quahadis, que se referían al lugar con el apelativo cariñoso de «Perrillo de la Pradera», ya no contaban con volver a pisarlo.

Tampoco podían imaginar que un blanco pudiese ser el dueño del segundo cañón más grande del Oeste norteamericano. Pero lo cierto era que, en los tres años transcurridos desde el final de la Guerra del Río Rojo, un empresario de mucha iniciativa había logrado adquirirlo en propiedad. Charles Goodnight —el *ranger* que en 1860 siguió la pista de Peta Nocona hasta el río Pease, y que después localizó a Quanah y a su hermano en ese mismo cañón— era el propietario único de Palo Duro. Goodnight ya se había convertido en uno de los ganaderos más importantes de Tejas, hasta el punto de que una de las principales cañadas del estado llevaba su nombre, el Camino Goodnight-Loving, que él mismo había abierto en 1866 para trasladar reses a los mercados de Nuevo México y Colorado.

Un día de frío glacial, con el suelo cubierto de nieve, los indios entraron en el cañón y, en vista de que seguían sin encontrar un solo bisonte, empezaron a matar las vacas de Goodnight. El ganadero fue a caballo al encuentro de los indios. Los intrusos, que acababan de enterarse de que su cañón sagrado «pertenece» a otra persona, estaban de un humor de perros. Colocaron a Goodnight y a un intérprete en medio de un círculo y le preguntaron qué hacía allí. «Criar ganado», contestó el blanco. Los indios le preguntaron en tono provocador si no sabía que «aquel lugar era de ellos». Goodnight respondió que «había oído que reclamaban el lugar, pero que también lo reclamaba el gran capitán de los tejanos».<sup>[14]</sup> Quanah empezó a dialogar con él. Cuando Goodnight le preguntó cómo se llamaba, el comanche respondió chapurreando inglés: «A lo mejor dos nombres: señor Parker o Quanah».<sup>[15]</sup>

A continuación, Quanah le preguntó a Goodnight de dónde era, una pregunta capciosa con la que pretendía provocar la respuesta de que era uno de los odiados

tejanos. Los comanches siempre hicieron distinciones muy marcadas entre los tejanos y los demás. Al fin y al cabo, las invasiones de los primeros habían acabado con su estilo de vida. Goodnight mintió y dijo que era de Colorado, tras lo cual los indios, tratando de cogerlo en un renuncio, lo acribillaron a preguntas sobre todos los accidentes orográficos y ríos más destacados de Colorado. El ganadero, que había sido el primero en abrir la cañada hasta Denver y más allá, fue capaz de responder todas las preguntas con acierto. Convencido de que no era un *tejano*\*<sup>[\*]</sup>, Quanah dijo que estaba dispuesto a hacer un trato. «Estamos listos para hacer negocios», dijo Quanah. «¿Tú qué tienes?». Goodnight respondió: «Tengo muchas armas y balas, hombres capaces y buenos tiradores, pero no quiero luchar salvo que me obligues a hacerlo. Si mantienes el orden y te comportas, os daré dos terneras de vez en cuando hasta que encontréis bisontes».<sup>[16]</sup> Quanah accedió, y fue así como el legendario jefe comanche y el rancharo al que los indios llamaban «el hombre del abrigo de leopardo» firmaron un «tratado». (Dos generaciones después, los niños tejanos todavía estudiaban en el colegio ese extraño acuerdo). Pasados unos días, veinticinco soldados negros al mando de un teniente blanco acudieron a la llamada de Goodnight para hacer frente a la amenaza comanche. El ganadero les garantizó que el problema ya estaba resuelto, y los indios se quedaron allí acampados otras tres semanas.

En esas estaban cuando tuvo lugar un incidente en el que afloró de forma fugaz el inveterado instinto guerrero de Quanah. Merece la pena reseñarlo porque en toda su estancia en la reserva no ocurrió nada ni remotamente parecido. Quanah de veras había dejado atrás prácticamente todo lo relativo a su vida anterior; la infortunada partida de caza parecía una idea razonable, un gesto comedido con el que apaciguar a una gente que lo había perdido todo. Los comanches y kiowas siempre habían sentido desasosiego ante los soldados de raza negra, a quienes llamaban «soldados bisonte» por su cabello corto y crespo, que les recordaba el collar rizado de los cuadrúpedos: los consideraban de mal agüero y eran los únicos enemigos a los no que cortaban la cabellera. A raíz de una reyerta que se produjo entre los soldados y los indios, Goodnight se reunió con Quanah y el teniente para hablar del problema. El teniente le dijo al intérprete que si los indios no se calmaban, les quitaría las armas. Quanah le contestó en español: «Quítanoslas si quieres», y señalando unos postes de tipi, añadió: «Usaremos eso contra los negros». La idea implícita era que no pensaban malgastar munición con los soldados bisonte, y que con los postes se bastaban y sobraban para derrotarlos.<sup>[17]</sup> Un desplante así era un vestigio de la vieja arrogancia comanche, que por aquel entonces ya había quedado relegada a la formulación de amenazas vanas, y de la cual Quanah nunca haría gala en los años que pasó en la reserva (es muy probable que ese exabrupto fuese la última vez que se la permitiera). Los comanches volvieron al fuerte Sill sin haber visto un solo bisonte. Si alguno había conservado alguna esperanza de volver algún día, siquiera temporalmente, a su antiguo modo de vida, la perdió para siempre: los bisontes estaban todos muertos, y los cañones sagrados eran propiedad del hombre blanco.

Lo que de veras cambió la vida de Quanah en la reserva fue el negocio del ganado, que a finales de la década de 1870 estaba transformando radicalmente toda la frontera del Oeste. Mientras la guerra con los indios se enconaba, la industria ganadera tejana, que tenía sus orígenes en las misiones españolas de mediados del siglo XVIII, había ido aumentando a un ritmo constante. En 1830 había unas cien mil cabezas de ganado bovino en todo Tejas; treinta años después ya eran entre cuatro y cinco millones.<sup>[18]</sup> Aunque la Guerra de Secesión frenó temporalmente el desarrollo de la industria, a finales de la década de 1860 el estado rebosaba de vacas en busca de mercados. Los grandes traslados hacia el norte comenzaron en serio en 1866, con el arreo de ganado tejano hasta las cabezas de línea férrea de Kansas, y aumentaron en progresión geométrica tras la rendición de los comanches y los kiowas. Gran parte de este ganado se trasladaba por el llamado Camino Occidental, que pasaba por el fuerte Griffin y, tras cruzar el río Rojo, se dirigía hacia el norte hasta llegar a Dodge City, una ruta que atravesaba el corazón mismo de la reserva comanche-kiowa, en la actual Oklahoma.

Esas intrusiones no era ni inocentes ni fortuitas. Los vaqueros solían entretenerse en la reserva, a veces durante semanas, engordando sus miles de reses en los fecundos pastizales que pertenecían a los indios. Los contratistas que suministraban carne a la reserva también llevaban su ganado a pacer a tierras de propiedad india. Ninguna de estas prácticas era legal, pero tampoco había tropas del ejército que las frenasen. Y muchos de los grandes rancheros que residían al sur del río Rojo, en vista de lo competidas que estaban las tierras de pastoreo, empezaron a codiciar esos mismos herbazales de la reserva.

La respuesta de los indios a las invasiones de los ganaderos blancos fue crear un equivalente a las redes de extorsión de la mafia. Quanah fue el primero al que se le ocurrió la idea. Grupos de comanches armados, no exactamente partidas de guerra, pero tampoco muy amigables, empezaron a patrullar las zonas meridionales y occidentales de la reserva en busca de rebaños intrusos. Un tropero llamado Julian Gunter recordaba su encuentro con «una gran banda de indios» que cabalgaban lentamente alrededor de su vacada. Quanah, que encabezaba el grupo, se puso a sermonearlo: «Vuestro gobierno dio esta tierra al indio para que fuese su terreno de caza», decía el líder comanche. «Pero venís y ahuyentáis la caza y vuestro ganado se come la hierba, y el bisonte se marcha y el indio pasa hambre». Gunter, intuyendo lo que estaban pidiéndole, dejó que los guerreros de Quanah escogiesen seis «vacas de las gordas», y siguió su camino.<sup>[19]</sup> En otra ocasión, un ganadero llamado G. W. Roberson también se vio obligado «a darle una vaca» a Quanah. Así lo explicaba Roberson: «Teníamos que hacer una especie de obsequio a esos bribones. De lo contrario, volvían por la noche y nos ahuyentaban los caballos, o nos espantaban el ganado. Y casi todo el mundo prefería darles una vaca que ver cómo le espantaban el ganado».<sup>[20]</sup> Algunos vaqueros llegaron a contar que Quanah estaba cobrando una tarifa de un dólar por diligencia y diez centavos por cabeza de ganado.<sup>[21]</sup> Una vez

pagada, naturalmente, los ganaderos gozaban de la protección de los hombres de Quanah mientras atravesaban la reserva, «protección» que incluía asesoramiento sobre las mejores rutas a seguir y la ubicación de los abrevaderos. Quienes no se avenían a colaborar terminaban pagando de otra forma: un ganadero perdió en un solo viaje doscientas noventa y cinco reses a manos de los comanches. Quanah tampoco se andaba con remilgos a la hora de adoptar una línea dura dentro de la reserva. Ni corto ni perezoso, informó al agente que los kiowas se dedicaban a robar reses de los rebaños que se dirigían al norte y a asaltar a los vaqueros, mientras él se las arreglaba para que ese mismo agente lo autorizase oficialmente a ejercer lo que en esencia era el mismo tipo de chantaje.<sup>[22]</sup>

Pero todo eso no eran más que simples molestias. La cuestión fundamental era si los indios deberían o no hacer lo que todo el mundo hacía en Estados Unidos: ceder en usufructo las tierras de pastoreo que no utilizaban, en su caso, a los ganaderos. El asunto sorprendía por lo controvertido, máxime teniendo en cuenta que los indios poseían más de siete mil quinientos kilómetros cuadrados de pastos excelentes. A muchos indios, entre ellos la mayoría de los kiowas y una parte de los comanches, no les parecía buena idea: pensaban que el arrendamiento solo serviría para animar a los blancos a apoderarse de las tierras, poniendo así en peligro el futuro de los indios como ganaderos. Para colmo, los ingresos gratuitos procedentes de «las rentas de la hierba» harían que los jóvenes se volvieran perezosos y se entregasen al juego. El otro bando, representado por Quanah, lo veía como una forma legítima de que los indios obtuviesen réditos de algo que, de todas maneras, ya estaba ocurriendo. Además, podrían dedicar el dinero a criar sus propios rebaños. Tenían tierra de sobra: había ochocientas mil hectáreas disponibles, y treinta y cinco compañías ganaderas hacían cola para obtener el privilegio de utilizarlas.

La cuestión fue objeto de acalorados debates en el marco de una disputa política que duró de 1880 a 1884. Quanah no tardó en descollar como líder de la facción partidaria del arrendamiento, y viajó varias veces a Washington para tratar de exponer sus razones. En una de sus audiencias con el ministro de Interior, el comanche se refirió con desdén a quienes se oponían al usufructo: «No sé qué pueden tener en contra, salvo que no estén en sus cabales. Son una especie de antiguallas, siguen anclados en la vida salvaje, o no tienen las suficientes luces para *saber*<sup>[\*]</sup> las ventajas que ofrece el arrendamiento». Sus adversarios —Oye el Amanecer, Isa-tai, Lobo Solitario, Lobo Blanco y muchos kiowas— afirmaban que Quanah estaba «comprado por los ganaderos».

No les faltaba razón, al menos en parte. Una de las empresas ganaderas había puesto a Quanah en nómina por treinta y cinco dólares al mes. Los ganaderos, partidarios furibundos del arrendamiento de tierras indias, lo consideraban su portavoz, una función que Quanah cumplía estupendamente por cuanto estaba convencido de que los intereses de la tribu eran los mismos que los de los ganaderos. Es muy probable que los rancheros blancos también contribuyesen al aumento de la

cabaña de Quanah, cada vez más numerosa, y le pagasen los viajes que hacía a Washington para contrarrestar el cabildeo que llevaban a cabo en la capital Oye el Amanecer y los opositores al usufructo, que no paraban de exigir que se despojase a Quanah de su autoridad como líder de la tribu.<sup>[23]</sup>

A simple vista, el arreglo de Quanah con los ganaderos podría parecer corrupción pura y dura. Pero esta impresión solo se sostiene bajo un punto de vista que no existía en la frontera. Quanah se limitaba a jugar a lo mismo que jugaba todo el mundo. Casi todos los litigantes en el debate del arrendamiento tenían un conflicto de intereses. Isa-tai, que estaba en contra del usufructo, dirigía una red de extorsión sobre dos mil cabezas de ganado que pastaban continuamente en tierra india, y otro tanto hacía Permansu, sobrino del famoso jefe comanche Diez Osos.<sup>[24]</sup> El representante, el escribano y otros funcionarios de la agencia o bien recibían dinero de los ganaderos o tenían un interés personal en el resultado de la disputa. (Al agente terminaron cesándolo por abuso de información privilegiada). Otros cuatro comanches también estaban en la nómina de los ganaderos, así como varios «hombres *squaw*» —blancos casados con indias— que vivían en la reserva. Se pagaban sobornos por doquier. Este era el mundo en el que Quanah estaba aprendiendo a actuar: era su introducción a la forma de hacer negocios en el desabrido Oeste norteamericano de finales del siglo XIX, donde todo se simplificaba por sistema y los conflictos de intereses eran la norma y no la excepción. Este comportamiento solía traducirse en engaños o estafas a los indios, pero, que se sepa, nadie se la pegó jamás a Quanah, que entendía perfectamente la mecánica del juego y andaba siempre un paso por delante de todo el mundo, incluidos los ganaderos blancos. El líder mestizo se atenía a las reglas tal como él las interpretaba, y era un jugador tan diestro como la mayoría de los blancos. Además, creía sinceramente que obtener dinero de las tierras ociosas era lo mejor para su tribu.

Tenía razón. En 1884 obtuvo una victoria rotunda cuando los indios de la reserva votaron a favor del usufructo. Los derechos al uso de los pactos indios se otorgaron a ganaderos escogidos por Quanah. Cuando el ministro del Interior le preguntó con mordacidad si le habían recompensado, Quanah contestó: «No me han pagado nada por el arrendamiento». Técnicamente, puede que fuese cierto: Quanah estaba en nómina de los ganaderos desde mucho antes de negociarse el usufructo. Al final se acordó un arrendamiento de seis años por el que los indios obtendrían una renta anual de quince centavos por hectárea, que posteriormente se incrementó a veinticinco centavos. Como parte del trato, los ganaderos también se comprometían a contratar de vaqueros a cincuenta y cuatro indios, una cláusula que podría interpretarse como una forma de clientelismo: Quanah protegía a los suyos.

Una vez firmados los acuerdos, Quanah se esforzó más si cabe en consolidarse como jefe principal de los comanches, título que hasta entonces no había existido. En toda la historia de la tribu nunca había habido necesidad de establecer un poder político centralizado, ni de designar un único portavoz de ningún tipo, pero de pronto

sí la había. Se nombró a Quanah juez del Tribunal de Delitos Indios, un órgano peculiar que impartía una justicia a caballo entre el derecho consuetudinario inglés y la tradición comanche. El poder político de Quanah, cada vez mayor, resultó fundamental para impedir que la ceremonia de la Danza de los Espíritus se extendiese entre los comanches y los kiowas —la misma ceremonia que en 1890 provocaría la tristemente célebre matanza de sioux miniconjou en Wounded Knee (Dakota del Sur) —, una labor de la que se hizo eco la prensa nacional. La Danza de los Espíritus se basaba en una profecía apocalíptica que anunciaba el retorno de los indios muertos y la aniquilación o desaparición de los blancos. Quanah, que había sido testigo en Adobe Walls del poder destructor de las grandiosas visiones de Isa-tai, se opuso desde un primer momento a la ceremonia y se manifestó en su contra. En una carta dirigida al agente de la reserva afirmó lo siguiente: «Oigo decir a los koway [kiowas] y a los shianis [cheyennes] que hay indios que bajan del cielo, y quieren llevarme a mí y a mi gente a verlos. Pero yo les digo que quiero que mi gente trabaje y no preste atención a eso [...] Dependemos del Gobierno para que nos ayude y no de ellos».<sup>[25]</sup>

Sus negocios, mientras tanto, iban viento en popa. Se hizo con un rebaño de su propiedad gracias a los obsequios de los ganaderos, la compra directa de reses y la cría selectiva, y llegó a poseer casi quinientas cabezas. Su nuevo amigo Charles Goodnight le regaló un espléndido semental de raza Durham. Quanah se convirtió en proveedor para su propia gente: solo en 1884 vendió cuarenta vacas a la agencia, operación en la que se embolsó cuatrocientos dólares. También se hizo con el control de dieciocho mil hectáreas de pasto, que enseguida se conocerían con el nombre de «pastos de Quanah», parte de las cuales arrendaba a ganaderos que le pagaban directamente. Por último, poseía una hacienda de sesenta hectáreas al cuidado de un blanco, doscientos cerdos, tres diligencias y una calesa.

Unos pocos años antes, en 1886, otro acontecimiento había contribuido a su creciente fama: James DeShield publicó el primer libro sobre su madre, Cynthia Ann. La obra tuvo gran difusión por todo el sudoeste y permitió que todos aquellos que no estaban al tanto de los orígenes de Quanah los conociesen con todo detalle. El libro incluía una fotografía suya y una semblanza tan halagadora como fiel a la realidad.

Quanah habla inglés, está considerablemente avanzado en términos de civilización, y posee un rancho con un buen número de cabezas de ganado y una pequeña granja; viste traje de ciudadano y se ajusta a las costumbres civilizadas. Es, además, un apuesto y circunspecto hijo de las llanuras. [...] Es alto, musculoso, y erguido como una flecha; tiene unos ojos penetrantes, la piel muy oscura, una dentadura perfecta, y un pelo espeso y color ala de cuervo que sería la envidia de muchas mujeres [...]. Posee un hermoso carruaje tirado por dos tordos a juego.<sup>[26]</sup>

Esa era la imagen —la de un terrateniente acaudalado— que Quanah intentaba,

cada vez con más tesón, transmitir al mundo. Así y todo, por más que desease adoptar el estilo de vida blanco, había cosas por las que nunca pasó. Llevaba el pelo largo y trenzado, no se lo cortó nunca, y seguía viviendo con sus mujeres. En cierta ocasión, un comisario de Asuntos Indios le preguntó por qué se negaba a desprenderse de sus esposas. Así le respondió Quanah:

Hace mucho tiempo yo vivía libre entre los bisontes, en el Llano Estacado, y tenía tantas mujeres como quería, conforme a las leyes de mi pueblo. Solía ir a hacer la guerra a Tejas y México. Queríais que dejase de luchar y me mandabais mensajes todo el tiempo: «Déjalo, Quanah». En esa época no me decíais: «¿Cuántas mujeres tienes, Quanah?». Ahora vengo y me siento aquí tal como queréis. Y me habláis de mujeres. ¿A cuál voy a echar? Tú, niña, vete, ya no tienes papá. Tú, muchachito, vete. ¿Vais a recogerlos vosotros?<sup>[27]</sup>

El remate apoteósico de todas sus propiedades, y su mayor motivo de orgullo, era la extraordinaria casa que se construyó en 1890. La historia de la edificación es tan típica de Quanah, tan reveladora de su personalidad, que merece la pena contarla. Mientras muchos miembros de su tribu habían recibido financiación del Gobierno para construirse las típicas casuchas de madera de trescientos cincuenta dólares que había desperdigadas por la reserva, Quanah se había conformado con vivir en un tipi, y pasaba los veranos al aire libre, bajo el típico chamizo de ramas de los comanches. A finales de la década de 1880, sin embargo, su posición en la tribu era tan ilustre que necesitaba algo mejor. Mucho mejor. Lo que quería, una vez que lo hubo meditado, era una casa de tablones de dos pisos y diez habitaciones, una de esas viviendas grandiosas y señoriales que habrían sido el orgullo de cualquier rancho blanco y que ningún indio de las reservas había poseído jamás.

El problema era de dónde sacar el dinero. Por un lado, naturalmente, estaban los ganaderos, viejos amigos de Quanah como Burk Burnett y Daniel Waggoner, con cuya ayuda podía contar. Mejor aún era la opción del Gobierno, que, obviamente, algo le debía. Pero lo mejor de todo era el plan que terminó tramando. Quanah envió a David Grantham,<sup>[28]</sup> hijo adoptivo suyo y arrendatario de su granja, a decirle al agente que quería una subvención, y que si no se la concedía, «iría a ver a los ganaderos y conseguiría el dinero», un amenaza curiosa pero de lo más eficaz. El agente Charles Adams solicitó quinientos dólares a la Oficina de Asuntos Indios para ayudar a Quanah a construir su casa, explicando que se trataba de «un indio que [merecía] la ayuda del Gobierno». El comisario T. J. Morgan, un baptista devoto que rechazaba enérgicamente la poligamia de Quanah, denegó la solicitud.

El comanche no cejó en su empeño y tanto él como Adams inundaron Washington de cartas, llegando incluso a puentear a Morgan para dirigirse directamente a su jefe, el ministro del Interior. Quanah hizo que casi todos los

oficiales del fuerte Sill firmasen sus peticiones, inclusive el alto mando. Sostenía que otros indios polígamos habían recibido ayudas; que un jefe penateka de menos rango había obtenido fondos para hacerse una casa; que estaban tratándolo injustamente por una práctica que era una costumbre inmemorial de su tribu. No estaba dispuesto a deshacerse de sus muchas esposas, ni a hacer concesión alguna. Ese era Quanah en su máxima expresión: tenaz, exigente, siempre dándole mil vueltas a todo, siempre negociando pero sin transigir en lo tocante a sus principios. Morgan nunca dio su brazo a torcer. «Dado que va contra la política de esta oficina», escribió el comisario, «incentivar o tolerar en modo alguno la poligamia, no se concederá a Parker ninguna ayuda para la construcción de su casa, a menos que acceda, por escrito, a escoger a una sola de sus esposas y vivir únicamente con ella, y a mantener a las demás sin cohabitar con ellas».<sup>[29]</sup> Quanah, sobra decirlo, no accedió.

En consecuencia, el privilegio de ayudar a sufragar el nuevo hogar de Quanah terminó recayendo en los ganaderos, principalmente en Burk Burnett. Todos estuvieron encantados de echarle una mano, aunque se desconoce la cuantía de sus aportaciones (Quanah contaba desde luego con bastante dinero propio). En 1890 se terminó de construir la vivienda. Era una casa de tablones, de dos pisos y diez cuartos, y costó más de dos mil dólares. El interior estaba revestido con planchas rebordeadas y los techos tenían tres metros de altura. Había un comedor con las paredes empapeladas, una mesa alargada y una estufa de leña. La casa se alzaba en una espléndida parcela de terreno elevado, al pie de las montañas Wichita. Posteriormente, Quanah le añadió un ancho porche de dos pisos y pintó en el tejado unas enormes estrellas blancas. La vivienda era conocida como «la Casa de las Estrellas» y, aunque se ha transplantado en dos ocasiones, aún sigue en pie, y constituye uno de los grandes tesoros desconocidos del Oeste norteamericano. Se encuentra en el solar trasero de un parque de atracciones abandonado que hay detrás de un antiguo establecimiento comercial de Cache, una pequeña ciudad de Oklahoma.

El espectáculo de la espléndida y flamante casa de Quanah no tenía precedentes en toda la historia de los comanches: algo así solo podría producirlo el extraño universo de la reserva. Nadie había visto algo igual jamás. El jefe comanche tenía un total de ocho esposas. Una de ellas era Weckeah, la mujer con quien se había fugado; con las otras siete se había casado ya en la reserva. Entre todas le habían dado veinticuatro hijos, cinco de los cuales murieron en la infancia. Las fotografías tomadas en las décadas de 1880 y 1890 muestran unas mujeres de una belleza arrebatadora. A Quanah le gustaban las féminas, y aunque sus esposas se enfurecían ante sus constantes flirteos, él se las arreglaba para conservarlas a todas.<sup>[30]</sup> Pese a los argumentos de Quanah, la poligamia ya no tenía razón de ser en la cultura comanche. En su día había sido una forma de hacerse con mano de obra adicional para el curtido y procesado de las pieles de bisonte, pero aquella época había quedado atrás. Si Quanah tenía varias mujeres era porque quería y podía permitírselo. Su enorme familia no tardaría en tener miembros de raza blanca: dos de las hijas de Quanah se

casaron con blancos, y él mismo adoptó y crio a dos niños de esa raza, a uno de los cuales había encontrado en un circo de San Antonio y adoptado en el acto.<sup>[31]</sup> También había acogido, durante tres años, a Herman Lehmann, y el antiguo cautivo comanche se encariñó tanto con su familia adoptiva que en 1901 solicitó que le otorgasen la condición de miembro de pleno derecho de la tribu.<sup>[32]</sup> Otro joven blanco, Dick Banks, se presentó en la Casa de las Estrellas con la única finalidad de conocer personalmente a Quanah; le dieron una cama y le invitaron a quedarse indefinidamente.<sup>[33]</sup> Los miembros de la familia vivían o bien en la casa o en tipis plantados en el jardín delantero, que estaba cercado con una valla blanca. Las fotografías de la época muestran el edificio con sus dos porches abarrotados de gente.

El insólito cuadro no solo lo componían los familiares de Quanah. Alrededor de la casa había siempre muchos otros tipis, en parte por la generosidad sin límites de Quanah, que a lo largo de los años dio de comer a muchos comanches hambrientos sin jamás rechazar a ninguno.<sup>[34]</sup> Según personas que lo conocieron, el principal uso que le daba a su rebaño privado era alimentar a miembros de la tribu. Muchos comanches enfermos acudían allí en busca de plegarias —que solían estar relacionadas con la ceremonia del peyote (más adelante abundaremos en este asunto) — o, en algunos casos, porque sabían que Quanah se ocuparía de toda la cuestión funeraria. A la mayoría se les daba una cama dentro de la Casa de las Estrellas, lo que suponía que algunos miembros de la familia tenían que dormir en los tipis.<sup>[35]</sup> La fama de curandero del gran jefe comanche también atraía a enfermos blancos, de los cuales al menos uno aseguraba que Quanah lo había sanado.<sup>[36]</sup>

El ir y venir de invitados, tanto blancos como indios, también era constante en el comedor de la casa, una estancia formal con las paredes revestidas de papel y zócalos de madera, el techo de zinc moldeado y una mesa de comedor para doce personas.<sup>[37]</sup> Las cenas eran opíparas. Quanah contrató mujeres blancas que enseñasen a cocinar a sus mujeres, y durante diez años tuvo una criada de esa misma raza, una emigrante rusa llamada Anna Gómez.<sup>[38]</sup> Entre los invitados que pasaron por casa de Quanah destacan el general Nelson Miles, que le había seguido el rastro en la Guerra del Río Rojo, su vecino Gerónimo, el jefe kiowa Lobo Solitario, Charles Goodnight, el comisario de Asuntos Indios R. G. Valentine, el embajador británico lord Brice, Isatai, Burk Burnett y Daniel Waggoner y, por último, el presidente Teddy Roosevelt. Aunque Quanah siempre se negó a hablar de su pasado guerrero, le encantaba perorar largo y tendido sobre política tribal o sobre sus frecuentes viajes a Washington. Era muy aficionado a gastar bromas. A menudo cenaba con una familia llamada Miller, y en una de estas veladas afirmó que los blancos habían echado a los indios de sus tierras. Cuando el señor Miller le preguntó cómo lo habían logrado, Quanah le dijo que se sentase en un tronco de álamo que había en el jardín. El comanche se sentó a su lado y le dijo: «Córrete». Miller se corrió. Quanah hizo otro tanto y volvió a quedar sentado cerca de su invitado. «Córrete», le dijo de nuevo. Aquello se repitió

varias veces hasta que Miller se cayó del tronco. «Así lo lograron», dijo el comanche. [39]

En 1890, el membrete de las cartas de Quanah ya rezaba: «Quanah Parker: jefe principal de los comanches», título que le había permitido utilizar el agente. En toda la historia de la tribu nunca había existido nadie con ese rango, ni volvería a existir. Quanah seguía teniendo rivales —como Isa-tai, el eterno segundón—, pero el hecho cierto, como reconocían los blancos y la mayoría de los comanches, es que él era el jefe supremo. Si las vidas de los estadounidenses, tal como afirmó Francis Scott Fitzgerald a comienzos del siglo xx, carecen de segundo acto, Quanah fue la excepción. En cambio, las vidas de la mayoría de los miembros de su tribu confirmaban plenamente la tesis del novelista. Ese año, casi todos los varones comanches adultos seguían viviendo en tipis, aún llevaban el pelo largo como en la época anterior a la reserva, sabían poco inglés, o ni una palabra, preferían sus hechiceros a los médicos del hombre blanco, y seguían censurando la agricultura por considerarla un trabajo de mujeres.

Mientras Quanah prosperaba, la vida de su amigo Ranald Mackenzie daba un giro inesperado hacia la desdicha y la tragedia. El cambio no se produjo de un día para otro. En los años posteriores a la Guerra del Río Rojo, Mackenzie se convirtió en uno de los oficiales más renombrados del ejército estadounidense. En el fuerte Sill se distinguió aún más. Como administrador puede que fuese brusco e irascible, pero también era firme, ecuánime y justo, y se ganó el respeto de kiowas, apaches y comanches por igual. Una anécdota en concreto ilustra ese estilo de dirección severo y reflexivo. En 1876, un grupo de comanches había abandonado la reserva ilegalmente y luego había regresado a hurtadillas. Cuando Mackenzie se enteró, mandó a los jefes que arrestasen a los infractores. En lugar de obedecerle, los jefes se presentaron en su despacho con intención de negociar. Era la típica táctica india: parlamentar y dar muchas largas hasta alcanzar un acuerdo. Mackenzie escuchó con paciencia el sermón durante media hora, mientras ordenaba de tapadillo a sus hombres que montasen sus caballos y se preparasen para combatir. Después, se levantó de la silla y dijo con calma: «O los traéis antes de veinte minutos, o voy a sus campamentos y los mato a todos». Dicho lo cual, salió de la estancia. Los infractores no tardaron en entregarse. [40]

Sheridan tenía tan alto concepto de Mackenzie que tras la derrota de Custer en Little Bighorn, ocurrida en junio de 1876, lo envió al norte, a él y a sus veteranos del Cuarto de Caballería. Menos de dos meses después de la muerte de Custer, Mackenzie asumió el mando tanto del distrito de Black Hills como del campamento Robinson, nombre del fuerte que custodiaba la reserva de los sioux nube roja. Cuando un gran grupo de sioux se mofó de las órdenes que les diera Mackenzie de regresar a la reserva, el coronel, ni corto ni perezoso, movilizó dieciocho compañías y rodeó el

poblado indio al amanecer. Doscientos treinta y nueve nativos, con setecientos veintinueve caballos, se rindieron sin condiciones.

Ese invierno lo pusieron al frente de otra campaña de gran envergadura: la Expedición del Río de la Pólvara contra los cheyennes del norte y su jefe Cuchillo Romo, un grupo que había participado en la aniquilación de la tropa de Custer. En la madrugada del 25 de noviembre de 1876, bajo una intensa nevada y temperaturas por debajo de cero grados, Mackenzie, al frente de ochocientos dieciocho soldados y trescientos sesenta y tres exploradores indios, atacó el poblado de Cuchillo Romo. La victoria fue aplastante: los federales mataron a veinticinco indios e hirieron a muchos más, capturaron quinientos caballos, y sufrieron apenas seis bajas. En abril, al enterarse de que Mackenzie seguía buscándolo, Cuchillo Romo se entregó. «He estado temiéndote desde que llegaste el verano pasado», le dijo al general. Dos semanas después fueron Caballo Loco y ochocientos ochenta y nueve sioux quienes se doblegaron a Mackenzie en la reserva de los nube roja, poniendo así fin a la guerra contra los sioux y los cheyennes.<sup>[41]</sup> Esta rendición puso una especie de punto final a las trayectorias paralelas de Custer y Mackenzie, una de las cuales estaba llamada a conquistar la fama y gloria eternas, y la otra a sumirse en la oscuridad y el olvido.

Mackenzie, que ya había sido el oficial joven favorito de Grant en la Guerra de Secesión, se convirtió en el militar favorito de Sherman y Sheridan en el Oeste, el que siempre mandaban a lidiar con las situaciones difíciles. En 1877 lo enviaron a la frontera para someter a unos bandidos. En 1879 y 1881 acudió a Colorado para ocuparse de unos utes rebeldes, y les dio un ultimátum que recordaba al que recibieron los comanches en el fuerte Sill, con idénticos resultados. Después aplastó un levantamiento apache en Nuevo México y, en líneas generales, tuvo tanto éxito en sus operaciones contra los indios que el gobernador y los residentes de ese estado presionaron para que lo ascendiesen a general de brigada. En octubre de 1881, gracias al apoyo entusiasta del expresidente Grant, Mackenzie obtuvo el ascenso.

Pero por entonces a Ranald Slidell Mackenzie ya le ocurría algo terrible. Poco después de su ascenso escribió una carta a sus superiores con la extraña solicitud de que lo destinasen a un tribunal militar o un comité de inhabilitaciones. La pésima caligrafía de la carta hacía pensar que su autor había sufrido una apoplejía. El granítico Mackenzie quería un puesto cómodo porque había sufrido, decía, «muchas más penalidades en los dos últimos años de las que nadie podría imaginar».<sup>[42]</sup> Ese fue el primer indicio de los cambios catastróficos que estaban operándose dentro de su cabeza.

Así y todo, le asignaron el mando del departamento de Tejas, con sede en San Antonio. Allí, a los cuarenta y tres años de edad, Mackenzie empezó un rápido declive. Aunque siempre se había mantenido alejado del alcohol, en esa época empezó, inexplicablemente, a beber en exceso. Sus excentricidades, sobre todo la impaciencia y la irritabilidad, se agravaron de forma apreciable. Por primera vez, que se supiese, empezó a frecuentar la compañía de una dama, Florida Sharpe, una mujer

de treinta y cuatro años de edad de quien Mackenzie se había enamorado a finales de la década de 1860, la época en que formaba parte del tribunal militar. (Ella, por aquel entonces, estaba casada con el médico de la base). El 9 de diciembre de 1882, el cirujano militar empezó a tratar a Mackenzie por conducta anormal. Al día siguiente, el oficial de intendencia declaró que, a su parecer, el general no estaba en sus cabales. Una semana después, Mackenzie se prometió con la señora Sharpe, y se supo que había comprado una propiedad en la cercana ciudad de Boerne, donde pensaba retirarse.

El 18 de diciembre, tras beber más de la cuenta, se enzarzó en una pelea con dos lugareños que, ignorando por completo de quién se trataba, lo golpearon hasta dejarlo sin sentido y lo ataron a un carro, donde fue hallado al día siguiente. Varios días después, sus allegados lo subieron a bordo de un tren con el pretexto de que Sheridan tenía algo importante que decirle en Washington. El 29 de diciembre fue internado en el manicomio Bloomingdale de Nueva York. El 5 de marzo, pese a las protestas de Mackenzie, un comité de inhabilitaciones del ejército dictaminó que estaba loco y, por tanto, incapacitado para el servicio activo.

El resto de su vida fue un descenso ininterrumpido a las simas de la locura. El general permaneció en el manicomio hasta junio, sin dejar de quejarse por su retiro forzoso, fecha en que se fue a vivir con su hermana a la casa donde había vivido de niño, en Morristown (Nueva Jersey). Tenía intención de volver a Tejas y ver su propiedad de Boerne, pero ya nunca volvería a viajar. La señora Sharpe jamás hablaba de él. La salud física y mental de Mackenzie se deterioraba sin remedio; fue volviéndose cada vez más infantil hasta que llegó a resultar ininteligible. Murió el 18 de enero de 1889 en un hospital de Nueva York, a la edad de cuarenta y ocho años.

¿Cuál fue la causa de la locura de Mackenzie? Hay varias teorías. Durante muchos años se pensó que su enfermedad era consecuencia de la sífilis, pero es poco probable. En el ejército, «el mal francés» se conocía de sobra, estaba a la orden del día, y no existe ninguna constancia de que Mackenzie hubiese estado alguna vez bajo tratamiento por dicha dolencia. Según un historiador, su enfermedad fue el resultado de un síndrome de estrés postraumático, una afección por entonces desconocida. Las horribles heridas que sufrió en la Guerra de Secesión, y el papel primordial que desempeñó en muchas batallas podrían, desde luego, haberla provocado; la irritabilidad, el temperamento explosivo y la dificultad para entablar relaciones estrechas son síntomas habituales del síndrome. Mackenzie también había sufrido un accidente extraño en el otoño de 1875, cuando, sin saber cómo, se cayó de un carro en el fuerte Sill y se dio un golpe tan fuerte en la cabeza que pasó tres días aturdido. Se decía que durante los días siguientes se había mostrado más irritable de lo normal. La última posibilidad, más remota, es que la insolación que sufrió de pequeño tuviese algo que ver con su demencia. Nunca lo sabremos. Su muerte pasó prácticamente desapercibida. Quanah, que a la sazón tenía cuarenta años y estaba abriéndose paso en el Oeste nuevo y civilizado que Mackenzie había hecho posible, debió de enterarse

del fallecimiento de su amigo, aunque no hay constancia de su reacción. Al día siguiente de la muerte de Mackenzie, el *New York Times* publicó la siguiente nota en la sección de necrológicas:

Ranald Slidell Mackenzie

General de brigada del Ejército de Estados Unidos

El 19 de enero, en New Brighton, Staten Island, a la edad de cuarenta y ocho años.

La brevedad de la nota, y la ausencia de detalles, hacían pensar en una personalidad militar de poco fuste, tal vez alguien que tras ganar una o dos medallas en la guerra hubiese sido destinado a algún rincón perdido del nuevo imperio. Ni el *Times* ni ningún otro periódico publicaron noticia alguna con los pormenores de su vida. A ojos de un lector desavisado, el fallecimiento debió de parecer tan relevante como el del encargado de la mercería del pueblo.

## XXI

### ESTO FUE UN HOMBRE

**E**n el año 1899, el Congreso estadounidense tuvo una idea muy ingeniosa para robarles tierras a los indios. Tras designar un panel de tres individuos, la llamada Comisión Jerome, se les encomendó la tarea de negociar con las tribus situadas al oeste del meridiano 96. El objetivo era obtener «la cesión a Estados Unidos de todos sus títulos de propiedad». La idea era muy simple: los indios tenían que renunciar a sus propiedades tribales y comunales. A cambio, se adjudicaría a cada uno de ellos una parcela de terreno que estaría sujeta a las leyes normales de propiedad privada. El comisario David Jerome les dijo a los indios que a partir de ese momento, en lugar de una reserva que ya no necesitaban, tendrían «la oportunidad de venderle al Gran Padre toda la tierra que no [podían] utilizar, y posibilitar así la construcción de casas para los niños blancos».<sup>[1]</sup> El plan podía llevarse a la práctica en virtud de la llamada ley Dawes, una disposición aprobada en 1887, que permitía al presidente, «cuando lo [estimase] oportuno», obligar a los indios a ceder sus reservas a cambio de parcelas individuales. En el consejo que en 1892 se celebró en el fuerte Sill, los funcionarios del Gobierno se prodigaron en sonrisas y se mostraron muy amables sin esperar demasiada oposición por parte de unos indios que, sin duda, no alcanzaban a comprender ni la idea de poseer una propiedad privada ni la mera magnitud de la transacción que se les proponía, la cual afectaba a unas veinte tribus y a seis millones de hectáreas.

Los funcionarios no habían contado con Quanah Parker. El jefe principal de los comanches exigió que se le explicasen los detalles del acuerdo propuesto. «Quiero saber cuánto me pagarán por cada acre», insistió, «cuáles son las condiciones, y cuándo se me dará el dinero». Jerome trató de salirse por la tangente y le aseguró que obtendría la respuesta a sus preguntas «en breve». Pero Quanah no aceptaba evasivas. «¿Cuándo contestará mis preguntas?», le dijo. El comisario volvió a responder con rodeos, y Quanah siguió acosándolo: a diferencia de otros indios que solo querían embolsarse un dinero rápido, él deseaba entender cabalmente el asunto. «Solo quiero hablar de negocios. Vaya al grano».

Al día siguiente, Quanah se mostró aún más insistente. Primero discutió con los comisarios por el tamaño de los terrenos. Les recordó que el Tratado de Medicine Lodge había estipulado ciento treinta hectáreas por persona, y no las sesenta y cinco que ahora les ofrecían. Y quería saber cuánto iba a pagarles el Gobierno por el terreno que sobraría después de que cada indio hubiese recibido sus sesenta y cinco hectáreas. El comisario Warren Sayre cedió ante la presión y, un tanto azorado, dio una cifra: dos millones de dólares. A continuación se produjo el siguiente intercambio

de palabras:

QUANAHA: ¿Cuánto por acre?

SAYRE: No lo sabemos

QUANAHA: ¿De dónde se saca la cifra de dos millones de dólares si no lo saben?

SAYRE: Es una simple suposición.

QUANAHA: Nos gustaría saber cuánto por acre, porque hemos oído que algunas tribus recibieron un dólar con veinticinco centavos por acre, y los wichitas recibieron cincuenta centavos, y no están satisfechos.<sup>[2]</sup>

Quanah no tardó en salirse con la suya. Al día siguiente, un exasperado Jerome, tras reconocer que el día anterior «el señor Parker apremió al juez Sayre para que le dijese cuánto por acre», terminó dando una cifra. Según sus cálculos, el Gobierno ofrecía a los indios un poco más de un dólar por acre. Cuando los funcionarios explicaron que la tasación a la baja se debía a que buena parte de la tierra sobrante era rocosa y montañosa, Quanah replicó: «He observado que en esos lugares se quema carbón, y que también hay hierro, plata y oro». Después añadió: «Se supone que todas las montañas son piedras, y que las piedras no valen nada, pero los militares las usan para construir casas...». En esos términos se desarrolló la reunión, con Quanah intimidando a los funcionarios en todo momento. El comanche no tenía nada que ver con los demás jefes indios, los cuales solían explayarse en jeremiadas prolijas, inconexas y, en ocasiones, poéticas, que no abordaban las cuestiones de importancia.

Pero no había forma de impedir el plan del Gobierno. La ley Dawes significaba que el hombre blanco podía apropiarse de la tierra por decreto, haciendo de la nueva disposición un mero formalismo. En octubre, los indios firmaron el Acuerdo Jerome, en virtud del cual, una vez ratificado, recibirían sesenta y cuatro hectáreas por cabeza y venderían al Gobierno el territorio sobrante por dos millones de dólares. No sabemos qué papel desempeñó Quanah en el acuerdo final. El caso es que lo firmó, aunque personalmente no le interesaba, pues salió perdiendo más que cualquier otro comanche, en particular sus diecisiete mil seiscientas hectáreas de pasto, que le rendían mil dólares de beneficio al año.

Quanah comprendió que la resistencia ciega era inútil. Aunque en teoría había aceptado las condiciones del Acuerdo Jerome, pasó los siguientes ocho años —el tiempo que tardó el Senado en ratificarlo— cabildeando para cambiarlas. El comanche insistió en formalizar un nuevo trato en virtud del cual los indios conservasen todo su territorio; con el tiempo abogarían por que se les concediesen otras ciento noventa mil hectáreas. Gracias a la ayuda de aliados poderosos en el Este, el Acuerdo Jerome terminó modificándose para incluir esa concesión adicional. (La mayor parte de ese terreno, ciento sesenta mil hectáreas conocidas con el nombre de «el gran pasto», se arrendó a ganaderos blancos).

El acuerdo alcanzó rango de ley en 1900. Aún hubieron de pasar trece meses antes de que se abriesen las puertas de la reserva. En vísperas de la apertura llegaron a la zona unos cincuenta mil «tempraneros» que se dedicaron a reconocer los terrenos adquiridos sin respetar las líneas de propiedad indias. Los soldados del fuerte Sill expulsaban a los intrusos, pero estos siempre volvían. Los tempraneros robaban vacas a los indios y acampaban en sus propiedades.

Fue así como los comanches iniciaron su nueva vida de terratenientes, algo que nunca habían querido ser ni llegaron a entender del todo. Diez años después, el sistema se había convertido en algo tan conocido como deprimente. La mayoría de los comanches arrendaba sus tierras a granjeros y ganaderos blancos y se limitaba a vivir de las rentas, complementándolas con los cerca de cien dólares que cada uno recibía por los intereses de los fondos de la tribu —resultantes de la venta del «gran pasto», que terminó por materializarse—, y con trabajos esporádicos recogiendo algodón o recolectando trigo. Los comanches retenían una parcela lo bastante grande para una casa y un jardín. Pocos poseían ganado; la mayoría tenía un caballo o dos. Desde el punto de vista tradicional de la tribu, era una existencia sin norte ni sentido.  
[3]

La división de las viejas tierras de los indios privó a Quanah de casi todos sus ingresos. Nunca volvería a ganar tanto dinero, ni de lejos, como lo que ganaba en la década de 1890. De hecho, su generosidad sin límites no tardaría en condenarlo a una relativa pobreza. Pero las penurias económicas apenas le cambiaron la vida, pues coincidieron con el apogeo de su poder, fama e influencia.

El panorama en la Casa de las Estrellas seguía tan concurrido y abigarrado como siempre, y Quanah compartía techo y comida con un número cada vez mayor de invitados. Su fama atraía a personas que se presentaban en su puerta por la sencilla razón de que querían conocer al famoso guerrero y sentarse a su legendaria mesa, pero la mayoría de las visitas las hacían indios de la reserva. Así lo contaba su hijo adoptivo de raza blanca, Knox Beall, que con el tiempo se convertiría en el intérprete de la agencia del fuerte Sill:

Mi padre daba de comer a muchos indios. En 1890 tenía un gran rebaño de vacas y caballos, pero veintiún años después, cuando murió, no le quedaban muchos por lo generoso que era. Siempre daba de comer al hambriento. No soportaba ver pasar hambre a ningún miembro de su tribu.<sup>[4]</sup>

Robert Thomas, un tendero de Cache que conocía bien a Quanah, ofrece una descripción parecida:

En 1910, debido a su generosidad y buen corazón, ya era muy pobre. Daba buena

parte de sus víveres a su tribu y siempre había cientos de comanches acampados alrededor de su casa [...]. Siempre se mostraba amable y no hablaba mal de nadie jamás.<sup>[5]</sup>

Y este hombre que en su día cabalgara a sus anchas por las altiplanicies azotadas por el viento también vivió lo suficiente para ser testigo de los increíbles adelantos tecnológicos de finales del siglo XIX y principios del XX, que le parecían fascinantes al punto de querer probarlos todos. La Casa de las Estrellas fue una de las primeras residencias privadas de Oklahoma con teléfono. Quanah también adquirió un automóvil, una vieja ambulancia que era objeto de chanza entre sus amigos, quienes la llamaban «el coche fúnebre», y a cuyo volante parece ser que a veces se sentaba el «guardaespaldas» de Quanah, un comanche sordomudo llamado George Washington, más conocido como Mudito.<sup>[6]</sup> Un ferrocarril llevaba su nombre —el Quanah, Acme and Pacific Railroad, que a su vez provenía de la ciudad de Quanah, en el oeste de Tejas— y el gran jefe solía montar en la locomotora, tocando el silbato y la campana. Quanah viajaba con frecuencia y le gustaba alojarse en hoteles de las grandes ciudades, con sus lámparas de gas y todas las comodidades modernas. Por culpa de una de esas lámparas de gas estuvo a punto de morir en uno de sus muchos viajes a Fort Worth. Se encontraba compartiendo una habitación de hotel con su suegro, Oso Amarillo, quien antes de acostarse «sopló» la lámpara, un error que cometían muchos indios. Antes de salir el sol, el anciano había muerto de asfixia, y Quanah, que pasó dos días inconsciente, sobrevivió de milagro.<sup>[7]</sup>

Los acontecimientos de 1908, el año en que Quanah cumplió los sesenta, indicaban la enorme distancia que había recorrido la civilización desde el día de su nacimiento en mitad de la pradera. Ese año, Teddy Roosevelt envió alrededor del mundo su majestuosa Flota Blanca de cañoneras acorazadas, y Henry Ford introdujo el automóvil fabricado en serie con el nombre de Modelo T. Ese año, el propio Quanah apareció en la primera película del Oeste de la historia, *El atraco al banco*, rodada cerca de su casa de Cache (Oklahoma). El gran jefe tenía un papel muy pequeño. Pasados más de cien años, resulta bastante surrealista ver a Quanah apearse de una diligencia, con las trenzas cayéndole por los hombros, o cabalgando hacia la cámara. A esta distancia se hace sencillamente imposible conciliar esas imágenes con la idea de los comanches libres y salvajes del Llano Estacado.

Quanah también mantuvo una amistad curiosa y digna de mención con Teddy Roosevelt. En 1905, vestido con pantalones de gamuza y un tocado de guerra, participó en el desfile inaugural del presidente a bordo de un automóvil descubierto en el que también iban Gerónimo, dos jefes sioux y un jefe pies negros. (Uno de los espectadores del desfile fue Robert G. Cáster, el oficial que cayera en la emboscada que Quanah tendió a los federales en el Cañón Blanco. Cáster, que seguía odiando a muerte al jefe comanche, no entendía cómo alguien que había matado a tantos

blancos podía desfilar en aquel acto).<sup>[8]</sup> Se habían conocido en una fiesta que el presidente organizó en honor de los jefes. Un mes después, Roosevelt viajó al Oeste a bordo de un tren especial para participar en una «cacería de lobos» muy cacareada que se iba a celebrar en unas tierras del sudoeste de Oklahoma que pertenecían a los comanches, apaches y kiowas. Sus anfitriones principales fueron los ilustres ganaderos Burk Burnett y Daniel Waggoner, y el jefe comanche Quanah Parker. El móvil del acontecimiento no era puramente recreativo: las ciento sesenta mil hectáreas del «gran pasto», escenario de la cacería, eran uno de los terrenos más disputados de todo el Oeste. En virtud de la revisión del Acuerdo Jerome, el lugar era propiedad de los indios, que se lo cedían en usufructo a gente como Burnett y Waggoner. Pero un grupo nutrido de blancos ávidos de tierras, apoyados por el congresista tejano James H. Stephens, querían que el Gobierno comprase el «gran pasto» y diese vía libre a la urbanización.

Cuando Roosevelt se apeó en la estación de Frederick (Oklahoma), fue recibido por una multitud de tres mil personas y, a continuación, escoltado por una guardia de honor, entre cuyos jinetes se encontraba Quanah, hasta una tarima instalada en medio de la ciudad. (Quanah contaría posteriormente que, temiendo que alguien tratase de disparar al presidente —cuatro años antes habían asesinado a McKinley—, se había pertrechado para la ocasión con un revólver de seis disparos, algo que hoy resulta inconcebible).<sup>[9]</sup> Roosevelt hizo unas cuantas observaciones y enseguida invitó a Quanah, al que calificó de «buen ciudadano», a subir junto a él al estrado. Los dos se estrecharon la mano y Quanah pronunció un breve discurso. Aunque no hay constancia de sus palabras textuales, el gran jefe comanche le contó después a su amigo R. B. Thomas que recibió «más aplausos y vítores que Teddy».<sup>[10]</sup> Es evidente que Roosevelt le tenía simpatía y admiración. «Allí estaba Quanah Parker, el jefe comanche», escribió el presidente en su descripción de la cacería, incluida en su libro *Pasatiempos al aire libre del cazador estadounidense*, «quien en sus años mozos fuera enemigo acérrimo de los blancos y ahora se esmera en enseñar a los suyos a transitar por la escabrosa senda del hombre blanco».<sup>[11]</sup>

Tras la cacería —que, entre lobos y coyotes, deparó un total de diecisiete piezas—, Roosevelt se desplazó al norte para visitar a Quanah en la Casa de las Estrellas, una ocasión memorable para la minúscula localidad de Cache que exigía toda la pompa y circunstancia posibles. Quanah se preocupó de servir el vino —que él nunca bebía— en copas grandes, por la única y exclusiva razón de que, en la Casa Blanca, Roosevelt les había servido el vino a los indios en copas pequeñas.<sup>[12]</sup> El anfitrión, para variar, aprovechó la ocasión para presionar al presidente acerca de cuestiones relativas a los indios. La principal era la enajenación de las ciento sesenta mil hectáreas; Quanah quería que siguiesen siendo propiedad de los indios. (El comanche terminó perdiendo la batalla: dos años después, el terreno se dividió y se vendió; los niños comanches nacidos después de 1900 recibieron parcelas de sesenta y cuatro hectáreas, y los beneficios de la venta se colocaron en un fondo de inversiones indio).

Quanah también se quejó de que los funcionarios territoriales exigían tributos a los indios, y del terrible problema del desempleo en la reserva. La prueba de que Roosevelt prestó atención a todas esas quejas fue la carta que envió pocos días después al comisario de Asuntos Indios: «Lo que he visto allí me ha provocado lástima y una honda preocupación por las condiciones de vida de esos indios y el futuro tan desesperado que al parecer les espera».<sup>[13]</sup> La cacería de lobos y la visita a Quanah suelen citarse entre los motivos por los que Roosevelt se empeñó en crear la reserva natural de las montañas Wichita, que en la actualidad se encuentra justo al norte del emplazamiento original de la Casa de las Estrellas.

Quanah siguió siendo un líder de lo más activo, incluso en su senectud. Descontento con los colegios indios, y en vista de que las escuelas de los blancos no aceptaban a sus hijos, el gran jefe se puso su temo de lana y su sombrero vaquero de ala ancha, y empezó a hacer campaña en pro de un nuevo distrito escolar. Tras donar el terreno y prometer que los miembros de su tribu pagarían impuestos, Quanah se salió con la suya. En junio de 1908 se convirtió en director de la junta escolar del distrito cuya creación había impulsado.<sup>[14]</sup> Asimismo, se convirtió en una de las personalidades religiosas más destacadas de la tribu comanche y en el máximo responsable de la implantación de la religión del peyote entre los indios de las Grandes Llanuras. El peyote es un cactus pequeño y sin púas cuya ingestión produce alucinaciones visuales y auditivas. Los comanches ya lo consumían a mediados del siglo XIX, y los indios del sur de Tejas desde 1716. Quanah hizo resurgir su consumo y lo refinó hasta convertirlo en un ritual religioso de mucha enjundia que los indios abrazaron durante los primeros y deprimentes días de la vida en la reserva. Él mismo presidía las ceremonias, que se prolongaban durante toda la noche y que en muchos casos se centraban en la curación de personas concretas. Antes del cambio de siglo, el culto se extendió desde los comanches a los kiowas, wichitas, pawnees y shawnees. Entre 1900 y 1907 lo adoptaron los poncas, kikapúes y kansas, y posteriormente se difundió por las llanuras y penetró en la Gran Cuenca Nevada y los desiertos del sudoeste. Según Wallace y Hoebel, «el culto del peyote fue probablemente la contribución cultural más importante que hicieron los comanches a las vidas de otros indios norteamericanos».<sup>[15]</sup> En cierta ocasión, Quanah, que de vez en cuando recibía críticas por su participación en esos rituales, defendió su religión en los siguientes términos: «El hombre blanco entra en su iglesia y habla de Jesucristo; los indios entramos en nuestro tipi y hablamos con Jesucristo». Con el tiempo, la práctica fue evolucionando hasta convertirse en lo que hoy se conoce como Iglesia Nativa de América del Norte.

A pesar de sus éxitos y de que terminó imponiéndose a sus rivales, la vida de Quanah nunca fue fácil. No solo tuvo que luchar para mantener a los fiscales alejados de su culto del peyote, sino que conforme se hacía anciano se le plantearon problemas conyugales; varias de sus mujeres terminaron por abandonarlo, tal vez a causa de sus apuros financieros, cada vez mayores. Asimismo, hubo de luchar constantemente con

los adversarios políticos de la reserva, entre ellos Isa-tai, el viejo curandero, que jamás cejó en su empeño por convertirse en el jefe principal de los comanches, y Lobo Solitario, el jefe kiowa, con el que, en cierta ocasión, llegó a dirimir una disputa de lindes a puñetazo limpio.<sup>[16]</sup> En 1903, de hecho, las acusaciones de la facción kiowa de Lobo Solitario, alineada con Isa-tai, propiciaron una investigación gubernamental de la reserva. El agente federal que la llevó a cabo, un tal Francis E. Leupp, no solo sacó la conclusión de que Quanah y el agente de la reserva no habían hecho nada malo, sino que declaró lo siguiente acerca del jefe comanche:

Si alguna vez la naturaleza imprimió el sello del liderazgo en un hombre, fue en su caso. Quanah habría sido líder y adalid en cualquier círculo al que lo hubiese arrojado el destino: lo lleva en la masa de la sangre. Es evidente para cualquier observador que todo su pueblo, salvo una minoría insignificante, acepta su autoridad, y ni siquiera los descontentos con su supremacía dejan de reconocerla. Quanah ejerce un asombroso control sobre sus seguidores, pero, al mismo tiempo, los cuida como un padre.<sup>[17]</sup>

El contraste no podía ser mayor con su vecino más famoso, Gerónimo, que en 1894 había sido trasladado desde Alabama al fuerte Sill. A diferencia de Quanah, el caudillo apache no arrastraba multitudes y apenas atraía visitas. Aunque era un genio del autobombo y ganaba dinero a espaldas vendiendo sus autógrafos, sus arcos y flechas y más objetos por el estilo —se dice que murió con diez mil dólares en el banco—, Gerónimo no caía bien entre los indios. Hugh Scott, un oficial del fuerte Sill y gran amigo de los nativos, lo describió como «un personaje nada atractivo, un viejo cascarrabias egoísta, mezquino y quisquilloso». Le gustaba el juego y la bebida, y murió como consecuencia de las heridas que se produjo al caer de su caballo en estado de ebriedad.<sup>[18]</sup> Ni siquiera en la muerte dejan los legados de ambos hombres de presentar un marcado contraste. Gerónimo está enterrado en el cementerio apache del fuerte Sill, cuya dirección, casualmente, es el 437 de la calle Quanah.

## XXII

### HASTA QUE DESPUNTE EL DÍA

Quanah nunca olvidó a su madre. El gran jefe comanche tenía colgada en la pared, encima de su cama, la fotografía que le dio Sul Ross, aquel viejo retrato de 1862, tomado en el estudio de A. F. Corning, en Fort Worth, que mostraba a Cynthia Ann dando el pecho a Flor de la Pradera. Lo habían dejado sin madre cuando solo tenía doce años; en cuestión de minutos, la mujer desapareció para siempre en las profundidades del mundo del hombre blanco. Tiempo después, Quanah se enteró de que su progenitora había sido infeliz y que había intentado escapar en repetidas ocasiones para buscarlo. Al igual que su hijo, Cynthia Ann se había adaptado de maravilla a una cultura ajena, pero no fue capaz de hacerlo dos veces. En 1908, Quanah publicó anuncios en la prensa tejana solicitando ayuda para localizar la tumba de su madre y recibió la respuesta de un hombre llamado J. R. O'Quinn, primo hermano suyo e hijo de Orlena, la hermana pequeña de Cynthia Ann, que le dijo que sabía dónde encontrarla. Fue el primer contacto de Quanah con su familia materna. Tiempo después tuvo noticias de otro primo, que lo invitó a un evento familiar celebrado en Athens, una localidad de Tejas situada al sudeste de Dallas. (Quanah terminaría siendo aceptado y agasajado por su familia tejana). Tras encontrar la tumba de su madre, se dedicó a recabar fondos para trasladarla de Tejas a Oklahoma. Tan insistente y persuasivo como siempre, Quanah convenció al congresista de su distrito de que presentase un proyecto de ley para autorizar la asignación de mil dólares al traslado de los restos mortales de Cynthia Ann. La ley se promulgó en marzo de 1909. Quanah viajó a Tejas, conoció a algunos de sus familiares maternos, y encontró el cementerio donde estaba enterrada su madre. El 10 de diciembre de 1910, Cynthia Ann Parker volvió a recibir sepultura en la misión Post Oak de Cache. En una ceremonia celebrada al pie del sepulcro, Quanah pronunció un discurso sencillo en un inglés rudimentario. «Hace cuarenta años murió mi madre», dijo. «La capturan los comanches, tiene nueve años. Ama mucho la vida india y salvaje, no quiere volver con los blancos. Aunque dice Dios que toda la gente es igual. Amo a mi madre».

Al propio Quanah solo le quedaban tres meses de vida. En otoño de 1910, tan activo como siempre, había viajado a Dallas para asistir al «día de la ruta de Quanah», una celebración organizada por la Feria del Estado de Tejas con el objeto de promocionar el ferrocarril Quanah, Acme and Pacific, que pasaba por la ciudad tejana de Quanah, situada justo al sur de la antigua reserva. El gran jefe comanche, que rara vez desaprovechaba la oportunidad de aparecer en público, atrajo una gran multitud. Según la crónica publicada el 25 de octubre de 1910 en el *Dallas Morning*

*News*, «en el salón de congresos se colgó el letrero de “Agotadas las localidades” [...] Todos los asientos estaban ocupados y apenas si quedaba espacio para estar de pie. La principal atracción, naturalmente, era Quanah Parker, el jefe de los comanches». Allí estaba el viejo guerrero, acompañado de su hijo Gussie, de doce años de edad. Los dos iban vestidos con pantalones de gamuza, mocasines y tocados de guerra. Quanah habló con una voz «clara, resonante y nítida hasta para los situados en el fondo de la sala, aunque de vez en cuando sus palabras resultaban difíciles de entender».<sup>[1]</sup> «Damas y caballeros», empezó diciendo, «yo antes era un hombre malo. Ahora soy un ciudadano estadounidense. Pago impuestos igual que ustedes. Ahora somos iguales». Quanah habló de su madre, de los caballos de Mackenzie que robó en el Cañón Blanco, de los viajes que hizo a Washington «para trabajar por la tribu», y de su encuentro con Roosevelt. Era un orador divertido e interesante, y contó historias que ya había contado muchas veces. Por supuesto no mencionó su pasado de saqueador y asesino de blancos. Al más puro estilo americano, Quanah había expurgado su biografía de las partes menos agradables. Se tomó la molestia de negar, de una vez por todas, que su padre, Peta Nokona, hubiese muerto en la Batalla del Río Pease. Mentía, pero con un propósito evidente, y perdonable: salvar la reputación de su progenitor. El jefe principal de los comanches concluyó su alocución con un comentario extraño. «Solo un minuto más, quiero decir una cosa. Cada vez que me mandan a la feria me cuesta dinero. Hace cosa de un año vinieron dos hombres para llevarme a Nueva York. “Te doy cinco mil dólares por una gira de seis meses, para llevar a toda tu familia”. Pero yo digo: “No, que me ponéis en una jaula, y yo no soy un mono”. Es todo, caballeros». A continuación, según el cronista, «la multitud avanzó en masa [...] y Quanah estrechó la mano de todas y cada una de las personas, con una sonrisa casi permanente en el rostro».<sup>[2]</sup> Su último comentario tal vez fuese una forma de decir que él, al contrario que, por ejemplo, Gerónimo, ponía coto a la explotación de su fama y su legado. La dignidad, venía a decir Quanah, tenía sus límites. Nunca sabremos qué lo movió a hacer esa observación, pero, que se sepa, fueron sus últimas palabras en público.

En febrero de 1911, Quanah volvía en tren de visitar a unos amigos cheyennes. Al parecer había acudido a una sesión de peyote en busca de una cura, pues sabía que estaba enfermo. Viajaba en compañía de To-nar-cy, su esposa principal, que nunca le dio hijos, y se pasó todo el trayecto con la cabeza gacha y los labios temblorosos. Al llegar a Cache, uno de sus cuñados blancos, Emmet Cox, lo llevó a casa, de donde ya no saldría. Murió el 23 de febrero de insuficiencia cardiaca provocada por el reuma.

La noticia de la muerte de Quanah Parker se propagó como una descarga eléctrica por toda Oklahoma y Tejas, tanto en la comunidad india como en la blanca. A la mañana siguiente había cientos de personas congregadas a la puerta de su casa, con su porche doble y su tejado de color rojo brillante, decorado con grandes estrellas blancas. La gente llegó a caballo y en mula, en carromatos, calesas y automóviles. Había blancos vestidos de domingo e indios en gamuza y mantas. Marcharon

lentamente en una larga procesión, de camino a la iglesia, donde solo cabían unos pocos. Los que se quedaron fuera rezaban y entonaban cánticos. Todos desfilaron ante el féretro donde Quanah yacía engalanado con sus ropas de gamuza favoritas y con aquellas trenzas características que le caían por los hombros. Ya en el cementerio, cuando los dolientes hubieron cantado «Nearer My God to Thee», el ataúd, cubierto con mantas de colores brillantes, se sepultó en una fosa excavada junto a la de Cynthia Ann.

Cuando la familia de Quanah revisó el patrimonio del difunto descubrió que no había gran cosa. Tenía unos pocos cientos de dólares en el banco. Su mujer To-nar-cy, que según la ley de Oklahoma era la viuda, recibió un tercio del terreno asignado a Quanah. To-pay, una esposa que le había dado dos hijos, de once y dos años de edad, se quedó con la casa. El hijo mayor, White Parker, recibió la preciada, y hoy célebre, fotografía de Cynthia Ann que colgaba sobre el cabecero de la cama de Quanah. Aparte de eso, había un par de caballos y de mulas, una diligencia, un caballo de silla y una calesa. Y poco más. Quanah debía trescientos cincuenta dólares, deuda que se liquidó con la venta de las mulas. Esos eran todos los bienes del último jefe de los comanches. A excepción de la casa, las posesiones de Quanah eran las de un nómada, una especie de simetría que quizá apreciaran algunos comanches. Cuatro meses después de su muerte, el ministro del Interior ordenó al superintendente indio que eliminase el cargo de jefe y en su lugar instaurase un comité compuesto por miembros de las tribus.<sup>[3]</sup> En lo sucesivo hubo «presidentes del consejo», pero no *paraibos*.

Los «amos de las llanuras del sur», mientras tanto, se diluían a marchas forzadas en el crisol de la sociedad estadounidense. Era el destino que corrían las tribus que no se extinguían por completo. Sería inexacto afirmar que los comanches se adaptaron bien, o que Quanah encamó un modelo que la tribu, en su conjunto, estaba en condiciones de imitar. Las primeras generaciones de comanches en cautividad nunca llegaron a entender del todo el concepto de riqueza ni de propiedad privada. El verdadero meollo de su existencia era el recuerdo, cada vez más borroso, de la libertad exultante y desenfrenada de la vida en las llanuras; de la época en que los guerreros comanches, tocados con pieles negras y cuernos de bisonte, campaban por sus respetos desde Kansas al norte de México; de un mundo en el que no existían ni linderos ni propiedades. Quanah poseía algo de lo que careció el resto de su tribu en los años posteriores a su muerte, el más americano de todos los rasgos: un optimismo a prueba de bombas. Nunca miró hacia atrás, lo cual representaba todo un triunfo de la voluntad para alguien que, tras conocer la libertad absoluta de las Grandes Llanuras, había tenido que soportar una transformación tan demoledora. Siempre que venían mal dadas, miraba con resolución hacia delante y confiaba en un futuro mejor. Este sentimiento se refleja, siquiera tangencialmente, en su epitafio, que dice así:

Aquí yace, hasta que despunte el día

y caigan las sombras  
y se disipe la tiniebla,  
Quanah Parker, el último jefe de los comanches.

La inscripción, probablemente obra de su hija, que había ido a la escuela, era una adaptación libre de un versículo del Cantar de los Cantares, un libro del Antiguo Testamento que los colonos del Nuevo Mundo, entre ellos los antepasados de Quanah, solían llevar consigo al aventurarse en el mortífero Oeste, un territorio inmemorial donde en su día imperaban unos jinetes paganos de la Edad de Piedra. A Quanah le habría gustado.

# IMÁGENES



**1. Fuerte Parker.** El escenario de la famosa masacre de 1836 que dio lugar al secuestro de Cynthia Ann Parker y otros miembros del clan. Este fuerte» construido en la década de 1930, es una réplica del original. Con el tiempo volvió a reconstruirse y en la actualidad se encuentra en la ciudad de Grosbeck, Tejas.



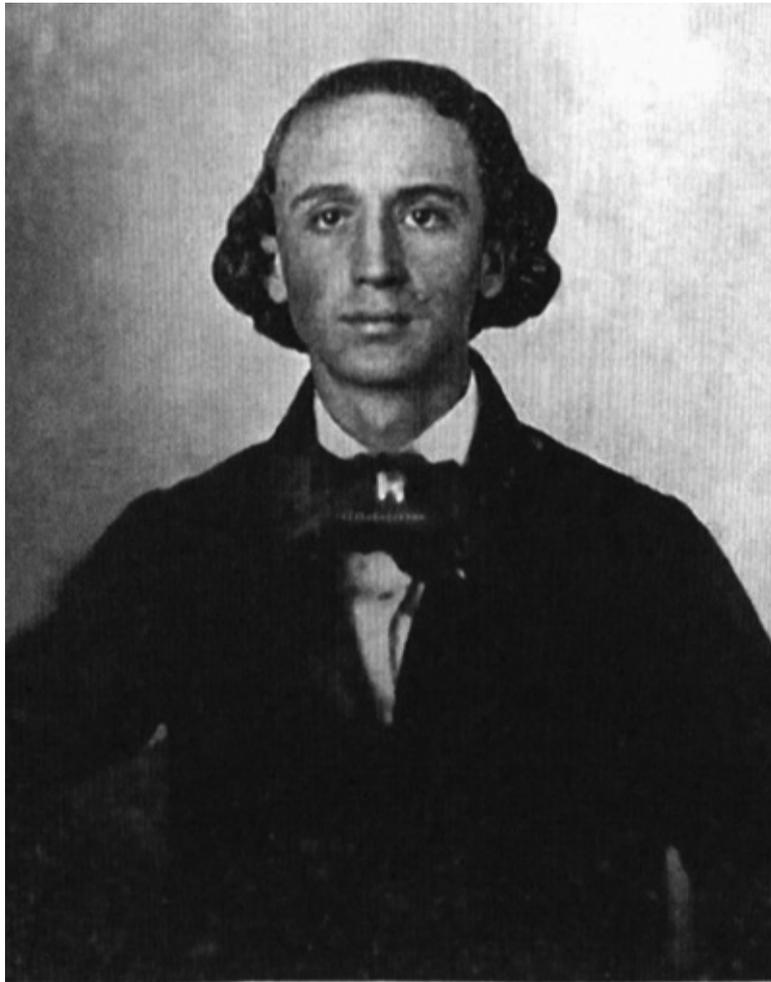
**2. Jack Hays.** El más ilustre de los *rangers* de Tejas, al que más temían los comanches y los mexicanos, y el origen de un sinfín de leyendas del Viejo Oeste. Se dice que antes de Hays, los pioneros llegaban al Oeste a pie y con rifles de cañón largo, y que, después de él, todo el mundo iba a caballo y armado con un revólver.



**3. Cynthia Ann Parker y su hija, Flor de la Pradera.** Esta foto, tomada en el estudio de A. F. Corning, en Fort Worth, probablemente en 1862, se hizo famosa en el Oeste y fuera de sus confines. Obsérvense las manos y las muñecas, grandes y musculosas.



**4. Guerreros comanches.** El famoso fotógrafo William Soule tomó esta fotografía a comienzos de la década de 1870 en el Fuerte Sill, la reserva del suroeste de Oklahoma donde se recluyó a los comanches tras su rendición.



5. **El joven Sul Ross.** Así era el futuro gobernador de Tejas en la época en que mató al caudillo comanche Peta Nocona en la Batalla del Río Pease y capturó a su mujer, que resultó ser Cynthia Ann Parker.



**6. Ranald S. Mackenzie durante la Guerra de Secesión, 1863 o 1864.** El hombre que destruiría a los comanches y se convertiría en el mayor luchador contra los indios de la historia de Estados Unidos se licenció en West Point como primero de su promoción en 1862, con veintiún años de edad, y en agosto de ese año ya estaba combatiendo con el ejército nordista en la Batalla de Manassas. Mackenzie terminó la Guerra de Secesión con veinticuatro años y habilitado como general de brigada.



7. **Quanah en 1877.** La foto más antigua que se le conoce, tomada dos años antes de su rendición. Pese a la vestimenta tradicional de cuero y flecos, salta a la vista el tamaño enorme de los antebrazos y el tren superior. Quanah estaba considerado el guerrero comanche más temible de su generación.



**8. El azote de los cazadores de bisontes.** En la década de 1870, la caza de bisontes se convirtió en un auténtico exterminio. En 1873, un cazador llamado Tom Dixon cobró tres mil doscientas piezas en treinta y cinco días. En el invierno de 1872, se pagaban tres dólares y medio por una sola piel. La montaña de pieles de la fotografía está lista para ser enviada desde Dodge City.



**9. Mano Trémula (Mow-way), jefe de los comanches kotsotekas.** El 29 de septiembre de 1872, en la Batalla de McClellan Creek, Mackenzie destruyó el poblado de Mano Trémula, situado en la franja septentrional de Tejas. Lo paradójico es que el gran jefe se encontraba a la sazón en Washington, negociando un tratado de paz con el gobierno estadounidense.



**10. Isa-tai en su madurez.** Mitad brujo, mitad charlatán y *showman*, Isa-tai entró en escena en 1874 como el mesías que iba a salvar a los comanches, pero sus hechizos fracasaron estrepitosamente en la Batalla de Adobe Walls. Tiempo después, durante los años de la reserva, se convertiría en rival de Quanah.



**11. Cazador de bisonte con la cabellera cortada, 1868.** Los indios odiaban a los cazadores de bisontes pues sabían que eran ellos, más que los soldados federales, quienes estaban destruyendo su estilo de vida en las llanuras. Este cazador, fotografiado por William Soule cerca del Fuerte Dodge, corrió la misma suerte que cientos de otros como él.



**12. Quanah y una de sus mujeres.** El guerrero tuvo ocho esposas, siete de ellas durante su estancia en la reserva, un número insólito por lo elevado. Eran en su mayoría bastante atractivas, y no les agradaba demasiado compartir a su marido.



**13. El Quanah formal.** Aunque nunca renunció al pelo largo, a sus numerosas mujeres ni al consumo de peyote, siempre que viajaba o iba a la ciudad Quanah vestía ropa de hombre blanco con gran placer.



**14. La Casa de las Estrellas.** Quanah construyó esta magnífica vivienda de diez dormitorios en 1890. Contaba con un comedor formal y techos de tres metros, y estaba ubicada en una espléndida parcela de terreno elevado, al pie de las montañas Wichita, al norte de Cache (Oklahoma).



**15. Quanah y familia, hacia 1908.** El anciano jefe y veinte miembros de su familia en el porche de la Casa de las Estrellas. Durante su estancia en la reserva, Quanah tuvo siete mujeres y veintitrés hijos, todos los cuales vivían en la casa. Una de sus esposas afirmó posteriormente que el mayor logro del gran jefe fue dirigir su propio hogar.



**16. Quanah en su dormitorio, hacia 1897.** El choque de lo viejo y lo nuevo. Obsérvese, a la izquierda de Quanah, el retrato enmarcado de su madre, Cynthia Ann, y su hermana, Flor de la Pradera. Era su posesión más querida.



**17. Quanah y unos invitados, hacia 1900.** En el comedor de la Casa de las Estrellas, Quanah celebró cenas formales con invitados tales como Gerónimo, el general Miles o el presidente Teddy Roosevelt. La estancia, y la casa entera, aún existen y pueden visitarse en Cache (Oklahoma).



**18. Quanah a los cincuenta y ocho años.** En los últimos años de su vida, Quanah vio menguar su patrimonio al tiempo que crecía su prestigio en la tribu y en la sociedad estadounidense. Esta fotografía, tomada en 1906, lo muestra en el cénit de su poder, influencia y popularidad.

# BIBLIOGRAFÍA

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

Buena parte de este libro —espero que el lector lo perciba— se ha basado en gran cantidad de testimonios directos de la época. A la hora de repasar trescientos años de historia, las fuentes secundarias también son, por supuesto, de utilidad como orientación y resumen, pero los recursos más valiosos siempre son los que no han pasado por ningún filtro. Como residente en Austin, he tenido la inmensa fortuna de poder aprovechar el impresionante material, tanto documental como archivístico, que poseen las bibliotecas de la Universidad de Tejas, sobre todo el Centro Dolph Briscoe de Historia de Estados Unidos, que, en lo tocante a la historia comanche, constituye la auténtica “zona cero”. También he usado abundante material de archivo del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, situado en la localidad tejana de Canyon, y de la Colección de Historia del Oeste de la Universidad de Oklahoma, en Norman (Oklahoma). Esta última contiene el Proyecto de Historia de Indios y Pioneros, un conjunto de entrevistas realizadas en la década de 1930 con personas cuyos recuerdos se remontaban hasta el siglo XIX. En mis últimos capítulos sobre Quanah he utilizado ese material con profusión y, de hecho, mucho de lo que sé de las últimas décadas de su vida lo he aprendido en esas copiosas entrevistas. También es sumamente útil el material de la Agencia Kiowa, que se encuentra en la Sociedad Histórica de Oklahoma/Centro de Historia de Oklahoma, y que ofrece información pormenorizada sobre los años que Quanah pasó en la reserva. Por desgracia, los archivos del museo de Fort Still se han cerrado indefinidamente para los investigadores, lo cual me ha obligado a llevar a cabo numerosas gestiones y esfuerzos con el fin de localizar en otros lugares todo ese material sobre los comanches, como, por ejemplo, las incomparables entrevistas que Hugh Lenox Scott hizo en 1897 a Quanah y otros documentos de la colección W. S. Nye. (Muchos están también en el subarchivo Neely del museo de Canyon). Gran parte del tiempo dedicado a recabar la información necesaria para escribir esta obra la he pasado en el Centro Briscoe, rodeado de varios libros, discos, archivos polvorientos y textos mecanografiados y manuscritos. (Mi momento favorito fue cuando, al hojear una pila de manuscritos, varios cientos de dólares confederados salieron revoloteando de repente. Los billetes parecían casi nuevos).

Esos y otros documentos me han permitido reconstruir los principales acontecimientos históricos que se relatan en el libro a partir de testimonios fidedignos —aunque a veces superficiales— de primera mano. Entre ellos figuran el asalto al fuerte Parker y los consiguientes cautiverios de miembros de la familia homónima; la creación de los *rangers* de Tejas, incluidas las carreras de Jack Hays y Rip Ford

(según los relatos de primera mano de Noah Smithwick, Rip Ford, el comandante John Caperton, B. F. Gholson, Charles Goodnight y otros); el “rescate” de Cynthia Ann Parker, el Combate de la Casa Consistorial, el Saqueo de Linnville y la Batalla de Plum Creek, la Batalla de Adobe Walls y la Guerra del Río Rojo. La crónica detallada de la Batalla de Cañón Blanco es obra de hombres que combatieron a las órdenes de Mackenzie (el libro *On the Border with Mackenzie [En la frontera con Mackenzie]*, del capitán Robert G. Carter, es uno de los grandes documentos del Oeste norteamericano). La descripción de la Guerra del Río Rojo también está basada en crónicas de la época y documentada con la maravillosa recopilación del Museo del Oeste de Tejas: “Ranald S. Mackenzie’s Official Correspondence Relating to Texas” [“Correspondencia oficial de Ranald S. Mackenzie en relación a Tejas”], impresa en dos volúmenes, que abarca el periodo 1871-1879. El capitán George Pettis nos legó una extraordinaria y detallada crónica del combate de 1860 entre Kit Carson y los comanches. También he usado fuentes originales para escribir parte de la historia antigua de los comanches, entre las que destacan los escritos de Athanase de Mézières, administrador español desde 1769 y uno de los agentes más eficaces de todos los tiempos a la hora de tratar con los indios, así como informes oficiales del gobierno colonial español.

La mejor descripción de la Tejas de la primera mitad del siglo XIX se obtiene en varias fuentes de la época: el capitán Randolph Marcy era un reportero estupendo y fiable, al igual que el coronel Richard Irving Dodge y el pintor George Catlin. Los tres transmitieron una visión descamada y auténtica de la frontera india, por entonces intacta. La existencia cotidiana en el seno de las bandas comanches antes de la época de las reservas cobra vida en los relatos autobiográficos de varios cautivos, entre ellos Dot Baab, Herman Lehmann, Clinton Smith y Nelson Lee. (Aunque algunos pasajes del relato del último son a todas luces ficticios, otras partes siguen siendo aprovechables). Otras crónicas de la época, como el libro *Life and Adventures of a Quaker Among the Indians [Vida y aventuras de un cuáquero entre los indios]*, escrito en 1875 por el maestro Thomas Battey, que daba clases en las reservas, también han sido de gran utilidad. Las memorias de Mary Maverick, que describen el viejo San Antonio e incluyen episodios como el Combate de la Casa Consistorial y el ascenso de Jack Hays y los *rangers*, son indispensables.

En cuanto a las fuentes secundarias, ninguna se compara con el magistral estudio etnográfico de Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, basado en gran medida en estudios etnológicos realizados en la década de 1930: *The Comanches: Lords of the South Plains [Los comanches: los amos de las llanuras meridionales]*. Los libros *Carbine and Lance: The Story of Old Fort Sill [Carabina y lanza: la historia del viejo fuerte Sill]*, de Wilbur Nye, y *Comanche Barrier to South Plains Settlement [La barrera comanche a la colonización de las llanuras meridionales]*, de Rupert Richardson, fueron las primeras obras de fuste en materia de historia comanche. Las dos biografías completas de Mackenzie, *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*

[*Ranald S. Mackenzie en la frontera tejana*], de Ernest Wallace, y *Bad Hand [Mano mala]*, de Charles M. Robinson III, están muy documentadas y resultan de utilidad. El capítulo de los comanches en *The Great Plains [Las Grandes Llanuras]*, la obra maestra que Walter Prescott Webb publicó en 1931, fue lo que me despertó el interés por el tema, y su libro sobre los rangers de Tejas sigue siendo la obra canónica. *The Comanches: Destruction of a People [Los comanches: la destrucción de un pueblo]*, de T. R. Fehrenbach, está bien escrito y, de entre las obras modernas dedicadas al asunto, sigue siendo el clásico. A todos esos títulos añadiría dos libros más recientes: la soberbia biografía de Quanah escrita por William T. Hagan, que se centra en los años de la reserva, y *Frontier Blood [Sangre en la frontera]*, de Ella Exley, un sólido ejercicio de investigación que gira alrededor del clan Parker.

El resto de mis investigaciones las llevé a cabo en automóvil: cruzando una y otra vez las llanuras de la Comanchería; visitando la maravillosa reconstrucción del fuerte Parker en Groesbeck (Tejas) y otros fuertes como los de Richardson, Concho y Phantom Hill; librándome por poco de quedarme atascado en el hielo en Adobe Walls; escalando las montañas Wichita; buscando varios escenarios bélicos en el Río Pease y otros lugares. Uno de los momentos estelares fue el hallazgo de la Casa de las Estrellas, la vieja residencia de Quanah, en un parque de atracciones abandonado de Cache (Oklahoma). Aunque la casa sufre un cierto deterioro, todo permanece en su sitio, inclusive el comedor donde en su día cenaron Roosevelt y Gerónimo (en ocasiones distintas). Por último, quiero añadir que llevo quince años viviendo en Tejas y mi conocimiento de la peculiar geografía del estado y, en particular, de las llanuras occidentales, ha sido de enorme ayuda a la hora de redactar este libro.

## LIBROS

ATKINSON, M. J., *The Texas Indians*, San Antonio, Tejas, Naylor Co., 1935.

—, *Indians of the Southwest*, San Antonio, Tejas, Naylor Co., 1963.

BAAB, T. A., *In the Bosom of the Comanches*, Dallas, Hargreaves Printing Co., 1923, segunda edición del original de 1912.

BAKER, T. Lindsay y Harrison, Billy R., *Adobe Walls, the History and Archaeology of the 1874 Trading Post*, College Station, Texas A&M University Press, 1986.

BANCROFT, Hubert H., *History of Arizona and New Mexico*, San Francisco, The History Company, 1889.

BATTEY, Thomas, *Life and Adventures of a Quaker Among the Indians*, Boston, Lee and Shepard, 1875.

BEDFORD, Hilory G., *Texas Indian Troubles*, Pasadena, Tejas, Abbotsford Publishing Company, 1966, facsímil del original publicado en 1905 por Hargreaves Printing Co. de Dallas.

BENNER, Judith Ann, *Sul Ross: Soldier, Statesman, Educator*, College Station,

- Texas A&M University Press, 1983.
- BOLTON, Herbert Eugene, *Coronado: Knight of Pueblos and Plains*, Nueva York, Whittlesey House; Albuquerque, University of New Mexico Press, 1949.
- , *Athanase de Metieres and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780*, Cleveland, Ohio, Arthur H. Clark Co., 1914.
- BOURKE, John G. *Mackenzie's Last Fight with the Cheyennes*, Nueva York, Argonaut Press, 1966, publicado originalmente en 1890.
- BRAZOS, pseudónimo, *The Life of Robert Hall*, Austin, Ben C. Jones and Co., 1898.
- BRICE, Donaly E., *Great Comanche Raid*, Austin, Eakin Press, 1987.
- BROW, Dee, *Bury My Heart at Wounded Knee*, Nueva York, Henry Holt, 1970.
- BROWN, John Henry, *Indian Wars and Pioneers of Texas*, Austin, State House Press, 1988, publicado originalmente en 1890.
- , *The Comanche Raid of 1840*, Houston, Union National Bank, 1933.
- CANONGE, Elliott, *Comanche Texts*, Norman, University of Oklahoma Institute of Linguistics, 1958.
- CARTER, Robert G., *On the Border with Mackenzie*, Austin, Texas State Historical Association, 2007, publicado originalmente en 1935.
- CARTER, Capitán Robert G., *The Old Sergeant's Story: Winning the West from the Indians and Bad Men in 1870 to 1876*, Nueva York, Frederick H. Hitchcock, 1926.
- , *Tragedies of Blanco Canyon*, Washington, D. C., Gibson Bros., 1919.
- CATLIN, George, *Manners, Customs, and Condition of the North American Indians, With Letters and Notes*, Londres, Henry G. Bohn, 1857, 2 volúmenes, 9.<sup>a</sup> edición.
- CLARK, Mary Whatley, *The Palo Pinto Story*, Fort Worth, Manney Co., 1956.
- CLARK, Randolph, *Reminiscences*, Fort Worth, Texas Christian University Press, 1986, publicado originalmente en 1919.
- CLARK, William R., *The Indian Sign Language*, Filadelfia, L. R. Hamersly, 1885.
- CODY, Coronel William F., *The Adventures of Buffalo Bill Cody*, Nueva York y Londres, Harper & Brothers, 1904.
- CONNEL, Evan S., *Son of the Morning Star*, Nueva York, North Point Press, 1997.
- COOK, John R., *The Border and the Buffalo*, Topeka, Kansas, Crane and Co., 1907.
- COX, Mike, *The Texas Rangers: Wearing the Cinco Peso, 1821-1900*, Forge Books, Nueva York, 2008.
- CURTIS, Edward S., *The North American Indian, Selections*, Santa Fe, Nuevo México, Classic Gravure, 1980, del original de 1930.
- DEBO, Angie, *The Road to Disappearance, A History of the Creek Indians*, Norman, University of Oklahoma Press, 1941.
- DEBURHL, Marshall, *Sword of San Jacinto: A Life of Sam Houston*, Nueva York,

- Random House, 1931.
- DESHIELDS, James T, *Border Wars of Texas*, Tejas, Tioga, 1912.
- , *Cynthia Ann Parker: the Story of Her Capture*, San Luis, publicación financiada personalmente por el autor, 1886.
- DIXON, Billy, *The Life and Adventures of Billy Dixon of Adobe Walls*, Cooperative Publishing Co., Oklahoma, Guthrie, 1914.
- , *The Fight at Adobe Walls*, Houston, Union National Bank, 1935.
- DIXON, Olive King, *Life of Billy Dixon*, Austin, Tejas, State House Press, 1987, publicado originalmente en 1927.
- DOBIE, J. Frank, *The Mustangs*, Austin, University of Texas Press, 1934.
- DODGE, Richard Irving, *The Hunting Grounds of the Great West*, Londres, Chatto and Windus, 1878, 2.<sup>a</sup> edición.
- , *The Plains of the Great West and Their Inhabitants*, Nueva York, G. P. Putnam's, 1877.
- DODGE, Coronel Richard Irving, *Our Wild Indians, 33 years' Personal Experience Among The Redmen of the Great West*, Nueva York, Archer House, 1883.
- , *The Indian Territory Journals of Colonel Richard Irving Dodge*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000.
- DORST, Capitán Joseph, *Twentieth Annual Reunion of the Association of Graduates of the United States Military Academy at West Point*, 12 de junio de 1889.
- DUNLAY, Tom, *Kit Carson and the Indians*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2000.
- EDMUNDS, R. David, ed., *American Indian Leaders: Studies in Diversity*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1980.
- EXLEY, Jo Ella Powell, *Frontier Blood: The Saga of the Parker Family*, College Station, Texas A&M Press, 2001.
- FALLWELL, Gene, *The Comanche Trail of Thunder and the Massacre at Parker's Fort*, May 19, 1836, Dallas, Highlands Historical Press, 1965.
- FALUDI, Susan, *The Terror Dream*, Nueva York, Metropolitan Books, Henry Holt, 2007.
- FARNHAM, J. T, *Travels in the Great Western Prairies, The Anahuac and Rocky Mountains and in the Oregon Territory*, Poughkeepsie, Nueva York, Killey and Lossing Printers, 1841.
- FEHRENBACH, T. R., *Lone Star: A History of Texas and the Texans*, Boulder, Colorado, Da Capo Press Edition, 2000, publicado originalmente en 1968.
- , *The Comanches: Destruction of a People*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1974.
- FOOTE, Shelby, *The Civil War*, Nueva York, Random House, 1858, vol. 1.
- FORD, John Salmon, *Rip Ford's Texas*, ed., Stephen B. Oates, Austin, University of Texas Press, 1963.
- FRAZIER, Ian, *The Great Plains*, Nueva York, Penguin, 1989.

- GILLETTI, James B., *Six Years with the Texas Rangers*, New Haven, Yale University Press, 1925.
- GLISAN, Rodney, *Journal of Army Life*, San Francisco, A. L. Bancroft and Co., 1874.
- GOODNIGHT, Charles, *Charles Goodnight's Indian Recollections*, Amarillo, Tejas, Russell and Cockrell, 1928.
- GRANT, U. S., *Personal Memoirs of U. S. Grant*, Nueva York, Charles A. Webster & Co., 1886.
- GRAVES, John, *Goodbye to a River*, Houston, Gulf Publishing Company, 1995.
- , *Hard Scrabble: Observations on a Patch of Land*, Dallas, SMU Press, 2002.
- GREER, James Kimmins, *Colonel Jack Hays: Frontier Leader and California Builder*, College Station, Texas A&M University Press, 1987.
- GRINNELL, George Bird, *The Fighting Cheyennes*, Norman, University of Oklahoma Press, 1956, publicado originalmente en 1915.
- GUILD, Thelma S., y Harvey L. Carter, *Kit Carson: A Pattern for Heroes*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1984.
- HACKER, Margaret Schmidt, *Cynthia Ann Parker: The Life and Legend*, El Paso, Texas Western Press, 1990.
- HACKETT, Charles Wilson, ed., *Pichardo's Treatise on the Limits of Louisiana and Texas*, Austin, University of Texas Press, 1934.
- HAGAN, William T, *Quannah Parker, Comanche Chief*, Norman, University of Oklahoma Press, 1993.
- , *United States-Comanche Relations*, New Haven, Yale University Press, 1976.
- HALEY, J. Evetts, *Charles Goodnight's Indian Recollections*, Amarillo, Tejas, Russell and Cockrell, 1928, reimpresión extraída del *Panhandle Plains Historical Review*, 1928.
- , *Charles Goodnight: Cowman and Plainsman*, Norman, University of Oklahoma Press, 1936.
- HALEY, James L., *The Buffalo War: The History of the Red River Indian Uprising of 1874*, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1976.
- HAMILTON, Allen Lee, *Military History of Fort Richardson*, Texas, Lubbock, Texas Tech, tesis de maestría, 1973.
- HATCHER, Mattie Austin, "The Opening of Texas to Foreign Settlement 1801-1821", *University of Texas Bulletin*, 1927, pp. 53-54.
- HODGE, Frederick, *Handbook of American Indians North of Mexico*, Nueva York, Rowman and Littlefield, 1971, publicado originalmente en dos volúmenes en 1907 y 1912.
- HOLLAND, G. A., *The History of Parker County and the Double Log Cabin*, Weatherford, Tejas, The Herald Publishing Company, 1937.
- HOLMES, Floyd J., *Indian Fights on the Texas Frontier*, Fort Worth, Pioneer

- Publishing, 1927.
- HOUSE, E., ed., *A Narrative of the Captivity of Mrs. Horn and Her Two Children with That of Mrs. Harris by the Comanche Indians*, C. San Luis, Keemle Printer, 1939.
- HYDE, George E., *Rangers and Regulars*, Columbus, Ohio, Long's College Book Co., 1952.
- JACKSON, Clyde, *Quanah Parker, Last Chief of the Comanches, a Study in Southwestern Frontier History*, Nueva York, Exposition Press, 1963.
- JAMES, General Thomas, *Three Years Among the Indians and Mexicans*, Saint Louis, Missouri Historical Society, 1916.
- JENKINS, John Holmes, ed., *Recollections of Early Texas: The Memoirs of John Holland Jenkins*, Austin, University of Texas Press, 1958.
- JIMÉNEZ, Ramón, *Caesar Against the Celts*, Staplehurst, Kent, Spellmount, 1996.
- JOHNSTON, William Preston, *The Life of General Albert Sidney Johnston: Embracing His Services in the Armies of the United States, the Republic of Texas, and the Confederate States*, Nueva York, Appleton and Co., 1879.
- JONES, Douglas C., *The Treaty at Medicine Lodge*, Norman, University of Oklahoma Press, 1966.
- JONES, Jonathan H., *A Condensed History of the Apache and Comanche Indians*, Nueva York, Garland Publishing, 1976, publicado originalmente en 1899.
- JOSEPHY, Alvin M., Jr., *The Indian Heritage of America*, Nueva York, Bantam Books, 1969.
- KAVANAGH, Thomas W., *The Comanches: A History, 1706-1875*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1996.
- , *Comanche Ethnography: Field Notes of E. Adamson Hoebel, Waldo R. Wedel, Gustav G. Carlson, and Robert Lowie*, Lincoln, University of Nebraska Press en colaboración con el Instituto de Investigación de Estudios sobre los Indios Norteamericanos de la Universidad de Indiana, © 2008 (a partir del estudio original de 1933).
- KEIM, De Benneville Randolph, *Sheridan's Troopers on the Border: A Winter Campaign on the Plains*, Nueva York, Freeport, Books for Libraries Press, 1970, publicado originalmente en 1885.
- KENNEY, M. M., "The History of the Indian Tribes of Texas", *A Comprehensive History of Texas 1685-1857*, editado por Dallas, Dudley G. Wooten, W. G. Scarff, 1898.
- LA, VERE, David, *Contrary Neighbors, The Southern Plains and Removed Indians in Indian Territory*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000.
- LEE, Nelson, *Three Years Among the Comanches*, Santa Bárbara, California, The Narrative Press, 2001, publicado originalmente en 1859.
- LEHMANN, Herman, *Nine Years Among the Indians (1870-79)*, Albuquerque,

- University of New Mexico Press, 2004, publicado originalmente en 1927.
- LE, MAY, Alan, *The Searchers*, Nueva York, Ace Publishers, 1980, publicado originalmente en 1954.
- LEWIS, M., *The Lewis and Clark Expedition*, J. B. Lippincott Company, Filadelfia, edición de 1814, vol. 1, reedición de 1961.
- LIMERICK, Patricia Nelson, *The Legacy of Conquest*, Nueva York, Norton and Co., 1988.
- LINN, John J., *Reminiscences of Fifty Years in Texas*, Austin, Tejas, The Steck Company, 1935, publicado originalmente en 1883.
- LOCKWOOD, Frank Cummins, *The Apaches*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1897.
- MARCY, Randolph B., *Adventure on Red River: A Report on the Exploration of the Red River by Captain Randolph Marcy and Captain G. B. McClellan*, Norman, University of Oklahoma Press, 1937, publicado originalmente en 1853.
- , *The Prairie Traveler: A Handbook for Overland Expeditions*, Nueva York, Harper's, 1859, reedición de 1981 a cargo de Time-Life Books, Nueva York.
- , *Thirty Years of Army Life on the Border*, Nueva York, Harper and Brothers, 1866.
- MARSHALL, Doyle, *A Cry Unheard: The Story of Indian Attacks in and Around Parker County, Texas, 1858-1872*, Annetta Valley Farm Press, 1990.
- MARSHALL, J. X., *The Miles Expedition of 1874-5, An Eyewitness Account of the River War*, Austin, Tejas, The Encino Press, 1971.
- MAVERICK, Mary, *Memoirs of Mary A. Maverick*, San Antonio, Alamo Printing Co., 1921.
- MAYHALL, Mildred R., *The Kiowas*, Norman, University of Oklahoma Press, 1962.
- , *Indian Wars of Texas*, Waco, Tejas, Texian Press, 1965.
- MCMURTRY, Larry, *Crazy Horse*, Nueva York, Lipper/Viking, 1999.
- MOORE, Ben, Sr., *Seven years with the Wild Indians*, Tejas, Ben Moore Sr., O'Donnell, 1945.
- MOORE, John H., *The Cheyenne*, Malden, Massachussets, Blackwell Publishers Inc., 1996.
- MORRELL, Z. N., *Flowers and Fruits in the Wilderness*, Commercial Printing Co., Saint Louis, 1882, 3.<sup>a</sup> edición, publicada originalmente en 1872.
- NEELEY, Bill, *The Last Comanche Chief: The Life and Times of Quanah Parker*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1995.
- NEIGHBOURS, Kenneth E., *Robert Simpson Neighbors and the Texas Frontier*, Waco, Tejas, Texian Press, 1975.
- NEIGHBOURS, Robert S., *The Nauri or Comanches of Texas (in Information Respecting the History, Conditions, and Prospects of the Indian Tribes of the United States, Office of Indian Affairs)*, Filadelfia, 1853.

- NEIHARDT, John G., *Black Elk Speaks*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1979, publicado originalmente en 1932.
- NEWCOMB, W. W., Jr., *The Indians of Texas*, Austin, University of Texas Press, 1961.
- NYE, W. S., *Carbine and Lance: The Story of Old Fort Sill*, Norman, University of Oklahoma Press, 1969, publicado originalmente en 1937.
- PARKER, James, W., *Defence of James W. Parker Against Slanderous Accusations Preferred Against Him*, Houston, Telegraph Power Press, 1839.
- , *Narrative of the Perilous Adventures*, Houston, 1844, publicación financiada por el autor.
- , *The Old Army Memories*, Dorrance and Co., Filadelfia, 1929.
- , *The Rachel Plummer Narrative*, Houston, 1839, publicación financiada por el autor.
- PARKMAN, Francis, *The California and Oregon Trails: Sketches of Prairie and Rocky Mountain Life*, Chicago, Scott and Foresman, 1911, publicado originalmente en 1849.
- PARSONS, John E., ed., *Sam Colt's Own Record of Transactions with Captain Walker and Eli Whitney Jr. in 1847*, Hartford, Connecticut Historical Society, 1949.
- PETTIS, Capitán George, *Kit Carson's Fight with the Comanche and Kiowa Indians*, Santa Fe, Historical Society of New Mexico, 1908.
- PLUMMER, Rachel, *Rachel Plummer's Narrative of Twenty-one Months of Servitude as a Prisoner Among the Comanche Indians*.
- QUAIFE, Milo Milton, *Kit Carson's Autobiography*, Lincoln, University of Nebraska Press, publicado originalmente por Bison Books en 1935.
- RICHARDSON, Rupert N., *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, Austin, Tejas, Eakin Press, 1996, publicado originalmente en 1933.
- , *The Frontier of Northwest Texas 1846-1876*, Glendale, California, A. H. Clark Co., 1963.
- RISTER, Carl Coke, *Border Captives*, Norman, University of Oklahoma Press, 1955.
- , *The Southwestern Frontier, 1865-1881*, Nueva York, Russell and Russell, 1966, publicado originalmente en 1928.
- RIVERA, Pedro de, *Diario y derrotero de lo caminado, visto y observado en la visita que lo hizo a los presidios de la Nueva España septentrional*, ed. Visto Allesio Robles, México D. F., Secretaría de la Defensa Nacional, 1946.
- ROBINSON, Charles M., III, *Bad Hand: A Biography of General Ranald S. Mackenzie*, Austin, Tejas, State House Press, 1993.
- ROE, Frank G, *The Indian and the Horse*, Norman, University of Oklahoma Press, 1962, publicado originalmente en 1955.

- ROOSEVELT, T. R., *Outdoor Pastimes of an American Hunter*, Nueva York, Charles Scribner and Sons, 1905.
- ROSE, Victor M., *The Life and Services of General Ben McCulloch*, Austin, Tejas, The Steck Co., 1958, publicado originalmente en 1888.
- RUXTON, George F., *Adventures in Mexico and the Rocky Mountains*, Londres, J. Murray, 1861.
- SCHAFF, Morris, *The Spirit of Old West Point: 1858-1862*, Boston, Houghton Mifflin Company, 1907.
- SCHILZ, Jodye Lynne Dickson, y Thomas F. Schilz, *Buffalo Hump and the Penateka Comanches*, El Paso, University of Texas at El Paso Press, 1989.
- SCHMECKEBIER, Lawrence, *The Office of Indian Affairs, Its History, Activities and Organization*, Nueva York, AMS Press, 1972.
- SCOTT, Hugh Lenox, *Some Memories of a Soldier*, Nueva York, The Century Co., 1928.
- SIDES, Hampton, *Blood and Thunder: An Epic of the American West*, Nueva York, Doubleday, 2006.
- SMITH, Clinton, *The Boy Captives; Being the True Story of the Experiences and Hardships of Clinton L. and Jeff D. Smith*, San Antonio, Tejas, Cenveo, 2005, publicado originalmente en 1927.
- SMITH, Coho, *Cohographs*, ed. Iva Roe Logan, Fort Worth, Branch-Smith Inc., 1976.
- SMITH, F. Todd, *From Dominance to Disappearance: Indians of Texas and the Near Southwest, 1786-1859*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2005.
- SMITHWICK, Noah, *Evolution of a State or Recollections of Old Texas Days*, recopilado por Nanna Smithwick Donaldson, Gammel Book Company, 1900; reedición, Austin, W. Thomas Taylor, 1995.
- SOMMER, Charles H., *Quanah Parker, the Last Chief of the Comanches*, San Luis, 1945, publicación financiada por el autor.
- STIFF, Coronel Edward, *The Texan Emigrant*, Cincinnati, George Conclin, 1840.
- TATUM, Lawrie, *Our Red Brothers and the Peace Policy of President Ulysses S. Grant*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1970, publicado originalmente en 1889.
- THOMAS, Alfred B., *Forgotten Frontiers: a Study of the Spanish Indian Policy of Don Juan Batista de Anza, Governor of New Mexico, 1777-87*, Norman, University of Oklahoma, 1932.
- , *A Study of the Spanish Indian Policy of Don Juan Batista De Anza, 1777-78*, Norman, University of Oklahoma Press, 1969, publicado originalmente en 1932.
- THOMPSON, R. A., *Crossing the Border with the Fourth Cavalry*, Waco, Tejas, Texian Press, 1986.

- TILCHMAN, Zoé A., *Quanah: Eagle of the Comanches*, Oklahoma City, Harlow Publishing, 1938; Norman, Oklahoma Press, 1940.
- TOLBERT, Frank X., *An Informal History of Texas*, Nueva York, Harper and Brothers, 1951.
- TOOLE, K. ROSS, *Probing the American West*, Santa Fe, Museum of New Mexico Press, 1962.
- UTLEY, Robert M., *Lone Star Justice, The First Century of the Texas Rangers*, Nueva York, Berkeley Books, 2002.
- VESTAL, Stanley, *Kit Carson: The Happy Warrior of the Old West*, Nueva York, Houghton Mifflin Co., 1928.
- WALLACE, Ernest, "Final Champion of Comanche Glory", *The Great Chiefs*, Alexandria, Virginia, Time-Life Books, 1975.
- , *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*, College Station, Texas A&M Press, 1993.
- , *Texas in Turmoil*, Austin, Tejas, Steck-Vaughn Co., 1965.
- WALLACE, Ernest, y E. Adamson Hoebel, *The Comanches: Lords of the South Plains*, Norman, University of Oklahoma Press, 1952.
- WEBB, Walter P., *The Texas Rangers, a Century of Frontier Defense*, Austin, Tejas, University of Texas Press, 2003, publicado originalmente en 1935.
- , *The Great Plains*, Lincoln, University of Nebraska Press, Bison Books, 1981, publicado originalmente en 1931.
- WEEMS, John Edward, *Death Song: The Last of the Indian Wars*, Garden City, Nueva York, Doubleday and Co., 1976.
- WEST, G. Derek, *The Battles of Adobe Walls and Lyman's Wagon Train, 1874*, Canyon, Tejas, Panhandle Plains Historical Society, 1964.
- WHITE, E. E., *Experiences of a Special Indian Agent*, Oklahoma Press, Norman, University of 1965, publicado originalmente en 1893.
- WILBARGER, J. W., *Indian Depredations in Texas*, Austin, Pemberton Press, 1967, publicado originalmente en 1889.
- WILLIAMS, Amelia W, y Eugene C. Barker, *The Writings of Sam Houston, 1813-1863*, 8 volúmenes, Austin, University of Texas Press, 1938-1943, vol. 4.
- WINFREY, Dorman H., y James M. Day, eds., *The Indian Papers of the Southwest*, 5 volúmenes, Austin, Tejas, Pemberton Press, 1959-1966.
- WINSHIP, George Parker, *The Coronado Expedition 1540-42*, Nueva York, A. S. Barnes and Co., 1904.
- WISSLER, Clark, *The American Indian*, Nueva York, Oxford University Press, 1922.
- , *Man and Culture*, Nueva York, Thos. Crowell, 1923.
- , *North American Indians of the Plains*, Nueva York, American Museum of Natural History, 1927.

- YENNE, Bill, *Sitting Bull*, Yardley, Pennsylvania, Westholme Publishing, 2008.
- ZESCH, Scott, *Captured: The True Story of Abduction by Indians on the Texas Frontier*, Nueva York, St. Martin's Press, 2004.

## ARTÍCULOS

- ANDERSON, Adrian N., "The Last Phase of Colonel Ranald S. Mackenzie's 1874 Campaign Against the Comanches", *West Texas Historical Association Yearbook* 40 (1964), pp. 74-81.
- BRINK, Wellington, "Chief Quanah and the Leopard Coat Man", en *Farm and Ranch*, 17 de abril de 1926.
- BURTON, Harley True, "History of the JA Ranch", en *Southwestern Historical Quarterly* 31, octubre de 1927, p. 93.  
*Clarksville Northern Standard*, 6 de abril de 1861.  
*Clarksville Northern Standard* 25 de mayo de 1846.
- DODGE, T. A., "Some American Riders", *Harpers New Monthly Magazine*, mayo de 1891, p. 862.
- DUNN, William E., "The Apache Mission on the San Saba River, Its Founding and Its Failure", *Southwestern Historical Quarterly* 17, 1914, p. 379-414.
- FORTUNE, Jan Isbelle, "The Recapture and Return of Cynthia Ann Parker", *Groesbeck Journal*, 15 de mayo de 1936, p. 1.
- GIELO, Daniel J., y Scott Zesch, eds., "'Every Day Seemed to Be a Holiday': The Captivity of Bianca Babb", *Southwestern Historical Quarterly* 47, julio de 2003, p. 36.
- GILLES, Albert S., Sr., "A House for Quanah Parker", *Frontier Times*, mayo de 1966, p. 34.
- GREEN, F. E., ed., "Ranald S. Mackenzie's Official Correspondence Relating to Texas, 1873-79", *Museum Journal*, West Texas Museum Association, 10, Lubbock, 1966.
- GRINNELL, G. B., "Who Were the Padoucas?". *American Anthropologist* 23, 1920, p. 260.
- HALEY, J. Evetts, "The Comanchero Trade", *Southwestern Historical Quarterly* 38, n.º 3, enero de 1935.
- HAYNES, Francis, "The Northward Spread of Horses Among the Plains Indians", *American Anthropologist* 40, 1938, pp. 428-37.
- , "Where Did the Plains Indians Get Their Horses?", *American Anthropologist* 40, 1938, p. 112-17.  
*Hobart Democrat-Chief* (Oklahoma), 4 de agosto de 1925, archivos del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras.

- HUNTA, J. W, "Nine Years with the Apaches and Comanches", *Frontier Times* 31, julio-septiembre de 1954, pp. 251-77.
- JONES, Lawrence T, "Cynthia Ann Parker and Pease Ross: The Forgotten Photographs", *Southwestern Historical Quarterly*, junio de 1990, p. 379.
- MASON, A. B, "The White Captive", *Civilian and Gazette*, 1860, reedición de un artículo publicado en *The White Man*.
- MOONEY, James, "The Aboriginal Population of America North of Mexico", *Smithsonian Miscellaneous Collections* 80, n.º 7, 1928.
- , "Calendar History of the Kiowa Indians", Decimoséptimo informe anual, Washington, D. C., Departamento de Etnología, 1898.
- NEIGHBORS, Kenneth, "Battle of Walker's Creek", *West Texas Historical Association Yearbook*, 1965.
- NIELSEN, Soren, "Ranald S. Mackenzie: The Man and His Batde", *West Texas Historical Assn. Yearbook* 64, p. 140.
- NORRIS, David A, "Confederate Gunners Affectionately Called Their Hard Working Little Mountain Howitzers 'Bull Pups'", *American's Civil War*, septiembre de 1995, pp. 10, 12, 14, 16, 20, and 90.
- OATES, Stephen B, "Texas Under the Secessionists", *Southwestern Historical Quarterly* 67, octubre de 1963, p. 167.
- OPLER, Marvin, "The Origins of Comanche and Ute", *American Anthropologist* 45, 1943.
- PATE, J'Nell, "The Battles of Adobe Walls", *Great Plains Journal* 46, otoño de 1976, p. 3.
- PETTIS, Captain George, "Kit Carson's Fight with the Comanche and Kiowa Indians", *Historical Society of New Mexico*, 1908, p. 7.
- , "Quanah Parker in Adobe Walls Battle", *Borger News Herald*, fecha desconocida, Panhandle Plains Historical Museum Archives, basado en una entrevista con J. A. Dickson.
- RICHARDSON, Rupert N, "The Comanche Indians and the Fight at Adobe Walls", *Panhandle Plains Historical Review* 9, 1936.
- , "The Comanche Indians and the Fight at Adobe Walls", *Panhandle Plains Historical Review* 4, 1931.
- RISTER, C. C., ed., "Documents Relating to General W. T. Sherman's Southern Plains Indian Policy 1871-75", *Panhandle Plains Historical Review* 9, 1936.
- ROE, F. G, "From Dogs to Horses Among the Western Indian Tribes", Ottawa, Royal Society of Canada, 1939, Tercera serie, Sección II.
- STANLEY, Henry M, "A British Journalist Reports the Medicine Lodge Councils of 1867", *Kansas Historical Quarterly* 33, 1967.
- TAYLOR, Alfred A., "Medicine Lodge Peace Council", *Chronicles of Oklahoma* 2, n.º 2, junio de 1924.

- THOMPSON, W. A., "Scouting with Mackenzie", *Journal of the United States Cavalry Association* 10, 1897.
- TINGLEY, Donald F., "The Illinois Days of Daniel Parker, Texas Colonizer", *Journal of the Illinois State Historical Society*, no. 51, 1958.
- WALLACE, Ernest, "David G. Burnet's Letters Describing the Comanche Indians", *West Texas Historical Assoc. Yearbook* 30, 1954.
- , "The Comanche Eagle Dance", *Texas Archaeological and Paleontological Society Bulletin* 18, 1947.
- , "The Comanches on the White Man's Road", *West Texas Historical Assoc. Yearbook* 29, octubre de 1953.
- , "The Journal of Ranald S. Mackenzie's Messenger to the Kwahadi Comanches", *Red River Valley Historical Review* 3, n.º 2, primavera de 1978, pp. 229-46.
- , "Prompt in the Saddle, The Military Career of Ranald S. Mackenzie", *Military History of Texas and the Southwest* 9, n.º 3, 1971, pp. 161-67.
- WEDEL, Waldo R., "An Introduction to Pawnee Archeology", *Bureau of American Ethnography Bulletin*, n.º 112, p. 4, mapa 4.
- WELLMAN, Paul, "Cynthia Ann Parker", *Chronicles of Oklahoma* 12, n.º 2, 1934, p. 163.
- WEST, G. Derek, "The Battle of Adobe Walls (1874)", *Battles of Adobe Walls and Lyman's Wagon Train, 1874*, Panhandle Plains Historical Society, Canyon, Tejas, 1964.
- WHISENHUT, Donald W, "Fort Richardson", *West Texas Historical Association Yearbook* 39, 1963, pp. 23-24.
- WHITE, Lonnie, "Indian Battles in the Texas Panhandle", *Journal of the West* 6, abril de 1967, pp. 283-87.
- , "Kansas Newspaper Items Relating to the Red River War of 1874-1875", *Battles of Adobe Walls and Lyman's Wagon Train 1874*, Panhandle Plains Historical Society, Canyon, Tejas, 1964, pp. 77-78.
- WILLIAMS, Robert H, "The Case for Peta Nocona", *Texana* 10, n.º 1, 1972, p. 55.
- WINN, Mamie Folsom, "History' Centers About Cynthia Ann Parker's Home", en *Women Tell the Story of the Southwest*, de Maddie L. Wooten, San Antonio, Tejas, The Naylor Company, 1940.
- WISSLER, Clark, "The Influence of the Horse in the Development of Plains Culture", *American Anthropologist* 16, n.º 1, 1914, pp. 1-25.
- WORCESTER, D. E, "Spanish Horses Among the Plains Tribes", *Pacific Historical Review* 14, diciembre de 1945, pp. 409-17.
- , "The Spread of Spanish Horses in the Southwest", *New Mexico Historical Review* 19, julio de 1944, pp. 225-32.

Crónicas periodísticas de la Batalla del Río Pease:  
*Galveston Daily Citizen*, 13 diciembre de 1860, "Indian News",  
*Galveston Daily Citizen*, 15 de enero de 1861, "Indian News",

Material relativo a los ataques indios que condujeron a la Batalla del Río Pease:  
*The White Man*, 13 de septiembre de 1860.

## TRABAJOS Y PONENCIAS, CARTAS, Y DOCUMENTOS OFICIALES

BROWN, Marion, *Marion T. Brown: Letters from Fort Sill, 1886-1887*, Austin, The Encino Press, 1970.

Comisario de Asuntos Indios, Informes anuales 1830-1875.

Discurso de Diez Osos ante el Consejo de Paz de Medicine Lodge, 1867, Copia de las actas de la Comisión de Paz con los Indios, designada por decisión del Congreso aprobada el 29 de julio de 1867. Registro del secretario de Interior, Archivo nacional, vol. I, pp. 104-106.

Documentos ejecutivos de la Cámara de Representantes, 30.º congreso.

GULICK, Charles Adams, Jr., *The Papers of Mirabeau Buonaparte Lamar*, volúmenes 2 y 4, Austin, Von Boeckmann-Jones Co., 1924.

HACKETT, Charles, ed., *Historical Documents Relating to New Mexico, Nueva Vizcaya, and approaches thereto to 1773 (from TRF)*.

Informe oficial de Mackenzie, 12 de octubre de 1872, "1872, Sept. 29, Attack on Comanche Village", dirigido al Ayudante general, Departamento de Tejas.

JEROME, David, Audiencia en Fort Sill con Comanches, Kiowas y Apaches, 26 de septiembre de 1892, archivos del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras.

KAPPLER, Charles J., ed., *Indian Affairs Laws and Treaties*, Washington, Oficina de publicaciones del Gobierno, vol. 2, 1903.

LINGER, Bob, a Quanah Parker, 9 de marzo de 1909, archivo Neeley del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas.

"Messages of the President, Submitted to Both Houses", 21 de diciembre de 1838, Documentos de Lamar, Doc. 948.

MORGAN, comisario T. J., al agente Adams, 18 de diciembre de 1890, archivos de la agencia Kiowa, Sociedad Histórica de Oklahoma.

PARKER, Quanah, a Charles Adams, 13 de mayo de 1890, archivos de la agencia Kiowa, Centro de Historia de Oklahoma.

Reunión del Consejo del 23 de mayo de 1884, Kiowas, 17: 46, Sociedad Histórica de Oklahoma.

SMITHER, Harriet, ed., *Journals of the Fourth Congress of the Republic of Texas*,

volúmenes 1 y 3.

TWITCHELL, Ralph E., *Spanish Archives of New Mexico*, 2 volúmenes, Cedar Rapids, Iowa, 1914.

WALLACE, Ernest, ed., *Ranald S. Mackenzie's Official Correspondence Relating to Texas, 1871-73*, West Texas Museum Association, Lubbock, 1967.

WINFREY, Dorman H., y James M. Day, eds., *The Indian Papers of Texas and the Southwest*, 5 volúmenes, Pemberton Press, Austin, 1959-1966.

## CARTAS PERSONALES

AUGUR, C. C., a Mackenzie, 28 de agosto de 1874, Correspondencia oficial de Mackenzie en relación a Tejas, *Museum Journal*, vol. 10, 1966 (véase LIBROS).

BUTLER, P. M., y M. G. Lewis al Honorable W. Medill, comisario de Asuntos Indios, 8 de agosto de 1848, Documento ejecutivos de la Cámara de Representantes n.º 1, 30.º congreso, Segunda sesión, p. 578.

DAVIDSON, Coronel J. W., al Ayudante general, 29 de octubre de 1878, Documento ejecutivos de la Cámara de Representantes, 45.º congreso, Tercera sesión, P. 555.

HAWORTH, J. M., a William Nicholson, 26 de agosto de 1877, Microfilm de la Agencia Kiowa, Archivo Nacional.

JONES, H. P., a Philemon Hunt, 21 de junio de 1883, archivos de la Agencia Kiowa, Sociedad Histórica de Oklahoma; George Fox a Philemon Hunt, 13 de octubre de 1884, archivos de la Agencia Kiowa.

LEAVENWORTH, J. H., al comisario de Asuntos Indios, 23 de abril de 1868, 40.º congreso, Segunda sesión, Documento ejecutivo del Senado n.º 60, p. 2.

LINGER, Bob, a Quanah Parker, carta, 8 de marzo de 1909, March 8, 1909, franqueada en Cantonment Oklay, en relación al peyote.

MACKENZIE, Ranald, a W. T. Sherman, 15 de junio de 1871, documentos de W. T. Sherman, Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.

NEIGHBOURS, Robert S., al Honorable W. Medill, comisario de Asuntos Indios, 18 de noviembre de 1847, 30.º congreso, Primera sesión, Informe del Comité 171. Oficial al mando del fuerte Bascom, al, 27 de septiembre de 1864, Registros oficiales de la Guerra de Rebelión, serie 1, vol. 41, parte 3.

PARKER, James, a Mirabeau Lamar, 3 de febrero de 1844, Documentos de M. B. Lamar.

PARRILLA, Don Diego Ortiz de, al virrey, 30 de junio de 1757 *Historia*, vol. 95.

PEARSON, K. J., a John D. Floyd, 3 de febrero de 1861, archivos de Fort Sill.

## MANUSCRITOS ORIGINALES, TEXTOS INÉDITOS Y MATERIALES DE ARCHIVO

- Anónimo, *Biography of Daniel Parker*, manuscrito, Centro de Historia Estadounidense.
- Artículo periodístico sin identificar sobre el consejo escolar, contenido en la Colección Quanah Parker Collection, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras.
- BAKER, Jonathan Hamilton, *Diary of Jonathan Hamilton Baker of Palo Pinto County*, Tejas, Parte I, 1858-60, obtenido de su hija Elizabeth Baker, Seattle, Washington, 1932, por mediación del juez E. B. Ritchie, Mineral Wells. Por J. Evetts Haley.
- BEALL, KNOX, a R. B. Thomas, 5 de noviembre de 1937, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma.
- BEALL, KNOX, a Bessie Thomas, 15 de abril de 1938.
- CAPERTON, comandante John, *Sketch of Colonel John C. Hays, The Texas Rangers, Incidents in Mexico, etc.*, a partir de documentos suministrados por el coronel Hays y el comandante John Caperton, Centro de Manuscritos de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas en Austin.
- CLARKE, Elizabeth Ross, *YA-A-H-HOO: Warwhoop of the Comanches*, Colección Elizabeth Ross Clarke, Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas.
- DIXON, Olive King, *Fearless and Effective Foe, He Spared Women and Children Always*, inédito, Documentos de Olive King Dixon, Centro de investigación, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas.
- DUPREE, sra. J. L., a Jasper Mead, 17 de marzo de 1938, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma.
- EARLE, J. P., *A History of Clay County and Northwest Texas. Written by J. P. Earle, one of the first pioneers, Henrietta, Texas*, 15 de noviembre de 1900, Colección J. P. Earle, Centro de Historia Estadounidense, inédito.
- FLEMING, Evelyn, *Profile of Charlie Hart*, inédito, Documentos de Quanah Parker, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras.
- FORD, coronel John S., asistente del coronel Hays, *John C. Hays in Texas*, inédito, Documentos de John Salmon Ford, Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas en Austin.
- GHOLSON, B. E., Recuerdos de B. F. Gholson; Servicios de A. G. Gholson (padre)

- 1835-1860; y B. F. Gholson, *ranger*, 1858-1860, relatados a J. A. Rickard, texto mecanografiado, Centro de Historia Estadounidense.
- GÓMEZ, Anna, a Ophelia D. Vestal, 13 de diciembre de 1937, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma.
- GOODNIGHT, Charles, "The Making of a Scout", inédito, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras.
- , *My recollections and memories of the capture of Cynthia Ann Parker*, inédito, Documentos de Charles Goodnight, Centro de Investigación, Research Center, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas.
- Quanah Parker Interview with Charles Goodnight*, sin fecha, Documentos de Charles Goodnight, Centro de Investigación, Research Center, Museo Historia de la Franja Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas.
- GUNTER, Lillian, "Sketch of the Life of Julian Gunter," manuscrito realizado para la Asociación Histórica de la Franja Septentrional y las Llanuras, 1923, archivos del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras.
- HATFIELD, Charles A. R, *The Comanche, Kiowa, and Cheyenne Campaign in Northzves, Texas and Mackenzie's Fight in the Palo Duro Canyon, Sept. 26, 1874*, documento mecanografiado, Asociación Histórica de la Franja Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas.
- Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma (entrevistas de la década de 1930).
- KIRKPATRICK, sra. Cora Miller, Memorias, en texto inédito de la sra. J. W. Pierce, Colección Quanah Parker, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras.
- NOHL, Lessing, "Bad Hand: The Military Career of Ranald Slidell Mackenzie, 1871-1889", tesis doctoral, Universidad de Nuevo México.
- PARKER, jefe Baldwin, *The Life of Quanah Parker, Comanche Chief*, a través de J. Evetts Haley, 29 de agosto de 1930, texto inédito propiedad de Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas, Austin.
- PARKER, Wayne, *Quanah Parker, Last Chief of the Kwahadi Obeys the Great Spirit* inédito, Colección Quanah Parker, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas.
- ROBERSON, G. W., a J. Evetts Haley, 30 de junio de 1926, texto inédito, archivos del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras.
- ROGERS, H. B., *The Recollections of H. B. Rogers, as told to J. A. Rickard*, apéndice al texto mecanografiado de Gholson.
- SCOTT, capitán Hugh, entrevista con el capitán Hugh Scott, 1897, Colección Hugh Scott Collection, archivos de Fort Sill, Lawton, Oklahoma, también disponible en parte a través del Archivo Neeley del Museo Histórico de la Franja

Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas.

THOMAS, Robert B., manuscrito sin fecha, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma; también Knox Beall, op. cit., 5 de noviembre de 1937.

WALLACE, Ernest, documentos, "The Habitat and Range of the Comanche, Kiowa, and Kiowa-Apache Indians", texto inédito, Lubbock, Colección Southwest, Universidad Politécnica de Tejas.

ZIMMERMAN, Jean Louise, "Ranald Slidell Mackenzie", tesis de maestría, University of Oklahoma, 1965, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma.

# Notas

[1] Robert G. Carter, *On the Border with Mackenzie*, p. 159. <<

[2] Capitán George Pettis, *Kit Carson's Fight with the Comanche and Kiowa Indians*, pp. 7 y ss. <<

[3] Citado en C. C. Rister, ed., “Documents Relating to General W. T. Sherman’s Southern Plains Indian Policy 1871-75”, *Pandhandle Plains Historical Review* 9, 1936. <<

[4] T. R. Fehrenbach, *Comanches*, p. 494. <<

[5] F. E., Green, ed., “Ranald Mackenzie’s Official Correspondence Relating to Texas, 1873-1879,” p. 7; este incidente también se conoce como “la masacre de la caravana”, por Fehrenbach, p. 506 (y en ocasiones como “la masacre de la caravana de Warren”). <<

[6] Carter, pp. 81-82. <<

[7] Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches*, pp. 50-55. <<

[8] *Ibid.* <<

[9] Citado en Herbert Eugene Bolton, *Coronado: Knight of Pueblos and Plains*. <<

[10] Thomas W. Kavanaugh, *The Comanches*, p. 3. <<

[11] Rupert Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 156. <<

[12] Carter, p. 149. <<

[13] *Ibíd.*, p. 160. <<

[14] *Ibíd.*, p. 161. <<

[15] *Ibíd.*, p. 176. <<

[1] Entrevista de Quanah Parker con Charles Goodnight, manuscrito sin fecha, Documentos de Goodnight, Museo Histórico de Panhandle-Plains, Canyon, Tejas. <<

[2] Marshall DeBruhl, *Sam Houston: Sword of San Jacinto*, p. 305. <<

[3] Escritura de traspaso, 1 de noviembre de 1835, firmada por Juan Basquis por la venta de media legua de tierra a Silas Parker; documento en el Archivo Taulman, Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas. <<

[4] Joseph Taulman y Araminta Taulman, “The Fort Parker Massacre and Its Aftermath”, manuscrito inédito, ficheros de Cynthia Ann Parker, Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas, Austin, Tejas, p. 2. <<

[5] *Ibíd.*, p. 247. <<

[6] Bill Yenne, *Sitting Bull*, p. 35. <<

[7] El mérito de haber realizado la primera propuesta formal de creación de compañías de *rangers* que protegiesen a los colonos le corresponde a Daniel Parker. La propuesta fue aceptada por el consejo permanente de la Consulta de 1835, un comité que dirigía los asuntos de la Revolución de Tejas, de la cual era miembro Parker. Véase Margaret Schmidt Hacker, *Cynthia Ann Parker: The Life and Legend*, p. 7; véase también Mike Cox, *The Texas Rangers: Wearing the Cinco Peso 1821-1500*, p. 42. <<

[8] Hacker, p. 6. <<

[9] James Parker, *Narrative of the Perilous Adventures*, p. 9. <<

[10] *Ibid.* <<

[11] Thomas W. Kavanaugh, *The Comanches: A History 1706-1875*, p. 250; véase también Cox, p. 49, y el testimonio de Noah Smithwick en *Evolution of a State*. Smithwick estuvo en los *rangers*. <<

[12] Taulman y Taulman, “The Fort Parker Massacre,” pp. 2-3. <<

[13] Rachel Plummer, *Rachel Plummer's Narrative of Twenty-one Months Servitude as a Prisoner among the Comanche Indians*, p. 7. Véase también el otro relato de Rachel Plummer (escribió dos), *Narrative of the Capture and Subsequent Sufferings of Mrs. Rachel Plummer*. Nota general: estos dos relatos, junto con *Narrative of the Perilous Adventures*, de James Parker, son la base de la mayoría de relatos de la masacre. Existe también una declaración jurada que presentaron Daniel Parker y otros miembros de la familia poco después de la matanza (Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas, Austin) y varios relatos más a cargo de diversos miembros de la familia, entre ellos el de Baldwin Parker, nieto de Quanah, basado en los testimonios de sus familiares (también en los archivos del Centro de Historia Estadounidense). Otro relato es el que reconstruyeron Joseph y Araminta Taulman y que forma parte del enorme archivo que poseen en la Universidad de Tejas, en Austin. Existe otro testimonio presencial a cargo de Abram Anglin (incluido en Dewitt Baker, ed., *A Texas Scrap Book: Made up of the History, Biography and Miscellany of Texas and Its People* [A. S. Barnes, Nueva York, 1875, reeditado en 1991 por la Asociación Histórica del Estado de Tejas.]). Hay, además, numerosos relatos periodísticos, basados en entrevistas con parientes directos y descendientes de los Parker, entre ellos “*Story of the White Squaw*,” *McKinney Democrat Gazette*, 22 de septiembre de 1927; “*Early Times in Texas and the History of the Parker Family*”, de Ben J. Parker de Elkhart, Tejas (manuscrito en el Centro de Historia Estadounidense); J. Marvin Nichols, “*White Woman Was the Mother of Great Chief*”, *San Antonio Daily Express*, 25 de julio de 1909; Ben J. Parker, “*Ben Parker Gives Events of Pioneering*”, *Palestine Herald*, 15 de febrero de 1935; en materia de fuentes secundarias es difícil superar *Frontier Blood* de Ella Powell Exley, fruto de una investigación minuciosa. <<

[14] Fehrenbach, *Lone Star*, p. 291. <<

[15] Este y otros detalles arquitectónicos se han recreado maravillosamente en el Viejo Fuerte Parker de Groesbeck, Tejas, construido en el mismo emplazamiento del fuerte original. <<

[16] Plummer, *Rachel Plummer's Narrative*, p. 93. <<

[17] *Ibid*, p. 93. <<

[18] Daniel Parker, notas con fecha del 18 de junio de 1836, documentos de los Parker, Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas, Austin; véase también Hacker, p. 8. <<

[19] Plummer, *Rachel Plummer's Narrative*, p. 95. <<

[20] Exley, p. 44. <<

[21] *Ibíd.*, p. 94. <<

[22] Plummer, *Rachel Plummer's Narrative*, p. 9. <<

[23] Parker, *Narrative of the Perilous Adventures*, p. 1. <<

[24] John Graves, *Hard Scrabble*, p. 15. <<

[25] Plummer, *Rachel Plummer's Narrative*. <<

[26] Rachel Plummer, *Narrative of the Capture*, 1838, pp. 7 y ss. <<

[27] *Ibíd.* <<

[1] Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches*, p. 12. <<

[2] Alfred Thomas, ed., *Forgotten Frontiers: A Study of the Spanish Indian Policy of Don Juan Bautista de Anza, Governor of New Mexico, 1777-1787, From the Original Documents in the Archives of Spain, Mexico, and New Mexico*, pp. 119 y ss. <<

[3] *Ibíd.*, p. 8; Rupert Richardson, *The Comanche Barrier*, p. 5. <<

[4] T. R. Fehrenbach, *The Comanches*, p. 133. <<

[5] Dorman H. Winfrey y James M. Day, eds., *The Indian Papers of the Southwest*, vol. 1, p. 24. <<

[6] M. Lewis, *The Lewis and Clark Expedition*, p. 30; en su libro *The Comanches: A History 1706-1875*, Thomas Kavanaugh señala que el etnónimo “padouca” bien podría haberse aplicado a los apaches de las llanuras (p. 66). La cuestión, en cualquier caso, es que en un territorio donde eran muchísimas las tribus conocidas e identificadas, los comanches de esa época no estaban entre ellas. <<

[7] George Bird Grinnell, “Who Were the Padouca?”, *American Anthropologist* 22, 1920, p. 248. <<

[8] Kavanaugh, *The Comanches*, pp. 218-19. <<

[9] *Ibíd.*, p. 235. <<

[10] George Catlin, *Manners, Customs, and Condition of the North American Indians*, p. 47. <<

[11] W. S. Nye, *Carbine and Lance: The Story of Old Fort Sill*, p. 8. <<

[12] Catlin, pp. 48 y ss.; véase también Colonel Richard Irving Dodge, *Our Wild Indians, 33 years' personal experience among the redmen of the great west.* <<

[13] Randolph B. Marcy, *Adventure on Red River: A Report on the Exploration of the Red River by Captain Randolph Marcy and Captain G. B. McClellan*, p. 5. <<

[14] Fehrenbach, *The Comanches*, pp. 30-31. <<

[15] David La Vere, *Contrary Neighbors*, p. 8. <<

[16] Clark Wissler, *The American Indian*, pp. 220 y ss. <<

[17] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 33. <<

[18] Walter Prescott Webb hizo esta observación por primera vez en su libro *The Great Plains* (p. 53); otros la han repetido desde entonces. <<

[19] J. Frank Dobie, *The Mustangs*, pp. 23 y ss. <<

[20] Wallace y Hoebel, p. 41. <<

[21] *Ibíd.*, p. 24. <<

[22] Fehrenbach, *Lone Star*, p. 31. <<

[23] Dobie, p. 25. <<

[24] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 86. <<

[25] Wallace y Hoebel, pp. 35 y ss. <<

[26] Wissler, p. 220. <<

[27] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 126. <<

[28] Wallace y Hoebel, p. 39. <<

[29] *Ibíd.*, p. 35; Dobie, p. 69. <<

[30] Athanase de Mézières, “Report by de Mézières of the Expedition to Cadachos, Oct. 29, 1770”, en Herbert E. Bolton, ed., *Athanase de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780*, vol. 1, p. 218. <<

[31] Catlin, pp. 65 y ss.; véase también Coronel Richard I. Dodge, *Our Wild Indians*.

<<

[32] Dobie, p. 65. <<

[33] Dodge, *The Plains of the Great West*, pp. 401 y ss. <<

[34] Dobie, p. 48. Está citando un testimonio del capitán Randolph Marcy. <<

[35] General Thomas James, *Three Years Among the Indians and Mexicans*, San Luis, 1916, citado en Dobie, p. 83. <<

[36] Wallace y Hoebel, p. 46. <<

[37] Richard I. Dodge, *The Plains of the Great West*, pp. 329-30. <<

[38] Ralph E. Twitchell, *The Spanish Archives of New Mexico*, p. 269. <<

[39] Kavanaugh, *The Comanches*, p. 63. <<

[40] Marvin Opler, "The Origins of Comanche and Ute," *American Anthropologist* 45, 1943. p. 156. <<

[1] Rachel Plummer, *The Narrative of the Capture and Subsequent Sufferings of Mrs. Rachel Plummer*, 1839. <<

[2] T. R. Fehrenbach, *The Comanches*, p. 97. <<

[3] Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood*, p. 133. <<

[4] Plummer, p. 96. <<

[5] *Ibíd.*, p. 97. <<

[6] Walter P. Webb, *The Great Plains*, p. 9. <<

[7] Plummer, p. 97. <<

[8] Noah Smithwick, *Evolution of a State or Recollections of Old Texas Days*, p. 113.

<<

[9] David La Vere, *Contrary Neighbors*, p. 122. <<

[10] Plummer, p. 97. <<

[11] *Ibíd.*, p. 98. <<

[12] *Ibíd.*, p. 107. <<

[13] *Ibíd.*, p. 108. <<

[14] Herman Lehmann, *Nine Years Among the Comanches, 1870-1873*, p. 155. <<

[15] La escasa información histórica que existe sobre Caballo Loco se analiza con cierto detalle en *Caballo Loco*, un breve pero excelente libro de Larry McMurtry. <<

[16] Véase capítulo 7 para una explicación más completa de este importante fenómeno. <<

[17] Fehrenbach, *The Comanches*, pp. 77 y ss. <<

[18] Sharon Block, *Rape and Sexual Power in Early America*, pp. 222 y ss. <<

[19] Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches*, p. 194. <<

[20] *Ibíd.* <<

[21] Ramón Jiménez, *Caesar Against the Celts*, pp. 27 y ss. <<

[22] *Ibíd.*, p. 36. <<

[23] Coronel Richard Irving Dodge, *Our Wild Indians*, p. 59. <<

[24] *Ibíd.* <<

[25] *Ibíd.* <<

[26] Scott Zesch, *Captured*, p. 127. <<

[27] John S. Ford, *Rip Ford's Texas*, p. 231. <<

[28] Clinton Smith, *op. cit.*, pp. 69 y ss. <<

[29] Zesch, p. 79. <<

[30] Clinton Smith, p. 69. <<

[31] Wallace y Hoebel, p. 22. <<

[32] *Ibíd.*, p. 25. <<

[33] La única excepción tuvo lugar cuando miembros de la banda penateka se unieron al ejército estadounidense en calidad de exploradores durante la última campaña contra los quahadis en la franja septentrional de Tejas. Nunca tomaron parte en combates. <<

[34] W. S. Nye, *Carbine and Lance, the Story of Old Fort Sill*, p. 7. <<

[35] Rupert N. Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 10.

<<

[36] Wallace y Hoebel, p. 23. <<

[37] Plummer, p. 113. <<

[1] T. R. Fehrenbach, *The comanches*, p. 160. <<

[2] Alfred Thomas, edi., *Forgotten Frontiers: A Study of the Spanish Indian Policy of Don Juan Bautista de Anza, from the Original Documents*, p. 58: “Ya en 1706 Iribarri dio detalles espeluznantes del conflicto intertribal que indicaban el hundimiento de la civilización apache al noreste de la provincia”. <<

[3] *Ibíd.*, p. 58. <<

[4] Herbert E. Bolton, ed., *Athanase de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780*, vol. 1, p. 34. <<

[5] David La Vere, *Contrary Neighbors*, p. 10. <<

[6] Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches*, p. 12. <<

[7] Hubert H. Bancroft, History of Arizona and New Mexico, 1889, p. 239. <<

[8] En varios lugares aparecen referencias a esta batalla. Primero, en un informe con fecha de 30 de septiembre de 1784 redactado por el entonces gobernador español de Tejas Domingo Cabello y Robles. Segundo, en la recopilación que Herbert Bolton publicó en 1914 de los escritos del célebre agente del siglo XVIII Athanase de Mézières, p. 25. <<

[9] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 138. <<

[10] Richard I. Dodge, *Plains of the Great West*, p. 414. Este testimonio es de Pedro Espinosa, un guerrero “mexicano-comanche”. <<

[11] La Vere, pp. 30-31. <<

[12] Casi todo lo que se conoce de las relaciones hispano-comanches procede de documentos oficiales españoles de la época. Hay dos fuentes excepcionalmente concienzudas y rigurosas: los informes remitidos por don Juan Bautista de Anza, traducidos al inglés y recopilados por Alfred Thomas en *Forgotten Frontiers*; y los agudos y perspicaces informes de Athanase de Mézières, el agente al servicio de los españoles para asuntos indios, recopilados en 1914 por Herbert Bolton en el libro *Athanase de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier 1768-1780*. Igualmente útil e interesante es la recopilación en varios volúmenes de los archivos españoles de Nuevo México (*Spanish Archives of New Mexico*) que llevó a cabo Ralph Twitchell.

<<

[13] Pedro de Rivera Villalón, *Diario y derrotero de lo caminado, visto y observado en la visita que hizo a los presidios de la Nueva España septentrional*, Vito Allesio Robles, ed., México D. F., Secretaría de la Defensa Nacional, 1946, pp. 78-79 (véase Kavanaugh, *The Comanches*, p. 67). <<

[14] Rupert N. Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 23.

<<

[15] Thomas, p. 58. <<

[16] *Ibíd.*, p. 59. <<

[17] Charles Wilson Hackett, ed., *Pichardo's Treatise on the Limitations of Texas and Louisiana*, University of Texas Press, Austin, 1946, vol. 3, p. 323. <<

[18] Una crónica excelente de la victoriosa expedición que Sema llevó a cabo contra los comanches en 1716 figura en Ralph Twitchell, *Spanish Archives of New Mexico*, vol. 2, p. 301. <<

[19] Kavanaugh, *The Comanches*, pp. 66 y ss. <<

[20] James T. DeShields, *Border Wars of Texas*, p. 16. <<

[21] William Edward Dunn, “The Apache Mission on the San Saba River; Its Founding and Failure”, *Southwestern Historical Quarterly* 17, 1914, pp. 380-81. <<

[22] *Ibíd.*, p. 382. <<

[23] Frank Dobie ofrece una perspectiva interesante de los rumores sobre el oro de San Saba en su libro *Coronado's Children*. <<

[24] Dunn, p. 387. <<

[25] *Ibíd.*, p. 389. <<

[26] *Ibíd.*, p. 381. <<

[27] Parrilla al virrey, *Historia* 95, 30 de junio de 1757, p. 146. <<

[28] Padres Baños y Ximenes al *Guardian*, 5 de julio de 1757, citado en Dunn, p. 401.

<<

[29] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 201. <<

[30] Thomas, *Forgotten Frontiers*, p. 66. <<

[31] *Ibíd.* <<

[32] La mejor descripción de esa campaña legendaria es, con mucho, la del propio Anza. Los informes que enviaba a Ciudad de México eran claros y exhaustivos. Estos documentos los ha traducido al inglés y recopilado Alfred Thomas, ed. de *Forgotten Frontiers*, véanse páginas 119-42. Los escritos de Anza representan una de las mayores fuentes originales de material histórico sobre las relaciones entre los españoles y los comanches. Buena parte de mi relato está extraída de esos informes.

<<

[33] Diario de Anza, en Thomas, *Forgotten Frontiers*, p. 136. <<

[34] Este número lo dio George V. Bonnell, encargado de Asuntos Indios de Sam Houston, en un artículo publicado en 1838 en el *Houston Telegraph and Texas Register*. Al parecer, la cifra se la facilitaron los propios comanches, lo cual hace que resulte más que dudosa. Con todo, sigue siendo el único cálculo que se posee de aquella época, y las cifras posteriores, tras epidemias de cólera y viruela, parecen moverse en torno a ese valor. <<

[1] Merece la pena señalar que el general Custer también escribía poesía, aunque sus ripios eran peores que los de Lamar. <<

[2] Noah Smithwick, *Evolution of a State*, p. 138. <<

[3] James Parker, *Narrative of the Perilous Adventures*, p. 14. <<

[4] Robert M. Utley, *Lone Star Justice: The First Century of the Texas Rangers*, p. 23.

<<

[5] Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood*, p. 106 (citando actas del Congreso). <<

[6] Utley, p. 24. <<

[7] “Messages of the President, Submitted to both Houses”, 21 de diciembre de 1838, Documentos de Lamar, 948, p. 11. <<

[8] T. R. Fehrenbach, *The Comanches*, p. 310. <<

[9] David La Vere, *Contrary Neighbors*, p. 55. <<

[10] *Ibíd.*, p. 310. <<

[11] Donaly E. Brice, *The Great Comanche Raid*, pp. 17-18. <<

[12] La Vere, p. 64. <<

[13] *Ibíd.*, p. 20. <<

[14] Mike Cox, *The Texas Rangers: Wearing the Cinco Peso, 1821-1900*, p. 43. <<

[15] Otros testimonios dan cifras distintas, como de costumbre. John Henry Brown escribe que había cincuenta y cinco blancos, cuarenta y dos lipanes y doce tonkawas. Teniendo en cuenta que Smithwick estaba presente, la suya parece la versión más verosímil. <<

[16] Smithwick, p. 135. <<

[17] *Ibíd.* <<

[18] Cox, p. 69. <<

[19] *Ibíd.* <<

[20] J. W. Wilbarger, *Indian Depredations in Texas*, p. 145. <<

[21] John Henry Brown, *Indian Wars and Pioneers of Texas*, p. 75. <<

[22] *Ibíd.* Véanse descripciones coetáneas de todo el episodio en John Holmes Jenkins, ed., *Recollections of Early Texas: Memoirs of John Holland Jenkins*, y en Noah Smithwick, *Evolution of a State*. El informe del coronel John Moore a sus superiores sobre el combate puede leerse en *Journals of the Fourth Congress of the Republic of Texas*, vol. 3, pp. 108 y ss. <<

[23] Cox, p. 75; los detalles sobre la localización de la herida están sacados de Charles A. Gulick, Jr., ed., *The Papers of Mirabeau Buonaparte Lamar*, vol. 4, p. 232. <<

[24] Shelby Foote, *The Civil War*, vol. 1, pp. 336 y ss. <<

[25] Dormán Winfrey y James M. Day, eds., *The Indian Papers of Texas and the Southwest*, vol. 1, p. 105. <<

[26] Mary Maverick, *Memoirs of Mary Maverick*, p. 31. <<

[27] *Ibíd.* <<

[28] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 326. <<

[29] *Ibíd.* <<

[30] Véase el relato de Smithwick de los tres meses que pasó con Muguara en *Evolution of a State*, pp. 107 y ss. <<

[31] *Ibíd.*, p. 134. <<

[32] William Preston Johnston, *Life of General Albert Sidney Johnston*, p. 117. <<

[33] Maverick, p. 35. <<

[34] Brice, p. 24. <<

[35] Maverick, p. 32. <<

[36] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 328. <<

[37] Maverick, p. 36. <<

[38] Esta versión se incluyó en un informe que el capitán George Howard remitió al coronel Fisher el 6 de abril de 1840; también se menciona en las memorias del *ranger* John Salmon Ford, alias “Rip”. <<

[39] Rupert N. Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 51.

<<

[40] *Ibíd.*, véase también Jodye Lynne Dickson Schilz y Thomas F. Schilz, *Buffalo Hump and the Penateka Comanches*, El Paso, University of Texas at El Paso Press, 1989, p. 18. <<

[41] Thomas Kavanaugh, *The Comanches*, p. 264. <<

[42] *Ibíd.* <<

[1] David La Vere, *Contrary Neighbors*, p. 36. <<

[2] Scott Zesch, *The Captured*, p. 34. <<

[3] *Houston Telegraph and Texas Register*, 30 de mayo de 1838. <<

[4] La Vere, p. 28. <<

[5] Jodye Lynne Dickson Schilz y Thomas F. Schilz, *Buffalo Hump and the Penateka Comanches*, p. 5. <<

[6] *Ibíd.*, p. 20. <<

[7] *Ibíd.*, p. 9. <<

[8] *Ibíd.* <<

[9] *Ibíd.*, notas finales, p. 51. <<

[10] El número de indios varía dependiendo de la versión. Según un vecino de Victoria, John Linn, que presencié el ataque, la partida de saqueo la integraban seiscientos guerreros. Según el *ranger* Ben McCulloch, había mil indios. Según la crónica de un periódico, doscientos. Me inclinó por las cifras tanto de McCulloch como de Linn, en el sentido de que, efectivamente, había seiscientos guerreros, y el resto eran mujeres, niños y ancianos. McCulloch, uno de los mejores rastreadores que jamás hubo en Tejas, dio con la pista de la comitiva y seguramente calculó con precisión el número de caballos y jinetes. <<

[11] John Holmes Jenkins III, ed., *Recollections of Early Texas: The Memoirs of John Holland Jenkins*, Austin, University of Texas Press, 1958, p. 62. <<

[12] John J. Linn, *Reminiscences of Fifty Years in Texas*, p. 340. <<

[13] Donaly E. Brice, *Great Comanche Raid*, p. 30. <<

[14] John Henry Brown, *Indian Wars and Pioneers of Texas*, p. 80. <<

[15] Jenkins, p. 68. <<

[16] *Ibíd.*, p. 80. <<

[17] Linn, pp. 341-42. <<

[18] Mike Cox, *The Texas Rangers*, p. 76. <<

[19] Jenkins, p. 64. <<

[20] Brown, p. 81. <<

[21] Mary Maverick, *Memoirs of Mary Maverick*, p. 29. <<

[22] Linn, p. 347. <<

[23] Victor M. Rose, *The Life and Services of General Ben McCulloch*, p. 64 (citando textualmente a John Henry Brown). <<

[24] Walter Prescott Webb, *The Texas Rangers: A Century of Frontier Defense*, p. 62.

<<

[25] Jenkins, p. 68. <<

[26] Linn, p. 343. <<

[27] Schilz and Schilz, p. 23. <<

[28] Brazos, *Life of Robert Hall*, pp. 52-53. <<

[29] Schilz and Schilz, p. 24. <<

[30] J. W. Wilbarger, *Indian Depredations in Texas*, p. 185. <<

[1] Eugene E. White, *Experiences of a Special Indian Agent*, p. 262. <<

[2] James T. DeShields, *Cynthia Ann Parker: The Story of Her Capture*, pp. 23-24. <<

[3] *Clarksville Northern Standard*, 25 de mayo de 1846. <<

[4] Daniel J. Gielo y Scott Zesch, eds., “Every day Seemed to Be a Holiday: The Captivity of Bianca Babb”, *Southwestern Historical Quarterly* 107, julio de 2003, p. 36. <<

[5] T. A. Babb, *In the Bosom of the Comanches*, p. 34. <<

[6] Scott Zesch, *The Captured* p. 45. <<

[7] Babb, p. 22. <<

[8] Gielo y Zesch, p. 56. <<

[9] *Ibíd.* <<

[10] *Ibíd.*, p. 57. <<

[11] Zesch, p. 75. <<

[12] *Ibíd.* <<

[13] *Ibíd.*, p. 81. <<

[14] *Ibíd.* <<

[15] *Ibíd.*, p. 85. <<

[16] Babb, p. 58. <<

[17] Rupert N. Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 61; y Thomas Kavanaugh, *The Comanches*, p. 296. Conviene señalar que Joroba de Bisoite, Pequeño Lobo y Santa Anna eran jefes poderosos, más incluso, según algunos, que Búho Viejo o Pah-hah-yuco. Según mis investigaciones, si el modelo Wallace/Hoebel de organización social es correcto, los tres pertenecerían a una categoría más tradicional como era la de “jefes guerreros”. <<

[18] Kavanaugh, p. 266. <<

[19] *Ibíd.*, p. 297. <<

[20] *Clarksville Northern Standard* 25 de mayo de 1846. <<

[21] *Ibíd.* <<

[22] Carta de P. M. Butler y M. G. Lewis al Honorable W. Medill, comisario de Asuntos Indios, 8 de agosto de 1848, Documentos Ejecutivos de la Casa n.º. 1, Trigésimo Congreso, Segunda sesión, p. 578. <<

[23] DeShields, *The Story of Her Capture*, p. 30. <<

[24] Butler y Lewis, p. 578. <<

[25] Joyde Lynne Dickson Schilz y Thomas F. Schilz, *Buffalo Hump and the Penateka Comanches*, p. 24, y Dorman H. Winfrey y James M. Day, ed., *Indian Papers of Texas and the Southwest, 1816-1925*, vol. 1, p. 266. <<

[26] Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 57. <<

[27] *Ibíd.*, p. 72. <<

[28] DeShields, p. 28. <<

[29] T. R. Fehrenbach, *The Comanches*, p. 349. <<

[30] David La Vere, *Contrary Neighbors*, p. 120. <<

[31] Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches*, pp. 169-70. <<

[32] Ramón Powers y James N. Leiker, “Cholera Among the Plains Indians”, *Western Historical Quarterly* 29, otoño de 1998, p. 319. <<

[33] *Ibíd.*, p. 321. <<

[34] *Ibíd.*, pp. 322-23. <<

[35] Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 78. <<

[36] Carta de Horace Capron a Robert Howard, comisario de Asuntos Indios, 30 de septiembre de 1852, cartas recibidas, M234, rollo 858, Agencia de Tejas (citada en Schilz y Schilz, p. 38). <<

[37] Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 60. <<

[38] Carta de Robert S. Neighbors al Honorable W. Medill, comisario de Asuntos Indios, 18 de noviembre de 1847, Trigésimo Congreso, Primera sesión, Informe del Comité del Senado 171. <<

[39] Kavanaugh, p. 265. <<

[40] Chief Baldwin Parker, *The Life of Quanah Parker, Comanche Chief* por mediación de J. Evetts Haley, 29 de agosto de 1930, manuscrito, Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas, p. 9. <<

[41] Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood*, p. 291 (nota al pie). <<

[42] *Ibíd.*, p. 139. <<

[43] *Ibíd.*, p. 138. <<

[44] DeShields, p. 32. <<

[45] Bill Neeley, *The Last Comanche Chief: The Life and Times of Quanah Parker*, p. 52; posteriormente, Cynthia Ann adoptó otro apodo: “Preloch”. Los indios solían tener varios nombres. <<

[46] Randolph Marcy, *Exploration of the Red River of Louisiana in the Year 1852*, p. 37. <<

[1] James W. Parker, *Defence of James W. Parker Against Slanderous Accusations*, p. 4. <<

[2] *Ibíd.*, p. 5. <<

[3] James W. Parker, *The Rachel Plummer Narrative*, entera. <<

[4] W. S. Nye, *Carbine and Lance: The Story of Old Fort Sill*, pp. 35-36. <<

[5] T. R, Fehrenbach, *The Comanches*, p. 224. <<

[6] J. Evetts Haley, “The Comanchero Trade”, *Southwestern Historical Quarterly* 38, enero de 1935, p. 38. <<

[7] David La Vere, *Contrary Neighbors*, p. 117. <<

[8] *Ibíd.*, p. 123. <<

[9] Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood*, p. 84. <<

[10] *Ibid.*, p. 87. <<

[11] Rachel Plummer, *Narrative of the Capture and Subsequent Sufferings of Rachel Plummer*, pp. 116-17. <<

[12] James Parker, *The Rachel Plummer Narrative*, p. 27. <<

[13] Carta de James Parker a M. B. Lamar, 17 de marzo de 1839, en Charles Gulick, ed., *The Papers of Mirabeau Buonaparte Lamar*, vol. 2, p. 494. <<

[14] *Ibíd.* <<

[15] Exley, p. 104. Obsérvese que Exley es la única fuente que habla de un tercer hijo, citando una carta de L. T. M. Plummer a sus “Queridos sobrinos”, extraída de una colección privada. <<

[16] Randolph B. Marcy, *Adventure on Red River*, p. 169. <<

[17] Amelia W. Williams y Eugene C. Barker, *The Writings of Sam Houston*, 1813-1863, vol. 4, pp. 180-81. <<

[18] Exley, p. 177 (citando archivos confederados). <<

[1] Walter Prescott Webb, *The Texas Rangers*, p. 78. <<

[2] Esta idea la menciona Webb en su libro *The Texas Rangers*, pero apareció por primera vez en J. W. Wilbarger, *Indian Depredations in Texas*, publicado en 1889. <<

[3] Walter Prescott, Webb, *The Great Plains*, p. 167. <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] Coronel Richard Irving Dodge, *Our Wild Indians*, pp. 418-20. <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] Evan Connell, *Son of the Morning Star*, p. 57. <<

[8] Coronel Dodge, *Our Wild Indians*, p. 421. <<

[9] Exposición en el Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras. <<

[10] Coronel Dodge, *Our Wild Indians*, p. 421. <<

[11] David La Vere, *Contrary Neighbors*, p. 35. <<

[12] *Ibíd.* <<

[13] T. R. Fehrenbach, *The Comanches*, p. 298. <<

[14] Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches*, p. 257. <<

[15] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 146. <<

[16] Herman Lehmann, *Nine Years Among the Indians*, pp. 47-50. <<

[17] Clinton L. Smith, *The Boy Captives*, pp. 52-53. <<

[18] Mike Cox, *The Texas Rangers: Wearing the Cinco Peso, 1821-1900*, p. 42. <<

[19] Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood*, p. 46. <<

[20] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 300. <<

[21] Z. N. Morrell, *Flowers and Fruits in the Wilderness*, p. 86. <<

[22] Mary Maverick, *Memoirs of Mary Maverick*, p. 29. <<

[23] Comandante John Caperton, *Sketch of Colonel John C. Hays, The Texas Rangers, Incidents in Mexico*, p. 11. <<

[24] *Ibíd.*, p. 32. <<

[25] Wallace y Hoebel, p. 258. <<

[26] Capitán Nathan Brookshire, *Report in Journals of the Fourth Congress of the Republic of Texas*, vol. 3, pp. 110-11. <<

[27] J. W. Wilbarger, *Indian Depredations in Texas*, pp. 368ff. <<

[28] Coronel Dodge, *Our Wild Indians*, p. 522. <<

[29] James Kimmins Greer, *Colonel Jack Hays: Frontier Leader and California Builder*, p. 35. <<

[30] Wilbarger, p. 74. <<

[31] La foto referida figura en la biografía de Hays escrita por Greer. <<

[32] Webb, *The Texas Rangers*, p. 67. <<

[33] Caperton, p. 5. <<

[34] Coronel John S. Ford, *John C. Hays In Texas*, p. 5. <<

[35] Caperton, p. 13. <<

[36] Greer, p. 26. <<

[37] Cox, p. 78. <<

[38] Victor Rose, *The Life and Services of Ben McCulloch*, p. 42. <<

[39] Caperton, p. 9. <<

[40] *Ibíd.*, p. 10. <<

[41] Webb, *The Texas Rangers*, p 81. <<

[42] *Ibíd.*, p. 84. <<

[43] Rose, p. 84. <<

[44] Cox, p. 87 (citando a James Nichols Wilson, *Now Your Hear My Horn: Journal of James Wilson Nichols*, University of Texas Press, Austin, 1967, pp. 122-23). <<

[45] *Ibíd.* <<

[46] Wilbarger, p. 73. <<

[47] Caperton, pp. 18-19. <<

[48] Charles Adams Gulick, ed., *The Papers of Mirabeau Buonaparte Lamar*, vol. 4, pp. 234-35. <<

[49] Wilbarger, p. 72. <<

[50] Cox, pp. 82-83; véase también Gulick, p. 232. <<

[51] Webb, *The Texas Rangers*, p. 71. <<

[52] *Ibíd.*, p. 120. <<

[53] Gulick, p. 234. <<

[54] John E. Parsons, *Sain Colt's Own Record of Transactions with Captain Walker and EH Whitney, Jr., in 1847*, p. 8. <<

[55] *Ibíd.*, p. 9. <<

[56] Cox, p. 93; véase también Robert M. Utley, *Lone Star Justice: The First Century of the Texas Rangers*, p. 10. <<

[57] Ford, pp. 18 y ss. Obsérvese que esta versión es del propio Hays. Se la transmitió al *Houston Star*, que la publicó el 23 de junio de 1844, y posteriormente la recogerían otros periódicos, entre ellos el *Clarksville Northern Standard* <<

[58] Ford, p. 20. <<

[59] *Ibíd.*, p. 21. <<

[60] Parsons, p. 10. <<

[61] *Ibíd.*, p 8. <<

[62] *Ibíd.*, p. 10. <<

[63] *Ibíd.*, p. 16. <<

[64] *Ibíd.*, p. 46. <<

[65] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 303. <<

[66] Cox, p. 113. <<

[1] A. B. Mason, “The White Captive”, *Civilian and Gazette*, 1860 (reimpresión del artículo en *The White Man*). <<

[2] Jonathan Hamilton Baker, *Diary of Jonathan Hamilton Baker of Palo Pinto County, Texas, Part 1, 1858-1860*, p. 210. <<

[3] Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood* p. 158. <<

[4] G. A. Holland, *The History of Parker County and the Double Log Cabin*, The Herald Publishing Company, 1937, Weatherford, Tejas, pp. 18, 46. <<

[5] *Ibíd.*, p. 46. <<

[6] Hilory G. Bedford, *Texas Indian Troubles*, pp. 70-71. <<

[7] *Ibíd.* <<

[8] Judith Ann Benner, *Sul Ross: Soldier, Statesman, Educator*, p. 38. <<

[9] *Ibíd.*, pp. 38 y ss. <<

[10] J. P. Earle, *A History of Clay County and Northwest Texas, Written by J. P. Earle, one of the first pioneers*, p. 76. <<

[11] Mike Cox, *The Texas Rangers*, p. 164. <<

[12] *The White Man*, 13 de septiembre de 1860. <<

[13] Cox, p. 162. <<

[14] J. Evetts Haley, *Charles Goodnight: Cowman and Plainsman*, p. 49. <<

[15] Charles Goodnight, *Indian Recollections*, pp. 15 y ss. <<

[16] Marshall Doyle, *A Cry Unheard: The Story of Indian Attacks in and Around Parker County, Texas, 1858-1872*, pp. 18-19. <<

[17] *Ibíd.*, p. 33. <<

[18] Ernest Wallace, *Texas in Turmoil, 1845-1875*, p. 17. <<

[19] *Ibíd.*, p. 13. <<

[20] *Ibíd.* <<

[21] Exley, p. 169. <<

[22] *Ibíd.* <<

[23] Walter Prescott Webb, *The Texas Rangers*, p. 142. <<

[24] *Ibíd.*, p 147. <<

[25] T. R. Fehrenbach, *The Comanches*, p. 400. <<

[26] *Ibíd.*, p. 401. <<

[27] John S. Ford, *Rip Ford's Texas*, p. 222. <<

[28] Wallace, *Texas in Turmoil*, p 18. <<

[29] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 402. <<

[30] Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches*, p. 296. <<

[31] Larry McMurtry, *Crazy Horse*, p. 77, citando a Alex Shoumatoff. <<

[32] Wallace y Hoebel, p. 297. <<

[33] *Ibíd.*, p. 299. <<

[34] Randolph Marcy, *The Prairie Traveler*, p. 218. <<

[35] Wallace, *Texas in Turmoil*, p. 25. <<

[36] Webb, *The Texas Rangers*, p. 169; Wallace, *Texas in Turmoil*, p. 24. <<

[37] Cox, *The Texas Rangers*, p. 144. <<

[38] Ford, p. 224. <<

[39] *Ibíd.*, pp. 223 y ss. <<

[40] *Ibíd.*, pp. 231-32. <<

[41] Cox, p. 146. <<

[42] Ford, p. 233. <<

[43] James DeShields, *Cynthia Ann Parker, the Story of Her Capture*, p. 40. <<

[44] Ford, p. 233. <<

[45] Cox, p. 147. <<

[46] Ford, p. 233. <<

[47] *Ibíd.*, p. 235. <<

[48] Cita extraída de Cox, p. 145. <<

[49] W. S. Nye, *Carbine and Lance: The Story of Old Fort Sill*, p. 19. <<

[50] Benner, pp. 29 y ss. <<

[51] *Ibíd.*, p. 32. <<

[52] *Ibíd.* <<

[53] Wallace, *Texas in Turmoil*, p. 24. <<

[1] Jonathan Hamilton Baker, *Diary of Jonathan Hamilton Baker*, pp. 191-92. <<

[2] J. Evetts Haley, *Charles Goodnight: Cowman and Plainsman*, p. 52. <<

[3] *Ibíd.*, pp. 50-51. <<

[4] *Ibíd.*, pp. 51-52. <<

[5] Citado en Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood*, p. 148. <<

[6] Baker, pp. 202 y ss. <<

[7] B. F. Gholson, *Recollections of B. F. Gholson*, p. 24. <<

[8] Marshall Doyle, *A Cry Unheard* p. 35; véase también Haley, p. 53. <<

[9] Judith Ann Benner, *Sul Ross: Soldier, Statesman, Educator*, p. 52. <<

[10] Charles Goodnight, *Charles Goodnight's Indian Recollections*, p. 22. <<

[11] Gholson, p. 28. <<

[12] YA-A-H-HOO: *Warwhoop of the Comanches*, relato incluido en el archivo de Elizabeth Ross Clarke, Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas en Austin, p. 66. <<

[13] Hilory G. Bedford, *Texas Indian Troubles*, p. 73; la versión también aparece en J. W. Wilbarger, *Indian Depredations in Texas*. <<

[14] *Ibíd.*, p. 58. <<

[15] Gholson, p. 30. <<

[16] *Ibíd.*, p. 34. <<

[17] Baker, p. 204. <<

[18] *The Galveston Civilian*, 5 de febrero de 1861. <<

[19] *Ibíd.* <<

[20] Gholson, p. 40. <<

[21] *Ibíd.*, p. 44. <<

[22] Amelia W. Williams y Eugene C. Barker, *The Writings of Sam Houston*, 1813-1863, vol. 4, pp. 60-61. <<

[23] Lawrence T. Jones, “Cynthia Ann Parker and Pease Ross, The Forgotten Photographs”, *Southwestern Historical Quarterly*, enero de 1991, p. 379. <<

[24] Bedford, p. 75. <<

[25] Eugene E. White, *Experiences of a Special Indian Agent*, p. 271; carta escrita por Sul Ross durante su mandato como gobernador. <<

[26] H. B. Rogers, *The Recollections of H. B. Rogers, as told to J. A. Rickard* (apéndice al manuscrito de Gholson), p. 66. <<

[27] Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood* p. 17. <<

[28] Lawrence T. Jones, “Cynthia Ann Parker and Pease Ross”, p. 379. <<

[29] Exley, pp. 170-71, citando una descripción de Medora Robinson Turner. <<

[30] *Clarksville Northern Standard*, 6 de abril de 1861. <<

[31] Carta de K. J. Pearson a John D. Floyd, 3 de febrero de 1861, archivo de Fort Sill.

<<

[32] Margaret Schmidt Hacker, *Cynthia Ann Parker: The Life and Legend*, p. 32. <<

[33] Stephen B. Oates, "Texas Under the Secessionists", *Southwestern Historical Quarterly* 167, octubre de 1963, 167. <<

[34] *Ibíd.*, p. 168. <<

[35] James T. DeShields, *The Capture of Cynthia Ann Parker*, p. 71. <<

[36] *Clarksville Northern Standard*, 6 de abril de 1861. <<

[37] Jones, “Cynthia Ann Parker and Pease Ross”, p. 380. <<

[38] Exley, p. 175. <<

[39] Coho Smith, *Cohographs*, p. 69. Todo el material relacionado con los encuentros entre Smith y los Parker está extraído de la versión del propio Smith. <<

[40] Jan Isbelle Fortune, “The Recapture and Return of Cynthia Ann Parker”, *Groesbeck Journal*, 15 de mayo de 1936, p. 1. <<

[41] Exley, p. 176, citando un artículo escrito por Tom Champion, miembro de la familia Parker. <<

[42] Jones, “Cynthia Ann Parker and Pease Ross”, p 190. <<

[43] *Ibíd.* <<

[44] *Ibíd.* <<

[45] Hacker, p. 35. <<

[46] *Ibíd.* <<

[47] Exley, p. 178, citando el relato de Champion. <<

[48] Carta de T. J. Cates al *Edgewood Enterprise*, junio de 1918. <<

[49] Exley, p. 179. <<

[50] Permiso de exhumación, Departamento de Sanidad del Estado de Tejas, Registro Civil, con fecha de 25 de agosto de 1865. <<

[51] Paul Wellman, “Cynthia Ann Parker”, *Chronicles of Oklahoma* 12, no. 2, 1934, p. 163. <<

[1] Esta es la versión de los hechos que dio la propia Cynthia Ann. Véase Judith Ann Benner, *Sul Ross: Soldier, Statesman, Educator*, p. 56. <<

[2] Robert H. Williams, “The Case for Peta Nocona”, en *Texana*, Vol 10, 1972, p. 55. Williams sostiene de manera irrefutable algo que, de todas formas, resulta bastante obvio: que la versión en la que posteriormente insistiría Quanah —a saber: que su padre y él no estuvieron presentes durante el ataque de los *rangers* porque habían salido a cazar— es sencillamente falsa. Quanah la divulgó para proteger la reputación de su padre, y no la desmintió hasta 1898, casi cuarenta años después del episodio, en el famoso discurso que pronunció en Dallas, en 1910, poco antes de morir. Williams también señala que los dos jinetes que abandonaron el campo de batalla tenían que ser Quanah y su hermano. <<

[3] J. Evetts Haley, ed., *Charles Goodnight's Indian Recollections*, pp. 25-26. <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] *Ibíd.* <<

[6] Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood*, pp. 183-84, citando un manuscrito sin título de J. A. Dickson. <<

[7] *Ibíd.*, p. 186. <<

[8] *Ibíd.*, pp. 199 y ss. <<

[9] Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches*, p. 81. <<

[10] Charles Goodnight, *The Making of a Scout*, manuscrito guardado en el archivo del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras. <<

[11] Wallace y Hoebel, pp. 178 y ss. <<

[12] *Ibíd.*, p. 183. <<

[13] “Quanah Parker in Adobe Walls Battle”, *Borger News Herald*, fecha desconocida, archivo del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, basado en una entrevista con J. A. Dickson. <<

[14] Elizabeth Ross Clarke, *YA-A-H-HOO: Warwhoop of the Comanches*, manuscrito en propiedad del Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas, Austin, p. 73. <<

[15] Exley, p. 184, citando el manuscrito sin título de Dickson. <<

[16] Chief Baldwin Parker, *Life of Quanah Parker, Comanche Chief* a través de J. Evetts Haley, 29 de agosto de 1930, manuscrito en propiedad del Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas, Austin. <<

[17] Exley, manuscrito de Dickson. <<

[18] Randolph Marcy, *Adventure on Red River: A Report on the Exploration of the Red River by Captain Randolph Marcy and Captain G. B. McClellan*, p. 159. <<

[19] Scott Zesch, *The Captured*, pp. 68-76. <<

[20] Thomas W. Kavanaugh, *The Comanches*, p. 372; Zoé A. Tilghman, *Quanah, Eagle of the Comanches*, pp. 68 y ss. <<

[21] Kavanaugh, *The Comanches*, p. 481. <<

[22] Tilghman, pp. 68 y ss. <<

[23] Exley, p. 204, citando el manuscrito sin título de Dickson. <<

[24] Kavanaugh, *The Comanches*, p. 473. <<

[25] Olive King Dixon, *Fearless and Effective Foe: He Spared Women and Children, Always*, manuscrito, Centro de Historia Estadounidense, Universidad de Tejas, Austin. <<

[26] Eugene E. White, *Experiences of a Special Indian Agent*, pp. 276 y ss. El testimonio de White está sacado de las conversaciones que mantuvo con Quanah en años posteriores. <<

[27] La fuente originaria de esta historia es Quanah, pero sus testimonios, que nos han llegado a través de tres fuentes distintas —Eugene White, Olive King Dixon (a través de Goodnight y Baldwin Parker), y Ella Cox Lutz, nieta de Quanah— coinciden en lo sustancial. <<

[28] Wallace y Hoebel, pp. 136-37. <<

[29] White, p. 284. <<

[30] *Ibíd.*, p. 286. <<

[31] Dixon, manuscrito. <<

[1] Ernest Wallace, *Texas in Turmoil*, p. 238. <<

[2] David La Vere, *Contrary Neighbors*, p. 169. <<

[3] *Ibíd.*, p. 178. <<

[4] *Ibíd.* <<

[5] *Ibíd.*, p. 171. <<

[6] T. R. Fehrenbach, *The Comanches*, p. 450. <<

[7] Angie Debo, *The Road to Disappearance: A History of the Creek Indians*, pp. 150 y ss. <<

[8] Fehrenbach, *The Comanches*, p, 449. <<

[9] Debo, p. 152; *también* La Vere, p 171. <<

[10] Fehrenbach. *The Comanches*, p. 459. <<

[11] Wallace, p. 244; R. N. Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 142. <<

[12] W. S. Nye, *Carbine and Lance: The Story of Old Fort SUL*, p. 35. <<

[13] Hampton Sides, *Blood and Thunder*, p. 308. <<

[14] Thelma S. Guild y Harvey L. Carter, *Kit Carson: A Pattern for Heroes*, pp. 231 y ss. <<

[15] Sides, p. 368. <<

[16] Thomas Kavanagh, *The Comanches*, p. 398. <<

[17] Carta al oficial al mando del fuerte Bascom, 27 de septiembre de 1864; Archivos oficiales de la Guerra de Rebelión, serie 1, vol. 41, punto 3, pp. 429-30. <<

[18] Capitán George Pettis, *Kit Carson's Fight with the Comanche and Kiowa Indians*, Providence Press Company, Sidney S. Rider (copyright), 1878, p. 3. <<

[19] Mildred Mayhall, *The Kiowas*, p. 161. <<

[20] Pettis, p. 5. <<

[21] David A. Norris, “Confederate Gunners Affectionately Called Their Hard Working Little Mountain Howitzers ‘Bull Pups’”, *America’s Civil War*, septiembre de 1995, pp-10, 12, 14, 16, 20 y 90. <<

[22] Pettis, p. 9. <<

[23] *Ibíd.* <<

[24] Kavanagh, *The Comanches*, p. 395. <<

[25] *Ibíd.*, p. 16. <<

[26] *Ibíd.* <<

[27] 39.º congreso de los Estados Unidos, Segunda sesión, Informe del Senado 6. pp. 53, 74. <<

[28] Dee Brown, *Bury My Heart at Wounded Knee*, p. 86. <<

[29] 39.º congreso de los Estados Unidos, Segunda sesión, Informe del Senado 156. pp. 73, 96. <<

[30] Sides, p. 379. <<

[31] *Ibíd.* <<

[32] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 461. <<

[1] Rupert N. Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 157.

<<

[2] *Ibíd.* <<

[3] T. R. Fehrenbach, *The Comanches*, p. 484. <<

[4] Resumen del *Army Navy Journal* 15, n.º 52, 31 de agosto de 1878; citado en Charles M. Robinson, *Bad Hand: A Biography of General Ranald S. Mackenzie*, p. 57. <<

[5] Thomas Kavanagh, *The Comanches*, p. 411. <<

[6] Richardson, p. 151. <<

[7] Kavanagh, *The Comanches*, p. 412. <<

[8] Alfred A. Taylor, testimonio incluido en Crónicas de Oklahoma, II, pp. 102-103.

<<

[9] Charles J. Kappler, edi., *Indian Affairs Laws and Treaties*, Washington, D. C., 1903, vol. II, pp. 977 y ss. <<

[10] Henry M. Stanley, “A British Journalist Reports the Medicine Lodge Councils of 1867”, *Kansas Historical Quarterly* 33, primavera de 1967, p. 282. <<

[11] *Ibíd.*, 33, p. 283. <<

[12] Douglas C. Jones, *The Treaty at Medicine Lodge*, pp. 101 y ss. <<

[13] Stanley, pp. 249-320. <<

[14] Kappler, pp. 977 y ss. <<

[15] *Ibíd.*, p. 982. <<

[16] Richardson, p. 237, nota 25. <<

[17] Quanah Parker al capitán Hugh Lenox Scott, 1898, documentos de H. L. Scott, Colección W. S. Nye, archivos de Fort Sill. <<

[18] David La Vere, *Contrary Neighbors*, pp. 183-84. <<

[19] Leavenworth al comisario de Asuntos Indios, 23 de abril de 1868, 40.º Congreso, Segunda sesión, Documento ejecutivo del senado n.º 60, p. 2. <<

[20] Richardson, p. 161. <<

[21] Lawrence Schmeckebier, *The Office of Indian Affairs, Its History, Activities and Organization*, p. 48; Richardson, p. 164 <<

[22] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 485. <<

[1] Charles M. Robinson III, *Bad Hand: A Biography of General Ranald S. Mackenzie*, p. 10, citando Morris Schaff, *Old West Point*, pp. 42-43. <<

[2] Evan S. Connell, *Son of the Morning Star*, p. 108. <<

[3] Captain Joseph Dorst, “Ranald Slidell Mackenzie”, Duodécima reunión anual de la Asociación de Licenciados de la Academia Militar de Estados Unidos en West Point, 12 de junio de 1889, p. 7. <<

[4] F. E. Green, ed., "Ranald S. Mackenzie's Official Correspondence Relating to Texas, 1873-79," *Museum Journal* 10, 1966, p. 13 y ss. <<

[5] U. S. Grant, *Personal Memoirs*, Charles A. Webster and Co., Nueva York, 188. 5, p. 541. <<

[6] Ernest Wallace, *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*, p. 9. <<

[7] Dorst, p. 7. <<

[8] Connell, pp. 128-29. <<

[9] W. S. Nye, *Carbine and Lance*, pp. 63 y ss. <<

[10] *Ibíd.*, p. 67. <<

[11] *Ibíd.*, p 69. <<

[12] Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood*, p. 196, citando el manuscrito sin título de Dickson, p. 37. <<

[13] Segundo informe anual de Tatum, 12 de agosto de 1870, 41.º congreso, Tercera sesión, Documento ejecutivo n.º 1, vol. 1, pp. 724-729, citado en Rupert N. Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 171. <<

[14] Carta de Ranald S. Mackenzie a William T. Sherman, 15 de junio de 1871. <<

[15] Robert G. Carter, *On the Border with Mackenzie*, p. 167. <<

[16] Charles H. Sommer, *Quanah Parker, Last Chief of the Comanches*, p. 43. <<

[17] Este particular suscita cierta discrepancia entre los historiadores. Ernest Wallace, destacado especialista en la cuestión comanche, cree que Quanah estaba, efectivamente, al mando, opinión que también suscribe Bill Neeley, el principal biógrafo de Quanah. Las pruebas en sentido contrario proceden sobre todo de entrevistas realizadas muchos años después —y citadas con profusión por Jo Ella Powell en su libro *Frontier Blood*— al guerrero comanche Cohayyah, quien afirmaba que el cabecilla a la sazón era Parra-o-coom (Oso Macho). En cambio, sí parece existir consenso es cuanto a que Quanah encabezó la incursión nocturna, y también el ataque contra Heyl y Carter. <<

[18] Carter, *On the Border with Mackenzie*, p. 170. <<

[19] *Ibíd.*, p. 173. <<

[20] *Ibíd.*, p. 175. Carter señala que los comanches iban “equipados con un mísero arsenal de rifles y pistolas de avancarga, lanzas y arcos”. <<

[21] *Ibíd.* <<

[22] Coronel Richard Dodge, *Our Wild Indians*, p. 489. <<

[23] *Handbook of Texas Online*, Sociedad Histórica de Tejas. <<

[24] Carter, *op. cit.*, p. 187. <<

[25] *Ibíd.*, p. 187. <<

[26] *Ibíd.*, p. 188. <<

[27] Arthur Ferguson Journal, Sociedad Histórica de Utah; citado en Stephen E. Ambrose, *Nothing Like It in the World: The Men who Built the Transcontinental Railroad, 1863-1869*, p. 143. <<

[28] *Ibíd.*, p. 189. <<

[29] Wallace, *Ranald S. Mackenzie*, p. 54. <<

[30] Carter, *On the Border with Mackenzie*, p. 194. <<

[1] Carta de Charles Howard al presidente Grant, citada en T. R. Fehrenbach, *The Comanches*, p. 515. <<

[2] Robert G. Carter, *On the Border with Mackenzie*, p. 219. <<

[3] Ernest Wallace, *Texas in Turmoil*, pp. 252-53. <<

[4] Ernest Wallace, *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*, p. 74. <<

[5] W. A. Thompson, "Scouting with Mackenzie", *Journal of the United States Cavalry Association* 10, 1897, p. 431. <<

[6] Clinton Smith, *The Boy Captives*, p. 134. <<

[7] David La Vere, *Contrary Neighbors*, p. 194; Scott Zesch, *The Captured*, p. 159. <<

[8] Informe oficial de Mackenzie, 12 de octubre de 1872, “1872, Sept. 29, Attack on Comanche Village”, al ayudante general, Departamento de Tejas. <<

[9] *Ibíd.* <<

[10] Herman Lehmann, *Nine Years Among the Indians*, pp. 185-86; Lehmann también señala que Batsena había estado usando una carabina Spencer, lo que indica que los comanches por fin estaban adquiriendo algunas de esas armas. En 1874 ya tendrían muchas más. <<

[11] R. G. Carter, *The Old Sergeant's Story*, p. 84. <<

[12] Informe oficial de Mackenzie, 12 de octubre de 1872. <<

[13] Carter, *Old Sergeant's Story*, p. 84. <<

[14] Smith, *The Boy Captives*, p. 13. 7 <<

[15] Carter, *On the Border with Mackenzie*, pp. 419 y ss. <<

[1] Thomas W. Kavanagh, *The Comanches*, pp. 474 y ss. <<

[2] Rupert N. Richardson, “The Comanche Indians and the Fight at Adobe Walls”, *Panhandle Plains Historical Review* (Canyon, Tejas) 4, 1931, p. 25. <<

[3] El tocado de plumas de Quanah está expuesto en el Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras de Canyon, Tejas. <<

[4] Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches*, p. 150. <<

[5] T. Lindsay Baker y Billy R. Harrison, *Adobe Walls: The History and Archaeology of the Trading Post*, p. 3. <<

[6] Coronel William F. Cody, *The Adventures of Buffalo Bill Cody*, p. viii. <<

[7] Baker y Harrison, p. 29; T. R. Fehrenbach, *The Comanches*, p. 523. <<

[8] Baker y Harrison, p. 4. <<

[9] James L. Haley, *The Buffalo War*, p. 22. <<

[10] *Ibíd.*, p. 26. <<

[11] *Ibíd.*, p. 8. <<

[12] Francis Parkman, *The California and Oregon Trails*, p. 251. <<

[13] Baker and Harrison, p. 25. <<

[14] *Ibíd.*, p. 41. <<

[15] Fehrenbach, *The Comanches*, p. 523. <<

[16] W. S. Nye, *Carbine and Lance*, p. 188. <<

[17] Thomas Battey, *Life and Adventures of a Quaker Among the Indians*, p. 239; y Baker y Harrison, p. 39. <<

[18] Haley, *The Buffalo War*, p. 51. <<

[19] Ernest Wallace, *Ranald Mackenzie on the Texas Frontier*, p. 119. <<

[20] Kavanagh, *The Comanches*, p. 445; Haley, *The Buffalo War*, nota de la p. 232. <<

[21] Carta del agente J. M. Haworth a Enoch Hoag, 5 de mayo de 1874. <<

[22] Battey, p. 302. <<

[23] Era el cometa Coggia. <<

[24] Zoé Tilghman, *Quanah Parker, Eagle of the Comanches*, pp. 82-84. <<

[25] Battey, p. 303. <<

[26] Baker y Harrison, p. 44. <<

[27] Entrevista de Quanah con el capitán Hugh Lennox Scott, 1897, archivos de Fort Sil. <<

[28] Wallace y Hoebel, p. 320. <<

[29] Haley, *The Buffalo War*, p. 57. <<

[30] Carta del agente J. M. Haworth a Enoch Hoag, 8 de junio de 1874. <<

[31] Entrevista de Quanah con Scott. <<

[32] Colección de W. S. Nye, “Iseeo Account”, pp. 58-60, archivos de Fort Sill. <<

[33] Entrevista de Quanah con Scott. <<

[34] Olive King Dixon, *Life of Billy Dixon*, p. 167. <<

[35] “Quanah Parker in Adobe Walls Battle”, *Borger News Herald*, fecha desconocida, archivo del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras. <<

[36] Haley, *The Buffalo War*, p. 73. <<

[37] Baker y Harrison, pp. 75 y ss. <<

[38] Dixon, *Life of Billy Dixon*, p. 186. <<

[39] Baker y Harrison, p. 66. <<

[40] *Ibíd.*, pp. 64-66; Dixon, *Life of Billy Dixon*, pp. 162 y ss. <<

[41] Dixon, *Life of Billy Dixon*, p. 181. <<

[42] Robert G. Carter, *The Old Sergeant's Story*, p. 98. <<

[43] Entrevista de Quanah con Scott. <<

[44] Rupert N. Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 194.

<<

[45] Ernest Wallace, *Texas in Turmoil*, pp. 256-57. <<

[1] Thomas Kavanagh, *The Comanches*, pp. 472-74. Estas cifras son aproximadas. No se conoce el número exacto de comanches, principalmente porque era imposible saber, en términos históricos, qué indios estaban dentro o fuera de la reserva a base de contar el número de raciones retiradas. El cálculo más fiable es el que realizó el agente Haworth en marzo de 1874, que fijó el número de indios que retiraban raciones en 2. 643. Es evidente que muchos de ellos eran comanches que después regresaban a la vida en libertad. Kavanagh analiza los diversos cálculos de poblaciones indias a partir de los censos realizados en noviembre de 1869, diciembre de 1870 y marzo de 1874. Sabemos que las bandas de Quanah, Barba Negra y Mano Temblorosa sumaban aproximadamente seiscientos cincuenta comanches; esta cifra no incluye la cantidad desconocida de comanches que se rindieron tras la Batalla del Cañón de Palo Duro. <<

[2] Cuando todas las tribus de las llanuras meridionales se rindieron, el número de varones adultos apenas superaba los setecientos; el cálculo es mío y está basado en esa cifra y en la proporción de varones guerreros frente al total de la población en las tribus que se rindieron; véase Rupert N. Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, p. 200. <<

[3] Carta de C. C. Augur a Mackenzie, 28 de agosto de 1874, en F. E. Green, ed., “Ranald S. Mackenzie’s Official Correspondence Relating to Texas, 1873-79”, *Museum Journal*, Asociación de Museos del Oeste de Tejas (Lubbock, Tejas), 10, 1966, pp. 80 y ss. <<

[4] Ernest Wallace, *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*, p. 124. <<

[5] Nelson Miles al ayudante general del Departamento de Misuri, 1 de septiembre de 1874, Correspondencia oficial de Mackenzie, p. 87. <<

[6] James L. Haley, *The Buffalo War*, p. 193. <<

[7] J. T. Marshall, *The Miles Expedition of 1874-5*, P. 39. <<

[8] Wallace, *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*, pp. 125-26. <<

[9] *Ibíd.*, p. 131. <<

[10] Augur a Mackenzie, 28 de agosto de 1874, Correspondencia oficial de Mackenzie, p. 81. <<

[11] Robert G. Carter, *On the Border with Mackenzie*, p. 484. <<

[12] “Mackenzie’s Expedition through the Battle of Palo Duro Canyon as described by a special correspondent of the New York Herald”, 16 de octubre de 1874, *Museum Journal* 10, 1966, p. 114. <<

[13] Carter, *On the Borda with Mackenzie*, p. 485. <<

[14] Wallace, *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*, p. 136. <<

[15] Carter, *On the Border with Mackenzie*, p. 488. <<

[16] Testimonio de John Charlton en Capitán Robert G. Carter, *The Old Sergeant's Story*, p. 39. <<

[17] Charlton en Carter, *The Old Sergeant's Story*, p. 107, y Wallace, *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*, p. 140. <<

[18] Charlton en Carter, *The Old Sergeant's Story*, p. 108. <<

[19] *Ibíd.* <<

[20] *Ibíd.*, p. 109. <<

[21] Wallace, *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*, p. 139. <<

[22] ‘Journal of Ranald S. Mackenzie’s Messenger to the Quahada Comanches’, *Red River Valley Historical Review* 3, n.º 2, 1978, p. 227. <<

[23] *Ibíd.*, p. 229. <<

[24] Jo Ella Powell Exley, *Frontier Blood*, citando el manuscrito sin título de Dickson, p. 255. <<

[25] “Journal of Mackenzie’s Messenger,” p. 237. <<

[26] *Ibíd.*, p. 237. <<

[27] Wayne Parker, *Quannah Parker, Last Chief of the Kwahadi Obeys the Great Spirit*, manuscrito. <<

[28] *Ibíd.*, p. 239. <<

[29] W. S. Nye, *Carbine and Lance*, p. 229. <<

[30] William T. Hagan, *Quanah Parker, Comanche Chief*, p. 15. <<

[31] *Ibíd.* <<

[1] Charles M. Robinson III, *Bad Hand: A Biography of General Ranald S. Mackenzie*, pp. 186-88. <<

[2] William T. Hagan, *Quanah Parker, Comanche Chief*, pp. 20-21, Mackenzie a Pope, carta, 5 de septiembre de 1875. <<

[3] Bill Neeley, *The Last Comanche Chief: The Life and Times of Quanah Parker*, p. 144. <<

[4] Carta de Ranald S. Mackenzie a Isaac Parker, 5 de septiembre de 1877 (Libro de cartas de Fort Sill). <<

[5] Charles Goodnight, “Pioneer Outlines Sketch of Quanah Parker’s Life”, *Amarillo Sunday News and Globe*, 6 de agosto de 1928. <<

[6] Pueden encontrarse relatos de ambos episodios en cartas de J. M. Haworth a William Nicholson, 26 de agosto de 1877, Microfilm de la Agencia Kiowa, Archivo Nacional; y del Coronel J. W. Davidson al Ayudante general, 29 de octubre de 1878, Documento ejecutivo, 45.º congreso, Tercera sesión, p. 555. <<

[7] John R. Cook, *The Border and the Buffalo*, pp. 249 y ss. <<

[8] Neeley, p. 153. <<

[9] Herman Lehmann, *Nine Years Among the Indians*, pp. 186-87. <<

[10] Scott Zesch, *The Captured*, pp. 220-21, citando la correspondencia de Haworth y Mackenzie. <<

[11] Lehmann, pp. 187-88. <<

[12] *Ibíd.*, p. 232. <<

[13] Hagan, *Quanah Parker, Comanche Chief*, p. 26. <<

[14] Wellington Brink, “Quanah and the Leopard Coat Man”, *Farm and Ranch*, 17 de abril de 1926. <<

[15] Harley True Burton, “History of the JA Ranch”, *Southwestern Historical Quarterly* 31, n.º 2, octubre de 1927. <<

[16] Brink. <<

[17] Burton. <<

[18] Walter Prescott Webb, *The Great Plains*, p. 212. <<

[19] Lillian Gunter, “Sketch of the Life of Julian Gunter”, manuscrito destinado a la Asociación Histórica de la Franja Septentrional y las Llanuras, 1923, archivo del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras. <<

[20] G. W. Roberson a J. Evetts Haley, 30 de junio de 1926, manuscrito guardado en el archivo del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras. <<

[21] Haley, *Charles Goodnight: Cowman and Plainsman*, p. 30. <<

[22] Hagan, *Quanah Parker, Comanche Chief*, p. 31. <<

[23] Reunión del Consejo del 23 de mayo de 1884, Kiowas, 17, p. 46, Sociedad Histórica de Oklahoma. <<

[24] H. P. Jones a Philemon Hunt, entrevista, 21 de junio de 1883, archivo de la Agencia Kiowa, Sociedad Histórica de Oklahoma; George Fox a Philemon Hunt, 13 de octubre de 1884, archivo de la Agencia Kiowa. <<

[25] Quanah Parker a Charles Adams, entrevista, 13 de mayo de 1890, archivo de la Agencia Kiowa, Sociedad Histórica de Oklahoma. <<

[26] James T. DeShields, *Cynthia Ann Parker: The Story of Her Capture*, pp. 78-79.

<<

[27] Hugh Lennox Scott, *Some Memories of a Soldier*, p. 151. <<

[28] *Hobart Democrat-Chief* (Oklahoma), 4 de agosto de 1925, entrevista a Knox Beall, quien dijo que Grantham era adoptado y también el asesor de Quanah en cuestión de negocios. <<

[29] Comisario T. J. Morgan al agente Adams, entrevista, 18 de diciembre de 1890, archivo de la Agencia Kiowa, Sociedad Histórica de Oklahoma. <<

[30] Semblanza de Charlie Hart a cargo de Evelyn Fleming, manuscrito, Documentos de Quanah Parker, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras. <<

[31] Knox Beall a R. B. Thomas, entrevista, 5 de noviembre de 1937, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma; Beall a Bessie Thomas, 15 de abril de 1938. <<

[32] Lehmann, pp. 233-34. <<

[33] Dick Banks a Bessie Smith, entrevista, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma. <<

[34] Robert B. Thomas, manuscrito sin fecha, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma; también Beall a Thomas, 5 de noviembre de 1937. <<

[35] Anna Gómez a Ophelia D. Vestal, entrevista, 13 de diciembre de 1937, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma. <<

[36] Carta, de Bob Linger a Quanah, 9 de marzo de 1909, en el Archivo Neeley del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas. <<

[37] La Casa de la Estrella todavía existe, aunque un tanto deteriorada, en Cache, Oklahoma. Entre otras piezas, pude visitar el comedor de la vivienda, que, a juzgar por las fotografías de comienzos del siglo xx, sigue prácticamente igual que entonces. La única forma de visitar la casa es solicitándolo en el viejo establecimiento comercial de Cache. <<

[38] Gómez a Vestal, entrevista, 13 de diciembre de 1937. <<

[39] Memorias de la Sra. Cora Miller Kirkpatrick, en el manuscrito de la Sra. J. W. Pierce, Colección de Quanah Parker, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas. <<

[40] Ernest Wallace, *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*, p. 170. <<

[41] *Ibíd.*, p. 172. <<

[42] *Ibíd.*, p. 190. <<

[1] William T. Hagan, *Quanah Parker, Comanche Chief*, p. 65. <<

[2] 26 de septiembre de 1892, Audiencia en Fort Sill, Comanches, Apaches, Kiowas, Colección de Quanah Parker, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas. <<

[3] William T. Hagan, *United States-Comanche Relations*, p. 287. <<

[4] Knox Beall a R. B. Thomas, entrevista, 5 de noviembre de 1937, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma. <<

[5] Robert Thomas, documento en el Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Universidad de Oklahoma. <<

[6] Sra. J. L. Dupree a Jasper Mead, entrevista, 17 de marzo de 1938, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma. <<

[7] George W. Briggs a Eunice M. Mayer, entrevista, 17 de junio de 1937, Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma, Colecciones de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma. <<

[8] Robert G. Carter, *Tragedies of Canon Blanco*, pp. 79-80. <<

[9] “Quanah Route Day Draws Large Crowds”, *Dallas Morning News*, 25 de octubre de 1910. <<

[10] Documento de Robert Thomas, en el Proyecto de historia de indios y pioneros para Oklahoma. <<

[11] T. R. Roosevelt, *Outdoor Pastimes of the American Hunter*, p. 100. <<

[12] Bill Neeley, *The Last Comanche Chief* p. 220, citando la entrevista que en 1985 hizo Neeley a Anona Canto de Pájaro Dean. <<

[13] Carta de T. R. Roosevelt a Francis Leupp, 14 de abril de 1905, Cartas recibidas en el Departamento de Asuntos Indios. <<

[14] Artículo periodístico sin identificar sobre el consejo escolar, incluido en la Colección Quanah Parker, Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, Canyon, Tejas. <<

[15] Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches*, pp. 332 y ss. <<

[16] *Hobart Democrat-Chief (Oklahoma.)*, 4 de agosto de 1925. <<

[17] Hagan, *Quanah Parker, Comanche Chief* p. 113. <<

[18] Frank Cummins Lockwood, *The Apaches*, p. 326; Hagan, *Quanah Parker, Comanche Chief* p. 129. <<

[1] “Quanah Route Day Draws Large Crowd”, *Dallas Morning News*, 25 de octubre de 1910. <<

[2] *Ibíd.* <<

[3] William T. Hagan, *Quanah Parker, Comanche Chief*, p. 124. <<

[\*] En español en el original. [N. del T.] <<

[\*] En español en el original. [N. del T.] <<

[\*] En español en el original. [N. del T.] <<

[\*] En español en el original. [N. del T.] <<

[\*] En español en el original. [N. del T.] <<

[\*] Esta y las siguientes frases en cursiva de Cynthia Ann en español en el original.  
*[N. del T.] <<*

[\*] En español en el original. [N. del T.] <<

[\*] En español en el original. [N. del T.] <<